

GUSTAVE
FLAUBERT

**MADAME
BOVARY**

Edición y traducción
Juan Bravo Castillo



Narrativa

Lectulandia

La soñadora Emma, una joven de provincias casada con Charles Bovary, quien la ama pero es incapaz de comprenderla y satisfacerla, buscará la realización de sus sueños en otros amores, pasionales y platónicos..., pero ninguno de ellos logrará calmar su desesperada ansiedad y sus románticas inquietudes. La publicación de *Madame Bovary* (1856) provocó el escándalo de la burguesía francesa, esclava de mil prejuicios, y el proceso judicial que siguió contribuyó a un éxito editorial sin precedentes. Flaubert veía así cómo su obra servía más para satisfacer el morbo que para deleitarse en el caudal narrativo que contenía. Hoy *Madame Bovary* es considerada el auténtico pórtico de la modernidad literaria. El omnipresente narrador teje con un rigor documental una sólida trama en la que la técnica de la narración, la descripción, el análisis de caracteres y el diálogo son trabajados minuciosamente y en una interrelación perfecta.

Juan Bravo Castillo, de la Universidad de Castilla-La Mancha, ofrece en su edición un completo estudio en el que aporta interesantes ideas sobre la novela, al tiempo que su traducción nos adentra en la insondable riqueza de las páginas de esta obra maestra de la estética realista.

Lectulandia

Gustave Flaubert

**Madame Bovary (trad. Juan Bravo
Castillo)**

ePub r1.0

Titivillus 15.09.16

Título original: *Madame Bovary*
Gustave Flaubert, 1856
Traducción: Juan Bravo Castillo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A D. Enrique Tierno Galván, flaubertiano y anterior prologuista de esta obra.

INTRODUCCIÓN

GUSTAVE FLAUBERT, O LA SALVACIÓN POR EL ARTE

J'ai eu deux existences bien distinctes. [...] Ma vie active, passionnée, émue, pleine de soubresauts opposés et de sensations multiples, a fini à vingt-deux ans. À cette époque, j'ai fait de grans progrès tout d'un coup; et autre chose est venue.

(Carta a Louise Colet, 27 de agosto de 1846).

Resulta paradójica la influencia que la aparentemente anodina vida de Flaubert ejerció sobre su obra, siendo como era un hombre que propugnó por encima de todo la impasibilidad como dogma fundamental del arte, el incesante sustraerse del narrador, y habida cuenta de su obsesión por proyectarse sobre sus personajes en vez de atraerlos hacia sí, como ocurría en las novelas de Balzac.

Hay momentos que marcan una existencia y la encauzan en una determinada dirección para su gloria o su desdicha. Sobre la vida de Gustave Flaubert, como ocurriría en la ficción con la de Emma Bovary, iba a imprimir una firme impronta determinado modelo de educación propio de la época romántica que muy pronto quedaría desfasado por el devenir de los acontecimientos. Mientras permaneció vigente el proyecto expansionista de Bonaparte, fueron muchos los jóvenes franceses que tuvieron posibilidad de encauzar por allí unas energías desbordantes y un ideal de ensueño. La caída de Napoleón y el consiguiente desmoronamiento del Imperio supone el advenimiento en Francia de una clase social prosaica, sin escrúpulos, sin heroísmo y sin poesía, mantenida a raya durante dos décadas, pero dispuesta ahora a hacer tabla rasa del pasado y a no dejarse nunca más subyugar por afanes imperialistas y gestas descabelladas. Nos referimos, lógicamente, a la burguesía adinerada y a los banqueros, que tan enorme influencia desempeñan, como contrapunto a la ensoñación, en las obras de Stendhal, Balzac y Flaubert, cuya tragedia común, a pesar de la diferencia de edad, es la inadaptación.

El fracaso de las aspiraciones románticas y el tema de la decadencia consiguiente al nacimiento y desarrollo de la sociedad industrial, así como al auge paralelo de la alta y media burguesía, serán referencias básicas en el devenir de Flaubert. Así lo demuestra su trayectoria. Nacido en Rouen el 12 de diciembre de 1821 en el seno de una familia de cirujanos escépticos y convertidos al positivismo, segundo de tres hijos —el mayor, Achille (1813-1882), tomaría la sucesión de su progenitor a la muerte de éste; la pequeña, Caroline, la hermana amada, nacida en 1824, fallecería de sobrepeso con sólo veintidós años—, criado en el ambiente del Hôpital-Dieu, donde su padre era cirujano jefe, su porvenir parece claramente predestinado por su entorno vital. Sin embargo, ya desde su más tierna infancia comienza a apasionarse por la literatura —con sólo diez años se entusiasma con Don Quijote y sueña con escribir

obras de teatro y novelas—, abandona un tanto sus estudios y, presa desde muy pronto del *mal du siècle*, vive sumido, al igual que Emma Bovary, en una continua ensoñación que no hará sino fomentar su temperamento lírico y exaltado, así como su aspiración hacia lo imposible y su fascinación por la nada, circunstancias que acabarán haciendo de él un marginado y lo que Sartre denominó «el idiota de la familia».

Fundamental fue, con todo, en la gestación de su carácter la experiencia romántica vivida en el verano de 1836 —aún no había cumplido los quince años— en la playa de Trouville. Conoce allí a Élise Foucault —quince años mayor que él—, casada con el editor de música Maurice Schlésinger, por quien experimenta una súbita pasión sin esperanza que le inspiraría sus *Memorias de un loco*, escritas con sólo dieciséis años, y las dos versiones de su *Educación sentimental*. Tras este decisivo encuentro, Flaubert se refugia más y más en la literatura componiendo relatos fantásticos fuertemente impregnados de un romanticismo exuberante, relatos que jamás publica, al tiempo que se hacen cada vez más hondas sus diferencias con su padre (que continuamente le pone como modelo a Achille, el hermano mayor, sólido, brillante, y ante quien se abre un bello porvenir como cirujano, siguiendo así la tradición familiar).

Un breve idilio con Eulalie Foucauld de Langlade, con ocasión de un viaje a Marsella durante el otoño de 1840, le revela al adolescente los gozos de la voluptuosidad. Todas sus heroínas conservarán rasgos de esta dama que lo inició en los secretos de la carne, pero aún más de la citada Élise Schlésinger, cuya pasión, —que duró seis años, de 1836 a 1842—, silenciosa en un principio y muy posiblemente declarada y acaso correspondida después, acabaría idealizada, sobre todo a partir de 1850, en un momento en que ella se sumía en una irreversible enfermedad mental, hasta dejar finalmente en el alma de Flaubert un recuerdo conmovedor. «Cada uno de nosotros —escribe a Amélie Bosquet, diciembre de 1859— conserva en el corazón una cámara real; la mía *la he tapiado*, pero no ha quedado destruida».

Tras quedar exento del servicio militar por excedente de cupo, inicia, a instancias de su padre, la carrera de Derecho en París, estudios que si bien en un principio sigue con cierta resignación, al cabo de algún tiempo le resultarán insoportables y terminarán ocasionándole la gran crisis que va a dividir en dos su existencia. Sus testimonios al respecto son contundentes: «¡Maldita sea una y mil veces... que el diablo linche a la jurisprudencia y a cuantos la inventaron! ¡Anatema sobre el estudio y la profesión de abogado; el estudio es cargante y la profesión innoble!» —escribe, irritado, a su amigo Ernest Chevalier el 21 de mayo de 1842—, y poco más tarde, el 25 de junio del mismo año: «El Derecho me mata, me embrutece, me disloca; me resulta imposible trabajar en él. Cuando después de pasarme tres horas con la nariz pegada al Código, me doy cuenta de que no he comprendido nada y me siento incapaz de seguir, reconozco que me suicidaría...». No pueden, por tanto, extrañarnos, no sólo sus continuos fracasos académicos, sino incluso la enfermedad a

la que muy pronto se verá abocado, provocada muy posiblemente por su estado de frustración y desesperanza. En efecto, en enero de 1844, durante un viaje a Pont-l'Évêque con su hermano Achille, Gustave cae fulminado en el carruaje en el que se trasladan. La crisis se vuelve a repetir al mes siguiente en Rouen, y con diversas alternativas hasta 1849, para reproducirse mucho más tarde, durante los últimos años de su vida. Los médicos diagnosticarán epilepsia. De cualquier modo, la situación es lo bastante grave para que el propio doctor Flaubert decida finalmente ceder en su empeño de hacer que su hijo prosiga el camino de la jurisprudencia.

Se produce así ese giro radical en la vida de Flaubert que bien pronto hará de él el ermitaño de Croisset —nombre de la mansión adquirida por su familia a orillas del Sena, muy cerca de Rouen, y en la que él acabará residiendo con su madre y su sobrina Caroline, especialmente tras la muerte de su padre, acaecida en enero de 1846—. Nada ni nadie podía oponerse en adelante al gran designio del autor de MADAME BOVARY, a su vocación y único asidero: la literatura. En efecto, a partir de entonces, Flaubert vive consagrado a la realización de sus obras, producto de continuos esfuerzos y de un trabajo increíble, y su arduo quehacer apenas si se ve interrumpido por algún que otro viaje, como el que realiza a Bretaña con su amigo Maxime Du Camp de mayo a julio de 1847, o el gran periplo por Oriente —itinerario predilecto del viajero decimonónico— que, a modo de terapia, lleva a cabo con este mismo amigo por Egipto, Palestina, Turquía, Grecia e Italia, de noviembre de 1849 a junio de 1851, poco antes de iniciar MADAME BOVARY, o el viaje a Túnez en 1858 para documentarse *in situ* con miras a la redacción de *Salammbô*. Una y otra vez rehusará integrarse en la vida pública, y esa será, con el tiempo, la causa de su ruptura con la poetisa Louise Colet, a quien conoció en 1846, y que fue su musa y su amante, primero de 1846 a 1848, y posteriormente de 1852 a 1855, hasta quedar por fin sus relaciones interrumpidas, ya que Louise se mostraba cada vez más insatisfecha de los breves y esporádicos encuentros mantenidos con él en París y en Mantes y del lugar secundario que creía ocupar en el corazón de Gustave; fruto de aquel idilio sería, no obstante, una amplísima correspondencia en la que Flaubert revela su atractiva y variada personalidad, y que es, por tanto, de una importancia decisiva para el análisis de su obra y uno de los grandes documentos teóricos del siglo XIX.

Todos estos años los consagra, pues, Flaubert al lento alumbramiento de unas cuantas obras magistrales, años, por lo demás, alentados por la profunda y tierna devoción que siente por su madre y por su sobrina, así como por la amistad modélica de Louis Bouilhet, discípulo suyo en el colegio de Rouen y a quien volvió a encontrar en 1846; años subrayados asimismo por unas cuantas aventuras amorosas, como la que mantuvo con Juliet Herbet —institutriz inglesa de Caroline, cuyo amor acompañó a Flaubert hasta 1863, fecha en que ella regresó a su patria—, o con Jeanne Tourbey o Mme. Brainne. La publicación de MADAME BOVARY, y el famoso proceso^[1] que acarreó, lo proyecta hacia la celebridad. Es entonces cuando empieza a frecuentar con cierta asiduidad los salones parisinos, en especial el de la princesa

Matilde, donde se reúne con los Goncourt y con Théophile Gautier, acudiendo asimismo a fiestas y recibiendo a todo tipo de intelectuales en Croisset —como Turguéniev, por aquel entonces instalado en Francia, y George Sand, con quien entabló una fructífera amistad—. Sin embargo, la fría acogida dispensada en 1869 a *La educación sentimental*, la muerte de su amigo Bouilhet y la de su madre en 1872, así como la posterior quiebra económica del marido de Caroline, de quien dependía en gran medida la fortuna de la familia, van a teñir sus últimos años de amargura, a pesar de que los naturalistas, y a la cabeza de todos ellos los Goncourt y el propio Zola, le saludan ya sin reservas como jefe de la nueva escuela, honor que él jamás aceptará, puesto que, aunque más de una vez manifestó su admiración por *Thérèse Raquin*, existen múltiples testimonios de su rechazo a esa hipotética «escuela», como el que le hace a George Sand en diciembre de 1875: «Los que a menudo veo, esos mismos a los que usted alude —como colegas— buscan todo lo que yo desprecio y apenas se inquietan por cuanto a mí me atormenta. Considero —añade— como algo muy secundario el detalle técnico, la información de lo local, en fin, el aspecto histórico y exacto de las cosas. Lo que yo persigo por encima de todo es la belleza, algo que no es precisamente el objetivo esencial de mis compañeros».

Los últimos años de la vida de Flaubert fueron más bien patéticos: las deudas, el agotamiento nervioso y las sucesivas muertes de sus amigos —en especial la de Louise Colet, en 1876, y la de George Sand, acaecida muy poco después— harán renacer en él sus antiguas dolencias. Insensiblemente se hunde en su pesimismo y ni siquiera muestra un mínimo de interés cuando Victor Hugo le exhorta a presentar su candidatura a la Academia. Incluso se ve obligado a aceptar pensiones del Estado y de su hermano Achille para poder sobrevivir. No le faltó, sin embargo, durante los últimos meses de su vida el calor de los principales literatos de su tiempo —los Goncourt, Zola, Daudet, Maupassant, Banville, Huysmans—, que reconocían en él al maestro por excelencia. Murió repentinamente en Croisset el 8 de mayo de 1880, con sólo cincuenta y ocho años, dejando inacabada su última novela, *Bouvard y Pécuchet*, que vería no obstante la luz al año siguiente.

Una historia trivial, como cualquier historia resumida de uno cualquiera de sus personajes sin historia —no olvidemos que Flaubert siempre aspiró a escribir un libro ajeno a toda realidad que no fuera la suya propia, un «libro sobre nada» cuyo argumento fuera prácticamente invisible—. Por encima de todo sobresale el aura de una soledad y de una vocación. Una soledad obstinada, probablemente voluntaria, pero no por ello menos cruel: «Gocé en mi juventud de grandes afectos —escribe a Mlle. Leroyer de Chantepie el 25 de diciembre de 1859—. Amé con ardor a ciertos amigos que poco a poco (y sin tan siquiera ellos darse cuenta) me fueron dejando plantado, como se suele decir. Unos se casaron, a otros los cegó la ambición, etc. A los treinta y cinco años (y yo ya tengo treinta y ocho) uno se encuentra viudo de su juventud; se vuelve uno hacia ella y empieza a considerarla como algo que ya es historia. Por lo que se refiere al amor, tan sólo encontré en esa suprema dicha

trastornos, vendavales y desesperanzas. La mujer se me representa como algo imposible [...]. Siempre he procurado alejarme cuanto he podido de ella. Es un abismo que me fascina y me asusta. Por lo demás, creo que una de las causas de la endeblez moral del siglo XIX radica en su exagerada *poetización*». La soledad de un misántropo, tal vez, pero también, cómo no, la soledad de un ser exigente que un día toma conciencia de que la aspiración del hombre hacia la libertad, la justicia, la felicidad y, sobre todo, el amor es, por naturaleza, una pura utopía. ¿Consecuencia de sus ideales románticos que en nada se correspondían con la realidad de su tiempo? Es probable (decía Paul Bourget en sus *Essais de Psychologie contemporaine*) que el mal que padecían tanto Flaubert como sus personajes fuera el de haber conocido la imagen de la realidad antes que la propia realidad. Es incluso posible, como hemos entrevisto, que su enfermedad fuera también corolario de esa inadaptación; lo cierto es que, ya en 1846, escribe a Maxime du Camp: «Vivo solo, muy solo, cada vez más solo». Y, en 1852, en carta a Louis Bouilhet, reconoce: «No soy de este siglo».

Lo que sí se intuye en Flaubert con singular discernimiento es lo que será la gran tragedia del artista dentro de una sociedad que desprecia o ignora al intelectual. Eso lo presintió el ermitaño de Croisset en aquella Francia en rápida mutación que le tocó vivir, de ahí su voluntaria marginación de un mundo dominado por el prototipo de la época, el burgués, pero no burgués en el sentido que infundirán a este término Bertold Brecht y el espíritu comunista, sino en un sentido más amplio, más dilatado: «Llamo burgués a todo aquel que piensa vilmente» (frase que Maupassant pone en boca del maestro). Burgués en el sentido moral, que incluso le inspira náuseas y se le hace físicamente intolerable. Burgués en el sentido de individuo con miras estrechas, presuntuoso, fatuo, carente de ideal o, mejor dicho, con un solo ideal: el dinero.

Y no podemos decir que tal rechazo viniera provocado por un complejo físico concreto. Su apariencia física, a los veinte años, era la de un ser desbordante de vitalidad, una naturaleza destinada a la expansión de su temperamento, con marcados rasgos de aquellos míticos vikingos que un lejano día llegaron a la costa de Normandía: «Soy un bárbaro; de ellos conservo la apatía muscular, las depresiones nerviosas, los ojos verdes y la elevada estatura; pero también heredé de ellos el ímpetu, la tenacidad, la irascibilidad» (escribe en 1852). Veamos el retrato que hace de él su amigo Maxime du Camp: «Era de una belleza heroica. Los que sólo le conocieron en sus últimos años, entrado en kilos, calvo, entrecano, con los párpados semiabiertos y la tez rojiza, no pueden hacerse una idea de cómo era en la época en que habíamos de quedar unidos por una indestructible amistad. Con su piel blanca ligeramente rosada en las mejillas, sus largos cabellos finos al viento, su elevada estatura, sus anchas espaldas, su barba abundante de un rubio dorado, sus ojos enormes color verdemar protegidos por unas negras pestañas, con su voz resonante como una trompeta, parecía uno de aquellos jefes galos que lucharon contra los ejércitos romanos». Apariencia física excepcional pero en la que se dejan entrever claroscuros tenebrosos, la bruma de las almas nórdicas. Él mismo escribe a Louise

Colet, el 13 de agosto de 1846: «Llevo en mi alma la melancolía de las razas bárbaras, con sus instintos migratorios y sus hastíos innatos de la vida». Su desasosiego tendría, por tanto, una raíz biológica, por más que luego se viese incrementado por los escasos alicientes de una existencia que jamás le satisfizo: «Nací hastiado —escribe a Louise Colet en 1846—; esa es la lepra que me roe. Estoy cansado de la vida, de los demás, de todo». A diferencia, no obstante, del tan conocido *mal du siècle* que aquejó la vida de Chateaubriand y de toda la generación romántica, este hastío profundo de Flaubert, por sus características existenciales, resulta plenamente moderno:

¿Conoce usted el tedio? —escribe a Louis de Cormenin, el 7 de junio de 1844—. No me refiero, desde luego, a ese tedio común, banal, consecuencia de la holgazanería o de la enfermedad, sino a esa desazón moderna que roe las entrañas del hombre, y, de un ser inteligente, hace una sombra que anda, un fantasma que piensa. ¡Ah! Le compadezco si esa clase de lepra le resulta familiar. A veces se cree uno curado, pero un buen día se despierta uno más afligido que nunca [...]. En mi caso, se trata de una enfermedad de juventud que me afecta durante los días funestos como hoy.

Pesimismo existencial constante a lo largo de toda su vida y que incluso se incrementará con la madurez, cuando, renunciando a sus quimeras y sin esperar ya nada del porvenir, empiece a confiar a sus amigos su aspiración a acabar de una vez. «La vida únicamente resulta tolerable a condición de no estar jamás en ella», escribe a Louise Colet, en 1853. Pero no estar allí puede implicar asimismo establecer una distancia prudencial entre él y la vida, distancia que podría provenir de la ironía, pero, sobre todo, del arte. Aceptación irónica de la existencia y recreación plástica y completa de ésta por medio del arte. El arte como recurso definitivo e incluso como tabla de salvación. El arte como sacerdocio será otra de las grandes aportaciones flaubertianas al mundo de la modernidad. La escritura como tormento, como sacrificio supremo, pero también como suprema compensación. «El arte es una manera especial de vivir», frase que puntúa regularmente su correspondencia. El arte como alucinógeno frente a las miserias de un mundo vulgar e insoportable. El arte como asidero definitivo, pero también como espacio de fascinación y de embriaguez desenfrenada: «La única forma de soportar la existencia es aturdiéndose en la literatura como en una orgía perpetua», carta a Louise Colet, 4 de septiembre de 1858. Soledad, pues, consecuencia de un mundo incapaz de satisfacer sus anhelos desmedidos, pero compensada y remediada en todo momento por la seducción de un arte concebido como medicina suprema y como vocación llevada a límites insospechados.

Il y a en moi, littérairement parlant, deux bonshommes distincts: un qui est épris de *gueulades*, de lyrisme, de grands vols d'aigle, de toutes les sonorités de la phrase et de sommets de l'idée; un autre qui fouille et creuse le vrai tant qu'il peut, qui aime à accuser le petit fait aussi puissamment que le grand, qui voudrait vous faire sentir presque *matériellement* les choses qu'il reproduirait.

(Carta a Louise Colet, 16 de enero de 1852).

Se ha dicho con razón que toda la obra de Flaubert —la conocida, desde luego, la que se inicia con la publicación de MADAME BOVARY— está construida sobre la base de una auténtica negación de sí mismo, de un esfuerzo ímprobo tendente a superar, mediante las claves del rigor y la lucha titánica en pro de un estilo propio, la inclinación de su temperamento hacia el lirismo. Como prueba de ese carácter arrebatado y romántico, tenemos toda la considerable producción anterior a 1849. Flaubert fue un escritor extraordinariamente precoz y excesivo en sus inicios —defecto del que se corregirá con creces— que inicia su carrera literaria con sólo quince años y escribe relato tras relato hasta el crudo varapalo que recibe de sus dos mejores amigos, Maxime Du Camp y Louis Bouilhet, cuando, en septiembre de 1849, los convoca en Croisset para leerles pacientemente lo que él consideraba una obra maestra que habría de dejarlos boquiabiertos, *La tentación de San Antonio*.

Aquella coyuntura —como tendremos ocasión de ver— iba a marcar el devenir de Flaubert, puesto que, definitivamente convencido de que todo lo realizado antes de los treinta años carecía de rigor, lo abandona, de tal modo que sería preciso aguardar hasta finales de siglo, e incluso en muchos casos hasta nuestra época, para conocer todos esos trabajos de juventud, en los que encontramos aquí y allá páginas admirables. Ahora bien, tales textos —como se reconoce hoy día— resultan imprescindibles para comprender la unidad profunda de su obra. En efecto, con poco más de veinte años, el autor de MADAME BOVARY había abierto todas las perspectivas de lo que iba a ser su quehacer literario posterior, había abordado toda una serie de temas y de problemáticas que, a través de sucesivas modulaciones, iban a alcanzar una lenta maduración conforme la experiencia y el rigor de su escritura lograran esa plenitud que es el signo más preclaro de su arte.

Como es lógico, sus primeros textos —que, más que obras literarias, podemos considerar ejercicios escolares— están profundamente influidos por sus lecturas románticas. Conocemos, por ejemplo, una gama de relatos de carácter histórico —*El retrato de Lord Byron*, *La peste en Florencia*, *Un secreto de Philippe el Prudente* y una *Crónica del siglo x*— que son imitaciones de Walter Scott, pero donde ya queda

de manifiesto el gusto de Flaubert por las épocas antiguas —concretamente la Edad Media y el siglo XVI—, por las figuras misteriosas y satánicas, y por los crímenes sombríos. Poco a poco, bajo la influencia de Alexandre Dumas y, sobre todo, de Victor Hugo, comienza a interesarse por un tipo de literatura más comprometida. Pero su gran deuda será, no obstante, con Balzac. Gracias a la lectura de sus novelas no sólo comenzará a cuestionar la sociedad de su tiempo, sino que también empezará a interesarse por una modalidad de relato filosófico y fantástico del que jamás renegará. Por un lado, pues, el ciclo satírico, con relatos como *Pasión y virtud*, escrito en 1837, e inspirado en un suceso real, en el que aparece una mujer soñadora víctima de un amante cínico, anunciando de ese modo la perspectiva temática de lo que habría de ser MADAME BOVARY, y donde conviene incluir asimismo como pieza relevante la creación, en la que también intervinieron otros compañeros de clase, del *Garçon*: personaje farsante y siniestro —primer bosquejo de Homais, el boticario de MADAME BOVARY— que no es sino la prefiguración feroz del burgués. Por otro, el ciclo filosófico y fantástico, nutrido de exaltación romántica y caracterizado por su desbordamiento verbal, en el que, por lo demás, se refleja el *mal du siècle*, tan perceptible en un Flaubert que vive hasta el instante de su muerte bajo la impronta del hastío y de la fascinación por la nada. Dentro de este ciclo podemos incluir relatos muy tempranos como *Viaje al infierno* (1835), *Sueño del infierno* (1837), *La danza de los muertos* (1838), y, sobre todo, *Smarh* (1839), cuento escéptico y desesperado en el que el grotesco demonio Yuck acaba venciendo al ermitaño Smarh, y cuyo diálogo anuncia ya *La tentación de San Antonio*.

Ahora bien, íntimamente imbricada con esas anteriores tendencias narrativas, comienza muy pronto a perfilarse lo que con el tiempo se erigirá en espacio fundamental de la obra de Flaubert, aquel donde mejor sabrá plasmar el contrapunto de su romanticismo desengañado, nos referimos a ese ciclo de corte autobiográfico con el que el autor de MADAME BOVARY sigue la evolución misma del movimiento romántico francés desde Rousseau y Stendhal a Musset. Tales escritos de raíz autobiográfica, más o menos disfrazada, nos permiten hoy día penetrar no sólo en los secretos más íntimos de su alma, como ocurre en *Agonías* (1838), sino también, y sobre todo, en las circunstancias que rodearon sus años de exaltación por Élise Schlésinger, pasión que le inspiraría en 1838 sus *Memorias de un loco*, y posteriormente sus dos versiones de *La educación sentimental* —la de 1845 y la definitiva de 1869—. «Pretendía en un principio —confiesa en su Correspondencia aludiendo a sus *Memorias de un loco*— hacer una novela íntima donde el escepticismo alcanzara los últimos confines de la desesperanza; pero, poco a poco, conforme escribía, la impresión personal prevaleció sobre la fábula, el alma venció a la pluma y acabó por aplastarla». Un año más tarde, en 1839, sus *Recuerdos, notas y pensamientos íntimos* refieren la profunda crisis religiosa en la que se debate en esos momentos: «Hermosa vida la de los santos, me hubiera gustado morir mártir, y si existe un Dios, un Dios bueno, un Dios padre de Jesús, que me enviara su Gracia, su

Espíritu, yo lo recibiría y me postraría». Crisis que sin embargo acabará con la voluptuosa aventura que, durante el otoño de 1840, mantiene en Marsella con Eulalie Foucauld, y en la que se inspiraría para escribir, en 1842, *Noviembre*, breve novela en la que se esboza un amargo cuadro de los *impasses* sentimentales y metafísicos de la pasión amorosa. Flaubert nos cuenta en ella la vida y la muerte de un joven que se parece como dos gotas de agua al propio autor, y que, a la búsqueda del amor, encuentra a una cortesana ajada ya en esa misma búsqueda. Desesperado, el héroe muere «por la sola fuerza del pensamiento», muerte que simboliza el fracaso de las aspiraciones románticas hacia la libertad, la justicia y, sobre todo, el amor. «Con esta obra —escribe Flaubert a Louise Colet, el 2 de diciembre de 1846— acaba mi juventud». Y es que basta leer las *Memorias de un loco* y *Noviembre* para constatar que en el intervalo que media entre la redacción de ambas obras se produce una fuerte escisión en su alma; de un texto al otro, la imagen femenina se ha invertido: en las *Memorias de un loco* nos hallamos ante la mujer inaccesible y trascendente producto de la ensoñación: «Permanecía inmóvil y lleno de estupor —nos cuenta el narrador—, como si Venus hubiese descendido de su pedestal y empezara a caminar». En *Noviembre*, por el contrario, la conciencia exasperada de lo inabordable engendra en el protagonista un reguero de hastío y desesperanza, sin por ello destruir la exaltación, y transforma la imagen de Venus en la de una prostituta; la reacción lírica es, no obstante, la misma: «La busqué por todas partes, en los paseos, en el teatro, en las esquinas... A medida que pasaba el tiempo, la amaba cada vez más, con esa rabia que inspiran las cosas irrealizables». Aspiración hacia lo imposible de un adolescente enamorado y marcado irremediabilmente por la gangrena de un romanticismo caduco, que será a partir de entonces una constante vital en los principales personajes de su obra.

Este ciclo autobiográfico no acabaría, sin embargo, con *Noviembre*, puesto que inmediatamente, como quedó apuntado, Flaubert, en 1843, inicia su primera *Educación sentimental*, concluida en 1845, muy distinta de lo que sería la de 1869. Este libro, prolongación de las *Memorias de un loco*, es una meditación romántica sobre el tema de la imposibilidad del amor y de la felicidad. En él, Henry, el típico provinciano que llega a París para acabar desengañado, extrae de un idilio banal con una mujer casada la lección más prosaica: nada de sueños; lo esencial es el dinero y su manejo. Por el contrario, su amigo Jules, decepcionado también por el amor, se entrega al arte en plena soledad y termina encontrando en ese ejercicio un consuelo exaltante. Un argumento que no hacía sino reflejar las circunstancias concretas en que por aquel entonces se debatía el alma del propio Flaubert. En efecto, los amores de Henry y de Émilie Renaud se inspiran en la pasión de Gustave por Élise, desde su inicio en 1836 a su decadencia hacia 1842, y también, cómo no, de su breve relación voluptuosa con Eulalie Foucauld en Marsella. Por lo que respecta a Jules, el segundo personaje de la novela, el autor, en los últimos capítulos, le presta sus propios descubrimientos filosóficos y estéticos, hasta el punto que podemos considerar esas

páginas como la exposición más completa que Flaubert nos haya dejado de su concepción de la vida y del arte. Henry y Jules encarnaban las dos vertientes del joven Gustave: cínico y lírico, amargo y trabajador.

Ninguno de estos relatos vería, como quedó apuntado, la luz hasta bastantes años después de la muerte de su autor. Lo sorprendente, empero, es la precocidad de Flaubert a la hora de abordar el abanico —no demasiado amplio bien es verdad— de temas en los que habría de profundizar en su posterior obra. Es muy probable, además, que él mismo intuyera que todas aquellas páginas —aunque algunas rozaban ya la perfección artística— no eran sino ejercicios previos de aprendizaje, pues no existen referencias de que por aquella época hiciese ningún intento serio de publicar. Algo debía de decir, sin embargo, a su fino instinto que la culminación de aquella propedéutica estaba próxima, creencia que toma cuerpo especialmente hacia 1845 y 1846, después de los primeros ataques de su enfermedad, cuando Flaubert, una vez instalado en Croisset y persuadido de que no existe ya impedimento serio a su carrera de escritor, se plantea iniciar su primera obra literaria seria. Convencido no obstante de que lo esencial es encontrar un tema adecuado a su idiosincrasia para así dar rienda a su verbo expansivo, Flaubert, que por aquel entonces —1845— viaja a Génova acompañando a su hermana Caroline, recién casada con Émile Hamard, antiguo condiscípulo de Gustave, y de sus padres, descubre un apasionante cuadro en el que figuraban una serie de escenas en torno a la tentación de San Antonio, y siente de súbito el flechazo de la inspiración: un inmenso universo onírico surgiendo como por ensalmo de su mente. El tema desarrollado en el lienzo se expande, absorbe la herencia de Byron y de Fausto, enlaza con el satanismo lírico que el joven Gustave había hallado en sus lecturas románticas y parece indicarle la perspectiva de una obra a la medida de su temperamento apasionado e ideal como modo de compensar su grado de desesperanza, trazando una especie de inventario verbal e imaginario de todos los delirios, sueños y pesadillas de la humanidad contenidos en sí mismo.

Confiado, pues, en la fecundidad del tema que acaba de elegir y en la capacidad de su genio, Flaubert se sumerge de inmediato en la historia del ermitaño enfrentado a las herejías y a sus propios fantasmas; para ello —iniciando de ese modo un procedimiento que a partir de entonces será habitual en él— se documenta minuciosamente, lee toda clase de textos —desde los Padres de la Iglesia a la *Leyenda dorada*—, de los que extrae imágenes y episodios, y, durante tres años, desde el otoño de 1846 hasta finales del verano de 1849, escribe impulsado por su lirismo, hasta que finalmente llega ese día clave —el 12 de septiembre de 1849— en que reúne a sus amigos íntimos, Du Camp y Bouilhet, y, vehemente, les lee durante cuatro días, en jornadas de cuatro horas distribuidas entre la tarde y la noche, lo que él considera su obra magna. La respuesta de sus amigos fue sin duda el mayor jarro de agua fría que recibiera en su vida. «Pensamos —le dijeron— que lo mejor es arrojar todo eso al fuego y no volver a hablar nunca más de ello». Sentencia particularmente cruel por cuanto que eran conscientes del impacto que iba a producir,

pero también absolutamente certera porque, gracias a aquel correctivo —sublimado *a posteriori* por el propio Du Camp—, Flaubert iba a dar el definitivo golpe de timón que le llevaría directamente a la gloria literaria.

Porque arrojar aquel manuscrito al fuego suponía condenar al mismo tiempo su temperamento, destinar a la nada literaria su idiosincrasia profunda y basar su porvenir en un divorcio radical entre su naturaleza y su obra. Por fortuna, aquella crítica unánime y acerba tuvo también su lado positivo cuando Bouilhet, siempre práctico, le aconseja consagrarse a una historia costumbrista y real, según el modelo de Balzac, una historia que se apoyara en un suceso verídico: la historia de Delaunay, un antiguo alumno del doctor Flaubert cuya desgraciada trayectoria sentimental había impresionado sobremanera al círculo de amigos allí presente^[2]. Mucho se ha escrito en torno al más o menos contundente efecto que semejante consejo ejerció en Flaubert, pero lo que sí parece probable, dejando a un lado la prolija parafernalia que rodea la génesis de *MADAME BOVARY*^[3], es que la sugerencia de Bouilhet en modo alguno produjo una súbita iluminación en él, por la sencilla razón de que aún tardaría dos años en iniciar esta novela, dos años de lenta gestación, mediando asimismo el gran paréntesis de su viaje a Oriente; además, de acaecer del modo en que lo cuenta Du Camp, tal idea hallaba ya un terreno abonado en el propio Gustave, puesto que su interés por el tema del adulterio —tal y como vimos— había quedado reflejado en su relato *Pasión y virtud*.

Aquel cambio de rumbo resultó, por consiguiente, decisivo en el devenir literario de Flaubert, especialmente porque le permitió comprender a tiempo que su fracaso hasta aquel preciso momento era, ante todo, de naturaleza estética, consecuencia de un estilo extraviado en una retórica a menudo ampulosa y hueca. Y si entonces opta por un tema realista, lo hace con el firme propósito de someterse a una cura estética, escribiendo según las exigencias de una terapéutica capaz de exorcizar el demonio de un modo de expresión vago y poco en consonancia con su época. Elegir un tema exento de todo lirismo y de toda retórica, por cuanto que su uso quedaría fuera de lugar y hasta ridículo en una obra como la que él proyectaba, era el mejor tratamiento. Tal es la atmósfera íntima en medio de la cual se gesta *MADAME BOVARY*. Flaubert va a proceder de una forma parecida a Stendhal cuando éste elabora *Rojo y Negro* a partir de la historia del seminarista Berthet, descubierta en la *Gazette des Tribunaux*. Sin embargo, existe una gran diferencia entre ambos novelistas, ya que, mientras que el grenoblés metamorfosea el suceso verídico real con miras a armonizarlo con su imaginario personal, Flaubert hace justo lo contrario: la obra que va a llevar a cabo a partir de la sugerencia de Bouilhet va a servirle de medio para reducir a la nada cuanto de imaginario personal había vertido en *La tentación de San Antonio*. Tomaba así conciencia definitivamente el autor de *MADAME BOVARY* —y esa es su gran aportación al mundo de la novela— de que la función de la literatura no es expresar lo que un escritor hubiera podido o querido ser, sino que, por el contrario, la literatura debe excluir como vanos e irrisorios todos los posibles imaginables, salvo

uno, fundamental, desde luego, el propio texto.

Los cinco años que Flaubert consagró a la elaboración de *MADAME BOVARY* fueron, pues, vitales para el devenir de su obra, años que le iban a permitir alcanzar la cumbre de su carrera a costa de ímprobos esfuerzos. Era este libro el resultado del triunfo de la voluntad sobre el temperamento; la prueba más palpable de que el genio y, sobre todo, la maestría en el lenguaje se consiguen a costa de un ejercicio cotidiano inflaqueable. Partía, desde luego, de un bagaje nada despreciable en cuanto a experiencia narrativa; tenía conciencia de que la gran obra exige fuertes dosis de observación minuciosa; presentía que el máximo de rigor novelístico debía de alcanzarse gracias a un progresivo sustraerse del narrador, pero le faltaba el sometimiento del lenguaje a su voluntad en vez de abandonarlo a su temperamento. De repente, sin embargo, Flaubert rompía —como escribe Michel Raimond— con el lirismo romántico, y lanzaba definitivamente la novela por los cauces de la modernidad^[4].

Con *MADAME BOVARY* se iniciaba asimismo la temática del fracaso de una vida, de la denuncia de las ilusiones irrisorias del romanticismo vulgar, así como de la mediocridad universal de la realidad social y humana, temas que, tal y como venimos viendo, no eran sino la plasmación indirecta, a través de la ficción, de su universo personal. La observación de la realidad sazónada con su propio pesimismo existencial iban a generar dos grandes novelas: *MADAME BOVARY* y la segunda y definitiva *Educación sentimental*, novelas de costumbres, ubicada la primera en provincias, la segunda en París, y cuyo común denominador era la puesta en escena de existencias que acababan por deshacerse —lo contrario que en Balzac—; grandes novelas de la disolución que se desarrollan en medio de atmósferas bañadas en esa banalidad que constituye la nota común de la vida francesa, una vez concluida la gesta napoleónica. Epopeyas del fracaso donde no cabe ningún tipo de salvación para las almas soñadoras, no sólo por la trivialidad de su entorno, sino por la propia ineptitud de éstas a la hora de obrar. *MADAME BOVARY*, por ejemplo, no es sino la historia de una mujer de provincia, mal casada, cuyo itinerario sentimental, partiendo de la desilusión conyugal (que ni la maternidad ni la religión son capaces de compensar), pasa por la tentación extraconyugal, la decepción del adulterio y el suicidio. Un itinerario de fracaso y de muerte, en resumidas cuentas. Una tragedia, un poema del amor, de la deuda y de la agonía en un pequeño pueblo provinciano donde el espacio está marcado por la mediocridad y el tiempo por el tedio.

El mal que aqueja a Emma, dentro de la voluntad de generalización a la que constantemente aspira nuestro autor, adquirirá muy pronto carta de ciudadanía con el nombre de «bovarismo», mal universal, excrecencia de la insatisfacción del hombre moderno, que le impide ver la realidad con un mínimo de rigor y vivir conforme a su naturaleza, que le incita a mostrarse disconforme con su destino, creyéndose designado a metas más elevadas. Mal perfectamente detectable, por lo demás, desde hacía mucho tiempo en la obra de Flaubert y que él mismo definía admirablemente a

propósito del héroe de la primera *Educación sentimental*: «Su vida, hasta ese momento, había sido vulgar y uniforme, encerrada dentro de límites precisos, cuando él se creía nacido para una existencia de más altos vuelos [...]. Lo que le hacía digno de lástima es que era incapaz de distinguir lo que es de lo que debería ser; sufría siempre de algo de lo que carecía, aguardaba sin cesar no sé qué cosa que jamás llegaba». Conocimiento preciso que no puede por menos de hacernos sospechar de sus raíces existenciales dentro del alma del propio autor.

Tras el éxito de *MADAME BOVARY* —acrecentado indudablemente por el proceso que siguió a su publicación—, Flaubert, un tanto fatigado del *pensum* al que se había sometido durante todo aquel lustro, trata de buscar un tema que le permitiera asumir de nuevo su temperamento en una transformación estética conforme a las leyes constitutivas de su arte, del que ya se siente, en líneas generales, bastante seguro. Le fascina el ambiente parnasiano de su época, tan en consonancia con el tropel de exóticas imágenes captadas durante el viaje que realizó por Oriente siete años antes. No puede, por tanto, extrañarnos que acabe por ceder a la tentación de antaño y opte por horizontes más amplios para dar rienda suelta a su imaginación. Inspirándose, pues, en el historiador griego Polibio, se propone revivir un episodio de la guerra civil de Cartago en cuyo centro figura la historia de amor imposible de Mathô, jefe de los mercenarios sublevados, por Salammbô, la hija de Amílcar, jefe cartaginés, después de la primera guerra púnica. Desde los primeros capítulos, sin embargo, los escrúpulos realistas comienzan a hacer mella en Flaubert y pronto se convence de que no basta con la fantasía para tratar un tema histórico. Por eso, en la primavera de 1858, se embarca en Marsella rumbo a Túnez, y pasa varias semanas visitando los escenarios donde proyecta situar su novela, en especial las ruinas de Cartago. A su regreso a Croisset reanuda su labor con renovados ímpetus, y cuatro años más tarde da a la stampa esa hermosa novela que es *Salammbô*. Semejante cambio de óptica, de la novela realista a la histórica, o de las costumbres modernas a las antiguas, no implicará en modo alguno un cambio sustancial en lo referente a la técnica utilizada. Su método de trabajo es, en líneas generales, el mismo que para *MADAME BOVARY*: documentación exhaustiva, elaboración minuciosa, sometimiento constante de su vehemencia romántica por medio de la frase justa, del ritmo apropiado, de la imagen realista. El resultado ofrece un alto grado de verismo gracias a la acumulación de detalles extraídos de los libros antiguos, y donde el tan cacareado «color local» del romanticismo pintoresco es reemplazado por un auténtico color. De ese modo, el viejo episodio histórico aparece narrado ante nuestros ojos con la misma minuciosidad de la que había hecho gala a la hora de representar la vida normanda. El argumento, por lo demás, y salvando las distancias, presentaba diversas semejanzas con el de *MADAME BOVARY*, no sólo porque el amor, al igual que en las demás obras de Flaubert, se sueña en la distancia y porque estamos de nuevo ante un itinerario de fracaso y de muerte en un mundo en decadencia —Cartago—, sino también por el parentesco físico entre Emma y Salammbô —parecido del que participará asimismo

Marie Arnoux en *La educación sentimental*— con sus cabellos negros peinados en grandes crenchas y sus ojos sombríos. Historia de amor y destino trágico del que se desprenden, como afirma Jean Rousset^[5], ciertas referencias míticas y simbólicas: Salammbô, «astro humano», consagrado a Tanit, la Luna, a la que venera por la noche, y Mâtho, «dios sideral», héroe diurno asociado a Moloch, divinidad solar que rige sus comportamientos. Ambos se oponen y se acompañan como el día y la noche, condenados siempre a perseguirse sin jamás alcanzarse.

Pero *Salammbô* tan sólo vino a ser un paréntesis dentro del conjunto de la obra flaubertiana. Inmediatamente después de su publicación surge de nuevo en él la conciencia autobiográfica, esa misma que le había impulsado a escribir sus *Memorias de un loco* y su primera *Educación sentimental*. Ahora, tras diez años de ejercicio estilístico, Flaubert, maestro ya en el arte de la narración, toma de nuevo el tema de antaño, lo rehace enteramente, y se plantea trazar una vasta crónica generacional, la suya propia, y, al mismo tiempo, el cuadro fiel del desarrollo de una época, el registro cotidiano del devenir en que se hallan sumidos, sin poder disociarse, los destinos individuales, las relaciones personales y sociales, las voluntades, los sentimientos, los actos, la historia, en una palabra, de una sociedad en su realidad más inmediata, más directamente constatable, sin que medie interpretación alguna que no sea la que imponen los efectos del flujo temporal. Y, como centro de este caleidoscopio, otra existencia, la de Frédéric Moreau —trasunto de la suya—, que se va desintegrando, inmersa en los avatares de un mundo en plena transición. Un joven, generalización y símbolo de una época convulsa, que vacila entre la provincia y París, entre el amor platónico y el amor sensual, hasta echar finalmente a perder su vida, y que no es sino el modelo más real de esa larga cadena de jóvenes desilusionados que, desde René, de Chateaubriand, Obermann, de Senancour, Dominique, de Fromentin, pasando por los protagonistas de *Volupté*, de Sainte-Beuve, *Le lys dans la vallée*, de Balzac, y *Les forces perdues*, de Maxime du Camp, confluyen en esta *Educación sentimental*, cuyo título más apropiado, según confesión del propio Flaubert, debería haber sido *Les fruits secs*. La diferencia entre esta novela y esas otras a las que aludíamos, correspondientes a la época romántica, son, con todo, apreciables. La ironía y la amargura sucedían al fervor. Ningún recurso, ningún consuelo para Frédéric Moreau, tan sólo el apaciguamiento irrisorio de la vejez, que aja la flor de la pasión y embota la sensibilidad. En tanto que el héroe de Balzac es una fuerza pasional que se consume en el fragor cotidiano tratando de hacer realidad sus ilusiones, y el héroe stendhaliano es un ser de excepción, privilegiado, trágico y que sólo alcanza su apogeo en el amor, el héroe flaubertiano es una presencia en hueco, un héroe impotente —un antihéroe, en cierto modo— por el que pasa la vida mientras él permanece en un estado de continua postración. Una frase de Flaubert nos lo describe con exactitud: «Incapaz de acción, maldiciendo a Dios y acusándose de cobardía, daba vueltas a su deseo como un prisionero da vueltas en su calabozo».

Dimensión trágica de una existencia sumida en la vasta epopeya de toda una

generación cuya constante fue el fracaso. *La educación sentimental* presenta un fascinante *background* que no es sino la historia moral de la generación de Flaubert, de ahí que, como a menudo se ha dicho, resulte un documento imprescindible para todo aquel que pretenda conocer a fondo el París de la época de la Revolución de 1848. La técnica del rouanés, tan distinta de la de Victor Hugo en *Los miserables*, permite ofrecer al lector, en vez de la clásica visión de conjunto hugoliana, esos minúsculos detalles concatenados que son la auténtica realidad observada en la calle y en la vida misma. Frédéric Moreau —siguiendo el comportamiento del propio Flaubert— asistirá como un mero espectador a las grandes jornadas revolucionarias de mayo de 1848, pero sin plantearse en ningún momento la posibilidad de participar. Al final, tanto para los que —con frase de Sartre— se manchan las manos, como para los que no, el resultado no ofrece ningún tipo de ilusiones.

Existe, asimismo, toda una marcada dimensión satírica a lo largo de *La educación sentimental*. La irrisión es una constante en esa incesante dilapidación de fuerzas superfluas, en esa historia que, más que nada, es la novela de las ocasiones perdidas, ocasiones que conservan cada una el rostro de una mujer, Marie Arnoux, a la que Frédéric no acaba de seducir, Mme. Dambreuse, Louise, la que le amaba y que por despecho se casa con otro, e incluso Rosannette, cuatro mujeres bien distintas pero cuyas respectivas imágenes se reflejan de una en otra en un sutil juego de espejos contrapuestos. *La educación sentimental* era la obra cumbre de Flaubert, la más auténtica, la que más palmariamente denunciaba cuanto de novelesco e imaginario entraña la literatura, y, por consiguiente, la revelación de la verdadera existencia, la del tiempo que se nutre de las ilusiones humanas.

La educación sentimental había supuesto otros cinco años —de 1864 a 1869— de arduos esfuerzos para Flaubert. La realidad como sustentáculo le había permitido esta vez pasar de la amarga epopeya de un alma, la de Emma Bovary, a la de toda una generación aquejada de un mal que, parecido al de la piedra, acaba por minar las ilusiones. Por lo demás, la inadaptación, el rechazo de la vida cotidiana, el continuo refugiarse en la ensoñación y la incapacidad a la hora de obrar eran rasgos comunes de Emma y Frédéric, y cuyas raíces profundas subyacían en el propio temperamento de un Flaubert que, si bien durante los años consagrados a la redacción de *La educación sentimental* se había abierto un tanto al mundo, intensificando sus relaciones sociales con los personajes más sobresalientes de su época —la princesa Matilde, el príncipe Napoleón, o los escritores Sainte-Beuve, Renan, Taine, los Goncourt o Théophile Gautier—, la fría acogida que se le dispensó a su obra —coincidiendo además con un cúmulo de desgracias familiares: la muerte de su amigo Bouilhet y la de su madre en 1872, así como la quiebra económica del marido de su sobrina Caroline, de quien dependía en gran medida la fortuna de la familia— iba a provocar un nuevo repliegue en sí mismo, acogiéndose ya de una forma concluyente a lo que para él era su único cobijo sólido: el arte. Ésa es probablemente la causa de que a partir de entonces el ermitaño de Croisset, salvo en uno de sus relatos cortos,

opte definitivamente por seguir los dictados de su temperamento, escribiendo obras con una fuerte carga filosófica, que, más que a representar la vida, aspiran a exponer un problema —religión, ciencia—, mostrando de ese modo el fracaso de las ambiciones humanas. De ahí que, en 1870, con casi cincuenta años, se decida a abordar de nuevo el tema de la tentación de San Antonio, su bestia negra, que había comenzado a obsesionarle, como quedó dicho, en 1839, en su relato *Smarh*, y que luego había cristalizado en torno a ese cuadro de Brueghel descubierto en 1845, en Génova, con los resultados que vimos cuando procedió a leérsela a sus dos amigos íntimos. Por fin, tras dos años y medio, quedaba terminado este sublime libro del deseo, y con él, posiblemente, la obra que más cerca se halló siempre de su naturaleza profunda, la que con mayor nitidez expresaba su forma de ser. Un libro que, aunque Michel Raimond sitúa más allá de la novela calificándolo de drama filosófico, o de poema fantástico^[6], sorprendió gratamente al mismísimo Baudelaire, que alabó «las elevadas facultades de ironía y el lirismo que lo iluminan». Aquella historia del ermitaño tentado por el Diablo en el desierto de Egipto a finales del siglo III, y que ve desfilar todas las religiones, los pecados, los monstruos horrorosos, antes de que, finalmente, el rostro de Cristo, radiante bajo el sol de la mañana, le haga reencontrar, al cabo de una noche entera de tentación, la actitud de la oración, debía resultar algo fascinante para Flaubert, muy posiblemente por el entramado faustiano que entrañaba. Abordándolo de nuevo, podía asimismo satisfacer su innata propensión hacia lo maravilloso, lo grandioso y lo fantástico, ese impulso hacia lo imaginario que apreciábamos en *Salammbô*. Los años, la experiencia y las lecciones no habían resultado, sin embargo, baldíos, de ahí que la novela «fantástica» se vea en todo momento condicionada por el quehacer de un escritor habituado al realismo de la expresión. Esa es la gran diferencia con respecto a la versión de 1849: Flaubert se esfuerza constantemente por establecer un distanciamiento, evitando la gratuidad narrativa y el lirismo arbitrario. *La tentación de San Antonio*, a pesar de todo, dada la enorme cantidad de erudición que exigía la potencia alucinatoria de las tentaciones, resulta la obra más literaria de Flaubert, y aquella en la que el bovarismo se transforma progresivamente en la búsqueda ansiosa de un absoluto.

Inmediatamente después de la publicación de *La tentación de San Antonio* en 1874, Flaubert, dentro de esa dinámica de libertad de inspiración en que transcurren los últimos diez años de su vida, escribe tres joyas narrativas que vieron la luz en 1877 con el título de *Tres cuentos*, considerados hoy día como una especie de testamento literario suyo. El primero, *Un corazón sencillo*, es la historia de una humilde sirvienta, Félicité, con la que Flaubert retomaba el primero de los polos de su inspiración: las costumbres modernas. El segundo, *La leyenda de San Julián el Hospitalario*, es un relato épico en torno a este santo, inspirado en una vidriera de la catedral de Rouen y en *La leyenda dorada*. Y el tercero, *Herodías*, aborda la conocida historia bíblica de San Juan Bautista. Tres relatos ubicados en tres marcos y en tres épocas totalmente diferentes, y diferentes entre sí, pero que, por encima de todo,

constituyen un todo orgánico gracias a la unidad del tema dominante: la soledad, la fatalidad de la soledad encarnada en una realidad concretamente manifestada. El tema, tal y como aparece perfilado en *Un corazón sencillo*, sirve de introducción o prelude a los otros dos cuentos, y lo que allí es una simple ascesis del desamparo, un descenso, una serie de abandonos con un final tierno e irónico —Félicité confunde al loro disecado con el Espíritu Santo—, en los otros dos se torna epifanía, puesto que la degradación social, el tormento y la angustia de la soledad hallarán su apoteosis en una ascensión mística abocada a la santidad. Tres obritas que, aun confirmando el pesimismo de su autor con respecto a su época y con respecto a la naturaleza humana, permiten abrigar una cierta esperanza de que este nihilista hubiera encontrado finalmente en la interiorización y la espiritualidad una posible salida a su hastío existencial. Por lo demás, los *Tres cuentos* pueden considerarse una especie de retorno meditativo sobre la totalidad de su producción anterior, una operación de ascesis literaria por medio de la cual Flaubert logra hacer confluir en una síntesis feliz la dualidad de temas que constituían las líneas maestras de su obra, al tiempo que la condensa, la libera de las obligaciones de la extensión de la novela, desembocando en una ejemplar pureza narrativa, sin por ello renunciar al realismo de su técnica y sin menoscabo de la significación. A nadie puede extrañar, por tanto, que estos cuentos tan sabiamente ideados hayan venido ejerciendo desde el instante de su publicación un gran hechizo sobre los lectores sensibles a la perfección formal, a la pureza del estilo y a la simplificación literaria.

La vieja idea, no obstante, de escribir un libro sobre nada, un libro desprovisto de todo elemento accesorio —idea que será una constante en la literatura de nuestros días, especialmente durante los años de apogeo del *Nouveau Roman*— pervivía en el alma de Flaubert, de ahí que, ya en 1872, iniciase una serie de lecturas que con el tiempo se intensificarían de modo extraordinario, con miras a realizar una novela, ubicada en una época moderna, que fuese la expresión intelectual del bovarismo, y que sirviese de contrapartida a *La tentación de San Antonio*, poniendo de relieve ahora la tentación de la ciencia, el deseo desenfrenado de conocer y el absurdo que se deriva de todo ello. Con *Bouvard y Pécuchet* —obra que, a pesar de sus ingentes esfuerzos, quedaría inconclusa a su muerte—, Flaubert, en cierto modo, se caricaturizaba a sí mismo, puesto que, detrás de sus dos protagonistas convertidos en sabios autodidactas que viven apartados del mundo e inmersos en una especie de filosofía más o menos científica, creyendo avanzar pero constatando, a fin de cuentas, que cuanto mayor es la impresión de progreso, más de prisa retornan al punto de partida, aparecía su propia persona, seducida por las grandes tentaciones, por las añoranzas y quimeras, pero siempre lúcida y desesperada, que diría Ionesco. Tras su magna epopeya de la necedad, Bouvard y Pécuchet comprueban que cuanto más se progresa en el campo del conocimiento, más se acaba prisionero de la vanidad, más se toma conciencia de la necedad que las ilusiones del saber recubren. *Bouvard y Pécuchet*, pues, al igual que *La tentación de San Antonio*, era un libro en que la

aventura del saber, o mejor, del conocimiento, servía para fundamentar un delirio: el movimiento no es más que pura apariencia, pura repetición, a pesar de la diversidad de los objetivos. Flaubert, como buen romántico desengañado, se mantenía hasta el final cautivo de sus contradicciones. Ni la ensoñación capciosa de Emma y Frédéric Moreau, ni el delirio de la tentación ascética o científica resultaban válidos a la hora de sentar las bases de un equilibrio vital; tan sólo quedaba el recurso de la nada, o el frenesí de la escritura como único modo de constituirse en demiurgo y modelador de una realidad propia. Lo demás, pura evanescencia, carecía de interés. La tentación del libro como única entelequia duradera nacía con el autor de MADAME BOVARY.

FLAUBERT Y EL NACIMIENTO DE LA NOVELA MODERNA

La obra de Flaubert marca una coyuntura clave en el devenir de la novela; si de magistral podemos calificar el conjunto de su obra, magistral es asimismo el conjunto de sus escritos teóricos, rebosantes de ideas sugestivas, formulaciones y preceptos precisos sin los cuales, hoy día, se hace muy difícil concebir la actual literatura. Se ha dicho, con razón, que MADAME BOVARY desempeña dentro del universo de la novela un papel semejante al de la *Introducción al estudio de la medicina experimental* de Claude Bernard —aparecida en 1864— dentro del universo de la ciencia. La clave de semejante mutación conviene buscarla en esos años —entre 1851 y 1856— de profunda introspección, en los que Flaubert, al tiempo que escribe lentamente MADAME BOVARY, reflexiona día a día acerca de las arduas dificultades que conlleva su labor y transmite en su Correspondencia —en especial la que dirige a Louise Colet— una serie de impresiones geniales que resultan aún más atrayentes que el propio libro.

Flaubert, conforme adquiere oficio, comienza a desconfiar de los «bailes de máscaras» de la imaginación y del mítico concepto de la inspiración que hasta entonces había sido considerado casi unánimemente como la fuerza impulsora por excelencia del arte. Reconoce, incluso, que «cuanto menos se sienta una cosa, más apto se es para expresarla exactamente, como es en sí misma, en su generalidad y exenta de todas sus contingencias efímeras» (carta a Louise Colet, del 6 de julio de 1852). De ese modo, el futuro autor de MADAME BOVARY tendía a alejarse de la estética romántica y empezaba a instaurar lo que Thibaudet llama «una lógica interna de la novela» basada ante todo en el concepto de verdad. Flaubert, que hasta entonces no había podido desechar el ingrediente idealista y lírico, siempre presente en sus primeras obras, comprende que el futuro de la novela debe orientarse hacia los escrúpulos de la exactitud. Es probable que semejante mutación estuviera, en parte, inspirada por la atmósfera positivista vivida en su entorno familiar. En efecto, Flaubert se había educado en un ambiente médico donde predominaba la rigurosa observación de los fenómenos y una firme creencia en el determinismo fisiológico. Y

él, que no quiso ser médico como su padre y su hermano, ni jurista, sino escritor, toma los dogmas de fe de los suyos —que son los mismos que tienden a imponerse en los círculos avanzados de su tiempo—, comienza a leer a los ideólogos y fisiólogos, y partiendo de los preceptos básicos en que se apoyan, elabora una técnica original que modificará sustancialmente el devenir de la novela.

«La literatura —escribe con talante anunciador a Louise Colet, el 6 de abril de 1853— adquirirá progresivamente el sesgo de la ciencia; será, sobre todo, *exponente*, lo que no quiere decir didáctica; hay que bosquejar cuadros, mostrar la naturaleza tal y como es, pero cuadros completos, pintar lo de abajo y lo de arriba». La novela, por tanto, debía ser científica y el novelista tendría que inspirarse en los principios y en el método de las ciencias biológicas, para aplicarlos a la psicología. Una concepción semejante del arte exigirá, como es lógico, un esfuerzo considerable por parte del autor, en especial a la hora de realizar vastas encuestas que le permitan describir las cosas en su realidad. De ese modo, la documentación se convertirá en una verdadera monomanía en Flaubert, el cual, antes de iniciar un episodio concreto —como ocurre en *MADAME BOVARY* en los capítulos en que se describe la operación del pie deforme de Hippolyte o la muerte por envenenamiento de Emma, por ejemplo—, se informa minuciosamente, consulta los detalles concretos con especialistas, etc. Esto rara vez se había hecho antes. Mediante la observación y la documentación, Flaubert aspira, por tanto, a extraer los elementos de los que se sirve el artista para proceder a una disposición estética que en ningún momento fuese tributaria de la fragilidad de una fantasía arbitraria, sino del rigor y de la verdad inherentes a la vida. No quiere ello decir que el documento fuera presentado en estado de detalle técnico o de simple información local o histórica. Para Flaubert resulta esencial el acto de sopesarlo en su justo valor, de seleccionarlo rigurosamente, tratando de mantenerse en todo momento dentro de las generalidades posibles, despojando los hechos de su carácter contingente, a fin de alcanzar lo permanente y universal: Emma Bovary representa toda una categoría de almas femeninas. Por lo demás, la observación científica no excluye en ningún momento la observación puramente artística, la intuición como modo fundamental de captar el alma de las cosas: el artista ha de observar con la intuición, dejar que se repose en él la visión del objeto, para aprehender de ese modo el espíritu antes de apresurarse a pintarlo, y abstenerse a la hora de ofrecer conclusiones, algo que es exclusiva competencia del lector.

Semejante concepción del arte tenía necesariamente que afectar —con las imprevisibles consecuencias que veremos— al *status* del narrador tradicional, casi siempre omnisciente en las novelas en tercera persona, y que lógicamente condicionaba en todo momento el devenir de la narración no sólo por la falta de objetividad de la que habitualmente hacía gala, sino también —y sobre todo— por sus continuas intervenciones narratorias. Flaubert es plenamente consciente de ese problema cuando escribe: «¡Pues bien! Creo que hasta ahora se ha hablado muy poco de los demás. La novela no ha servido más que como exposición de la personalidad

del autor, e incluso, diré más, toda la literatura en general, salvo posiblemente dos o tres hombres. Es menester, sin embargo, que las ciencias morales [...] procedan, como las ciencias físicas, por medio de la imparcialidad. Al poeta no le queda ahora más remedio que sentir simpatía por todo, por todos, a fin de comprenderlos y describirlos» (carta a Mlle. Leroyer de Chantepie, de 12 de diciembre de 1857). Para entonces, el autor de *MADAME BOVARY*, lejos ya del retoricismo romántico, seguro de su camino, cree firmemente que, del mismo modo que las ciencias naturales no nos revelan nada de quien las practica, de igual manera la novela no debe desvelar al lector nada de la vida íntima del novelista. «Te compadecerás de la costumbre de cantarse a sí mismo —escribe a Louise Colet, el 23 de septiembre de 1853—. Alguna vez, un grito puede ser eficaz, pero, por muy lírico que resulte Byron, pongamos por caso, ¡cuán aplastante resulta Shakespeare a su lado con su impersonalidad sobrehumana! ¿Sabemos acaso si está triste o alegre cuando escribe? El artista debe ingeniárselas para hacer creer a la posteridad que no ha vivido». El narrador debe, pues, esforzarse por parecer ausente de su obra, y para ello Flaubert propone «transportarse, mediante un esfuerzo del espíritu, a sus personajes en vez de atraerlos hacia sí», en un movimiento opuesto al de sus contemporáneos, que hallaban los elementos de su creación en su fuero interno, en vez de encontrarse a sí mismos en ella. Esta expulsión, al menos aparente, de la intimidad del escritor de su obra llega a convertirse en una auténtica obsesión en Flaubert: «Siento una repulsión indecible a la hora de plasmar en el papel algo de mi corazón; pienso incluso que el novelista no tiene derecho a expresar su opinión acerca de nada. ¿Acaso el buen Dios nos ha transmitido su opinión?» (carta a George Sand, del 6 de diciembre de 1866). El novelista sólo puede, por consiguiente, ser fidedigno desde el momento en que observa el alma humana con la misma imparcialidad que se pone de manifiesto en las ciencias físicas. Culto de la impassibilidad que Flaubert practica con el mismo escrúpulo que un entomólogo pone en su labor. La historia contada debe bastarse a sí misma y tendrá tanto mayor grado de verosimilitud cuanto más reacio sea el novelista a la hora de intervenir.

Ideas absolutamente revolucionarias, consecuencia lógica de los escrúpulos de una época en que por encima de todo prevalece lo científico; ideas que muy pocos se atreverán a asumir plenamente, ya que habrá que esperar casi un siglo para que, con el advenimiento de la novela behaviourista y el *Nouveau Roman*, se conviertan en práctica rigurosa. La impassibilidad de Flaubert —como pone de relieve Michel Raimond— no era sino la máscara de un fervor que venía a animar a las criaturas surgidas de su imaginación, y si renunciaba a las particularidades superficiales del yo, no era más que para entrar más profundamente en las pasiones del otro^[7]. El novelista se proponía desaparecer, pero ese modo de actuar, a la hora de la verdad, le permitía estar un poco por todas partes, confundirse con sus personajes y gozar plenamente de la ilusión de las escenas que iba creando; así se lo revela a Louise Colet en su carta del 23 de diciembre de 1853: «De todos modos, bien o mal, es

delicioso escribir, dejar de ser uno mismo, circular por toda la creación de que hablamos. Hoy, sin ir más lejos, hombre y mujer en una pieza, amante y querida a la vez, he paseado a caballo por un bosque, en una tarde de otoño, bajo hojas amarillas, y yo era los caballos, las hojas, el viento, las palabras que se decían y el sol rojo que hacía entornar los párpados ahogados de amor». Poder de autosugestión, o panteísmo puro, tales palabras ponen de manifiesto como pocas el goce estético que entraña la escritura al permitir al ser humano emular, en cierto modo, el poder divino. La impasibilidad flaubertiana tampoco excluía, pues, la emoción, ni tampoco, como tendremos ocasión de ver, la utilización de elementos personales y vivencias, y aún menos la plasmación inconsciente de las obsesiones, aversiones y humores del autor; buena prueba de ello es esa curiosa figura del boticario Homais, que viene a ser la síntesis apenas disimulada de su desdén por un cierto tipo petulante y vulgar, producto de una época determinada.

La sustitución del narrador omnisciente, que invadía con sus múltiples comentarios narratoriales todos los entresijos del texto, por un observador impasible que, como Dios en el universo, estuviera presente por todas partes, aunque permaneciendo en todo momento invisible, no sólo suponía el advenimiento de la edad adulta de la novela, su emancipación, en cierto modo, sino también una auténtica revolución en la narrativa que abría las puertas a una inmensa serie de posibilidades técnicas, tal y como anuncia, en 1920, el propio Marcel Proust en su famoso ensayo *Acerca del «estilo» de Flaubert*: «Semejante procedimiento modifica por completo el aspecto de las cosas y de los seres, como lo hacen una lámpara que desplazamos o una casa nueva». Lógicamente, conforme el narrador se retrae, el protagonista adquiere un papel cada vez más relevante, lo que se traducirá en un conjunto de modificaciones en todo lo concerniente a las descripciones, retratos y focalización en general. Dice Jean-Pierre Richard que «todo lo que hasta Flaubert había sido acción, se torna impresión^[8]», algo absolutamente cierto, por cuanto, basta observar cualquier escena de *MADAME BOVARY*, para comprobar que todo lo que ocurre se percibe a través del tamiz de una conciencia, por lo general la de Emma. Salvo raras excepciones, apenas encontramos en esta novela retratos o descripciones de conjunto, como en Balzac, sino esbozos, cuadros reducidos, croquis fugitivos trazados desde diferentes ángulos, enfoques sucesivos filtrados todos ellos por la mirada del personaje; por eso, más que frescos completos, son simples pinceladas impresionistas. Además, pocas veces tienen un carácter gratuito: «No existen en mi libro descripciones aisladas, gratuitas —escribe Flaubert a Sainte-Beuve el 12 de diciembre de 1862—; todas *sirven* a mis personajes y ejercen una influencia lejana o inmediata sobre la acción». Mediante la descripción conocemos los estados de ánimo, los gustos, las preferencias: de ahí la importancia de los objetos —el gorro de Charles, el ramo de novia de Emma, la petaca, etc.—. Y resultan tan fascinantes que, al leerlas, invariablemente se tiene la impresión de «ver», de «percibir» el paisaje, los aromas, el color, la luz. Una técnica que tiene mucho de sugestiva y gracias a la cual

el lector participa plenamente de lo acaecido ante sus ojos, en vez de permanecer, como hasta entonces, como un mero espectador. Y a esa magia contribuye de manera decisiva el empleo sistemático que Flaubert hace del estilo indirecto libre, una técnica no del todo novedosa, puesto que ciertos autores ingleses —como Jane Austen, George Eliot o George Meredith— ya la habían utilizado con anterioridad, aunque siempre de un modo esporádico y sin lograr, desde luego, el pleno efecto que adquiere en las obras de Flaubert, y que inmediatamente secundará Henry James. Mediante este procedimiento, que tan decisivo papel habría de ejercer en la novela del siglo xx, el narrador asumía la voz interior del personaje desde su propia voz en una simbiosis perfecta, superando así el efecto antinatural que producía el estilo directo aplicado al lenguaje del pensamiento. Un paso más —paso que se encargaría de dar, aunque tímidamente, Édouard Dujardin, en 1889, con *Les lauriers sont coupés*— y nacería en el mundo de la novela el monólogo interior, que se habría de constituir en el medio ideal para que la conciencia pudiera manifestarse en estado puro y sin ningún tipo de instancia intermedia ante los ojos del lector.

Pero eso no es todo. Flaubert, con su obra, aún aporta otra novedad fundamental a la novela moderna, al considerar ésta como una auténtica experiencia de lenguaje. El propio Henry James, en *The Art of Fiction*, reconoce que, gracias a Flaubert, la novela se erigía en una de las grandes formas artísticas de Europa. En un momento determinado de su vida, el autor de *MADAME BOVARY* adquiere el convencimiento de que sólo la forma puede infundir a la obra un valor eterno, de que el objetivo del arte es, ante todo, la belleza, y esa belleza es el resultado de una plena adecuación entre la forma y el pensamiento: «Cuanto más se aproxima la expresión al pensamiento, cuanto más se funde con éste la palabra y desaparece, mayor belleza se logra» (carta a Louise Colet, del 16 de enero de 1852). Podríamos juzgar de paradójico el hecho ya apuntado por Vargas Llosa en su *Orgía perpetua*^[9], de que fuera el mismo escritor que convierte en tema de novela el mundo de los hombres mediocres y los espíritus rastreros, el que advirtiera que, al igual que en la poesía, también en la ficción todo depende esencialmente de la forma, y que ésta y sólo ésta decide la fealdad y la belleza de los temas, su verdad y su mentira, pero lo cierto es que, basta adentrarse un poco en su Correspondencia para constatar que, desde muy pronto, Flaubert llega a la conclusión de que lo menos importante de una obra es el argumento, y lo esencial el estilo y la forma; así se lo anuncia a Louise Colet en una carta que le dirige el 16 de enero de 1852: «Es por eso por lo que no hay ni bellos ni despreciables argumentos, y que casi se podría establecer como axioma, situándose bajo el punto de vista del Arte puro, que no hay ninguno, ya que el estilo constituye por sí solo una manera absoluta de ver las cosas».

Hallazgo absolutamente genial este de la preocupación por la forma, que suscitará un fuerte debate que habría de prolongarse hasta nuestros días, con los formalistas, hasta el *Nouveau Roman*. Ni Balzac, ni Stendhal, ni Dickens, se habían preocupado apenas de otra cosa que no fuera el simple —y difícil— hecho de narrar, lo mismo

que ocurrirá con nuestro Baroja, de ahí que tradicionalmente se les cuelgue el sambenito de escribir mal. Pero, sin entrar en un debate que nos llevaría demasiado lejos, lo cierto es que la novela, hasta Flaubert, había ido progresando a su aire y con absoluta independencia, sin nadie que viniera a aplicarle una modalidad de canon concreto, despreciada por los puristas —no olvidemos que tanto Cervantes como el propio Diderot escriben novelas como algo secundario, esperando siempre alcanzar la gloria en otros géneros consagrados—, leídas ávidamente por un público variopinto, pero sin jamás plantearse una normativa estricta como ocurría con el teatro o la poesía. Flaubert, por primera vez, aspira a «infundir a la prosa el ritmo del verso (sin que por ello deje, desde luego, de ser prosa), y escribir la vida ordinaria como se escribe la Historia o la Epopeya» (carta a Louise Colet, del 6 de enero de 1853). Y sabía que, de conseguirlo, esas vidas que aparecen reflejadas en sus obras, por muy ordinarias que fueran, alcanzarían *ipso facto* un cierto nivel mítico.

Convencido, pues, de que la forma de la obra debe estar sometida a normas tan rigurosas como el fondo, Flaubert, dominando su instinto lírico, comienza a imponer a su arte de escribir una serie de reglas minuciosas y tiránicas con miras a lograr lo que él denomina «la armonía sostenida del estilo», armonía que debe conferir a la prosa las cualidades del verso, su sonoridad, su ritmo, su precisión, y cuyo efecto sobre la inteligencia y la sensibilidad del lector será tan musical, tan misteriosamente profundo como el producido por la poesía más sugestiva. Empresa nada fácil, como él mismo confiesa a Louise Colet, en su carta del 6 de julio de 1852: «¡Qué cosa más insufrible la prosa! Nunca se acaba con ella; siempre quedan cosas por rehacer. Estoy convencido, sin embargo, de que se le puede infundir la consistencia del verso. Una buena frase en prosa debe ser como un buen verso, *inmutable*, tan rítmica, tan sonora. Ésa es al menos mi ambición». Ambición que exigió de Flaubert esfuerzos sin límite: hay párrafos de MADAME BOVARY que los redactó hasta diez veces antes de darse por satisfecho. Cuenta Maupassant que Flaubert sometía sus fragmentos a la prueba del *gueuloir*, especie de altavoz casero por medio del cual escuchaba atentamente el ritmo de la prosa, se detenía para apreciar una sonoridad inadecuada, combinaba los tonos, eliminaba las asonancias, disponía las comas pacientemente, como los altos de un camino. «Pocos hombres habrán sufrido tanto como yo por la literatura», reconoce nuestro ermitaño de Croisset, tan escéptico en cuestiones humanas y tal vez divinas, pero tan convencido de su quehacer de escritor, del que hace un martirio, pero también una razón de vida: «Amo mi trabajo con un amor frenético y pervertido, como un asceta el cilicio que le desgarrar el vientre» (carta a Louise Colet, del 24 de abril de 1852).

Un ejemplo, pues, único de rigor y sacrificio que podríamos calificar de extremo por cuanto que pocos serán los seguidores dispuestos a emplear, como él hizo, cinco años de denodada labor para sacar a la luz una obra. Flaubert impondrá, con todo, una dirección muy clara en el devenir de la novela, contrapuesta en todo momento a escritores que, como Stendhal, viven intensamente, sueñan, empiezan a sentir un

tema y acaban por transcribirlo al hilo de la pluma en contadas jornadas —cincuenta y dos días tan sólo tardó Stendhal en escribir *La cartuja de Parma*, considerada hoy día como su obra maestra—. Para Flaubert el fuego sagrado es cosa del pasado, de la infancia de la narrativa, y como buen clásico, aspirará —como escribe Vargas Llosa— a encontrar un estilo para poder «sentir» un tema^[10].

MADAME BOVARY O LA TRAGEDIA MODERNA

Lo trágico, lo puramente trágico, en la literatura francesa, desde Racine, rara vez hace concesiones a la galería. Una tragedia, según la concepción más estricta del clasicismo francés, es un engranaje de extraordinaria precisión, preparado con todo lujo de detalles, con miras a producir un efecto contundente. Unas veces las circunstancias externas adversas, otras las internas —el juego de pasiones desencadenadas—, y, en la mayoría de los casos, ambas en íntima simbiosis y presididas por la fatalidad, originan a la postre un cuadro devastador que, si no de *exemplum*, sirve de catarsis al que, arrellanado en su butaca, y a menudo sobrecogido, contempla —en el teatro— o simplemente lee la curva inexorable de un destino aciago.

En el capítulo XIII de la segunda parte de MADAME BOVARY, Rodolphe Boulanger escribe a Emma en el momento de su ruptura: «¿Por qué te habré conocido? ¿Por qué serás tan hermosa? ¿Qué culpa, tengo yo? ¡Oh, Dios mío, no, no, culpa de todo a la fatalidad!». Pero esa frase, que parece sincera, que podría ser la frase concluyente de un héroe clásico, en seguida resulta mixtificada por el narrador, que en ningún momento baja la guardia ante unos personajes que él, por encima de todo, se empeña en presentarnos como entes detestables en grado sumo. En efecto, el todopoderoso narrador, dejando una vez más al descubierto los bajos instintos del farsante, escribe: «¡Una palabra como ésa siempre hace su efecto!», frase que pone de manifiesto la vileza de un alma exenta de todo tipo de escrúpulos, incapaz de reconocer su papel de ejecutor, y que ni siquiera duda en recurrir, incrédula, a las sacrosantas claves del devenir trágico con tal de eludir sus responsabilidades. Actitud que, por lo demás, ya no coge por sorpresa a un lector que, a estas alturas, conoce ya de sobra a este donjuán de aldea. Pero he aquí que, de nuevo, en el último capítulo del libro, al producirse ese —que podría haber sido— decisivo y temible encuentro entre Charles y Rodolphe, el marido becado y ultrajado, en vez de manifestar su hombría, se siente fascinado ante aquel vulgar seductor, y no sólo le perdona, sino que también él, sorprendentemente, culpa a la fatalidad, en tanto que Rodolphe, que —como reconoce el narrador— «había conducido esa fatalidad», encuentra su frase excesivamente benévola, incluso cómica y algo vil para un hombre en su situación. Rodolphe, evidentemente, ya ni se acuerda de aquel otro comentario suyo en la carta, pero nosotros, como lectores, no podemos dejar de advertir el juego de espejos

sutilmente fraguado por Flaubert para establecer un abanico de posibles responsabilidades, en cuyo vértice superior se sitúa una voluntad de hierro —a menudo irónica— que todo lo maneja, que se complace anatematizando las ruindades de sus personajes y que organiza los acontecimientos en torno a un determinismo más o menos cuestionable.

¿Por qué un autor se sienta frente a unas hojas en blanco con el firme propósito de escribir una tragedia? ¿Por qué Tolstói ordena su entramado argumental con miras a que, al final, Ana Karénina termine arrojándose bajo las ruedas de un tren? ¿Por qué la Regenta acaba humillada y vencida, pero viva, y en cambio el que muere es el marido inocente? ¿Por qué *Romeo y Julieta* concluye en tragedia cuando para ello Shakespeare, que podía haber salvado perfectamente a los amantes, fuerza la máquina hasta extremos que rozan lo inverosímil? ¿Quién conduce la ciega adversidad? Son preguntas que, en el caso de la literatura, podrían hallar respuestas precisas en el subconsciente del autor, en la lucidez que capta el sentido trágico de la existencia, en la obsesión ejemplarizante, en la voluntad destructora, en la amargura que por un momento se siente omnipotente y presta a inmolar, o también, cómo no, en los caprichos y avatares de la moda. Madame Bovary podría haber concluido su periplo, de no haber sido, especialmente, por Lheureux, convertida en una vulgar ramera, o en una adúltera empedernida que ni siquiera hubiese terminado mal, o que incluso hubiera dado con sus huesos carcomidos en algún convento, en algún burdel, o perdonada por su marido, como tantas y tantas. Es su muerte, paradójicamente, lo que la eleva un poco, lo que la dignifica, pero probablemente esa muerte es lo menos real del bovarismo.

Ahora bien, lo importante aquí, dejando a un lado tales posibles del relato y tales interrogantes básicos, es el mecanismo ideado por Flaubert —con sus carencias y sus virtudes— a la hora de ponerse a escribir esta novela que, como la clásica tragedia raciniana, acaba en un ambiente de desolación y negrura sin precedentes. Basta realizar una lectura en profundidad de MADAME BOVARY para constatar que nos hallamos ante un armazón perfectamente diseñado con miras a producir un determinado efecto sobre el lector. Una bomba de relojería que acabará por estallarle a Emma entre las manos. Una serie intrincada de factores, circunstancias, eventos y personajes funestos que arrastrarán a la protagonista ineluctablemente hacia el arsénico como postrer recurso de liberación y huida. Y, al igual que en la tragedia clásica, también aquí tenemos ocasión de ver cómo, junto a la maldad y perversión, a veces, la pseudobondad origina, a través de complejos avatares, efectos nefastos.

Todo coadyuva en este armazón sabiamente calculado por Flaubert como una polifonía de elementos en torno a Emma Bovary, joven apasionada, víctima de un romanticismo desfasado que no es sino cáscara vacía en un mundo de valores decididamente pragmáticos y mezquinos. Toda la novela aparece focalizada sobre Emma —a diferencia de *La Regenta*, donde Don Fermín de Pas adquiere en muchos momentos tanta relevancia como la heroína—, y el resto de los personajes actantes

sólo tienen entidad en tanto son partícipes del fracaso de Emma. Incluso Charles, el marido iluso, resulta un ser bastante elemental, dibujado de un trazo, y con escasos matices y claroscuros, aunque pueda redimirle ese amor sin condiciones que profesa a su esposa. Y sin embargo, es precisamente Charles Bovary —«charbovary»: «char», de carro, y «bovary», de *boeuf*, buey— el genio maléfico y el lamentable mentor del drama de Emma, pues no sólo se abre con él la novela, sino que también sobrevive un año a su esposa, sufriendo finalmente su carácter una metamorfosis que le llevará de la medianía insulsa en que vivió, a la sombría decadencia de un ser sin esperanza abocado a la muerte, una muerte que contrasta cruelmente con la Legión de Honor que el Gobierno de Francia otorga algunos años más tarde al insufrible Homais.

Un ser por encima —muy poco por encima— de lo normal podría haber salvado a Emma de la ruina moral y del suicidio, pero allí está Charles, culpando a la fatalidad, cuando es él quien —en uno de esos frecuentes rasgos cargados de irónica morbosidad en los que se complace Flaubert— se empeña, con su ingenua bondad, en que Emma practique la equitación con Rodolphe, y, con una candidez inaudita, le escribe anunciándole que su mujer está a su disposición (II, 9). Y nuevamente, durante la velada en el teatro de Rouen (II, 15), él es quien se encuentra con Léon, y con la inocencia del que no las ve venir, le invita a su palco para que así pueda saludar a su mujer y, por si fuera poco, primero sugiere a Emma y después le insiste que se quede un día más en la ciudad, para así poder ver tranquilamente el último acto de *Lucía de Lammermoor*. No nos engañemos, la adversidad tiene aquí nombre y apellido, la de un marido, si no consentidor, sí de un candor y una simpleza que rayan en lo inverosímil, un marido que se deleita aspirando candorosamente las violetas con que el amante —Léon— ha obsequiado a su mujer (III, 2) —otra vez la crueldad flaubertiana— o saboreando ávidamente los albaricoques que encubren la cínica carta de Rodolphe (II, 13) y que —como escribe Nabokov^[11]— ni una sola noche se despierta, para encontrar vacía la mejor mitad de su cama, ni oye nunca la arena y los guijarros que el amante arroja a la contraventana, ni recibe una carta anónima de algún entrometido de la localidad. Charles es el contrapunto del ideal de Emma, el encargado de rebajar incesantemente sus sueños, el hombre sin carácter, contemporizador, víctima de tres mujeres, y, sobre todo, el símbolo del fracaso: el ruido de la pierna articulada de Hippolyte, el pie zopo, resonando en la iglesia, el día del funeral de Emma, es el tañido fúnebre que puntúa el final de su desventurado sino, recordándole su carrera frustrada, ante el ataúd que contiene a la mujer que no supo conservar. Flaubert, por lo demás, se ensaña con él en todo momento, mostrándonos cómo engorda, cómo rumia su felicidad, cómo se complace en su ignorancia, cómo se deja manejar por los otros, y cómo, a pesar de todo, ama a su esposa con la mediocridad propia de los seres sin fuste. Charles es el prototipo del antihéroe que, paradójicamente, en vez de constituir el lógico impedimento al adulterio y a la decadencia de Emma, se erige en incitador involuntario, preparando el terreno al desliz. Habrá un momento, sólo un momento, en que Emma, que comienza

a constatar el carácter ruin de Rodolphe, intente volver a Charles, momento que coincide con la carta de su padre, cuya llaneza despierta su ternura (II, 10), pero, una vez más, se empeñará en ver las cosas al revés de como son, y sus delirios de grandeza volverán a traicionarla. Surgirá Homais —de nuevo la prefiguración del diablillo tentador que provoca catástrofes— con su proyecto de operación de pie zopo, y Charles caerá en la trampa —de nuevo el *fatum*—. La víctima será Hippolyte, pero, detrás del inmolado, habrá otra víctima, Charles. Homais se libraré de la quema, como de costumbre, y Emma, despechada, volverá a caer en manos de Rodolphe tras esa patética escena con que se cierra el capítulo XI de la segunda parte, que marca la definitiva ruptura moral entre los dos esposos: «Charles le parecía tan apartado de su vida, tan ausente de ella para siempre, tan imposible y aniquilado, como si fuera a morir y estuviera agonizando allí mismo ante sus ojos».

Por su parte, Emma —de *aimer*, la que ama—, como cualquier personaje prototípico, entraña muchas lecturas, y despierta, lógicamente —como un Julián Sorel en *Rojo y Negro*—, adhesiones incondicionales y odios contumaces. Ella es la víctima a inmolar, el centro neurálgico en torno al cual actantes y eventos ejercen su implacable impronta. Pero tampoco conviene olvidar en ningún momento que ella, ni es un dechado de virtud —cosa evidente—, ni conserva el alma transparente de la heroína de antaño, sobre todo porque las monjas del convento de las Ursulinas de Rouen y el entorno del internado (I, 6) —con las lecturas trovadorescas, las ensoñaciones lamartinianas y la religión de oropel chateaubrianesca— han inoculado en su espíritu un filtro tan sutil como pudieran serlo las novelas de caballerías en la mente de Don Quijote. Su educación —como la de Flaubert—, en vez de suministrarle una disciplina y un conjunto de normas para adaptarse al mundo con ciertas garantías, lo único que engendra en su alma es el desequilibrio, el horror al medio en que la ha tocado en suerte vivir; de ahí que constantemente se refugie en sus fantasmagorías para huir de la realidad anodina en que se halla inmersa.

Sentadas las bases, Flaubert —anunciando el naturalismo— proseguirá implacable su lógica hasta el final, como en uno de esos cuentos ejemplares con que los moralistas pretenden mostrar los estragos del vicio. Emma Rouault, inteligente, sensible, relativamente culta, pero superficial, liga su porvenir al de Charles, como podría haberlo hecho al de cualquier otro que se hubiera presentado en la granja de su padre con las suficientes garantías de sacarla lo antes posible de allí. Pero, para su desgracia, la insignificancia del ser en quien ha puesto los ojos la condena a convertirse en una burguesa provinciana sin apenas expectativas. Comienza a tomar conciencia de la grisalla de su futuro, cuando —como calculado con ordenador—, por el puro juego de los manejos políticos —otra paradoja más—, se le presenta la ocasión de asistir a la fiesta en el castillo de la Vaubyessard —el único gran acontecimiento social de su breve existencia— que, como un nuevo veneno añadido al del convento y al de sus lecturas, va a constituir una especie de revelación para ella y le va a corroborar en su creencia de que, efectivamente, hay otros mundos acordes

con sus ilusiones y que, por tanto, *es posible* vivir conforme a sus ensueños — creencia basada, desde luego, en una impostura, puesto que en ningún momento es capaz de ver a los seres con los que se rodea en el baile tal y como realmente son—. Esta fugaz estancia en la Vaubyessard va a despertar, por lo demás, sus instintos sensuales: esa gran existencia que se le revela —o cree que se le revela— va a hacer que Emma busque a toda costa —desesperándose a menudo hasta enfermar— los gozos tangibles propios de esa vida brillante a la que aspira —simbolizados, entre otras muchas cosas, en la petaca hallada en el camino—, y es ahí precisamente donde vendrá a actuar Lheureux con su instinto de sanguijuela. Y así, refractaria a su entorno, iniciada al gran mundo, su alma será en adelante terreno abonado a todos los abandonos: abandono del deber conyugal, del deber maternal, salpicado todo ello de bruscos arrebatos religiosos, tan falsos como su propio modo de vivir, y que además, para desgracia suya, tampoco logran ser encauzados por el padre Bournisien, tan bonachón como ajeno a todo misticismo. Una vez, pues, contaminada su alma, Flaubert —de ahí semejante premiosidad en los capítulos preparatorios— sabe bien que la suerte está echada para una criatura que, en otras condiciones, incluso podría haber sido medianamente dichosa. Emma ya nunca aceptará la realidad tal y como se le ofrece, y no sólo porque reconocerlo supondría aceptar su propia mediocridad, sino porque es absolutamente incapaz de hacerlo, de ahí que constantemente tenga que recurrir a la ilusión, a la exaltación, a la idealización, al consumo inmoderado como forma de colmar su vacío existencial —otro rasgo plenamente moderno, y que, además, demuestra que todos somos, en mayor o menor medida, hijos del romanticismo—. Y en vez de luchar por forjarse una felicidad a su medida —cosa, desde luego, imposible desde el punto de vista de la lógica establecida por Flaubert —, se deja subyugar por las palabras huecas de Rodolphe, y más tarde por las de Léon, topicazos que habrían provocado la hilaridad de cualquier dama parisina en esa época, pero que ella escucha con deleite, quedando irremediabilmente atrapada en una maraña en la que, durante unos meses, vive el falso éxtasis de los que se refugian en un mundo de ficción alimentado de quimeras. Ahora bien, también esos amantes que al final la engañan, entre otras cosas porque son seres egoístas, incapaces de albergar una verdadera pasión, esos amantes, repito, también, por un tiempo, se dejan fascinar por la atracción, la vivacidad y el encanto irresistible que emanan de su persona, aunque al final terminen cansados de tanta fantasía, ellos cuyo ideal pragmático está en consonancia con la trivialidad de su entorno. El estrepitoso fracaso de Emma es, pues, lógica consecuencia de la inadaptación de su alma pseudorromántica en un mundo degradado, y su drama proviene, esencialmente, de su voluntad manifiesta de encarnar a toda costa un ideal forjado por el sueño, de ahí que toda confrontación con el universo en que vive lo único que le aporte sea una profunda decepción. Finalmente, su terrible agonía redime, en cierto modo, desde el punto de vista moral, sus faltas anteriores, y ese beso desesperado al cristo de marfil de la cruz poco antes de expirar (III, 8) le abre la puerta hacia un espacio desconocido

de amor ultraterreno, por más que inmediatamente —en otro de los crueles contrapuntos flaubertianos— surja el estribillo del horrendo ciego de las pústulas como una burla manifiesta del más allá, una carcajada rabelesiana que pone punto final al lamentable destino de Emma. Después, el prolongado cortejo fúnebre (III, 10) evocará en la mente del lector aquel otro cortejo, gracioso y optimista (I, 4) que, tan sólo ocho años antes, 1838, con el músico ambulante a la cabeza, avanzaba serpenteando por el campo en dirección a Les Bertaux, para celebrar allí el aparentemente feliz enlace de Emma Rouault con el funcionario de sanidad Charles Bovary.

En Les Bertaux, así como en Tostes, aunque sumidos en el tedio generalizado, el ambiente es aún demasiado rural, demasiado primitivo para que allí imperen la sutileza y la mezquindad que vamos a encontrar en ese engañoso pueblo de Yonville que, visto de lejos, «se le percibe postrado a lo largo de la ribera, como si fuera un pastor de vacas durmiendo la siesta al borde del agua» (II, 1). Nada hay allí de sobra; todo está perfectamente calculado para que el alma soliviantada de Emma —deslumbrada aún por el fasto de su aventura en la Vaubyessard— zozobre sin remedio, presa de una fatalidad que unas veces se encubre tras los rasgos de Rodolphe, otras tras los de Léon, y otras tras los de Lheureux, Bournisien, Homais y el omnipresente Charles. La conjunción del juego actancial de los mediocres allí concentrados roza la perfección por lo que se refiere a su impacto en el devenir trágico de Emma, de tal modo que una serie de incidentes sin aparente importancia —una conversación banal con un pasante de notario en una hostería (II, 2), un terrateniente que llega con un empleado enfermo a casa del médico para que le practiquen una sangría (II, 7), un cura incapaz de comprender los arrebatos místicos de una mujer (II, 6), o un mancebo de farmacia al que su patrono echa una dura reprimenda por entrar indebidamente al cuchitril donde guarda celosamente el arsénico a coger una vasija (III, 2)— van a provocar catástrofes por pura ironía de un infortunio en cuya parte más invisible se sitúa, como es natural, el propio Flaubert.

Ya hemos visto algunos rasgos de la pareja de amantes que suplen momentáneamente en el corazón de Emma el vacío pasional que su esposo es incapaz de colmar. ¡Y pensar que semejantes «burladores» siguen aún burlando!... Rodolphe Boulanger —*boulangier*, panadero—, nombre eminentemente plebeyo, experto en conquistas fáciles —para él, la conquista de una mujer es una cuestión de estrategia, pero ¡qué diferencia con la sublime candidez de un Julián Sorel en *Rojo y Negro!*, justo la que media entre el mundo heroico y el mundo de dinero—, dotado de un sólido sentido burgués —en la acepción flaubertiana de «pensar vulgarmente»—, comediante por excelencia cuya especialidad son las modulaciones en torno a los sacrosantos temas de la soledad, del alma humana, y que incluso adopta poses de héroe romántico con tal de sacar provecho inmediato, es un vulgar depravado. (Sería, sin embargo, interesante establecer un análisis comparativo entre el libertino Valmont de *Las amistades peligrosas* y el lascivo Rodolphe, como producto de dos épocas

separadas por el rodillo de la Revolución francesa). El amor, para él, es un juego de posiciones tácticas —más o menos como la caza—, y como está acostumbrado a esas hembras fáciles que rara vez le crean problemas —él mismo se delata la mañana de los comicios (II, 8) cuando, tras desembarazarse bruscamente de Homais y de Lheureux, le confiesa a Emma que no le gusta que los demás le agobien—, llega un momento en que el ardor cada vez más exigente y el encanto de gacela de Emma le asustan, y en vez de confesarle sus verdaderos sentimientos, la engaña hasta el final y luego huye como un cobarde dejando una carta mentirosa.

El rotundo fiasco de Emma perdiendo la cabeza por un hombre tan ramplón, cuyo único mérito fue adivinar su punto débil nada más conocerla, no será suficiente escarmiento. Ahora bien, para que vuelva a surgir la figura del nuevo amante — recordemos que en el capítulo (II, 6) Léon había decidido trasladarse a París al sentirse incapaz de seducir a Emma— tendrá que intervenir de nuevo —y esta vez doblemente— la fatalidad: por un lado Homais, sugiriendo a Charles que lleve a su mujer al teatro a Rouen para que así se distraiga un poco tras su larga convalecencia (II, 14), y por otro el propio Charles —el complaciente Charles— actuando, como vimos, de nexo incitador, durante el entreacto de *Lucía de Lammermoor* (II, 15), como ya lo había hecho con Rodolphe. Así se escribe la historia: gestos inocentes y hasta bondadosos provocando sucesivas catástrofes. Inconsciente, cándidamente, o como quiera que sea, lo cierto es que Charles empuja a su esposa hacia la definitiva inmolación, provocando al mismo tiempo su propia ruina. Léon, que durante estos meses ha adquirido la mundología de la que antes carecía, no duda esta vez en resolver esa asignatura pendiente que el azar —por obra y gracia de la cadena formada por Flaubert-Homais-Charles— le brinda. Y lo paradójico es que en todo momento se cree seductor, cuando lo cierto es que no es él sino Emma quien, poco a poco, le subyuga, le invade —lo contrario del viril Rodolphe—. Él también —¡cómo no!— recurrirá a la tópica romántica para seducir; sin embargo, el lector pronto advierte en él su falta de personalidad —véase la escena de la catedral con su magnífico contrapunto (III, 1), o su comportamiento durante la visita que Homais le hace en Rouen (III, 6)—, su mediocridad, su miedo a comprometerse. Todo en él es pura actitud, y al final, este ser voluble, preocupado ante todo por su respetabilidad, nada más ver llegada la posibilidad del ascenso, comienza a sentirse hastiado de su aventura y trata de poner punto final al idilio. Su carácter banal, que contrasta con sus poses y sus pretensiones, hará que al término de la novela acabe siguiendo a un *boeuf* (buey), al desposarse con Léocadie Lebouef. Este sucedáneo desvaído del *mal du siècle* romántico, tan soñador e idealista, adoptará, no obstante, el mismo proceder vil que el libertino Rodolphe la noche siguiente al entierro de Emma: ambos dormirán en sus respectivas guaridas el sueño de los justos (III, 10).

En la urdimbre tan meticulosamente tejida por Flaubert existe, asimismo, un individuo que desempeña un papel fundamental en el juego actancial, puesto que si todos los demás personajes coadyuvan, en mayor o menor medida, a la ruina de

Emma, él es el encargado de provocarla directamente con sus turbios manejos. Su nombre, Lheureux —el feliz, el que triunfa—, es el más irónicamente transparente del libro. Él es la tarántula que observa detenidamente a su presa y se abalanza sobre ella después de hipnotizarla. Nada más aparecer, la viuda Lefrançois se encarga, en una de las múltiples prolepsis, de describirnoslo como un embaucador y un reptil (II, 8); además, en ese preciso instante está a punto —nuevo signo premonitorio— de provocar la ruina de monsieur Tellier, el dueño del *Café Français*. Insinuante, adulator, servil, acostumbrado a soportar humillaciones, siempre presto a doblar el espinazo, se erige en una especie de sombra amenazadora que interviene como por ensalmo cada vez que su víctima se compromete un poco más en su pasión culpable, permitiéndole, con sus malas artes, saciar su codicia, sus ansias de lujo y voluptuosidad, hasta provocar su definitiva ruina. Sus apariciones, en efecto, parecen calculadas: al día siguiente de la tarde en que Emma se da cuenta de que se ha enamorado de Léon (II, 5), al día siguiente de su primer regalo a Rodolphe (II, 12), tres días después de sorprenderla en Rouen cogida del brazo de Léon (III, 5), etc. Lheureux, sagaz conocedor de los rincones tenebrosos del alma humana, sólo tiene un dios, el dinero, y a él consagra su existencia. Su presencia en la novela es fundamental y con él se configura, junto al drama del adulterio, el otro drama no menos terrible de la usura; los dos hallarán un terreno predilecto en el corazón mórbido de Emma, que sucumbirá incapaz de hacer frente a ambos.

Son los bribones los que finalmente triunfan en esta tragedia decimonónica de la que todo vestigio del heroísmo antiguo se ha esfumado: Lheureux, como ente maquiavélico y casi demoniaco, y Homais, el gran Homais, el insigne Homais —que tanta tinta ha hecho correr— por su necedad envuelta en petulancia. Homais, bufón social, tuerto en el país de los ciegos, imbuido de palabras huecas y sin digerir —los peores no son los que no saben, sino aquellos a quienes las cosas simplemente les suenan—. Homais, figura representativa de una época de pseudosabiduría, de ramplonería, y que encuentra epígonos en todos los pueblos y aldeas de las geografías del mundo, convertidos en alcaldes, en presidentes de algo o en padres de la patria. Diccionario encarnado de lugares comunes y de ideas trilladas, apasionado por el progreso, combatidor del fanatismo y de la Iglesia, amante de la prosopopeya hasta el punto de hablar siempre como creyendo dirigirse a un vasto auditorio, universal, egocéntrico, no es en el fondo más que un vulgar filisteo, miedoso, traidor, vengativo, con un falso concepto de la amistad y una falsa obsequiosidad; un individuo imbuido de preceptos mal asimilados, tan inepto como Charles, pero sin moral, o más bien con una moral estrecha y baja, preocupado ante todo por salvar las apariencias, un metomentodo sin genio, cuya cultura y ciencia proceden de la lectura de los periódicos, pero animado por un irresistible afán de ascender en la escala social, y que se mueve entre los necios como pez en el agua. Un símbolo, en resumidas cuentas, de la necedad militante, y una caricatura del artista y del hombre de ciencia. Resulta, por lo demás, paradójico, como escribe Nabokov^[12], que un entrometido

como él, a quien cabía imaginar siguiendo con ojo estadístico a todos los cornudos de su bienamada Yonville, jamás note nada, ni se percate de las aventuras amorosas de Emma, por más que —¿ironía o nuevo guiño del narrador?— en el momento de salir ésta a caballo con Rodolphe por primera vez (II, 9), desde la puerta de su farmacia exhorte a ambos a la prudencia. Su función actancial —como hemos visto— es notoria tan sólo en dos momentos decisivos de la trama. Ahora bien, su relevancia en la novela es tal, que todo permite suponer que, por encima de ese simple cometido, Flaubert se recrea matizando su estulticia y vertiendo sutilmente en esta especie de caricatura ubuesca todo el veneno antiburgués que acumulaba en el alma; buena prueba de ello es el postrer triunfo de este bufón con el que se cierra la obra y que viene a poner broche de oro a un mundo enfermo sin remedio.

Todos los demás personajes, salvo contadas excepciones que puedan ejercer una cierta función actancial —como es el caso de Justin (el justo), querubino, admirador mudo de la odalisca Emma, que, a pesar de su bondad, también provoca, aunque sea indirectamente, catástrofes, ya que, por culpa de su negligencia, Emma, de una manera fortuita, va a averiguar dónde se halla el fatídico frasco azul en el que Homais guarda celosamente el arsénico (III, 2)—, conforman una fauna que no hace sino reforzar la atmósfera asfixiante de Yonville en la que languidece Emma Bovary. A este respecto conviene reseñar el papel hostil de la madre de Charles, que, con su amargura y aspereza, va a incrementar el rechazo de Emma hacia su marido, por más que él inútilmente trate de poner paz entre ambas; o Binet, que, aunque no acostumbra a meterse donde no le llaman, constituye un reproche mudo para la adúltera, desde esa mañana en que ambos se sorprenden mutuamente en flagrante delito —Emma que viene de La Huchette después de hacer el amor con Rodolphe, y Binet que, guarecido en su tonel, practica furtivamente la caza (II, 10)—. Semejante reproche se patentizará, como presencia obsesiva, en ese torno cuyo monótono runrún no sólo simboliza, como a menudo se ha dicho, el quehacer infatigable del artista, sino también el reconcomio alucinante que primero provocará el vértigo suicida de Emma tras la huida de Rodolphe (II, 13) y que la acompaña incluso el día de su muerte (III, 8). Presencia simbólica que complementa la de otros personajes secundarios como Hippolyte, que, cual hijo reencarnado de un insignificante Teseo, se torna en víctima y símbolo de la inocencia; o ese terrible ciego que, cual espantosa alegoría infernal, se erige en prefiguración del destino y de la condenación eterna en la mente de Emma cada vez que viene de Rouen en la diligencia de Hivert y él se encarama en el pescante y descubre su lacerada faz con el rictus diabólico que provoca espanto, o en el preciso momento de la agonía de Emma, cuando se pone a cantar bajo su ventana y ella no puede impedir un terrible acceso de risa, «una risa atroz, frenética, desesperada, creyendo ver el horrible rostro del miserable, que se alzaba como un espanto en las tinieblas eternas» (III, 8).

Dentro de esta abigarrada fauna, también figuran los personajes que, pudiendo ayudar a Emma en un determinado momento, le dan la espalda, bien por impotencia,

como en el caso ya referido del padre Bournisien, que ejerce su ministerio con la banal perspectiva de un cura de aldea, bien por villanía, como ocurre con el notario Guillaumin —otra ave rapaz que, aunque más distante y opulenta, es si cabe más ruin aún que Lheureux—, o como el mismo Binet, que, con Rodolphe y Léon, completa la larga lista de los que a la hora de la verdad velan por su bolsa por encima de todo. Resulta hartamente curioso que Emma, en tan desesperado trance, no sólo deje de recurrir a su padre —tan sólo piensa en él a última hora, cuando ya no le queda tiempo—, sino también al omnipresente boticario —¡cuánto no habríamos dado por ver una escena entre Homais y Emma con ocho mil francos de por medio!

Y poco más cabe decir del resto. Personajes de fondo cuyo único objetivo en el mundo es extraer la sustancia nutritiva en cualquier situación, hormiguillas tenaces como la nodriza, madame Rolet, y, sobre todo, ese más que curioso Lestiboudois, factótum ejemplar, que no sabe si atender a sus hortalizas, a sus entierros, o a sus negocios como sacristán, sillero, etc. Personajes prototípicos que dan color —un color fosco— y que, con su pragmatismo y sentido de la rapiña, rebajan constantemente cualquier posibilidad de idealismo. Dentro de ese panorama sombrío, es posible, desde luego, percibir algunas, aunque escasas, notas de color y bondad —además de los ya citados Justin e Hippolyte—, como esa madame Homais —otra víctima— que se gana el cielo soportando pacientemente a lo largo de su existencia a un Homais, y que, dentro de la novela, se erige, un poco, en la antiEmma, es decir, una mujer que vive su cotidianidad manteniendo sus sueños —si acaso los tuvo— dentro del estricto marco de lo permisible; o ese patético «medio siglo de servidumbre», personificado en Catherine-Nicaise-Elisabeth Leroux, que acepta el miserable óbolo con que la sociedad premia su mansedumbre para ofrecérselo al cura a cambio de unos cuantos sufragios por su alma.

¿Todos culpables? ¿Todos inocentes? Desde el punto de vista trágico, casi podríamos decir que MADAME BOVARY es una inmolación en la que cada cual ejecuta puntualmente su papel más o menos relevante, más o menos pasivo —el estricto grado de responsabilidad que da la vida—, y después dormita, indolente, como Rodolphe y Léon, la tarde del entierro de Emma, o Bournisien y Homais, durante el velatorio. Tampoco hay lágrimas, ni sollozos —salvo en el caso del buenazo de Charles, o de Justin, el adolescente enamorado que llora por la noche sobre la tumba de Emma, o, posiblemente, de su hijita Berthe, que se convertirá en la futura víctima—, ni grandes gestos, ni grandes discursos ejemplarizantes como en la tragedia antigua; tan sólo esas simples alusiones a la fatalidad, es decir, casi nada, cosa, hasta cierto punto, lógica, si tenemos en cuenta que, detrás de esa inmolación de Emma, lo que realmente hay es otra mucho más abstracta, la del bovarismo, la del individuo problemático, cuya insatisfacción frente a lo real —una realidad absolutamente degradada— le impulsa a encastillarse en su propio mundo de ficción, en sus particulares ensoñaciones, haciendo de lo real no otra cosa que la proyección de sus propias fantasmagorías. Inmolación, pues, del individuo —ya no el héroe de antaño

que, al menos intentaba transformar su ámbito aunque a menudo terminara subsumido en él— que se obstina en vivir fuera del mundo —como el propio Flaubert—, dentro de una sociedad en plena decadencia que aplasta a cuantos no aceptan sus inexorables leyes y premia a todos aquellos que se adaptan a las exigencias de sus vaivenes. MADAME BOVARY es, por tanto, no sólo una historia edificante —y por tanto moral—, sino también una puesta en cuestión desoladora de un momento histórico preciso donde difícilmente cabe posibilidad alguna de redención.

JUAN BRAVO CASTILLO

BIBLIOGRAFÍA

EDICIONES ORIGINALES ÍNTEGRAS DE LAS OBRAS DE FLAUBERT

Oeuvres, 10 vols., París, Lemerre, 1874-1875.

Oeuvres complètes, Édition définitive d'après les manuscrits originaux, París, Quantin, 1885, 8 vols. (con un *Étude sur Gustave Flaubert* de Guy de Maupassant).

Oeuvres complètes de Flaubert, París, Louis de Conard (Jacques Lambert, Succ.), iniciada en 1909. Consta de 26 vols. (incluido el *Supplément à la Correspondance*, 4 vols., publicados en 1953 por René Dumesnil, Jean Pommier y Claude Digeon).

Oeuvres complètes illustrées de Gustave Flaubert, Édition du centenaire, París, Librairie de France, 1922-1925, 14 vols., in-8.º

Oeuvres complètes, París, Belles-Lettres, 1938-1945, 12 vols.

Oeuvres, París, Gallimard, Bibliothèque de La Pléiade, 1946-1948, 2 vols.

Oeuvres complètes, Lausanne, Rencontre, 1964-1965, 18 vols.

Oeuvres (salvo *Correspondance*), Collection Intégrale, París, Seuil, 1964, 2 vols. (préface de Jean Bruneau, notes de Bernard Masson).

Oeuvres complètes de Gustave Flaubert, Édition nouvelle établie d'après les manuscrits inédits de Flaubert par la Société des Études Littéraires Françaises, París, Club de l'Honnête Homme, 1968-1976, 16 vols., in-8.º

Correspondance, París, Gallimard, Bibliothèque de La Pléiade, tomo I, 1973; tomo II, 1980.

PRINCIPALES EDICIONES DE *MADAME BOVARY*

Madame Bovary, moeurs de province, 2 vols., París, Lévy, 1857. Édition définitive, París, Charpentier, 1873.

Madame Bovary, París, L. Conard, 1930.

Madame Bovary, texte établi et présenté par R. Dumesnil, París, Les Belles-Lettres, coll. «Les Textes Français», 1945, 2 vols.

Madame Bovary, Ébauches et fragments inédits recueillis d'après les manuscrits par Mlle. G. Leleu, París, Conard, 1936, 2 vols.

Madame Bovary, Nouvelle Version précédée des scénarios inédits, textes établis sur les manuscrits de Rouen avec une introduction et des notes par Jean Pommier et Gabrielle Leleu, París, José Corti, 1949.

Madame Bovary, Sommaire biographique, introduction, note bibliographique, relevé des variantes et notes par Claudine Gothot-Mersche, París, Garnier, 1971.

Madame Bovary, moeurs de province, Textes et contextes, par Gérard Gengembre, ENS, Fontenay-Saint-Cloud, Magnard, 1988.

ESTUDIOS CONSAGRADOS A FLAUBERT

BARDÈCHE, Maurice, *L'oeuvre de Flaubert*, Les Septs Couleurs, 1974.

BARNES, Julián, *Flaubert's Parrot*, Londres, Jonathan Cape Ltd., 1984. (Existe una traducción al castellano de Antonio Mauri: *El loro de Flaubert*, Anagrama, 1986).

BART, Benjamín F, *Flaubert*, Syracuse, Nueva York, Syracuse University Press, 1967.

BOLLÈME, Geneviève, *La Leçon de Flaubert*, París, Gallimard, 1964.

BONWIT, Marianne, *Gustave Flaubert et le principe d'impassibilité*, Berkeley, University of California Press, 1950.

BROMBERT, Victor, *The Novels of Flaubert*, Princeton University Press, 1966. —*Flaubert par lui-même*, Seuil, 1971.

BRUNEAU, Jean, *Les Débuts littéraires de Gustave Flaubert*, Armand Colin, 1962. —*Album Flaubert*, N. R. F., 1972.

BUTOR, Michel, *Improvisations sur Flaubert*, Agora, 1984.

DANGER, Pierre, *Sensations et objets dans les romans de Flaubert*, Armand Colin, 1973.

DEBRAY-GENETTE, R., *Flaubert*, Didier, 1970.

DIGEON, Claude, *Flaubert*, Hatier, 1970.

DOUCHIN, J.-L., *Le Sentiment de l'absurde chez Gustave Flaubert*, Lettres Modernes, 1970.

DURRY, Marie-Jeanne, *Flaubert et ses projets inédits*, París, Nizet, 1950.

EUROPE, Septiembre-octubre-novembre 1969: Actes du colloque Flaubert tenu à Rouen du 25 au 28 avril 1969.

GENETTE, Gérard, «Silences de Flaubert», *Figures*, París, Seuil, 1966.

HENRY, Gilles, *L'histoire du monde est une farce ou la vie de Gustave Flaubert*, Édition Charles Corlet, 1980.

JAMES, Henry, «Gustave Flaubert», *Notes on Novelists*, Nueva York, Scribner, 1914.

LAUMET, Lucien, *La Sensibilité de Flaubert*, Éditions PouletMalassis, Alençon, 1951. LEVIN, Henry, *Flaubert*, Oxford University Press, Nueva York, 1963.

LITTÉRATURE, Octubre 1974: número spécial, Modernité de Flaubert.

LOTTMAN, Herbert, *Gustave Flaubert. A Biography*, Librairie Arthème Fayard, 1989. (Existe una traducción al castellano de Emma Calatayud, realizada a partir de la traducción francesa que en 1989 llevó a cabo Marianne Véron: *Gustave Flaubert*, Tusquets, Colección Andanzas, 1991).

MOUCHARD, Claude y NEEFS, Jacques, *Flaubert*, Balland, 1986. NADEAU, Maurice, *Gustave Flaubert écrivain*, Lettres Nouvelles, 1969, reedición, 1986.

POULET, Georges, *Flaubert, les métamorphoses du cercle*, Plon, 1961.

PROUST, Marcel, «A propos du style de Flaubert», *Chroniques*, París, Éditions de la Nouvelle Revue Française, 1927.

RICHARD, Jean-Pierre, «La Création de la forme chez Flaubert», *Littérature et Sensation*, París, Seuil, 1954.

ROBERT, Marthe, *En haine du roman, essai sur Flaubert*, Balland, 1979, reedición, Livre de Poche, collection Biblio/essais, 1986.

SARRAUTE, Nathalie, «Flaubert le précurseur», *Preuves*, février, 1965.

SARTRE, Jean-Paul, *L'idiot de la famille*, Gallimard, 1971-1972, 3 vols., reedición, Collection Tel, 1983, 3 vols.

SHERRINGTON, R. J., *Three novels by Flaubert. A Study of techniques*, Oxford, Clarendon Press, 1970.

SPENCER, Philip, *Flaubert*, Londres, Faber and Faber, 1952.

STARKIE, Enid, *Flaubert, jeunesse et maturité*, Mercure de France, 1970.

SUFFEL, Jacques, *Gustave Flaubert*, «Les Classiques du XXe siècle», Éditions Universitaires, 1958, reedición, Nizet, 1979. THIBAUDET, Albert, *Gustave Flaubert*, Gallimard, 1935.

THORLBY, Anthony, *Gustave Flaubert and the Art of Realism*, New Haven, Yale University Press, 1957.

TILLET, Margaret. *On reading Flaubert*, Oxford University Press, 1961. *Travail sur Flaubert*, Seuil, Collection Point, 1983 (recoge una serie de trabajos claves de Claude Duchet, Jean Starobinski, Jean Rousset, Michel Raimond, Michel Foucault, Jacques Neefs, Raymonde Degray-Genette, Claude Mouchard, Jean-Pierre Richard, Claudine Gothot-Mersch, presentados por Gérard Genette).

ULLMAN, S., «Reported speech and interior monologue in Flaubert», *Style in French Novel*, Cambridge University Press, 1957. WETHERILL, P. M., *Flaubert et la creation littéraire*, París, Nizet, 1964.

ESTUDIOS CONSAGRADOS A *MADAME BOVARY*

AUERBACH, Erich, *Mimesis* (capítulo XVIII), Berne, Francke, 1946. Traducción francesa, París, Gallimard, 1968.

BAUDELAIRE, Charles, «Madame Bovary», en *Oeuvres complètes*, París, La Pléiade, 1963, o collection Bouquins, Laffont.

BOPP, Léon, *Commentaires sur Madame Bovary*, La Baconnière, 1951.

CIGADA, S., «Genesi e struttura tematica di Emma Bovary», in *Contributi del Seminario di Filologia Moderna*, Università Cattolica del Sacro Cuore, serie francese, I, Milán, Vita e Pensiero, 1959.

DE LATTRE, Alain, *La Bêtise d'Emma Bovary*, José Corti, 1980. DUMESNIL, René, *Madame Bovary, Étude et analyse*, Mellotée, 1958.

FAIRLIE, A., *Flaubert, Madame Bovary*, Londres, Arnold, 1962. GOTHOT-MERSCH, Claudine, *La genèse de «Madame Bovary»*, José Corti, 1966.

NABOKOV, Vladimir, «Gustave Flaubert: Madame Bovary» (versión en castellano), en *Curso de literatura europea*, Bruguera 1983.

NEEFS, Jacques, *Madame Bovary*, collection Poche Critique, Hachette, 1972.

RIEGERT, Guy, *Madame Bovary*, París, Hatier, Profil d'une oeuvre, 1970.

ROUSSET, Jean, «Madame Bovary ou le livre sur rien», *Forme et signification*, París, José Corti, 1962.

VENZAC, Géraud, *Au pays de Madame Bovary*, París-Ginebra, La Palatine, 1957.

VIAL, André, *Le Destin de Flaubert ou le Rire d'Emma Bovary*, Nizet, 1974.

MADAME BOVARY

PRIMERA PARTE

I

Nos encontrábamos en la sala de estudio, cuando entró el director seguido de un «novato» con atuendo provinciano y de un bedel que traía un gran pupitre. Los que dormitaban se espabilaron, y todos nos pusimos en pie como sorprendidos en nuestro trabajo.

El director nos indicó que volviéramos a sentarnos; entonces, dirigiéndose al prefecto de estudios, le dijo a media voz:

—Monsieur Roger, le traigo a este alumno para que se incorpore con los demás. Entra en quinto. Si su trabajo y su conducta le hacen acreedor a ello, pasará a la clase de los mayores, como corresponde a su edad.

El «novato», que se había quedado rezagado en un rincón, detrás de la puerta, de tal modo que apenas le podíamos ver, era un chico de pueblo, de unos quince años, y de bastante mayor estatura que cualquiera de nosotros. Llevaba el pelo con flequillo como un sacristán de aldea, y parecía modoso y un tanto azorado. Aunque no era ancho de hombros, su chaquetón de paño verde con botones negros debía de tirarle en la sisa, y por la abertura de las bocamangas se le veían unas muñecas enrojecidas como las de alguien acostumbrado a ir siempre remangado.

Su pantalón amarillento, muy tenso por los tirantes, dejaba al descubierto sus pantorrillas, ceñidas con medias azules. Calzaba un par de zapatos, no muy limpios y guarnecidos de clavos.

Comenzamos a recitar las lecciones. Él las escuchó muy atento, como si estuviera en un sermón, sin atreverse siquiera a cruzar las piernas o a apoyarse en un codo, y a las dos, cuando sonó la campana, el prefecto de estudios tuvo que avisarle para que se pusiera con nosotros en la fila.

Al entrar en clase, solíamos tirar las gorras al suelo para quedarnos con las manos más libres; había que lanzarlas desde el umbral bajo el banco, de tal manera que golpearan contra la pared levantando mucho polvo; así lo requería la costumbre.

Pero, ya fuera porque no hubiera advertido semejante maniobra, ya fuera porque no se atreviese a someterse a ella, lo cierto es que ya habíamos acabado los rezos y el «novato» seguía con la gorra sobre las rodillas. Era uno de esos tocados de características heterogéneas, en el que pueden encontrarse los elementos del gorro de

granadero, del *chapska*^[1], del sombrero de copa, del pasamontañas y del gorro de dormir; una de esas prendas desafortunadas, en resumidas cuentas, cuya muda fealdad adquiere profundidades de expresión comparables a las del rostro de un lelo. Ovoide y armada de ballenas, empezaba con tres morcillas circulares; luego alternaban, separados por una franja roja, unos rombos de terciopelo con otros de piel de conejo; venía a continuación una especie de saco rematado por un polígono acartonado y guarnecido con bordados de pasamanería, y de los que pendía, en el extremo de un cordón largo y fino, un pequeño colgante de hilos de oro en forma de bellota. La acababa de estrenar y la visera relucía.

—Levántese —le dijo el profesor.

Él se levantó y la gorra se le cayó al suelo. Toda la clase rompió a reír.

Se agachó para recogerla, pero el compañero que estaba a su lado se la volvió a tirar de un codazo. El chico la recogió por segunda vez.

—Deje usted ya la gorra en paz —dijo el profesor, que era un individuo bastante sagaz.

Se produjo entonces otra risotada que acabó de desconcertar al pobre muchacho, hasta el punto que llegó un momento en que no sabía si quedarse con la gorra en la mano, o dejarla en el suelo o ponérsela. Finalmente optó por sentarse de nuevo colocándose sobre las rodillas.

—Levántese —insistió el profesor—, y dígame su nombre.

El «novato» tartajeó un nombre ininteligible.

—¡Repita!

Y de nuevo oímos el mismo farfuleo de sílabas, ahogado por los abucheos de la clase.

—¡Más alto! —gritó el profesor—, ¡más alto!

El «novato», entonces, tomando una resolución heroica, abrió una boca desmesurada y, a pleno pulmón, como llamando a alguien, gritó: *Char-bovari*.

Se produjo entonces un alboroto que, iniciado súbitamente, fue subiendo de tono en un *crescendo* salpicado de voces agudas (aullidos, alaridos, pataleos, coreando sin cesar: ¡Charbovari! ¡Charbovari!), para ir luego declinando en notas aisladas, atenuándose a duras penas, aunque a veces resurgía de repente en alguna fila de bancos, donde estallaba alguna risotada reprimida acá o allá como petardo mal apagado.

Por fin, bajo la lluvia de amonestaciones, poco a poco se fue restableciendo el orden en la clase, y el profesor, una vez enterado del nombre de Charles Bovary tras hacérselo dictar, deletrear y releer, ordenó al pobre diablo que fuera a sentarse en seguida en el banco de los torpes, al pie de la tarima del profesor. El muchacho hizo ademán de obedecer, pero antes vaciló un momento.

—¿Qué busca usted? —preguntó el profesor.

—Mi go... —replicó tímidamente el «novato», lanzando en torno suyo miradas inquietas.

—¡Quinientos versos a toda la clase! —exclamó el profesor con voz furiosa, logrando así contener, como el *Quos ego*^[2], una nueva borrasca—. ¡Cállense de una vez! —prosiguió luego con gesto indignado, al tiempo que se enjugaba la frente con un pañuelo que acababa de sacar de su birrete—: Y por lo que a usted se refiere —añadió, dirigiéndose al «nuevo»—, me copiará veinte veces el verbo *ridiculus sum*.

Y luego, en un tono más afectuoso:

—Y no se preocupe por su gorra, que no se la van a robar.

De nuevo se instauró la calma. Las cabezas se inclinaron sobre las carpetas, y el «novato» permaneció durante un par de horas en una compostura ejemplar, por más que, de vez en cuando, alguna que otra bolita de papel lanzada con una plumilla viniera a estrellarse contra su cara. Pero él se limpiaba con la mano y seguía inmóvil, con los ojos bajos.

Por la tarde, durante el estudio, sacó sus manguitos del pupitre, puso en orden sus cosas y rayó con gran esmero su papel. Le vimos trabajar a conciencia, buscando todas las palabras en el diccionario y tomándoselo todo muy a pecho. Gracias, sin duda, a esa voluntad tenaz de la que hizo gala, no tuvieron que mandarle a una clase inferior, ya que, por lo que se refiere a las reglas, aun cuando las conocía bastante bien, carecía de elegancia en los giros. Los rudimentos del latín se los había enseñado el cura del pueblo, dado que sus padres, por razones de economía, habían retrasado al máximo su entrada en el colegio.

Su padre, monsieur Charles-Denis-Bartholomé Bovary, ex cirujano mayor auxiliar, comprometido hacia 1812 en asuntos de reclutamiento, y obligado por aquella misma época a abandonar el servicio, había aprovechado entonces sus atributos personales para cazar al vuelo una dote de sesenta mil francos personificada en la hija de un comerciante de sombreros, prendada de su porte. Buen mozo, fanfarrón, habituado a hacer sonar fuerte las espuelas, con las patillas unidas a los mostachos, y con los dedos realzados con todo tipo de sortijas y vestido de trajes de colores vistosos, tenía todas las trazas del bravucón y el gracejo desenvuelto de un viajante de comercio. Ya casado, vivió dos o tres años de la fortuna de su mujer, comiendo bien, levantándose tarde, fumando en grandes pipas de porcelana, no volviendo a casa por la noche hasta después de concluir los espectáculos y frecuentando los cafés. Su suegro murió sin dejar gran cosa; él se indignó, se metió a fabricante, perdió algún dinero, y por fin se retiró al campo con el propósito de explotar las tierras. Pero como entendía de agricultura tanto como de percales, montaba sus caballos en vez de enviarlos a la labranza, se bebía la sidra en botellas en vez de venderla, se comía las mejores aves del corral y lustraba las botas de caza con la grasa de sus cerdos, no tardó en percatarse de que lo mejor era abandonar toda especulación.

Por doscientos francos al año, encontró en una aldea, en los confines del País de Caux^[3], con la Picardía, una especie de vivienda de alquiler, mitad granja y mitad residencia señorial; y, amargado, roído de pesares, acusando al cielo de sus males,

envidiando a todo el mundo, se encerró a los cuarenta y cinco años, hastiado de los hombres, según decía, y decidido a vivir en paz.

Su mujer, en otro tiempo, había sentido auténtica devoción por él; le había amado con mil servilismos que habían acabado por apartarle aún más de ella. Tan jovial, expansiva y afectuosa antaño, a medida que envejecía, su carácter (como un vino que al orearse se convierte en vinagre) se fue tornando difícil, cáustico, nervioso. ¡Había sufrido tanto al principio, sin jamás quejarse, cuando le veía correr detrás de todas las pelanduscas del pueblo, y regresar por la noche hastiado y apestando a alcohol! Después se le soliviantó el orgullo y optó por callarse, tragándose la rabia con un estoicismo mudo que conservó hasta la muerte. Andaba siempre ocupada en trámites, en negocios. Visitaba a los procuradores, al presidente de la audiencia, permanecía atenta a los vencimientos de las letras, obtenía moratorias; y en casa, planchaba, cosía, lavaba la ropa, vigilaba a los jornaleros, pagaba las cuentas, mientras el señor, sin preocuparse de nada, continuamente sumido en una somnolencia hostil de la que sólo se despertaba para cosas desagradables, se pasaba las horas fumando junto a la lumbre, escupiendo en las cenizas.

Cuando dio a luz un hijo, hubo que encomendárselo a una nodriza. Luego, una vez criado y vuelto a casa, lo mimaron como a un príncipe. La madre le alimentaba a base de golosinas; el padre le dejaba corretear descalzo, y, dándoselas de filósofo, incluso llegaba a decir que por él podía muy bien ir completamente desnudo, como las crías de los animales. Contrariamente a las tendencias maternas, se le había metido en la cabeza un cierto ideal viril de la infancia, y a él quería acomodar la formación de su hijo, pretendiendo que se le educase rudamente, a la espartana^[4], para que de ese modo adquiriese una robusta constitución. Le mandaba a dormir en una cama sin calentar, le hacía beber grandes tragos de ron y le enseñaba a hacer mofa de las procesiones. Pero el pequeño, pacífico por naturaleza, respondía mal a sus esfuerzos. La madre le llevaba siempre pegado a sus faldas; le recortaba figuras de cartón, le contaba cuentos, le dedicaba monólogos interminables, salpicados de alegrías melancólicas y de arrumacos cariñosos. Dentro del aislamiento de su vida, concentró en aquel niño todas sus vanidades dispersas y truncadas. Soñaba para él destinos elevados, le veía ya crecido, guapo, inteligente, ingeniero de caminos o magistrado. Le enseñó a leer y hasta a cantar dos o tres pequeñas romanzas acompañándose de un viejo piano que tenía. Pero a todo esto, monsieur Bovary, muy poco amigo de las letras, decía que todo aquello no valía la pena. ¿Acaso iban a tener algún día con qué mandarle a las escuelas estatales, conseguirle un cargo o ponerle un comercio? Además, para triunfar en el mundo bastaba con un poco de cara. Madame Bovary se mordía los labios y el chico vagabundeaba por el pueblo.

Se iba con los jornaleros al campo y perseguía a terronazos a los cuervos que se echaban a volar. Se atracaba de moras de las que crecían junto a las cunetas, guardaba los pavos armado de una vara, amontonaba el heno en las épocas de siega, corría por los bosques, jugaba a la rayuela en el atrio de la iglesia los días de lluvia, y, en las

grandes solemnidades, le suplicaba al sacristán que le permitiera tocar las campanas para poder así colgarse de la gran soga con todo su peso y columpiarse con ella en su vaivén.

Así se crió como un roble. Sus manos se tornaron fuertes y su piel adquirió un color saludable.

Al cumplir los doce años, su madre logró que comenzara sus estudios. Se lo encomendaron al cura. Pero las lecciones eran tan breves y el chico las seguía tan mal, que no podían servir de mucho. Se las daba a ratos perdidos, en la sacristía, de pie, siempre con prisas, entre un bautismo y un entierro; o bien mandaba a buscarle después del *Angelus*, siempre que no tuviera que salir. Subían entonces a su cuarto y se instalaban allí, con los moscardones y las falenas revoloteando alrededor de la vela. Hacía calor, el muchacho se adormilaba, y el bueno del clérigo, dejando descansar ambas manos sobre el vientre, se amodorraba a su vez y acababa roncando con la boca abierta. Otras veces, cuando el señor cura, al regresar de llevar el viático a algún enfermo de los alrededores, descubría a Charles holgazaneando por el campo, le llamaba, le sermoneaba un cuarto de hora y aprovechaba la ocasión para hacerle conjugar al pie de un árbol el verbo que le tocaba aquel día. Pero cuando no la lluvia, era un conocido que pasaba quien venía a interrumpirles. Por lo demás, el cura siempre se mostraba contento con su discípulo, y hasta decía que tenía muy buena memoria.

Pero Charles no podía seguir así mucho tiempo. Madame Bovary se mostró enérgica. Avergonzado, o simplemente cansado de oírla, el marido acabó por deponer su resistencia, aunque aguardaron un año más hasta que el chico hubiera hecho la primera comunión.

Transcurrieron otros seis meses, y, por fin, al año siguiente, mandaron a Charles al Colegio de Rouen, adonde le llevó su padre en persona, a finales de octubre, por la feria de San Román.

Hoy día a ninguno de nosotros nos resultaría posible recordar nada de él. Era un muchacho de temperamento pacífico, que jugaba en los recreos, trabajaba durante las horas de estudio, permanecía atento en clase, dormía perfectamente en el dormitorio general y comía bien en el refectorio. Se cuidaba de él un quincallero mayorista de la calle Ganterie, que iba a verle un domingo al mes, después de cerrar su tienda, le llevaba a pasear al puerto para que viera los barcos y después le volvía a traer al colegio a eso de las siete, poco antes de la cena. Los jueves por la noche, Charles solía escribir una larga carta a su madre, con tinta roja y cerrada con tres lacres. Después repasaba sus apuntes de historia o bien leía un viejo ejemplar del *Anarchasis*^[5] que andaba siempre rodando por el estudio. Durante los paseos, charlaba con el criado, que era del campo como él.

A fuerza de aplicación, logró mantenerse siempre entre los medianos de la clase e incluso una vez logró ganar un primer accésit de historia natural. Pero cuando acabó tercero, sus padres le sacaron del colegio para que estudiara medicina, convencidos

de que podría valerse por sí mismo para terminar el bachillerato.

Su madre le buscó una habitación en un cuarto piso que daba a l'Eau-de-Robec^[6], en casa de un tintorero conocido suyo. Ella misma ultimó las condiciones de la pensión, se agenció los muebles, una mesa y dos sillas, mandó buscar a su casa una vieja cama de madera de cerezo y compró además una estufilla de hierro con la suficiente provisión de leña para que su pobre hijo no pasara frío. Y al cabo de una semana se marchó, después de recomendarle encarecidamente que se portara bien ahora que iba a quedarse solo.

Cuando leyó en el tablón de anuncios el programa de las asignaturas que tenía que cursar, se quedó como aturdido: anatomía, patología, fisiología, farmacia, química, botánica, clínica y terapéutica, sin contar la higiene y la medicina general, nombres todos ellos cuya etimología ignoraba y que le parecían algo así como puertas de santuarios llenos de augustas tinieblas.

No alcanzaba a comprender nada; por más que escuchara, era incapaz de asimilar. Trabajaba, no obstante, sin descanso, forraba los cuadernos, asistía a todas las clases, no se perdía ni una sola visita. Cumplía con sus tareas cotidianas como un caballo de noria que da vueltas y vueltas con los ojos vendados sin tener idea de la tarea que está desempeñando.

Para ahorrarle gastos, su madre le mandaba todas las semanas, por el recadero, un trozo de ternera asada al horno, que le servía de almuerzo al volver a mediodía del hospital, al tiempo que golpeaba la pared con las suelas de los zapatos para entrar en calor. En seguida tenía que salir corriendo para acudir a las clases, al anfiteatro, al hospicio, y volver después a casa haciendo un largo recorrido. Por la noche, después de la frugal cena que le servía el patrón, subía a su cuarto y reanudaba su trabajo sin tan siquiera despojarse de las ropas humedecidas, que muy pronto comenzaban a emitir vaho en torno a su cuerpo ante la proximidad de la estufa al rojo vivo.

En los hermosos atardeceres de verano, a la hora en que las calles tibias que quedan vacías y las criadas juegan al volante^[7] en el umbral de las casas, abría la ventana y se asomaba. El río, que infunde a este barrio de Rouen el aspecto de una innoble y pequeña Venecia, discurría allá abajo, amarillo, violeta o azul, entre puentes y pretilos. Algunos obreros, agachados en la orilla, se lavaban los brazos en el agua. Grandes madejas de algodón se secaban al aire, colgadas de unas pértigas que sobresalían de lo alto de los desvanes. Y enfrente, más allá de los tejados, se extendía el cielo despejado y puro con el sol rojizo del ocaso. ¡Qué bien se debía estar allí! ¡Qué frescor en los bosques de hayas! Y se le dilataban las aletas de la nariz para aspirar los buenos olores de la campiña, que no llegaban hasta él.

Adelgazó, creció y su semblante adquirió una especie de expresión doliente no exenta de atractivo.

Naturalmente, por pura indolencia, fue abandonando todas las resoluciones tomadas con anterioridad. Un día faltó a la visita, al día siguiente a clase, y así, poco a poco, saboreando la pereza, acabó por no volver más por allí.

Se aficionó a frecuentar las tabernas, donde jugaba con pasión al dominó. Encerrarse tarde tras tarde en un sucio establecimiento público y ponerse a mover sobre unas mesas de mármol huesecillos de cordero marcados con puntos negros, le parecía un acto precioso de su libertad que le elevaba en su propia estima. Era como una iniciación a la vida, el acceso a los placeres prohibidos; y, al entrar, ponía la mano en el pomo de la puerta con un goce casi sensual. Entonces, muchas cosas hasta ese momento reprimidas en él se fueron liberando; aprendió de memoria coplas que cantaba en las fiestas de bienvenida, se entusiasmó con Béranger^[8], aprendió a hacer ponche y finalmente conoció el amor.

Consecuencia lógica de tanta tarea preparatoria, fue su fracaso rotundo en los exámenes de «oficial de sanidad^[9]». ¡Y pensar que aquella misma tarde le esperaban en casa para celebrar su triunfo!

Llegó a pie, se detuvo en la entrada del pueblo, mandó recado a su madre y se lo contó todo. Ella le disculpó, atribuyendo el fracaso a la injusticia de los miembros del tribunal, enderezó su ánimo y se encargó de arreglar las cosas. Monsieur Bovary tardó cinco años en conocer la verdad, que él aceptó como cosa pasada, incapaz, por lo demás, de suponer que un hijo suyo pudiera ser un necio.

Charles reanudó su trabajo y preparó sin interrupción las diferentes materias de su examen, aprendiéndose de memoria cada una de las preguntas y respuestas. Aprobó con bastante buena nota. ¡Qué día tan feliz para su madre! Lo festejaron con un gran convite.

¿Adónde iría a ejercer su profesión? A Tostes. No había allí más que un médico ya viejo. Hacía mucho tiempo que madame Bovary esperaba su muerte, y aún no se había ido al otro mundo el buen hombre, cuando ya tenía a Charles instalado enfrente como sucesor suyo.

Pero no bastaba con haber criado a su hijo, haberle hecho estudiar medicina y haberle encontrado un lugar como Tostes para que la ejerciera: necesitaba también una mujer. Y le buscó una: la viuda de un escribano de Dieppe, que tenía cuarenta y cinco años y mil doscientas libras de renta.

Aunque era fea, seca como un fideo y con tantos granos en la cara como brotes en una primavera, lo cierto es que a madame Debuc no le faltaban pretendientes. Para lograr sus propósitos, madame Bovary se vio obligada a ir eliminándolos uno a uno, e incluso desbarató muy hábilmente las intrigas de un chacinero que contaba con el apoyo del clero.

Charles abrigaba la esperanza de que el matrimonio le supusiera la posibilidad de una mejora en su condición, imaginando que de ese modo sería más libre y podría disponer de su persona y de su dinero. Pero fue su mujer la que tomó el mando; cuando estaban en público, debía decir esto y callarse aquello, tenía que ayunar todos los viernes, vestirse como a ella se le antojara y apremiar a los clientes morosos cada vez que ella se lo ordenaba. Le abría las cartas, acechaba sus pasos y hasta se atrevía a escuchar a través del tabique cuando tenía señoras en su consulta.

Había que servirle el chocolate todas las mañanas y tener con ella atenciones sin fin. Se quejaba constantemente de los nervios, del pecho, de sus humores. Le molestaba el ruido de los pasos; si se iban, la soledad se le hacía insoportable; si volvían a su lado, era sin duda con la esperanza de verla morir. Por la noche, cuando Charles regresaba a casa, sacaba de debajo de las sábanas aquellos brazos largos y flacos, le rodeaba con ellos el cuello, y haciéndole sentarse en el borde de la cama, se ponía a contarle sus penas: ¡la estaba olvidando, seguro que amaba a otra! Con razón le habían advertido que sería desdichada; y terminaba pidiéndole algún jarabe para su salud y un poco más de amor.

II

Una noche, a eso de las once, los despertó el ruido de un caballo que acababa de pararse justo en la misma puerta. La criada abrió la claraboya de la buhardilla y dialogó durante algún tiempo con un hombre que permanecía abajo, en la calle. Venía a buscar al médico y traía una carta. Nastasie bajó las escaleras tiritando de frío y fue a descerrar los cerrojos de la puerta, que estaba cerrada con llave. El hombre dejó su caballo y entró inmediatamente detrás de la criada. Sacó del interior de su gorro de lana con borlas grises una carta envuelta en un pedazo de tela y se la presentó delicadamente a Charles, que se acodó en la almohada para leerla. Nastasie, junto a la cama, sostenía la luz. La señora permanecía pudorosamente vuelta hacia la pared, dándoles la espalda.

La carta, cerrada con un pequeño sello de lacre de cera azul, suplicaba a monsieur Bovary que se personara sin tardanza en la granja de Les Bertaux para recomponer una pierna rota. Ahora bien, de Tostes a Les Bertaux hay sus buenas seis leguas de camino, pasando por Longueville y Saint-Victor. La noche estaba oscura y madame Bovary tenía miedo de que su marido pudiera sufrir algún accidente. Decidieron, por tanto, que el mozo de mulas fuera delante. Charles se pondría en marcha tres horas más tarde, cuando saliera la luna. Desde la granja enviarían a un muchacho a su encuentro para que le enseñase el camino y le abriese las cercas.

A eso de las cuatro de la madrugada, Charles, bien arropado en su gabán, se puso en camino hacia Les Bertaux. Y adormecido aún por el calor del sueño, se dejaba arrullar por el trote apacible del caballo. Cuando éste se detenía instintivamente ante alguno de esos hoyos rodeados de espinos que se abren a las orillas de las rodadas, Charles, despertándose sobresaltado, se acordaba inmediatamente de la pierna rota, y

procuraba refrescar en su memoria todas las modalidades de fracturas que conocía. Había dejado de llover; el día comenzaba a despuntar, y, en las ramas de los manzanos sin hojas, aparecían algunos pajarillos inmóviles con las plumas erizadas por el viento frío de la mañana. La campiña, llana, se perdía en el horizonte, y las reducidas arboledas que rodeaban las granjas ponían, a intervalos alejados, manchas de un violeta oscuro sobre aquella superficie gris que se fundía en la lejanía con el tono lúgubre del cielo. De vez en cuando Charles abría los ojos, pero como se le cansaba la mente y el sueño le venía de nuevo, en seguida caía en una especie de sopor en el que sus sensaciones recientes se confundían con recuerdos lejanos, y se veía a sí mismo desdoblado, al mismo tiempo estudiante y casado, durmiendo en su lecho como poco antes y atravesando una sala de operaciones como antaño. En su cabeza se mezclaba el cálido olor de las cataplasmas con el verde aroma del rocío; oía el desliz de las anillas de hierro de las camas sobre sus correspondientes varillas y, al mismo tiempo, a su mujer que dormía... Al pasar por Vassonville vio a un muchacho sentado sobre la hierba al borde de una cuneta.

—¿Es usted el médico? —preguntó el chico.

Y, ante la respuesta afirmativa de Charles, echó a correr delante de él con los zuecos en la mano.

Mientras caminaban, el médico, por lo que le decía su guía, pudo comprender que monsieur Rouault debía de ser uno de los agricultores más pudientes del contorno. Se había roto una pierna la víspera, al atardecer, cuando volvía de celebrar la fiesta de los Reyes en casa de un vecino. Su esposa había fallecido dos años antes. Vivía solo con su «señorita», que le ayudaba a llevar la casa.

Las rodadas se fueron haciendo cada vez más profundas. Se acercaban a Les Bertaux. El mozalbote, deslizándose entonces por una abertura del seto, desapareció y reapareció poco después por el extremo de un cercado para abrir la barrera. El caballo resbalaba sobre la hierba mojada y Charles tenía que agacharse para pasar bajo las ramas. Los mastines, en sus perreras, ladraban tirando de sus cadenas. Al entrar en Les Bertaux, su caballo se espantó y dio un respingo.

Era una casa de labranza de buena apariencia. En los establos, por encima de las puertas abiertas, se veían grandes caballos de labor que comían tranquilamente en pesebres nuevos. Paralelamente a las edificaciones se extendía un amplio estercolero que despedía vaho, y en el que picoteaban, en medio de las gallinas y los pavos, cinco o seis pavos reales, orgullo de las granjas de aquella región de Caux. El aprisco era largo y el granero alto, de paredes lisas como la palma de la mano. Debajo del cobertizo había dos grandes carretas y cuatro arados, con sus fustas, sus colleras y sus aparejos completos, cuyos vellones de lana azul se ensuciaban con el polvillo que caía de los graneros. El corral, con sus árboles simétricamente espaciados, ascendía lentamente, y, cerca de la charca, se oía el alegre graznido de una manada de gansos.

Una mujer joven, con una bata de merino azul guarnecida con tres volantes, apareció en el umbral de la casa para recibir a monsieur Bovary y le acompañó hasta

la cocina donde ardía una lumbre. A su alrededor, en pucherillos de desigual tamaño, hervía el almuerzo de los jornaleros. Algunas prendas húmedas estaban puestas a secar en el interior de la chimenea. La badila, las tenazas y el tubo del fuelle, todos ellos de proporciones colosales, brillaban como acero pulido, y a todo lo largo de las paredes se extendía una profusa batería de cocina en cuya superficie se reflejaban de forma desigual las llamas claras del hogar junto con los primeros destellos del sol que entraban por los cristales.

Charles subió al primer piso para ver al enfermo. Lo encontró en cama, sudando bajo las mantas y sin su gorro de algodón, que había arrojado lejos de sí. Era un hombrecillo rechoncho de unos cincuenta años, de tez blanca, ojos azules, con prominentes entradas y que además llevaba pendientes. A su lado, junto a una silla, tenía una gran garrafa de aguardiente, de la que se servía un trago de vez en cuando para estimularse. Pero, en cuanto vio al médico, sus ánimos decayeron, y, en vez de blasfemar como venía haciendo desde hacía doce horas, se puso a gemir débilmente.

Se trataba de una fractura sencilla y que no presentaba ninguna complicación. Charles no habría podido desear nada más fácil. Y entonces, recordando el comportamiento de sus maestros cuando se hallaban junto al lecho de un herido, comenzó a reconfortar al paciente con toda clase de buenas palabras, caricias quirúrgicas que son como el aceite con que se engrasan los bisturíes. Con el fin de disponer de tablillas, fueron a buscar al cobertizo un haz de listones de madera. Charles eligió uno de ellos, lo seccionó y lo pulió con un vidrio, mientras la criada rasgaba una sábana para hacer vendas y mademoiselle Emma trataba de coser unas almohadillas. Como tardaba mucho en encontrar su costurero, el padre se impacientó. Ella no respondió, pero cuando se puso a coser, se pinchó varias veces los dedos y cada vez que le ocurría, se los llevaba a la boca y se los chupaba.

A Charles le sorprendió la blancura de sus uñas. Eran brillantes, aceradas, más bruñidas que los marfiles de Dieppe y recortadas en forma de almendra. Las manos, sin embargo, no eran bonitas, quizá no lo bastante pálidas, y un poco enjutas en las falanges; resultaban asimismo demasiado largas y carecían de suaves inflexiones de líneas en los contornos. Lo realmente hermoso de ella eran los ojos que, aunque pardos, parecían negros a causa de las pestañas, y su mirada franca reflejaba un osado candor.

Una vez listo el vendaje, el propio monsieur Rouault invitó al médico a tomar un bocado antes de irse.

Charles bajó a la sala, en la planta baja. En una mesita, al pie de una cama grande con dosel forrado de tela de indiana estampada con personajes turcos, había dos cubiertos con vasos de plata. Se percibía un aroma a lirios y a sábanas húmedas que emanaba del gran armario de madera de roble situado frente a la ventana. En los rincones, se veían sacos de trigo colocados de pie, unos junto a otros. Eran los que no habían cabido en el granero contiguo, al que se accedía por tres escalones de piedra. En medio de la pared, cuya pintura verde presentaba algunos descascarillados por el

efecto del salitre, colgada de un clavo, figuraba, como elemento decorativo, una cabeza de Minerva, dibujada al carboncillo, enmarcada en oro, y con una dedicatoria debajo, escrita en caracteres góticos, que decía: «A mi querido papá».

Empezaron hablando del enfermo, después del tiempo que hacía, de las bajas temperaturas, de los lobos que merodeaban de noche por el campo. A mademoiselle Rouault le aburría aquel tipo de vida, especialmente ahora que tenía que encargarse prácticamente ella sola de los cuidados de la granja. Como la sala estaba fresca, la joven tiritaba mientras comía, dejando de ese modo un poco al descubierto sus labios carnosos, que solía mordisquearse cuando callaba.

Llevaba un cuello vuelto blanco. Las dos crenchas negras de su pelo, tan lisas que parecían talladas en una sola pieza, estaban separadas por una fina raya en medio que se hundía ligeramente siguiendo la curva del cráneo, y, dejando asomar apenas el lóbulo de la oreja, confluían detrás en un moño abundante, con un movimiento ondulado hacia las sienes, algo que el médico rural jamás había visto hasta entonces. Sus pómulos eran sonrosados. Y, como es costumbre entre los hombres, llevaba colgado de los botones de su corpiño unos quevedos de concha.

Cuando Charles, después de haber subido a despedirse del padre, volvió a la sala antes de marcharse, la encontró de pie, con la frente apoyada en la ventana y mirando al jardín, donde el viento había derribado los rodrigones de las judías. Se volvió.

—¿Busca usted algo? —preguntó.

—Sí, mi fusta, por favor —replicó el médico.

Y se puso a buscar sobre la cama, detrás de las puertas, bajo las sillas; había caído al suelo, entre los sacos y la pared. Mademoiselle Emma la vio y se inclinó sobre los sacos de trigo. Charles, todo galante, se precipitó hacia ella, y al alargar su brazo en aquella misma dirección, sintió que su pecho rozaba la espalda de la joven agachada bajo él. Ella se incorporó muy colorada y le miró por encima del hombro mientras le tendía su fusta.

En vez de volver a Les Bertaux tres días más tarde, tal y como había prometido, lo hizo al día siguiente, luego un par de veces por semana regularmente, sin contar las visitas inesperadas que hacía de vez en cuando, como por equivocación.

Por lo demás, todo fue saliendo bien; la curación siguió su curso normal, y cuando, al cabo de cuarenta y seis días, vieron que monsieur Rouault ya daba los primeros pasos por la granja, todos comenzaron a considerar a Charles como un hombre de gran destreza. Monsieur Rouault decía que ni los médicos más competentes de Yvetot, ni tan siquiera los de Rouen podrían haberle curado mejor.

Por lo que a Charles se refiere, en ningún momento se le ocurrió preguntarse por qué iba a Les Bertaux de tan buena gana. Y si se lo hubiera planteado, seguramente habría atribuido su celo a la gravedad del caso, o quizá al provecho que esperaba sacar de él. Y sin embargo, ¿era ésta la razón por la que sus visitas a la granja constituían una excepción deliciosa en medio de las tediosas ocupaciones de su vida? Los días que tenía que ir allí se levantaba temprano, partía al galope, espoleaba a su

caballo; luego, al descabargar, se limpiaba los pies en la hierba y se ponía unos guantes negros antes de entrar. Le encantaba ese momento de llegar al patio, sentir contra su hombro la verja que cedía, oír cantar al gallo encaramado en la tapia y ver a los muchachos salir a su encuentro. Le gustaban el granero y las caballerizas. Se sentía complacido cuando monsieur Rouault le estrechaba la mano y le llamaba su salvador. Apreciaba especialmente los pequeños zuecos de Emma sobre las baldosas bien fregadas de la cocina. Sus tacones altos aumentaban ligeramente su estatura, y, cuando caminaba delante de él, las suelas de madera, levantándose aprisa, chasqueaban con un ruido seco contra el cuero de la bota.

Ella le acompañaba siempre, al marcharse, hasta el arranque de la escalinata. Y cuando veía que no le habían traído aún el caballo, esperaba allí con él. Como ya se habían dicho adiós, permanecían en silencio; el aire libre la envolvía, arremolinándole los rizos sueltos de la nuca, o agitándole sobre las caderas las cintas del delantal, que revoloteaban como banderolas. En cierta ocasión, en época de deshielo, escurría en el corral la corteza de los árboles y la nieve se fundía sobre las techumbres de los edificios. Emma estaba de pie en el umbral; fue a buscar su sombrilla y la abrió. La sombrilla, de seda tornasolada, al atravesarla el sol, iluminaba con móviles reflejos la blanca tez de su cara. Ella sonreía debajo, al tibio calorcillo, y se oían una a una las gotas de agua sobre el tenso moaré.

En la primera época de las visitas de Charles a Les Bertaux, su mujer jamás dejaba de interesarse por el enfermo y hasta le había reservado una hermosa página en blanco en el libro de minutas que llevaba por partida doble. Pero en cuanto supo que tenía una hija, le faltó tiempo para informarse; bien pronto se enteró de que mademoiselle Rouault, educada en un convento de ursulinas, había recibido lo que se dice una esmerada educación, y tenía, por tanto, buenos conocimientos de danza, de geografía, de dibujo, de bordado y de piano. ¡Aquello era el colmo!

—¡Claro —se decía—, por eso se le ríen los huesos cuando va a verla, y por eso se pone su chaleco nuevo sin importarle que se lo pueda estropear la lluvia! ¡Ah, esa mujer, esa mujer!

Y la odió de forma instintiva. Al principio se desahogaba lanzándole indirectas que Charles no cogía; luego optó por hacerle una serie de reflexiones puntuales que él capeaba como podía por miedo a la tormenta; hasta que finalmente recurrió a los ataques a quemarropa, que él ya no sabía cómo eludir: «¿A cuento de qué seguía yendo a Les Bertaux si monsieur Rouault ya estaba curado y aquella gente seguía sin pagarle? ¡Ah!, pero es que había allí “cierta persona”, alguien que sabía conversar, bordar, una chica de talento. Eso era lo que a él le gustaba: ¡necesitaba señoritas de ciudad!».

Y proseguía:

—¡Señorita de ciudad, la hija del tío Rouault! ¡Vamos, hombre! Pero si su abuelo era pastor y un primo suyo a punto estuvo de ser procesado por un mal golpe en una reyerta. No es para darse tanto bombo ni para exhibirse los domingos en la iglesia

con vestido de seda como una condesa. ¡Y además, pobre hombre, si no llega a ser por las colzas del año pasado, se las habría visto negras para pagar las trampas pendientes!

Cansado, Charles dejó de ir a Les Bertaux. Héloïse, después de muchos sollozos y besos, en una gran explosión de amor, le había hecho jurar, con la mano sobre el devocionario, que no volvería nunca más por allí. Él obedeció, pero la audacia de su deseo protestó contra el servilismo de su conducta, y por una especie de hipocresía ingenua, acabó por considerar que aquella prohibición de verla era como un derecho que él se concedía para amarla. Además, la viuda estaba demasiado flaca, tenía excesivas pretensiones, llevaba siempre una toquilla negra cuyas puntas le caían entre los omóplatos, y para colmo tenía la costumbre de embutir su cuerpo entero en unos vestidos a modo de fundas, demasiado cortos, que le dejaban al descubierto los tobillos, con los cordones de sus holgados zapatos trenzados sobre las medias grises.

La madre de Charles los venía de vez en cuando a ver; pero, al cabo de unos días, parecía hacer causa con la nuera; y entonces, como dos cuchillos, no cesaban de mortificarle con sus comentarios y observaciones. ¡Hacían mal en comer tanto! ¿Por qué convidar a echar un trago al primero que se presentaba? ¡Qué terquedad la suya de no querer llevar ropa de franela!

Aconteció que, a comienzos de la primavera, un notario de Ingouville, depositario de los bienes de la viuda Dubuc, se embarcó sin previo aviso un buen día llevándose consigo todo el dinero de sus clientes. Bien es verdad que Héloïse poseía también, además de una participación en un barco tasada en seis mil francos, su casa de la calle Saint-François; y, sin embargo, de toda aquella fortuna tan cacareada, nada se había visto en casa excepto unos cuantos muebles y cuatro trapos. Hubo que poner las cosas en claro. La casa de Dieppe, a la hora de la verdad, resultó que estaba hipotecada hasta los cimientos; lo que había depositado en casa del notario sólo Dios lo sabía, y su participación en el barco no excedía de los mil escudos. ¡La buena señora les había engañado vilmente! En su exasperación, monsieur Bovary padre, rompiendo una silla contra el suelo, acusó a su mujer de haber ocasionado la desgracia de su hijo uniéndola a semejante penca, cuyos arreos no valían un comino. Se presentaron ambos en Tostes. Hubo explicaciones y alguna que otra escena. Héloïse, hecha un mar de lágrimas, se arrojó en brazos de su marido, suplicándole que la defendiera de sus padres. Charles quiso dar la cara por ella. Los padres se enfadaron y se fueron.

Pero la cosa ya no tenía arreglo. Ocho días más tarde, mientras Héloïse tendía ropa en el patio, tuvo un vómito de sangre, y al día siguiente, en el momento en que Charles se había vuelto de espaldas para correr la cortina de la ventana, ella exclamó «¡Ay, Dios mío!», exhaló un suspiro y se desvaneció. Había muerto de repente, con la consiguiente sorpresa.

Cuando todo hubo acabado en el cementerio, Charles regresó a su casa. No halló a nadie en la planta baja. Subió al piso de arriba, entró en su cuarto y vio el vestido de su esposa todavía colgado al pie de la cama; entonces, apoyándose contra el

escritorio, permaneció hasta bien entrada la noche sumido en una ensoñación dolorosa. Después de todo, ella le había querido.

III

Una mañana monsieur Rouault fue a pagar a Charles los honorarios correspondientes a la curación de su pierna: setenta y cinco francos en monedas de cuarenta sueldos^[10], además de un pavo. Se había enterado de su desgracia y le consoló como mejor pudo.

—¡Yo sé bien lo que es eso! —le decía palmoteándole en la espalda—. También yo pasé por el mismo trance que usted. Cuando perdí a mi pobre difunta, me iba al campo para estar solo; me echaba al pie de un árbol, lloraba, invocaba a Dios y le decía toda clase de tonterías. Hubiera querido estar como los topos que veía colgados por los labriegos de las ramas con el vientre comido por los gusanos; muerto, en una palabra. Y cuando pensaba que en aquel mismo momento otros estarían abrazando a sus mujercitas, me ponía a dar fuertes golpes en el suelo con el bastón. Estaba como loco; apenas comía; la sola idea de ir al café, aunque no se lo crea, me asqueaba. Pues bien, ya ve, poco a poco, un día tras otro, primavera tras invierno y otoño tras verano, la cosa fue pasando brizna a brizna, grano a grano; y se fue, desapareció, o, para ser más preciso, remitió, pues siempre queda algo en el fondo, como quien dice... un peso, aquí, en el pecho. Pero ya que ésa ha de ser la suerte común, tampoco conviene dejarse abatir ni desearse la muerte porque otros hayan muerto... Tiene usted que sobreponerse, monsieur Bovary; ya verá como todo esto pasará. Venga a vernos. Mi hija habla de usted de vez en cuando, para que lo sepa, y se queja de que la tiene usted olvidada. La primavera está al caer. Le llevaremos a cazar conejos para que se distraiga un poco.

Charles siguió su consejo. Volvió a Les Bertaux y lo encontró todo como lo había dejado la última vez, es decir, como hacía cinco meses. Los perales estaban en flor, y el bueno de monsieur Rouault, ya restablecido, iba y venía de un lado a otro, dando de ese modo mayor animación a la granja.

Creyéndose en el deber de prodigar al médico las mayores atenciones posibles por su luto reciente, le rogó que no se quitara el sombrero, le habló en voz baja, como si hubiera estado enfermo y hasta fingió enojarse porque no le habían preparado algo más ligero que lo que comerían todos los demás, unas natillas o unas peras cocidas, por ejemplo. Contó anécdotas graciosas. Charles se sorprendió riendo; pero, de

pronto, el recuerdo de su esposa le vino a la mente y se ensombreció. Sirvieron café, y dejó de pensar en ella.

Y cada vez se fue acordando menos de ella, conforme se iba acostumbrando a vivir solo. Las agradables ventajas de la independencia no tardaron en hacerle más soportable la soledad. Ahora podía cambiar a su antojo las horas de las comidas, entrar y salir sin dar explicaciones, y cuando estaba muy cansado, tenderse en la cama cuan largo era. Se mimó, pues, se dio a la buena vida y aceptó los consuelos que le dispensaban. Por otra parte, la muerte de su mujer no le había venido mal para su profesión, ya que durante un mes la gente no dejó de repetir: «¡Pobre joven! ¡Qué desgracia!». Fue así como se propagó su fama y creció su clientela. Además, iba a Les Bertaux cuando le venía en gana. Sentía una esperanza velada, una dicha vaga; y cuando se cepillaba las patillas delante del espejo encontraba su rostro de lo más agradable.

Un día llegó a Les Bertaux a eso de las tres; todos estaban en el campo; entró en la cocina, pero al principio no vio a Emma; estaban cerrados los postigos. Por las rendijas de la madera, el sol proyectaba sobre las baldosas grandes rayas delgadas que se quebraban en las aristas de los muebles y tembloteaban en el techo. Sobre la mesa, algunas moscas trepaban por los vasos usados y zumbaban ahogándose en los restos de sidra. La luz que descendía por la chimenea, aterciopelando el hollín de la placa, azuleaba tenuemente las cenizas frías. Emma estaba cosiendo entre la ventana y el fogón; no llevaba pañoleta, y sobre sus hombros desnudos brillaban pequeñas gotas de sudor.

Como era costumbre en el campo, le ofreció algo de beber. Rehusó él, insistió ella, y por fin le propuso, riendo, tomar juntos una copita de licor. Fue, pues, a buscar en la alacena una botella de curaçao, alcanzó dos copas, llenó una hasta el borde, vertió apenas unas gotas en la otra, y después de brindar, se la llevó a los labios. Como estaba casi vacía, tuvo que echar la cabeza hacia atrás para beber, y así, adelantando los labios y con el cuello tenso, se reía de no saborear el alcohol, mientras que con la punta de la lengua entre sus finos dientes, lamía levemente el fondo de la copa.

Se sentó de nuevo y reanudó su labor, una media de algodón blanco que estaba zurciendo; trabajaba con la cabeza gacha y sin decir palabra. Charles guardaba también silencio. El aire, al pasar por debajo de la puerta, levantaba un poco de polvo sobre las baldosas; Charles observaba su suave serpenteo y sólo oía el latido interior de su propia cabeza y el lejano cacareo de una gallina que había puesto un huevo en el corral. De vez en cuando, Emma se refrescaba las mejillas con la palma de las manos, y acto seguido las ponía sobre el pomo de hierro de los morillos para que se le volvieran a enfriar.

Se quejaba de sufrir mareos desde el comienzo de la estación y le preguntó a Charles si los baños de mar podrían sentarle bien. Luego empezaron a charlar, ella del convento, Charles de su colegio, y la conversación se fue animando. Subieron al

cuarto de Emma y se puso a enseñarle sus antiguos cuadernos de música, los libritos que le habían dado como premio y las coronas de hojas de roble abandonadas en el cajón de un armario. Le habló también de su madre, del cementerio, y hasta le enseñó en el jardín el arriate donde cogía flores todos los primeros viernes de mes para llevárselas a su tumba. Pero el jardinero que tenían no entendía nada de flores; ¡era tan malo el servicio! A ella le hubiera gustado, aunque sólo fuese durante el invierno, vivir en la ciudad, por más que, en verano, aquellos días tan largos de buen tiempo tornasen la vida en el campo aún más tediosa. Y, según lo que fuera diciendo, su voz se hacía clara, aguda, o, languideciendo de improviso, adquiría modulaciones que acababan casi en un murmullo, cuando se hablaba a sí misma, ora gozosa, abriendo ingenuamente los ojos, ora entornando los párpados, anegada de tedio la mirada, vagabundo el pensamiento.

Por la noche, al volver a casa, Charles se repitió una a una las frases que ella le había dicho, intentando recordarlas, completar su sentido para ver de reconstruir la porción de existencia que ella había vivido antes de que él la conociera. Pero nunca consiguió imaginársela en su pensamiento de modo diferente a como la vio la primera vez, o tal y como acababa de dejarla hacía un momento. Después se preguntó qué sería de ella, si se casaría y con quién. Monsieur Rouault era, ay, tan rico, ¡y ella tan hermosa! Pero el rostro de Emma venía una y otra vez a aparecérselo delante de sus ojos, y algo monótono, como el zumbido de una peonza, resonaba en sus oídos: «¡Y si te casaras!, ¡y si te casaras!». Por la noche no durmió, tenía un nudo en la garganta y estaba sediento; se levantó a beber agua y abrió la ventana. El cielo estaba cubierto de estrellas y soplaba un viento cálido. A lo lejos se oía el ladrido de los perros. Charles volvió la cabeza hacia Les Bertaux.

Pensando que, después de todo, no perdía nada con intentarlo, Charles se prometió a sí mismo que pediría su mano en cuanto la situación se presentara. Pero, cada vez que se presentaba, el temor de no encontrar las palabras convenientes le sellaba los labios.

A monsieur Rouault no le habría parecido mal que le descargaran de su hija, teniendo en cuenta lo poco que le servía su presencia en casa. En su fuero interno la disculpaba, reconociendo que era demasiado inteligente para consagrarse a las faenas del campo, oficio maldito del cielo, puesto que con él nadie se hacía millonario. Lejos de haber hecho fortuna, el buen hombre perdía dinero todos los años, pues, aunque era muy ducho en los mercados, cuyas artimañas conocía a la perfección, las labores de labranza propiamente dichas, incluida la administración interior de la granja, no eran en absoluto su fuerte. Se resistía a sacar las manos de los bolsillos y no reparaba en gastos para darse buena vida, pues le gustaba comer bien, no pasar frío y dormir en buena cama. Su especialidad era la sidra fuerte, las piernas de cordero sangrantes y los carajillos bien hechos. Comía en la cocina, solo, frente a la lumbre, en una mesita que le traían ya servida, como en el teatro.

Cuando empezó a percatarse de que Charles se ponía colorado cada vez que se

acercaba a su hija, lo cual significaba que no tardaría en pedírsela en matrimonio, el buen hombre comenzó a darle vueltas por anticipado a todo aquel asunto. Lo encontraba un poco alfeñique y no era la clase de yerno que él hubiera deseado, pero se le tenía por hombre de intachable conducta, ahorrador, muy instruido, y seguramente no andaría discutiendo mucho por la dote. Ahora bien, como monsieur Rouault se hallaba entonces en la necesidad de vender veintidós acres de su hacienda, porque le debía mucho al albañil y al guarnicionero, y además tenía que mandar arreglar el lagar, se dijo: «Si me pide su mano se la doy».

Por San Miguel, Charles fue a pasar tres días en Les Bertaux. El último transcurrió como los precedentes, aplazando su declaración de un cuarto de hora para otro. Monsieur Rouault le acompañó un trecho; iban por un camino hondo y estaban a punto de despedirse; era el momento. Charles se concedió un ultimátum hasta alcanzar el ángulo del seto, y por fin, ya rebasado éste, murmuró:

—Monsieur Rouault, quisiera decirle algo.

Se detuvieron. Charles permanecía en silencio.

—¡Venga, hombre, dígame de qué se trata! ¿Es que cree usted que no estoy al tanto de todo? —dijo monsieur Rouault, riendo quedamente.

—¡Ay, monsieur Rouault, monsieur Rouault! —balbuceó Charles.

—Pero si no deseo otra cosa —prosiguió el granjero—. Aunque seguramente la niña pensará como yo, habrá que pedirle su parecer, como es natural. Váyase usted, pues; yo me vuelvo a casa. Si dice que sí, escúcheme bien, no será menester que vuelva, por la gente, ya sabe, y además, a ella la intimidaría demasiado. Pero, para no tenerle en ascuas, abriré de par en par el postigo de la ventana, de ese modo podrá usted verlo por detrás, nada más que con asomarse por encima del seto.

Y se alejó.

Charles ató su caballo a un árbol, corrió a apostarse en el sendero y esperó. Transcurrió media hora, después contó diecinueve minutos más en su reloj. De repente escuchó un ruido contra la pared; el postigo se había abierto y las fallebas aún se estremecían.

Al día siguiente, a las nueve, ya estaba Charles en la granja. Al verle entrar, Emma se sonrojó, aunque se esforzaba por sonreír al mismo tiempo para mostrar aplomo. Monsieur Rouault abrazó a su futuro yerno. Abordaron de nuevo las cuestiones de intereses; de todos modos, tenían tiempo de sobra, pues la boda no podía decentemente celebrarse antes de que concluyera el luto de Charles, o sea hacia la primavera del año siguiente.

En esta espera transcurrió el invierno. Mademoiselle Rouault se ocupó de su ajuar. Una parte de él lo encargó en Rouen, y ella misma se hizo las camisas y los gorros de dormir con arreglo a patrones que pidió prestados. Durante las visitas que Charles hacía a la granja, hablaban de los preparativos de la boda, del sitio en que darían el banquete, de la cantidad de platos que iban a servir y de los entrantes más apropiados.

A Emma, por su parte, le hubiera gustado casarse a medianoche, a la luz de las antorchas, pero su padre no compartía este tipo de ideas. Se celebró, pues, una boda a la que asistieron cuarenta y tres invitados, que se pasaron dieciséis horas sentados a la mesa, para empezar de nuevo al día siguiente y un poco los días sucesivos.

IV

Los invitados llegaron temprano en coches, en carricoches de un solo caballo, en faetones de dos ruedas, en viejos cabriolés sin capota, en tartanas con cortinillas de cuero, y los jóvenes de las aldeas más próximas en carretas, de pie, en fila, con las manos apoyadas en los adrales para no caerse con las fuertes sacudidas del vehículo al trote. Vinieron de diez leguas a la redonda, de Goderville, de Normanville y de Cany. Habían invitado a todos los parientes de ambas familias; se habían reconciliado con los amigos con quienes andaban enemistados, y habían escrito a conocidos a quienes habían perdido de vista mucho tiempo atrás.

De vez en cuando se oía el chasquido de una fusta detrás del seto. En seguida se abría la barrera: era un coche que llegaba. Galopaba hasta el primer peldaño de la escalinata, se detenía en seco y descargaba a un nuevo grupo de invitados que salían por todas partes restregándose las rodillas y estirando los brazos. Las señoras, con gorro, acudían ataviadas con trajes de ciudad, con cadenas de reloj de oro, esclavinas cuyas puntas se cruzaban en el talle, o con pequeños chales de colores, sujetos a la espalda con un alfiler, y que les dejaban el cuello descubierto por detrás. Los chiquillos, vestidos como sus padres, parecían incómodos con sus trajes nuevos (muchos, incluso estrenaron aquel día el primer par de botas de su vida), y junto a ellos, en actitud muy modosa, con el vestido blanco de la primera comunión debidamente alargado para el caso, se veía a alguna que otra muchachita de catorce o dieciséis años, seguramente una prima o una hermana mayor, coloradota, atónita, con el pelo untado de pomada de rosas y con mucho miedo de ensuciarse los guantes. Como no había bastantes mozos de cuadra para desenganchar tantos coches, los caballeros se arremangaban y se ponían ellos mismos a hacer la tarea. Según su diferente posición social, unos iban de frac, otros de levita, de chaqueta o de chaqué; buenos trajes que contaban con la consideración de toda una familia y que sólo salían del armario para las grandes solemnidades; levitas de grandes faldones flotando al viento, cuello cilíndrico y bolsillos anchos como sacos; chaquetas de recio paño que se combinaban, por regla general, con gorras de visera ribeteadas de hilo de cobre;

chaqués muy cortos, con dos botones en la espalda juntos como un par de ojos, y cuyos faldones parecían cortados de un solo tajo por el hacha de un carpintero. Los había incluso (pero a éstos sin duda los pondrían a comer en el extremo inferior de la mesa) que llevaban simples blusones de ceremonia, o sea con el cuello cayéndoles por encima de los hombros, la espalda plisada y el talle muy bajo, ceñido por un cinturón cosido.

Y las camisas se abombaban sobre el pecho como corazas. Todos iban con el pelo recién cortado y afeitados, con las orejas bien separadas del cráneo. Algunos que se habían levantado antes del alba, como se habían tenido que afeitar un poco a tientas, llevaban rasguños en diagonal debajo de la nariz o por las mandíbulas, desolladuras del tamaño de una moneda de tres francos que se habían inflamado un poco con el aire fresco del camino, jaspeando ligeramente de vetas rosas todos aquellos rostros blancos y alborozados.

Como el ayuntamiento se encontraba a media legua de la granja, fueron a pie y volvieron del mismo modo una vez concluida la ceremonia en la iglesia. El cortejo, compacto en un primer momento como una sola cinta de color que ondulaba en el campo, serpenteando a lo largo del estrecho sendero entre los trigales verdes, se alargó en seguida y se fragmentó en grupos distintos que se rezagaban charlando. En cabeza iba el violinista ambulante con su violín engalanado de cintas rematadas por borlas; a continuación venían los novios, los padres, los amigos, cada uno por su sitio, y detrás, rezagados, los niños, que se entretenían arrancando campanillas de los sembrados de avena o enzarzándose entre ellos sin que los mayores lo advirtieran. El vestido de Emma le estaba demasiado largo y le arrastraba un poco; de vez en cuando se detenía para recogerse, y entonces, delicadamente, con sus dedos enguantados, arrancaba los yerbajos y las pequeñas espinas de los cardos que se le habían prendido, mientras Charles, con las manos libres, aguardaba a que ella terminase. Monsieur Rouault, con su sombrero nuevo de seda y las bocamangas de su traje negro cubriéndole las manos hasta las uñas, daba el brazo a madame Bovary madre. Monsieur Bovary padre, por su parte, como en el fondo despreciaba a toda aquella gente, había acudido a la boda con una simple levita de una sola fila de botones de corte militar, y se dedicaba a prodigar galanterías de taberna a una joven campesina rubia que las escuchaba, se sonrojaba y no sabía qué responder. Los demás invitados charlaban de sus asuntos o se guaseaban de los demás por la espalda, preparándose de antemano para la juerga; y, aplicando el oído, se seguía escuchando el «chinchin» del rascatripas que tocaba incansable su instrumento a través de la campiña. Cuando advertía que el cortejo se había quedado rezagado, se detenía para tomar aliento, enceraba cuidadosamente su arco con resina para que las cuerdas chirriasen mejor y reemprendía la marcha, subiendo y bajando alternativamente el mástil del violín a fin de marcarse bien el compás. El ruido del instrumento espantaba de lejos a los pajarillos.

La mesa la habían puesto bajo el cobertizo de los carros, y sobre ella,

apetitosamente expuestos, cuatro solomillos, seis pollos en pepitoria, ternera guisada, tres piernas de cordero y, en medio, un hermoso lechón asado guarnecido de cuatro morcillas con acederas. En los extremos habían dispuesto garrafas de aguardiente. La sidra dulce embotellada dejaba rebosar su espesa espuma, y todos los vasos estaban ya llenos de vino hasta los bordes. Grandes fuentes de natillas, que retemblaban al menor movimiento de la mesa, lucían sobre su superficie lisa las iniciales de los nuevos esposos en arabescos de dulce. Para las tartas y los guirlaches habían ido a buscar a un pastelero a Yvetot. Como hacía su debut en aquella comarca, se esmeró en hacer bien las cosas, y, a los postres, él mismo presentó una tarta de varios pisos que causó sensación. La base estaba formada por un cuadrado de cartón azul que representaba un templo con sus pórticos, columnatas y estatuillas de estuco puestas alrededor en hornacinas consteladas de estrellas de papel dorado; en el segundo piso se erguía un torreón de bizcocho de Saboya, rodeado de pequeñas fortificaciones hechas con cabello de ángel, almendras, pasas y cuarterones de naranjas; y, por último, en la plataforma superior, que era una pradera verde con rocas, lagos de mermelada y barquitos hechos de cáscaras de avellana, se veía un pequeño Cupido balanceándose en un columpio de chocolate cuyos dos soportes estaban rematados por sendos capullos de rosa natural, a modo de bolas.

La comida se prolongó hasta la noche. Cuando se cansaban de estar sentados, salían a estirar un poco las piernas por los aledaños o se entretenían jugando al chito^[11] en el granero, luego volvían a la mesa. Al final, algunos se durmieron y empezaron a roncar. Pero a la hora del café, el ambiente se volvió a caldear.

Entonces comenzaron las coplas, las exhibiciones de fuerza; unos levantaban pesos, otros se entretenían alzando los pulgares y pasando grotescamente por debajo^[12], los de más allá intentaban demostrar que eran capaces de cargar una carreta sobre sus hombros, o bien se contaban chascarrillos picantes y besuqueaban a las señoras. Por la noche a la hora de partir, los caballos, atiborrados de avena hasta las colleras, se resistían a que los engancharan entre los varales, y coceaban, se encabritaban, rompían los arreos, en tanto que sus amos blasfemaban o reían. Y toda la noche, a la luz de la luna, se vieron pasar por los caminos de la comarca carros desbocados que corrían al galope, dando tumbos por las regueras, saltando por encima de los montones de grava y bordeando los taludes, con mujeres que se asomaban a las portezuelas para empuñar las riendas.

Los que se quedaron en Les Bertaux pasaron la noche bebiendo en la cocina. Los niños se habían quedado dormidos debajo de los bancos.

La novia había rogado a su padre que le evitaran las bromas de rigor. Sin embargo, un pescadero primo suyo (y que, por cierto, había llevado como regalo de boda un par de lenguados) se disponía a insuflar agua con la boca por el ojo de la cerradura, cuando monsieur Rouault llegó justo a tiempo de impedirselo,

explicándole que la posición sería de su yerno no permitía tales inconveniencias. El primo, a pesar de todo, no se dejó convencer del todo por estas razones. En su fuero interno acusó a su tío de orgulloso y fue a reunirse en un rincón con otros cuatro o cinco convidados que, por haberles tocado por pura casualidad varias veces seguidas los restos de las fuentes, se quejaban de haber sido mal recibidos, murmuraban del anfitrión y solapadamente le deseaban la ruina.

Madame Bovary madre no había abierto la boca en todo el día. Nadie la había consultado ni sobre el atuendo de la nuera ni sobre los preparativos del convite; de ahí que se despidiera muy pronto. Su marido, en vez de acompañarla, mandó a buscar cigarros puros a Saint-Victor y se pasó la noche entera fumando y bebiendo grogs^[13] de *kirsch*, brebaje desconocido para aquella gente y que contribuyó a que se le tuviese en mayor consideración.

Como Charles no era un individuo ocurrente por naturaleza, apenas tuvo ocasión de lucirse durante la boda. Se limitó a responder con escaso ingenio a las pullas, retruécanos, palabras de doble sentido, parabienes y alusiones picantes que muchos se creían en el deber de espetarle desde que sirvieron la sopa.

Al día siguiente, por el contrario, parecía otro hombre. Era él más bien que ella quien daba la impresión de haber perdido la virginidad de la víspera, mientras que la recién casada no dejaba traslucir nada que permitiese adivinar algo. Los más maliciosos no sabían qué decir y se limitaban a mirarla con una atención desmesurada cuando pasaba cerca de ellos. Pero Charles no se molestaba en disimular, la llamaba «mi mujer», la tuteaba, la buscaba por todas partes, preguntaba por ella a todos, y de vez en cuando se la llevaba a los corrales donde, desde lejos y entre los árboles, le veían estrecharle el talle y seguir andando medio reclinado sobre ella, arrugándole con la cabeza el bordado del corpiño.

Dos días después de la boda, los esposos se fueron: Charles no podía dejar su consulta abandonada por más tiempo. Monsieur Rouault mandó que los llevaran en su carricoche e incluso los acompañó en persona hasta Vassonville. Allí abrazó a su hija por última vez, se apeó y emprendió el camino de regreso. Llevaba andados unos cien pasos cuando, de repente, se detuvo, y al ver alejarse el carricoche con las ruedas levantando nubes de polvo, dejó escapar un hondo suspiro. Luego se acordó de su propia boda, de los tiempos de antaño, del primer embarazo de su mujer; también él estaba muy feliz el día que la había sacado de la casa de su padre para trasladarla a la suya, cuando la llevaba a la grupa trotando sobre la nieve^[14], pues era por Navidad y el campo estaba completamente blanco. Iba cogida a él con un brazo y del otro le colgaba un cesto; el viento agitaba los largos encajes de su tocado del País de Caux, que le rozaban a veces la boca, y cada vez que volvía la cabeza, veía allá junto a él, sobre su hombro, su carita rosada que sonreía silenciosamente bajo la placa dorada de su gorro. Para calentarse los dedos, se los metía de vez en cuando en el pecho. ¡Cuánto tiempo hacía ya de todo eso! ¡Treinta años habría cumplido ahora su hijo! Miró entonces hacia atrás y ya no vio nada en el camino. Se sintió triste como una

casa sin muebles; y al comenzar a mezclarse en su cerebro nublado por los vapores de la fiesta los tiernos recuerdos con las ideas negras, por un instante sintió el impulso de ir a dar una vuelta por la iglesia. Pero como tuvo miedo de que aquella vista le entristeciera aún más, optó por volverse directamente a casa.

Charles y su esposa llegaron a Tostes a eso de las seis. Los vecinos se asomaron a las ventanas para ver a la nueva mujer de su médico.

Acudió la vieja criada, la saludó, pidió disculpas por no tener todavía la cena lista, e invitó a la señora a que, mientras la preparaba, tomara posesión de la casa.

V

La fachada de ladrillos seguía exactamente la línea de la calle, o, mejor dicho, de la carretera. Detrás de la puerta estaban colgados un abrigo de esclavina, unas bridas, una gorra de cuero negro, y, en un rincón, en el suelo, un par de polainas todavía cubiertas de barro seco. A mano derecha se encontraba la sala, que hacía las veces de comedor y de cuarto de estar. Un papel amarillo canario, rematado en la parte superior por una guirnalda de flores pálidas, presentaba abundantes rugosidades sobre la tela poco tensa; cortinas de calicó blanco ribeteadas de una cenefa roja cubrían por completo las ventanas, y sobre la estrecha repisa de la chimenea, destacaba un reloj de péndulo con la cabeza de Hipócrates, entre dos candelabros de plata chapada, bajo unos globos de forma oval. Al otro lado del pasillo estaba el gabinete de Charles, pequeña estancia de unos seis pasos de ancho, con una mesa, tres sillas y un sillón de despacho. Los tomos del *Diccionario de Ciencias Médicas*^[15], con las hojas sin cortar, pero cuya encuadernación en rústica se hallaba un tanto deteriorada debido a las sucesivas ventas por las que habían pasado, ocupaban ellos solos la casi totalidad de los seis estantes de una biblioteca de madera de abeto.

Durante las consultas, el olor de los guisos se infiltraba por la pared, de la misma manera que también desde la cocina se oía toser a los enfermos y referir sus dolencias. Venía luego, dando inmediatamente al patio, donde se hallaba el establo, una gran nave destartada que tenía un fogón, y que ahora servía de leñera, de bodega, de desván, llena de chatarra, de toneles vacíos, de aperos de labranza fuera de uso, además de otros muchos objetos polvorientos cuya utilidad era imposible de adivinar.

El huerto, más largo que ancho, se prolongaba entre dos tapias de adobe cubiertas de albaricoqueros en espaldera, hasta un seto de espino que lo separaba de los

campos. En el centro, sobre un pedestal de mampostería, se veía un reloj de sol de pizarra; cuatro arriates sembrados de escaramujos raquíuticos rodeaban simétricamente un reducido bancal dispuesto para cultivar hortalizas. Al fondo, bajo las piceas, se erguía la estatuilla de un cura de escayola leyendo su breviario.

Emma subió a las habitaciones. La primera no estaba amueblada; pero en la segunda, que era el dormitorio conyugal, se alzaba una cama de caoba con colgaduras rojas. Una caja de conchas adornaba la cómoda; y, sobre el escritorio, junto a la ventana, había, en un florero, un ramo de flores de azahar atado con cintas de raso blanco. Era un ramo de novia, ¡el ramo de la otra! Emma lo miró. Charles advirtió su gesto e inmediatamente lo cogió y fue a llevarlo al desván, mientras que Emma, sentada en un sillón (estaban en ese momento disponiendo sus cosas en torno a ella), pensaba en su propio ramo de novia, embalado en una de esas cajas de cartón, y se preguntaba, abstraída, qué harían con él si por casualidad ella muriese.

Los primeros días se dedicó a pensar en los cambios que había que hacer en la casa. Retiró los globos de los candelabros, mandó empapelar de nuevo, pintar la escalera y poner unos bancos en el huerto alrededor del reloj de sol; incluso preguntó qué habría que hacer para poner un estanque con surtidor y peces. Finalmente, su marido, sabiendo que le gustaba pasear en coche, encontró uno de ocasión que, una vez provisto de faroles nuevos y de guardabarros de cuero labrado, casi parecía un tálburi.

Charles se sentía, pues, feliz y sin preocupación alguna. Una comida a solas con ella, un paseo al atardecer por la carretera principal, un gesto de sus manos acariciándole las crenchas de su pelo, el simple hecho de contemplar su sombrero de paja colgado de la falleba de una ventana, y otros muchos detalles que él jamás hubiera imaginado que pudieran entrañar motivo de placer, constituían ahora para él un motivo de dicha incesante. En la cama, por las mañanas, juntas las cabezas de ambos sobre la almohada, veía Charles pasar la luz del sol a través del delicado vello de sus mejillas rubias medio cubiertas por las orejeras ribeteadas de su gorro de dormir. Vistos desde tan cerca, sus ojos le parecían más grandes, sobre todo cuando, al despertar, abría y cerraba varias veces seguidas los párpados; negros en la sombra y de un azul oscuro a plena luz, parecían tener, como un esmalte, capas de colores sucesivos, más veladas las del fondo y cada vez más claras conforme se ascendía hacia su superficie. La mirada de Charles se perdía en estas profundidades, y allí se veía reflejado, pequeño, hasta los hombros, tocado con un pañuelo y con el cuello de la camisa entreabierto. Cuando se levantaba y salía de casa, ella se asomaba a la ventana para verle partir, y permanecía apoyada de codos en el antepecho, entre dos macetas de geranios, vestida con una bata que le caía muy holgada. Charles, ya en la calle, se abrochaba las espuelas poniendo el pie en el mojón, y ella continuaba hablándole desde arriba, a la vez que arrancaba con los dientes una brizna de flor o de hoja que soplabá hacia él y que, revoloteando, planeando, trazando en el aire semicírculos como si fuera un pájaro, acababa adhiriéndose, antes de caer, a las crines

mal peinadas de la vieja yegua blanca, inmóvil ante la puerta. Charles, ya montado, le mandaba un beso; ella respondía con una seña, cerraba la ventana y, acto seguido, él se ponía en camino. Entonces, en la carretera que extendía hasta perderse de vista su interminable cinta de polvo, por los caminos hondos donde los árboles se curvaban formando bóveda, por los senderos donde los trigos le llegaban hasta las rodillas, con el sol sobre su espalda y aspirando la brisa de la mañana, colmado el corazón de las delicias de la noche, tranquilo el ánimo, satisfecha la carne, avanzaba rumiando su felicidad, como quien, después de una comida, sigue saboreando el gusto de las trufas que digiere.

¿Qué había tenido hasta entonces de bueno en su existencia? ¿Su época de colegio, cuando permanecía encerrado entre aquellas altas paredes, solo en medio de sus compañeros, más ricos o más fuertes que él en las clases, a quienes hacía reír con su acento, que se burlaban de su atuendo y cuyas madres venían al locutorio con el manguito lleno de golosinas? ¿O acaso más tarde, cuando estudiaba medicina y nunca tenía la bolsa lo bastante provista para llevar a bailar a cualquier modistilla y convertirla así en su amante? Y luego esos catorce meses vividos con la viuda, cuyos pies, en la cama, estaban fríos como témpanos. Pero ahora poseía de por vida a esta encantadora mujercita a la que tanto adoraba. El universo, para él, no existía más allá del contorno sedoso de su falda; se reprochaba no amarla lo suficiente; ansiaba volver a verla; regresaba en seguida, subía la escalera con el corazón palpitante. Emma estaba arreglándose en su cuarto; llegaba él a pasos silenciosos, la besaba en la espalda, y a ella se le escapaba un grito.

Charles no podía resistir la tentación de tocar continuamente su peine, sus anillos, su chal; algunas veces le daba en las mejillas besos sonoros, otras, una serie de besitos a lo largo de su brazo desnudo, desde la punta de los dedos hasta el hombro; y ella le rechazaba, entre sonriente y enfadada, como se hace con los niños que no se separan de las faldas de su madre.

Antes de casarse, Emma se había creído enamorada; pero como la felicidad que hubiera debido resultar de aquel amor no había llegado, pensó que necesariamente debía de haberse equivocado. Y trataba de averiguar qué significaban exactamente en la vida las palabras *dicha*, *pasión* y *embriaguez*, que tan hermosas le habían parecido en los libros^[16].

VI

Había leído *Pablo y Virginia*^[17] y había soñado con la cabaña de bambú, con el negro Domingo y con el perro Fiel, pero sobre todo con la tierna amistad de algún hermanito que fuera capaz de subir a buscar para ella frutas rojas a la copa de árboles más altos que campanarios, o que corriera descalzo por la arena trayéndole un nido de pájaros.

Cuando cumplió trece años, su padre en persona la llevó a la ciudad para dejarla interna en un convento. Se hospedaron en una fonda del barrio de Saint-Gervais, donde les sirvieron la cena en una vajilla con dibujos que representaban la historia de mademoiselle de La Vallière^[18]. Las leyendas explicativas, cortadas acá y allá por los arañazos de los cuchillos, glorificaban todas ellas la religión, las delicadezas del alma y los fastos de la Corte.

Lejos de aburrirse en el convento durante los primeros tiempos, se encontró a gusto en compañía de las bondadosas monjitas, que, para distraerla, la llevaban a la capilla, a la que se accedía desde el refectorio por un largo corredor. Jugaba muy poco en los recreos, entendía bien el catecismo, y era ella quien respondía siempre a las preguntas más difíciles que hacía el señor vicario. Y así, habituada a vivir sin jamás abandonar la tibia atmósfera de las calles y entre aquellas mujeres de tez blanca que llevaban rosarios con una cruz de cobre, se fue dejando aletargar poco a poco en la languidez mística que se desprende del incienso del altar, de la frescura de las pilas de agua bendita y del resplandor de los cirios. En vez de seguir la misa, contemplaba en su devocionario las viñetas piadosas orladas de azul, y sentía una especial predilección por la oveja enferma, el Sagrado Corazón atravesado por agudas flechas o el pobre Jesús que, camino del Calvario, cae con su cruz a cuestas. Incluso intentó más de una vez, para mortificarse, pasar un día entero sin comer. Y no cesaba de darle vueltas a la cabeza imaginando algún voto que cumplir.

Cuando iba a confesarse, se inventaba pecadillos para permanecer más tiempo allí, arrodillada en la oscuridad, juntas las manos y con el rostro pegado a la rejilla, escuchando el cuchicheo del sacerdote. Aquellos símiles del prometido, del esposo, del amante celestial y de los desposorios eternos que una y otra vez surgen en los sermones, suscitaban en el fondo del alma todo tipo de dulzuras inesperadas.

Por las noches, antes del rezo, hacían en el estudio una lectura piadosa. Consistía ésta, durante la semana, en algún resumen de Historia Sagrada o en fragmentos de las *Conferencias* del abate Frayssinous^[19], mientras que los domingos, a modo de recreo, se leían pasajes del *Genio del Cristianismo*^[20]. ¡Con qué avidez escuchó, las primeras veces, el sonoro lamento de las melancolías románticas propagadas en todos los ecos de la tierra y de la eternidad! Si su infancia hubiera transcurrido en la trastienda de un barrio comercial, quizá se habría entregado a los acosos líricos de la naturaleza que, por regla general, tan sólo nos llegan a través de las plumas de los literatos. Pero conocía demasiado bien el campo y estaba habituada al balido de los rebaños, a los productos lácteos y a los arados. Acostumbrada a los aspectos sosegados de la vida, su espíritu tendía, como contraste, hacia lo accidentado. No le gustaba el mar sino por

sus tempestades y el verdor de los campos tan sólo cuando aparecía salpicado entre ruinas. Necesitaba extraer de las cosas una especie de provecho personal y rechazaba como inútil todo aquello que no contribuía al consumo inmediato de su corazón, por cuanto, de temperamento más sentimental que artístico, buscaba emociones y no paisajes.

Había en el convento una solterona que venía ocho días todos los meses con el fin de repasar la ropa blanca. Protegida por el arzobispado como perteneciente a una antigua familia de nobles arruinados durante la Revolución, comía en el refectorio en la misma mesa de las monjas y hasta charlaba un rato con ellas después de las comidas, antes de subir de nuevo a reanudar su labor. A menudo las internas se escapaban de clase para ir a verla. Se sabía de memoria canciones galantes del siglo pasado que cantaba a media voz sin dejar de darle a la aguja. Contaba historias, traía noticias, hacía recados en la ciudad, y hasta prestaba a las mayores, a escondidas, alguna novela de las que solía llevar en los bolsillos del delantal, pues la buena señora acostumbraba leer ávidamente largos capítulos durante los intervalos de su tarea. Todas ellas versaban invariablemente acerca de amores, enamorados y enamoradas, damas perseguidas que desfallecían en pabellones solitarios, postillones asesinados en los relevos, caballos reventados en cada página, bosques sombríos, cuitas del corazón, juramentos, sollozos, gemidos y besos, barquillas al claro de luna, ruiseñores en las florestas, caballeros valientes como leones, tiernos como corderos y virtuosos a más no poder, siempre elegantes y de lágrima fácil. Durante seis meses, cuando tenía quince años, Emma supo, por tanto, lo que es ponerse perdidas las manos con el polvo de los viejos gabinetes de lectura. Poco después, con Walter Scott, se prendó por los temas históricos, y más de una vez soñó con bargueños, salas de guardia y trovadores. Le hubiera gustado vivir en alguna vieja mansión, como aquellas castellanas de largo corpiño que, bajo el trébol de las ojivas, se pasaban los días con los codos apoyados en el alféizar y la barbilla en la mano, esperando ver aparecer en los confines del campo a un jinete con penacho blanco, cabalgando sobre un negro corcel. Por aquella época rindió culto a María Estuardo y veneración entusiasta a una serie de mujeres ilustres o infortunadas. Juana de Arco, Eloísa, Inés Sorel, la bella Ferronnière y Clemencia Isaura eran para ella como cometas que se destacaban sobre la inmensidad tenebrosa de la Historia, de la que también surgían acá y allá, aunque más difuminados en la sombra y sin ninguna relación entre sí, San Luis bajo su roble, Bayardo agonizante, algunas ferocidades de Luis XI, algunos detalles de la noche de San Bartolomé, el penacho del Bearnés, y, siempre, el recuerdo de aquellos platos con dibujos donde se ensalzaba a Luis XIV^[21].

En las romanzas que cantaba en clase de música eran tema habitual los ángeles con alas de oro, las madonas, las lagunas, los gondoleros, pacíficas composiciones que le permitían entrever, a través de la candidez del estilo y la exageración de las notas, la atrayente fantasmagoría de las realidades sentimentales. Algunas de sus compañeras solían traerse al convento los *keepsakes*^[22] que recibían como regalo por

Navidad. Había que ocultarlos, cosa por lo general engorrosa; los leían en el dormitorio. Manejando con delicadeza sus bellas encuadernaciones de raso, Emma fijaba sus ojos deslumbrados sobre el nombre de aquellos autores desconocidos, condes y vizcondes casi siempre, que habían firmado al pie de sus obras.

Se estremecía levantando con su aliento el papel de seda de los grabados, que se elevaba medio doblado y volvía a caer suavemente sobre la página. Unas veces era un joven de capa corta que, detrás de la balaustrada de un balcón, estrechaba entre sus brazos a una doncella vestida de blanco y con una escarcela en la cintura; o bien se trataba de retratos anónimos de *ladies* inglesas con rizos rubios que, bajo sus sombreros redondos de paja, la miraban con sus grandes ojos claros. Aparecían algunas recostadas en sus carruajes, rodando por los parques, mientras un lebel saltaba delante del tiro de caballos que dos pequeños postillones de calzón blanco conducían al trote. Otras, arrellanadas en un sofá, en actitud soñadora junto a una carta de amor abierta, contemplaban la luna por la ventana entornada, medio cubierta con una cortina negra. Algunas de aquellas ingenuas, con una lágrima en la mejilla, besuqueaban a una tórtola por entre los barrotes de una jaula gótica, o bien, sonriendo y con la cabeza reclinada sobre el hombro, deshojaban una margarita con sus dedos puntiagudos y curvados hacia arriba como zapatos de punta respingada. Y tampoco podían faltar allí, desde luego, esos sultanes de largas pipas, extasiados en cenadores, en brazos de las bayaderas, *djiaours*^[23], las cimitarras, los gorros griegos, ni tampoco, como es natural, esos paisajes desvaídos de regiones ditirámicas donde a menudo conviven palmeras, abetos, tigres a la derecha, un león a la izquierda, minaretes tártaros en el horizonte, ruinas romanas en primer plano, y detrás algún que otro camello arrodillado; todo ello enmarcado por una selva virgen muy cuidada, y con un gran rayo de sol perpendicular tembleteando en el agua, donde, de trecho en trecho, se perfilan, como escoriaciones blancas sobre un fondo gris acerado, algunos cisnes nadando.

Y la pantalla del quinqué, colgado de la pared por encima de la cabeza de Emma, iluminaba todas aquellas escenas del mundo, que desfilaban por su mente una tras otra, en el silencio del dormitorio, interrumpido tan sólo por el ruido lejano de algún simón rezagado que todavía circulaba por los bulevares.

Cuando murió su madre, la lloró mucho los primeros días. Mandó hacer un relicario con los cabellos de la difunta, y, en una carta que envió a Les Bertaux, llena de tristes reflexiones acerca de la vida, pedía que, cuando muriese, la enterraran en la misma sepultura. El bueno de su padre creyó que estaba enferma y vino a verla. Emma, en su fuero interno, se sintió satisfecha de haber alcanzado de golpe ese raro ideal de las existencias pálidas, al que jamás acceden los corazones mediocres. Se dejó, pues, arrastrar por los meandros lamartinianos, escuchó las arpas sobre los lagos, todos los cantos de los cisnes moribundos, las caídas de las hojas, las vírgenes puras ascendiendo a los cielos y la voz del Padre Eterno runruneando por los valles. Todo aquello acabó por aburrirle, pero no quiso reconocerlo, siguió por rutina, luego

por vanidad, hasta que un buen día, para sorpresa suya, se sintió apaciguada y sin más pesares en el corazón que arrugas en la frente.

Las monjitas, que tantas veces se habían hecho ilusiones acerca de su vocación, advirtieron con gran asombro que mademoiselle Rouault parecía escapar a sus desvelos. Y es que tanto le habían prodigado los oficios, los retiros, las novenas y los sermones, con tal insistencia le habían predicado el respeto que se debe a los santos y a los mártires, y tan buenos consejos le habían dado sobre la modestia del cuerpo y la salvación del alma, que le pasó como a los caballos cuando les tiran demasiado de la brida: se paró en seco y el bocado se le salió de los dientes. Aquel espíritu, positivo en medio de sus arrebatos de entusiasmo, que había amado la iglesia por sus flores, la música por las letras de las romanzas y la literatura por sus excesos pasionales, se sublevaba ante los misterios de la fe, del mismo modo que se irritaba aún más contra la disciplina, por ser algo que iba en contra de su modo de ser. Cuando su padre la sacó del internado, nadie lamentó verla partir. La superiora incluso opinaba que en los últimos tiempos se había vuelto poco respetuosa con la comunidad.

Cuando volvió a casa, al principio Emma le cogió el gusto a eso de mandar a los criados, pero pronto aborreció la vida en el campo y echó de menos el convento. En la época en que Charles vino a Les Bertaux por primera vez, ella se sentía muy desencantada, como quien no tiene ya nada que aprender de la vida, ni nada que sentir.

Pero el deseo ansioso de un cambio de situación, o tal vez el incentivo que la presencia de aquel hombre originó, habían bastado para hacerle creer que por fin le permitía el destino gozar de aquella pasión maravillosa que hasta entonces se había mantenido como un gran pájaro de rosado plumaje planeando en el esplendor de los cielos poéticos; y ahora no le cabía en la cabeza que aquella calma en que vivía fuera la felicidad que tanto había soñado.

VII

A veces pensaba que aquéllos eran, no obstante, los días más hermosos de su vida, eso que llaman la luna de miel. Para saborear su dulzura, habría sido, sin duda, necesario poner rumbo a esos países de nombre sonoro donde los días subsiguientes a las bodas propician las más suaves molicias. En sillas de postas, bajo cortinillas de seda azul, se sube al paso por senderos escarpados, escuchando la canción del postillón, repetida por los ecos de la montaña, entre esquilas de cabras y el sordo

rumor de la cascada. Cuando se pone el sol, se respira a la orilla de los golfos el perfume de los limoneros; después, por la noche, en las terrazas de las quintas, solos y con los dedos entrelazados, los enamorados contemplan las estrellas y hacen proyectos^[24]. Le parecía que ciertos lugares de la tierra debían de fomentar la dicha, como una planta que sólo se adapta en determinados suelos y que no prospera en ninguna otra parte. ¡No poder ella asomarse a la balaustrada de un chalet suizo o cobijar su melancolía en un *cottage* escocés, junto a un marido vestido de frac de terciopelo negro con largos faldones, botas de fieltro, sombrero de copa y puños en las bocamangas!

Hubiera deseado tal vez confiarle a alguien tales anhelos. Pero ¿cómo explicar con palabras un malestar indefinido que cambia de aspecto como las nubes, y que se arremolina como el viento? Le faltaban las palabras, la ocasión, la audacia.

Sin embargo, si Charles hubiera querido, si lo hubiera sospechado, si su mirada hubiera venido, siquiera una vez, al encuentro de su pensamiento, le parecía que una súbita abundancia se habría desprendido de su corazón, de la misma manera que cae el fruto de un espaldar cuando alguien lo sacude con la mano. Pero, a medida que se iba haciendo más estrecha la intimidad de sus vidas, se producía en ella un despego interior que la separaba ineluctablemente de él.

La conversación de Charles era plana como la acera de una calle, y por ella desfilaban las ideas de todo el mundo con su ropaje más vulgar, sin suscitar emoción, risa o ensueño. Reconocía que cuando vivía en Rouen nunca había sentido curiosidad por ir a ver en el teatro a las compañías de actores de París. No sabía nadar, ni manejar el florete, ni tirar con pistola, y ni siquiera fue capaz de explicarle un día un término de equitación que ella se había encontrado en una novela.

¿Acaso un hombre de veras no debía saberlo todo, sobresalir en múltiples actividades, iniciar a la mujer en la fuerza de la pasión, en los refinamientos de la vida, en todos los misterios? Pero éste no enseñaba nada, no sabía nada, no deseaba nada. La creía feliz y ella le reprochaba aquella calma tan impasible, aquella plácida cachaza y hasta la felicidad que ella misma le proporcionaba.

A veces dibujaba; y para Charles era un gran motivo de entretenimiento permanecer allí, de pie, mirándola inclinada sobre la lámina, con los ojos entornados para apreciar mejor su obra, o haciendo con los dedos bolitas de miga de pan. Y cada vez que la contemplaba sentada al piano, cuanto más deprisa corrían sus dedos por las teclas, más se admiraba él. Las golpeaba con aplomo y recorría de un extremo a otro todo el teclado sin interrumpirse. Sacudido así, el viejo instrumento, cuyas cuerdas tremolaban, se dejaba oír, si la ventana estaba abierta, hasta el extremo del pueblo, y a veces el alguacil, cuando pasaba por la carretera sin sombrero y en zapatillas, se paraba a escuchar, con su hoja de papel en la mano.

Emma, por otra parte, sabía llevar convenientemente su casa. Enviaba a los enfermos la cuenta de sus visitas en unas cartas tan bien redactadas que en modo alguno parecían facturas. Cuando invitaban a algún vecino a cenar los domingos,

siempre se las ingeniaba para presentar un plato atractivo, sabía cómo disponer sobre hojas de parra una pirámide de ciruelas claudias, servía los tarros de confitura volcados sobre un plato y hasta hablaba de comprar enjuagadientes para el postre. Todos aquellos detalles repercutían en la consideración de Bovary.

El mismo Charles acabó estimándose en más por el hecho de poseer semejante esposa. Solía mostrar con orgullo, en el salón, dos pequeños croquis dibujados a lápiz por Emma que había mandado enmarcar y que estaban colgados de unos largos cordones verdes destacando sobre el papel de la pared. A la salida de misa, se le podía ver en el portal de la casa calzado con unas bonitas zapatillas bordadas.

Por la noche regresaba tarde, a las diez, a veces a las doce. Pedía entonces la cena, pero como la criada a esas horas estaba ya acostada, era Emma quien se la servía. Se quitaba la levita para cenar más a sus anchas. Iba nombrando una tras otra a todas las personas que había visto, los pueblos donde había estado, las recetas que había extendido, y así, satisfecho de sí mismo, daba buena cuenta del guiso, le quitaba la corteza al queso, mordía una manzana, apuraba la botella, y luego se iba a la cama, se acostaba boca arriba y, al rato, se ponía a roncar.

Como estaba acostumbrado a llevar un gorro de algodón para dormir, ahora el pañuelo no se le sujetaba bien a las orejas, de ahí que, por las mañanas, se levantase con el pelo alborotado sobre la cara y blanco con el plumón de la almohada, cuyas cintas se desataban durante la noche. Llevaba siempre botas muy gruesas, con dos anchos rebordes oblicuos hacia el tobillo, mientras que el resto del empeine continuaba en línea recta, estirado como si estuviera metido en una horma. Decía que era el calzado ideal para ir por el campo.

Su madre aprobaba estos detalles ahorrativos suyos, y así se lo manifestaba en sus visitas, tan frecuentes como antes, sobre todo cada vez que había habido alguna borrasca más violenta que de costumbre en su casa. Madame Bovary madre, a todo esto, no parecía demasiado bien dispuesta para con su nuera. Le encontraba unos modales un tanto altivos para su posición social; la leña, el azúcar y las velas desaparecían como por ensalmo, y la cantidad de carbón que se consumía a diario en la cocina habría bastado para guisar veinticinco platos. Colocaba la ropa blanca en los armarios y le enseñaba a vigilar al carnicero cuando traía el pedido de carne. Emma aceptaba todas aquellas lecciones que su suegra le prodigaba, y todo se volvía *madre* por aquí, *hija* por allá, palabras intercambiadas con una voz trémula de cólera y acompañadas de un ligero temblor de labios.

En tiempos de madame Dubuc, la anciana se sentía aún la preferida; pero ahora, el amor de Charles por Emma le parecía una deserción de su cariño, una invasión de un terreno que le pertenecía; y observaba la dicha de su hijo con un silencio triste, como alguien que, habiéndolo perdido todo, mira a través de los cristales a la gente sentada a la mesa de su antigua casa. Le recordaba sus penalidades y sacrificios, y, comparándolos con las negligencias de Emma, llegaba a la conclusión de que no era en modo alguno razonable adorarla de esa manera.

Charles no sabía qué responder. Respetaba a su madre y quería infinitamente a su mujer; consideraba los juicios de la primera como infalibles, y, no obstante, encontraba a la otra irreprochable. Cuando su madre se iba, trataba él de insinuar tímidamente, y en los mismos términos, una o dos de las observaciones más anodinas que a ella le había oído hacer; pero a Emma le bastaban dos palabras para hacerle ver que estaba en un error, y, acto seguido, le aconsejaba que se ocupase de sus enfermos.

A pesar de todo, y dejándose guiar por teorías que ella juzgaba buenas, Emma intentó hacer el papel de enamorada. A la luz de la luna, en el jardín, le recitaba cuantos versos apasionados se sabía de memoria y le cantaba suspirando adagios melancólicos; pero luego se quedaba tan tranquila como antes, y Charles tampoco parecía por ello ni más enamorado ni más conmovido.

Después de intentar de ese modo arrancarle chispas a su corazón sin lograr que brotara ni una, incapaz, por otra parte, de comprender lo que ella no sentía, ni de creer en nada que no se manifestara bajo un aspecto convencional, terminó por convencerse fácilmente de que la pasión de Charles no tenía nada de exorbitante. Sus efusiones amorosas se tornaron rutinarias; se besaban a ciertas horas. Era una costumbre como tantas otras; como un postre previsto de antemano después de la monotonía de la cena.

Un guardabosques a quien Charles curó de una pleuresía, regaló a la señora una perrita italiana. Ella la llevaba consigo cuando salía de paseo, cosa que hacía algunas veces para estar sola un rato y perder de vista el eterno jardín con el sendero polvoriento.

Solía ir hasta el bosque de hayas de Banneville, cerca del pabellón abandonado que forma ángulo con la tapia, por la parte que da al campo. En el foso, entre las hierbas, se veían largas cañas de afiladas hojas.

Lo primero que hacía era mirar a su alrededor, para ver si había cambiado algo desde su última visita al lugar. Todo estaba igual que siempre; las digitales y los alhelíes en su sitio; cubiertos de ortigas los gruesos peñascos, y a lo largo de las tres ventanas, con sus postigos siempre cerrados y pudriéndose en sus goznes enmohecidos, las marañas de líquenes. Su pensamiento, sin rumbo fijo al principio, vagaba al azar, como su galguilla, que describía círculos por la campiña^[25], ladrando a las mariposas amarillas, persiguiendo a las musarañas o mordisqueando las amapolas a la orilla de un trigal. Luego, poco a poco, sus ideas comenzaban a tomar cuerpo y, sentada en el césped y removiéndolo levemente con la contera de su sombrilla, Emma se repetía una y otra vez:

—¿Por qué me habré casado, Dios mío?

Se preguntaba entonces si por cualquier otra combinación del azar no le habría sido posible encontrar otro hombre; e intentaba imaginar cuáles habrían sido esos acontecimientos no acaecidos, aquella otra vida, aquel marido que no le fue dado conocer. Pues lo cierto es que ninguno de ellos se parecía al suyo. Hubiera podido ser guapo, inteligente, distinguido, atractivo, tal y como eran seguramente los que se

habían casado con sus antiguas compañeras de colegio. ¿Qué harían ellas ahora? En la ciudad, con el tumulto de las calles, el barullo de los teatros y el esplendor de los bailes, llevarían una de esas existencias en las que el corazón se dilata y se exaltan los sentidos. En cambio, la suya era una vida fría como un desván cuyo tragaluz da al norte y donde el hastío, araña silenciosa, tejía su tela en la sombra por todos los rincones de su corazón. Recordaba los días de reparto de premios, cuando subía al estrado para recoger sus pequeñas coronas. Con su pelo trenzado, su vestido blanco y sus zapatos de tafilete descubiertos, Emma tenía un aire encantador, y cuando volvía a su sitio, los concurrentes se inclinaban felicitándola; el patio estaba lleno de calesas, le decían adiós desde las ventanillas; el profesor de música, con su caja de violín, pasaba haciendo reverencias. ¡Qué lejos todo aquello, qué lejos!

Llamaba a Djali^[26], la tomaba entre sus rodillas, le acariciaba su larga y fina cabeza y le decía:

—¡Vamos, besa a tu ama, tú que no tienes penas!

Luego, contemplando la traza melancólica del esbelto animal, que bostezaba lentamente, se enternecía y, equiparándolo con ella misma, le hablaba en voz alta, como quien consuela a una persona afligida.

A veces se levantaban ráfagas de viento, brisas marinas que, atravesando de repente las llanuras del País de Caux, saturaban la atmósfera de los campos de un frescor salobre. Los juncos silbaban a ras de tierra y las hojas de las hayas susurraban con un súbito temblor, mientras las copas, sin dejar de balancearse, propagaban su incesante murmullo. Emma se ceñía el chal sobre los hombros y se levantaba.

En la avenida, una claridad verdosa tamizada por el follaje iluminaba el musgo raso que crujía suavemente bajo sus pies. El sol se ponía; por entre las ramas se veía un cielo rojizo, y los parejos troncos de los árboles plantados en línea recta parecían columnas pardas destacando sobre un fondo de oro. De pronto, el miedo se apoderaba de ella; entonces llamaba a Djali, regresaba a Tostes por la carretera a toda prisa, se dejaba caer en un sillón y se pasaba toda la tarde sin decir palabra.

Pero, a finales de septiembre, algo extraordinario acaeció de repente en su vida: la invitaron a la Vaubyessard, a casa del marqués de Andervilliers.

Secretario de Estado bajo la Restauración, el marqués, tratando de incorporarse de nuevo a la vida política, preparaba con mucha anticipación su candidatura a la Cámara de Diputados. Durante el invierno distribuía numerosas cargas de leña y, en el Consejo General, reclamaba siempre con ahínco mejores carreteras para su distrito. En la época de los grandes calores había tenido un flemón en la boca, que Charles sacó oportunamente con la lanceta e hizo desaparecer como por ensalmo. El administrador enviado a Tostes para pagar la operación contó a su regreso que había visto en el huerto del médico unas cerezas soberbias. Ahora bien, como los cerezos crecían bastante mal en la Vaubyessard, el marqués pidió unos cuantos esquejes a Bovary; luego, creyéndose en la obligación de ir a darle las gracias personalmente, conoció a Emma, le pareció que tenía bonita planta y que sus modales no eran los de

una campesina; por todo lo cual, nadie en el castillo creyó que el hecho de invitar al joven matrimonio supusiera rebasar los límites de la condescendencia ni, aún menos, cometer una torpeza.

Un miércoles, a las tres de la tarde, monsieur y madame Bovary montaron en su carricoche y partieron en dirección a la Vaubyessard con un gran baúl amarrado detrás de una sombrerera en el pescante. Charles llevaba, además, una caja de cartón entre las piernas.

Llegaron al anochecer, cuando empezaban a encender las farolas del parque para alumbrar a los coches.

VIII

El castillo, de construcción moderna, a la italiana, con dos alas saledizas y tres escalinatas, se desplegaba en la parte baja de un inmenso prado donde pacían algunas vacas, entre espaciados bosquecillos de árboles, en tanto que una serie de macizos de arbustos, rododendros, celindas y bolas de nieve arqueaban el disparejo verdor de sus ramajes sobre el trazado curvo del sendero de arena. Por debajo de un puente discurría un riachuelo; por entre la bruma se distinguían unas pequeñas construcciones con techumbre de cañizo, dispersas por la pradera; dos suaves lomas cubiertas de árboles flanqueaban ésta, y por detrás, en los macizos, formando dos líneas paralelas, se alzaban las cocheras y las caballerizas, resto del antiguo castillo demolido.

El carricoche de Charles se detuvo delante de la escalinata central; aparecieron unos criados; se adelantó el marqués, y ofreciendo el brazo a la mujer del médico, la introdujo en el vestíbulo.

Estaba pavimentado con losas de mármol, el techo era muy alto, y el ruido de las pisadas y las voces resonaba como en una iglesia. En el centro arrancaba una escalera recta, y a la izquierda una galería con vistas al jardín conducía a la sala de billar, desde cuya puerta se oía el entrecuchar de las bolas de marfil. Mientras lo atravesaba para dirigirse al salón, Emma pudo ver alrededor de la mesa de juego a unos hombres de rostro grave que lucían resaltantes corbatas; todos ellos condecorados y sonriendo silenciosamente al manejar el taco. Sobre el sombrío maderaje de las paredes destacaban grandes cuadros de dorados marcos con nombres escritos en letras negras al pie. Emma leyó: «Jean-Antoine d'Andervilliers d'Yverbonville, conde de la Vaubyessard y barón de la Fresnaye, muerto en la batalla de Coutras^[27] el 20 de

octubre de 1587». Y en otro: «Jean-Antoine-Henry-Guy d'Andervilliers de la Vaubyessard, almirante de Francia y caballero de la Orden de San Miguel^[28], herido en el combate de la Hougue-Saint-Vaast^[29] el 29 de mayo de 1692, muerto en la Vaubyessard el 23 de enero de 1693». Los siguientes letreros apenas se distinguían, ya que la luz de las lámparas, proyectada sobre el verde fieltro del billar, dejaba el resto de la estancia flotando en la penumbra. El resplandor bruñía los lienzos horizontales y se quebraba contra ellos en finas aristas, siguiendo el agrietado del barniz; y de todos aquellos grandes cuadrados negros enmarcados en oro se destacaban, acá y allá, alguna porción más clara de la pintura, una frente pálida, dos ojos que parecían observarte, pelucas cayendo sobre la empolvada hombrera de las rojas casacas, o bien el lazo de una liga en lo alto de una rolliza pantorrilla.

El marqués abrió la puerta del salón, y una de las damas, que no era otra que la marquesa en persona, se levantó, salió al encuentro de Emma, la hizo sentarse a su lado en un canapé y se puso a hablar con ella amigablemente, como si la conociera de toda la vida. Era una mujer que frisaría en los cuarenta, de hermosos hombros, nariz aguileña y voz lánguida, y que aquella noche llevaba, sobre sus cabellos castaños, una sencilla pañoleta de blonda que le caía por detrás formando un triángulo. A su lado, sentada en una silla de respaldo alto, había una joven rubia; y unos cuantos caballeros que llevaban una pequeña flor en el ojal del frac conversaban con las damas en torno a la chimenea.

A las siete sirvieron la cena. Los hombres, más numerosos, se sentaron a una primera mesa, emplazada en el vestíbulo, y las damas ocuparon otra en el comedor, en compañía del marqués y la marquesa.

Emma, al entrar, se sintió envuelta por una tibia atmósfera en la que se mezclaban el aroma de las flores y la mantelería de calidad, el buen olor de las viandas y la fragancia de las trufas. Las velas de los candelabros reflejaban su luz alargada sobre las campanas de plata que cubrían las fuentes; los cristales biselados, cubiertos de un vaho mate, despedían tenues destellos; a lo largo de la mesa se alineaban ramos de flores, y, en los platos, de anchas franjas, las servilletas, plegadas a modo de mitras, sostenían, cada una, entre la abertura de sus dos pliegues un panecillo ovalado. Las patas rojas de las langostas sobresalían de las fuentes; hermosas frutas se escalonaban en canastillas caladas sobre un fondo de musgo; las codornices conservaban sus plumas; humeaban las fuentes, y el maestresala, con medias de seda, calzón corto, corbata blanca y chorreras, grave como un juez, pasando por entre los hombros de los concurrentes los platos ya trinchados, hacía saltar diestramente con su cucharón el trozo que cada cual escogía. Sobre la gran estufa de porcelana con ribetes de cobre, una estatua de mujer envuelta en un ropaje hasta la barbilla contemplaba inmóvil la sala llena de gente.

Madame Bovary observó que algunas de aquellas damas no habían puesto los guantes en sus copas^[30].

A todo esto, en la cabecera de la mesa, solo entre todas aquellas damas,

encorvado sobre su rebosante plato y con la servilleta anudada al cuello como un niño, comía un anciano, y al hacerlo se le desprendían gotas de salsa de las comisuras. Tenía los ojos enrojecidos y llevaba una pequeña coleta rematada con un lazo negro. Era el suegro del marqués, el viejo duque de Laverdière, ex favorito del conde de Artois^[31] por la época de las cacerías en Vaudreuil, en los dominios del marqués de Conflans, y hasta se decía que había sido amante de la reina María Antonieta, después de monsieur de Coigny y antes que monsieur de Lauzun. Pendenciero, jugador y mujeriego, fue la suya una vida ruidosa y desenfrenada, hasta el punto de dilapidar su fortuna y escandalizar a toda su familia. Un criado, detrás de su silla, le iba nombrando en voz alta, al oído, los platos que él, tartamudeando, le señalaba con el dedo; y, una y otra vez, los ojos de Emma se volvían automáticamente hacia aquel anciano de caído belfo, como si se tratara de un ser extraordinario y augusto. ¡Había vivido en la Corte y se había acostado con reinas!

Sirvieron champán helado. Un temblor recorrió toda la piel de Emma al sentir aquel frío en la boca. Nunca había visto granadas ni comido piñas. Hasta el azúcar en polvo le pareció más blanco y fino que el de cualquier otra parte.

Después, las damas subieron a sus respectivos cuartos a ataviarse para el baile.

Emma se acicaló con la conciencia meticulosa de una actriz el día de su debut. Se arregló el pelo siguiendo las recomendaciones de su peluquero y se puso el vestido de lanilla que había dejado extendido sobre la cama. A Charles le oprimía el pantalón en el vientre.

—Me van a molestar las trabillas para bailar —dijo.

—¿Para bailar? —replicó Emma.

—¡Pues claro!

—¡Pero, tú has perdido el juicio! Se burlarían de ti; quédate en tu sitio. Además, es lo más oportuno en un médico —añadió.

Charles se calló y siguió paseándose de un lado a otro de la habitación, esperando a que Emma terminara de vestirse.

La veía por detrás, en el espejo, entre dos candelabros. Sus ojos negros parecían más negros. Sus crenchas, ligeramente onduladas sobre las orejas, emitían destellos azulados. Lucía en el moño una rosa que temblaba sobre su flexible tallo, con gotitas de agua artificiales en la extremidad de sus hojas. Llevaba un vestido de color azafrán pálido, realzado por tres ramilletes de rosas de pitiminí mezcladas con hojas verdes.

Charles se acercó a besarla en el hombro.

—¡Déjame! —le dijo—. Me arrugas el vestido.

Se oyó un ritornello de violín y los sonidos de una trompa. Emma bajó la escalera conteniéndose para no correr.

Habían comenzado las contradanzas. Llegaba gente. Empezaban los empujones. Emma se situó cerca de la puerta, en una banqueta.

Acabada la contradanza, el centro del salón quedó invadido por grupos de hombres, que charlaban de pie, y criados de librea, que iban y venían llevando

grandes bandejas. En la fila de señoras sentadas, se agitaban los pintados abanicos, los ramilletes de flores disimulaban la sonrisa de los rostros, y los frascos de tapón de oro giraban^[32] en las entreabiertas manos, cuyos guantes blancos descubrían la forma de las uñas y oprimían las muñecas. Los adornos de encaje, los broches de diamantes y los brazaletes con medallón temblaban en los corpiños, resplandecían en los escotes, tintineaban en los brazos desnudos^[33]. Las cabelleras, bien pegadas a las sienes y recogidas en la nuca, se adornaban con miosotis, jazmines, flores de granado, espigas o acianos en forma de diademas, de racimos o de ramilletes. Algunas madres de adusto rostro y tocadas con rojos turbantes permanecían apacibles en sus asientos.

A Emma le palpitó levemente el corazón cuando, cogida de la punta de los dedos por su pareja, fue a situarse en la fila y aguardó la primera señal del violín para empezar el baile. Pero pronto se disipó la emoción y, balanceándose al ritmo de la orquesta, se deslizaba hacia adelante con ligeros movimientos del cuello. Una sonrisa se dibujaba en sus labios al escuchar ciertos delicados acordes de violín, que sonaba solo a veces, mientras los otros instrumentos enmudecían; se oía el claro tintineo de los luses de oro al caer, allí cerca, sobre el tapete de las mesas de juego; después volvían a tocar a la vez todos los instrumentos, el cornetín lanzaba un estallido sonoro, los pies marcaban el compás, se ahuecaban y rozaban las faldas, las manos se cogían y se soltaban; y los mismos ojos que acababan de abatirse ante uno volvían a mirar fijamente.

Algunos hombres (unos quince) de veinticinco a cuarenta años, confundidos entre los bailarines o charlando en los umbrales de las puertas, se distinguían de los demás por un cierto aire de familia, por muy distintos que fueran sus rostros, sus atuendos o su edad.

Sus fracs, mejor cortados, parecían de un paño más fino, y sus cabellos, dispuestos en bucles sobre las sienes, daban la impresión de estar brillantados con pomadas de calidad. Tenían la tez de los ricos, esa tez blanca que realzan la palidez de las porcelanas^[34], los tornasoles de los rasos, el barniz de los bellos muebles y que se mantiene lozana gracias a un discreto régimen de alimentos exquisitos. Movían con desenvoltura el cuello por encima de sus corbatas flojas; sus largas patillas caían sobre cuellos vueltos; se enjugaban las labios con pañuelos con una gran inicial bordada y que emanaban un suave aroma. Los que empezaban a envejecer tenían un aspecto juvenil, mientras que un cierto aire de madurez irradiaba del rostro de los jóvenes. En sus miradas indiferentes flotaba la serenidad de las pasiones saciadas a diario; y, a través de sus apacibles modales, trascendía esa peculiar brutalidad que infunde el dominio de las cosas semifáciles en las que se ejercita la fuerza y se complace la vanidad, como pueden ser el manejo de los caballos de pura sangre o el trato con las mujeres perdidas.

A tres pasos de Emma, un caballero de frac azul hablaba de Italia con una mujer joven, pálida, que lucía un aderezo de perlas. Ponderaban las dimensiones de los pilares de San Pedro, Tívoli, el Vesubio, Castellamare y los Cascines, las rosas de

Génova, el Coliseo a la luz de la luna^[35]. Con el otro oído, Emma escuchaba una conversación salpicada de palabras que no alcanzaba a comprender. Varios invitados hacían corro en torno a un joven que la semana anterior, en Inglaterra, había vencido a *Miss-Arabelle* ya *Romulus*, y ganado asimismo un premio de dos mil lises en una carrera de obstáculos^[36]. Uno se quejaba de sus jinetes, que engordaban; otro, de las erratas de imprenta que habían alterado el nombre de su caballo.

La atmósfera del baile estaba viciada; las luces palidecían. La gente refluía hacia la sala de billar. Un criado se subió a una silla y rompió dos cristales; sobresaltada por el ruido de los vidrios rotos, madame Bovary volvió la cabeza y percibió en el jardín, junto a las vidrieras, algunas caras de campesinos que estaban mirando. Entonces le vino a la memoria el recuerdo de Les Bertaux. Volvió a ver la granja, la charca cenagosa, a su padre en blusón debajo de los manzanos, y también a sí misma, como antaño, desnatando con el dedo los cuencos de leche en la vaquería. Pero, ante los fulgores de la hora presente, su vida pasada, tan nítida hasta entonces, se difuminaba como por ensalmo y hasta dudaba de haberla vivido. Sólo sabía que estaba allí, en aquel baile; fuera de aquello, no había más que sombra cerniéndose sobre todo lo demás. En aquel momento se estaba tomando un sorbete de marrasquino, que sostenía con la mano izquierda en una concha de esmalte, y con la cucharilla entre los dientes, entornaba los ojos.

Una señora, a su lado, dejó caer su abanico justo en el momento en que pasaba un caballero bailando por delante.

—¿Sería usted tan amable —dijo la dama— de recogerme el abanico que se me ha caído detrás de ese sofá?

El caballero se inclinó, y al extender el brazo, Emma vio cómo la mano de la joven echaba en su sombrero algo blanco doblado en forma de triángulo. El caballero recogió el abanico y se lo ofreció respetuosamente a la dama; ella le dio las gracias con una inclinación de cabeza y se puso a oler su ramillete de flores.

Después de la cena, en la que se prodigaron los vinos de España y del Rin, las sopas de cangrejos y de leche de almendras, los *puddings* a la Trafalgar y toda clase de carnes en fiambre con sus rodetes de gelatina que tembleteaba en las fuentes, empezaron a desfilar uno tras otro los coches de los invitados. Apartando la punta del visillo de muselina, se veía deslizarse en la sombra la luz de sus faroles. Empezaron a notarse huecos en los divanes; todavía quedaban algunos jugadores; los músicos se humedecían con la lengua la punta de los dedos. Charles estaba medio dormido, con la espalda apoyada en el quicio de una puerta.

A las tres de la madrugada comenzó el cotillón. Emma no sabía bailar el vals. Todo el mundo lo bailaba, hasta la propia mademoiselle d'Andervilliers y la marquesa. Ya no quedaban más que los huéspedes del castillo, una docena de personas aproximadamente.

Uno de aquellos expertos en vals, a quien familiarmente llamaban *vizconde*, y cuyo chaleco, muy abierto, parecía moldeado sobre el pecho, se acercó e invitó a

bailar por segunda vez a madame Bovary, asegurándole que la ayudaría y que saldría airosa del vals.

Empezaron despacio, luego más aprisa^[37]. Giraban y todo giraba a su alrededor: las lámparas, los muebles, el artesonado y el suelo, como un disco sobre su eje. Al pasar junto a las puertas, los bajos del vestido de Emma se adherían al pantalón del vizconde; las piernas de ambos se entrelazaban; abatía él sus ojos y miraba a Emma, y ella, elevando los suyos, le miraba a él; una especie de mareo empezaba a apoderarse de ella y se detuvo. Volvieron a empezar, y entonces el vizconde, arrastrándola con un ritmo aún más acelerado, desapareció con ella hacia uno de los extremos de la galería, y allí Emma, jadeante y sintiéndose desfallecer, apoyó por un momento la cabeza sobre el pecho del caballero. Y luego, girando aún, pero ya más despacio, la volvió a acompañar a su sitio; Emma se reclinó contra la pared y se cubrió los ojos con la mano.

Cuando volvió a abrirlos, vio a una dama sentada en un taburete, en medio del salón, y a sus pies tres caballeros solicitando bailar con ella. La dama eligió al vizconde, y el violín reanudó sus sonos.

Todas las miradas convergían en ellos. Iban y venían, ella con el cuerpo inmóvil e inclinada la barbilla, y él siempre en la misma postura, arqueado el pecho, el codo en alto, el mentón saliente. ¡Aquella sí que sabía bailar el vals! Siguieron mucho rato, hasta que los cansaron a todos.

Todavía se prolongó unos minutos la charla, y después de darse las buenas noches, o más bien los buenos días, los huéspedes del castillo se retiraron a descansar.

Charles subía penosamente las escaleras agarrándose a la barandilla; no podía con su alma. Había pasado cinco horas seguidas de pie, de mesa en mesa, mirando jugar al *whist*^[38] sin entender nada. De ahí que, al quitarse las botas, lanzara un hondo suspiro de satisfacción.

Emma se echó un chal sobre los hombros, abrió la ventana y apoyó los codos en el alféizar.

La noche estaba oscura. Caían algunas gotas de lluvia. Aspiró el viento húmedo que le refrescaba los párpados. Todavía le zumbaba en los oídos la música del baile, y hacía esfuerzos por mantenerse despierta a fin de prolongar la ilusión de aquella vida lujosa que muy pronto le sería preciso abandonar.

Empezó a clarear. Emma contempló detenidamente las ventanas del castillo, tratando de adivinar cuáles serían las habitaciones de aquellos que más le habían llamado la atención la víspera. Hubiera deseado conocer sus vidas, penetrar en ellas, confundirse con ellas.

Pero como estaba tiritando de frío, se desnudó y se acurrucó bajo las sábanas, junto a Charles, que se había dormido.

Al desayuno acudió mucha gente. Duró diez minutos y no sirvieron licor alguno, algo que no dejó de extrañar al médico. Después, mademoiselle d'Andervilliers se puso a recoger en un cestito de mimbre trozos de bollo para llevárselos a los cisnes

del estanque, y se fueron todos a pasear por el tibio invernadero, donde unas plantas muy raras, erizadas de pelos, se escalonaban en pirámides bajo macetas suspendidas, por cuyos bordes, como nidos rebosantes de víboras, se desparramaban largos cordones verdes entrelazados. La zona de naranjos, que estaba al fondo, conducía, por un espacio cubierto, a las dependencias del castillo. El marqués, para entretener a Emma, la llevó a visitar las caballerizas. Encima de los pesebres, que tenían forma de canasta, se podían leer los nombres de los respectivos caballos en letras negras sobre placas de porcelana. Los animales se agitaban en sus compartimentos y chascaban las lenguas cada vez que alguien pasaba cerca de ellos. El suelo de la dependencia destinada a las guarniciones relucía como el de un salón. En el centro, colocados en dos perchas giratorias, se veían unos arreos de coche, y alineados a lo largo del muro se hallaban los bocados, las fustas, los estribos y las barbadadas.

Charles, mientras tanto, fue a pedirle a un criado que enganchara su coche. Se lo trajeron al pie de la escalinata y, una vez colocados en él todos los paquetes, los esposos Bovary agradecieron las atenciones recibidas y tomaron el camino de regreso a Tostes.

Emma, silenciosa, miraba girar las ruedas. Charles, sentado en el filo de la banqueta, conducía con los brazos separados, y el caballo trotaba entre los varales, excesivamente anchos para él. Las riendas, flojas, batían sobre su grupa empapándose de sudor, y el maletín atado a la trasera del coche golpeaba acompasadamente contra la carrocería.

Iban ya por los altos de Thibourville, cuando, de repente, pasaron ante ellos unos jinetes riendo y con sendos cigarros en la boca. Emma creyó reconocer en uno de ellos al vizconde; se volvió, pero ya no pudo percibir en la lejanía más que el movimiento de las cabezas, que bajaban y subían según la desigual cadencia del trote o del galope.

Un cuarto de legua más adelante tuvieron que detenerse para arreglar con una cuerda la correa de la retranca, que se había roto.

En el momento en que Charles le echaba una última ojeada al arnés, vio algo caído en el suelo, entre las patas de su caballo. Lo recogió. Era una petaca de seda verde, bordada y con un blasón en el centro, como la portezuela de una carroza.

—Si hasta hay un par de cigarros dentro —dijo—, los dejaré para esta noche, después de cenar.

—¡Ah! Pero ¿es que tú fumas? —preguntó ella.

—Algunas veces, cuando se presenta la ocasión.

Se guardó su hallazgo en el bolsillo y fustigó a la jaca.

Cuando llegaron a casa, la cena aún no estaba lista. La señora se enfadó y Nastasie replicó con insolencia.

—¡Váyase! —dijo Emma—. ¿Cree que se va a burlar usted de mí? Queda despedida.

Tenía para cenar sopa de cebolla y un trozo de ternera con acederas. Charles,

sentado frente a Emma, dijo, frotándose las manos con aire de satisfacción:

—¡Qué gusto da encontrarse de nuevo en casa!

Se oía llorar a Nastasie. Él le tenía un cierto afecto a aquella pobre muchacha. En la época de su viudez, cuando no sabía cómo ocupar sus ratos libres, ella le había hecho compañía muchas tardes. Había sido su primera paciente, su más antigua relación en aquella comarca.

—¿La has despedido de veras? —preguntó al fin.

—Desde luego. ¿Quién me impide hacerlo? —replicó ella.

Luego, mientras les preparaban la habitación, fueron a calentarse a la cocina. Charles se puso a fumar. Fumaba adelantando los labios, escupiendo a cada momento, repantigándose a cada bocanada.

—Te hará daño —le dijo Emma desdeñosamente.

Charles dejó el cigarro y corrió a beber en la bomba un vaso de agua fría. Emma cogió la petaca y la arrojó apresuradamente al fondo del armario.

¡Qué largo se le hizo el tiempo al día siguiente! Emma se paseó por el jardincillo, yendo y viniendo por los mismos senderos, deteniéndose ante los arriates, ante el emparrado, ante el cura de yeso, contemplando con un cierto ensimismamiento todas aquellas cosas de antaño que tan bien conocía. ¡Qué lejano le parecía ya el baile! ¿Quién interponía semejante distancia entre la mañana de anteayer y la tarde de hoy? Su viaje a la Vaubyessard había abierto una brecha en su vida, como esas grandes grietas que una tormenta, en una sola noche, excava a veces en las montañas. Se resignó a pesar de todo; guardó devotamente en la cómoda sus bellos atavíos y hasta sus zapatos de raso, cuyas suelas se habían puesto amarillas con el roce de la cera resbaladiza del suelo. Lo mismo le había ocurrido a su corazón: al rozarse con la riqueza, se le había adherido algo que ya jamás se habría de borrar^[39].

A partir de entonces, el recuerdo de aquel baile se convirtió para Emma en una ocupación habitual. Cada miércoles se decía al despertar: «Hace ocho días..., hace quince días..., hace tres semanas estaba yo allí, ¡ay!»». Y poco a poco las fisonomías se fueron confundiendo en su memoria, olvidó el aire de las contradanzas, dejó de ver con tanta precisión las libreas y los salones: se le borraron algunos detalles, pero persistió la añoranza.

IX

A menudo, cuando Charles salía de casa, Emma iba al armario y sacaba la petaca

de seda verde, oculta entre los pliegues de ropa blanca.

La miraba, la abría e incluso aspiraba el aroma, mezcla de verbena y tabaco, de su forro. ¿De quién sería...? Del vizconde. Es probable que fuese un regalo de su amante. La habría bordado en algún bastidor de palisandro, mueble primoroso que ocultaría a todas las miradas, delante del cual habría pasado horas y horas, y sobre el que probablemente reposaron los suaves bucles de la bordadora pensativa. Un hálito de amor se habría infiltrado por entre las mallas del cañamazo; cada puntada de aguja había fijado allí una esperanza o un recuerdo, y todos aquellos hilos de seda entrelazados no eran sino la prolongación de la misma pasión silenciosa^[40]. Y luego, una mañana, el vizconde se la habría llevado consigo. ¿De qué hablarían mientras la pitillera permanecía en las chimeneas de amplia campana, entre los jarrones de flores y los relojes Pompadour? Ahora, ella estaba en Tostes. Él estaría en París, ¡tan lejos! ¿Cómo sería aquel dichoso París? ¡Qué nombre tan seductor! Y se lo repetía a media voz, deleitándose; y resonaba en sus oídos como la campana de una catedral, y resplandecía ante sus ojos hasta en las etiquetas de sus tarros de pomada.

Por la noche, cuando los pescadores pasaban en sus carretas bajo sus ventanas cantando la Marjolaine^[41], ella se despertaba, y, mientras escuchaba el rumor de las ruedas herradas que se iba amortiguando conforme alcanzaban los lindes del pueblo, se decía:

—¡Mañana estarán allí!

Y los seguía con el pensamiento, subiendo y bajando las cuestas, atravesando los pueblos, enfilando la carretera general a la luz de las estrellas. Pero, tras recorrer una distancia indeterminada, al final se encontraba siempre en un lugar confuso donde se desvanecía su ensueño.

Se compró un plano de París, y con la punta del dedo hacía sobre el mapa correrías por la capital. Subía por los bulevares, deteniéndose en cada esquina, en las encrucijadas de las calles, delante de los rectángulos blancos que representaban los edificios. Cuando se le cansaban los ojos, cerraba los párpados y veía en las tinieblas retorcerse a merced del viento las luces de gas, y oía el estrépito de los estribos de las calesas al desplazarse ante el peristilo de los teatros.

Se suscribió a *La Corbeille*, revista dedicada a las mujeres, y al *Sylphe des salons*. Devoraba, sin saltarse siquiera una, las reseñas de todos los estrenos teatrales, carreras y fiestas de sociedad; lo mismo se interesaba por el debut de una cantante que por la apertura de una tienda. Estaba al tanto de las modas nuevas; conocía la dirección de los mejores sastres, los días de Bois o de Ópera^[42]. Estudió las descripciones de muebles y decoraciones que hacía Eugène Sue^[43] en sus obras; leyó a Balzac y a George Sand tratando de satisfacer imaginariamente sus íntimos anhelos. Hasta a la mesa misma iba con el libro, y se pasaba el rato hojeándolo mientras Charles comía y le hablaba. El recuerdo del vizconde acudía siempre a sus lecturas, y una y otra vez establecía comparaciones entre él y los personajes de ficción. Pero, poco a poco, el círculo en cuyo centro figuraba el vizconde se fue ensanchando en

torno a él, y aquella aureola que le circundaba, apartándose de su rostro, se extendió aún más lejos para iluminar otros ensueños.

París, más vasto que el Océano, resplandecía a los ojos de Emma entre encendidos fulgores^[44]. La vida exultante que bullía en aquel tumulto se hallaba, sin embargo, dividida y perfectamente compartimentada. Emma no era capaz de percibir más que dos o tres parcelas, que le ocultaban todas las demás, y que representaban por sí solas a la humanidad entera. El mundo de los embajadores discurría sobre pavimentos relucientes, en salones revestidos de espejos y alrededor de ovaladas mesas cubiertas con tapetes de terciopelo ribeteados de oro. Se podían ver allí vestidos de cola, grandes misterios, angustias disimuladas bajo sonrisas. Venía a continuación la sociedad de las duquesas: todos allí tan pálidos; se levantaban a las cuatro de la tarde; las mujeres —¡pobres ángeles!— llevaban encajes ingleses, finísimos, en los vuelos de la enaguas, y los hombres, talentos ignorados bajo apariencias fútiles, reventaban sus caballos en excursiones placenteras, iban a pasar a Baden la temporada estival, y, por fin, ya frizando los cuarenta, se casaban con ricas herederas. En los reservados de los restaurantes donde se cena pasada la media noche, reía a la luz de las velas la muchedumbre abigarrada de actrices y de gentes de letras. Eran todos ellos pródigos como reyes, y rebosaban de ideales ambiciosos y de fantásticos delirios. Disfrutaban de una existencia por encima de lo corriente, entre cielo y tierra, en medio de las tempestades, algo sublime. En cuanto al resto de la gente, aparecía borrosa, sin lugar preciso, como si no existiera. Por otra parte, cuanto más cercanas las cosas, más se alejaba su pensamiento de ellas. Todo cuanto la rodeaba en su inmediato contorno, la campiña tediosa, los pequeños burgueses imbéciles, la mediocridad de la existencia, le parecía una excepción en el mundo, un azar particular en el que ella se hallaba presa, mientras que más allá se extendía hasta perderse de vista el inmenso país de los goces y de las pasiones. En su deseo se confundían las sensualidades del lujo con las alegrías del corazón, la elegancia de las costumbres con las delicadezas del sentimiento. ¿Acaso no precisaba el amor, como las plantas tropicales, de unos adecuados terrenos, de una temperatura especial? Los suspiros a la luz de la luna, los interminables abrazos, las lágrimas que bañan las manos que se abandonan, todas las fiebres de la carne y las languideces de la ternura permanecían necesariamente vinculados a los balcones de los grandes castillos tan propicios a los placenteros ocios, a los saloncitos con cortinillas de seda, gruesas alfombras, maceteros atestados de flores y lecho sobre un estrado, o a los detalles de las piedras preciosas y de los galones de una librea.

El mozo de cuadra que venía por las mañanas a cuidar la yegua, atravesaba el pasillo con sus pies desnudos en los enormes zuecos y su blusón agujereado. ¡Con aquel *groom* en calzón corto tenía que contentarse por el momento! Acabada su tarea, ya no volvía a aparecer en todo el día, porque Charles, al regresar, llevaba él mismo el caballo a la cuadra, le quitaba la silla y el ronzal, mientras la criada traía una gavilla de paja y la echaba como podía dentro del pesebre.

Para sustituir a Nastasie, que, finalmente, se marchó de Tostes hecha un mar de lágrimas, Emma tomó a su servicio a una jovencita de catorce años, huérfana y de dulce semblante. Le prohibió que usara gorros de algodón, le enseñó a dirigirse a sus señores en tercera persona, a servir los vasos de agua en un plato, a llamar a las puertas antes de entrar, a planchar, a almidonar, a vestirla, convirtiéndola así en su doncella. La nueva criada obedecía sin rechistar para que no la despidieran; y, como la señora tenía la costumbre de dejarse puesta la llave del aparador, Félicité^[45], por las noches, cogía una pequeña provisión de azúcar para comérsela a solas en su cama, después de rezar sus oraciones.

Por las tardes, algunas veces, se iba enfrente a charlar un rato con los postillones, y la señora se quedaba arriba, en sus habitaciones.

Emma solía llevar una bata muy escotada que dejaba al descubierto, entre los dobleces del corpiño, una camisola plisada con tres botones de oro. A modo de cinturón, un cordón con gruesas borlas, y sus zapatillas de color granate lucían un manojo de anchas cintas que se despleaban sobre el empeine del pie. Aunque no tenía a nadie con quien cartearse, se había comprado un recado de escribir, papel de cartas, sobres y un palillero. Sacudía el polvo de su anaquel, se miraba al espejo, cogía un libro, y luego, soñando entre líneas, lo dejaba caer sobre sus rodillas. Ansiaba viajar o vivir de nuevo en su convento. Deseaba al mismo tiempo morir y vivir en París.

Charles, lloviese o nevase, cabalgaba por caminos y veredas, comía tortillas en las mesas de las granjas, metía el brazo en lechos húmedos, recibía en pleno rostro el tibio espurreo de las sangrías, auscultaba estertores de agonía, examinaba orinales, manoseaba muchas sábanas sucias; pero luego, por la noche, siempre encontraba una lumbre llameante, la mesa servida, muebles cómodos y una mujer encantadora y finamente ataviada, exhalando siempre una fragancia fresca y sutil que nadie era capaz de precisar de dónde procedía, a no ser que fuera su propia piel la que perfumaba de ese modo la camisa.

Emma le encantaba por un sinfín de delicadezas; unas veces era un nuevo modo de recortar arandelas de cartulina para las palmatorias, otras el nuevo detalle de un volante que le colocaba a su vestido, o el nombre extraordinario con que bautizaba un plato muy sencillo que la criada había echado a perder, pero que Charles devoraba con fruición hasta no dejar rastro. Emma había visto en Rouen a unas señoras que llevaban un manojo de colgantes prendidos al reloj, y no tardó en imitarlas. Tuvo la ocurrencia de poner en la repisa de su chimenea dos grandes floreros de cristal azul, y poco tiempo después un neceser de marfil con un dedal de plata sobredorada. Cuanto menos comprendía Charles tales refinamientos, más le fascinaban. Era como si incrementasen el deleite de sus sentidos y la apacibilidad de su hogar, como un polvillo de oro esparcido a lo largo del humilde sendero de su vida.

Gozaba de perfecta salud, tenía buena cara; su reputación se había consolidado. Los campesinos le apreciaban porque no era engreído. Acariciaba a los niños, no iba

nunca a la taberna, y, además, inspiraba confianza por su moralidad. De lo que más entendía era de catarros y de enfermedades del pecho. Como tenía mucho miedo de matar a sus pacientes, Charles se limitaba a recetar calmantes, algún que otro vomitivo, y sólo de vez en cuando pediluvios o sanguijuelas. No es que le amedrentase la cirugía; sangraba a los enfermos sin ningún tipo de remilgos, y tenía un puño de hierro a la hora de extraer las muelas.

En fin, para estar al día, se suscribió a la *Ruche médicale*, una revista nueva cuyo prospecto le habían enviado. La leía un rato después de la cena, pero el calor de la estancia unido a los vapores de la digestión hacían que al cabo de cinco minutos le entrara el sopor, y allí se quedaba, dormido, con la barbilla entre las manos y los cabellos caídos como una crin al pie de la lámpara. Emma le miraba y se encogía de hombros. ¡Si hubiese tenido por marido, cuando menos, a uno de esos hombres de ardores taciturnos que se pasan la noche entre libros y, luego, a los sesenta años, cuando les llega la edad de los reumas, ostentan una condecoración en forma de cruz sobre sus levitas negras y mal cortadas! Le hubiera gustado que el apellido Bovary, que era ya el suyo, fuese ilustre, verlo expuesto en los escaparates de las librerías, repetido en los periódicos, conocido por toda Francia. ¡Pero Charles, ay, carecía de toda ambición! Un médico de Yvetot, con quien había coincidido recientemente en una consulta, le había humillado en cierto modo junto a la cabecera misma del enfermo y ante los parientes allí reunidos. Cuando Charles le contó por la noche lo ocurrido, Emma montó en cólera contra el colega. Charles se conmovió y la besó en la frente sin poder contener una lágrima. Pero ella estaba exasperada de vergüenza; sentía deseos de pegarle; hasta que, finalmente, salió de la galería, abrió la ventana y aspiró el aire fresco para calmar así sus nervios.

—¡Qué pobre hombre! ¡Qué pobre hombre! —se decía en voz baja, mordiéndose los labios.

Por lo demás, cada vez se sentía más irritada contra él. Con la edad, Charles iba adquiriendo modales groseros impropios de su condición; a los postres se entretenía en recortar el corcho de las botellas vacías^[46]; se pasaba la lengua por los dientes cuando terminaba de comer; sorbía la sopa ruidosamente, y, como empezaba a engordar, los ojos, ya de por sí pequeños, parecían hundírsele en las sienes con el abultamiento de los pómulos^[47].

Emma a veces le remetía por debajo del chaleco el borde rojo de sus camisetas, le arreglaba la corbata o desechaba los guantes desteñidos que él se disponía a ponerse. Pero todo eso no lo hacía por él, como suponía Charles, sino por ella misma, por exceso de egoísmo, por irritación nerviosa. Otras veces también le hablaba de cosas que había leído: de determinado pasaje de una novela, de una nueva obra de teatro o de alguna anécdota de la alta sociedad a la que se hacía alusión en el periódico; pues, después de todo, Charles no dejaba de ser alguien, un oído siempre dispuesto a escucharla y a aprobar cuanto ella decía. ¿Acaso no hacía innumerables confianzas a su galga? Y lo mismo se las hubiera hecho a los tizones de la chimenea o al péndulo

del reloj.

En el fondo de su alma, sin embargo, esperaba un acontecimiento. Como los náufragos, paseaba sobre el desierto de su existencia unos ojos desesperados, oteando a lo lejos alguna vela blanca entre las brumas del horizonte. Ignoraba cuál podría ser aquel azar, el viento que lo impulsaría hacia ella, hacia qué riberas la llevaría, si sería chalupa o navío de tres puentes, cargado de angustias o rebosante de venturas hasta la borda. Pero lo cierto es que cada mañana, al despertar, lo esperaba para aquel mismo día, y acechaba todos los rumores, se levantaba sobresaltada y se asombraba de que no llegase. Luego, al atardecer, cada vez más triste, ansiaba que llegara el día siguiente.

Volvió la primavera. Con los primeros calores, cuando comenzaron a florecer los perales, Emma sintió ahogos.

Nada más iniciarse el mes de julio empezó a contar con los dedos las semanas que faltaban para octubre, pensando que acaso el marqués de Andervilliers volviera a dar un baile en la Vaubyessard. Pero transcurrió todo el mes de septiembre sin que recibieran invitación ni visita alguna.

Después de esta decepción, de nuevo se le quedó el corazón vacío y otra vez se inició la retahíla de jornadas iguales.

¡Y ahora ya sí que nada iba a impedir que continuaran sucediéndose siempre así, una tras otra, siempre idénticas, innumerables y sin jamás aportar nada nuevo! En las vidas de los demás, por vulgares que fuesen, cabía siempre la posibilidad del acontecimiento. Una aventura desencadenaba a veces peripecias sin fin, y la decoración cambiaba. Mas, para ella, nada ocurría. ¡Dios lo había dispuesto así! El porvenir era un pasillo completamente negro en cuyo fondo se alzaba una puerta herméticamente cerrada.

Abandonó la música. ¿Para qué tocar? ¿Quién la iba a escuchar? No valía la pena tomarse la molestia de estudiar, puesto que nunca iba a conseguir dar un concierto en un piano Érard^[48], vestida con un traje de terciopelo negro con manga corta, recorriendo con ágil mano las teclas de marfil, sintiendo circular en torno suyo, como una brisa, un murmullo de éxtasis. Metió en el armario las carpetas de dibujo y el bordado. ¿Para qué? ¿Para qué? La costura la irritaba.

—Lo he leído todo —se decía.

Y se quedaba junto al fuego, entreteniéndose en poner las tenazas al rojo vivo, o frente a la ventana, viendo caer la lluvia.

¡Qué triste se sentía los domingos cuando tocaban a vísperas! Sumida en un profundo sopor, escuchaba sonar uno a uno los tañidos de la cascada campana. Por los tejados se deslizaba despacio algún que otro gato arqueando el lomo bajo los pálidos rayos del sol. En la carretera, el viento levantaba nubes de polvo. A lo lejos, de vez en cuando, ladraba un perro; y la campana, a intervalos regulares, proseguía su monótono repique que se perdía en los campos.

Entre tanto, la gente salía de la iglesia. Las mujeres con sus relucientes zuecos,

los campesinos con su blusón nuevo y los niños saltando delante de ellos con la cabeza descubierta: todo el mundo volvía a su casa. Y hasta la noche, cinco o seis hombres, siempre los mismos, se quedaban jugando al chito delante del portalón de la posada.

Aquel invierno fue frío. Los cristales aparecían cubiertos de escarcha todas las mañanas, y la luz blanquecina que se filtraba a través de ellos como a través de un cristal esmerilado, a veces se mantenía así todo el día. A las cuatro de la tarde había que encender ya la lámpara.

Los días que hacía buen tiempo, Emma bajaba al jardín. El rocío había dejado sobre las coles encajes de plata con largos hilos claros que se extendían de una a otra. Los pájaros habían enmudecido, todo parecía dormir, la espaldera cubierta de paja y la parra como una gran culebra enferma bajo la albardilla de la tapia, donde, al acercarse, se veían, arrastrándose, cochinitas de muchas patas. En las piceas, junto al seto, el cura del bonete que leía su breviario había perdido el pie derecho, y su rostro, al descascarillarse el yeso con la helada, aparecía salpicado de máculas blancuzcas^[49].

Luego, Emma volvía a subir, cerraba la puerta, avivaba las brasas y, languideciendo el calor del fuego, sentía abatirse sobre ella, más agobiante que nunca, todo el peso del hastío. De buena gana habría bajado a charlar con la criada, pero un cierto pudor la retenía.

Todos los días, a la misma hora, el maestro de escuela, con su gorro de seda negro, abría los postigos de su casa, y el guarda rural pasaba con su sable al cinto sobre la blusa. Por la mañana y por la tarde, los caballos de posta, de tres en tres, atravesaban la calle para ir a beber a la charca. De vez en cuando la puerta de alguna taberna, al abrirse, hacía sonar su campanilla, y cuando hacía viento se oían tintinear sobre sus dos varillas las bacías de cobre del peluquero que servían de enseña a su establecimiento. Un antiguo grabado de modas adherido a un cristal y un busto femenino de cera de amarillentos cabellos servían de decoración a esta tienda. Aquel barbero se lamentaba también de su vocación frustrada, de su porvenir fallido, y soñando con una buena peluquería en alguna gran ciudad, como Rouen, por ejemplo, en el puerto, junto al teatro, se pasaba todo el día paseándose del ayuntamiento a la iglesia, taciturno, a la espera de la clientela. Cuando madame Bovary alzaba los ojos, le veía siempre allí, como un centinela, con su gorro griego terciado sobre la oreja y su chaqueta de paño.

Algunas tardes, detrás de las vidrieras de la sala se veía aparecer la cabeza de un hombre de rostro curtido, patillas negras, y con una ancha y dulce sonrisa que dejaba al descubierto sus dientes blancos. En seguida se dejaban oír las notas de un vals, y, a los acordes del organillo, en un diminuto salón, bailarines del tamaño de un dedo, mujeres con turbantes de color rosa, tiroleses con chaqué, micos con frac negro y señores de calzón corto giraban y giraban entre los sillones, canapés y consolas, reflejándose en los fragmentos de espejo unidos en sus esquinas por un filete de papel

dorado. El hombre le daba vueltas al manubrio, mirando a derecha e izquierda y hacia las ventanas. De vez en cuando, al tiempo que lanzaba un escupitajo oscuro contra el mojón de piedra, levantaba con la rodilla su instrumento, cuya recia correa le oprimía el hombro; y, ora doliente y parsimoniosa, ora alegre y rauda, la música de la caja se escapaba zumbando a través de una cortinilla de tafetán rosa, bajo una rejilla de cobre que formaba arabescos. Eran melodías de esas que se tocaban en los teatros, que se cantaban en los salones, que se bailaban por las noches bajo arañas iluminadas, ecos del mundo que llegaban hasta Emma. Por su cabeza resonaban zarabandas sin fin, y su pensamiento, como bayadera sobre floreada alfombra, brincaba al son de aquellas notas, se columpiaba de ensueño en ensueño, de tristeza en tristeza. Después de recoger la limosna en su gorra, el hombre cubría el organillo con una vieja manta de lana azul, se lo echaba a la espalda y se alejaba con tardo andar, seguido por la mirada de Emma.

Pero era sobre todo a las horas de las comidas cuando Emma no podía más, en aquella salita de la planta baja, con la estufa que humeaba, la puerta que rechinaba, los muros que rezumaban y la humedad del suelo; era como si en su plato le sirvieran toda la amargura de la existencia, y con los vapores de la sopa, le subían del fondo del alma como otras tantas vaharadas de hastío. Charles comía muy despacio; ella mordisqueaba algunas avellanas o se entretenía, apoyada en un codo, haciendo rayas en el hule con la punta de su cuchillo.

Había comenzado a despreocuparse del gobierno de la casa, y cuando la madre de Charles vino a Tostes a pasar con ellos una parte de la cuaresma, se extrañó mucho de aquel cambio. Ella, en efecto, tan cuidadosa y delicada antes, se pasaba ahora días enteros sin arreglarse, llevaba medias grises de algodón, se alumbraba con velas. Se pasaba el día repitiendo que, como no eran ricos, tenían que ahorrar, y añadía que estaba muy contenta, que era muy feliz, que le gustaba mucho Tostes y otras cosas por el estilo, con lo que a su suegra no le quedaba más remedio que cerrar la boca. Por lo demás, Emma no parecía ya dispuesta a seguir sus consejos, hasta el punto que una vez que a madame Bovary madre se le ocurrió decir que los amos tenían la obligación de velar por las ideas religiosas de sus criados, ella le replicó lanzándole una mirada tan llena de cólera y con una sonrisa tan helada, que la pobre mujer no volvió a insistir.

Emma se iba haciendo arisca, antojadiza. Se mandaba cocinar platos especiales que luego ni tan siquiera probaba; un día se alimentaba exclusivamente con leche pura, y al siguiente, con tazas de té por docenas. A menudo se obstinaba en no salir, pero poco después se ahogaba, abría las ventanas, se ponía ropa ligera. Regañaba duramente a la criada y luego le hacía regalos o la mandaba a entretenerse un rato a casa de las vecinas, de la misma forma que a veces echaba a los pobres cuantas monedas llevaba en el bolso, aunque no fuese nada caritativa ni proclive a conmoverse con el infortunio ajeno, como les ocurre a la mayoría de las gentes de origen campesino, que conservan siempre en el alma algo de las callosidades de las

manos paternas.

A finales de febrero, monsieur Rouault, en recuerdo de su curación, le llevó personalmente a su yerno un magnífico pavo y se quedó tres días con ellos en Tostes. Como Charles andaba todo el día ocupado con sus enfermos, era Emma la que se encargaba de hacerle compañía. Fumaba en su habitación, escupía sobre los morillos de la chimenea, y sólo hablaba de cultivos, de becerros, de vacas, de aves y de los asuntos del municipio; de tal modo que, cuando se fue, su hija le cerró la puerta con un sentimiento de alivio que incluso a ella misma le sorprendió. Por lo demás, ya no disimulaba su desprecio por nada ni por nadie; y a veces se permitía expresar opiniones singulares, censurando lo que todo el mundo admitía o aprobando cosas perversas o inmorales, para asombro de su marido, que no podía dar crédito a sus oídos.

¿Acaso aquella vida miserable iba a durar eternamente? ¿Es que nunca iba a cambiar su rumbo? Porque lo cierto es que ella valía tanto como todas aquellas que llevaban una vida feliz. Había visto en la Vaubyessard duquesas menos esbeltas que ella y de modales más ordinarios, y abominaba de la injusticia de Dios; apoyaba la cabeza en la pared para llorar; envidiaba las vidas tumultuosas, los bailes de disfraces, los placeres escandalosos con todos los arrebatos que debían proporcionar, y que ella, sin embargo, ignoraba.

Palidecía y tenía palpitaciones. Charles le administró valeriana y baños de alcanfor. Pero todo lo que probaban a darle no hacía sino exasperarla aún más.

Había días en que charlaba febrilmente hasta por los codos; a tales exaltaciones solían suceder súbitamente períodos de languidez en los que permanecía sin hablar, sin moverse. Lo único que en semejantes trances la reanimaba era echarse por los brazos un frasco de agua de colonia.

Como no hacía más que quejarse de Tostes, Charles empezó a pensar que la causa de su enfermedad se encontraba sin duda en alguna circunstancia relativa al medio ambiente, y, convencido de esta idea, se planteó seriamente la conveniencia de ir a establecerse en otro sitio.

Desde entonces, Emma bebió vinagre para adelgazar, contrajo una tosecilla seca y perdió por completo el apetito.

A Charles le costaba dejar Tostes después de cuatro años de permanencia y justo en el momento en que empezaba a afianzar su prestigio. Ahora bien, ¿si no había más remedio! La llevó a Rouen para que la viera un antiguo profesor suyo. Se trataba de una enfermedad nerviosa: convenía cambiar de aires.

Después de mucho ir de un lado para otro, Charles se enteró de que, en el distrito de Neufchâtel, había un pueblo importante llamado Yonville-l'Abbaye, cuyo médico, un refugiado polaco, acababa de dejar vacante la plaza la semana anterior. Escribió entonces al farmacéutico del lugar preguntándole cuántos habitantes tenía el pueblo, a qué distancia se encontraba el colega más próximo, cuánto ganaba al año su predecesor, etc.; y como quiera que los informes fueron satisfactorios, resolvió

trasladarse allí para la primavera si la salud de Emma no mejoraba en ese plazo.

Cierto día en que, preparando ya su partida, ordenaba algunas cosas en un cajón, Emma se pinchó la yema de los dedos con algo que resultó ser el alambre de su ramo de novia. Los capullos de azahar estaban amarillos de polvo y las cintas de raso ribeteadas de plata se desflecaban por el borde. Lo arrojó a la lumbre y ardió más deprisa que la paja seca. Luego se convirtió en algo así como una zarza roja sobre las cenizas, que se consumía lentamente. Emma lo miraba arder. Las pequeñas bayas de cartón estallaban, los alambres se retorcían, la cinta dorada se derretía, y las carolas de papel apergaminadas, columpiándose sobre los hierros como mariposas negras, acabaron levantando el vuelo por la chimenea.

Cuando, en el mes de marzo, salieron de Tostes, madame Bovary estaba encinta.

SEGUNDA PARTE

I

Yonville-l'Abbaye (que debe su nombre a una antigua abadía de capuchinos de la que no quedan ya ni las ruinas) es un pueblo situado a ocho leguas de Rouen, entre la carretera de Abbeville y la de Beauvais, al fondo de un valle regado por el Rieule, un riachuelo que desemboca en el Andelle, después de haber hecho girar tres molinos cerca de su desembocadura, y en el que crían truchas que los chicos se entretienen en pescar con caña los domingos.

Se deja la carretera principal en la Boissière y se continúa por terreno llano hasta lo alto del collado de Leux, desde donde se domina el valle. El río que lo atraviesa lo divide en dos regiones de fisionomía diferente: todo lo que queda a la izquierda son pastos, lo que queda a la derecha tierra de labor. Los prados se extienden al pie de una serie de pequeñas colinas que se vienen a unir por detrás de los pastizales de la región de Bray, mientras que, por la parte del este, la llanura se va ensanchando en suave pendiente y muestra hasta perderse de vista sus dorados trigales. El agua que discurre a ras de la hierba separa con su blanca cinta el color de los prados del de los surcos, y así, la campiña semeja un gran manto desplegado que tuviera un cuello de terciopelo verde ribeteado con un galón de plata.

Nada más llegar se vislumbran, en el confín del horizonte, los encinares de Argueil y la escarpada cuesta de Saint-Jean, surcada de arriba abajo por largos y desiguales regueros rojos; son la huella de las lluvias, y esos tonos de ladrillo que se destacan en delgadas franjas sobre el gris de la montaña se deben a la gran cantidad de fuentes ferruginosas que nacen más allá, en las tierras circundantes.

Nos encontramos en los confines de Normandía, de Picardía y de la Isla de Francia, comarca bastarda cuyo lenguaje carece de acento y de carácter su paisaje. Aquí es donde se elaboran los peores quesos de todo el distrito de Neufchâtel y donde más caros resultan los cultivos porque se precisa mucho estiércol para abonar unas tierras tan endeblas, plagadas de arena y de pedruscos.

Hasta 1835 no existía ningún camino practicable para llegar a Yonville; pero hacia aquella época se construyó un gran camino vecinal que enlaza la carretera de Abbeville con la de Amiens y del que se sirven a veces los carreteros que van de Rouen a Flandes. Sin embargo, Yonville-l'Abbaye ha permanecido estancado a pesar

de sus nuevas salidas. En vez de mejorar los cultivos, la gente sigue aferrada a los pastos, por muy despreciados que estén, y el perezoso pueblo, apartándose de la llanura, ha continuado su expansión natural hacia el río. Se le percibe de lejos, postrado a lo largo de la ribera, como si fuera un pastor de vacas durmiendo la siesta al borde del agua.

Al pie de la cuesta, pasado el puente, arranca una calzada bordeada de chopos que conduce directamente a las primeras casas del pueblo. Todas ellas están rodeadas de setos y se yerguen en medio de patios llenos de edificaciones dispersas, lagares, cuadras y destilerías diseminadas bajo frondosos árboles de cuyas ramas penden escalas, varas y hoces. Las techumbres de bálago, como gorros de piel caídos sobre los ojos, descienden hasta cubrir aproximadamente un tercio de las ventanas bajas, cuyos abultados y gruesos cristales están provistos de una especie de nudo en el centro, como culos de botellas. En las paredes de yeso, atravesadas en diagonal por negras vigas, se apoya a veces algún peral raquíptico, y las puertas de las plantas bajas tienen una pequeña barrera giratoria para impedir el paso de los pollitos que acuden a picotear en el umbral las migajas de pan moreno empapadas en sidra. Luego, los corrales se van estrechando, las edificaciones se tornan más próximas, los setos desaparecen; un haz de helechos se balancea bajo una ventana en la punta del mango de una escoba; se ve la fragua de un herrero y a continuación el taller de un carretero con dos o tres carros recién acabados en la parte de afuera, entorpeciendo el paso. Un poco más allá, a través de una verja, se divisa una casa blanca al fondo de un redondel de césped adornado con un Cupido que se lleva un dedo a los labios; a uno y otro lado de la escalinata, sendos jarrones de hierro; en la puerta, unos escudos; es la vivienda del notario, la más hermosa de la comarca.

La iglesia se alza al otro lado de la calle, veinte pasos más allá, a la entrada de la plaza. El pequeño cementerio que la rodea, cercado por una tapia de mediana altura, está tan repleto de tumbas, que las viejas lápidas, a ras del suelo, forman un enlosado continuo donde la hierba, creciendo a su antojo, ha trazado de forma espontánea verdes rectángulos entre sus junturas. La iglesia fue reconstruida en los últimos años del reinado de Carlos X^[50]. La bóveda de madera empieza a pudrirse por la parte superior y, aquí y allá, presenta grietas negras en su fondo azul. Encima de la puerta, en el lugar que debiera ocupar el órgano, hay una galería para los hombres a la que se accede por medio de una escalera de caracol que resuena bajo la pisada de los zuecos.

La luz del día, al penetrar por las vidrieras de color uniforme, ilumina sesgadamente los bancos alineados perpendicularmente a la pared, cubierta aquí y allá con esterillas clavadas, y en cuya parte inferior figura escrito en grandes caracteres: «Banco del señor fulano de tal». Más allá, donde se estrecha la nave, el confesionario hace juego con una pequeña imagen de la Virgen vestida de raso con un velo de tul constelado de estrellas plateadas y con las mejillas purpúreas como un ídolo de las islas Sandwich; por último, una copia de la «Sagrada Familia, donación del ministro del Interior», presidiendo el altar mayor entre cuatro candelabros,

completa por el fondo la perspectiva. Las sillas del coro, de madera de pino, permanecen sin pintar.

El mercado, consistente en un cobertizo de tejas sostenido por una veintena de postes, ocupa por sí solo aproximadamente la mitad de la plaza mayor de Yonville. El ayuntamiento, construido «con arreglo a los planos de un arquitecto de París», es una especie de templo griego que hace ángulo con la casa del farmacéutico. Ostenta tres columnas jónicas en la planta baja y en el primer piso una galería de arcos de medio punto, rematada por un tímpano en el que campea un gallo francés que apoya una de sus patas sobre la Carta^[51] y sostiene con la otra la balanza de la justicia.

Pero lo que más llama la atención es la farmacia de monsieur Homais, situada frente a la fonda del *Lion d'or*, especialmente por la noche, cuando se enciende el quinqué y los tarros rojos y verdes que adornan el escaparate proyectan a lo lejos, sobre el suelo, sus respectivos reflejos de color; entonces, a través de ellos, como entre luces de Bengala, se vislumbra la sombra del farmacéutico acodado en su mostrador. Su casa está cubierta, de arriba abajo, de inscripciones en letra inglesa, en redondilla, en letra de molde: «Aguas de Vichy, de Seltz y de Barèges, jarabes depurativos, específicos de Raspail^[52], racahut^[53] árabe, grageas Darcet, pomada Regnault, vendajes, baños, chocolates medicinales, etc.». Y en el rótulo, que abarca todo el ancho de la fachada, figura en caracteres dorados: *Homais, farmacéutico*. Luego, en el fondo de la botica, detrás de las grandes balanzas sujetas al mostrador, aparece la palabra *Laboratorio* encima de una puerta de cristales, en medio de la cual vuelve a verse repetido el apellido *Homais* en letras doradas sobre fondo negro.

Después de esto, ya no queda nada digno de ver en Yonville. Su única calle, de un tiro de escopeta de larga y con algunas tiendas a ambos lados, se interrumpe bruscamente en el recodo de la carretera. Dejándola a la derecha y bajando la cuesta de SaintJean, se llega en seguida al cementerio.

Cuando el cólera^[54], para ampliarlo, derribaron un trozo de tapia y compraron tres acres de terreno colindante; pero toda esta parte nueva está casi vacía, ya que las tumbas, como antaño, continúan aglomerándose hacia la puerta de entrada. El guarda, que hace al mismo tiempo las funciones de enterrador y sacristán en la iglesia —con lo que saca un doble beneficio de los cadáveres de la parroquia—, ha aprovechado el terreno libre para sembrar en él patatas. Con todo, de año en año su pegujar se va empequeñeciendo, de manera que cuando sobreviene una epidemia ya no sabe si alegrarse de los fallecimientos o afligirse por las sepulturas.

—¡Vive usted de los muertos, Lestiboudois! —le dijo en cierta ocasión el señor cura.

Estas lúgubres palabras le hicieron reflexionar y le contuvieron durante algún tiempo; pero aún hoy sigue cultivando sus tubérculos y hasta sostiene con aplomo que crecen de manera espontánea.

Desde los acontecimientos que vamos a referir, nada, en realidad, ha cambiado en Yonville. La bandera tricolor de hojalata sigue girando en lo alto del campanario de la

iglesia; la tienda de novedades aún despliega al viento sus dos banderolas de indiana; los fetos del boticario, como haces de yesca blanca, se van pudriendo cada vez más en su turbio alcohol, y sobre la puerta principal de la fonda, el viejo león de oro, desteñado por las lluvias, sigue luciendo ante los transeúntes sus rizos de perro de aguas.

La tarde en que los esposos Bovary debían llegar a Yonville, la viuda de Lefrançois, dueña de aquella hospedería, se hallaba tan atareada removiéndolos sus cacerolas, que sudaba la gota gorda. Al día siguiente se celebraba mercado en el pueblo. Había que trinchar de antemano la carne, destripar los pollos, hacer sopa y café. Tenía que preparar, además de la comida de sus huéspedes, la del médico, su mujer y su criada. En el billar resonaban las carcajadas; tres molineros, en la salita, llamaban pidiendo que les sirvieran aguardiente. Llameaba la leña, crepitan las brasas, y sobre la larga mesa de la cocina, entre los cuartos de cordero crudo, se alzaban pilas de platos que temblaban bajo el impacto de los golpes dados en el tajo donde desmenuzaban las espinacas. En el corral se oía el cacareo de las aves que la criada perseguía para cortarles el pescuezo.

Un hombre en zapatillas de piel verde, algo picado de viruelas y tocado con un gorro de terciopelo y borla dorada, se calentaba la espalda junto a la chimenea. Su semblante reflejaba la más íntima satisfacción de sí mismo y daba la impresión de hallarse tan a gusto en la vida como el jilguero suspendido en la jaula de mimbre por encima de su cabeza: era el farmacéutico.

—¡Artemise! —gritaba la patrona—, ¡corta leña menuda, llena las garrafas, sirve aguardiente!, ¡espabila! ¡Si al menos supiera yo qué postre ofrecer a esos señores que usted aguarda! ¡Vaya por Dios! ¡Ya están otra vez los de la mudanza armando bulla en el billar! ¡Y ni siquiera se han tomado la molestia de quitar el carromato de delante de la puerta principal! ¡*La Golondrina* es muy capaz de llevárselo por delante cuando llegue! ¡Llama a Hippolyte para que lo ponga en otra parte!... ¡A quien se le diga, monsieur Homais, que desde esta mañana llevan jugadas quince partidas, sin contar las ocho jarras de sidra que se han bebido!... Y lo peor de todo es que me van a desgarrar el paño de la mesa —proseguía, mirándoles desde lejos, con la espumadera en la mano.

—Tampoco sería mucho el daño —replicó monsieur Homais—, así compraría usted otra.

—¡Otra mesa de billar! —exclamó la viuda.

—Sí señora, porque esta ya no está para muchos trotes; ya se lo he dicho, y se lo repito, es usted la que sale perdiendo, vaya que sí. Y además los aficionados quieren que las mesas tengan ahora troneras estrechas y que los tacos sean más pesados. Ya no se juega a las carambolas; ¡todo ha cambiado! ¡Hay que ir con los tiempos!, fíjese, si no, en Tellier...

La posadera enrojeció de despecho. El farmacéutico añadió:

—Su billar, por mucho que usted diga, es más bonito que el de usted; y si a

alguien se le ocurre la idea, pongamos por caso, de organizar un campeonato patriótico en favor de Polonia o de las inundaciones de Lyon^[55]...

—No son los pordioseros como ése los que a mí me asustan —le interrumpió la posadera, encogiendo sus recios hombros—. ¡Vamos, vamos, monsieur Homais, mientras exista el *Lion d'or*, la gente seguirá viniendo aquí! Tenemos el riñón bien cubierto, en cambio el día menos pensado verá usted cómo el *Café Français* amanece cerrado y con un hermoso cartel en la fachada^[56]. ¡Cambiar mi billar —proseguía, como hablándose a sí misma—, con lo bien que me viene para colocar la colada y donde, en épocas de caza, han llegado a dormir hasta seis viajeros...! ¡Pero bueno, qué ocurrirá con ese remolón de Hivert que no llega!

—¿Le espera usted para la cena de esos señores? —preguntó el farmacéutico.

—¿Esperarle? ¡Y monsieur Binet! ¡Ya verá usted cómo ese llega a las seis en punto! No hay nadie tan puntual como él. Eso sí, hay que reservarle siempre su sitio en la salita. ¡Antes le matan que comer en otro sitio! ¡Y cuidado que es latoso!, siempre poniéndole peros a la sidra. ¡Qué diferencia con monsieur Léon, que llega a veces a las siete, e incluso a las siete y media, y ni siquiera se fija en lo que come! ¡Qué excelente muchacho! Nunca se le escapa una palabra más alta que otra.

—Es que no se puede comparar a una persona que ha recibido una educación, con un antiguo carabinero metido a recaudador.

Dieron las seis. Entró Binet.

Vestía una levita azul demasiado holgada para su enjuto cuerpo, y la gorra de cuero con orejeras sujetas con cordones dejaba al descubierto, bajo la levantada visera, una frente calva, un tanto deprimida por el uso del casco. Llevaba chaleco de paño negro, cuello de crin, pantalones grises y, en todas las épocas, botas bien lustradas con sendos abultamientos paralelos reveladores de juanetes. Ni un solo pelo rebasaba la línea de su rubia sotabarba, que, contorneándole la mandíbula, enmarcaba, como el borde de un arriate, su largo y desvaído rostro de ojos pequeños y aguileña nariz. Ducho en todos los juegos de naipes, buen cazador y con una magnífica letra, tenía en su casa un torno con el que se entretenía fabricando servilleteros que iba acumulando en su casa con el celo de un artista y el egoísmo de un burgués.

Se dirigió hacia la salita, pero antes hubo que hacer salir a los tres molineros; y, durante todo el tiempo que tardaron en prepararle la mesa, Binet permaneció callado en su sitio, junto a la estufa; luego, como de costumbre, cerró la puerta y se quitó la gorra.

—¡Poca saliva gasta éste en cumplidos! —dijo el farmacéutico cuando se quedó a solas con la hostelera.

—Siempre se comporta de ese modo —replicó ella—; la semana pasada llegaron dos viajeros de telas, unos mozos la mar de ocurrentes que se pasaban la noche contando tal cantidad de chascarrillos que hasta a mí me hacían llorar de risa; pues bien, él permanecía allí, como un pasmarote, sin decir ni pío.

—Sí —dijo el farmacéutico—, ni pizca de imaginación, ni una sola ocurrencia, nada de lo que caracteriza a una persona sociable.

—Y eso que dicen que es hombre de recursos —objetó la hostelera.

¿Recursos? —replicó monsieur Homais—; ¿recursos él? Bueno, para moverse entre quienes se mueve, es posible —añadió en un tono más apacible.

Y añadió después:

—Parece, hasta cierto punto, lógico que un negociante que tiene que relacionarse con gente importante, que un jurisconsulto, un médico, un farmacéutico estén tan absorbidos, que se vuelvan raros e incluso huraños; la vida está llena de casos así. ¡Pero éstos al menos piensan en algo! A mí mismo, sin ir más lejos, ¡cuántas veces me ha ocurrido ponerme a buscar la pluma en mi escritorio para escribir una etiqueta y resultar al final que la llevaba detrás de la oreja!

Entre tanto, madame Lefrançois había ido al umbral de la puerta para ver si llegaba *La Golondrina*. Se estremeció. Un hombre vestido de negro entró de pronto en la cocina. A los últimos resplandores del crepúsculo, se podía ver que tenía la cara rubicunda y una complexión atlética.

—¿Qué se le ofrece, señor cura? —preguntó la patrona, al tiempo que alcanzaba de la chimenea uno de los candelabros de cobre que permanecían allí alineados con sus respectivas velas—. ¿Quiere usted tomar algo? ¿Un dedo de licor de grosella?, ¿un vaso de vino?

El clérigo rehusó muy cortésmente. Venía a buscar su paraguas, que se había dejado olvidado el otro día en el convento de Ernemont; y después de rogar a madame Lefrançois que se lo mandara por la noche al presbiterio, salió en dirección a la iglesia, donde ya estaban tocando el *Ángelus*.

Cuando el boticario dejó de oír el ruido de sus pasos en la plaza, juzgó muy inconveniente su conducta de hacía un momento. Haber rehusado un refrigerio le parecía una hipocresía de las más odiosas; todos los curas sin excepción empinaban el codo cuando nadie los podía ver y trataban de volver a los tiempos de los diezmos.

La hostelera salió en defensa del cura:

—Además, sería capaz de doblegar a cuatro como usted bajo su rodilla. El año pasado ayudó a nuestros mozos a cargar paja, y tan fuerte es, que llegó a acarrear hasta seis costales a la vez.

—¡Bravo! —dijo el farmacéutico—. ¡Como para mandar uno a sus hijos a confesarse con mocetones de esa índole! Si yo fuera del gobierno, ordenaría que sangraran a los curas una vez al mes. ¡Sí, madame Lefrançois, una buena flebotomía todos los meses por el mantenimiento del orden y de las buenas costumbres!

—¡Calle, calle, monsieur Homais! ¡Es usted un hereje! ¡No tiene usted religión!

—¡Desde luego que tengo una religión, la mía, e incluso puedo decir que soy más religioso que todos ellos juntos con sus mojigangas y sus charlatanerías! ¡Yo, por el contrario, adoro a Dios! ¡Yo creo en el Ser Supremo^[57], en un Creador, cualquiera que sea, poco importa, que nos ha puesto aquí abajo para que cumplamos con

nuestros deberes de ciudadanos y de padres de familia, pero no tengo necesidad de ir a una iglesia a besar bandejas de plata y a engordar con mi bolsillo a un hatajo de farsantes que se alimentan mejor que nosotros! Porque a ese Dios se le puede honrar de igual modo en un bosque, en el campo, y hasta contemplando la bóveda celeste, como hacían los antiguos. ¡Mi Dios, el mío, es el Dios de Sócrates, el de Franklin, el de Voltaire y el de Béranger^[58]!. ¡Yo estoy a favor de la *Profesión de fe del vicario saboyano*^[59] y de los inmortales principios del ochenta y nueve! De modo que no admito a esa clase de Dios que se pasea por un jardín bastón en mano, aloja a sus amigos en el vientre de las ballenas, muere exhalando un grito y resucita al cabo de tres días: cosas todas absurdas en sí mismas y en abierta pugna, además, con todas las leyes de la física; lo que nos demuestra, dicho sea de paso, que los curas siempre han estado sumidos en la más ignominiosa ignorancia y que se empeñan en hundir con ellos a la gente.

Se calló, buscando con la mirada un público a su alrededor, ya que, en su efervescencia, el boticario, por un momento, se había creído en plena sesión municipal. Pero la hostelera había dejado de escucharle hacía rato y permanecía ahora atenta a un rumor lejano. Poco a poco se dejó oír el rodar de un coche y, al mismo tiempo, el claqueteo de herraduras desajustadas que golpeaban el suelo, hasta que por fin *La Golondrina* se detuvo delante de la puerta.

Era una especie de arcón amarillo sobre dos grandes ruedas que, como llegaban a la altura de la baca, además de impedir a los viajeros la vista de la carretera, les ensuciaban los hombros. Cuando el coche estaba cerrado, los pequeños cristales de sus angostas ventanillas retemblaban en sus bastidores y, aquí y allá, conservaban manchas de barro, entre una vieja costra de polvo que ni siquiera los aguaceros de las tormentas conseguían lavar del todo. Tres caballos tiraban de ella, haciendo uno de ellos de guía, y cuando bajaban las cuestas, el vehículo rozaba el suelo a cada vaivén.

Acudieron a la plaza algunos vecinos de Yonville; hablaban todos a la vez pidiendo noticias, explicaciones y fardos. Hivert no sabía a quién atender. Era él quien hacía en la ciudad los recados a la gente del pueblo. Iba a las tiendas, traía rollos de cuero para el zapatero, chatarra para el herrador, un barril de arenques para su amante, gorros de la modista, tupés de la peluquería, y al volver iba distribuyendo a lo largo del camino sus paquetes, echándolos por encima de los cercados de los corrales, de pie en el pescante, gritando a pleno pulmón, mientras los caballos seguían su trote.

Un incidente había sido la causa de su retraso. La perrita de madame Bovary se había escapado a campo traviesa. Habían perdido más de un cuarto de hora llamándola a silbidos. El propio Hivert había retrocedido como una media legua, creyendo verla aparecer a cada momento; pero al final no les quedó más remedio que proseguir el camino sin ella. Emma había llorado, se había puesto fuera de sí, había acusado a Charles de aquella desgracia. Un comerciante de paños, monsieur Lheureux, que viajaba con ellos, había tratado de consolarla sacando a colación

numerosos casos de perros extraviados que al cabo de muchos años habían vuelto a reconocer a su dueño. Contaban de uno, decía, que volvió desde Constantinopla a París. Otro hizo cincuenta leguas en línea recta y atravesó a nado cuatro ríos; y hasta su propio padre había tenido un perro de aguas que, después de una ausencia de doce años, le saltó de repente a la espalda una tarde, en plena calle, cuando iba a cenar fuera de casa.

II

Primero se apeó Emma, luego lo hicieron Félicité, monsieur Lheureux y una nodriza; a Charles tuvieron que despertarle, pues nada más anochecer se había quedado completamente dormido en su rincón.

Homais se presentó; ofreció sus respetos a la señora, sus cortesías al señor, dijo que estaba encantado de haber podido serles de alguna utilidad y añadió con aire cordial que se había tomado la libertad de quedarse a cenar con ellos, puesto que su mujer estaba ausente.

Madame Bovary, ya dentro de la cocina, se acercó a la chimenea, se cogió con la punta de los dedos el vestido a la altura de la rodilla y, levantándolo hasta los tobillos, acercó a la llama, por encima de la pierna de cordero que daba vueltas en el asador, su pie calzado con botina negra. El fuego la iluminaba por completo, penetrando con su cruda luz la trama de su vestido, los poros uniformes de su satinada piel y hasta sus párpados, que entornaba de vez en cuando. Las rachas de viento, al deslizarse por la puerta entreabierta, originaron un fuerte resplandor rojizo en torno a ella.

Desde el otro lado de la chimenea, un joven de cabellera rubia la contemplaba en silencio.

Como se aburría mucho en Yonville, donde estaba de pasante en la notaría de monsieur Guillaumin, Léon Dupuis (pues éste era el segundo comensal fijo del *Lion d'or*) solía retrasar la hora de la cena con la esperanza de que acudiese a la fonda algún viajero con quien conversar durante la velada. Los días en que terminaba pronto su tarea, como no sabía qué hacer, no le quedaba más remedio que llegar a la hora exacta y aguantar la compañía de Binet desde la sopa a los postres. De ahí que aceptara de muy buen grado la invitación que le hizo la patrona de cenar aquella noche con los recién llegados. Poco después pasaron todos al comedor grande, donde madame Lefrançois había mandado poner, con toda ceremonia, una mesa para cuatro.

Homais pidió permiso para dejarse puesto su gorro griego por miedo a las corizas. Después, dirigiéndose a Emma, le dijo:

—La señora debe sentirse sin duda un tanto rendida. ¡Esta *Golondrina* nuestra da tantísimos tumbos!

—Es cierto —replicó Emma—, pero lo desacostumbrado siempre me divierte; me encanta cambiar de aires.

—¡Es, en efecto, tan fastidioso vivir siempre anclado en el mismo sitio! —suspiró el pasante.

—Si a usted le sucediese lo que a mí —dijo Charles—, que no tengo más remedio que andar todo el día montado a caballo...

—Pues para mí —repuso Léon, dirigiéndose a madame Bovary— no hay nada más agradable, cuando se puede, desde luego —añadió.

—Además —decía el farmacéutico— el ejercicio de la medicina no resulta muy penoso en esta comarca, ya que el estado de nuestras carreteras permite el uso del cabriolé, y además, como los campesinos gozan, por lo general, de un cierto desahogo, suelen pagar bastante bien. En el aspecto médico, tenemos, aparte de los casos más corrientes de enteritis, bronquitis, afecciones biliares, etc., de vez en cuando alguna que otra fiebre intermitente en la época de la siega, pero, en resumidas cuentas, pocos casos graves, nada digno de mención, a no ser una gran cantidad de escrófulas, que se deben, sin duda, a las deplorables condiciones higiénicas que reúnen las viviendas de los campesinos. Eso sí, tendrá que combatir muchos prejuicios, monsieur Bovary, muchos empecinamientos rutinarios contra los que se estrellarán cada día todos sus esfuerzos científicos; pues, aún hoy, se recurre a las novenas, a las reliquias y al cura, antes que acudir, como es lógico, al médico o al farmacéutico. El clima, sin embargo, no puede decirse que sea malo, y hasta contamos en el municipio con algunos nonagenarios. El termómetro —yo mismo lo he observado— desciende en invierno hasta cuatro grados, y, en plena canícula, sube a los 25 o a los 30 grados centígrados todo lo más, lo que equivale a 24 Réaumur como máximo, o bien 54 Fahrenheit^[60] si seguimos la medida inglesa, pero nunca más allá. Y es que, como podrá apreciar, el bosque de Argueil nos pone al abrigo de los vientos del Norte, mientras que el cerro Saint-Jean se encarga de protegernos de los del Oeste; y este calor, sin embargo, que, a causa de los vapores acuosos que desprende el río y la considerable presencia de ganado en las praderas, las cuales exhalan, como usted sabe, mucho amoníaco, o sea nitrógeno, hidrógeno y oxígeno (no, nitrógeno e hidrógeno solamente), y que, al absorber el humus de la tierra, confundiendo todas esas diversas emanaciones, reuniéndolas en un haz, por así decirlo, y combinándose espontáneamente con la electricidad esparcida por la atmósfera, cuando la hay, podría a la larga engendrar miasmas insalubres, como en los países tropicales; este calor, decía, se ve atemperado precisamente del lado de donde viene, o más bien de donde vendría, esto es, del lado Sur, por los vientos del Sudeste, los cuales, habiéndose enfriado ya a su paso por el Sena, nos llegan a veces, de improviso, como las brisas

procedentes de la misma Rusia.

—¿Es posible, al menos, hacer algunas excursiones por los alrededores? —continuaba madame Bovary hablando con el joven pasante.

—No demasiadas —contestó él—. Hay un paraje que llaman la Pâtre en lo alto del cerro, lindando con el bosque. Algunos domingos voy por allí y me quedo con un libro contemplando la puesta de sol.

—Para mí no hay nada tan admirable como las puestas de sol —repuso Emma—, pero, sobre todo, a la orilla del mar.

—¡Oh, me encanta el mar! —dijo Léon.

—Y además, ¿no le parece —continuó madame Bovary— que el espíritu boga más libremente sobre aquella superficie sin límites, cuya contemplación eleva el alma y le sugiere ideas de infinito, de ideal?

—Ocurre lo mismo con algunos paisajes de montaña —repuso Léon—. Tengo un primo que viajó por Suiza el año pasado y me contaba que no puede uno imaginarse la poesía de los lagos, el hechizo de las cascadas, el efecto formidable de los glaciares. Se ven pinos de un tamaño increíble por entre las torrenteras, cabañas suspendidas sobre los precipicios, y, a mil pies por debajo de uno, valles enteros cuando se entreabren las nubes. Espectáculos así tienen necesariamente que entusiasmar, predisponer a la oración, al éxtasis. Por eso no me extraña que aquel célebre músico, para excitar mejor su imaginación, acostumbrara ir a tocar el piano delante de algún panorama imponente.

—¿Sabe usted música? —preguntó ella.

—No, pero me encanta —respondió él.

—¡Ah!, no le haga usted caso, madame Bovary —interrumpió Homais, inclinándose sobre el plato—; eso lo dice por pura modestia. ¿Cómo que no, querido amigo? Bien que estaba usted cantando el otro día en su cuarto *El ángel de la guarda*^[61]. Y buen gusto que daba oírle. Vocalizaba usted como un auténtico profesional. Puedo dar fe de ello, porque lo estaba oyendo desde mi laboratorio.

Léon vivía, en efecto, en casa del farmacéutico, donde tenía un pequeño cuarto en el segundo piso, que daba a la plaza. Se ruborizó al oír el elogio de su casero, que ya se había vuelto hacia el médico y le enumeraba, uno tras otro, a los principales vecinos de Yonville. Contaba un sinfín de anécdotas, le daba todo tipo de informes. No se sabía con exactitud la fortuna del notario, y estaba también la casa Tuvache que se daba mucho bombo.

Emma volvió a tomar la palabra:

—¿Y qué música prefiere usted?

—¡Oh!, la música alemana, la que invita a soñar.

—¿Conoce usted a Los Italianos^[62]?

—Todavía no, pero espero verlos el año que viene, cuando vaya a vivir a París para terminar mis estudios de Derecho.

—Es lo que tenía el honor de explicar a su marido —dijo el farmacéutico— a

propósito de ese pobre Yanoda que nos ha dejado; gracias a las locuras que cometió, tendrán ustedes oportunidad de disfrutar de una de las viviendas más confortables de Yonville. Lo más cómodo que tiene para un médico es una puerta que da a la Alameda y que permite entrar y salir sin ser visto. Por lo demás, está dotada de todo lo que puede hacer agradable una casa: lavadero, cocina con despensa, salón familiar, cuarto para la fruta, etc. Era un individuo que no reparaba en gastos. Mandó construir, al fondo del jardín, junto al agua, un cenador expresamente para beber cerveza en verano, y si a la señora le gusta la jardinería, podrá...

—Mi mujer apenas se ocupa de esas cosas —intervino Charles—; por más que le recomienden hacer ejercicio, a ella lo que le gusta es quedarse encerrada en su habitación leyendo.

—Lo mismo me ocurre a mí —replicó León—. ¿Habrá algo mejor que permanecer por la noche al amor de la lumbre con un libro mientras el viento azota los cristales y la lámpara arde?

—¿Verdad que sí? —exclamó Emma, mirándole fijamente con sus grandes ojos negros abiertos de par en par.

—No piensa uno en nada —proseguía él—, discurren las horas. Sin necesidad de moverse, se pasea uno por países que cree estar viendo, y el pensamiento, entreverándose con la ficción, se recrea en los detalles o sigue el hilo de las aventuras. Y así, poco a poco, se identifica con los personajes hasta prácticamente confundirse con ellos.

—¡Es verdad! ¡Es verdad! —decía Emma.

—¿No le ha ocurrido a veces —prosiguió León— hallar en un libro alguna idea vaga que ya había tenido, una imagen borrosa que viene de lejos, algo así como la entera exposición de nuestros más sutiles sentimientos?

—Sí, claro que me ha sucedido —respondió ella.

—Por eso me gustan sobre todo los poetas —continuó él—. Encuentro una mayor ternura en los versos que en la prosa, y además conmueven más fácilmente.

—Pero, a la larga, cansan —observó Emma—; ahora, por el contrario, me encantan las historias que se leen de un tirón y que te hacen sentir algo de miedo. Detesto los héroes vulgares y los sentimientos tibios, como se dan en la vida.

—En efecto —observó el pasante—, esas obras que no llegan al corazón, se apartan, me parece, de la verdadera finalidad del Arte. ¡Resulta tan dulce, en medio de los desengaños de la vida, poder trasladarse con el pensamiento a un universo de caracteres nobles, de afectos puros y de escenas de felicidad! Por lo menos para mí, que vivo aquí, apartado del mundo, la lectura es mi única distracción. ¡Ofrece tan pocos alicientes Yonville!

—Como Tostes, más o menos —repuso Emma—; por eso estaba yo allí abonada a un salón de lectura.

—Si la señora quiere hacerme el honor de aceptar —dijo el farmacéutico, que acababa de oír estas últimas palabras—, pongo a su disposición mi biblioteca

particular, que cuenta con los mejores autores: Voltaire, Rousseau, Delille^[63], Walter Scott, *L'Écho des Feuilletons*, etc., etc., y además, una serie de periódicos que recibo, algunos diariamente, como el *Fanal de Rouen*^[64], del que me cabe el orgullo de ser su corresponsal para las circunscripciones de Buchy, Forges, Neufchâtel, Yonville y las inmediaciones.

Llevaban ya dos horas y media sentados a la mesa, porque Artemise, la sirvienta, arrastrando con indolencia sobre las baldosas sus zapatillas de orillo, traía los platos con parsimonia, se le olvidaba todo, no estaba atenta a nada y continuamente se dejaba entreabierta la puerta del billar, que golpeaba contra la pared con el extremo del pestillo.

Sin percatarse de ello, Léon, mientras hablaba, había puesto el pie en uno de los travesaños de la silla donde estaba sentada madame Bovary. Lucía ésta una corbatita de seda azul que mantenía enhiesto, como una gorguera, un cuello de batista plisado; y, según los movimientos que hiciera con la cabeza, su barbilla se hundía en él o emergía suavemente. Fue así, sentado uno cerca del otro, mientras Charles y el farmacéutico platicaban, como se adentraron en una de esas vagas conversaciones en las que el azar de las frases conduce siempre al centro fijo de una simpatía común. Espectáculos de París, títulos de novelas, bailes nuevos, ese mundo que ninguno de los dos conocía, Tostes, donde ella había vivido, Yonville, donde estaban ahora, todo lo examinaron, de todo hablaron hasta el final de la cena.

Una vez servido el café, Félicité se fue a preparar la habitación en la nueva casa, y los comensales no tardaron en marcharse. Madame Lefrançois dormía junto al rescoldo, mientras que el mozo de cuadra, con un farol en la mano, esperaba a monsieur y a madame Bovary para acompañarlos a su domicilio. Llevaba briznas de paja dispersas por su pelirroja pelambreira y cojeaba de la pierna izquierda. Cogió con su mano libre el paraguas del señor cura y se pusieron en marcha.

El pueblo estaba dormido. Los pilares del mercado proyectaban alargadas sombras. La tierra presentaba una tonalidad grisácea, como de noche de verano.

Pero, como la casa del médico se encontraba tan sólo a cincuenta pasos de la fonda, hubo que despedirse casi de inmediato, y el grupo se dispersó.

Emma, ya en el zaguán, sintió caer sobre sus hombros, como un lienzo húmedo, el frío del yeso. Las paredes eran nuevas y los peldaños de madera crujían. En el dormitorio, que estaba en el primer piso, penetraba una claridad blanquecina a través de las ventanas sin visillos. Se vislumbraban desde allí las copas de los árboles y, más lejos, la pradera, medio anegada en la niebla, que humeaba al claro de luna siguiendo el curso del río. En medio de la habitación, confusamente amontonados, había cajones de cómoda, botellas, barras, varillas doradas, colchones puestos sobre las sillas y palanganas tiradas en el suelo, pues los dos hombres que habían hecho la mudanza lo habían dejado todo allí de cualquier manera.

Era la cuarta vez que Emma dormía en un lugar desconocido. La primera vez había sido el día que entró en el convento; la segunda cuando llegó a Tostes; la

tercera en La Vaubyessard, y la cuarta ahora; y cada una había coincidido con el comienzo de una nueva fase en su vida. No creía que las mismas cosas pudieran repetirse en sitios diferentes, y teniendo en cuenta que lo hasta entonces vivido había sido malo, era lógico pensar que lo que le quedaba por vivir sería mejor.

III

Al día siguiente, nada más despertar, vio al pasante en la plaza. Estaba ella en bata. Léon levantó la cabeza y la saludó. Emma hizo una rápida inclinación y volvió a cerrar la ventana.

Léon se pasó todo el día esperando que dieran las seis; pero, al entrar en la fonda, tan sólo se encontró en la mesa a monsieur Binet.

Aquella cena de la víspera había sido para él un acontecimiento importante; nunca hasta entonces había tenido ocasión de hablar dos horas seguidas con una dama. ¿Cómo, pues, había sido capaz de exponerle, y con semejante lenguaje, aquella cantidad de cosas que antes nunca hubiera podido hilvanar tan bien? Era por naturaleza tímido y guardaba siempre esa reserva que participa a la vez del pudor y del disimulo. En Yonville todos apreciaban la corrección de sus modales. Escuchaba razonar a las personas maduras y no parecía en modo alguno exaltado en política, cosa rara en un joven. Poseía además ciertas habilidades: pintaba a la acuarela, conocía la clave de sol, y, después de cenar, cuando no jugaba a las cartas, se entregaba de muy buen grado a la literatura. Monsieur Homais le apreciaba por su instrucción, y su mujer le tenía en gran estima por su amabilidad, ya que muchas veces acompañaba al jardín a sus hijos, unos chiquillos siempre sucios, muy mal educados y un poco linfáticos, como su madre. Se encargaban de su cuidado, además de la criada, Justin, el mancebo de la botica, un primo segundo de monsieur Homais, a quien habían acogido por caridad en la casa, y que al mismo tiempo hacía las veces de criado.

El boticario se mostró como el mejor de los vecinos. Informó a madame Bovary en todo lo concerniente a los proveedores, hizo venir expresamente a su sidrero, probó personalmente la sidra y tuvo buen cuidado de que el barril quedara perfectamente colocado en la bodega; le indicó, además, la manera de abastecerse de mantequilla a buen precio, y llegó a un acuerdo con Lestiboudois, el sacristán, que, además de sus funciones clericales y funerarias, cuidaba de los principales huertos de Yonville, por horas o mediante una cantidad estipulada al año, a gusto de los clientes.

Toda aquella cordialidad obsequiosa del farmacéutico no obedecía a un puro afán de altruismo: por debajo de todo aquello había un interés soterrado.

Había contravenido el artículo primero de la ley del 19 Ventoso del año XI^[65], que prohíbe el ejercicio de la medicina a todo aquel que no posea el correspondiente diploma; de modo que, como consecuencia de ciertas tenebrosas denuncias, Homais hubo de comparecer en Rouen, requerido, en su despacho particular, por el procurador del rey. El magistrado le había recibido de pie, con toga, muceta de armiño y birrete. Era por la mañana, antes de la audiencia. En la galería se oía el resonar de las recias botas de los gendarmes, y algo así como un rumor lejano de gruesos cerrojos que se corrían. Comenzaron a zumbarle los oídos de tal modo que creyó que iba a caer fulminado por una apoplejía; le pareció entrever de repente mazmorras, a su familia hecha un mar de lágrimas, la farmacia vendida, esparcidos todos los tarros; y tuvo que entrar en un café a tomarse una copa de ron con agua de Seltz para recobrar así la presencia de ánimo.

Poco a poco, el recuerdo de aquella amonestación se fue debilitando, y por aquella época continuaba, como antes, celebrando sus anodinas consultas en la trastienda de su botica. Pero el alcalde se la tenía jurada; algunos de sus colegas estaban celosos y había motivos para temer lo peor. Atraerse a monsieur Bovary a base de amabilidades equivalía a ganarse su gratitud y evitar que se fuera de la lengua más adelante, en el caso de que llegara a sospechar algo. Por eso, todas las mañanas Homais le llevaba el periódico, y muchas veces, por la tarde, dejaba un rato la farmacia para ir a casa del médico a darle un poco de conversación.

Charles estaba triste: la clientela no acudía. Se pasaba sentado las horas muertas sin decir esta boca es mía, se iba a dormir a su despacho o miraba coser a su mujer. Para distraerse empezó a hacer los trabajos rudos de la casa y hasta intentó pintar el desván con un resto de pintura que se habían dejado los pintores. Pero los problemas económicos le tenían preocupado. Había gastado tanto en arreglar la casa de Tostes, en vestidos para su mujer y en la última mudanza, que en tan sólo un par de años toda la dote de Emma, más de tres mil escudos, se había esfumado. Y además, ¡cuántas cosas estropeadas o perdidas en el traslado de Tostes a Yonville, sin contar el cura de yeso, que, con el violento traqueteo, se había caído de la carreta y había quedado hecho añicos en el camino de Quincampoix!

Una preocupación más grata vino a distraerle, el embarazo de su mujer. A medida que se acercaba el momento del parto, sentía que la quería más. Era otro nuevo vínculo carnal que se establecía, y algo así como el sentimiento continuo de una unión más compleja. Cuando la veía de lejos con aquellos andares indolentes, cimbreando suavemente el talle sobre las caderas sin corsé; cuando, sentados uno frente a otro, la contemplaba a sus anchas, y ella, en su sillón, daba muestras de fatiga, entonces su felicidad ya no podía contenerse; se levantaba, la besaba, le acariciaba las mejillas, la llamaba mamaíta, pretendía hacerla bailar y, medio riendo, medio llorando, le soltaba cuantas ocurrencias cariñosas le pasaban en ese momento

por la cabeza. La idea de haber engendrado un hijo le deleitaba. Ahora no le faltaba nada. Conocía en toda su extensión la existencia humana, y se apoyaba con los dos codos en la mesa colmado de apacible serenidad.

Emma, al principio, se sintió bastante sorprendida, después le entraron grandes deseos de dar a luz para saber qué era aquello de ser madre. Pero, como no estaba a su alcance hacer gastos a su antojo, comprar una cuna en forma de barquilla con cortinas de seda rosa y gorritos bordados, renunció al ajuar del bebé en un arranque de amargura y lo encargó todo de una vez a una costurera del pueblo, sin escoger ni discutir nada. No se recreó, pues, con esos preparativos que tanto fomentan la ternura de las madres, y por ello su cariño hacia la criatura se vio, desde un principio, un tanto atenuado.

Sin embargo, como Charles se pasaba las comidas hablando del crío, pronto ella misma acabó también por pensar en él de una manera más constante.

Emma deseaba que fuera un niño; lo quería fuerte y moreno, le llamaría Georges; y aquella idea de tener un hijo varón era como un desquite en ciernes de todas sus impotencias pasadas. Un hombre, al menos, es libre; puede entregarse a las pasiones, recorrer países, superar obstáculos, gustar las dichas más exóticas. Pero a una mujer todo esto le está continuamente vedado. Inerte y flexible a un mismo tiempo, tiene en contra suya las molicies de la carne, junto con los rigores de la ley. Su voluntad, como el velo de su sombrero sujeto por un cordón, palpita a todos los vientos; siempre hay algún deseo que arrastra y alguna conveniencia social que refrena.

Dio a luz un domingo, a eso de las seis, en el momento en que salía el sol.

—¡Es una niña! —dijo Charles.

Emma volvió la cabeza y se desvaneció.

Inmediatamente acudieron madame Homais, que la besó, y madame Lefrançois, la dueña del *Lion d'or*. El farmacéutico, como hombre discreto, se limitó a darle la enhorabuena desde la puerta entreabierta. Quiso ver a la niña y la encontró bien conformada.

Durante su convalecencia, Emma pasó mucho tiempo dándole vueltas al nombre que le iba a poner a su hija. Primero pasó revista a todos los que tenían terminaciones italianas, tales como Clara, Luisa, Amanda, Atala; le gustaba bastante Galsuinda, y más aún Ysolda o Leocadia. Charles deseaba que la criatura se llamara como su madre, pero ésta se oponía. Recorrieron el calendario de cabo a rabo y hasta consultaron a los extraños.

—A monsieur Léon —dijo el farmacéutico—, con quien hablaba yo de este asunto el otro día, le extraña que no escojan ustedes el nombre de Madeleine, que tan de moda está actualmente.

Pero la madre de Charles se opuso rotundamente a que su nieta se llamara como aquella pecadora. Monsieur Homais, por su parte, sentía predilección por todos aquellos nombres que recordaban a un ilustre personaje, un hecho de relieve o una idea altruista, y con arreglo a esto había bautizado a sus cuatro hijos. Así Napoleón

representaba la gloria y Franklin la libertad; Irma era quizá una concesión al romanticismo, y Athalie un homenaje a la más inmortal obra maestra de la escena francesa^[66]. Y es que sus convicciones filosóficas no estaban reñidas con sus admiraciones artísticas; el pensador que había en él no tenía por qué anular al hombre sensible; sabía establecer diferencias, separar la imaginación del fanatismo. Por lo que respecta a esa tragedia, por ejemplo, condenaba las ideas, pero admiraba el estilo; maldecía la concepción, pero aplaudía todos los detalles, y aunque los personajes le exasperaban, se enardecía con sus discursos. Le fascinaba leer los más significativos fragmentos; pero se sentía desolado cada vez que se ponía a pensar en el partido que los meapilas sacaban de todos aquellos versos, y en la confusión de sentimientos en que se debatía, hubiera querido, a un mismo tiempo, poder coronar a Racine con sus propias manos y discutir con él un buen cuarto de hora.

Emma, por fin, se acordó de que, en el castillo de Vaubyessard, la marquesa, al dirigirse a una joven, la había llamado Berthe; desde ese momento, el nombre quedó decidido, y como a monsieur Rouault le resultaba imposible acudir al bautizo, rogaron a monsieur Homais que fuera el padrino. Los regalos que hizo a la niña fueron todos productos de su establecimiento: seis cajas de azufaifas, un tarro entero de racahut, tres envases de pasta de malvavisco, y por último seis barritas de azúcar cande que halló olvidadas en una alacena. La noche de la ceremonia se celebró un banquete por todo lo alto. El cura se hallaba presente, y los invitados se alegraron un poco más de la cuenta. Monsieur Homais, en el momento de los brindis, entonó *El Dios de las buenas gentes*^[67]. Monsieur Léon cantó una barcarola, y la madre de Charles, que era la madrina, una romanza de los tiempos del Imperio; por último, monsieur Bovary padre exigió que le bajaran a la niña y se puso a bautizarla derramándole sobre la cabeza una copa de champán. Esta mofa del primero de los sacramentos provocó la indignación del abate Bournisien; Bovary padre le replicó sacando a colación una cita de *La guerra de los dioses*^[68]; el cura hizo ademán de marcharse; las damas suplicaban; Homais intervino, y entre todos lograron que el sacerdote se sentara de nuevo, y una vez sentado, se siguió tomando, como si no hubiera pasado nada, la taza de café que había dejado a medio beber.

Monsieur Bovary padre se quedó un mes en Yonville, deslumbrando a los vecinos con su soberbio gorro de policía con galones de plata que se ponía por la mañana cuando salía a la plaza a fumarse una pipa. Como era también muy dado al aguardiente, solía mandar a la criada al *Lion d'or* para que le comprara una botella, que anotaban en la cuenta del hijo; y, para perfumarse los pañuelos, apuró toda la provisión de agua de colonia de que disponía su nuera.

Pero a ésta no le disgustaba su compañía. Era un hombre que había corrido mundo; hablaba de Berlín, de Viena, de Estrasburgo, de su época de oficial, de las amantes que había tenido, de los grandes banquetes a los que había asistido; además, se mostraba amable, e incluso a veces, en la escalera o en el jardín, la cogía por la cintura y exclamaba:

—¡Charles, ten cuidado!

Debido a esto, madame Bovary madre empezó a preocuparse por la felicidad de su hijo, y temiendo que su esposo, a la larga, pudiera ejercer alguna influencia inmoral sobre las ideas de la joven, se apresuró a anticipar la partida. Hasta es probable que abrigara inquietudes más serias. Su marido era hombre incapaz de respetar nada.

Un día, Emma sintió de repente la imperiosa necesidad de ver a su hijita, que había dado a criar a la mujer del carpintero, y sin pararse a mirar en el calendario si habían transcurrido las seis semanas de la Virgen^[69], se encaminó hacia la vivienda de los Rolet, que estaba en el extremo del pueblo, al pie de la colina, entre la carretera y los prados.

Era mediodía; las casas tenían los postigos cerrados, y las techumbres de pizarra, relucientes bajo la cruda luz del cielo azul, parecían despedir chispas en la cresta de sus remates. Soplaban un viento sofocante. Emma se sentía débil al andar; los guijarros de la acera le lastimaban los pies; por un momento vaciló entre volverse a casa o entrar en algún sitio para sentarse.

En aquel momento salió monsieur Léon de un portal cercano con un legajo de papeles bajo el brazo. Se acercó a saludarla y se puso a la sombra, delante de la tienda de Lheureux, bajo el toldo gris que sobresalía.

Madame Bovary dijo que iba a ver a su hija, pero que comenzaba a sentirse fatigada.

—Si... —replicó Léon sin atreverse a proseguir.

—¿Tiene usted algo que hacer ahora? —le preguntó Emma.

Y en vista de la respuesta del pasante, le rogó que la acompañara. Aquella misma tarde este hecho se supo en todo Yonville, y madame Tuvache, la mujer del alcalde, comentó delante de su criada que «madame Bovary empezaba a ponerse en evidencia».

Para llegar a casa de la nodriza había que torcer a la izquierda, nada más acabar la calle, como para ir al cementerio, y seguir, entre casitas y corrales, un pequeño sendero bordeado de alheñas. Estaban éstas en flor, lo mismo que las verónicas, los agavanzos, las ortigas y las zarzas que emergían de los matorrales. Por entre los huecos de las cercas se percibía, en las casuchas, algún que otro cerdo hurgando en el estercolero, o alguna vaca atada frotando los cuernos contra el tronco de un árbol. Caminaban despacio, uno junto al otro, ella apoyándose en él, y él reteniendo su andar y acompasándolo al de ella. En el cálido ambiente, precediéndolos, revoloteaba, zumbando, un enjambre de moscas.

Reconocieron la casa por un viejo nogal que le daba sombra. Era baja y estaba cubierta de oscuras tejas; debajo del ventanuco del desván, llamaba la atención una ristra de cebollas colgada. Haces de leña menuda, apoyados en la cerca de espinos, rodeaban un bancal de lechugas, algunas matas de espliego y guisantes en flor sostenidos por rodrigones. Corría agua sucia desparramándose por la hierba, y

alrededor se veían andrajos indistintos puestos a secar, medias de punto, una blusa de indiana roja y, sobre la cerca, una gran sábana de tela recia. Al oír el ruido de la verja, apareció la nodriza dando de mamar a un niño que tenía en brazos. Con la otra mano tiraba de un pobre rapaz enclenque, con la cara cubierta de escrófulas, hijo de un sombrerero de Rouen, a quien sus padres, demasiado ocupados con su negocio, habían enviado al campo.

—Entren ustedes —dijo la mujer—; su niña está ahí durmiendo.

La habitación —la única de la vivienda—, situada en la planta baja, tenía en el fondo, adosada a la pared, una ancha cama sin cortinas; el lado de la ventana, que tenía un cristal roto y pegado con una flor de papel azul, lo ocupaba una artesa. En el rincón, detrás de la puerta, se alineaban unos borceguíes de clavos relucientes colocados bajo la piedra del lavadero, cerca de una botella llena de aceite con una pluma en su gollete; un *Mathieu Laensberg*^[70] aparecía tirado de cualquier manera sobre la repisa de la polvorienta chimenea, entre pedernales, cabos de vela y trozos de yesca. Y ya, el colmo de lo superfluo en aquella estancia era una *Fama* tocando la trompeta, clavada en la pared con seis tachuelas, imagen que probablemente había sido recortada de algún anuncio de perfumería.

La niña de Emma dormía en el suelo, en una cuna de mimbre. Ella la cogió, envuelta en la misma manta que la cubría, y se puso a arrullarla dulcemente.

Léon se paseaba por el cuarto; le parecía extraño ver a aquella hermosa dama con su vestido nankín en medio de aquella miseria. Madame Bovary se ruborizó; él apartó la mirada temiendo que sus ojos hubieran podido cometer alguna impertinencia. Acto seguido, Emma volvió a acostar a la pequeña, que acababa de vomitar encima del babero. La nodriza se apresuró a limpiarla, asegurándole que la mancha desaparecería por completo.

—Esto me lo hace a cada momento —decía—, me paso el tiempo limpiándola. Si tuviera usted la amabilidad de decirle a Camus, el tendero, que me proporcione un poco de jabón cada vez que me haga falta; sería incluso más cómodo para usted, porque así no tendría que molestarla.

—¡Está bien! ¡Está bien! —dijo Emma—. ¡Hasta la vista, madame Rolet!

Y salió después de limpiarse los pies en el umbral.

La buena mujer la acompañó hasta el extremo del corral sin dejar de hablarle de lo mal que le sentaba tener que levantarse por la noche.

—Tan rendida estoy a veces, que me quedo dormida en la silla; por eso, yo creo que por lo menos debería usted darme una libra de café molido; con esto tendría para todo un mes, y todas las mañanas podría tomarme una taza con leche.

Después de aguantar sus muestras de agradecimiento, madame Bovary tomó el camino de regreso, pero apenas había avanzado unos cuantos pasos por el sendero cuando un ruido de zuecos le hizo volver la cabeza: era la nodriza.

—¿Qué pasa ahora?

Entonces la campesina, llevándosela aparte, detrás de un olmo, se puso a hablarle

de su marido, que, con su oficio y seis francos anuales que el capitán...

—Vamos, diga lo que sea —interrumpió Emma.

—Es que —prosiguió la nodriza, suspirando a cada palabra—, me temo que se va a sentir muy triste viéndome tomar el café a mí sola; ya sabe usted cómo son los hombres...

—¡Lo tendrán, lo tendrán! —repetía Emma—; ¡se lo mandaré!... No se ponga usted tan pesada.

—¡Ay, señora! El caso es que, como consecuencia de sus heridas, le han quedado unos calambres horribles en el pecho. Hasta la sidra dice que le debilita.

—¡Acabe de una vez, madame Rolet!

—Pues mire —replicó haciendo una reverencia—, si no fuera mucho pedir... —y de nuevo hizo la reverencia—, cuando a usted le venga bien —y su mirada era ya de pura súplica—, envíeme un jarrito de aguardiente —soltó finalmente—, con él podría frotar además los piecitos de su pequeña, que los tiene blandos como la lengua.

Cuando por fin logró desembarazarse de su nodriza, Emma volvió a cogerse del brazo de Léon. Caminó deprisa durante un buen trecho; después acertó el paso y su mirada, que dirigía hacia delante, se tropezó con el hombro del joven, cuya levita tenía un cuello de terciopelo negro, sobre el que caían sus cabellos castaños, lisos y bien peinados. Emma observó sus uñas, más largas de lo que era usual en Yonville. Cuidárselas era una de las grandes ocupaciones del pasante, y para tal menester guardaba un cortaplumas especial en su escritorio.

Regresaron a Yonville siguiendo la orilla del río. Durante la época del estío, la ribera, más ancha, dejaba al descubierto hasta su base las tapias de las huertas, de las que solían arrancar varios escalones que bajaban hasta el río. Discurría este silencioso, rápido y visiblemente frío; altas y delgadas hierbas se curvaban juntas en la superficie, al azar de la corriente, y se reflejaban en su limpidez como verdes y abandonadas cabelleras. De vez en cuando, un insecto de patas finas andaba o se posaba en la extremidad de los juncos o sobre las hojas de los nenúfares. Un rayo de sol atravesaba las burbujillas azules de las ondas, que se sucedían rompiéndose. Los viejos sauces desmochados reflejaban en la corriente su corteza gris, y más allá, en los aledaños, la pradera parecía vacía. Era la hora de la comida en las granjas, y la joven y su acompañante no oían al caminar más que la cadencia de sus pasos sobre la tierra del sendero, las palabras que se dirigían y el roce del vestido de ella runroneando en torno a su cuerpo.

Las tapias de las huertas, rematadas en sus bardas con trozos de botellas, parecían arder como el acristalado de un invernadero. Entre los ladrillos habían arraigado mostazas silvestres, y madame Bovary, al pasar, con la punta de su sombrilla abierta desgranaba en una especie de polvo amarillento las marchitas flores, o bien alguna que otra rama de madreselva o de clemátide, que pendía por fuera, resbalaba un instante sobre la seda del quitasol, quedándose enredada entre sus flecos.

Hablaban de una compañía de bailarines españoles que iba a hacer su debut en

breve en el teatro de Rouen.

—¿Irá usted? —preguntó ella.

—Si puedo... —respondió él.

¿No tenían acaso nada mejor que decirse? En sus ojos, no obstante, se traslucía una conversación más profunda; y mientras se esforzaban por encontrar frases triviales, ambos se sentían invadidos por una misma languidez; era como un murmullo del alma, soterrado, ininterrumpido, que se sobreponía al de las voces. Asombrados por el prodigio de aquella nueva dulzura, ni se les ocurría explicarse la sensación ni descubrir su causa. Las dichas futuras, como las riberas de los trópicos, proyectan sobre la inmensidad que las circunda sus genuinas suavidades, sus perfumadas brisas, y el alma se adormece bajo los efectos de aquella embriaguez sin tan siquiera preocuparse del horizonte que no se alcanza a vislumbrar.

Hubo un momento en que, como la tierra estaba llena de baches producidos por el tránsito de los animales, tuvieron que caminar sobre grandes piedras verdes espaciadas en el lodo. De vez en cuando Emma se detenía un instante para mirar dónde poner su botina, y vacilando sobre la inestable piedra, con los codos en el aire, inclinado el busto, indecisa la mirada, se echaba a reír, como con miedo de caer en los charcos.

Cuando llegaron ante su jardín, madame Bovary empujó la pequeña cancela, subió corriendo los escalones y desapareció.

Léon regresó a su despacho. Su jefe se encontraba ausente. Echó una ojeada a los expedientes, preparó una pluma y, finalmente, cogió el sombrero y se volvió a marchar.

Se dirigió al pastizal, en lo alto de la colina de Argueil, a la entrada del bosque; se tendió en el suelo, bajo los abetos, y se quedó mirando al cielo por entre los dedos de su mano.

—¡Qué aburrimiento, señor! —se decía—. ¡Qué aburrimiento!

Se consideraba digno de lástima por tener que vivir en aquel pueblo, teniendo a Homais por amigo y como jefe a monsieur Guillaumin. Este último, siempre absorbido por sus asuntos, con sus anteojos de montura de oro y con sus pelirrojas patillas sobre la blanca corbata, a pesar de los modales envarados y británicos que a menudo adoptaba y que tanto habían impresionado al pasante en los primeros tiempos, no tenía ni idea en lo referente a las delicadezas del espíritu. En cuanto a la mujer del farmacéutico, era la mejor esposa de Normandía, mansa como un cordero, amante de sus hijos, de su padre, de su madre, de sus primos, siempre compasiva con los sufrimientos ajenos, con escasas dotes para el gobierno de su casa y enemiga de los corsés; pero tan lenta en sus movimientos, tan tediosa en su charla, de un aspecto tan vulgar y de una conversación tan limitada, que a Léon en ningún momento se le había pasado por la cabeza, aunque ella tuviera treinta años y él veinte, aunque durmiesen puerta con puerta y hablara con ella todos los días, que pudiera ser una mujer para alguien ni que poseyera de su sexo otra cosa aparte del vestido.

Y aparte de ésta, ¿quién más había? Binet, unos cuantos comerciantes, dos o tres taberneros, el cura y, finalmente, monsieur Tuvache, el alcalde, con sus dos hijos, gentes acomodadas, toscas, obtusas, habituadas a cultivar ellos mismos sus propias tierras, aficionadas a las grandes comilonas en familia, beatos, y de un trato absolutamente insoportable.

Pero, sobre el fondo vulgar de todos aquellos rostros humanos, sobresalía la figura de Emma, aislada y sin embargo más lejana; pues presentía que entre ella y él se abría un vago abismo.

Al principio había ido a visitarla a su casa varias veces con el farmacéutico. Charles no había mostrado demasiado interés en recibirle; y Léon no sabía qué partido tomar, entre el miedo a ser indiscreto y el deseo de alcanzar una intimidad que consideraba casi imposible.

IV

En cuanto llegaron los primeros fríos, Emma dejó su habitación y se instaló en la sala, larga estancia de techo bajo sobre cuya chimenea había un tupido polípero colocado frente al espejo. Sentada en su sillón, junto a la ventana, veía pasar por la acera a la gente del pueblo.

Dos veces al día, Léon hacía el recorrido entre su despacho y el *Lion d'or*. Emma, de lejos, le oía llegar; se asomaba para escucharle; y el joven pasaba tras la cortina, siempre vestido de la misma manera y sin volver la cabeza. Pero al atardecer, cuando, cansada de su labor, la abandonaba sobre su regazo y reposaba la barbilla sobre la mano izquierda, a menudo se estremecía al ver aparecer aquella sombra que cruzaba de repente. Se levantaba entonces y mandaba poner la mesa.

Mediada la cena, solía llegar monsieur Homais. Con el gorro griego en la mano, entraba quedamente para no molestar a nadie y repitiendo siempre la misma frase: «¡Buenas noches tengan ustedes!». Luego, una vez acomodado en su sitio, ante la mesa y entre los dos esposos, comenzaba a preguntarle al médico por sus enfermos, y éste a su vez le consultaba cuestiones referentes a los honorarios. Acto seguido se ponían a comentar las noticias que traía el periódico. Homais, a aquellas horas, se lo sabía ya casi de memoria y lo recitaba de pe a pa, con las reflexiones del periodista y todas las relaciones de catástrofes concretas acaecidas en Francia o en el extranjero. Pero, como el tema antes o después se agotaba, no tardaba en hacer algunas observaciones sobre los platos que veía. Algunas veces, incluso, incorporándose a

medias, indicaba delicadamente a la señora el trozo que le parecía más tierno, o bien, dirigiéndose a la criada, le daba consejos sobre el modo de preparar los guisos, o sobre la higiene de los condimentos. Hablaba de aromas, de osmazomos^[71], de jugos y de gelatinas de una forma que encandilaba. Con la cabeza más llena de recetas que de tarros de farmacia, Homais era un maestro a la hora de elaborar confituras, vinagres y licores, y estaba asimismo al día en lo referente a los más recientes inventos en materia de calefactores económicos, así como en el arte de conservar los quesos y cuidar los vinos echados a perder.

A las ocho venía Justin a buscarle para cerrar la farmacia. Entonces, sobre todo si Félicité se hallaba allí presente, monsieur Homais le miraba con aire socarrón, pues se había percatado de que su mancebo le estaba cobrando afición a la casa del médico.

—Este mozalbete —decía— se está volviendo avisado, y creo, y que el diablo me lleve si me equivoco, que anda enamorado de la criada de ustedes.

Pero tenía un defecto más grave, que él le reprochaba sin cesar, y era el de pasarse la vida escuchando las conversaciones. Los domingos, por ejemplo, no había manera de hacerle salir del salón, adonde madame Homais le llamaba para que se encargara de los niños, que se dormían en los sillones, arrugando con sus espaldas las fundas de calicó demasiado holgadas.

A esas veladas dominicales del farmacéutico no acudía mucha gente, ya que su maledicencia y sus opiniones políticas le habían granjeado la enemistad de diversas personas respetables. El pasante del notario, sin embargo, no faltaba nunca. En cuanto sonaba la campanilla, salía al encuentro de madame Bovary, le cogía el chal y se llevaba asimismo, para ponerlas bajo el mostrador de la farmacia, las gruesas zapatillas de orillo que Emma solía ponerse encima del calzado cuando había nieve.

Empezaban jugando al treinta y uno, y luego monsieur Homais con Emma al *écarté*^[72]; Léon, detrás de ella, le daba consejos. De pie y con las manos en el respaldo de su silla, contemplaba las púas de la peineta clavada en su moño. A cada movimiento que hacía para echar las cartas, se le levantaba un poco el vestido por el lado derecho. De sus cabellos recogidos le arrancaba un tono tostado que descendía por la espalda y que, desvaneciéndose gradualmente, acababa perdiéndose poco a poco en la sombra. Más abajo, el vestido se le ahuecaba al caerle a ambos lados del asiento, formando pliegues, hasta tocar el suelo. Cada vez que Léon sentía que la suela de su bota los rozaba, se separaba inmediatamente como si hubiera pisado a alguien.

Terminada la partida de naipes, el boticario y el médico jugaban al dominó, y Emma, cambiando de sitio, se acodaba en la mesa para hojear *L'Illustration*^[73]. Solía traer también su revista de moda. Léon se sentaba a su lado y juntos miraban los grabados sin volver la hoja hasta que los dos terminaban. A menudo ella le rogaba que le leyera versos; Léon los declamaba con una voz lánguida que se tornaba deliberadamente arrullante en los pasajes amorosos. Pero el ruido de las fichas le

contrariaba; monsieur Homais era ducho en este juego y le ganaba siempre a Charles aunque tuviera el seis doble. Luego, tras llegar a las tres centenas, se sentaban ambos junto al fuego y no tardaban en quedarse dormidos. El fuego se consumía en cenizas; la tetera estaba vacía; Léon seguía leyendo. Emma le escuchaba haciendo girar maquinalmente la pantalla de la lámpara, en cuya gasa se veían pintados unos pierrots en carrozas y unas danzarinas acróbatas que se columpiaban en sus trapecios. Léon se detenía, señalando con un gesto a aquel auditorio dormido; entonces se hablaban en voz baja y su conversación se les antojaba más dulce porque nadie más que ellos la oía.

Así se fue estableciendo entre ambos una especie de alianza, un continuo intercambio de libros y de romanzas. Y como monsieur Bovary era poco celoso por naturaleza, no se extrañaba de nada de aquello.

El día de su santo, Charles recibió como regalo un hermoso busto frenológico^[74] salpicado de números hasta el tórax y pintado de azul. Era una atención del pasante, y no era ésta la única, por cierto, puesto que incluso se encargó de hacerles recados en Rouen; y como por aquel entonces la obra de cierto novelista había puesto de moda la manía de las plantas carnosas, Léon solía comprarle alguna que otra, y se las traía personalmente, sobre las rodillas, en *La Golondrina*, pinchándose los dedos con sus duras púas.

Emma mandó colocar en su ventana una tabla de madera con su correspondiente barandilla para poner allí sus tiestos. Y como Léon también tenía su jardincillo colgante, a veces se veían desde sus respectivas ventanas cuidando sus flores.

Entre las demás ventanas del pueblo había una que estaba ocupada todavía más a menudo, pues los domingos, desde la mañana hasta por la noche, y todas las tardes cuando el tiempo estaba claro, se veía por la claraboya de un desván el enjuto perfil de monsieur Binet inclinado sobre su torno, cuyo monótono chirrido llegaba hasta el *Lion d'or*.

Una noche, al volver a casa, Léon se encontró en su cuarto una alfombra de terciopelo y lana con hojas bordadas sobre fondo pálido. Llamó para enseñársela a madame Homais, a monsieur Homais, a Justin, a los niños, a la cocinera, le habló de ella a su jefe. Todo el mundo mostró deseos de ver aquella alfombra. ¿Por qué la mujer del médico tenía tales «detalles» con el pasante? Aquello pareció raro y se llegó a la conclusión de que Emma debía de ser «su amiga».

También daba él pie para que así lo creyeran, pues se pasaba el día hablando a todos de sus atractivos y de su inteligencia, hasta el punto que Binet, en cierta ocasión, le replicó con aspereza:

—¡Y a mí qué me importa, si apenas la conozco!

Léon se torturaba tratando de hallar un modo de declararse; y, vacilando siempre entre el temor de desagradarle y la vergüenza de ser tan pusilánime, lloraba de desaliento y de deseo. Luego tomaba decisiones tajantes; escribía cartas que después rompía, se daba a sí mismo plazos y después los iba aplazando. A menudo se dirigía a

su casa con la idea preconcebida de atreverse a todo, pero su resolución le abandonaba inmediatamente en presencia de Emma, y cuando Charles, apareciendo de improviso, le invitaba a subir a su carricoche para visitar juntos a algún enfermo en los alrededores, no dudaba en aceptar, saludaba a la señora y se iba. ¿No era al fin y al cabo su marido algo de ella?

Emma, por su parte, en ningún momento se preguntó si lo amaba. Creía ella que el amor tenía que llegar de súbito, entre grandes destellos y fulgores, como huracán de los cielos que se desencadena sobre la vida, la trastorna, arranca las voluntades como si fueran hojas y arrastra hacia el abismo el corazón entero. Ignoraba que, en las azoteas de las casas, la lluvia acaba por formar lagos cuando los canalones se obstruyen, y así hubiera permanecido segura de su virtud, de no haber descubierto súbitamente una grieta en la pared^[75].

V

Ocurrió un domingo de febrero, una tarde que nevaba.

Habían salido todos, el matrimonio Bovary, Homais y monsieur Léon, a visitar en el valle, a una media legua de Yonville, las obras de una hiladura de lino que estaban montando allí. El farmacéutico había llevado con él a Napoléon y a Athalie, para que hicieran ejercicio, y los acompañaba Justin con los paraguas al hombro.

Nada, sin embargo, menos curioso que aquella curiosidad. Un amplio espacio de terreno vacío, donde se veían, entremezcladas, entre montones de arena y de piedras, algunas ruedas de engranaje ya oxidadas, rodeaba una larga construcción cuadrangular adornada con una gran cantidad de minúsculas ventanas. Aún no estaba terminada de edificar y por entre las vigas de la techumbre se vislumbraba el cielo. Atado a la vigueta del hastial, un manojo de paja mezclado de espigas hacía tremolar al viento sus cintas tricolores.

Homais explicaba a sus compañeros de excursión la importancia futura de aquel establecimiento, calculaba la resistencia de los suelos, el espesor de las paredes y lamentaba mucho no tener un bastón métrico como el que tenía Binet para su uso particular.

Emma, que iba cogida de su brazo, se apoyaba ligeramente en su hombro y miraba el disco solar que irradiaba a lo lejos, entre la bruma, su deslumbrante palidez. Volvió la cabeza y vio que Charles estaba justo detrás de ellos. Llevaba la gorra calada hasta las cejas y sus gruesos labios trémulos infundían una cierta expresión de

estupidez a su rostro; hasta su espalda, su tranquila espalda, resultaba irritante a la vista, como si en ella y concentrada en su levita, se manifestara toda la vulgaridad de su dueño.

Mientras lo contemplaba, saboreando así en medio de su irritación una especie de voluptuosidad depravada, Léon avanzó unos pasos. El frío que le hacía empalidecer parecía conferir a su rostro una languidez más dulce; el cuello de su camisa, un poco holgada, dejaba al descubierto la piel; el lóbulo de una oreja sobresalía por entre un mechón de cabellos, y sus grandes ojos azules, levantados hacia las nubes, se le antojaron a Emma más límpidos y más hermosos que esos lagos de montaña donde se refleja el cielo.

—¡Desdichado! —exclamó de repente el boticario.

Y corrió hacia su hijo, que acababa de meterse en un montón de cal para que se le embadurnaran de blanco los zapatos. Ante la reprimenda con que le abrumaban, Napoléon se puso a berrear, mientras Justin le limpiaba los zapatos con un manojo de broza. Y como hacía falta una navaja, Charles ofreció la suya.

—¡Ah! —se dijo Emma—, lleva una navaja en el bolsillo como un labriego.

Empezaba a helar, y decidieron regresar a Yonville.

Madame Bovary aquella noche no fue a casa de sus vecinos, y cuando Charles se marchó y ella se sintió sola, volvió de nuevo a su mente aquel parangón entre uno y otro con la nitidez de una sensación casi inmediata y con ese alargamiento de perspectiva que el recuerdo confiere a los objetos. Mirando desde su cama la clara lumbre que ardía, seguía viendo, como poco antes, a Léon de pie, cimbreado con una mano su bastoncillo y llevando de la otra a Athalie, que chupaba tranquilamente un trozo de hielo. Le encontraba encantador; no podía apartar de él sus pensamientos; recordaba gestos suyos de otros días, frases que había dicho, el tono de su voz, su persona toda, y avanzando los labios como para un beso, repetía:

—¡Sí, encantador, encantador...! ¿Estará por ventura enamorado? —se preguntó—. ¿Y de quién?... ¡Pues de mí!

Mil detalles se lo probaban y su corazón le dio un vuelco. La llama de la chimenea proyectaba en el techo una alegre y temblorosa claridad; Emma se volvió de espaldas y estiró los brazos.

Entonces comenzó la eterna cantinela: «¡Ay!, ¡si el cielo lo hubiera querido! ¿Por qué no puede ser posible? ¿Quién podría impedirlo?»...

Cuando Charles volvió a media noche, Emma fingió que se despertaba, y como él hizo ruido al desnudarse, se quejó de jaqueca; después, afectando indiferencia, le preguntó cómo había transcurrido la velada.

—Monsieur Léon —dijo él— se retiró temprano.

Emma no pudo evitar una sonrisa y se durmió con el alma henchida de un encanto hasta entonces desconocido.

Al día siguiente, al caer la tarde, recibió la visita de monsieur Lheureux, el de la tienda de novedades. Era un hombre ducho el tal tendero.

Gascón de nacimiento, pero normando de adopción, unía la facundia meridional a la cautela de las gentes del país de Caux. Su mofletuda cara, blanda y barbilampiña, parecía como embadurnada por una decocción de regaliz, y su pelo, ya cano, tornaba aún más vivo el rudo centelleo de sus ojillos negros. Nadie sabía a qué se había dedicado antes: buhonero, según unos; banquero en Routot, según otros. Lo único cierto es que podía hacer mentalmente los cálculos más complicados, capaces de asombrar al mismísimo Binet. Amable hasta la obsequiosidad, se mantenía siempre con el espinazo inclinado, en la actitud de quien saluda o invita.

Después de dejar en la puerta su sombrero adornado con un crespón, colocó sobre la mesa una caja de cartón verde y empezó a quejarse a la señora, con muchos cumplidos, de que no se hubiera dignado honrarle hasta aquel día con su confianza. Una pobre tienda como la suya no era la más apropiada para atraer a una «elegante», y recalcó la palabra. Pero no tenía más que pedir lo que quisiera y él se encargaría de proporcionárselo, lo mismo en mercería que en lencería, cualquier tipo de sombrero o novedad en general, pues solía ir a la ciudad, habitualmente, cuatro veces al mes. Estaba en relación con las casas más acreditadas. Podían dar referencias de él *Les Trois Frères*, *La Barbe d'Or* o *Le Grand Sauvage*; en todos aquellos establecimientos le conocían a la perfección. En aquel momento venía a enseñar a la señora, de paso, algunos artículos que habían caído en sus manos gracias a una de esas ocasiones que rara vez se presentan. Y dicho esto, sacó de la caja media docena de cuellos bordados.

Madame Bovary los examinó.

—No necesito nada —le dijo.

Entonces monsieur Lheureux extrajo delicadamente tres chales argelinos, varios paquetes de agujas inglesas, un par de zapatillas de paja y, por fin, cuatro hueveras de coco trabajadas a cincel por presidiarios. Luego, con ambas manos sobre la mesa, el cuello estirado e inclinado el busto, se puso a seguir, boquiabierto, la mirada de Emma, que iba y venía indecisa entre aquellos géneros. De vez en cuando, como para sacudir el polvo, daba un golpecito con la uña a la seda de los chales, desplegados cuan largos eran, y éstos se estremecían, con un tenue rumor, haciendo centellear, a la luz verdosa del ocaso, como diminutas estrellas, las lentejuelas de oro de su urdimbre.

—¿Cuánto cuestan?

—Una insignificancia —replicó él—, una insignificancia, pero ya me pagará cuando a usted le venga bien, no hay prisa, ¡no somos judíos!

Emma reflexionó unos instantes, y acabó por rehusar amablemente. Monsieur Lheureux replicó sin inmutarse:

—No se preocupe, ya nos entenderemos otro día. Con las señoras siempre termino poniéndome de acuerdo, excepto con la mía, naturalmente.

Emma sonrió.

—Lo que quiero decir —continuó en tono campechano después de la broma— es que a mí el dinero es lo que menos me preocupa... Si lo necesitase, hasta se lo podría

proporcionar.

Emma le miró con un gesto de sorpresa.

—¡Ah! —exclamó él vivamente y en voz baja—, y no tendría que ir muy lejos para conseguírselo, puede estar segura.

Y acto seguido se puso a pedirle noticias del viejo Tellier, el dueño del *Café Français*, al que monsieur Bovary asistía por aquel entonces.

—¿Qué es lo que tiene monsieur Tellier?... Tose tan fuerte que se estremece toda la cama, y mucho me temo que no tarde en necesitar un gabán de pino más que una camisola de franela. Se pasó la juventud de juerga en juerga. Es de esa clase de gente, señora, incapaz de mantener un mínimo de orden en su vida. Se ha hecho polvo el hígado a base de aguardiente. Pero, a pesar de todo, resulta triste ver desaparecer a una persona conocida.

Y mientras cerraba de nuevo su caja, siguió hablando de la clientela del médico.

—Es el tiempo, sin duda —dijo mirando hacia los cristales con gesto hosco—, el culpable de esas dolencias. Tampoco yo me encuentro del todo bien; tendré que venir un día de estos a la consulta de su esposo para que me examine la espalda, que no para de dolerme. Bueno, hasta la vista, madame Bovary; a su disposición y servidor siempre de usted.

Y cerró suavemente la puerta detrás de sí.

Emma mandó que le sirvieran la cena en su cuarto, junto a la lumbre, en una bandeja; comió despacio y todo le estuvo muy bueno.

—¡Qué prudente he sido! —se decía, pensando en los chales.

Oyó pasos en la escalera: era León. Se levantó y, dirigiéndose a la cómoda, tomó del montón de trapos que en ella había para ribetear, el primero que le vino a mano. Parecía muy atareada cuando él entró.

La conversación fue lánguida, ya que madame Bovary estaba como abstraída y él se mostraba un tanto cohibido. Sentado en una silla baja, junto a la chimenea, León hacía girar entre los dedos el estuche de marfil; Emma clavaba su aguja, o bien, de vez en cuando, con la uña, fruncía los pliegues de la tela, sin decir nada, y él, cautivado por su silencio, como lo hubiera estado por sus palabras, permanecía mudo.

—¡Pobre muchacho! —pensaba ella.

—¿En qué la habré disgustado? —se preguntaba él.

León, finalmente, acabó contando que uno de aquellos días tenía que ir a Rouen para resolver unos asuntos del despacho.

—Su suscripción de música ha caducado, ¿quiere que se la renueve?

—No —respondió ella.

—¿Por qué?

—Porque...

Y apretando los labios, tiró despacio de una larga hebra de hilo gris.

Aquella labor irritaba a León. Le daba la impresión de que Emma tenía las yemas de los dedos desolladas por el contacto con la aguja. Se le pasó por la cabeza una

galantería, pero no se atrevió a decírla.

—¿Deja usted la suscripción, entonces? —insistió.

—¿El qué? —repuso con viveza—, ¿la música? ¿Y cómo no habría de hacerlo, Dios mío? Tengo una casa que llevar, un marido que atender, mil cosas, muchas obligaciones más urgentes.

Miró el reloj. Charles se retrasaba. Se fingió preocupada. Dos o tres veces incluso repitió:

—¡Es tan bueno!

El pasante sentía un cierto afecto por monsieur Bovary, pero aquella ternura puesta de manifiesto en las palabras de Emma le desagradó; no obstante, secundó su elogio, un elogio que, según decía, oía en boca de todos, en especial en la del farmacéutico.

—Sí, es una buena persona —repuso Emma.

—Desde luego —asintió el pasante.

Y se puso a hablar de madame Homais, cuya desaliñada indumentaria, por regla general, les hacía reír.

—¿Qué importancia puede tener eso? —interrumpió Emma—. Una buena madre de familia no tiene por qué preocuparse excesivamente por su atavío.

Y, dicho esto, volvió a sumirse en el silencio de antes.

Lo mismo ocurrió durante los días siguientes; sus palabras, sus modales, todo cambió. Empezó a ocuparse de la casa con el mayor celo, volvió a frecuentar la iglesia regularmente y se mostró más severa con la criada.

Se trajo a Berthe de casa de la nodriza. Cuando tenía alguna visita, Félicité se la traía y madame Bovary la desnudaba para que la pudieran ver. Decía que adoraba a los niños; Berthe era su consuelo, su alegría, su locura, y acompañaba sus caricias con toda clase de arrebatos líricos, que, a otros que no hubieran sido los habitantes de Yonville, les habría recordado a la Sachette^[76] de *Notre-Dame de Paris*.

Cuando Charles volvía a casa, encontraba junto al rescoldo sus zapatillas puestas a calentar. A sus chalecos ahora nunca les faltaba el forro, ni a sus camisas botones, y hasta daba gusto abrir el armario y ver todos sus gorros de algodón ordenados en montoncitos iguales. Ya no se oponía, como antes, a dar un paseo por el jardín; todo lo que Charles proponía era aceptado sin rechistar, por más que fuera incapaz de adivinar los deseos a los que tan sumisamente se sometía; y cuando Léon le veía después de cenar, al amor de la lumbre, con las dos manos en el vientre, los pies apoyados en los morillos de la chimenea, arreboladas las mejillas por la digestión, los ojos radiantes de felicidad, con la criatura arrastrándose por la alfombra, y aquella mujer de esbelta cintura que venía a darle un beso en la frente por encima del respaldo del sillón, se decía para sí:

—¡Qué locura! ¿Cómo podría llegar hasta ella?

Acabó pareciéndole, pues, tan virtuosa e inaccesible, que le abandonaron todas sus esperanzas, hasta la más remota.

Pero le bastó esta renuncia para que Emma quedara de repente situada en condiciones extraordinarias. Se despojó, para él, de sus atributos carnales donde no cabía esperanza alguna, y fue ascendiendo más y más en su corazón hasta despegarse a la manera de una magnífica apoteosis que alza el vuelo. Era uno de esos sentimientos puros que en nada obstaculizan el disfrute de la existencia, que se fomentan porque son raros y cuya pérdida resultaría más triste que gozosa fuera su posesión.

Emma adelgazó, sus mejillas palidieron, se le alargó el rostro. Con sus crenchas negras, sus grandes ojos, su recta nariz, sus andares de pájaro, y siempre silenciosa ahora, ¿no parecía acaso pasar por la vida sin rozarla apenas, y llevar en la frente el vago estigma de alguna sublime predestinación? Se mostraba tan afligida y tan serena, tan dulce y a la vez tan reservada, que uno se sentía junto a ella invadido por un glacial hechizo, algo semejante a esa especie de escalofrío que se siente en las iglesias entre el perfume de las flores y el frío de los mármoles. Ni siquiera los demás escapaban a aquella seducción. El farmacéutico decía:

—Es una mujer de gran atractivo y en absoluto desentonaría en una subprefectura.

Las vecinas del pueblo admiraban su espíritu ahorrativo; los clientes su cortesía; los pobres su caridad.

Pero ella rebosaba concupiscencia, rabia, odio. Aquel vestido de sencillos pliegues ocultaba un corazón atormentado, y aquellos labios tan púdicos en ningún momento descubrían la tormenta que se libraba en su interior. Estaba enamorada de León y buscaba la soledad para poder deleitarse más a sus anchas evocando su imagen. La presencia del joven turbaba la voluptuosidad de aquella meditación. La sangre se le alborotaba sólo con oír sus pasos; luego, en su presencia, la emoción decaía, y poco más tarde tan sólo quedaba en ella un inmenso estupor que se tornaba tristeza.

León ignoraba que, cuando salía desesperado de casa de Emma, ella se levantaba tras él para verle ya en la calle. Se preocupaba de sus idas y venidas; espiaba la expresión de su rostro y hasta urdió toda una historia con el fin de hallar un pretexto para visitar su cuarto. La mujer del farmacéutico le parecía un ser afortunado por el simple hecho de dormir bajo su mismo techo; y sus pensamientos continuamente iban a posarse en aquella casa, al igual que las palomas del *Lion d'or* que acudían a remojar en los canalones sus patitas rosadas y sus alas blancas. Pero cuanto más conciencia tomaba Emma de su amor, más lo reprimía para que no se notara y para que disminuyese. Le hubiera gustado que León lo adivinara; e imaginaba casualidades, catástrofes que hubieran propiciado tal circunstancia. Lo que sin duda la retenía era la pereza o el miedo, y también el pudor. Pensaba que había ido demasiado lejos en su rechazo, que ya no era tiempo, que todo estaba perdido. Pero luego, el orgullo, la satisfacción de decirse a sí misma: «Soy virtuosa» y de contemplarse en el espejo con talante resignado, la consolaba en cierto modo del

sacrificio que creía estar haciendo.

Fue así como los apetitos de la carne, la codicia del dinero y las melancolías de la pasión vinieron a confundirse en un mismo sufrimiento; y en vez de desviar su imaginación de él, aún más se aferraba a su recuerdo, excitándose en el dolor y buscando cuantas ocasiones se presentaban para padecerlo. Un plato mal servido o una puerta entreabierta la exasperaban, se lamentaba de los vestidos de terciopelo que no tenía, de la dicha que le faltaba, de sus sueños demasiado elevados, de su casa demasiado exigua.

Lo que más la sacaba de quicio era que Charles no parecía advertir ni remotamente su suplicio. La convicción que él tenía de hacerla feliz la consideraba ella como un necio insulto, y su seguridad con respecto a ella, como pura ingratitud. ¿Por quién era ella, pues, honrada? ¿Acaso no era él el obstáculo a toda felicidad, la causa de toda su miseria, y como el puntiagudo hebijón de aquella compleja correa que la atenazaba por todas partes?

De este modo, Emma concentró sobre él el desbordante odio que destilaban sus hastíos, y por más que trataba de disimularlo, lo único que hacía era exacerbarlo, porque aquel esfuerzo inútil se añadía a los demás motivos de desesperanza y contribuía más aún al alejamiento. Hasta la propia apacibilidad de su carácter la incitaba a la rebelión. La mediocridad doméstica le hacía refugiarse en delirios de grandeza; la paz conyugal, en deseos adúlteros. Hubiera deseado que Charles le pegara para poderle detestar con más razón y vengarse de él. Se asombraba algunas veces de las atroces conjeturas que se le pasaban por la cabeza; y tenía que seguir sonriendo, oír cómo le repetían lo feliz que era, fingir serlo, hacerlo creer.

Semejante hipocresía le hacía sentirse, no obstante, asqueada. Le entraban tentaciones de fugarse con León a cualquier parte, muy lejos, para intentar iniciar una vida nueva; pero en seguida se abría en su alma un abismo vago, sumido en la oscuridad.

—Además, ya no me quiere —pensaba—. ¿Qué hacer? ¿Qué ayuda esperar, qué consuelo, qué alivio?

Y se quedaba destrozada, jadeante, inerte, reprimiendo sus sollozos y bañada en lágrimas.

—Pero ¿por qué no se lo dice usted al señor? —le preguntaba la criada cuando la sorprendía en una de aquellas crisis.

—Son los nervios —respondía Emma—; no le digas nada, le alamarías.

—¡Ah, sí! —insistía Félicité—, usted es exactamente igual que la Guérine, la hija del tío Guérin, el pescador de Pollet, a la que conocí en Dieppe, antes de venir a esta casa. Estaba siempre tan triste, tan triste, que cuando la veía uno de pie en el umbral de su casa, se le antojaba un paño mortuorio tendido delante de la puerta. Parece ser que su dolencia consistía en una especie de bruma que tenía en la cabeza y que ni los médicos ni el cura podían aliviar. Cuando el ataque era muy fuerte, se iba sola a orillas del mar, y allí se la encontraba a menudo, al ir a hacer la ronda, el oficial de

aduanas, tendida de bruces sobre las piedras, y llorando sin cesar. Dicen que después de casarse, todo aquello se le pasó.

—Pues a mí —replicaba Emma—, es después de casarme cuando me ha venido.

VI

Una tarde Emma estaba sentada junto a la ventana abierta^[77]. Acababa de ver a Lestiboudois, el sacristán, podando el boj, cuando de repente oyó el toque del *Ángelus*.

Era a principios de abril, cuando florecen las primulas y una tibia brisa se desliza por los arriates cultivados, y los jardines, como si fueran mujeres, parecen acicalarse para las fiestas estivales. Por entre el enrejado del cenador se percibía a lo lejos, en la pradera, el río dibujando sus vagabundas sinuosidades sobre la hierba. El vaho del atardecer ascendía por entre los desnudos álamos, difuminando sus contornos con un tono violáceo, más pálido y transparente que una gasa sutil prendida entre sus ramas. Más allá vagaban unas reses; no se oían sus pasos ni sus mugidos; y la campana, sin dejar de repicar, propagaba a los cuatro vientos su pacífico lamento.

Ante aquel tañido pertinaz, el pensamiento de la joven se extraviaba en antiguas remembranzas de su juventud y del internado. Recordó los grandes candelabros que sobresalían, en el altar, por encima de los jarrones rebosantes de flores y el tabernáculo de columnitas. Hubiera querido, como antaño, confundirse en la larga fila de velos blancos salpicados de negro, acá y allá, por las rígidas tocas de las monjas, de hinojos en sus reclinatorios. Los domingos, en misa, cuando levantaba la cabeza, vislumbraba el dulce semblante de la Virgen entre los remolinos azulados del ascendente incienso. De repente, una oleada de ternura se apoderó de ella; se sintió débil y abandonada cual plumón de ave que voltea en la tempestad; y así, sin tener conciencia de lo que hacía, se encaminó a la iglesia, dispuesta a cualquier devoción, con tal de que doblgara su alma y le permitiera olvidar por completo la existencia.

En la plaza se encontró con Lestiboudois, que volvía de la iglesia, pues para aprovechar mejor el tiempo, prefería interrumpir su tarea y reanudarla después, de manera que tocaba el *Ángelus* cuando mejor le parecía. Además, adelantando el toque, avisaba a los chiquillos la hora del catecismo.

Algunos que ya habían llegado jugaban a las bolas sobre las losas del cementerio. Otros, a horcajadas sobre la tapia, agitaban las piernas, tronchando con sus zuecos las grandes ortigas que crecían entre el angosto recinto y las últimas tumbas. Era este el

único lugar verde; el resto estaba sembrado de piedras, y un polvo muy fino lo invadía todo, a pesar de que el sacristán, de vez en cuando, lo barría.

Los niños, en escarpines, corrían por allí como por su propia casa, y se oían sus gritos a través del bordoneo de la campana, cuyo eco disminuía según las oscilaciones de la gruesa sogá, que, descendiendo de lo alto del campanario, arrastraba su punta por el suelo. Cruzaban los vencejos chillando y rasgando el aire con su tajante vuelo, y se metían raudos en sus nidos amarillos, bajo las tejas del alero. Al fondo de la iglesia ardía una lámpara, que no era sino una simple mariposa suspendida en un vaso. Vista de lejos, aquella luz parecía una mancha blancuzca que temblaba sobre el aceite. Un largo rayo de sol atravesaba toda la nave central y tornaba aún más sombríos los laterales y rincones.

—¿Dónde está el señor cura? —preguntó madame Bovary a un muchacho que se entretenía haciendo oscilar la tarabilla de la entrada en su agujero demasiado holgado.

—Está a punto de llegar —respondió.

En efecto, la puerta del presbiterio rechinó y apareció el padre Bournisien; los niños, al verle, se precipitaron, a la desbandada, en el interior de la iglesia.

—¡Esos granujas! —murmuró el eclesiástico—, ¡siempre igual!

Y recogiendo un catecismo hecho trizas que acababa de pisar:

—¡Es que no respetan nada!

Pero, en cuanto vio a madame Bovary:

—Perdone —dijo—, no la había reconocido.

Se metió el catecismo en el bolsillo y se detuvo, sin dejar de balancear entre sus dedos la gruesa llave de la sacristía.

El resplandor del sol poniente, que le daba de lleno en el rostro, hacía palidecer la tela de su sotana, reluciente en los codos y desflecada en los bajos. Sobre su amplio pecho, un rosario de manchas de grasa y tabaco jalonaban la fila de los diminutos botones, haciéndose más ostensibles a medida que se iban alejando del alzacuello, sobre el que reposaban los pliegues abundantes de su papada, salpicada de manchas amarillentas que desaparecían entre los recios pelos de su barba entrecana. Acababa de cenar y respiraba ruidosamente.

—¿Qué tal se encuentra usted? —añadió.

—Mal —repuso Emma—; no me siento nada bien.

—Bueno, tampoco yo —replicó el eclesiástico—. Estos primeros calores le aplanan a uno de una forma atroz, ¿verdad? Pero en fin, ¿qué le vamos a hacer? Hemos venido a este mundo para sufrir, como dijo San Pablo. Pero ¿qué piensa de eso monsieur Bovary?

—¡Él! —exclamó Emma con un gesto despectivo.

—No me diga —respondió el buen hombre un tanto extrañado— que no le receta a usted nada.

—¡Ah! —dijo Emma—, no son precisamente los remedios terrenos lo que yo necesito.

A todo esto, el cura, de vez en cuando, miraba hacia el interior de la iglesia, donde los chiquillos, arrodillados, se empujaban con el hombro y caían al suelo como castillos de naipes.

—Quisiera saber... —prosiguió ella.

—¡Espera, espera un poco, Riboudet! —gritó el cura con voz enfadada—. ¡Como vaya, te voy a calentar las orejas, maldito tunante!

Y volviéndose hacia Emma:

—Es el hijo de Boudet, el carpintero; sus padres son gente pudiente y le dejan hacer lo que le viene en gana. Si él quisiera, aprendería pronto, porque el chico es listo. Yo, a veces, de broma, le llamo Riboudet (como el repecho que hay que subir para llegar a Maromme), y hasta le llamo *mon Riboudet*, ya sabe, por lo de *Mont-Riboudet*, ¡Ja!, ¡ja! El otro día se lo conté a Su Ilustrísima, y se rió... se dignó reírse. ¿Y a monsieur Bovary, qué tal le va?

Emma parecía no escucharle. El cura prosiguió:

—Siempre tan ocupado, ¿verdad? Porque lo que no cabe duda es que él y yo somos las dos personas más atareadas de todo el vecindario. ¡Claro que él es médico del cuerpo, y yo de las almas! —añadió con una risotada.

Emma clavó en el sacerdote sus ojos suplicantes.

—Sí... —dijo—, usted alivia todas las miserias.

—¡Ah, no me lo recuerde, no me lo recuerde, madame Bovary! Esta mañana, sin ir más lejos, tuve que ir a Bas-Diauville para ver una vaca que tenía la hinchazón. ¡Creían que era mal de ojo! Y es que todas las vacas de por allí, no sé por qué... Pero, perdone un momento. ¡Longuemarre y Boudet! ¿Queréis estaros quietos de una vez por todas, demonios?

Y de un salto, se plantó en la iglesia.

Los chiquillos, en aquel momento, se arracimaban en torno al gran atril, se encaramaban sobre el taburete del chantre, abrían el misal, y otros, de puntillas, llevaban su osadía al extremo de meterse en el confesionario. Pero el cura cayó de pronto sobre ellos y empezó a repartir bofetones a diestro y siniestro. Agarrándolos por el cuello de la chaqueta, los levantaba en vilo y los volvía a poner de rodillas sobre las losas del coro, con fuerza, como si hubiera querido incrustarlos allí.

—Pues sí, señora —dijo, volviendo junto a Emma y desplegando su gran pañuelo de indiana, una de cuyas puntas sujetaba entre los dientes—, los labradores son gente digna de lástima.

—Hay otros que también lo son —repuso Emma.

—¡Desde luego!, los obreros de las ciudades, por ejemplo.

—No me refería precisamente a ellos...

—¡Perdone usted!, he conocido allí a pobres madres de familia, mujeres virtuosas, se lo aseguro, auténticas santas, que carecían hasta de pan.

—Pero ¿y las que —replicó Emma (y las comisuras de los labios se le estremecían al hablar)— y las que tienen pan, señor cura, y en cambio carecen?...

—¿De leña para calentarse en invierno? —dijo el cura.

—¡Bah!, ¿qué importa eso?

—¿Cómo que qué importa? Me parece a mí que cuando uno está bien caliente, bien alimentado..., pues, en fin...

—¡Señor, Señor! —suspiraba Emma.

—¿Se encuentra mal? —dijo el cura, acercándose a ella con aire preocupado—. Debe de ser cosa de la digestión. Lo mejor será que regrese usted a casa, madame Bovary, y que se tome una taza de té; eso la reconfortará; o bien un vaso de agua fresca con azúcar terciado.

—¿Por qué?

Y lo miraba como quien se despierta de un sueño.

—Como vi que se pasaba la mano por la frente, pensé que estaba sufriendo un mareo.

Y luego, cambiando de tema:

—Pero me preguntaba usted algo, ¿de qué se trataba? Ya no me acuerdo.

—¿Yo? Ah, no, de nada, de nada de particular... —repitió Emma.

Y su mirada, que vagaba sin rumbo en torno a ella, se posó lentamente sobre el anciano con sotana. Ambos se observaban mutuamente, cara a cara, sin mediar palabra.

—En ese caso, madame Bovary —dijo él por fin—, discúlpeme. El deber, como sabe, es lo primero, y yo tengo que atender a esos granujillas. Las primeras comuniones están al caer. Nos cogerán una vez más de improviso, me lo estoy temiendo. Por eso, a partir de la Ascensión, los tengo aquí, puntuales, una hora más todos los miércoles. ¡Pobres niños! Nunca es demasiado pronto para empezar a encauzarlos por la vía del Señor, tal y como Él mismo nos lo recomendara por boca de su divino Hijo... Que usted lo pase bien, señora; salude de mi parte a su esposo.

Y entró en la iglesia, haciendo antes, en el mismo umbral, una genuflexión.

Emma lo vio desaparecer entre la doble hilera de bancos, con tardo andar, la cabeza un tanto ladeada hacia el hombro y entreabiertas ambas manos, separadas un poco del cuerpo.

Entonces Emma giró sobre sus talones, rígida como una estatua sobre su soporte, y se encaminó hacia su casa. Se alejaba y, sin embargo, la voz ronca del cura y las otras más agudas de los chiquillos seguían llegando a sus oídos:

—¿Sois cristianos?

—Sí, por la gracia de Dios.

—¿Quién es cristiano?

—Aquel que habiendo sido bautizado... bautizado... bautizado...

Emma subió los peldaños de la escalera agarrándose a la barandilla y, ya en su cuarto, se desplomó en su butaca.

La claridad blanquecina de los cristales se debilitaba poco a poco entre imperceptibles ondulaciones. Los muebles, en su sitio, parecían más inmóviles y

extraviados en la sombra como en un mar tenebroso. La chimenea estaba apagada; el péndulo proseguía infatigable su tictac, y Emma sentía una especie de pasmo en medio de aquella quietud de las cosas de su entorno, que contrastaba con su turbación interior. Pero, de pronto, entre la ventana y la mesa de costura, surgió la pequeña Berthe, avanzando torpemente sobre sus botitas de croché e intentando acercarse a su madre para coger por una punta las cintas de su delantal.

—¡Déjame! —le dijo, apartándola con la mano.

La niña no tardó en acercársele de nuevo a las rodillas, y apoyando en ellas los brazos, levantaba hacia su madre sus grandes ojos azules, mientras un hilillo de baba manaba de sus labios y caía sobre su delantal de seda.

—¡Déjame! —replicó Emma muy irritada.

Su rostro asustó tanto a la niña, que se puso a llorar.

—¡Déjame en paz de una vez! —exclamó, empujándola con el codo.

Berthe fue a caer al pie de la cómoda, contra el tirador de cobre, y se hizo un corte en la mejilla que empezó a sangrar. Madame Bovary se apresuró a levantarla, rompió el cordón de la campanilla, llamó a la criada con todas sus fuerzas, y estaba a punto de empezar a maldecirse cuando apareció Charles. Era la hora de la cena y él acababa de llegar a casa.

—Mira, querido —le dijo Emma con voz tranquila—; la pequeña, jugando, se ha lastimado en el suelo.

Charles la tranquilizó diciéndole que no era nada grave, y salió en busca de diaquilón^[78].

Madame Bovary no bajó a cenar; prefirió quedarse sola al cuidado de la niña. Entonces, contemplándola mientras dormía, la inquietud que aún le quedaba fue poco a poco disipándose y hasta le pareció que había sido un poco tonta y demasiado buena por haberse alarmado por tan poca cosa. Berthe, en efecto, había dejado de gemir. Ahora su respiración levantaba imperceptiblemente la colcha de algodón. Gruesas lágrimas permanecían fijas en los bordes de sus párpados medio entornados, y a través de las pestañas se percibían sus claras pupilas, hundidas; el esparadrapo que le habían puesto en la mejilla atirantaba oblicuamente su tensa piel.

—¡Parece mentira —pensaba Emma— que esta niña sea tan fea!

Cuando Charles, a las once de la noche, volvió de la farmacia (adonde había ido después de la cena a devolver lo que sobró del diaquilón), encontró a su mujer de pie junto a la cuna.

—Pero, mujer, ya te he asegurado que no es nada —le dijo, besándola en la frente—; no te atormentes, querida, o acabarás por ponerte enferma.

Charles había permanecido bastante rato en casa del boticario. Aun cuando no se le viese demasiado afectado, monsieur Homais se había esforzado en darle ánimos, en «levantarle la moral». Hablaron entonces de los diversos peligros que amenazaban a la infancia y de la torpeza de las criadas. De eso podía hablar madame Homais, que aún conservaba en el pecho las huellas de un brasero que cierta cocinera le dejó caer

hacía muchos años sobre la blusa. De ahí que aquellos padres juzgaran que todas las precauciones eran pocas. Nunca afilaban los cuchillos ni enceraban los suelos. Tenían rejas de hierro en las ventanas y gruesas barras en los marcos. Los pequeños Homais, a pesar de su independencia, no podían moverse sin llevar detrás a alguien que los vigilara. Al menor catarro, su padre los atiborraba de jarabes, y hasta pasados los cuatro años llevaban todos implacablemente chichoneras acolchadas. Esto último era, a decir verdad, una manía de madame Homais que afligía en su fuero interno a su marido, pues tenía miedo de que los órganos del intelecto se vieran afectados por semejante opresión; de ahí que algunas veces, sin poder aguantar más, llegara a decirle:

—¿Pretendes acaso convertirlos en caribes o botocudos^[79]?

Charles, a todo esto, había intentado varias veces interrumpir la conversación.

—Tengo que hablar con usted —le susurró al oído al pasante, que había echado a andar delante de él por la escalera.

«¿Sospechará algo?», se preguntaba Léon. El corazón le latía apresuradamente y se deshacía en todo tipo de conjeturas.

Por fin Charles, una vez cerrada la puerta, le rogó que preguntara en Rouen cuánto podría costar un buen daguerrotipo^[80]; se trataba de una sorpresa que quería darle a su mujer, un cariñoso detalle, su retrato con levita negra. Pero antes quería saber a qué atenerse; aquellas diligencias no debían suponer ninguna molestia para monsieur Léon, ya que éste solía ir casi todas las semanas a la ciudad.

¿Con qué fin? Homais sospechaba que detrás de todo aquello debía haber alguna historia de faldas. Pero se equivocaba; Léon no tenía ningún amorío. Se sentía más triste que nunca, y madame Lefrançois era quien mejor se daba cuenta de ello debido a la cantidad de comida que ahora se dejaba en el plato. Interrogó al recaudador tratando de sonsacarle algo, pero éste le replicó en tono insolente que a él no le pagaba la policía.

Su compañero, sin embargo, le parecía un individuo bastante raro, ya que, a menudo, Léon se repantigaba en la silla y abriendo los brazos, comenzaba a quejarse vagamente de la existencia.

—Lo que a usted le pasa es que no se distrae lo suficiente —le decía el recaudador.

—¿Y cómo?

—Yo, en su lugar, me compraría un torno, por ejemplo.

—¿Y para qué si yo no sé tornear? —replicaba el pasante.

—Sí, claro, es verdad —decía el otro, acariciándose la mandíbula con un aire de desdén no exento de satisfacción.

Léon estaba harto de amar sin recoger fruto alguno; además, empezaba a sentir ese agobio que produce la rutina cotidiana cuando no la rige ningún interés ni la sostiene ninguna esperanza. Estaba tan hastiado de Yonville y de sus gentes, que la simple presencia de ciertas personas, o la contemplación de ciertas casas, le irritaba

hasta ponerle fuera de sí; el mismo farmacéutico, con todo lo buen hombre que era, le iba resultando totalmente insoportable. Sin embargo, la perspectiva de una situación nueva le asustaba tanto como le seducía.

Esta aprensión no tardó en convertirse en impaciencia, y la imagen de París empezó entonces a desplegar ante él, en la lejanía, la fanfarria de sus bailes carnavalescos y la risa de sus modistillas. Puesto que tenía que terminar allí sus estudios de Derecho, ¿por qué no se iba ya? ¿Quién se lo impedía? Y empezó a hacer mentalmente toda clase de preparativos: dispuso de antemano sus ocupaciones. Se amuebló en su imaginación un apartamento. ¡Allí llevaría una vida de artista! ¡Tomaría lecciones de guitarra! ¡Se compraría un batín, una boina vasca y zapatillas de terciopelo azul! Y hasta admiraba ya sobre la chimenea dos floretes en aspa con una calavera y la guitarra encima.

El mayor inconveniente estribaba en conseguir el consentimiento de su madre; sin embargo, la idea no era en modo alguno descabellada. Su mismo jefe le incitaba a buscar otro bufete donde pudiera abrirse nuevas perspectivas. Adoptando, no obstante, una decisión intermedia, Léon inició unas pesquisas con miras a hallar un empleo de segundo oficial de notarías en Rouen, pero como no lo encontró, finalmente optó por escribir una larga carta detallada a su madre, en la que le exponía las razones que le inducían a irse a vivir lo más pronto posible a París. La madre accedió a su petición.

Pero él no se dio ninguna prisa. Durante todo un mes, Hivert transportó para el joven a diario, de Yonville a Rouen y de Rouen a Yonville, una serie de baúles, maletas y paquetes; y, una vez que Léon hubo renovado su guardarropa, tapizado sus tres butacas, adquirido un surtido de pañuelos para el cuello, y tomado, en una palabra, más disposiciones que si se hubiera dispuesto a hacer un viaje alrededor del mundo, fue demorando de semana en semana el momento de su partida, hasta que recibió una segunda carta de su madre en la que le conminaba a marchar si de veras deseaba pasar sus exámenes antes de las vacaciones.

Cuando llegó el momento de las despedidas, madame Homais lloró; Justin sollozaba; Homais, como hombre entero que era, disimuló su emoción y se empeñó en llevar él mismo el abrigo de su amigo hasta la verja del notario, pues era éste quien se iba a encargar de acompañar personalmente a Léon en su coche a Rouen. Al pasante le quedaba el tiempo justo para despedirse de madame Bovary.

Llegado a lo alto de la escalera, le faltaba tanto el aliento que tuvo que detenerse. Al verle entrar, madame Bovary se levantó con presteza.

—¡Aquí me tiene otra vez! —dijo Léon.

—¡Estaba segura!

Emma se mordió los labios, y una oleada de sangre fluyó bajo su piel, sonrosándose al instante desde la raíz de los cabellos hasta el borde de su cuello de encaje. Permanecía de pie, apoyada de espaldas contra el zócalo de madera.

—¿No está monsieur Bovary? —preguntó.

—Está ausente.

Y repitió:

—Está ausente.

Hubo entonces un silencio. Se miraron; y sus pensamientos, confundidos en idéntica angustia, se estrechaban íntimamente, como dos pechos palpitanes.

—Me gustaría darle un beso a Berthe —insinuó Léon.

Emma bajó unos cuantos escalones y llamó a Félicité.

Léon echó apresuradamente en torno a sí una amplia ojeada que abarcó las paredes, los estantes, la chimenea, como pretendiendo retenerlo todo, llevárselo todo consigo.

Pero ella volvió a entrar, y la criada trajo a Berthe, que, con la cabeza baja, sacudía un molinillo de viento atado a un cordón.

Léon la besó varias veces en el cuello.

—¡Adiós, criaturita! ¡Adiós chiquitina, adiós!

Y se la devolvió a su madre.

—Llévesela —dijo ésta a la criada.

Y se quedaron de nuevo solos.

Madame Bovary, de espaldas, apoyaba el rostro contra uno de los cristales de la ventana; Léon tenía la gorra en la mano y se golpeaba suavemente el muslo con ella.

—Amenaza lluvia —dijo Emma.

—Llevo un abrigo —respondió él.

—¡Ah!

Emma se volvió, con la barbilla inclinada y adelantando la frente, sobre la que se reflejaba la luz, como sobre un mármol, hasta el arco de las cejas, sin que en ningún momento se pudiera apreciar lo que miraba en el horizonte ni lo que ocultaba en el fondo de sí misma.

—Bueno, adiós —suspiró Léon.

Emma irguió la cabeza bruscamente:

—Sí, adiós... ¡Váyase!

Avanzaron el uno hacia el otro; tendió él la mano, vaciló ella.

—Bueno, de acuerdo, despedámonos a la inglesa^[81] —dijo Emma abandonando la suya y esforzándose por sonreír.

Al sentirla Léon entre sus dedos, le pareció que la sustancia misma de todo su ser se concentraba en aquella palma húmeda.

Después abrió la mano y sus ojos volvieron a encontrarse. Léon, por fin, desapareció.

Cuando llegó a la altura del mercado, se detuvo un instante y se ocultó detrás de un pilar para contemplar por última vez aquella casa blanca con sus cuatro celosías verdes. Se le antojó percibir una sombra en la alcoba, detrás de la ventana; pero la cortina, desprendiéndose del alzapuño como por ensalmo, desplegó lentamente sus largos pliegues oblicuos, y cayendo de pronto sobre el cristal, se quedó allí, rígida e

inmóvil, como una pared de yeso. Léon echó a correr.

Divisó a lo lejos, en la carretera, el cabriolé de su jefe, y al lado, un hombre con delantal que sujetaba al caballo de la brida. Homais y monsieur Guillaumin charlaban. Le estaban esperando.

—¡Venga un abrazo! —dijo el farmacéutico con lágrimas en los ojos—. Tome su abrigo, amigo mío, y tenga cuidado de no coger frío. ¡Cuídese!

—¡Vamos, Léon, al coche! —dijo el notario.

Homais se inclinó sobre el guardabarros, y con una voz entrecortada por los sollozos, dejó escapar estas dos tristes palabras:

—¡Buen viaje!

—¡Buenas tardes! —contestó monsieur Guillaumin—. ¡Hágase a un lado!

Arrancó el coche y Homais regresó a casa.

Madame Bovary había abierto la ventana que daba al jardín y miraba pasar las nubes.

Se amontonaban hacia poniente, del lado de Rouen, y deslizaban con rapidez sus volutas negras, por detrás de las cuales sobresalían los prolongados rayos del sol como doradas flechas de un trofeo suspendido, mientras que el resto del firmamento resplandecía con una blancura de porcelana. Pero de pronto una ráfaga de viento hizo doblegarse a los álamos, y de inmediato rompió a llover; las gotas repiqueteaban sobre las hojas verdes. Poco después volvió a salir el sol y las gallinas empezaron a cacarear; los gorriones se sacudían las alas en los empapados matorrales, y los arroyuelos de lluvia que se habían formado en la arena arrastraban en su desliz las sonrosadas flores de una acacia.

—¡Ay, qué lejos debe de estar ya! —pensó Emma.

Monsieur Homais, como era costumbre en él, se presentó a las seis y media, cuando estaban cenando.

—Bueno —dijo sentándose—, ya tenemos a nuestro joven camino de París.

—Eso parece —respondió el médico.

Y luego, volviéndose hacia el farmacéutico:

—¿Y qué hay de nuevo por su casa?

—Poca cosa. Tan sólo mi mujer, que ha estado esta tarde un tanto alterada. Ya sabe usted, a las mujeres cualquier cosa las trastorna, sobre todo a la mía. Y haríamos mal si pretendiéramos evitarlo, ya que su sistema nervioso es mucho más impresionable que el nuestro.

—¡Ese pobre Léon! —decía Charles—, ¿cómo se las va a arreglar para vivir en París?... ¿Se acostumbrará a semejante vida?

Madame Bovary suspiró.

—¡Ya lo creo! —dijo el farmacéutico chascando la lengua—. Sus buenas comidas en el restaurante, sus bailes de máscaras, su champán. Ya verán cuando empiece a probarlo.

—No creo que se eche a perder —objetó Bovary.

—¡Ni yo! —replicó vivamente monsieur Homais—. Pero tendrá no obstante que dejarse llevar por los demás si no quiere que lo tomen por jesuita; y no se puede usted imaginar la vida que llevan esos juerguistas en el Barrio Latino con las actrices. Por lo demás, los estudiantes se encuentran en París como en su propia casa. Basta que tengan ciertas dotes de simpatía para que se les abran las puertas de las mejores casas, y hasta hay damas del Faubourg SaintGermain que se enamoran de ellos; de ahí que, de vez en cuando, se les presente la ocasión de hacer muy buenos casamientos.

—Sin embargo —dijo el médico—, me temo que él... allí...

—Tiene usted razón —interrumpió el boticario—, pero eso es el reverso de la medalla, porque en París uno no tiene más remedio que pasarse todo el día con la mano puesta sobre la cartera. Está usted tan tranquilo en un parque público, pongamos por caso, y de pronto se presenta ante usted un individuo de buena presencia, condecorado incluso, a quien se tomaría fácilmente por un diplomático; le aborda, se ponen a charlar; él se le insinúa, le ofrece un poco de rapé o le recoge el sombrero. Luego se va estrechando la amistad; le lleva con él al café, le invita a su casa de campo, le presenta, entre copa y copa, a toda clase de personas, y, las tres cuartas partes de las veces, todo eso no es más que un pretexto para sonsacarle la bolsa o para arrastrarle por malos derroteros.

—Es cierto —repuso Charles—; pero yo me refería, sobre todo, a las enfermedades, a la fiebre tifoidea, por ejemplo, que suele atacar a los estudiantes de provincia.

Emma se estremeció.

—Eso se debe al cambio de régimen de vida —continuó el farmacéutico— y al trastorno que ello origina dentro de la economía general. Añádase a esto el agua de París o las comidas de los restaurantes, todos esos platos tan condimentados acaban por recalentarle a uno la sangre y no valen, por mucho que se diga, lo que un buen cocido. Por lo que a mí respecta, siempre he preferido la cocina casera: es más sana. Por eso, cuando estudiaba la carrera en Rouen, estuve interno en un pensionado y comía con los profesores.

Y siguió exponiendo sus opiniones generales y sus preferencias personales, hasta el momento en que Justin vino a buscarle porque tenía que ir a preparar una receta.

—¡Ni un instante de respiro! —exclamó—. ¡Siempre al pie del cañón! ¡No puedo salir ni un momento! ¡Toda la vida sudando tinta como un caballo de labor! ¡Qué suplicio!

Y luego, ya en el umbral añadió:

—Por cierto, ¿no saben ustedes la noticia?

—¿Qué noticia?

—Que es muy probable —replicó Homais arqueando las cejas y adoptando una expresión la mar de seria— que los comicios agrícolas del Sena Inferior se celebren este año en Yonville-l'Abbaye. Ése es al menos el rumor que corre. Esta mañana el periódico aludía al asunto de pasada. Sería algo importantísimo para nuestro distrito.

Pero ya tendremos ocasión de hablar de ello más tarde. No se molesten, veo bien. Justin lleva un farol.

VII

El día siguiente fue de luto para Emma. Todo le parecía envuelto en una atmósfera negra que flotaba confusamente sobre la superficie de las cosas, y la tristeza penetraba en su alma con suave quejido, como el viento de invierno en los castillos abandonados. Era esa especie de ensueño que se forja en la mente sobre aquello que ya no ha de volver, la lasitud que se apodera de nosotros después de cada hecho consumado, ese dolor, en fin, que conlleva la brusca interrupción de todo movimiento habitual, el cese súbito de una vibración prolongada.

Como le sucediera al regreso de la Vaubyessard, cuando las contradanzas seguían dando vueltas dentro de su cabeza, era ahora presa de una lúgubre melancolía, de una sorda desesperanza. Un León más alto, más guapo, más delicado, más impreciso, se le volvía a aparecer, y aun cuando se hubiera separado de ella, no la había abandonado, seguía allí, y las paredes de la casa parecían conservar su nombre. Emma no podía apartar sus ojos de aquella alfombra que él había pisado, de aquellos sillones vacíos en los que él se había sentado. El río seguía fluyendo y arrastraba lentamente sus leves ondas a lo largo de la ribera escurridiza. ¡Cuántas veces se habían paseado por allí, arrullados por aquel mismo murmullo de las aguas, pisando aquellos guijarros cubiertos de musgo! ¡Qué buenos días de sol habían tenido! ¡Qué tardes tan espléndidas habían pasado los dos solos, a la sombra, allá en el fondo del jardín! Leía él en voz alta, descubierta la cabeza, sentado en un taburete de troncos rústicos; la brisa fresca de los prados hacía temblar las páginas del libro y las capuchinas del cenador... Se había ido, sí, el único encanto de su vida, la única esperanza de felicidad. ¿Por qué no se había atrevido a apoderarse de aquella dicha cuando aún estaba a su alcance? ¿Por qué no la retuvo con ambas manos, con ambas rodillas, cuando pretendía escaparse? Y se maldijo por no haber amado a León; tuvo sed de sus labios. Sintió deseos de correr en su busca, de arrojarse a sus brazos, de decirle: «¡Aquí estoy, soy tuya!». Pero las dificultades de la empresa la refrenaban de antemano, y sus deseos, exacerbados por la añoranza, se tornaban aún más vivos.

Desde entonces, el recuerdo de León fue como el centro de su hastío, y allí chisporroteaba con más viveza aún que un fuego de viajeros abandonado sobre la nieve, en medio de las estepas rusas. Emma se abalanzaba sobre él, se acurrucaba

junto a él, removía delicadamente el rescoldo a punto de extinguirse, buscaba en torno a ella cuanto pudiera avivarlo más, y las reminiscencias más lejanas, así como las más inmediatas ocasiones, lo que ella sentía junto con lo que imaginaba, sus ansias dispersas de voluptuosidad, sus proyectos de dicha que crujían al viento como ramas secas, su estéril virtud, sus esperanzas fallidas, la yacija doméstica, todo lo recogía, todo lo amontonaba, todo le servía para caldear su tristeza.

Sin embargo, las llamas acabaron por apaciguarse, ya fuera porque la provisión por sí misma se agotase o por exceso de acumulación. El amor, poco a poco, se extinguió con la ausencia; el pesar se asfixió bajo la pátina de la rutina; y aquel resplandor de incendio que teñía de púrpura su desvaído cielo fue cubriéndose de sombras hasta esfumarse gradualmente. En el adormecimiento de su conciencia, Emma llegó a confundir la aversión hacia el marido con las aspiraciones hacia el amante, las quemaduras del odio con el calor de la ternura; pero como el huracán seguía soplando, la pasión se consumió hasta las últimas cenizas y no llegó socorro alguno ni apareció ningún sol, se hizo por doquier noche cerrada, y Emma quedó perdida en un frío horrible que la traspasaba.

Entonces empezaron de nuevo los aciagos días de Tostes. Se consideraba ahora mucho más desgraciada, porque a la experiencia del sufrimiento se unía la certidumbre de que éste no acabaría nunca.

Una mujer que tan grandes sacrificios se había impuesto, bien podía permitirse ciertos caprichos. Se compró un reclinatorio gótico, y se gastó en un mes hasta catorce francos en limones para abrillantarse las uñas; escribió a Rouen encargando un vestido de cachemira azul; escogió en la tienda de Lheureux uno de los chales más bonitos; se lo ceñía al talle, por encima de la bata, cerraba los postigos y, ataviada de ese modo, permanecía tendida en su sofá con un libro en la mano. A menudo cambiaba de peinado; unas veces se peinaba a la usanza china, otras con tirabuzones, otras con trenzas; incluso llegó a hacerse la raya al lado y a recogerse el pelo por detrás, como si fuera un hombre.

Le dio por aprender italiano: adquirió diccionarios, una gramática, una buena provisión de papel. Intentó aficionarse a las lecturas serias, especialmente a la historia y a la filosofía. Por la noche, algunas veces, Charles se despertaba sobresaltado, creyendo que venían a buscarle para que asistiera a un enfermo:

—Ya voy —balbucía.

Y resultaba que era el ruido de una cerilla que Emma estaba frotando para encender la lámpara. Pero con las lecturas le ocurría lo mismo que con sus labores, que, apenas comenzadas, iban a parar al armario; las tomaba, las dejaba y aprendía otras nuevas.

Le daban arrebatos bajo cuyo influjo hubiera sido fácil empujarla a cometer cualquier extravagancia. Sostuvo un día, contra su marido, que era capaz de beberse la mitad de un vaso de aguardiente, y como él cometiera la torpeza de desafiarla, se lo tragó hasta la última gota.

A pesar de sus aires estafalarios (tal era el calificativo empleado por las señoras de Yonville), Emma no parecía, sin embargo, contenta, y, por lo general, conservaba en las comisuras de los labios ese rictus de amargura que suele fruncir el rostro de las solteras y el de los ambiciosos fracasados. Estaba pálida como la cera; la piel de la nariz se le atirantaba a la altura de las aletas y sus ojos miraban de una manera vaga. Le bastó descubrirse un día tres canas en las sienes para empezar a pensar en la vejez.

Sufría frecuentes desfallecimientos. Un día incluso escupió sangre, y como Charles se alarmara dejando ver su preocupación:

—¡Bah! —exclamó ella—. ¡Qué más da!

Charles corrió a refugiarse en su despacho, y allí, con los codos en la mesa, sentado en un sillón, bajo la cabeza frenológica, lloró amargamente.

Escribió entonces a su madre rogándole que viniera, y una vez juntos mantuvieron a solas largas conversaciones acerca de Emma.

¿Qué partido tomar? ¿Qué podían hacer, puesto que ella rechazaba todo tratamiento?

—¿Sabes lo que le iría bien a tu mujer? —insistía la madre—. Tener obligaciones que la absorbieran, trabajos manuales. Si se viera obligada, como tantas otras, a ganarse el pan, no sufriría esos trastornos que de lo que le vienen es de ese montón de ideas que se mete en la cabeza y de la ociosidad en que vive.

—Sin embargo, hace bastantes cosas —decía Charles.

—¡Ah, cosas, cosas! ¿Qué es lo que hace? Leer novelas, libros perniciosos, obras que van contra la religión y en las que se ridiculiza a los curas con discursos sacados de Voltaire. Pero todo esto siempre acarrea funestas consecuencias, hijo mío, porque todo el que carece de religión acaba siempre mal.

Tomaron, por consiguiente, la resolución de impedir que Emma leyera novelas. La empresa no parecía nada fácil. La buena señora se encargó de ello: a su paso por Rouen, iría personalmente al establecimiento donde Emma alquilaba los libros y la daría de baja como abonada. ¿No estarían, en todo caso, en su derecho de dar parte a la policía en caso de que el librero persistiera, a pesar de todo, en su oficio de envenenador?

Suegra y nuera se despidieron secamente. Durante las tres semanas que habían vivido juntas apenas habían intercambiado cuatro palabras, fuera de las fórmulas habituales y los cumplidos de rigor cuando se hallaban a la mesa, y por la noche antes de irse a la cama.

Madame Bovary madre se marchó un miércoles, día de mercado en Yonville.

Desde por la mañana temprano, la plaza estaba abarrotada de carros que, apoyados en la parte trasera y con los varaes en alto, se alineaban a lo largo de las casas, desde la iglesia hasta la fonda. Al otro lado había barracas de lona donde se vendían artículos de algodón, mantas y medias de lana, además de ronzaes para los caballos y paquetes de cintas azules cuyas puntas revoloteaban al viento. Desparramada por el suelo podía verse toda clase de quincallería barata, entre las

pirámides de huevos y las banastillas de quesos, de las que emergían pajas viscosas; junto a las trilladoras se percibía el trajín de las gallinas que cacareaban dentro de sus jaulas planas sacando sus pescuezos por entre los barrotes. La muchedumbre, aglomerada en el mismo sitio sin moverse, amenazaba con hacer saltar el escaparate de la farmacia. Los miércoles ésta siempre se hallaba atestada de gente que acudía, más que a comprar medicamentos, a consultar con monsieur Homais, cuya reputación era notoria en los pueblos circundantes. Su sólido aplomo tenía fascinados a los aldeanos, que le consideraban como el más grande de todos los médicos.

Emma estaba asomada a la ventana (algo que solía hacer a menudo: la ventana, en provincias, reemplaza a los teatros y al paseo), y se entretenía en observar aquel barullo de patanes, cuando de pronto divisó a un caballero que vestía una levita de terciopelo verde. Llevaba guantes amarillos, aunque ciñera rústicas polainas. Se dirigía hacia la casa del médico, seguido de un campesino que caminaba cabizbajo y con aire preocupado.

—¿Puedo ver al señor? —preguntó a Justin, que estaba de charla con Félicité en la puerta.

Y tomándole por el criado de la casa, añadió:

—Dígale que monsieur Rodolphe Boulanger, de La Huchette, desea verle.

No era por vanidad de terrateniente por lo que el recién llegado había añadido aquel segundo nombre al patronímico, sino para darse a conocer mejor. La Huchette, efectivamente, era una finca situada en las cercanías de Yonville, cuya mansión acababa de adquirir, junto con dos granjas de las que él mismo se ocupaba, aunque sin tomárselo demasiado a pecho. Era soltero y decían que contaba con una renta de al menos quince mil libras.

Charles entró en la sala. Monsieur Boulanger le presentó a su acompañante, que deseaba que le practicaran una sangría porque sentía un intenso hormigueo por todo el cuerpo.

—Eso me purificará la sangre —objetaba a todos los razonamientos que le hacían.

Bovary mandó, pues, que le trajeran vendas y una palangana, y rogó a Justin que se la sostuviera. Luego, dirigiéndose al aldeano, que estaba ya lívido, le dijo:

—Vamos, hombre, no tenga usted miedo.

—No, no —contestó el otro—, adelante, no se preocupe.

Y tendió su robusto brazo con aire fanfarrón. Al aplicarle la lanceta, la sangre brotó impetuosa y salpicó el espejo.

—¡Acerca la palangana! —exclamó Charles.

—¡Miren, miren! —decía el campesino—. ¡Si parece un surtidor! ¡Lo colorada que tengo la sangre! Debe ser buena señal, ¿verdad?

—A veces —comentó el médico— no se nota nada al principio, pero luego sobreviene el síncope, especialmente en los individuos de fuerte contextura como éste.

Al oír aquellas palabras, el campesino soltó el estuche que hacía girar entre sus dedos. Una sacudida de sus hombros hizo crujir el respaldo de la silla. El sombrero se le cayó al suelo.

—Me lo temía —dijo Bovary, comprimiendo la vena con el dedo.

La palangana empezó a temblar en las manos de Justin; le flaqueaban las rodillas y se había puesto pálido.

—¡Mi mujer! ¡Que venga mi mujer! —gritó Charles.

Emma bajó la escalera de un salto.

—¡Vinagre! —gritó de nuevo el médico—. ¡Dios santo, dos a la vez!

Y, con el susto, no acertaba a aplicar la compresa.

—Pero, hombre, si no es nada —decía muy tranquilo monsieur Boulanger, mientras sostenía a Justin entre sus brazos.

Y le sentó en la mesa, con la espalda apoyada en la pared.

Madame Bovary empezó a aflojarle la corbata. Se le había hecho un nudo en los cordones de la camisa y permaneció un buen rato moviendo sus ligeros dedos por entre el cuello del muchacho; luego vertió un poco de vinagre en su pañuelo de batista y le fue humedeciendo las sienes a golpecitos y soplándole encima delicadamente.

El carretero volvió en sí, pero Justin seguía desmayado, y sus pupilas desaparecían en su pálida esclerótica como flores azules en leche.

—Convendría esconder eso para que no lo viera —dijo Charles.

Madame Bovary cogió la palangana para ponerla debajo de la mesa. Al inclinarse, su vestido (era un vestido amarillo, veraniego, con cuatro volantes, bajo de talle y ancho de vuelo) se ahuecó en torno a ella sobre las baldosas de la sala; y como así, agachada, vacilaba un poco al separar los brazos, el abombamiento de la tela fluctuaba a intervalos, a tenor de las inflexiones del corpiño. Después fue a buscar una jarra de agua, y cuando disolvía en ella unos terrones de azúcar llegó el farmacéutico. La criada había ido a avisarle durante la algarada. Al ver a su aprendiz con los ojos abiertos, se tranquilizó. Luego empezó a dar vueltas alrededor de él, mirándole de arriba abajo.

—¡Tonto! —le decía—, ¡más que tonto! ¡No tienes remedio! ¡Y todo por una vulgar flebotomía! ¡Y que esto le suceda a un mocetón que no le tiene miedo a nada, una especie de ardilla, ahí donde le ven ustedes, capaz de encaramarse a coger nueces a unas alturas vertiginosas! ¡Sí, sí, habla, presume! ¡Menudas dotes para ejercer más adelante la farmacia! Piensa que, antes o después, te verás en momentos de apuro y que incluso tendrás que comparecer ante los tribunales para alumbrar con tu testimonio la conciencia de los jueces. Allí no hay más remedio que conservar la sangre fría, razonar, conducirse como un hombre, si no quieres que te tomen por un imbécil.

Justin no respondía. El boticario continuaba:

—Y además, ¿quién te mandó venir? Te pasas el día importunando a estos

señores. Para colmo, sabes bien que los miércoles, tu presencia me resulta indispensable. Ahora mismo hay por lo menos veinte personas en la tienda, y allí se han quedado esperando por lo mucho que me preocupas. ¡Vamos, márchate, corre, espérame allí y vigila los tarros!

Después de que Justin se arreglara la vestimenta y saliera hacia la farmacia, hablaron un rato de los desvanecimientos. Madame Bovary nunca había tenido ninguno.

—¡Eso es algo extraordinario en una señora! —dijo monsieur Boulanger—. La verdad es que hay personas muy sensibles. Una vez vi desmayarse a un testigo en un duelo por el simple hecho de oír cargar las pistolas.

—A mí —dijo el boticario—, ver la sangre de los demás no me produce impresión alguna; pero sólo de imaginarme que la mía corre me haría desfallecer si pensara mucho en ello.

Monsieur Boulanger, mientras tanto, despidió a su criado, aconsejándole que se fuera tranquilo, puesto que ya había satisfecho su capricho.

—Gracias a eso, me ha cabido el honor de conocerles a ustedes —añadió.

Y al decir esta frase miraba a Emma.

Acto seguido dejó tres francos en una esquina de la mesa, saludó sin excesivas efusiones y se marchó.

Al cabo de un rato ya se hallaba al otro lado del río (aquel era su camino para volver a La Huchette); y Emma le vio avanzar por la pradera, bajo los álamos, aminorando el paso de vez en cuando, como alguien que medita.

«¡Qué guapa es! —se decía—. ¡Qué guapa la mujer del médico! Hermosos dientes, ojos negros, primoroso pie, y el porte de una parisina. ¿De dónde diablos habrá salido? ¿Dónde la habrá encontrado ese patán?».

Rodolphe Boulanger tenía treinta y cuatro años; era de temperamento impetuoso y de inteligencia perspicaz; estaba acostumbrado a tratar con mujeres y las conocía a la perfección. Aquélla le había parecido hermosa, de ahí que pensara en ella y en su marido.

«No me parece que tenga muchas luces. Ella seguramente debe de estar harta de él, con esas uñas tan sucias que lleva y la barba de tres días. Mientras él anda por ahí trotando de enfermo en enfermo, ella se quedará en casa zurciendo calcetines. ¡Y se aburre, claro! Le gustaría vivir en una ciudad grande, bailar toda la noche la polka. ¡Pobre mujercita! Abre la boca pidiendo amor como una carpa pidiendo agua sobre la mesa de cocina. Con tres frasecitas galantes, caería rendida a mis pies, de eso no cabe la menor duda. ¡Sería un idilio tierno, encantador!... Sí, pero ¿cómo librarse de ella después?».

Aquel cúmulo de obstáculos que había que superar para alcanzar el placer, vislumbrados en perspectiva, le indujeron, por contraste, a pensar en su amante, una actriz de Rouen a la que mantenía por aquel entonces; y, deteniéndose en aquella imagen, que hasta en el recuerdo le producía una sensación de hartazgo, pensó: «¡Ah!

Madame Bovary es mucho más bonita que ella, y sobre todo más lozana. Decididamente, Virginie comienza a engordar demasiado. Y, además, se pone tan pesada en sus instantes de alborozo. ¡Y no digamos nada de esa extraña afición suya a las quisquillas!».

El campo estaba desierto y Rodolphe no oía a su alrededor más que el leve temblor de las hierbas bajo sus pisadas y el chirriar de los grillos agazapados a lo lejos entre las avenas. Volvía a ver a Emma en la sala, vestida como la había visto, y la desnudaba en su imaginación.

—¡Será mía! —exclamó, aplastando de un bastonazo un terrón que había delante de él.

Y sin más, se puso a considerar el aspecto estratégico de la empresa. Se preguntaba: «¿Dónde encontrarse con ella y con qué pretexto? Siempre tendremos encima a la criatura, y a la criada, a los vecinos, al marido, y eso sin contar las pejugueras que pueden surgir a cada momento. ¡Bah! —se dijo—, todo eso me haría perder demasiado tiempo».

Luego volvió a la carga: «El caso es que tiene unos ojos que le atraviesan a uno en el corazón como barrenas. Y esa tez tan pálida... ¡Con lo que me fascinan a mí las mujeres pálidas!».

Al llegar a lo alto del cerro de Argueil, su resolución estaba tomada. «Lo esencial es buscar la ocasión propicia. Pues bien, pasará a verles de vez en cuando, los obsequiaré con alguna que otra pieza cuando vaya de caza; me haré sangrar si es preciso; nos haremos amigos, los invitaré a venir a casa... ¡Ah, diablos! —añadió—, y qué decir de esos comicios que se van a celebrar; ella estará allí y lo más seguro es que me la encuentre. Empezaremos, pues, y con audacia, que es el método más infalible».

VIII

Y llegaron, en efecto, aquellos famosos comicios^[82]. Ya desde por la mañana del día indicado para tal solemnidad, todos los vecinos, en sus puertas, se afanaban ultimando los preparativos. La fachada del ayuntamiento la habían adornado con guirnaldas de hiedra; en un prado habían levantado una tienda para el banquete, y, en medio de la plaza, delante de la iglesia, una especie de bombardas se encargaría de dar la señal cuando llegara el señor prefecto y de subrayar el nombre de los agricultores galardonados. La guardia nacional de Buchy^[83] —en Yonville no existía— había

venido a unirse al cuerpo de bomberos que capitaneaba Binet.

Éste llevaba aquel día un cuello aún más alto que de costumbre, y, embutido en su uniforme, tenía el busto tan rígido e inmóvil, que parecía como si toda la vitalidad de su persona se le hubiera concentrado en ambas piernas, las cuales se movían rítmicamente, marcando el paso. Como subsistiera aún una cierta rivalidad entre él y el coronel de la guardia, uno y otro, para demostrar sus respectivas habilidades, hacían maniobrar por separado a sus hombres, de ahí que se vieran pasar y volver a pasar alternativamente charreteras rojas y petos negros. ¡No acababan nunca, siempre volvían a empezar! ¡Jamás se había visto semejante despliegue de pompa! La víspera, algunos vecinos habían adecentado sus casas; de las ventanas entreabiertas pendían banderas tricolores; todas las tabernas estaban llenas; y, con el buen tiempo que hacía, los gorros almidonados, las cruces de oro y las pañoletas multicolores refulgían más que la nieve, resplandecían bajo la nítida luz del sol y realzaban con su esparcido abigarramiento la oscura monotonía de las levitas y de los blusones azules. Las granjeras de los alrededores se quitaban, al descender de las cabalgaduras, el grueso alfiler que les ceñía en torno a la cintura el vestido, recogido así para que no se manchase; por su parte, los maridos, para preservar sus sombreros, se los cubrían con un pañuelo, sujetando una de sus puntas con los dientes.

La muchedumbre iba afluyendo a la calle principal por ambos extremos del pueblo, y también de las callejuelas, de los paseos, de las casas; y de vez en cuando se oía el resonar de los aldabones al cerrarse las puertas tras las vecinas que, con guantes de hilo, salían a ver la fiesta. Lo que más admiración causaba eran dos altas luminarias triangulares cubiertas de farolillos que flanqueaban la plataforma destinada a las autoridades. Apoyadas contra las cuatro columnas del ayuntamiento se veían otras tantas pértigas, cada una con su correspondiente estandarte de paño verdoso bordado con inscripciones en letras de oro. En uno de ellos se leía: «Al Comercio»; en otro: «A la Agricultura»; en el tercero: «A la Industria»; y en el cuarto: «A las Bellas Artes».

Pero el júbilo que animaba todos aquellos rostros parecía ensombrecer a madame Lefrançois, la hostelera. De pie en los peldaños de su cocina, murmuraba para su coleteo:

—¡Vaya estupidez! ¡Vaya estupidez montar semejante barraca de lona! ¿Se creerán acaso que el prefecto se va a encontrar muy a gusto comiendo ahí, debajo de una tienda, como si fuera un titiritero? ¡Y a esos armatostes tan ridículos lo llaman procurar el bien del país! ¡Vamos, que para eso no valía la pena ir hasta Neufchâtel a buscar a un mesonero! ¿Y para quién? ¡Para cuatro vaqueros y para unos cuantos muertos de hambre!...

En ese momento pasó el boticario. Llevaba una levita negra, pantalón de nanquín^[84], zapatos de castor y, cosa extraordinaria en él, sombrero hongo.

—¡Servidor de usted! —dijo—; perdone, llevo prisa.

Y como la obesa viuda le preguntó adónde iba:

—Le parece extraño, ¿verdad?, yo, que me paso la vida más confinado en mi laboratorio que la rata de la fábula^[85] en su queso.

—¿Qué queso? —preguntó la hostelera.

—¡No, nada, nada! —replicó Homais—. Lo que quería decirle, madame Lefrançois, es que, por regla general, siempre estoy recluido en casa. Pero hoy, sin embargo, en vista de las circunstancias, no hay más remedio que...

—¡Ah!, ¿conque va usted allá? —le dijo en tono despectivo.

—Sí, desde luego que voy —contestó el boticario, asombrado—; ¿no formo parte, acaso, de la junta consultiva?

La viuda Lefrançois se le quedó mirando fijamente durante un rato, y acabó por responder sonriendo:

—¡Eso es otra cosa! Pero ¿usted qué tiene que ver con la agricultura? ¿Es que entiende de eso?

—Pues claro que entiendo; por algo soy farmacéutico, es decir, químico, y teniendo en cuenta que la química, madame Lefrançois, tiene por objeto el conocimiento de la acción recíproca y molecular de todos los cuerpos de la naturaleza, de ello se deduce que la agricultura se halla comprendida en ese campo. Porque, vamos a ver, la composición de los abonos, la fermentación de los líquidos, el análisis de los gases y la influencia de los miasmas, ¿qué es todo eso, dígamelo usted, sino pura y simple química?

La hostelera no replicó. Homais prosiguió:

—¿Cree usted acaso que para ser agrónomo es requisito imprescindible haber labrado la tierra uno mismo o cebado gallinas? Lo que importa más que nada es conocer la constitución de las sustancias de que se trata, los yacimientos geológicos, las influencias atmosféricas, la calidad de los terrenos, de los minerales, de las aguas, la densidad de los diferentes cuerpos y su capilaridad, ¡qué sé yo! Y hay que estar muy al tanto de todos los principios de la higiene para dirigir y criticar la construcción de las edificaciones, el régimen que conviene a los animales, la alimentación más adecuada para los criados. Y además, madame Lefrançois, hay que conocer a fondo la botánica, saber distinguir las plantas, ¿comprende usted?, saber cuáles son las salutíferas y cuáles las deletéreas, cuáles las ineficaces y cuáles las nutritivas, si conviene arrancarlas de aquí para volver a plantarlas allá, proteger unas, destruir otras; en una palabra, hay que estar al corriente de los avances de la ciencia por medio de libros y publicaciones de todo tipo, mantenerse siempre ojo avizor para indicar así las mejoras...

La hostelera no apartaba los ojos de la puerta del *Café Français*, y el farmacéutico continuó:

—¡Ojalá que nuestros agricultores fueran químicos, o que al menos se mostraran más proclives a seguir los dictados de la ciencia! Yo, por ejemplo, hace poco escribí un interesante opúsculo, una memoria de más de setenta y dos páginas, titulada: *De la sidra, su fabricación y sus efectos; seguido de algunas reflexiones inéditas acerca del*

mismo tema, y que en su día envié a la Sociedad Agronómica de Rouen; lo cual me ha valido el honor de ser incluido entre sus miembros, sección de Agricultura, subdivisión de pomología. Pues bien, si mi obra hubiera sido divulgada...

Pero en ese momento el boticario se detuvo perplejo ante el rostro de preocupación de madame Lefrançois.

—¡Ahí los tiene! —decía ella—, ¡que me aspen si lo entiendo! ¡En semejante figón!

Y con bruscos encogimientos de hombros que atirantaban sobre su pecho las mallas de la chaqueta de punto, señalaba con las dos manos la taberna de su rival, de donde en aquel momento se oían salir rumores de cánticos.

—De todos modos, poco le va a durar el contento —añadió—; antes de ocho días, se acabó lo que se daba.

Homais retrocedió estupefacto. Ella bajó los tres peldaños que los separaban para decirle al oído:

—¡Pero cómo!, ¿es que no lo sabe usted? Le van a embargar esta semana. Y todo por culpa de Lheureux, que le ha hundido con tanto pagaré.

—¡Qué catástrofe tan espantosa! —exclamó el boticario, que siempre tenía en los labios las palabras más adecuadas para todas las circunstancias imaginables.

La hostelera se puso entonces a contarle aquella historia, que conocía por Théodore, el criado de monsieur Guillaumin, y aunque execraba a Tellier, no por ello le parecía menos abominable la actitud de Lheureux. Era un embaucador, un reptil.

—Por cierto, ¡fíjese! —dijo ella—, ahí lo tiene usted, en el mercado, saludando a madame Bovary, que lleva un sombrero verde, y va del brazo de monsieur Boulanger.

—¡Madame Bovary! —exclamó Homais—. Voy en seguida a ofrecerle mis respetos. Puede que le guste ocupar un sitio en el recinto, bajo el peristilo.

Y sin escuchar ya a madame Lefrançois, que quería retenerle para contarle más detalles de la historia, el farmacéutico se alejó rápidamente, con la sonrisa en los labios y el porte ágil, distribuyendo saludos a diestro y siniestro y ocupando mucho espacio con el vuelo de los anchos faldones de su frac negro.

Al verle de lejos, Rodolphe aceleró el paso, pero como madame Bovary se quedaba sin aliento, aflojó el ritmo de su andar y, sonriendo, le dijo:

—Lo hacía para evitar encontrarnos con ese pelmazo: ya me entiende, el boticario.

Ella le dio un codazo.

«¿Qué significa esto?», se preguntó.

Y la miró con el rabillo del ojo, sin dejar de andar.

La expresión serena de su rostro nada dejaba traslucir. Se destacaba a plena luz, bajo el óvalo de su capota adornada con lazos pálidos que parecían hojas de caña. Sus ojos, de largas y arqueadas pestañas, miraban al frente, y, aunque muy abiertos, daban la impresión de hallarse un tanto contraídos a la altura de los pómulos bajo el efecto de la sangre que latía suavemente bajo su delicada tez. Un tono sonrosado le

coloreaba la nariz. Inclínaba la cabeza sobre el hombro, y entre sus labios se percibían las puntas de sus nacarados dientes.

«¿Se estará burlando de mí?», pensaba Rodolphe.

Aquel gesto de Emma, sin embargo, no había sido más que una advertencia, ya que monsieur Lheureux iba caminando en ese momento junto a ellos y de vez en cuando les dirigía la palabra, como deseoso de entablar conversación.

—¡Qué día tan espléndido! ¡Todo el mundo se ha echado a la calle! Y además sopla el viento de Levante.

Ni Emma ni Rodolphe se dignaban apenas responderle, pero él, en cuanto hacían el menor movimiento, se les volvía a acercar y les preguntaba, llevándose la mano al sombrero: «¿Decían algo?».

Cuando llegaron ante la casa del herrero, en vez de seguir el camino hasta la barrera, Rodolphe torció bruscamente por un sendero, tirando de madame Bovary, y exclamó:

—¡Adiós, monsieur Lheureux! ¡Ha sido un placer verle!

—¡Vaya forma de despacharle! —dijo Emma riendo.

—¿Por qué permitir que los demás te avasallen? —replicó él—. Y ya que hoy me cabe la dicha de hallarme cerca de usted...

Emma se sonrojó. Rodolphe no acabó la frase. Entonces se puso a hablar del buen tiempo y del placer de andar por la hierba. Habían brotado algunas margaritas.

—Con estas preciosas margaritas —dijo él— se podría surtir de oráculos a todas las enamoradas de la región.

Y añadió:

—¿Y si yo cogiera alguna? ¿Qué pensaría usted?

—¿Está usted acaso enamorado? —preguntó Emma, tosiendo levemente.

—¡Ah! ¡Quién sabe! —contestó Rodolphe.

La pradera comenzaba a llenarse de gente, y las madres de familia atropellaban a todo el mundo con sus enormes paraguas, sus cestas y sus chiquillos. De vez en cuando había que hacerse a un lado ante una larga fila de lugareñas, criadas con medias azules, zapatos planos y sortijas de plata, que olían a establo al pasar junto a ellas. Caminaban cogidas de la mano, ocupando de ese modo todo lo largo del prado, desde la hilera de álamos temblones hasta la tienda preparada para el banquete. Pero había llegado el momento del concurso, y los agricultores entraban uno tras otro en una especie de hipódromo formado por una larga cuerda sostenida de trecho en trecho por estacas.

Allí estaban los animales, con el hocico vuelto hacia la cuerda y con sus desiguales ancas alineadas de manera confusa. Los cerdos, amodorrados, hozaban en el suelo; mugían los becerros; balaban las ovejas; las vacas, con una pata encogida, tumbadas sobre el césped y entornando sus pesados párpados, rumiaban lentamente, hostigadas por una nube de moscardones que no dejaban de zumbar a su alrededor. Algunos carreteros, arremangados, sostenían por el ronzal a los encabritados

sementales, que relinchaban a pleno pulmón hacia donde se aglomeraban las yeguas. Permanecían éstas impasibles, alargando el cuello y colgante la crin, mientras sus potrillos descansaban a su sombra o se acercaban de vez en cuando a mamar; y sobre la larga línea ondulada que formaban aquellos cuerpos hacinados, se veía alzarse al viento, como una ola, alguna blanca crin, o bien sobresalir algún cuerno puntiagudo, o el rápido desliz de tal o cual cabeza de hombre al pasar corriendo. Unos cien pasos más lejos, en un lugar apartado y fuera del recinto, se mantenía inmóvil, como si fuera de bronce, un gran toro negro con bozal y con un aro de hierro en el hocico. Un rapaz andrajoso lo sujetaba con una cuerda.

Por entre las dos filas^[86] avanzaban en aquel momento, con tardo paso, unos señores, examinando cada una de las reses y cambiando después impresiones en voz baja. Uno de ellos, que parecía más importante, sin dejar de andar, tomaba notas en un cuadernito. Era monsieur Derozerays de la Panville, el presidente del jurado. No bien reconoció a Rodolphe, se dirigió decididamente hacia él y le dijo sonriendo con gesto amable:

—Pero ¿cómo, monsieur Boulanger, nos abandona usted?

Rodolphe aseguró que en seguida volvería. Pero en cuanto vio que el presidente había desaparecido, le dijo a Emma:

—Desde luego que los abandono; la compañía de usted es cien veces preferible a la de él.

Y aunque burlándose de los comicios, Rodolphe, para circular más a sus anchas, mostraba al gendarme su tarjeta azul e incluso se detenía a veces ante algún hermoso ejemplar, al que madame Bovary apenas si prestaba atención. Advirtió esto Rodolphe y entonces se puso a bromear acerca de la indumentaria de las damas de Yonville, excusándose acto seguido del descuido de su propio atuendo, el cual tenía esa incoherencia de lo que es común y al mismo tiempo rebuscado, y donde, por regla general, el vulgo cree adivinar los indicios de una existencia extravagante, los desórdenes del sentimiento, las tiranías del arte, o cuando menos un cierto desdén por los convencionalismos sociales, cosas que, a fin de cuentas, o bien le seducen o bien le exasperan. Así ocurría, por ejemplo, con su camisa de batista de puños plisados, que se henchía a merced del viento por entre la abertura del chaleco de cutí gris, y con su pantalón a rayas anchas, que dejaba al descubierto hasta el tobillo las botas de nanquín revestidas de cuero acharolado, tan relucientes que hasta la hierba se reflejaba en ellas. Calzado de ese modo, caminaba pisando los excrementos de caballo, con una mano en el bolsillo de la chaqueta y el sombrero de paja un poco ladeado.

—Además —añadió— cuando se vive en el campo...

—Todo es trabajo en balde —dijo Emma.

—Tiene usted razón —replicó Rodolphe—. Y pensar que ni siquiera uno solo de estos individuos es capaz de apreciar el corte de un frac...

Y se pusieron a hablar de la mediocridad provinciana, de las existencias que hacía

languidecer, de las ilusiones que en ella se consumían.

—Por eso —decía Rodolphe—, a mí algunas veces me embarga una tristeza...

—¡Usted! —exclamó Emma con asombro—. ¡Pero si yo le creía una persona muy alegre!

—¡Ah, sí, claro! Pero eso es sólo la apariencia, porque cuando estoy con los demás me cubro el rostro con una máscara burlona; y, sin embargo, ¡cuántas veces, a la vista de un cementerio, al claro de luna, me ha dado por pensar si no sería preferible ir a reunirse con los que allí descansan!

—Pero ¿y sus amigos? —dijo ella—. ¿Acaso no piensa usted en ellos?

—¿Mis amigos? ¿Qué amigos? ¿Los tengo acaso? ¿Es que le importo yo a alguien?

Y al pronunciar estas últimas palabras se le escapó de la garganta una especie de silbido.

Pero en ese momento tuvieron que separarse para dejar paso a un hombre que traía detrás de ellos una gran pila de sillas. Tan cargado iba que sólo se le veían la punta de los zuecos y el extremo de sus dos brazos abiertos de par en par. Era Lestiboudois, el sepulturero, que acarrea por entre la muchedumbre las sillas de la iglesia. Muy imaginativo para todo lo relacionado con sus intereses, había descubierto aquel medio de sacar partido de los comicios, y su idea le estaba dando resultado, pues ya no sabía a quién atender. En efecto, los lugareños, víctimas del calor, se disputaban aquellos asientos cuya paja olía a incienso, y se apoyaban con una cierta veneración contra sus gruesos respaldos manchados de cera de los cirios.

Madame Bovary volvió a tomar el brazo de Rodolphe, y éste continuó como hablándose a sí mismo:

—¡Pues sí! ¡He carecido de tantas cosas! ¡Siempre solo! ¡Si al menos hubiera tenido una meta en la vida, si hubiera encontrado algún afecto, si hubiera hallado a alguien...! ¡Ah, entonces, con qué entusiasmo habría derrochado toda la energía de que soy capaz, cómo habría superado todos los obstáculos, nada me habría dejado abatir!

—Me parece, sin embargo —dijo Emma—, que no hay demasiados motivos en su vida para compadecerle.

—¡Ah!, ¿eso cree usted? —exclamó Rodolphe.

—Sí, porque, al fin y al cabo... —replicó ella—, es usted libre.

Y vaciló antes de añadir:

—Y rico.

—No se burle usted de mí —contestó él.

Y le estaba jurando que no se burlaba, cuando retumbó un cañonazo; inmediatamente la muchedumbre se precipitó en tropel hacia el pueblo.

Pero se trataba de una falsa alarma. El señor prefecto no acababa de llegar, y los miembros del jurado se hallaban un tanto perplejos porque no sabían si empezar la sesión o esperar todavía un poco más.

Por fin, se vio aparecer por el fondo de la plaza un gran landó de alquiler tirado por dos jamelgos, a los que arreaba con toda su fuerza un cochero con sombrero blanco. Binet tuvo el tiempo justo de gritar: «¡A formar!», y el coronel de imitarle. Corrieron hacia los haces de fusiles y se apresuraron a formar. Algunos hasta olvidaron el corbatín. Pero la comitiva del prefecto pareció adivinar aquel apuro, y los dos rocines apareados, contoneándose, llegaron a trote corto ante el peristilo del ayuntamiento justo en el momento en que la guardia nacional y los bomberos se desplegaban marcando el paso a los redobles del tambor.

—¡Firmes! —gritó Binet.

—¡Alto! —gritó el coronel—. ¡Alineación izquierda!

Y después de presentar armas con un ruido de abrazaderas que resonó como un caldero de cobre rodando escaleras abajo, todos los fusiles volvieron a su posición de descanso.

Vieron entonces bajar del carruaje a un caballero vestido de uniforme corto con bordados de plata, calvo por delante, tupé en el occipucio, de tez descolorida y aspecto bonachón. Su ojos, muy abultados y de gruesos párpados, se entornaban para observar a la multitud, al tiempo que levantaba su prominente nariz y se esforzaba por sonreír con su boca rehundida. Reconoció, por el distintivo de su banda, al alcalde, y le hizo saber que al señor prefecto le había sido imposible venir. Él era uno de los consejeros de la prefectura. Acto seguido añadió algunas excusas. Tuvache le dirigió los cumplidos de rigor; el otro se mostró confuso, y allí se quedaron los dos, frente a frente, tocándose casi sus cabezas, en medio de los miembros del jurado, el consejo municipal, los notables, la guardia municipal y la muchedumbre. El señor consejero, con el pequeño tricornio negro apoyado sobre el pecho, reiteraba sus saludos, mientras Tuvache, encorvado como un arco, sonreía también, tartamudeaba, rebuscaba sus frases, proclamaba su fidelidad a la monarquía y encarecía el honor del que era objeto el pueblo de Yonville.

Hippolyte, el mozo de la hostelería, acudió a coger por la brida a los caballos, y cojeando con su pie zopo, los llevó bajo el porche del *Lion d'or*, donde se habían agolpado muchos campesinos para contemplar el coche. Redobló el tambor, retumbó el cañón, y todos aquellos señores subieron en fila al estrado y se sentaron en sus respectivos sillones de terciopelo rojo de Utrecht que madame Tuvache había cedido al municipio para esta efeméride.

Todos aquellos personajes se parecían. Sus rostros fofos y rubicundos, un poco curtidos por el sol, tenían el color de la sidra dulce, y sus ahuecadas patillas emergían de los grandes cuellos duros, ceñidos por corbatas blancas de lazo muy ostentoso. Los chalecos, cruzados, eran de terciopelo; de los relojes pendían largas cintas con algún dije ovalado de cornalina en el extremo; todos apoyaban las dos manos en los muslos, separando con esmero la cruz del pantalón, cuyo flamante paño relucía más que el cuero de sus recias botas.

Las damas distinguidas estaban situadas detrás, bajo las columnas del vestíbulo,

mientras que el resto del público permanecía enfrente, de pie, o bien sentado en sillas. En efecto, Lestiboudois había trasladado allí todas las que anteriormente había puesto en la pradera, e incluso corría a cada momento en busca de otras a la iglesia, ocasionando tal atasco con sus idas y venidas, que resultaba muy difícil llegar hasta la escalerilla del estrado.

—A mí me parece —dijo monsieur Lheureux, dirigiéndose al farmacéutico, que se disponía en ese momento a ocupar su sitio— que deberían haber colocado allí dos mástiles venecianos, con algún adorno un poco solemne y de buen gusto; habría producido un efecto extraordinario.

—Desde luego —respondió Homais—. Pero ¡qué quiere usted! El alcalde lo ha dispuesto todo a su antojo. Y ese pobre Tuvache^[87] no tiene muy buen gusto, que digamos, y hasta carece por completo de lo que se llama sentido artístico.

Entre tanto, Rodolphe había subido con madame Bovary al primer piso del ayuntamiento, y como el salón de sesiones estaba desierto, le sugirió a Emma que se quedaran allí para gozar del espectáculo a sus anchas. Cogió tres taburetes de los que estaban alrededor de la mesa oval, bajo el busto del rey, los acercó a una de las ventanas y se sentaron uno al lado del otro.

Se produjo una agitación en el estrado, prolongados cuchicheos, deliberaciones. Por fin, el señor consejero se puso en pie. Ahora ya se sabía que se llamaba Lieuvain, y su nombre corría de boca en boca entre el gentío. Tras ordenar las hojas del discurso y fijar la vista en ellas, comenzó de este modo:

«Señores:

Permítanme en primer lugar —antes de pasar a hablarles del objeto de esta reunión de hoy, y estoy seguro de que todos ustedes serán copartícipes de este sentimiento—, permítanme, repito, rendir justicia a la administración superior, al gobierno, al monarca, señores, a nuestro soberano, a ese rey amadísimo a quien ninguna parcela de la prosperidad pública o privada le es indiferente, y que dirige con mano tan firme como prudente la nave del Estado por entre los incesantes escollos de un mar proceloso, sabiendo, por lo demás, hacer respetar la paz como la guerra, la industria, el comercio, la agricultura y las bellas artes».

—Debería echarme un poco más hacia atrás —dijo Rodolphe.

—¿Por qué? —preguntó Emma.

Pero, en ese momento, la voz del consejero, elevando considerablemente el tono, declamaba:

«Pasó ya el tiempo, señores, en que la discordia civil ensangrentaba nuestras plazas públicas, esa época tumultuosa en que el propietario, el negociante, el mismo obrero, al entregarse por la noche al apacible sueño,

temblaban ante la posibilidad de verse súbitamente despertados por los incendiarios toques a rebato, aquel tiempo en que las máximas más subversivas socavaban audazmente los cimientos...».

—Es que podrían verme desde abajo —explicó Rodolphe—, y luego tendría que pasarme quince días dando explicaciones, y con mi mala reputación...

—¡Oh!, usted se calumnia —dijo Emma.

—No, no, de veras, es execrable, se lo juro.

«Pero señores —proseguía el consejero—, si, apartando de mi memoria tan sombrías escenas, dirijo mi mirada hacia la situación actual de nuestra hermosa patria, ¿qué veo? El comercio y las artes floreciendo por doquier; por doquier nuevas vías de comunicación, como otras tantas arterias en el cuerpo del Estado, que vienen a establecer nuevas relaciones; nuestros grandes centros de manufactura que han recobrado su actividad; la religión, más arraigada que nunca, sonriendo en todos los corazones; nuestros puertos abarrotados, la confianza que renace, y Francia que, por fin, respira...».

—Además —añadió Rodolphe—, quién sabe si desde el punto de vista de la gente no sean ellos quienes tengan razón.

—Pero ¿por qué? —inquirió ella.

—¿Por qué? —contestó él—. ¿Acaso ignora usted que hay almas que viven sin cesar atormentadas, almas que necesitan entregarse alternativamente al ensueño y a la acción, a las más puras pasiones y a los goces más desenfrenados, hasta el punto de darse finalmente a toda clase de caprichos y de locuras?

Emma entonces le miró como quien contempla a un viajero que ha conocido países extraordinarios, y replicó:

—A nosotras, las mujeres, ni aun esa posibilidad de distracción se nos permite.

—Triste distracción, puesto que no procura la dicha.

—Pero ¿acaso hay algo capaz de procurarla? —preguntó ella.

—Sí; llega un día en que se encuentra —respondió él.

«Y esto lo han comprendido ustedes —decía el consejero—. ¡Ustedes, agricultores y obreros del campo; ustedes, pioneros pacíficos de una obra consagrada por entero a la civilización! ¡Ustedes, hombres amantes del progreso y de la moralidad! Ustedes, digo, sí que han comprendido que las tormentas políticas son aún más temibles que las perturbaciones de la atmósfera...».

—Sí; llega un día en que se encuentra —repitió Rodolphe—, así, de repente, y

cuando se había perdido toda esperanza. Entonces se entreabren los horizontes y parece oírse una voz que grita: «¡Ahí la tienes!». Y siente uno la necesidad de confiarle nuestra vida entera a esa persona que nos la trae, de dárselo todo, de sacrificarle todo. No hacen falta explicaciones; simplemente se adivina. La hemos vislumbrado en sueños —y al decir esto la miraba—. Por fin está ahí, ante nosotros, ese tesoro que con tanto afán hemos buscado, y que ahora resplandece, centellea. Y a pesar de todo, seguimos dudando, no nos atrevemos a creerlo; nos quedamos deslumbrados, como si acabáramos de pasar de las tinieblas a la luz^[88].

Y como colofón a aquellas palabras, Rodolphe hizo un gesto teatral con el que recubrió su frase. Se pasó la mano por el rostro, como si de repente fuera presa de un mareo, y retiró la suya. A todo esto, el consejero proseguía la lectura de su discurso:

«¿Y quién podría extrañarse de ello, señores? Tan sólo aquel que estuviera tan ciego, que fuera tan esclavo —no me duelen prendas decirlo—, sí, tan esclavo de los prejuicios de antaño como para ignorar todavía el espíritu de las poblaciones agrícolas. ¿Dónde encontrar, en efecto, más patriotismo que en el campo, más adhesión a la causa pública, en una palabra, más inteligencia? Y no me refiero, desde luego, señores, a esa inteligencia superficial, vano ornamento de espíritus ociosos, sino más bien a aquella otra, profunda y moderada, que se aplica por encima de cualquier otra cosa a la consecución de fines útiles, contribuyendo de ese modo al bien de todos, a la mejora de la comunidad y al sostenimiento de los Estados, fruto del respeto a las leyes y de la práctica de los deberes...».

—¡Ah, siempre la misma cantinela! —dijo Rodolphe—. Los deberes, los deberes, estoy hasta la coronilla de esa palabra. Son un hatajo de cavernícolas con chaleco de franela, un hatajo de mojigatos de braserillo y rosario que se pasan la vida aturdiéndonos los oídos con sus monsergas: «¡El deber, el deber!». ¡Qué diablos! El deber es sentir lo que es grande, adorar lo que es bello y no aceptar los convencionalismos de la sociedad, con las ignominias que ésta a todas horas nos impone.

—Sin embargo..., sin embargo... —trató de objetar madame Bovary.

—¡No, señor! ¿Por qué clamar contra las pasiones? ¿No son ellas acaso la única cosa hermosa que hay sobre la tierra, la fuente del heroísmo, del entusiasmo, de la poesía, de la música, de las artes, de todo, a fin de cuentas?

—Pero, no obstante, tampoco se puede así como así —dijo Emma— pasar por alto la opinión del mundo y transgredir su moral.

—¡Ah, claro, pero es que hay dos clases de moral! —replicó él—. La pequeña, la convencional, la de los hombres, la que cambia sin cesar y chilla tan fuerte, y bulle por lo bajo, a ras de tierra, como ese hatajo de imbéciles que ve usted. Pero la otra, la eterna, esa está en torno nuestro y por encima de nosotros, como el paisaje que nos

rodea y el cielo azul que nos alumbra.

Monsieur Lieuvain acababa de secarse la boca con el pañuelo. Y prosiguió:

«¿Y para qué vamos a hablar, señores, de la utilidad de la agricultura? ¿Quién satisface a nuestras necesidades? ¿Quién se ocupa de nuestra subsistencia? ¿No es acaso el agricultor? El agricultor, señores, que sembrando con mano diestra los fecundos surcos de nuestros campos hace que brote el trigo, ese trigo que, triturado y molido por medio de ingeniosos aparatos, se convierte en harina, la cual, transportada luego a las ciudades, llega a manos del panadero, que amasa con ella un alimento básico para el pobre como para el rico. ¿No es acaso también el agricultor quien, para que nosotros nos vistamos, ceba en los pastizales sus abundantes rebaños? ¿Cómo, pues, nos vestiríamos, cómo nos alimentaríamos si no fuera por el agricultor? Y además, señores, ¿qué necesidad tenemos de remontarnos tanto para ir a buscar ejemplos? ¿Quién no ha pensado alguna vez en los inmensos beneficios que se obtienen de ese modesto animal, orgullo de nuestros corrales, que nos suministra blanda almohada para nuestros lechos, carnes succulentas para nuestras mesas, y además huevos? Pero sería el cuento de nunca acabar si pretendiera enumerar uno tras otro los diferentes productos que una tierra bien cultivada prodiga a sus hijos cual madre generosa. Aquí es la vid; más allá son los manzanos, de los que se obtiene la sidra; en aquel sitio es la colza; un poco más lejos, los quesos; y el lino, señores, ¡no olvidemos el lino!, que en estos últimos años ha adquirido un incremento considerable y sobre el que me atrevo a llamar particularmente la atención de todos ustedes^[89]».

No hacía falta, sin embargo, llamarla: todas las bocas de la multitud se mantenían abiertas como para beber sus palabras. Tuvache, a su lado, le escuchaba con los ojos abiertos de par en par; monsieur Derozerays de vez en cuando entornaba suavemente los párpados, y algo más lejos, el farmacéutico, con su hijo Napoléon entre las piernas, se llevaba la mano detrás de las orejas para no perderse ni una sola sílaba. Los demás miembros del jurado agachaban una y otra vez la barbilla lentamente sobre el chaleco en señal de aprobación. Los bomberos, al pie del estrado, descansaban apoyados sobre sus bayonetas, y Binet permanecía inmóvil, con el codo hacia afuera y la punta del sable en alto. Es probable que oyera lo que se decía, pero no debía de ver nada porque la visera del casco le tapaba hasta la nariz. Su lugarteniente, el hijo menor de monsieur Tuvache, llevaba también uno exageradamente grande que le bailaba sobre la cabeza dejando asomar por debajo una punta de su pañuelo de indiana. Y sonreía bajo aquel casco con una dulzura muy infantil, y su carita pálida, por la que resbalaban gotas de sudor, reflejaba satisfacción, fatiga y sueño.

La plaza, al igual que las casas, estaba atestada de gente. Gente asomada a las ventanas, de pie en las puertas, y Justin, delante del escaparate de la farmacia, parecía absorto en la contemplación del espectáculo. A pesar del silencio reinante, la voz de monsieur Lieuvain se perdía en el vacío. Sólo llegaban retazos de frases, interrumpidas aquí y allá por el crujir de las sillas entre la multitud; luego se oía súbitamente, por detrás, el prolongado mugido de un buey, o bien los balidos de los corderos, como respondiéndole, desde las esquinas de las calles. En efecto, los vaqueros y los pastores habían llevado su ganado hasta allí, y de vez en cuando los animales mugían mientras arrancaban con la lengua alguna que otra brizna de follaje, que se les quedaba colgando del hocico.

Rodolphe se había acercado a Emma y le decía en voz baja y apresurada:

—¿No le indigna acaso esta conjura del mundo? ¿Existe algún sentimiento que no condene? Los instintos más nobles, las simpatías más puras tienen que soportar el verse perseguidas, calumniadas, y cuando, por fin, dos pobres almas se encuentran, todo se halla perfectamente organizado para que no puedan unirse. Ellas, a pesar de todo, lo seguirán intentando, agitarán sus alas, se llamarán. Pero no importa, tarde o temprano, pasados seis meses o diez años, lograrán unirse y amarse, porque el destino así lo exige y ellas nacieron predestinadas la una para la otra.

Tenía los brazos cruzados sobre las rodillas, y así, al levantar la cara hacia Emma, la miraba de cerca, fijamente. Percibía ella en sus ojos rayos de oro que irradiaban de sus negras pupilas, y hasta aspiraba el perfume de la pomada que brillantaba su pelo. Se sintió invadida entonces por un súbito estado de languidez, se acordó del vizconde aquel que la había invitado a bailar en la Vaubyessard, y cuya barba exhalaba, como los cabellos de Rodolphe, aquel mismo aroma a vainilla y a limón; y, maquinalmente, entornó los párpados para aspirarlo mejor. Pero, al echarse hacia atrás en la silla, divisó a lo lejos, en los confines del horizonte, la vieja diligencia, *La Golondrina*, que bajaba lentamente por el collado de Leux, dejando una larga estela de polvo a la zaga. ¡Aquel mismo coche amarillo le había traído tantas veces a Léon, y por aquel mismo camino se había marchado para siempre! Creyó estar viéndolo enfrente, en su ventana; luego todo se confundió, pasaron algunas nubes, tuvo la impresión de que se hallaba aún bailando a los sonos del vals en los brazos del vizconde, bajo el resplandor de las arañas, y que Léon no estaba lejos, que iba a venir... y mientras tanto seguía sintiendo la cabeza de Rodolphe a su lado. La dulzura de esta sensación penetraba de ese modo en sus deseos de antaño, y como granos de arena arrastrados por el viento, remolineaban en la vaharada sutil de perfume que se expandía por su alma. Varias veces se le dilataron las aletas de la nariz para aspirar ansiosamente la frescura de las hiedras que cubrían los capiteles. Se quitó los guantes, se enjugó las manos; después, con su pañuelo, empezó a abanicarse la cara, mientras seguía escuchando, a través de los latidos de sus sienes, el rumor de la muchedumbre y la voz del consejero, que salmodiaba sus frases.

Decía:

«¡Continúen! ¡Perseveren! ¡Hagan oídos sordos a las sugerencias de la rutina o a los consejos demasiado apresurados de un empirismo temerario! ¡Conságrense ante todo a la mejora del suelo y a los abonos, al desarrollo de las razas caballar, bovina, ovina y porcina! ¡Que estos comicios sean para ustedes algo semejante a una pacífica lid en la que el vencedor, al concluir, tenderá la mano al vencido y fraternizará con él, con la esperanza de una más rotunda victoria! ¡Y ustedes, venerables servidores, humildes criados, cuyas penosas labores ningún gobierno hasta ahora había tomado en consideración, vengan a recibir la recompensa de sus silenciosas virtudes, y tengan presente que el Estado, de ahora en adelante, tendrá los ojos puestos en ustedes, alentándoles, protegiéndoles, haciendo justicia a sus justas reclamaciones y aligerando en lo posible el fardo de sus penosos sacrificios!».

Monsieur Lieuvain se volvió a sentar, y, acto seguido, monsieur Derozerays se levantó para pronunciar otro discurso. El suyo quizá no fuera tan florido como el del consejero, pero era de alabar en él su estilo más directo, los conocimientos más especializados y las consideraciones más precisas de que hacía gala. Dedicó menos espacio al elogio del gobierno, y mucho más a la religión y a la agricultura. Puso de relieve la relación existente entre ambas y el modo en que tanto una como otra habían contribuido desde siempre a fomentar la civilización. Rodolphe hablaba con madame Bovary de sueños, de presentimientos, de magnetismo. El orador, por su parte, remontándose al origen de las sociedades, describía aquellos tiempos duros en que los hombres se alimentaban de bellotas en lo más profundo de los bosques. Más tarde, desprendiéndose de las pieles de las fieras, empezaron a utilizar el paño, a labrar la tierra, a cultivar la vid. ¿Había sido esto un bien, o habría supuesto semejante descubrimiento más inconvenientes que ventajas? Tal era el interrogante que se planteaba monsieur Derozerays. Del magnetismo, Rodolphe había ido pasando paulatinamente al tema de las afinidades, y mientras el señor presidente citaba a Cincinato^[90] y su arado, a Diocleciano^[91] plantando sus coles, y a los emperadores de China inaugurando el año con la siembra, el joven explicaba a Emma que estas atracciones irresistibles tenían su origen en alguna existencia anterior.

—Por ejemplo, nosotros —decía—, ¿por qué nos hemos conocido? ¿Qué azar lo ha dispuesto? Seguramente todo ello se ha debido a que, a través de la distancia, nuestros íntimos destinos, como dos ríos que corren para juntarse, nos han empujado el uno hacia el otro.

Y le cogió la mano; Emma no la retiró.

«¡Premio a los mejores cultivos!», gritó el presidente.

—Por ejemplo, el otro día, cuando entré en su casa...

«A monsieur Bizet, de Quincampoix».

—¿Podía yo acaso imaginarme que muy pronto la iba a acompañar?

«¡Setenta francos!».

—Cien veces he intentado marcharme, y, sin embargo, al final la he seguido y me he quedado con usted.

«Estiércoles».

—Como me quedaría esta noche, y mañana, y los demás días, y toda la vida.

«¡A monsieur Caron, de Argueil, medalla de oro!».

—Porque nunca en mi vida he conocido a una persona tan encantadora como usted.

«¡A monsieur Bain, de Givry-Saint-Martin!».

—También yo llevaré conmigo su recuerdo.

«¡Por un carnero merino...!».

—Pero usted me olvidará; habré pasado por su vida como una sombra.

«¡A monsieur Belot, de Notre-Dame...!».

—¡Pero no!, ¿verdad que no? ¿Verdad que seré algo más que eso en su pensamiento, en su vida?

«Raza porcina, premio *ex aequo*: a monsieur Lehérissé y a monsieur Cullembourg, ¡sesenta francos!».

Rodolphe le estrechaba la mano, y la sentía ardorosa y trémula como una tórtola cautiva que deseara reemprender su vuelo; pero ya fuera porque trataba de retirarla, o porque respondiera a aquella presión, lo cierto es que hizo un movimiento con los dedos, y Rodolphe exclamó:

—¡Oh, gracias! Ya veo que no me rechaza. ¡Qué bondad la suya! ¡Cómo ha comprendido que soy completamente suyo! ¡Déjeme que la mire, que la contemple!

Una ráfaga de viento que entró por las ventanas arrugó el tapete de la mesa, y abajo, en la plaza, todas las grandes cofias de las campesinas se desplegaron como alas de mariposas blancas que se agitan.

«Aprovechamiento de orujo de semillas oleaginosas», continuó el presidente.

Y cada vez más deprisa:

«Abono flamenco, cultivo de lino, drenajes, arriendos a largo plazo, servicio doméstico».

Rodolphe ya no hablaba. Simplemente se miraban. Un deseo supremo hacía temblar sus labios secos; y suavemente, sin mediar esfuerzo alguno, sus dedos se entrelazaron.

«¡A Catherine Nicaise Elisabeth Leroux, de Sassetot-laGuerrière, por sus cincuenta y cuatro años de servicio en la misma granja, medalla de plata... valorada en veinticinco francos!».

«¿Dónde está Catherine Leroux?», repitió el consejero.

No comparecía, y se oían voces que cuchicheaban:

—¡Anda, ve!

—No.

—¡Por la izquierda!

—¡No tengas miedo!

—¡Ah, qué tonta!

—Pero bueno, ¿está ahí o no? —exclamó Tuvache.

—¡Sí, sí... aquí está!

—¡Pues que se acerque de una vez!

Entonces vieron avanzar hacia el estrado a una viejecita de aspecto apocado y que parecía encogerse dentro de su pobre atuendo. Calzaba gruesos zuecos de madera, y llevaba ceñido a las caderas un delantal azul muy grande. Su rostro enjuto, enmarcado por una cofia sin ribetes, presentaba más arrugas que una manzana reineta pasada, y de las mangas de su blusa roja emergían dos largas manos de nudosas articulaciones. El polvo de las eras, la lejía de las coladas y el churre de las lanas se las habían puesto tan encallecidas, tan ajadas y tan ásperas, que parecían sucias aunque se las hubiera lavado con agua clara; y, de tanto trabajar con ellas, las llevaba siempre entreabiertas, como dando fe, por sí mismas, del humilde testimonio de las inmensas penalidades sufridas. Una especie de rigidez monacal realzaba la expresión de su semblante. Ni el menor destello de tristeza o de ternura suavizaba aquella pálida mirada. Del roce cotidiano con los animales, había adquirido su mutismo y su placidez. Aquella era la primera vez que se veía en medio de una muchedumbre tan numerosa; y asustada en lo más íntimo de su ser por las banderas y los tambores, por tantos señores de levita negra y por la cruz de honor del consejero, permanecía completamente inmóvil, sin saber si avanzar o echar a correr, ni por qué la empujaba el gentío y los señores del jurado le sonreían. Así se presentaba, delante de aquellos burgueses orondos, este medio siglo de servidumbre^[92].

—¡Acérquese, venerable Catherine Nicaise Elisabeth Leroux! —dijo el consejero, que había tomado de manos del presidente la lista de los galardonados.

Y examinando alternativamente la hoja de papel y a la anciana señora, repetía en tono paternal:

—¡Acérquese, acérquese!

—¿Es usted sorda? —preguntó Tuvache, agitándose en su asiento.

Y se puso a gritarle al oído:

—¡Cincuenta y cuatro años de servicio! ¡Una medalla de plata! ¡Veinticinco francos! Es para usted.

Entonces la viejecita cogió la medalla, la miró, y una sonrisa beatífica le iluminó el semblante; y cuando se alejaba la oyeron murmurar:

—Se la daré al cura de nuestra parroquia para que diga unas misas por mí.

—¡Qué fanatismo! —exclamó el farmacéutico, inclinándose hacia el notario.

Había concluido la sesión y la multitud empezó a dispersarse. Ahora, una vez leídos los discursos, cada cual volvía a ocupar su rango y la vida reanudaba su curso normal: los amos maltrataban a los criados, y éstos golpeaban a los animales, triunfadores indolentes que volvían al establo con una corona verde entre los cuernos.

Entre tanto, los guardias nacionales habían subido al primer piso del ayuntamiento, con bollos ensartados en las bayonetas, y el tambor del batallón con

una cesta llena de botellas. Madame Bovary se cogió del brazo de Rodolphe y éste la acompañó a su casa. Se separaron ante la puerta, y luego él se fue a pasear solo por la pradera mientras llegaba la hora del banquete.

El festín fue largo, ruidoso y estuvo mal servido; los comensales se hallaban tan apretujados, que apenas podían mover los codos, y las estrechas tablas que hacían las veces de bancos a punto estuvieron de romperse bajo el peso de los allí presentes. Todos comían con verdaderas ansias. Quien más quien menos intentaba resarcirse de la cantidad desembolsada. El sudor corría por todas las frentes, y un vaho blanquecino, como neblina de río en mañana otoñal, flotaba por encima de la mesa, entre los quinqués colgados del techo. Rodolphe, con la espalda apoyada en el calicó de la tienda, se hallaba tan absorto pensando en Emma, que no oía nada. Detrás de él, unos cuantos criados iban apilando platos sucios sobre el césped; sus vecinos de mesa le hablaban, pero él no respondía; le volvían a llenar el vaso, y nada era capaz de interrumpir el silencio que reinaba en su mente, a pesar del progresivo incremento de los rumores a su alrededor. Pensaba en lo que ella había dicho y en la forma de sus labios; su rostro se reflejaba sobre la superficie de los chacós como en un espejo mágico; los pliegues de su vestido gravitaban por las paredes, y las jornadas de amor se sucedían hasta el infinito en las perspectivas del porvenir.

Volvió a verla por la noche, durante los fuegos artificiales, pero iba acompañada de su marido, de madame Homais y del farmacéutico, el cual se mostraba particularmente preocupado por el peligro que podrían suponer los cohetes perdidos; y a cada momento se separaba de sus acompañantes para ir a hacerle todo tipo de recomendaciones a Binet.

Por exceso de precaución, las piezas pirotécnicas enviadas a la dirección de monsieur Tuvache, las había guardado éste en la bodega; de ahí que la pólvora, excesivamente húmeda, apenas se inflamara, y que el número más atractivo, que debía representar a un dragón mordiéndose la cola, fuera un rotundo fracaso. De vez en cuando surcaba el aire una pobre bengala romana, y entonces la muchedumbre, boquiabierta, prorrumpía en un clamor, con el que se mezclaban los chillidos de las mujeres, a las que, al amparo de la oscuridad, hacían cosquillas en la cintura. Emma, silenciosa, se acurrucaba tiernamente contra el hombro de Charles; luego, alzando la barbilla, seguía en el cielo negro la estela luminosa de los cohetes. Rodolphe la contemplaba a la luz de los farolillos.

Poco a poco éstos se fueron apagando; aparecieron las estrellas y empezaron a caer algunas gotas de lluvia. Emma se anudó el chal para protegerse su cabeza descubierta.

En aquel momento salió de la hospedería el fiacre del consejero. El cochero, que iba borracho, se adormeció de repente; y de lejos, por encima de la capota, entre las dos linternas, se vislumbraba la masa de su cuerpo bamboleándose de derecha a izquierda, al compás de los vaivenes del coche.

—La verdad —dijo el boticario— es que habría que actuar severamente contra la

embriaguez. Si estuviera en mis manos, haría que se inscribieran en la puerta del ayuntamiento, en una pizarra *ad hoc*, los nombres de todos los que durante la semana se hubieran intoxicado con alcohol. De ese modo, desde el punto de vista de las estadísticas, se dispondría de una serie de datos fehacientes de los que se podría echar mano en caso de necesidad... Pero dispensen.

Y corrió de nuevo hacia el capitán, que en ese momento regresaba a su casa con el propósito de revisar su turno.

—Quizá no estaría de más —le dijo Homais— que enviara usted a alguno de sus hombres o que fuese usted personalmente...

—¡Déjeme usted en paz! —respondió el recaudador—. ¿No ve que no pasa nada en absoluto?

—Estén ustedes tranquilos —dijo el boticario cuando se halló de nuevo junto a sus amigos—. Monsieur Binet me acaba de asegurar que se han tomado todas las medidas pertinentes. No caerá ninguna pavesa encima. Las bombas están dispuestas. Podemos irnos a dormir.

—¡Buena falta me hace! —dijo madame Homais bostezando ostensiblemente—; pero no importa, la fiesta ha resultado perfecta y el día no ha podido ir mejor.

Rodolphe repitió en voz baja y con mirada tierna:

—¡Oh, sí, desde luego!

Y después de saludarse, se separaron.

Dos días después, en el *Fanal de Rouen* apareció un extenso artículo sobre los comicios. El propio Homais lo había escrito al día siguiente de celebrarse éstos, en un momento de inspiración:

«¿Por qué esas orlas, esas flores, esas guirnaldas? ¿Hacia dónde corría aquella muchedumbre, como olas de un mar embravecido, bajo los torrentes de luz de un sol tropical que irradiaba su calor sobre nuestros barbechos?».

Hablaba luego de la situación de los campesinos. Ciertamente que el gobierno hacía mucho, pero no lo bastante. «¡Ánimo! —le exhortaba—. Mil reformas son indispensables: acometámoslas». Al abordar, después, la llegada del consejero, no olvidaba sacar a relucir «el aire marcial de nuestra milicia», ni «nuestras más vivarachas lugareñas», ni «los ancianos de venerable calva, especie de patriarcas allí presentes, y algunos de los cuales, vestigios de nuestras inmortales falanges, sentían aún latir sus corazones al escuchar el redoble viril de los tambores». Se citaba a sí mismo entre los primeros miembros del jurado, y hasta recordaba, en una apostilla, que monsieur Homais, farmacéutico, había enviado a la Sociedad Agrícola una memoria sobre la sidra. Al llegar a la distribución de los premios, describía el júbilo de los galardonados con grandes ditirambos: «El padre abrazaba al hijo, el hermano al hermano, el esposo a la esposa. Más de uno mostraba con orgullo su humilde medalla, y seguramente, al volver a casa junto a su buena esposa, la colgaría con lágrimas en los ojos en la modesta pared de su choza.

»Hacia las seis un banquete dispuesto en el prado de monsieur Liégeard reunió a

las principales personalidades de la celebración. En todo momento reinó la mayor cordialidad. Se pronunciaron diversos brindis: monsieur Lieuvain brindó por el monarca; monsieur Tuvache, por el prefecto; monsieur Derozerays, por la agricultura; monsieur Homais, por la industria y las bellas artes, hermanas gemelas; monsieur Leplichey, por las futuras mejoras. Por la noche unos esplendorosos fuegos artificiales iluminaron de repente el aire. Parecía aquello un auténtico caleidoscopio, un verdadero decorado operístico; y por un momento, nuestra pequeña localidad pudo creerse transportada en medio de un sueño de *Las mil y una noches*».

«Consignaremos que ningún incidente enojoso vino a perturbar aquella reunión de familia».

Y añadía finalmente:

«Solamente se notó la ausencia del clero. Sin duda las sacristías entienden el progreso de muy diferente manera. ¡Allá ustedes, señores de Loyola!»^[93].

IX

Transcurrieron seis semanas sin que Rodolphe volviera a aparecer. Por fin, una tarde se presentó.

Al día siguiente de los comicios se había dicho prudentemente: «No volvamos muy pronto, sería un error».

Y al final de la semana se fue de cacería. Al volver pensó que quizá fuera demasiado tarde, pero luego se hizo el siguiente razonamiento: «Si me quiere desde el primer día, ahora, la impaciencia por volver a verme habrá incrementado sin duda su amor. Adelante, pues».

Y nada más entrar en la sala y ver cómo Emma palidecía, comprendió que no se había equivocado.

Anochecía y estaba sola. Los visillos de muselina que cubrían los cristales tamizaban, espesándola, la luz del crepúsculo, y el marco dorado del barómetro, sobre el que caía un rayo de sol, proyectaba por entre los festones del polípero un intenso fulgor en el espejo.

Rodolphe permaneció de pie, y Emma apenas fue capaz de responder a sus primeras frases de cortesía.

—He tenido bastante trabajo últimamente —dijo él—. Además, he estado enfermo.

—¿De gravedad? —exclamó ella.

—Bueno —dijo Rodolphe, sentándose a su lado en un taburete—, a decir verdad, no... Lo que ocurre es que no quería volver por aquí.

—¿Por qué?

—¿No lo adivina?

La volvió a mirar, pero de una manera tan vehemente, que ella, ruborizándose, agachó la cabeza. Rodolphe continuó:

—Emma...

—¡Por favor, caballero!

—¡Ah!, ya ve usted —replicó él con voz melancólica— que hacía muy bien en no querer venir; pues, sin más, me prohíbe usted que pronuncie ese nombre, ese nombre que me invade el alma y que se me acaba de escapar sin querer. ¡Madame Bovary!... Sí, así es como le llama todo el mundo... Pero ese nombre no es el suyo, sino el de otro.

Y repitió:

—¡El de otro!

Y se tapó la cara con las manos.

—¡Sí, pienso constantemente en usted!... Su recuerdo me desespera. ¡Ah, lo siento, perdóneme!... La dejo... ¡Adiós!... ¡Me iré lejos, tan lejos que jamás volverá usted a oír hablar de mí!... Y, sin embargo... hoy... no sé qué fuerza me ha arrastrado hacia usted. No se puede luchar contra el cielo, es imposible sustraerse a la

sonrisa de los ángeles. ¿Cómo no sentirse atraído por lo que es bello, encantador y adorable?

Era la primera vez que a Emma le decían cosas así; y su orgullo, como alguien que se solaza en un baño turco, se distendía lánguidamente y a sus anchas al calor de aquel lenguaje.

—Pero, aunque no haya venido hasta ahora —prosiguió Rodolphe—, aunque haya estado sin verla tantos días, ¡ay!, por lo menos me ha cabido el consuelo de contemplar cuanto le rodea. Por la noche, todas las noches, me levantaba, llegaba hasta aquí y contemplaba su casa, el tejado reluciente bajo la luna, los árboles del jardín arrullando su ventana, y una lamparita, un simple resplandor que brillaba en la penumbra, a través de sus cristales. ¡Ah!, ¿cómo podía usted sospechar que allí, tan cerca y tan lejos, estuviera este pobre desdichado...?

Emma se volvió hacia él reprimiendo un sollozo.

—¡Oh, qué bueno es usted! —dijo.

—No, es simplemente que la amo y nada más. Usted lo cree, ¿verdad? ¡Dígamelo! ¡Una palabra, me basta con una sola palabra!

Rodolphe, insensiblemente, se dejaba ya deslizar del taburete al suelo, pero de repente le pareció oír un ruido de zuecos por la cocina, y al volverse, se dio cuenta de que la puerta del salón no estaba cerrada.

—Si fuera usted tan buena que accediera a satisfacer un capricho mío —prosiguió, levantándose.

El capricho en cuestión no era otro que visitar la casa; deseaba conocerla.

Madame Bovary no vio ningún inconveniente en ello, y cuando se levantaban entró Charles.

—Buenas tardes, doctor —le dijo Rodolphe.

El médico, halagado por aquella inesperada manera de saludarle, se deshizo en cumplidos, y Rodolphe aprovechó aquella pausa para recobrase un poco.

—Su señora me hablaba de su salud —dijo él.

Charles le interrumpió: estaba, en efecto, muy preocupado; los trastornos que sufriera antaño su mujer comenzaban a reproducirse. Entonces Rodolphe preguntó si no le convendría practicar de vez en cuando la equitación.

—¡Ah, ya lo creo!... ¡Es una excelente idea! Debería ponerla en práctica.

Y como Emma adujese que no tenía caballo, Rodolphe se apresuró a ofrecerle uno. Ella rehusó su ofrecimiento y él no insistió. Luego, para justificar su visita, contó que su carretero, el hombre al que Charles había practicado la sangría, seguía con sus mareos.

—Pasaré por allí a verle —dijo Bovary.

—No, no se preocupe, yo mismo se lo mandaré; vendremos juntos; será más cómodo para usted.

—¡Ah, muy bien! Se lo agradezco.

Y cuando se quedaron solos, dijo Charles:

—¿Por qué no aceptas esos ofrecimientos tan amables de monsieur Boulanger?

Emma adoptó un aire hosco, buscó mil excusas, y acabó por reconocer que aquello podría chocar un poco a la gente.

—¡Me tiene sin cuidado lo que pueda pensar la gente! —dijo Charles, saliendo por la tangente—. La salud es lo primero. Déjate de tonterías.

—Y además, ¿cómo quieres que monte a caballo si no tengo traje de amazona?

—Eso no es obstáculo, basta con encargarte uno —replicó él.

Lo del traje la acabó de convencer.

Cuando tuvo listo el atuendo, Charles escribió a monsieur Boulanger participándole que su mujer estaba a su disposición, y que le agradecían de antemano su amabilidad.

Al día siguiente, a mediodía, Rodolphe se presentó ante la puerta de Charles con dos soberbios caballos. Uno de ellos llevaba borlas de color rosa en las orejas y una silla de mujer de piel de ante.

Rodolphe calzaba botas altas de montar, flexibles, imaginando que seguramente ella no habría visto nunca nada semejante. En efecto, Emma quedó encantada de su porte en cuanto le vio en el rellano de la escalera con su gran casaca de terciopelo y su pantalón blanco de punto. Ella también estaba dispuesta y le esperaba.

Justin se escapó de la farmacia para verla. También dejó el boticario su mostrador para hacerle a monsieur Boulanger las correspondientes recomendaciones:

—¡Las desgracias ocurren cuando menos se piensa! ¡Tengan cuidado! ¡Sus caballos deben de ser muy fogosos!

Emma oyó ruido por encima de su cabeza: era Félicité, que tamborileaba en los cristales para entretener a la pequeña Berthe. La niña le envió un beso desde lo alto y su madre le respondió haciendo una señal con el pomo de la fusta.

—¡Que lo pasen bien! —exclamó monsieur Homais—. ¡Prudencia, sobre todo prudencia!

Y agitó el periódico viéndoles alejarse.

En cuanto sintió tierra bajo sus cascos, el caballo de Emma emprendió el galope. Rodolphe cabalgaba a su lado. De vez en cuando intercambiaban alguna que otra palabra. Emma, con la cara un poco inclinada, la mano en alto y arqueado el brazo derecho, se abandonaba a la cadencia del movimiento que la mecía en la montura.

Al llegar al pie de la cuesta, Rodolphe soltó las riendas. Arrancaron al mismo tiempo, de un solo impulso; luego, ya en lo alto, los caballos se pararon en seco, y el largo velo azul de Emma volvió a caer.

Era a primeros de octubre. Había niebla esparcida por el campo; ora formando estratos en el horizonte y contorneando las colinas, ora rompiéndose en jirones, y ascendiendo hasta acabar por extinguirse. A veces, al rasgarse las nubes atravesadas por un rayo de sol, se vislumbraban a lo lejos los tejados de Yonville, con las huertas a la orilla del agua, los corrales, las tapias y el campanario de la iglesia. Emma entornaba los párpados para intentar reconocer su casa, y nunca como entonces aquel

pobre pueblo en que vivía le pareció tan pequeño. Desde la altura en que se encontraban, todo el valle semejaba un inmenso lago pálido evaporándose en el aire. De trecho en trecho surgían grupos de árboles como rocas negras, y las altas hileras de álamos, sobresaliendo por encima de la bruma, parecían arenales removidos por el viento.

Al lado, sobre el césped, entre los abetos, una luz sombría impregnaba la tibia atmósfera. La tierra, rojiza como polvo de tabaco, amortiguaba el rumor de las pisadas, y los caballos, al avanzar, pateaban las piñas caídas con el filo de sus herraduras.

Rodolphe y Emma fueron siguiendo así la linde del bosque. Ella volvía de vez en cuando la cabeza para evitar la mirada de su acompañante, y lo único que entonces veía era una sucesión ininterrumpida de troncos de abetos alineados que la aturdió un poco. Los caballos resoplaban. El cuero de la montura crujía.

En el momento en que se internaban en el bosque, salió el sol.

—¡Dios nos protege! —dijo Rodolphe.

—¿Usted cree? —dijo ella.

—¡Adelante!, ¡avancemos! —repuso él.

Chasqueó la lengua. Ambas cabalgaduras prosiguieron su galope.

Largos helechos que crecían a la orilla del camino se enredaban al estribo de Emma. Rodolphe, sin dejar de cabalgar, se inclinaba y se los quitaba. Otras veces, para apartar las ramas, pasaba junto a ella, y Emma sentía el roce de su rodilla contra su pierna. El cielo se había quedado completamente azul. No se movía ni una hoja. Había grandes espacios cuajados de brezos en flor, y extensos mantos de violetas alternaban con la espesura de los árboles, que eran, según la diversidad de sus hojas, grises, leonados o dorados. A menudo se oía bajo los matorrales un leve batir de alas, o bien el graznido ronco y suave de los cuervos que levantaban el vuelo entre los robles.

Desmontaron. Rodolphe ató los caballos. Ella iba delante, sobre el musgo, siguiendo las rodadas del sendero.

Pero su vestido, demasiado largo no obstante llevarlo recogido por la cola, le estorbaba al andar, y Rodolphe, caminando detrás de ella, admiraba, entre el borde de paño negro de su falda y aquellas botinas también negras, la delicada blancura de su media, que presagiaba algo de su desnudez.

Emma se detuvo.

—Estoy cansada —dijo.

—¡Vamos, sigamos un poco más! —repuso él—. ¡Haga un esfuerzo!

Avanzó unos cien pasos más y se detuvo de nuevo. A través del velo, que le caía sesgado del ala de su sombrero masculino sobre las caderas, su rostro adquirió una transparencia azulada, como inmerso en ondas de azur.

—Pero ¿adónde vamos?

Rodolphe no respondió. Ella respiraba fatigosamente y él miraba en torno suyo y

se mordisqueaba el bigote.

Llegaron a un paraje más despejado donde habían abatido algunos árboles. Se sentaron sobre un tronco y Rodolphe comenzó a hablarle de su amor.

Al principio no quiso asustarla con excesivas ternezas. Se mostró tranquilo, serio, melancólico.

Emma le escuchaba cabizbaja, moviendo las virutas que aún quedaban en el suelo con la punta del pie.

Pero cuando de repente le oyó decir:

—¿Acaso nuestros destinos no están ya fundidos en uno?

—¡Oh, no! —respondió ella—. Usted sabe bien que eso es imposible.

Y se levantó haciendo ademán de marcharse. Él la retuvo por la muñeca y la obligó a detenerse. Emma se quedó mirándole durante unos instantes con ojos amorosos y humedecidos, y luego le dijo con viveza.

—¡En fin! Dejémoslo. No hablemos más de esto... ¿Dónde están los caballos? Regresemos.

Rodolphe no pudo reprimir un gesto de ira y de enojo. Ella repitió:

—¿Dónde están los caballos? ¿Dónde están los caballos?

Entonces él, con una extraña sonrisa en los labios, los dientes apretados y la mirada fija, avanzó hacia ella abriendo los brazos. Emma, temblorosa, retrocedió balbuceando:

—¡Oh, me da usted miedo! ¡Me hace daño! ¡Vámonos de aquí!

—Si no queda otro remedio... —replicó él, cambiando de talante.

Y volvió a mostrarse con ella respetuoso, tierno, tímido. Emma le dio el brazo y se alejaron de allí. Rodolphe decía:

—Pero ¿qué le ha pasado a usted? ¿Por qué? No la comprendo. Se equivoca usted conmigo, no me cabe duda. Para mí usted es como una madona en un pedestal que ocupa en mi alma un lugar elevado, sólido e inmaculado. Pero la necesito para vivir, ¡necesito sus ojos, su voz, su pensamiento! ¡Sea, pues, mi amiga, mi hermana, mi ángel guardián!

Y alargaba el brazo y le estrechaba el talle. Emma procuraba desasirse sin demasiado empeño. Él la retenía así mientras avanzaban.

Se oía ya el rumor de los dos caballos, que ramoneaban en medio del follaje.

—¡Por favor, espere un poco más! —dijo Rodolphe—. ¡No nos vayamos todavía! ¡Quédese!

La llevó un poco más lejos, al borde de un pequeño estanque cubierto de plantas acuáticas que formaban un manto verde sobre el agua. Nenúfares marchitos se mantenían inmóviles entre los juncos. Al ruido de sus pisadas sobre la hierba saltaban las ranas en busca de cobijo.

—¡Hago mal, hago mal! —decía ella—. Es una locura por mi parte prestar oídos a sus palabras.

—¿Por qué?... ¡Emma! ¡Emma!

—¡Oh, Rodolphe!... —pronunció la joven lentamente, reclinando la cabeza sobre su hombro.

La tela de su vestido se adhería al terciopelo de la casaca de Rodolphe. Emma echó hacia atrás su blanco cuello, que se dilataba con un suspiro, y desfallecida, deshecha en llanto, sacudida por un hondo estremecimiento, se ocultó el rostro y se entregó a él.

Caían ya las sombras del atardecer; la sesgada luz del sol, deslizándose por entre las ramas, le cegaba los ojos. Acá y allá, en torno a ella, en las hojas o en el suelo, temblaban numerosas manchas luminosas, como si una bandada de colibríes hubiese esparcido sus plumas al alzar el vuelo. El silencio reinaba por doquier; una sensación dulce parecía emanar de los árboles. Emma volvía a sentir el palpito de su corazón y la sangre circulando por su carne como un río de leche. Entonces oyó a lo lejos, más allá del bosque, sobre las colinas del fondo, un vago y prolongado grito, una voz pertinaz, y mientras la escuchaba en silencio, la sintió entremezclarse como una música con las últimas vibraciones de sus nervios alborotados. Rodolphe, con un cigarro entre los dientes, componía con su navaja una de las bridas que se había roto.

Regresaron a Yonville por el mismo camino. Volvieron a ver en el lodo las huellas de sus caballos, unas al lado de las otras, y también los mismos matorrales y los mismos guijarros entre la hierba. Nada se había alterado en torno a ellos; y sin embargo, lo ocurrido, para ella, era más trascendental que si las montañas hubieran cambiado de sitio. Rodolphe, de vez en cuando, se inclinaba hacia ella y le cogía la mano para besársela.

¡Qué encantadora resultaba montada a caballo, erguida, con su talle esbelto, doblada la rodilla sobre la crin de la montura y ligeramente encendido el rostro al aire libre sobre el fondo rojizo del cielo vespertino!

Al entrar en Yonville, Emma hizo caracolear a su caballo sobre el empedrado. La gente la miraba desde las ventanas.

Su marido, durante la cena, le encontró buena cara, pero cuando le preguntó por el paseo, ella hizo como que no le oía, y permaneció con los codos apoyados junto al plato, entre los dos candelabros encendidos.

—¡Emma! —dijo él.

—¿Qué?

—Esta tarde he pasado por casa de monsieur Alexandre; tiene una potranca bastante crecida, pero con buen aspecto todavía, sólo que un poco derrengada de las rodillas. Estoy seguro de que nos la vendería por unos cien escudos...

Y añadió:

—Bueno, lo cierto es que, pensando que esto te agradaría, la he apalabrado..., o mejor dicho, la he comprado... ¿He hecho bien? Vamos, dímelo.

Emma movió la cabeza en señal de asentimiento; pasado un cuarto de hora, preguntó:

—¿Sales esta noche?

—Sí, ¿por qué?

—¡Oh! Por nada, por nada, querido.

Y en cuanto se vio libre de Charles, subió a encerrarse en su cuarto.

Al principio sintió una especie de mareo; empezó a ver los árboles, los caminos, las cunetas, al propio Rodolphe, y notaba aún la opresión de sus brazos, mientras se estremecía el follaje y silbaban los juncos.

Pero, al mirarse en el espejo, se asombró al comprobar la mudanza de su rostro. Nunca se había visto unos ojos tan grandes, tan negros, tan profundos. Algo muy sutil inundaba todo su ser y la transfiguraba.

Y se repetía: «¡Tengo un amante, tengo un amante!», deleitándose en aquella idea como si sintiese renacer en ella una nueva pubertad. Por fin iba a conocer aquellos goces del amor, aquella fiebre de la dicha por la que siempre había suspirado. Penetrada en ese reino maravilloso donde ya todo sería pasión, éxtasis, delirio. Un azul infinito la envolvía; las cumbres del sentimiento resplandecían en su imaginación, y la existencia ordinaria tan sólo se vislumbraba a lo lejos, muy abajo, en la oscuridad de los espacios que mediaban entre aquellas alturas.

Entonces recordó a las heroínas de los libros que había leído, y toda aquella poética legión de mujeres adúlteras se puso a entonar en su memoria un cántico seductor de voces hermanas. Ella misma se convertía en una parte verdadera de aquellos seres fascinantes y consumaba el largo sueño de su juventud, contemplándose dentro de aquel modelo de enamorada que tanto había ansiado. Además, Emma experimentaba la satisfacción de la venganza. ¡Bastante había sufrido! Pero ahora llegaba la hora del triunfo, y el amor, tanto tiempo reprimido, brotaba ya sin trabas, con hervores gozosos. Lo saboreaba sin remordimiento alguno, sin turbaciones, sin miedo.

El día siguiente transcurrió en medio de una desconocida dulzura. Se hicieron juramentos. Ella le contó sus pesares. Rodolphe la interrumpía con sus besos, y ella, contemplándole con los párpados entornados, le pedía que volviera a llamarla por su nombre y le repitiese que la amaba. Sucedió esto en el bosque, como la víspera, en una choza de almadreñeros. Las paredes eran de paja y el techo tan bajo que tenían que agacharse. Ambos permanecían sentados uno junto al otro sobre un lecho de hojas secas.

A partir de aquel día empezaron a escribirse regularmente todas las noches. Emma llevaba su carta al extremo del jardín, junto al río, y la introducía en una ranura de la escarpa, Rodolphe acudía a recogerla y le dejaba otra que a ella siempre le parecía demasiado corta.

Una mañana que Charles había tenido que salir antes del alba, Emma sintió un irreprimito deseo de ver a Rodolphe. Era posible llegar en poco tiempo a La Huchette, permanecer allí una hora y regresar a Yonville antes de que nadie se hubiera despertado. Aquella idea la hizo jadear de deseo, y poco después se hallaba en medio de la pradera, andando a pasos rápidos y sin mirar hacia atrás.

El día empezaba a despuntar. Emma reconoció a lo lejos la casa de su amante, cuyas dos veletas en cola de milano destacaban su perfil negro sobre la desvaída luz del amanecer.

Pasado el patio de la granja, se levantaba un edificio que debía de ser la mansión. Le pareció como si las paredes, al acercarse ella, se abriesen por sí mismas a su paso. Una amplia escalinata recta conducía a la galería. Emma hizo girar el picaporte de una puerta, y de pronto, en el fondo de la habitación, distinguió en la penumbra la silueta de un hombre dormido. Era Rodolphe. Emma dio un grito:

—Pero cómo ¡tú aquí! —exclamó Rodolphe—. ¿Cómo te las has arreglado para venir?... ¡Ah, tienes todo el vestido mojado!

—¡Te quiero! —respondió ella, rodeándole el cuello con los brazos.

En vista del éxito de aquella primera temeridad, a partir de entonces, cada vez que Charles salía temprano, Emma se vestía a toda prisa y bajaba cautelosamente la escalinata que conducía a la orilla del río.

Pero cuando la pasarela por donde cruzaban las vacas estaba levantada, no le quedaba más remedio que seguir los muros que bordeaban el río, y como el suelo era muy resbaladizo, para no caer, se agarraba a los matorrales de alhelí marchitos. Después seguía campo a través por las tierras de labor, donde se hundía, tropezaba y se trababa con sus finas botas. La pañoleta que llevaba anudada a la cabeza se agitaba al viento entre los pastizales. Cuando pasaba junto a los bueyes echaba a correr, asustada; y finalmente llegaba jadeante, con las mejillas sonrosadas y exhalando por todos sus poros un fresco perfume de savia, de heno y de aire puro. Rodolphe, a aquella hora, aún estaba durmiendo. La irrupción de Emma era como una alborada de primavera que penetraba en su cuarto.

Las cortinas amarillas que cubrían las ventanas dejaban pasar suavemente una densa luz dorada. Emma avanzaba a tientas, entornando los ojos, y las gotas de rocío prendidas en sus crenchas formaban como una aureola de topacios en torno a su rostro. Rodolphe, riendo, la atraía hacia sí y la estrechaba contra su pecho.

Luego, Emma se ponía a fisgar por toda la habitación, abría los cajones de los muebles, se peinaba con el peine de su amante y se miraba en el espejo frente al que solía afeitarse. A veces hasta se ponía entre los dientes una gran pipa que había sobre la mesilla de noche, entre limones y terrones de azúcar, al lado de una jarra de agua.

Necesitaban un cuarto de hora largo para despedirse. Emma siempre acababa llorando, pues no hubiera querido tenerse que separar nunca de Rodolphe. Algo más fuerte que ella la empujaba hacia él, hasta que un día, al verla llegar de improviso, Rodolphe frunció el ceño con gesto contrariado:

—¿Qué te pasa? —le preguntó ella—. ¿Estás enfermo? ¡Vamos, dímelo!

Rodolphe, después de algunos titubeos, acabó por confesarle, en tono serio, que aquellas visitas resultaban una imprudencia y que con ellas Emma se comprometía cada vez más.

X

Poco a poco, aquellos temores de Rodolphe se apoderaron también de Emma. Al principio la embriaguez amorosa le impedía pensar en nada más. Pero ahora que aquel amor se había convertido en algo indispensable en su vida, temía perderlo o simplemente que algo lo perturbara. Por eso, al regresar ahora de casa de Rodolphe, echaba en torno suyo inquietas miradas, espiondo cada una de las siluetas que surgía en el horizonte y cada buhardilla del pueblo desde donde pudieran verla. Atisbaba las pisadas, los gritos, el ruido de los carros, y cada vez que oía algo raro, se detenía más pálida y más trémula que las hojas de los álamos que se balanceaban sobre su cabeza.

Una mañana que regresaba de este modo, creyó distinguir de repente el largo cañón de una carabina que parecía estar apuntándola. Sobresalía sesgadamente del borde de un pequeño tonel medio hundido entre las hierbas, junto a una cuneta. Emma, a punto de desfallecer de puro miedo, prosiguió no obstante su marcha, y del fondo del tonel surgió un hombre, como uno de esos diablos con resortes que salen al abrir ciertas cajitas de sorpresa. Llevaba polainas abrochadas hasta las rodillas y la gorra calada hasta los ojos; le tiritaban los labios y tenía la nariz roja. Era el capitán Binet, que estaba apostado acechando el paso de los patos silvestres^[94].

—¡Debería usted haber gritado desde lejos! —exclamó—. Cuando se percibe una escopeta, hay que prevenir al que la empuña.

El recaudador, de ese modo, pretendía disimular el susto que él mismo se había llevado, puesto que un decreto de la prefectura había prohibido la caza de patos a no ser que se hiciera en barca, y monsieur Binet, a pesar de su declarado respeto por la ley, la estaba infringiendo; de ahí que a cada momento le pareciera oír los pasos del guarda jurado. De cualquier modo, aquella inquietud no hacía sino acrecentar su placer, y allí, a solas en su cuba, se regodeaba en su suerte, íntimamente satisfecho de su astucia.

Al ver a Emma, se sintió aliviado de un gran peso, y en seguida entabló conversación:

—No hace calor que digamos, ¿pica!

Emma no decía ni palabra.

—Buen madrugón se ha dado usted esta mañana —prosiguió él.

—Sí —balbuceó Emma—; vengo de casa de la nodriza que cuida a mi hija.

—¡Ah, muy bien, muy bien! Pues yo, aquí donde me ve usted, llevo metido en este escondrijo desde que empezó a clarear; pero hace un tiempo tan asqueroso que a menos que te pasen las piezas por delante de las narices...

—Que usted lo pase bien, monsieur Binet —le interrumpió Emma, volviéndole la espalda.

—Servidor de usted, señora —repuso él en tono seco.

Y se volvió a meter en su tonel.

Emma se arrepintió de haber dejado al recaudador con la palabra en la boca. Sin duda, éste haría conjeturas malévolas. La historia de la nodriza era la peor excusa, pues todo el mundo sabía en Yonville que la niña de los Bovary llevaba ya un año en casa de sus padres. Además nadie residía por aquellos contornos; aquel camino tan sólo conducía a La Huchette; Binet, por consiguiente, debía haber adivinado de dónde venía, y no era hombre discreto que digamos; al contrario, se lo contaría a todo el mundo, ¡seguro! Emma se pasó todo el día dándole vueltas a la cabeza e ideando las mentiras más inverosímiles, sin poder apartar ni un momento de sus ojos a aquel cretino con zurrón.

Después de cenar, Charles, viéndola preocupada, propuso ir un rato a casa del farmacéutico para que de ese modo se distrajera un poco, y mira por dónde, la primera persona con quien se encontró allí fue precisamente el maldito recaudador. Estaba de pie delante del mostrador, a la luz del globo rojo, y decía:

—Deme media onza de vitriolo, por favor.

—Tráeme el ácido sulfúrico, Justin —gritó el boticario.

Y acto seguido, dirigiéndose a Emma, que se disponía a subir al cuarto de madame Homais:

—No, quédese usted aquí, no vale la pena que suba, ella va a bajar ahora mismo. Acérquese a la estufa mientras la espera... Dispense... Buenas tardes, doctor —el farmacéutico encontraba un cierto deleite en pronunciar la palabra doctor, como si el hecho de aplicarla a otro, hiciera recaer sobre sí mismo algo de la pompa con que él la revestía—... Pero ¡cuidado, Justin, no vayas a volcar los morteros! Ve mejor a traer las sillas de la salita; ya sabes que los sillones del salón no hay que moverlos.

Y ya se precipitaba Homais fuera del mostrador para volver a colocar el sillón en su sitio, cuando Binet le pidió media onza de ácido de azúcar.

—¿Ácido de azúcar? —exclamó desdeñosamente el farmacéutico—. En mi vida lo he oído nombrar. ¿No querrá usted decir por casualidad ácido oxálico^[95]? Oxálico, ¿no es eso?

Binet explicó que se trataba de un ingrediente que le faltaba para preparar un agua fuerte con la que quitarle la herrumbre a diversos utensilios de caza.

Emma se estremeció.

—En efecto —comentó el boticario—; el tiempo no es propicio, hace demasiada humedad.

—Sin embargo —repuso el recaudador con un aire no exento de malicia—, hay personas que no se arredran por eso.

Emma se ahogaba.

—Deme también...

«¡Pero por qué no se va de una vez!», pensaba ella.

—... media onza de colofonia y de trementina, cuatro de cera virgen, y tres medias onzas de negro animal para limpiar los cueros charolados de mi equipo.

El boticario estaba empezando a cortar la cera, cuando apareció madame Homais

con Irma en los brazos, Napoleón a su lado y Athalie detrás. Fue a sentarse en el banco de terciopelo que había junto a la ventana, y el niño se acurrucó en un taburete, mientras que su hermana mayor rondaba en torno a la caja de azufaias, cerca de su papaíto, que, impasible, vertía líquidos por los embudos y tapaba frascos, pegaba rótulos y confeccionaba paquetes. Todos guardaban silencio a su alrededor; y tan sólo se oía de vez en cuando el tintineo de las pesas en las balanzas o las breves palabras en voz baja del farmacéutico dando consejos a su aprendiz.

—¿Cómo va su pequeña? —preguntó de pronto madame Homais.

—¡Silencio! —exclamó su marido, que estaba anotando unas cifras en su cuaderno.

—¿Por qué no la ha traído? —prosiguió ella a media voz.

—¡Chist! —susurró Emma, señalando a Homais con el dedo. Pero Binet, totalmente absorto en la lectura de la suma, no debió de oír nada. Por fin se marchó, y entonces Emma, aliviada, lanzó un profundo suspiro.

—¡Qué modo de suspirar el suyo! —dijo madame Homais.

—Sí, es que hace un poco de calor —respondió ella.

Al día siguiente, Emma y Rodolphe se ocuparon del modo de organizar sus citas. Ella pretendía sobornar a la criada con algún regalo; pero ambos reconocieron que la mejor solución era encontrar en Yonville alguna casa discreta. Rodolphe se encargó de buscarla.

Durante todo el invierno, ya de noche cerrada, estuvo viniendo a la huerta tres o cuatro veces por semana. Emma, deliberadamente, había quitado la llave de la verja y Charles creyó que se habría extraviado.

Para avisarla, Rodolphe lanzaba contra la persiana un puñado de arena^[96]. Emma se levantaba sobresaltada; pero algunas veces no tenía más remedio que esperar, porque Charles tenía la manía de quedarse charlando junto a la lumbre y nunca se daba por satisfecho. Ella se consumía de impaciencia; si sus ojos hubieran sido capaces, le habrían hecho saltar por la ventana. Por fin comenzaba su *toilette* nocturna; después cogía un libro y se ponía a leer tranquilamente, fingiendo hallarse absorta en la lectura. Pero Charles, que ya estaba en la cama, la llamaba para que se acostase.

—Ven, Emma, que ya es tarde —decía.

—¡Sí, ya voy! —respondía ella.

Hasta que, deslumbrado por la luz de las velas, se volvía hacia la pared y se quedaba dormido. Ella, entonces, se escapaba, conteniendo el aliento, risueña, palpitante y sin apenas ropa.

Rodolphe llevaba un gran abrigo; la envolvía completamente en él, y, pasándole el brazo por el talle, la arrastraba sin hablar hasta el fondo del jardín.

Llegados al cenador, se sentaban en aquel mismo banco de troncos carcomidos donde Léon, antaño, durante las noches de verano, la contemplaba con mirada tan amorosa. Pero ahora Emma apenas si se acordaba de él.

Las estrellas resplandecían a través del ramaje sin hojas del jazminero. A sus espaldas oían el discurrir del río, y de vez en cuando, en la orilla, un chasquido de cañas secas. Masas de sombra se desparramaban por doquier en la penumbra, e incluso a veces, estremeciéndose todas al unísono, se erguían y se inclinaban como inmensas olas negras que avanzaban hacia ellos para cubrirlos. El frío de la noche les hacía abrazarse aún más estrechamente; los suspiros de sus labios les parecían más ardientes, más grandes sus ojos, aunque apenas perceptibles en la penumbra, y, en medio del silencio, las palabras susurradas caían sobre el alma con una sonoridad cristalina, repercutiendo en ella con múltiples vibraciones.

Cuando la noche estaba lluviosa, iban a refugiarse al gabinete de consulta de Charles, situado entre el cobertizo y el establo. Emma encendía uno de los candelabros de la cocina que tenía escondido detrás de los libros. Rodolphe se instalaba allí como en su propia casa. La vista de la biblioteca, de la mesa del despacho y de todo cuanto había en la estancia le ponía de buen humor, e incapaz de reprimirse, se permitía hacer a costa de su marido un sinfín de bromas de mal gusto que producían un cierto malestar en Emma. A ella le hubiera gustado verle más serio, y hasta más dramático si la ocasión lo requiriera, como aquella vez que creyó oír un rumor de pasos que se acercaban por el jardín.

—¡Alguien viene! —exclamó ella.

Rodolphe apagó la luz.

—¿Llevas tu pistola?

—¿Para qué?

—¿Para qué va a ser?... Para defenderte —susurró Emma.

—¿De tu marido? ¡Ah, pobre muchacho!

Y Rodolphe remató la frase con un gesto que venía a decir: «Le aplastaría de un sopapo».

Aunque impresionada por su valentía, Emma percibió bajo aquellas palabras una falta de delicadeza y hasta algo de grosería ingenua que la escandalizó.

Rodolphe le dio muchas vueltas a aquella historia de la pistola. Si Emma había hablado en serio, la cosa resultaba hartamente ridícula, pensaba él, e incluso odiosa, puesto que él no tenía ningún motivo para detestar a aquel bueno de Charles, no estando, como no lo estaba en modo alguno, consumido por los celos —y, a este respecto, Emma le había hecho un solemne juramento que él tampoco encontraba del mejor gusto.

Emma, por otra parte, estaba empezando a ponerse demasiado sentimental. Se empeñó en que intercambiaran retratos y mechones de cabello; luego le exigió un anillo, un verdadero anillo de boda en señal de alianza eterna. Le hablaba a menudo de las campanas que tañen al atardecer o de *las voces de la naturaleza*. Volvía una y otra vez al tema de sus respectivas madres; Rodolphe había perdido a la suya hacía ya veinte años, pero Emma se obstinaba en consolarle con un lenguaje remilgado, como si se hubiera dirigido a un niño abandonado, y hasta le decía algunas veces mirando a

la luna:

—Estoy segura que desde allá arriba, las dos juntas bendicen nuestro amor.

Pero ¡era tan hermosa! ¡Había poseído a tan pocas mujeres con semejante candor! Aquel amor tan exento de toda rémora de libertinaje era para él algo nuevo, algo que apartándole de sus costumbres fáciles, halagaba al mismo tiempo su orgullo y su sensualidad. La exaltación de Emma, que su sentido común burgués desdeñaba, le parecía, allá en el fondo de su corazón, una cosa encantadora por ser él el beneficiario de tan apreciado don. Sin embargo, al sentirse seguro de su amor, dejó de molestarse, e insensiblemente sus modales fueron cambiando^[97].

Ya no empleaba como antes aquellas palabras tan dulces que la hacían llorar de emoción ni le prodigaba aquellas vehementes caricias que la volvían loca, y así aquel gran amor en que vivía inmersa le pareció que iba bajando de nivel, como el agua de un río que se absorbiera en su cauce descubriendo, ante su vista, el fango del fondo. Pero como no quería creerlo, intensificó su ternura al tiempo que Rodolphe se esforzaba cada vez menos en disimular su indiferencia.

Emma no sabía si arrepentirse de haberse entregado a él o si, por el contrario, deseaba amarle más aún. La humillación de sentirse débil se iba convirtiendo en una especie de rencor que sólo las voluptuosidades mitigaban. Aquello no era cariño, sino algo así como una seducción permanente. Rodolphe la subyugaba y había momentos en que casi le tenía miedo.

Las apariencias, sin embargo, no podían ser más halagüeñas, ya que Rodolphe se las había ingeniado para conducir aquel adulterio según su capricho; y al cabo de seis meses, cuando llegó la primavera, su situación era semejante a la de dos casados que mantienen plácidamente la llama conyugal.

Era la época en que monsieur Rouault les solía enviar un pavo, como recuerdo de la curación de su pierna rota. El regalo llegaba siempre acompañado de una carta. Emma cortó la atadura que la sujetaba al cesto, y leyó las siguientes líneas:

«Mis queridos hijos:

»Espero que al recibo de la presente os halléis bien de salud y que el pavo que os envío no tenga nada que envidiar a los otros, pues me parece un poco más tierno y hasta me atrevería a decir que más gordo. La próxima vez, para variar, os mandaré un gallo, a no ser que prefiráis los pavos. Y devolvedme la carta, por favor, con las otras dos anteriores. He tenido un contratiempo en el cobertizo de los carros, pues una noche de ventisca salió la techumbre volando entre los árboles. La cosecha tampoco ha sido muy buena que digamos. En fin, que entre pitos y flautas no sé cuándo podré ir a veros. ¡No te puedes hacer una idea de lo difícil que me resulta dejar la casa desde que estoy solo, mi pobre Emma!».

(Y aquí había un espacio en blanco, como si el buen hombre hubiera dejado la pluma para pensar un rato).

«Yo estoy bien, excepción hecha de un catarro que cogí el otro día en la feria de

Yvetot, adonde fui en busca de un pastor, ya que al anterior tuve que despacharlo porque era demasiado delicado de boca. ¡Menudo castigo tener que aguantar a toda esta caterva de bandidos! Además, tampoco era muy honrado, que digamos.

»Supe por un buhonero que anduvo viajando este invierno pasado por esas tierras y tuvo que sacarse una muela, que Bovary sigue trabajando de firme, cosa que no me sorprende. El buhonero me enseñó la muela y tomamos un café juntos. Le pregunté si te había visto a ti y me dijo que no, pero que había visto en la cuadra dos animales, de donde deduzco que todo marcha a pedir de boca. Mejor que mejor, hijos míos, y que Dios os conceda toda la dicha imaginable.

»Me da mucha pena no conocer todavía a mi querida nietecita Berthe Bovary. He plantado para ella en el huerto, debajo de tu cuarto, un ciruelo, y no voy a consentir que nadie toque sus ciruelas como no sea para hacerle compota cuando llegue el tiempo; yo mismo se las guardaré en la alacena para cuando ella venga por aquí.

»Adiós, mis queridos hijos. Un beso para ti, hija mía, otro para mi yerno, y para la pequeña uno en cada mejilla.

»Con todo el cariño de vuestro amante padre.

Théodore Rouault».

Emma permaneció varios minutos con aquel tosco papel entre los dedos. Las faltas de ortografía se sucedían una tras otra, y Emma trataba de aprehender el pensamiento cariñoso que cacareaba a través de ellas, como una gallina medio escondida en un seto de espino. La tinta la había secado con cenizas de la lumbre, cosa que advirtió al resbalarle de la carta al vestido un polvillo ceniciento, y casi creyó percibir a su padre inclinándose sobre el rescoldo para coger las tenazas. ¡Cuánto tiempo hacía que no estaba junto a él, allí sentada, en el escabel de la chimenea, quemando la punta de un leño en la fogata de los juncos marinos chisporroteantes!... Y se acordó de las tardes de verano reverberantes de sol, de los potros que relinchaban al pasar junto a ellos, y galopaban y galopaban... Bajo su ventana había una colmena, y algunas veces, las abejas, revoloteando en plena luz, chocaban contra los cristales y rebotaban como balas de oro. ¡Qué felices tiempos los de entonces! ¡Qué libertad! ¡Qué esperanza! ¡Qué cúmulo de ilusiones! ¡Ya no quedaba nada de todo aquello! Lo había ido malgastando en las múltiples aventuras de su alma, en las sucesivas situaciones que le había tocado vivir, en la virginidad, en el matrimonio, en el amor; y así lo había perdido todo a lo largo de su vida, como el viajero que va dejando parte de su riqueza en cada una de las posadas del trayecto.

Pero ¿quién la hacía tan desgraciada? ¿Dónde estaba la extraordinaria catástrofe que había trastornado su existencia? Y levantó la cabeza mirando a su alrededor, como para buscar la causa de su sufrimiento.

Un rayo de sol abrilero arrancaba tonos irisados en las porcelanas de la estantería. Ardía la lumbre en la chimenea. Emma notaba bajo sus zapatillas la suavidad de la

alfombra. El día era claro, la atmósfera tibia, y de pronto oyó a su hija reír a carcajadas.

En efecto, la niña se estaba revolcando en ese momento entre los montones de heno puestos a secar. Se hallaba tendida boca abajo, en lo alto de un almiar. La criada la sujetaba por la falda. Lestiboudois andaba rastrillando cerca, y cada vez que se acercaba, la pequeña se agachaba hacia él, agitando sus bracitos.

—¡Tráigamela! —gritó la madre, precipitándose para besarla—. ¡Cuánto te quiero, pequeña mía! ¡Cuánto te quiero!

Luego, dándose cuenta de que tenía las orejas un poco sucias, llamó en seguida para que le trajeran agua caliente, y la limpió, la cambió de ropa, de calcetines, de zapatos, e hizo mil preguntas acerca de su salud, como si acabara de regresar de un viaje; finalmente, después de besarla de nuevo y con lágrimas en los ojos, la dejó otra vez en manos de la niñera, que se había quedado pasmada ante semejante exceso de ternura.

Aquella noche, Rodolphe la encontró más seria que de costumbre.

«Será otra de sus rarezas —pensó—. Ya se le pasará».

Y faltó a tres citas consecutivas. Cuando volvió, Emma se mostró fría y casi desdeñosa.

—¡Ah! Pierdes el tiempo, encanto...

E hizo como que no notaba sus suspiros melancólicos ni que de vez en cuando sacaba el pañuelo.

Fue entonces cuando Emma empezó a arrepentirse de lo que había hecho.

Incluso se preguntó por qué aborrecía a Charles y si no hubiera sido preferible poder amarlo. Pero Charles apenas se prestaba a estos rebrotes de sentimiento, y Emma permanecía indecisa en su veleidad de sacrificio, cuando de repente el boticario vino oportunamente a brindarle una ocasión.

XI

Homais había leído no hacía mucho el elogio de un nuevo método para curar los pies deformes; y siendo, como era, partidario del progreso, concibió la patriótica idea de que en Yonville, para ponerse a la altura debida, había que llevar a cabo alguna operación de estrefopodia^[98].

—Porque, ¿qué se arriesgaba con ello? —le decía a Emma—. Vea usted —y enumeraba con los dedos las ventajas que entrañaba la tentativa—; éxito casi seguro,

alivio y embellecimiento del paciente, celebridad rápidamente adquirida para el cirujano. Ahí tiene, sin ir más lejos, a ese pobre Hippolyte del *Lion d'or*, su marido podría intentar operarle. Tenga en cuenta que él mismo se encargaría de contar su curación a todos los viajeros, y además —Homais bajaba un poco la voz y miraba en torno suyo—, ¿quién me impediría mandar al periódico un articulito hablando del caso? En fin..., ya sabe, un artículo circula..., provoca comentarios..., y al final ocurre con él lo que con una bola de nieve. ¡Y quién sabe! ¡Quién sabe!

En efecto, Bovary podría triunfar; nada hacía pensar a Emma que su marido no fuera hábil, ¡y qué satisfacción para ella haberle animado a dar un paso que es más que probable que acrecentara su reputación y su fortuna! Y es que en aquel momento Emma no deseaba otra cosa que apoyarse en algo que fuera más sólido que el amor.

Charles, solicitado por el boticario y por ella, no tardó en dejarse convencer. Encargó en Rouen el libro del doctor Duval, y todas las noches, con la cabeza entre las manos, se sumía en aquella lectura.

Y mientras él estudiaba los equinos, los varus y los valgus, es decir, la estrefocatopodia, la estrefendopodia y la estrefexopodia (o, dicho de una forma más comprensible, las diferentes desviaciones del pie, hacia abajo, hacia dentro o hacia fuera), sin olvidar la estrefipopodia y la estrefanopodia (o, dicho de otro modo, la torsión hacia abajo y el enderezamiento hacia arriba), monsieur Homais, por su parte, exhortaba con toda clase de razonamientos al mozo de la hospedería para que se dejara operar.

—Apenas sentirías nada; si acaso un leve dolor. No es más que un simple pinchazo, como si te sangraran; menos doloroso que la extirpación de ciertos callos.

Hippolyte se quedaba reflexionando con ojos de idiota.

—Como puedes comprender —insistía el farmacéutico—, a mí esto ni me va ni me viene; ¡te lo digo por tu propio bien!, ¡por pura humanidad! Me gustaría tanto verte, mi querido amigo, liberado de tu horrible cojera, de ese balanceo de la región lumbar, que, digas lo que digas, tiene que perjudicarte considerablemente en el desempeño de tu oficio.

Entonces Homais le hacía ver lo apuesto y ágil que se iba a sentir una vez operado, y hasta llegó a insinuarle que de ese modo tendría muchas posibilidades de gustar a las mujeres, cosa que hacía sonreír socarronamente al mozo de cuadra. Después Homais le atacaba por el flanco de la vanidad:

—Además, ¿no eres acaso un hombre, pardiez? ¡Qué sería de ti si tuvieras que servir en el ejército, combatir por la patria...! ¡Ah, Hippolyte!

Y Homais se alejaba, diciendo que no acertaba a comprender aquella tozudez, aquella ceguera empeñada en rechazar los beneficios de la ciencia.

El pobre infeliz finalmente cedió, porque aquello se había convertido en una auténtica conjura. Binet, que nunca se metía donde no le llamaban, madame Lefrançois, Artémise, los vecinos, y hasta el alcalde, monsieur Tuvache, todos se creyeron con derecho a intervenir, a sermonear, a avergonzar a Hippolyte. Pero lo que

acabó de decidirle fue que aquello no le costaría ni un céntimo. Bovary se comprometía incluso a correr con los gastos del aparato para la operación. Este rasgo generoso fue idea de Emma, y Charles accedió a ello gustoso, reconociendo en el fondo de su corazón que su mujer era un ángel.

Siguiendo las indicaciones del farmacéutico y después de rehacerla tres veces, Charles consiguió que el carpintero, ayudado por el cerrajero, construyera una especie de caja que pesaba alrededor de ocho libras y en la que no se escatimó nada, ni el hierro, ni la madera, ni la chapa, ni el cuero, ni los tornillos, ni las tuercas.

Ahora bien, para saber qué tendón había que cortar a Hippolyte, era necesario conocer antes la clase de deformidad que presentaba su pie.

Hippolyte tenía un pie que formaba con la pierna una línea casi recta, lo que no impedía que también estuviera metido hacia dentro, de modo que se trataba de un equino con algo de varus, o bien un ligero varus con marcada tendencia equinoide. Pero lo cierto es que con este pie equino, ancho, en efecto, como una pezuña de caballo, de piel rugosa, de tendones secos, de grandes dedos con uñas ennegrecidas semejantes a clavos de herradura, el estrefópodo galopaba como un gamo de la mañana a la noche. Se le veía constantemente por la plaza, brincando por entre los carros, avanzando impenitente con su desigual soporte. Incluso parecía tener más vigor en la pierna enferma que en la sana. De tanto utilizarla, había adquirido algo así como determinadas cualidades morales de paciencia y de energía, de tal modo que cuando le confiaban algún trabajo especialmente penoso, se apoyaba preferentemente en ella.

Como se trataba, pues, de un pie equino, había que cortar el tendón de Aquiles, sin perjuicio de que posteriormente hubiera que intervenir el músculo tibial anterior, para corregir el varus; porque el médico no se atrevía a intentar al mismo tiempo las dos operaciones, y hasta temblaba ya ante la idea de dañar alguna zona importante desconocida para él.

Ni Ambroise Paré^[99], cuando aplicó por primera vez, siguiendo las enseñanzas de Celso^[100], y con quince siglos de intervalo, la ligadura inmediata de una arteria; ni Dupuytren^[101], cuando extirpó un absceso horadando una gruesa capa de encéfalo; ni Gensoul^[102], en el momento en que hizo la primera resección del maxilar superior, tuvieron seguramente el corazón tan palpitante, tan trémula la mano y tan sobre ascuas el intelecto como monsieur Bovary cuando se acercó a Hippolyte con su *tenótomo*^[103] entre los dedos. Y, como en los hospitales, tenía a su lado, sobre una mesa, un montón de hilas, hilos encerados y muchas vendas, una pirámide de vendas, todas las vendas que había en la farmacia. Homais se había encargado personalmente desde las primeras horas de la mañana de llevar a cabo todos estos preparativos, tanto para deslumbrar a la gente como para ilusionarse a sí mismo. Charles hizo una incisión en la piel; se oyó un crujido seco. El tendón quedó cortado y la operación concluida. Hippolyte no salía de su asombro, y una y otra vez se inclinaba sobre las manos de Bovary para cubrirlas de besos.

—¡Vamos, cálmate —le decía el boticario—, ya tendrás tiempo de demostrar tu gratitud a tu bienhechor!

Y bajó a contar el resultado de la operación a cinco o seis curiosos que aguardaban en el patio, y que se imaginaban que Hippolyte iba a reaparecer caminando como si tal cosa. Charles, por su parte, después de encajar el miembro de su paciente en el motor mecánico, regresó a su casa, donde Emma, muy ansiosa, le esperaba a la puerta. Al verlo llegar, se le echó al cuello. En seguida se sentaron a la mesa; Charles comió con buen apetito y hasta pidió una taza de café a los postres, exceso que sólo se permitía los domingos, cuando tenían invitados.

La velada transcurrió de una forma encantadora, en animada conversación y trazando proyectos en común. Hablaron de su futura fortuna, de las mejoras que podrían llevar a cabo en la casa. Charles veía ya extenderse su nombre, aumentar su bienestar, siempre arropado por el cariño de su esposa; y ella se sentía dichosa, revitalizada por aquel sentimiento nuevo, más sano, mejor, y feliz de poder corresponder con un poco de ternura a aquel hombre que la adoraba. Por un momento la imagen de Rodolphe le cruzó por la mente, pero sus ojos se posaron otra vez en Charles, y hasta notó con sorpresa que no tenía los dientes feos.

Estaban ya en la cama cuando monsieur Homais, haciendo caso omiso de las advertencias de la cocinera, entró de sopetón en el dormitorio con una hoja de papel recién escrita en la mano. Era el artículo que había redactado para el *Fanal de Rouen* y lo traía para que lo leyeran ellos antes.

—Léalo usted mismo —dijo Bovary.

Y él leyó:

«Pese a los prejuicios que aún recubren una gran parte de la faz de Europa como una red, la luz comienza, sin embargo, a penetrar en nuestros campos. Y así, el martes último, nuestra pequeña localidad de Yonville fue escenario de una experiencia quirúrgica que puede considerarse, al mismo tiempo, un acto de alta filantropía. Monsieur Bovary, uno de nuestros más distinguidos cirujanos...».

—¡Ah, usted exagera, eso es excesivo! —protestaba Charles, sofocado por la emoción.

—¡No, no, nada de eso!... «Operó de un pie deforme...». No empleo el término científico porque, como usted muy bien sabe, en un periódico..., es más que probable que mucha gente no entienda; conviene que las masas...

—Tiene usted razón —dijo Bovary—. Pero siga, siga.

—Comienzo de nuevo —dijo el farmacéutico: «Monsieur Bovary, uno de nuestro más distinguidos cirujanos, operó de un pie deforme al llamado Hippolyte Tautin, mozo de cuadra desde hace veinticinco años en la hostería del *Lion d'or*, regentada por la viuda de Lefrançois, sito en la plaza de Armas. La novedad de la tentativa y el interés que despertaba el asunto atrajeron tal concurrencia de gente, que resultaba imposible dar un paso en el umbral del establecimiento habilitado a tal efecto. La operación, por lo demás, se llevó a cabo como por ensalmo, y apenas si aparecieron

unas gotas de sangre sobre la piel, como para anunciar que el tendón rebelde acababa de ceder a los esfuerzos del arte. El paciente, cosa extraña (y lo afirmamos *de visu*), no experimentó dolor alguno. Su estado, hasta ahora, es satisfactorio. Todo hace suponer que la convalecencia será corta, y quién sabe incluso si, en las próximas fiestas locales, no veremos a nuestro buen Hippolyte tomar parte en las danzas báquicas, en medio de un coro de alegres romeros, dejando de ese modo constancia, con su humor y sus cabriolas, de su completa curación. ¡Honor, pues, a los sabios generosos! ¡Honor a esos espíritus infatigables que consagran sus vigilias a la mejora o al alivio de sus congéneres! ¡Honor, una y mil veces! ¿No es llegada la hora de proclamar que los ciegos podrán ver, los sordos, oír, y los cojos, andar? Lo que el fanatismo reservaba antaño a sus elegidos, ahora la ciencia lo pone al alcance de todos los hombres. Tendremos a nuestros lectores al corriente de las sucesivas fases de esta notable curación».

Lo que no impidió que, cinco días más tarde, la viuda Lefrançois se presentara en casa de Bovary muy asustada y gritando:

—¡Socorro! ¡Se muere...! ¡Dios mío, me voy a volver loca!

Charles se precipitó hacia el *Lion d'or*, y el farmacéutico, que le vio cruzar por la plaza, sin sombrero, abandonó la botica y se presentó también allí, jadeante, sofocado, inquieto y preguntando a cuantos subían por la escalera:

—¿Qué le sucede a nuestro interesante estrefópodo?

El estrefópodo se retorció en medio de atroces convulsiones, y era tal su sufrimiento, que golpeaba la pared con el motor mecánico en el que estaba inserta su pierna y amenazaba con echarla abajo.

Con muchas precauciones, para no perturbar la posición del miembro dañado, le quitaron la caja y el espectáculo que se ofreció a sus ojos fue francamente horripilante. Las formas del pie desaparecían bajo una hinchazón tal, que daba la impresión de que toda la piel estaba a punto de estallar, presentando además su superficie una capa de equimosis ocasionada por la famosa máquina. Hippolyte ya se había quejado varias veces de dolores, pero nadie le había hecho caso. Ahora, sin embargo, tuvieron que reconocer que no lo hacía de puro vicio. Decidieron, pues, dejarle el pie libre durante algunas horas, pero apenas cedió un poco la inflamación del edema, los dos sabios juzgaron oportuno introducir de nuevo el miembro en el aparato, y apretarlo incluso un poco más para acelerar de ese modo el proceso. Hasta que por fin, tres días después, viendo que Hippolyte no podía aguantar más, le quitaron de nuevo el ingenio mecánico y se quedaron sobrecogidos del lamentable estado en que el pie se hallaba. Una tumefacción lívida se extendía por toda la pierna, observándose además, acá y allá, unas flictenas^[104] que supuraban un humor negruzco. Aquello tomaba mal cariz. Hippolyte empezaba a estar harto, y madame Lefrançois le instaló en una salita, junto a la cocina, para que tuviese al menos alguna distracción.

Pero el recaudador, que cenaba allí todos los días, se quejó amargamente de

semejante compañía. Entonces trasladaron a Hippolyte a la sala de billar.

Y allí se pasaba las horas, gimiendo bajo las toscas mantas, pálido, ojeroso y sin afeitar, removiendo de vez en cuando la sudorosa cabeza sobre la sucia almohada donde venían a posarse las moscas. Madame Bovary solía ir a visitarle, y además de llevarle hilachas para las cataplasmas, intentaba consolarle, y darle ánimos. De todos modos no le faltaba compañía, en especial los días de mercado, cuando los campesinos acudían a jugar al billar y se ponían alrededor de él, afanándose con los tacos, fumando, bebiendo, cantando y vociferando sin cesar.

—¿Qué tal vas? —le preguntaban, dándole una palmadita en el hombro— ¡Ah, parece que no las tienes todas contigo! Pero la culpa es tuya. Tendrías que hacer esto o lo otro.

Y le contaban casos de gente que se había curado valiéndose de procedimientos muy diferentes de los que a él le aplicaban. Y luego, para consolarle, le decían:

—Lo que pasa es que te das demasiado bombo. ¡Levántate de una vez! ¡Vives a cuerpo de rey! ¡Bah, eso no es nada, viejo tunante! ¡La verdad es que lo que se dice bien bien no hueles!

La gangrena, en efecto, avanzaba muy deprisa. A Bovary aquello le estaba poniendo enfermo. Venía a verle a todas horas e Hippolyte le miraba con ojos llenos de espanto y balbuceaba sollozando:

—¿Cuándo voy a estar curado?... ¡Ah, sálveme, sálveme!... ¡Qué desgraciado soy! ¡Qué desgraciado soy!

Y el médico se iba, no sin antes recomendarle la consabida dieta.

—No le hagas caso, hijo —le decía después madame Lefrançois—; ¡bastante te han martirizado ya! No voy a consentir que te sigas debilitando aún más. ¡Toma, come!

Y le daba algún buen caldo, alguna buena loncha de pierna de cordero, algún trozo de tocino, y, a veces, incluso alguna que otra copita de aguardiente, pero Hippolyte no se sentía con ánimos para llevársela a los labios.

El padre Bournisien, enterado de que empeoraba, fue a verle. Empezó por compadecerle de su dolencia, al tiempo que le exhortaba a afrontarla con alegría, puesto que era la voluntad del Señor, sin olvidar que tenía que aprovechar la coyuntura para reconciliarse con el cielo.

—Porque —le decía el sacerdote con tono paternal— debes reconocer que últimamente habías descuidado un tanto tus deberes religiosos; rara vez se te veía en misa. ¿Cuántos años hace que no comulgas? Comprendo que tus obligaciones y que el ajetreo del mundo te hayan impedido pensar en tu salvación, pero considero que ha llegado el momento de reflexionar al respecto. No desesperes por ello; he conocido a grandes pecadores que, próximos a comparecer ante Dios (ya sé, ya sé que ese no es tu caso), imploraron su misericordia y murieron, puedes creerlo, en las mejores disposiciones. Esperemos que tú, a semejanza de ellos, seas capaz de darnos ejemplo a todos. Así, pues, y como simple medida de precaución, ¿qué te costaría rezar por las

mañanas y por las noches un avemaría y un padrenuestro? ¡Hazlo, hombre, aunque sólo sea por complacerme a mí! ¿Qué te cuesta hacerlo...? ¿Me lo prometes?

El pobre diablo lo prometió. El cura volvió los días siguientes. Se ponía a hablar con la hostelera y hasta contaba anécdotas entremezcladas con chascarrillos y juegos de palabras que Hippolyte no comprendía. Luego, cuando venía a cuento, poniendo cara de circunstancias, hacía recaer hábilmente la charla sobre los temas religiosos que a él le interesaban.

Su celo pareció dar resultado, pues no tardó el estrefópodo en manifestar su deseo de ir en peregrinación a Bon-Secours si se curaba; el padre Bournisien respondió que no veía en ello inconveniente: más valía extremar las precauciones, y además, nada se perdía con ello.

El boticario se indignó contra lo que él llamaba *los manejos del cura*, que, en su opinión, no hacían sino entorpecer la convalecencia de Hippolyte, y le repetía sin cesar a madame Lefrançois:

—¡Déjenle en paz, déjenle en paz! ¡Con tanto misticismo, lo único que hacen es perturbarle el espíritu!

Pero la buena mujer ya no quería seguir escuchándole. Él era el causante de todo. Y por llevarle la contraria, incluso decidió colgar a la cabecera del enfermo una pila de agua bendita llena a rebosar, con una ramita de boj.

Sin embargo, tampoco la religión, como ocurriera con la cirugía, pareció aliviarle en exceso, y la incontenible putrefacción seguía ascendiendo sin cesar, desde las extremidades hacia el vientre. Por más que variaban las pócimas y cambiaban las cataplasmas, los músculos se iban deteriorando cada día más, y por fin Charles no tuvo más remedio que asentir cuando madame Lefrançois le preguntó si no podría, como último recurso, hacer venir de Neufchâtel a monsieur Canivet, que era una celebridad.

Doctor en medicina, de cincuenta años, con una buena posición social y seguro de sí mismo, el colega no se anduvo con miramientos y sonrió despectivamente al descubrir aquella pierna gangrenada hasta la rodilla. Después de dictaminar sin rodeos que había que amputar, se fue a la farmacia y allí se puso a despotricar contra los asnos que habían sido capaces de reducir a semejante estado a aquel pobre hombre.

—¡Esos son los inventos de París! —vociferaba, agarrando a monsieur Homais por los botones de la levita—. ¡Ahí tienen las ocurrencias de esos señores de la capital! Y lo mismo ocurre con el estrabismo, el cloroformo y la litotricia^[105]... ¡Todo un cúmulo de monstruosidades que el gobierno debería prohibir! Pero los hay que se pasan de listos y atiborran al paciente de medicamentos sin preocuparse lo más mínimo de las consecuencias. Nosotros no estamos tan capacitados como para eso; no nos las damos ni de sabios, ni de pisaverdes, ni de faroleros; somos simples facultativos prácticos, nos limitamos a curar y nunca se nos ocurriría operar a alguien que se encuentra perfectamente. ¡Enderezar pies torcidos! ¿Acaso se pueden

enderezar los pies torcidos? Es como si alguien pretendiera, por ejemplo, poner derecho a un jorobado.

Homais sufría escuchando aquella perorata, pero disimulaba su desazón bajo una sonrisa cortés, cuidándose muy mucho de indisponerse con monsieur Canivet, cuyas recetas llegaban a veces hasta Yonville; por eso no salió en defensa de Bovary, ni tampoco hizo observación alguna, sacrificando sus principios y su dignidad en aras de los intereses más serios de su negocio.

Aquella amputación de pierna practicada por el doctor Canivet fue un acontecimiento sin precedentes en el pueblo. Ese día todos los habitantes se levantaron un poco más temprano que de costumbre, y la calle mayor, aunque llena de gente, tenía algo de lúgubre, como si se fuera a celebrar la ejecución de una pena capital. En la tienda de comestibles todo el mundo discutía acerca de la enfermedad de Hippolyte; los comercios no vendían nada, y madame Tuvache, la mujer del alcalde, tan impaciente estaba de ver llegar al cirujano, que no se movía de la ventana.

Por fin llegó en un cabriolé que él mismo conducía. Pero, como la ballesta del lado derecho había cedido bajo el peso de su corpulencia, el coche avanzaba un poco ladeado hacia esa parte, y, sobre el otro cojín, junto al asiento del médico, se veía un amplio estuche forrado de badana roja, con tres cierres de cobre resplandecientes.

Nada más entrar como una tromba bajo el porche del *Lion d'or*, el doctor, a voz en grito, ordenó que desengancharan el caballo, y acto seguido fue personalmente a la cuadra para comprobar si se comía a gusto la avena; pues era en él ya una costumbre, cada vez que llegaba a visitar a uno de sus enfermos, ocuparse antes que nada de su yegua y de su cabriolé, hasta el punto que muchos decían a propósito de esta manía: «¡Ah, monsieur Canivet es lo que se dice un tipo original!». Y aún se le estimaba más por su imperturbable aplomo. El universo entero podía reventar, sin que por eso él alterara un ápice sus hábitos.

Homais se presentó.

—Cuento con usted —le dijo el doctor—. ¿Estamos listos? ¡Pues andando!

Pero el boticario, sonrojándose, confesó que él era demasiado sensible para asistir a una operación semejante.

—Cuando se es simple espectador —se disculpaba—, la imaginación, ya sabe, se excita. Y luego tengo el sistema nervioso tan...

—¡Bah! —le interrumpió Canivet—, me parecía usted, por el contrario, propenso a la apoplejía. Cosa que no me extraña, pues ustedes, los farmacéuticos, se pasan la vida metidos en su cocinilla, y eso necesariamente tiene que acabar por alterarles el temperamento. Míreme a mí, por ejemplo: todos los días me levanto a las cuatro, me afeito con agua fría, no uso camiseta de franela, y jamás tengo frío ni cojo ningún catarro. Un armazón resistente, como puede ver. Tan pronto vivo de una manera como de otra, en plan filósofo, a salto de mata. Por eso no soy tan delicado como usted, y lo mismo me da trinchar a un cristiano que cualquier ave de corral que se me

ponga por delante. Aunque ya sé, ya sé, que a eso usted me dirá que todo es cuestión de costumbre...

Entonces, sin la menor consideración para con Hippolyte, que sudaba de angustia entre las sábanas, ambos entablaron una conversación en la que el boticario comparó la sangre fría de un cirujano con la de un general; y el símil fue tan del agrado de Canivet, que se deshizo en consideraciones sobre las exigencias de su arte. Aunque algunos oficiales de sanidad lo deshonrasen, él al menos lo consideraba como un sacerdocio. Y por fin, volviendo al enfermo, examinó las vendas que había traído Homais —las mismas que habían sido utilizadas en la operación del pie deforme— y pidió que alguien le sostuviera la pierna. Mandaron a buscar a Lestiboudois, y monsieur Canivet, arremangándose, pasó a la sala de billar, mientras que el boticario permanecía con Artémise y con la hostelera, ambas más pálidas que sus propios delantales, y con el oído pegado a la puerta.

Bovary, a todo esto, ni se atrevía a moverse de su casa. Permanecía en la sala de la planta baja, sentado en un rincón, junto a la chimenea apagada, con la barbilla hundida en el pecho, las manos cruzadas y los ojos fijos. ¡Qué desgracia!, pensaba, ¡qué contratiempo! Y sin embargo él había tomado todas las precauciones imaginables. Era cosa de la fatalidad. De todos modos, si Hippolyte se moría, el culpable de su muerte sería él, él lo habría asesinado. Y además, ¿qué explicación le daría a la gente cuando le preguntaran? Es probable que se hubiera equivocado en algo, pero por más que reflexionaba, seguía sin encontrar el error. Después de todo, hasta los más famosos cirujanos se equivocaban alguna vez. Pero esto, desde luego, no convencería a nadie; todo lo contrario, se reirían, chismorrearían. Los comentarios llegarían a Forges, a Neufchâtel, a Rouen, a todas partes. ¡Quién sabe si incluso algún colega escribiría algún artículo contra él! Se entablaría una polémica y sería menester contestar a las acusaciones en los periódicos. El propio Hippolyte podía incluso llevarle a los tribunales. ¡Se veía deshonrado, arruinado, perdido! Y su imaginación, asaltada por una multitud de hipótesis, se agitaba en medio de ellas como un tonel vacío arrastrado hasta el mar y zarandeado por las olas.

Emma estaba sentada frente a su marido y no apartaba los ojos de él. No compartía su humillación, pero sentía otra muy distinta: la de haberse imaginado que un hombre como aquél pudiera valer para algo, como si no se hubiera ya percatado veinte veces de su mediocridad.

Charles empezó a pasearse de un extremo a otro de la estancia, y el *parquet* crujía bajo sus botas.

—¡Siéntate! —le dijo ella—. ¡Me estás poniendo los nervios de punta!

Y él se volvió a sentar.

¿Cómo era posible que ella, tan inteligente, se hubiera vuelto a equivocarse otra vez? Además, ¿por qué deplorable manía se empeñaba en malograr su vida en continuos sacrificios? Y recordó todos sus instintos de lujo, todas las privaciones a que había sometido su alma, las miserias del matrimonio, de la convivencia, sus

sueños caídos en el fango como golondrinas heridas, todo lo que había anhelado, todo aquello de lo que se había privado, todo lo que hubiera podido tener. Y ¿por qué, por qué?

En medio del silencio que reinaba en el pueblo, un grito desgarrador atravesó el aire. Bovary se puso pálido como si fuera a desmayarse. Emma frunció las cejas con gesto nervioso. ¡Había sido por él, por aquel ser, por aquel hombre incapaz de comprender nada, de sentir nada! Por eso estaba ahora allí, tan tranquilo, sin tan siquiera sospechar que el ridículo en que iba a verse envuelto su nombre iba a humillarla a ella tanto como a él. Había hecho todo lo posible por amarle y hasta había vertido lágrimas de arrepentimiento por haberse entregado a otro.

—Pero ¿y si, después de todo, hubiera sido un valgu? —exclamó de repente Bovary, sumido como estaba en sus reflexiones.

Bajo el impacto de aquella frase que caía sobre su pensamiento como bala de plomo en bandeja de plata, Emma se estremeció y levantó la cabeza para adivinar lo que quería decir. Entonces se miraron en silencio, casi pasmados de verse, tan alejadas estaban una de otra sus respectivas conciencias. Charles la contemplaba con la mirada turbia de un borracho, a la vez que escuchaba, inmóvil, los últimos alaridos del amputado, que se sucedían en prolongadas modulaciones, interrumpidas por agudos quejidos, como el lejano aullido de un animal al que están degollando. Emma se mordía los labios lívidos, y, estrujando entre sus dedos una ramita de polípero que había arrancado, fijaba en Charles la punta ardiente de sus pupilas, como dos flechas de fuego a punto de dispararse. Todo en él la irritaba en aquel momento: su cara, su traje, lo que callaba, su persona entera, su vida toda. Y se arrepentía de su pasada virtud como de un crimen, y lo poco que aún quedaba de ella se derrumbaba bajo los embates furiosos de su orgullo. Y se deleitaba en las perversas ironías del adulterio triunfante. El recuerdo de su amante renacía en ella con una fascinación vertiginosa: toda su alma se proyectaba hacia aquella imagen, impulsada por un entusiasmo nuevo; y Charles le parecía tan apartado de su vida, tan ausente de ella para siempre, tan imposible y aniquilado como si fuera a morir y estuviera agonizando allí mismo ante sus ojos.

Se oyó rumor de pasos en la acera. Charles miró, y a través de la persiana bajada, divisó junto al mercado, a pleno sol, al doctor Canivet, que en ese momento se enjugaba la frente con un pañuelo. Homais, detrás de él, llevaba en la mano un gran estuche rojo, y ambos se dirigían hacia la farmacia.

Entonces Charles, preso de un súbito acceso de ternura y de desaliento, se volvió hacia su mujer y le dijo:

—¡Abrázame, por favor, amor mío!

—¡Déjame en paz! —replicó ella, roja de ira.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Qué tienes? —repetía él, estupefacto—. ¡Cálmate! ¡No te pongas así! ¡Sabes muy bien que te quiero!... ¡Anda, ven!

—¡Basta! —exclamó ella con ademán terrible.

Y escapando de la sala, dio tal portazo que el barómetro saltó de la pared y se hizo añicos en el suelo.

Charles se derrumbó en un sillón, descompuesto, preguntándose qué le podría suceder, temeroso ante la idea de una posible enfermedad nerviosa, deshecho en lágrimas y sintiendo vagamente circular en torno suyo algo así como un vago presagio funesto e incomprensible.

Cuando Rodolphe llegó aquella noche al jardín, encontró a su amante aguardándole al pie de la escalinata, en el primer peldaño. Se abrazaron y todos sus rencores se fundieron como nieve al calor del primer beso.

XII

Y de ese modo se reanudaron sus relaciones amorosas. A veces incluso, en mitad del día, a Emma se le antojaba escribirle de repente una carta; acto seguido hacía una seña a Justin a través de los cristales, y éste, desatándose rápidamente el delantal, salía como una flecha hacia La Huchette. Rodolphe acudía intrigado, pero Emma se limitaba a decirle que se aburría, que su marido le resultaba odioso y la existencia insoportable.

—¿Y qué quieres que haga yo? —exclamó Rodolphe un día, impacientándose.

—¡Ah, si tú quisieras!...

Estaba ella sentada en el suelo, entre las rodillas de él, con el pelo suelto y perdida la mirada.

—¿Qué? —preguntó Rodolphe.

Emma suspiró.

—Nos iríamos a vivir a otro sitio..., adonde fuera...

—¡Estás loca, de eso no cabe duda! —dijo él riéndose—. ¿Crees acaso que eso es posible?

Emma volvió a la carga, pero Rodolphe se hizo el desentendido y cambió de conversación.

Lo que él no acertaba a comprender es que una cosa tan sencilla como el amor requiriera tanta zarabanda. Para ella, sin embargo, existía un motivo, una razón, un algo que exacerbaba su cariño por Rodolphe.

Aquella ternura, en efecto, se acrecentaba día a día a medida que aumentaba la repulsión por el marido. Cuanto más se entregaba a uno, tanto más execraba al otro. Nunca le parecía Charles tan desagradable, con unos dedos tan bastos, tan romo de

cerebro y con unos modales tan ordinarios, como después de sus encuentros con Rodolphe, cuando se hallaban juntos. Entonces, aun sin dejar de representar su papel de esposa honesta, se exaltaba recordando aquella otra cabeza cuyos negros rizos caían sobre la curtida frente, aquel cuerpo tan varonil y al mismo tiempo tan elegante, soñando, en fin, con aquel hombre, que poseía tanta experiencia en sus juicios y tanta vehemencia en sus deseos. Para él se limaba las uñas con un esmero de cincelador, para él se pasaba la vida maquillándose con toda clase de potingues e impregnando sus pañuelos con esencia de pachulí^[106], para él se engalanaba con pulseras, sortijas y collares. Cuando él iba a venir, llenaba de rosas sus dos grandes floreros de cristal azul, y acicalaba su casa y su persona como una cortesana que espera a un príncipe. De ahí que la criada no diera abasto a lavar ropa, y que Félicité tuviera que permanecer todo el día en la cocina, donde el pequeño Justin, que a menudo le hacía compañía, la miraba trabajar.

Con el codo sobre la larga tabla de planchar, contemplaba ávidamente todas aquellas prendas femeninas desparramadas a su alrededor: las enaguas de bombasí, los chales, los cuellos, y los pantalones enjaretados, anchos de caderas y estrechos por abajo.

—¿Para qué sirve todo esto? —preguntaba el muchacho, pasando la mano sobre un miriñaque o unos corchetes.

—¿Acaso no has visto nunca estas cosas? —le respondía riendo Félicité—, como si tu ama, madame Homais, no usara esta clase de prendas.

—¡Ah, claro, madame Homais!

Y añadía en tono meditativo:

—¿Pero es que tú crees que madame Homais es una señora como la tuya?

Algunas veces, sin embargo, Félicité se impacientaba viéndole dar vueltas así a su alrededor. Tenía seis años más que él, y Théodore, el criado de monsieur Guillaumin, empezaba a cortejarla.

—Anda, ¡déjame en paz! —le decía, apartando el tarro de almidón—. Vete un rato a machacar almendras; siempre estás pegado a las faldas de las mujeres; para ocuparte de ellas, espera un poco, so renacuajo, a que te salga la barba.

—Vamos, no se enfade, le ayudaré a limpiar sus botines.

Y acto seguido cogía del dintel las botas de Emma, cubiertas de barro —el barro de sus citas—, que se deshacía en polvo bajo sus dedos y que él se complacía viéndolo ascender suavemente en un rayo de sol^[107].

—¡Qué miedo tienes de estropearlas! —decía la cocinera, que no se andaba con tantos remilgos cuando las limpiaba ella, por la sencilla razón de que la señora, en cuanto el cuero empezaba a deteriorarse, se las regalaba.

Y es que Emma tenía en el armario gran cantidad de calzado que iba desechando poco a poco, sin que Charles se permitiera hacerle nunca la más leve observación.

Tampoco juzgó oportuno hacer ninguna objeción cuando desembolsó los trescientos francos que costaba la pata de palo que ella creyó conveniente regalar a

Hippolyte. La contera estaba guarnecida con corcho y tenía sus correspondientes resortes en las articulaciones; era un complicadísimo aparato, cubierto por un pantalón negro y terminado en una bota acharolada. Pero como Hippolyte no se atrevía a llevar todos los días una pierna tan ostentosa, suplicó a madame Bovary que le procurara otra más cómoda. El médico, ni que decir tiene, corrió también con los gastos de esta nueva adquisición.

De esta manera el mozo de cuadra volvió a ejercer poco a poco su oficio. Se le veía como antes recorrer el pueblo, pero cuando Charles oía de lejos el seco resonar de su pata de palo sobre los adoquines, inmediatamente tomaba otro camino.

El comerciante monsieur Lheureux fue el encargado de suministrar el pedido, y ello le permitió visitar de nuevo a Emma con cierta asiduidad. Charlaba con ella de los nuevos géneros que llegaban de París, de mil curiosidades femeninas; se mostraba muy complaciente y jamás reclamaba dinero. Emma se abandonaba a aquellas facilidades para satisfacer todos sus caprichos. De ese modo, se le antojó adquirir, para regalársela a Rodolphe, una magnífica fusta que había visto en una tienda de paraguas en Rouen, y a la semana siguiente el propio monsieur Lheureux la depositó sobre su mesa.

Pero al siguiente día se presentó en su casa con una factura de doscientos setenta francos, sin contar los céntimos. Emma se vio en un gran apuro: todos los cajones del secreter estaban vacíos; debían más de quince días a Lestibouois, dos trimestres a la criada, aparte de otras muchas trampas, y Bovary esperaba con impaciencia el envío de monsieur Derozerays, que acostumbraba a pagarle todos los años por San Pedro.

Durante algún tiempo Emma consiguió ir dándole largas a Lheureux, pero finalmente éste acabó por perder la paciencia: le acosaban por todas partes, se hallaba sin fondos, y si no le pagaban algunas deudas, no tendría más remedio que recobrar sus mercancías.

—¡Pues bien, lléveselas! —dijo Emma.

—¡No, por favor, se lo decía en broma! —replicó él—. Lo que no voy a tener más remedio que llevarme es la fusta. En fin, le diré a su marido que me la devuelva.

—¡Oh, no, no, por favor! —dijo ella.

«¡Ah amiga, ya te cogí!», pensó Lheureux para sí.

Y, seguro de su descubrimiento, salió, repitiéndose quedamente y con su habitual silbido siseante:

—¡Bueno, bueno!, ¡ya veremos, ya veremos!

Se hallaba Emma absorta buscando el modo de salir de aquel atolladero, cuando entró la cocinera y dejó sobre la chimenea un pequeño rollo de papel azul, de parte de monsieur Derozerays. Emma lo cogió precipitadamente y lo abrió. Contenía quince napoleones^[108]. Justo la cantidad que necesitaba. En ese momento oyó los pasos de Charles en la escalera, y sin pensarlo dos veces, arrojó el oro al fondo de su cajón y se guardó la llave.

Tres días más tarde, Lheureux se presentó de nuevo.

—Vengo a proponerle un arreglo —dijo—. Si, en lugar de la suma convenida, quisiera usted...

—¡Aquí la tiene! —le interrumpió, poniéndole en la mano catorce napoleones.

El comerciante se quedó estupefacto. Entonces, para disimular su chasco, se deshizo en disculpas y en ofrecimientos de servicio, que Emma rechazó sin contemplaciones. Luego se quedó un rato palpando en el bolsillo de su delantal las dos monedas de cien sueldos que Lheureux le había devuelto. Se prometía a sí misma ahorrar, para así restituir más tarde...

«¡Bah! —pensó—, seguro que ni se da cuenta».

Además de la fusta con empuñadura de plata sobredorada, le había regalado a Rodolphe un sello con una inscripción que decía *Amor nel cor*^[109], un echarpe para que lo usara como bufanda y, finalmente, una petaca muy parecida a aquella del vizconde que Charles había recogido tiempo atrás en la carretera y que Emma conservaba. Aquellos regalos le hacían sentirse, no obstante, un poco humillado, de ahí que en más de una ocasión rehusara recibirlos; pero ella insistía y él acababa por obedecer, doblegándose ante un espíritu que cada vez le parecía más tiránico y dominante.

Además, de vez en cuando, tenía ocurrencias de lo más extravagantes:

—Cuando den las doce esta noche —le decía—, piensa en mí.

Y si luego él confesaba que no la había complacido, se deshacía en un mar de reproches que invariablemente terminaban con la eterna pregunta:

—¿Me quieres?

—¡Pues claro que te quiero, mujer! —le respondía él.

—¿Mucho?

—¡Naturalmente!

—¿Y no has amado a ninguna otra?

—¿Crees que cuando me conociste yo era un pudoroso novicio? —exclamaba él riendo.

Emma entonces se echaba a llorar y él se esforzaba por consolarla, realizando con retuécanos sus protestas amorosas.

—¡Es que tú no te das cuenta de cómo te amo! —proseguía ella—. Te amo hasta el extremo de no poder pasar sin ti, ¿lo comprendes? A veces siento tales ansias de verte, que es como si todas las furias del amor me desgarraran. Y entonces me pregunto: «¿Dónde estará? ¿Hablando acaso con otras mujeres?». Me imagino luego sus sonrisas al acercarte a ellas... Pero no, ¿verdad que ninguna te agrada más que yo? Las habrá más hermosas, pero nadie te sabría amar mejor que yo. ¡Soy tu esclava, tu concubina! ¡Tú eres mi rey, mi ídolo! ¡Tan bueno, tan guapo, tan inteligente y tan fuerte!...

Tantas veces le había oído decir estas cosas, que para él ya no entrañaba ninguna originalidad. Emma, al fin y al cabo, se parecía a todas sus demás amantes; y el encanto de la novedad, al caer poco a poco como un vestido, dejaba al desnudo la

eterna monotonía de la pasión, que siempre adopta las mismas formas y parecido lenguaje. Aquel hombre tan experto no acertaba a discernir la diferencia que pueden entrañar los sentimientos, por más que se manifiesten bajo expresiones semejantes. Porque unos labios libertinos o venales le hubieran susurrado frases por el estilo, ahora apenas era capaz de apreciar el candor de las de Emma; habría que erradicar, pensaba, los discursos exagerados que, a fin de cuentas, sólo sirven para encubrir afectos mediocres; como si la plenitud del alma no se desbordara a veces en metáforas de lo más vanas, ya que nadie puede dar nunca la exacta medida de sus necesidades, conceptos o dolores, siendo como es la palabra humana semejante a un caldero cascado a cuyos sonos hacemos bailar a los osos cuando pretendíamos conmover a las estrellas.

Pero, con esa superioridad de juicio propia de quien, en cualquier tipo de lance, se mantiene un poco a la expectativa, Rodolphe descubrió en aquel cariño otros filones dignos de explotar. Consideró incómodo todo pudor. La trató sin miramientos. Hizo de ella un ser sumiso y corrupto. Era una especie de sumisión idiota basada en una admiración incondicional por él, y que al mismo tiempo suponía una fuente de voluptuosidad para ella, una especie de beatitud que la enajenaba; de ese modo, su alma se hundía en la embriaguez y se dejaba anegar en ella, encogida, como el duque de Clarence en su tonel de malvasía^[110].

Por el simple efecto de sus costumbres amorosas, madame Bovary cambió de modales. Su mirar se tornó más atrevido, más descarada su conversación, e incluso llegó al extremo de pasearse, en compañía de Rodolphe, con un cigarrillo en la boca, como para desafiar al mundo; y los que todavía albergaban alguna duda al respecto, dejaron de tenerla el día en que la vieron bajar de *La Golondrina* ceñido el busto en un chaleco, como si fuera un hombre. Hasta la propia madre de Charles que, tras una espantosa bronca con su marido, había venido a refugiarse durante unos días a casa de su hijo, se echó las manos a la cabeza. Pero había también otras muchas cosas que la tenían disgustada: en primer lugar, Charles, desatendiendo sus consejos, no había prohibido a su mujer la lectura de novelas; tampoco le agradaba mucho el tren de vida que se llevaba en aquella casa; se permitió hacer ciertas observaciones y hubo de nuevo gresca, una vez sobre todo, por culpa de Félicité.

La víspera, por la noche, madame Bovary madre, al atravesar el pasillo, había sorprendido a la criada en compañía de un hombre de barba oscura y de unos cuarenta años, el cual, nada más oír sus pasos, se escabulló rápidamente de la cocina. Cuando se lo contó, Emma se echó a reír, pero la buena señora montó en cólera y se declaró partidaria de vigilar a los criados como mejor modo de salvaguardar las buenas costumbres.

—Pero ¿en qué mundo vive usted? —dijo la nuera, con una mirada tan impertinente que la madre de Charles le preguntó si al hablar de aquel modo no estaría defendiendo su propia causa.

—¡Salga usted de aquí! —gritó la joven, levantándose de un salto.

—¡Emma!... ¡Madre!... —exclamaba Charles, intentando poner paz.

Pero las dos habían huido a cual más exasperada. Emma, pataleando, no cesaba de decir:

—¡Ah, qué idea de la vida! ¡Qué palurda!

Charles acudió junto a su madre, que estaba fuera de quicio y balbucía una y otra vez:

—¡Es una insolente! ¡Una atolondrada! ¡Y hasta puede que algo peor!

Y pretendía marcharse inmediatamente si la otra no le presentaba excusas. Charles volvió, pues, de nuevo en busca de su mujer y le suplicó de rodillas que cediera, hasta que al fin Emma acabó por responder:

—¡De acuerdo! Lo haré.

Y sin mediar palabra, fue, tendió la mano a su suegra con una dignidad de marquesa, y le dijo:

—Dispéñeme, señora.

Hecho esto, subió de nuevo a su cuarto, se tumbó boca abajo en la cama y, hundiendo la cabeza en la almohada, lloró como una niña.

Había convenido con Rodolphe que, en caso de que ocurriera algún suceso extraordinario, prendería en la persiana un trocito de papel blanco para que, si por casualidad él se hallaba en Yonville, nada más verlo acudiera al callejón que había detrás de la casa. Emma puso la señal, y llevaba esperando tres cuartos de hora, cuando, de pronto, vislumbró a Rodolphe en una esquina del mercado. Estaba a punto de abrir la ventana para llamarle, pero entonces advirtió que había desaparecido. Emma volvió a sumirse en la desesperación.

Al poco, no obstante, le pareció oír pasos en la acera. Era él, sin duda; bajó la escalera, atravesó el patio. Allí, fuera, estaba Rodolphe. Emma se echó a sus brazos.

—Ten cuidado —dijo él.

—¡Ah, si supieras! —exclamó ella.

Y se puso a contárselo todo, atropelladamente, sin ilación, exagerando los hechos, inventándose algunos y prodigando de tal modo los paréntesis, que Rodolphe no alcanzaba a comprender nada.

—Vamos, vamos, ángel mío, tranquilízate, ten un poco de paciencia.

—Sí, sí, paciencia, cuatro años llevo teniendo paciencia y sufriendo... Un amor como el nuestro debería confesarse lisa y llanamente a la faz del cielo. No dejan de martirizarme. ¡No puedo soportarlo más! ¡Sólo tú puedes salvarme!

Y estrechaba aún más fuerte a Rodolphe. Sus ojos, llenos de lágrimas, refulgían como una luz bajo el agua; su pecho jadeaba aceleradamente. Nunca la había amado él tanto como en aquel momento, hasta el punto de que perdió el juicio y exclamó:

—¿Qué hay que hacer? ¿Qué quieres que haga por ti?

—¡Llévame contigo! —repuso ella—. ¡Ráptame!... ¡Te lo suplico!

Y buscó anhelosamente la boca de Rodolphe, como para arrancarle el consentimiento inesperado que de ella se exhalara en un beso.

—Pero... —vaciló Rodolphe.

—¿Qué?

—¿Y tu hija?

Emma reflexionó unos instantes y luego contestó:

—Nos la llevaremos, a ver qué remedio.

«¡Qué mujer, Dios mío!», se dijo él viéndola alejarse apresuradamente, después de que oyera a alguien que la llamaba.

La madre de Charles, durante los días siguientes, no salía de su asombro al observar la metamorfosis que se había operado en su nuera. En efecto, Emma se mostraba mucho más dócil, e incluso llevó su deferencia al extremo de pedirle una receta para preparar pepinillos en vinagre.

¿Lo hacía para engañarles mejor a ambos? ¿O pretendía acaso sentir más profundamente, llevada por una especie de estoicismo voluptuoso, la amargura de las cosas que se disponía a abandonar? Pero ella no reparaba en nada de eso; al contrario, vivía como embebida en la degustación anticipada de su dicha cercana. Tal era el eterno tema de sus conversaciones con Rodolphe.

Se apoyaba en su hombro y murmuraba:

—¡Qué gusto cuando nos encontremos en la diligencia!... ¿No te pasa a ti lo mismo? Yo es que casi ni me lo creo. Cuando vea que arranca el coche, me va a parecer como si montáramos en globo y nos eleváramos hacia las nubes. ¿Querrás creer que cuento los días?... ¿Tú no?...

Nunca estuvo madame Bovary tan bella como en aquella época. Tenía esa indefinible belleza derivada de la alegría, del entusiasmo, del éxito, y que no es otra cosa, a fin de cuentas, que la resultante de esa feliz armonía entre el carácter y las circunstancias. Sus anhelos, sus pesares, la experiencia del placer y sus ilusiones siempre prestas a reverdecer, igual que ocurre con las flores bajo el efecto del abono, la lluvia, el aire y el sol, la habían ido madurando gradualmente, y al fin se mostraba en toda la plenitud de su ser. Sus párpados parecían hechos expresamente para albergar aquellas miradas suyas largas y amorosas en las que se perdían las pupilas, mientras que un recio aliento le dilataba las finas aletas de la nariz y elevaba las carnosas comisuras de sus labios, sombreados a la luz por leve y negrísimo vello. Dijérase que un artista ducho en corrupciones había dispuesto sobre su nuca la enmarañada mata de sus cabellos: formaban éstos una masa espesa, trenzada indolentemente, conforme a los azares del adulterio, que a diario venía a deshacerlos. Su voz había adquirido ahora, al igual que su cuerpo, más suaves y lánguidas inflexiones. Un algo sutil y penetrante se desprendía de los pliegues de sus vestidos y hasta del empeine de su pie. Charles, como en los primeros tiempos de su matrimonio, la encontraba deliciosa y absolutamente irresistible.

Cuando regresaba a altas horas de la noche no se atrevía a despertarla. La lamparilla de porcelana proyectaba en el techo una redonda y trémula claridad, y las cortinas corridas de la cunita formaban una especie de nívea choza que se arqueaba

en la penumbra, al lado de la cama. Charles las contemplaba a ambas y creía percibir la tenue respiración de la criaturita. Ya empezaba a crecer; cada estación traería un nuevo progreso. Ya le parecía verla de vuelta de la escuela, a la caída de la tarde, tan contenta, con su blusilla manchada de tinta y su cestita colgada del brazo. Luego habría que ponerla interna en algún colegio y eso costaría mucho dinero. ¿Cómo se las arreglarían? Y se quedaba cavilando un rato. Arrendaría una pequeña granja en los alrededores, que él personalmente vigilaría todas las mañanas, al tiempo que efectuaba sus visitas a sus enfermos. Ahorraría lo que produjera, y lo metería en una cartilla de ahorros; luego compraría acciones de lo que fuera, eso era lo de menos. Además, la clientela iría en aumento. Con todo esto contaba, porque quería que Berthe se educara como Dios manda, que desarrollara su talento, que aprendiera a tocar el piano. ¡Ah, qué bonita sería a los quince años, cuando, pareciéndose ya a su madre, llevase como ella, en verano, grandes sombreros de paja! Las tomarían a ambas de lejos por hermanas. Se la imaginaba trabajando por la noche junto a ellos, a la luz de la lámpara; le bordaría zapatillas; se ocuparía de las tareas de la casa, y la llenaría toda con su gracia y su alegría. Por último, tendrían que pensar en casarla: le buscarían un buen muchacho que gozase de una posición desahogada y que la haría feliz durante el resto de sus días.

Emma no dormía, aunque hiciera como que durmiese; y mientras Charles se iba adormeciendo allí a su lado, ella se entregaba a otro tipo de ensoñaciones bien distintas.

Desde hacía ocho días, cuatro caballos al galope la llevaban con su amante hacia un país desconocido de donde no volverían nunca más. Avanzaban, avanzaban cogidos del brazo, sin hablarse. A menudo, desde la cumbre de una montaña, divisaban de pronto alguna espléndida ciudad, con sus cúpulas, sus puentes, sus barcos, sus bosques de limoneros y sus catedrales de mármol blanco, en cuyos afilados campanarios anidaban las cigüeñas. Avanzaban despacio, obstaculizados por las enormes losas, y el suelo, a su alrededor, estaba sembrado de ramos de flores que mujeres ataviadas con rojos corpiños ofrecían al viajero. Se oía el repicar de las campanas y el relinchar de las mulas, todo ello mezclado con el rumor de las guitarras y el murmullo de las fuentes, cuyos surtidores, al ascender, refrescaban con sus salpicaduras montones de fruta dispuestos en forma de pirámide al pie de las pálidas y sonrientes estatuas. Luego, una tarde, llegaban a un pueblecito de pescadores, en el que, tendidas al viento, se secaban las oscuras redes a lo largo del acantilado y por entre las cabañas. Aquel era el lugar que escogían para vivir: morarían en una casa de una sola planta y techo plano, sombreada por una palmera, en el fondo de un golfo, a orillas del mar. Se pasearían en góndola, se columpiarían en hamacas, y su existencia sería tan cómoda y holgada como sus vestidos de seda, tan cálida y estrellada como las suaves noches que les sería dado contemplar. Y además, en la inmensidad de aquel porvenir que tan gozosamente se imaginaba, nada de particular acaecía; los días se sucedían, magníficos todos y parecidos como las

olas del mar; y todo aquel idílico marco se balanceaba en un horizonte infinito, armonioso, azulado e inundado de sol. Pero de repente la niña se ponía a toser en su cuna, o bien Bovary roncaba más fuerte, y Emma era ya incapaz de conciliar el sueño hasta la madrugada, cuando la aurora empezaba a blanquear los cristales y el joven Justin, en la plaza, abría los postigos de la botica.

Emma había mandado llamar a monsieur Lheureux y le había dicho:

—Necesito un abrigo, un abrigo bueno, con cuello ancho y forrado.

—¿Se marcha usted de viaje? —le preguntó él.

—¡Oh, no! Pero... no importa; cuento con usted, ¿verdad? Además, lo necesito en seguida.

Lheureux asintió con la cabeza.

—Voy a necesitar también —prosiguió— un baúl..., no muy pesado..., sobre todo cómodo de llevar.

—Sí, sí, ya entiendo, de unos noventa y dos centímetros por cincuenta, de los que fabrican ahora.

—Ah, y un bolso de viaje.

«No cabe duda —pensó Lheureux—, aquí hay gato encerrado».

—Y tenga esto —dijo madame Bovary, sacando su reloj del cinturón—, tenga esto, como anticipo.

Pero el comerciante se negó rotundamente. ¿Acaso no se conocían de sobra? ¿Es que iba a dudar de ella ahora? ¡Qué bobada! Ella, no obstante, insistió, rogándole que, por lo menos, se quedara con la cadena, y ya se la había metido Lheureux en el bolsillo y se disponía a marcharse, cuando Emma le volvió a llamar.

—Guárdelo todo en su casa. Y en cuanto al abrigo —se quedó un momento como reflexionando—, tampoco hace falta que lo mande. Deme tan sólo la dirección del sastre y dígame que lo tenga allí a mi disposición.

Era al mes siguiente cuando tenían proyectado fugarse. Ella saldría de Yonville con el pretexto de hacer unas compras en Rouen. Rodolphe se habría encargado de reservar los pasajes, de preparar los pasaportes y hasta de escribir a París a fin de que todo estuviese a punto para viajar directamente hasta Marsella, donde comprarían una calesa, para proseguir, sin dilación, rumbo a Génova. Emma se cuidaría de enviar su equipaje a casa de Lheureux, para que éste lo remitiera directamente a *La Golondrina*, de manera que no despertara las sospechas de nadie. Con todo este ajetreo, en ningún momento salía a colación el tema de la niña. Rodolphe evitaba hablar del asunto, y hasta es probable que ella misma ya ni tan siquiera se acordara.

Rodolphe quiso tomarse dos semanas más de tiempo para ultimar ciertos asuntos pendientes; luego, al cabo de ocho días, dijo que necesitaba otros quince; después se excusó alegando que estaba enfermo; acto seguido emprendió un viaje. Pasó el mes de agosto, y después de todos estos retrasos, acordaron que la fuga tendría lugar irrevocablemente el lunes 4 de septiembre^[111].

Llegó al fin el sábado, la antevíspera del día señalado.

Rodolphe se presentó aquella noche más pronto de lo que en él era habitual.

—¿Está todo dispuesto? —le preguntó ella.

—Sí.

Rodearon un arriate y fueron a sentarse cerca del terraplén, junto a la tapia.

—Te veo triste —dijo Emma.

—¿Por qué iba a estarlo?

Y al decir esto la miraba de un modo singular, con ternura.

—¿Es porque te vas? —continuó ella—, ¿porque te ves obligado a dejar tus amistades, tu vida? ¡Ah, lo comprendo!... Yo, como no tengo nada en el mundo, como lo eres todo para mí... Por eso, a partir de ahora lo seré todo para ti, tu familia, tu patria. Te cuidaré, te amaré.

—¡Eres encantadora! —le dijo, estrechándola entre sus brazos.

—¿Lo dices de veras? —respondió ella con voluptuosa sonrisa—. ¿Me amas? ¡Júramelo!

—¿Que si te amo? ¿Que si te amo? No sólo te amo, ¡te adoro, amor mío!

La luna, muy redonda y color de púrpura, asomaba a ras del suelo, allá en lo hondo de la pradera, y ascendía rauda entre las ramas de los álamos, que de trecho en trecho la cubrían como una agujereada y negra cortina. Por fin apareció, resplandeciente de blancura, en medio de aquel cielo vacío que iluminaba; y entonces, amortiguando su ascensión, dejó caer sobre el río una vasta estela centelleante; y aquel plateado fulgor parecía convulsionarse conforme penetraba en las aguas, a la manera de una serpiente sin cabeza cubierta de luminosas escamas. Aquello también se parecía a un candelabro descomunal del que chorrearan gotas de diamante fundido. En torno a ellos se extendía, apacible, la noche; densos estratos de sombra envolvían el follaje. Emma, entornados los ojos, aspiraba con hondos suspiros la suave brisa. Estaban tan absortos en sus respectivos ensueños, que ni siquiera necesitaban hablarse. La ternura de otros tiempos renacía en su corazón, abundante y silenciosa como el discurrir del río, con tanta suavidad como la que les traía el perfume de las celindas, proyectando en sus recuerdos sombras aún más desmesuradas y melancólicas que las de los sauces inmóviles reflejados sobre la hierba. De vez en cuando algún animal nocturno —erizo o comadreja—, a la caza de algo, turbaba la quietud de las hojas, o bien se oía caer, a intervalos, por su propio impulso, un melocotón maduro del espaldar.

—¡Qué hermosa noche! —dijo Rodolphe.

—¡Tendremos muchas como ésta! —repuso Emma.

Y, como hablándose a sí misma:

—Sí, será delicioso viajar... Pero entonces, ¿por qué esta tristeza? ¿Será el miedo a lo desconocido..., la consecuencia lógica de tener que cambiar de hábitos..., o más bien...? Pero no, no, es el exceso mismo de felicidad. ¡Qué débil soy!, ¿verdad? ¡Perdóname!

—Todavía estás a tiempo —exclamó Rodolphe—. Reflexiona, no vaya a ser que

te arrepientas luego.

—¡Jamás! —dijo impetuosamente.

Y acercándose a él:

—¿Qué desgracia podría sobrevenirme? No hay desierto, ni precipicio, ni océano que yo no estuviera dispuesta a atravesar, yendo contigo. A medida que vayamos conviviendo, el vínculo que nos une se irá fortaleciendo día a día. No habrá nada que nos turbe, ninguna preocupación, ningún obstáculo. Viviremos sólo para nosotros, el uno para el otro, eternamente... Pero habla, respóndeme.

Rodolphe asentía a intervalos regulares diciendo: «Sí..., sí». Emma le acariciaba los cabellos y repetía con infantil acento, a pesar de los gruesos lagrimones que le corrían por las mejillas:

—¡Rodolphe! ¡Rodolphe!... ¡Ah, Rodolphe, cariño mío!

Dieron las doce.

—¡Medianoche! —dijo ella—. ¡Otro día más! ¡Ya sólo queda uno!

Rodolphe se levantó para marcharse; y como si aquel gesto fuera la señal de su fuga, Emma, de pronto, con aire alborozado exclamó:

—¿Tienes los pasaportes?

—Sí.

—¿No olvidas nada?

—No.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—Es en hotel de Provence donde me aguardarás a mediodía, ¿verdad?

Rodolphe asintió con la cabeza.

—Entonces, hasta mañana —dijo Emma con una última caricia.

Y se quedó mirándole mientras se alejaba.

Pero como no volvía la cabeza, ella corrió hacia él, e inclinándose al borde del río, entre unos matorrales, le volvió a gritar:

—¡Hasta mañana!

Rodolphe ya se encontraba en la otra orilla y caminaba deprisa por la pradera.

Al cabo de unos instantes, se detuvo, y viéndola desvanecerse poco a poco en la penumbra como un fantasma, con su vestido blanco, sintió tales palpitations que tuvo que apoyarse en un árbol para no caerse.

—¡Qué imbécil soy! —dijo, lanzando una espantosa blasfemia—. Pero ¡qué le vamos a hacer! Pocas queridas como ésta se me van a presentar.

Y en el acto, la belleza de Emma y todos los placeres que le había proporcionado aquel amor le vinieron de nuevo a la memoria. Al principio se enterneció, pero la reacción no se hizo esperar.

—Es absurdo —se decía en voz alta y gesticulando—, cómo voy yo a expatriarme y a cargar, para colmo, con una criatura.

Y seguía razonando de ese modo para reafirmarse aún más en su cobarde

decisión.

—Y eso sin contar las complicaciones, los gastos... ¡Ah, no, no y mil veces no! ¡Ni hablar! Menudo disparate...

XIII

Nada más llegar a su casa, Rodolphe se sentó bruscamente ante la mesa de su despacho, bajo la cabeza de ciervo que a modo de trofeo tenía colgada en la pared. Cogió la pluma con intención de escribir, pero no sabía cómo empezar, de modo que la dejó, apoyó los codos en la mesa y se puso a cavilar. Emma le parecía ya como hundida en un lejano pasado, como si la resolución que acababa de tomar hubiera abierto entre ellos, de pronto, una profunda sima.

Con el fin de recobrar algo de ella, fue a buscar en el armario que había a la cabecera de su cama una antigua caja de galletas de Reims donde solía guardar las cartas que le escribían sus amantes, y al abrirla se escapó de ella un olor como a polvo húmedo y a rosas marchitas. Lo primero que vio fue un pañuelo de bolsillo cubierto de gotitas descoloridas. Pertenecía a Emma, y se lo había dado una vez que, yendo de paseo, empezó a sangrar por la nariz. Rodolphe lo había olvidado por completo. También estaba allí, zarandeándose de un lado a otro de la caja, la miniatura que ella le había regalado; su atavío se le antojó pretencioso y su mirada de soslayo del más lastimoso efecto; luego, a fuerza de contemplar aquella imagen y de evocar el verdadero rostro de Emma, sus rasgos se le confundieron poco a poco en la memoria, como si la fisonomía real y la pintada, superponiéndose una a la otra, se hubieran anulado recíprocamente. Por último, leyó algunas cartas suyas, por lo general, breves, técnicas, apremiantes, como cartas de negocios, y plagadas de explicaciones relativas a su viaje. Sintió entonces deseos de leer de nuevo las largas, las de antes; pero para encontrarlas en el fondo de la caja, había que revolver todas las demás, y Rodolphe, maquinalmente, se puso a hurgar en aquel montón de papeles y de objetos, surgiendo de aquel revoltijo ramilletes, una liga, un antifaz negro, alfileres y mechones de cabello, mechones de todas clases, castaños, rubios; algunos, incluso, al enredarse en el herraje de la caja, se rompían al abrirla.

Absorto entre sus recuerdos, examinaba la caligrafía y el estilo de las cartas, tan variados como su ortografía. Las había tiernas y joviales, jocosas o melancólicas; unas pedían amor, otras dinero. Una palabra, a veces, le evocaba algún rostro preciso, ciertos gestos, determinado tono de voz; otras, en cambio, no le decían absolutamente

nada.

Y es que aquellas mujeres, al agolparse todas al mismo tiempo en su mente, se estorbaban entre sí y se empequeñecían, como niveladas bajo un mismo rasero amoroso. Cogiendo, pues, a puñados aquellas cartas revueltas, se entretuvo durante unos instantes dejándolas caer, a modo de cascada, de la mano derecha a la izquierda, hasta que al fin, aburrido y un poco adormilado, volvió a guardar la caja en el armario, diciéndose:

—¡Qué sarta de idioteces!...

Palabras en las que quedaba resumida su opinión, pues los placeres, como colegiales en el patio de una escuela, habían hollado de tal modo su corazón, que ya nada verde era capaz de brotar en él, y lo que aún le pasaba por encima, más atolondrado que los niños, ni siquiera dejaba, como ellos, su nombre grabado en la pared.

«¡En fin —se dijo—, al grano!».

Y escribió:

Ánimo, Emma, ánimo. No estoy dispuesto a ser el causante de tu desgracia...

«Después de todo, es la pura verdad —pensó Rodolphe—; lo que hago es por su propio interés, no se puede decir que no obre honestamente».

¿Te has parado a sospechar el verdadero alcance de tu determinación? ¿Te das cuenta del abismo al que iba a arrastrarte, ángel mío? No, ¿verdad? Ibas confiada y loca, creyendo en la felicidad, en el porvenir... Pero ¿qué somos en el fondo sino unos desgraciados, unos pobres insensatos!

Al llegar a este punto, Rodolphe se detuvo tratando de buscar alguna buena disculpa.

«¿Y si le dijera que me he arruinado?... ¡Ah, no!, y además, con eso no se arreglaría nada. Todo volvería a empezar después. ¿Es que se puede hacer entrar en razón a mujeres como ésa?».

Siguió reflexionando un poco, y después prosiguió:

Jamás te olvidaré, puedes creerlo, y siempre te profesaré un profundo afecto; pero un día, más tarde o más temprano, este inmenso cariño habría ido disminuyendo, no te quepa la menor duda, pues tal es el sino de las cosas humanas. Llegaría un momento en que se apoderaría de nosotros el cansancio, y quién sabe si incluso el destino me hubiera reservado el dolor atroz de asistir a tus remordimientos y hasta de compartirlos yo mismo, por haber sido el causante de ellos. Sólo de pensar en tus posibles sufrimientos me angustio, Emma. ¡Olvídame! ¿Por qué te habré conocido? ¿Por qué serás tan hermosa? ¿Qué culpa

tengo yo? ¡Oh, Dios mío, no, no, culpa de todo a la fatalidad!

«Una palabra como esa siempre hace efecto», se dijo.

¡Ah! Si hubieras sido una de esas mujeres de corazón frívolo que tanto abundan, ni por un momento habría dudado en intentar, por puro egoísmo, una experiencia que en ese caso no habría entrañado peligro alguno para ti. Pero esa exaltación deliciosa, que no sólo es tu mayor encanto, sino también el origen de tu tormento, te ha impedido comprender, adorable criatura, la falsedad de nuestra futura posición. Tampoco yo reparé en ello al principio, y me adormecía, sin prever las consecuencias, a la sombra de aquella dicha ideal, como quien lo hace a la sombra de un manzanillo^[112].

«Igual sospecha que renuncio a ella por tacañería... ¡Bah! ¡No importa! Peor para ella si piensa así. Lo importante es terminar de una vez».

El mundo es cruel, Emma. Por donde quiera que fuéramos nos habría acosado. Habrías tenido que sufrir las preguntas indiscretas, la calumnia, el desdén y hasta el ultraje. ¡Ultrajada tú! ¡Oh...! ¡Y pensar que hubiera deseado sentarte en un trono! ¡Yo que me llevo tu recuerdo como un talismán! Y digo que me llevo porque he decidido purgar todo el mal que te he hecho con el destierro. Me voy, Emma.

¿Adónde? Lo ignoro, hasta ese punto llega mi locura. ¡Adiós! ¡Sé siempre buena! ¡Conserva el recuerdo del desdichado que te ha perdido! Enséñale mi nombre a tu hija para que lo invoque en sus oraciones.

Temblaba el pábilo de las dos velas. Rodolphe se levantó para ir a cerrar la ventana.

«Me parece que con esto queda todo dicho», se dijo cuando volvió a sentarse. «Pero no, añadiré algo, no vaya a ser que venga de nuevo a darme la lata».

Cuando leas estas tristes líneas ya estaré lejos, pues he preferido partir inmediatamente para evitar la tentación de verte una vez más. ¡Nada de debilidades! Volveré, y puede que algún día nos encontremos de nuevo y seamos capaces de hablar con entera frialdad de nuestros antiguos amores. ¡Adiós!

Y tras este adiós puso otro, separado en dos palabras: «A Dios», cosa que juzgaba de un gusto exquisito.

«¿Cómo voy a firmar ahora? —se preguntó—. ¿Tu siempre fiel?... No. ¿Tu

amigo?... Sí, eso es».

Y firmó: «Tu amigo».

Releyó la carta y la encontró correcta.

«¡Pobrecilla! —pensó enternecido—. Me va a creer más insensible que una roca. Unas lágrimas aquí no habrían venido nada mal. Pero eso de llorar es superior a mis fuerzas, ¡qué le voy a hacer!».

Dicho esto, llenó un vaso de agua, mojó en ella un dedo y dejó caer sobre la firma una gruesa gota que formó una mancha pálida en la tinta^[113]. Después, buscando con qué sellar la carta, encontró la sortija que ella le regalara y donde decía *Amor nel cor*.

«No me parece que sea lo más apropiado para el caso —se dijo—. Pero bueno, ¡qué más da!».

Luego se fumó tres pipas seguidas y se acostó.

Al día siguiente, cuando se levantó —a eso de las dos, porque le había costado mucho dormirse—, Rodolphe mandó que le prepararan un cestillo con albaricoques. Puso la carta en el fondo, debajo de unas hojas de parra, y ordenó inmediatamente a Girard, su mozo de labranza, que lo llevara con todo cuidado a casa de madame Bovary. Tal es el medio del que se servía para comunicarse con ella, enviándole, según la estación, fruta o caza.

—Si te pregunta por mí —le advirtió—, dile que me he ido de viaje. Y no olvides que tienes que entregarle el cesto a ella personalmente... Vete, y ándate con ojo.

Girard se puso su blusa nueva, colocó un pañuelo extendido sobre el cesto de los albaricoques, y caminando a grandes zancadas con sus gruesos y claveteados zuecos, tomó tranquilamente el camino de Yonville.

Madame Bovary, en el momento en que Girard llegó a su casa, estaba ordenando con Félicité un envoltorio de ropa blanca en la mesa de la cocina.

—Mi amo me ha mandado traerle esto —dijo el mozo.

Le asaltó un mal presentimiento, y mientras buscaba una moneda en el bolsillo, no cesaba de mirar al campesino con semblante hosco, y éste, al notar lo, la miraba a su vez con asombro, no acertando a comprender que un regalo como aquel pudiera perturbar tanto a alguien. Por fin se marchó, y como Félicité seguía allí, Emma, sin poder aguantar más, corrió hacia la sala, como para llevar allí los albaricoques, volcó el cestillo, arrancó las hojas, encontró la carta, la abrió, y huyó espantada hacia su cuarto, como si tras ella se hubiera declarado un formidable incendio.

Charles se hallaba en ese momento allí; Emma lo vio; él empezó a hablarle, pero ella, sin oír nada, siguió a escape por la escalera, jadeante, fuera de sí, como ebria, y sin soltar aquella horrible hoja de papel que crujía entre sus dedos como si fuese de hojalata. Al llegar al segundo piso se detuvo ante la puerta del desván, que estaba cerrada.

Entonces intentó serenarse; se acordó de la carta; tenía que terminarla de leer pero no se atrevía. Además, ¿dónde?, ¿cómo podía hacerlo sin que la vieran?

—¡Ah! Aquí seguro que no me ve nadie —pensó.

Emma empujó la puerta del desván y entró.

Las pizarras de la techumbre dejaban caer a plomo un calor pesado que le oprimía las sienas y la asfixiaba. Se arrastró penosamente hasta la buhardilla cerrada, descorrió el cerrojo y una luz cegadora irrumpió de golpe.

Frente a ella, por encima de los tejados, se extendía la campiña hasta perderse de vista. Abajo, a sus pies, la plaza del pueblo en ese instante se hallaba desierta; destellaban las baldosas de la acera y las veletas de las casas permanecían inmóviles. De un piso más bajo que hacía esquina partió una especie de zumbido de estridentes modulaciones. Era Binet que trabajaba en el torno.

Apoyada en el vano de la buhardilla, Emma releía la carta con un rictus de cólera. Pero cuanto más atención ponía en ella, más se le nublaban las ideas. Le parecía volverle a ver, oía su voz, le rodeaba con los brazos; y los latidos de su corazón, golpeándole el pecho como si fueran impactos de ariete, aceleraban su curso con desiguales intermitencias. Miraba a su alrededor deseando que la tierra se abriera bajo sus pies. ¿Por qué no acabar de una vez? ¿Quién se lo impedía? Era libre de hacer lo que le viniera en gana. Avanzó, miró el pavimento de la calle, diciéndose:

—¡Vamos, vamos, a qué esperas!

El rayo de luz que ascendía directamente desde abajo atraía hacia el abismo el peso de su cuerpo. Era como si el suelo de la plaza oscilara y se elevara y el piso de la buhardilla se inclinara por aquel extremo, al igual que un barco que cabecea. Emma se mantenía justo en la orilla, casi suspendida, rodeada por un amplio espacio vacío. El azul del cielo la invadía; el aire circulaba en su cabeza hueca. Lo único que tenía que hacer era dejarse ir, dejarse llevar. Y como una voz furiosa que incesantemente la llamase, proseguía el ronco estertor del torno.

—¡Mi mujer! ¿Dónde está mi mujer? —gritó Charles.

Emma se quedó como paralizada.

—¿Dónde estás? ¡Baja!

Estuvo a punto de desvanecerse de terror sólo de pensar en lo cerca que había estado de la muerte. Cerró los ojos y poco después se estremeció al sentir el contacto de una mano en su manga: era Félicité.

—El señor la espera, señora. La sopa está servida.

¡Y tuvo que bajar! ¡Y tuvo que sentarse a la mesa!

Intentó comer, pero los bocados se le atragantaban. Entonces desdobló la servilleta como para examinar los zurcidos, y se esforzó por parecer absorta contando los hilos de la tela. Pero de repente le asaltó el recuerdo de la carta. ¿La había perdido? ¿Dónde hallarla? Pero era tal el cansancio que la invadía, que ni tan siquiera pudo inventar un pretexto para levantarse de la mesa. Además, se sentía como acobardada; tenía miedo de Charles; no cabía duda de que estaba al corriente de todo. Y, como confirmando sus temores, Charles, de repente, pronunció estas palabras inesperadas:

—Según parece, vamos a estar algún tiempo sin ver a monsieur Rodolphe.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó ella, sin poder evitar un leve estremecimiento.

—¿Que quién me lo ha dicho? —replicó él un tanto sorprendido del tono brusco de su mujer—; pues Girard, con quien me he tropezado hace un rato en la puerta del *Café Français*. Ha salido de viaje o está a punto de salir.

Emma dejó escapar un sollozo.

—Bueno, ¿qué tiene eso de particular? Se ausenta así de vez en cuando para correrse alguna que otra juerguecita, y hace bien, ¿por qué vamos a engañarnos? Teniendo como él tiene fortuna y soltero que es... Por lo demás, no te creas que se aburre, es un calavera. Monsieur Langlois me ha contado...

Pero se calló discretamente al ver entrar a la criada.

Félicité colocó de nuevo en el cesto los albaricoques desparramados por el aparador. Charles, sin advertir el sofoco de su mujer, pidió que se los trajeran, cogió uno y le hincó el diente.

—¡Oh, perfecto! —exclamó—. Toma, prueba uno.

Y le tendió la canastilla, pero ésta la rechazó suavemente.

—¡Huélelos! ¡Qué excelente aroma! —insistió él, pasándoselo varias veces por debajo de la nariz.

—¡Me ahogo! —exclamó Emma levantándose de un salto.

Pero haciendo un gran esfuerzo por controlarse, logró superar aquel espasmo, y acto seguido dijo:

—No te preocupes, no es nada. Cosa de nervios. Siéntate y sigue comiendo.

Pues temía que su marido se pusiera a hacerle preguntas, o a preocuparse de su salud y que no pudiera quitárselo de encima.

Charles, para complacerla, se había vuelto a sentar, y siguió expeliendo y depositando en el plato uno a uno los huesos de los albaricoques, conforme se los comía.

De repente atravesó la plaza a trote ligero un tílburí de color azul. Emma lanzó un grito y cayó de espaldas al suelo cuan larga era^[114].

En efecto, Rodolphe, después de mucho cavilar, había decidido marcharse a Rouen. Y como para ir de La Huchette a Buchy no hay otro camino que el que pasa por Yonville, no había tenido más remedio que cruzar por el pueblo, y Emma le había reconocido a la luz de los faroles cuyo fulgor hendía como un relámpago la penumbra del ocaso.

El boticario, nada más percatarse del tumulto que se había producido en la casa, salió corriendo hacia allí. La mesa, con todos los platos, se había volcado, y por el suelo estaban desperdigados los cuchillos, las salsas, las viandas, el salero y las vinagreras. Charles pedía socorro; Berthe gritaba llena de espanto, y Félicité, con las manos temblorosas, aflojaba las ropas de su señora, que se estremecía presa de fuertes convulsiones.

—Voy corriendo a la botica —dijo Homais— a buscar un poco de vinagre

aromático.

Y más tarde, viendo que Emma abría los ojos al aspirar el frasco, dijo Homais:

—Estaba seguro. Esto haría resucitar a un muerto.

—¡Háblanos! —decía Charles—. ¡Háblanos! ¡Vuelve en ti, por favor! ¡Soy yo, tu Charles que tanto te quiere! ¿Me reconoces? Mira, aquí está tu hijita, dale un beso.

La criatura tendía los brazos hacia su madre para abrazarse a su cuello. Pero Emma, volviendo la cabeza hacia otro lado, dijo con voz entrecortada:

—¡No, no, no quiero ver a nadie!

Se desvaneció de nuevo y la trasladaron a la cama.

Y allí se quedó indolente, con los labios entreabiertos, cerrados los párpados, extendidas las palmas de las manos, inmóvil y blanca como una estatua de cera. De sus ojos brotaban sendos hilos de lágrimas que iban empapando lentamente la almohada.

Charles permanecía de pie al fondo de la alcoba, y el farmacéutico, a su lado, guardaba ese silencio meditativo que parece de rigor en las ocasiones trascendentales de la vida.

—Tranquilícese —dijo, dándole con el codo—. Creo que el paroxismo pasó ya.

—Sí, ahora descansa un poco —repuso Charles, mirándola dormir—. ¡Pobrecilla! ... ¡Pobre mujercita mía!... Otra recaída.

Entonces Homais le preguntó cómo había sobrevenido el accidente. Charles respondió que todo había ocurrido de repente, mientras se comía unos albaricoques.

—¡Qué raro! —comentó el farmacéutico—. Pero no podemos descartar que fuesen los albaricoques los que ocasionaron el síncope. ¡Hay naturalezas tan impresionables frente a determinados olores!, e incluso me atrevería a decir que sería un caso digno de estudio, tanto desde el punto de vista patológico como desde el fisiológico. Los curas saben mucho de estas cosas, de ahí que anden siempre mezclando sustancias aromáticas en sus ceremonias. Lo hacen para entorpecer el entendimiento y provocar el éxtasis, cosa, por lo demás, muy fácil de conseguir en las personas del sexo débil, más delicadas que las otras. Se han dado casos de desvanecimientos provocados por el olor a cuerno quemado, a pan caliente...

—Hable más bajo, por favor, no sea que se despierte —susurró Bovary.

—Y no sólo los seres humanos —continuó el boticario— están expuestos a este tipo de anomalías, también los animales. Habrá usted oído hablar seguramente del efecto afrodisíaco que produce en los felinos el *nepeta cataria*, vulgarmente llamado hierba de gato. Y no digamos, por citar un ejemplo cuya autenticidad garantizo, del caso de Bridoux —un antiguo compañero mío, establecido hoy día en la calle Malpalu—, que tiene un perro que sufre convulsiones en cuanto le dan a oler una petaca. Algunas veces incluso lleva a cabo la experiencia delante de sus amigos, en su pabellón del bosque Guillaume. ¿Quién iba a sospechar que un simple estornutatorio pudiera ejercer tales estragos en el organismo de un cuadrúpedo? Es algo sumamente curioso, ¿verdad?

—Sí —dijo Charles sin prestarle la más mínima atención.

—Esto nos prueba —prosiguió el otro, sonriendo con un aire de benévola suficiencia— las irregularidades sin número del sistema nervioso. Por lo que a su señora se refiere, debo confesarle que siempre me ha parecido una persona verdaderamente sensitiva. Por eso, no espere que le aconseje, mi buen amigo, ninguno de esos supuestos remedios que, so pretexto de combatir los síntomas, lo que hacen es atacar el temperamento del individuo en cuestión. No, ¡nada de medicación superflua! ¡Régimen y nada más! Sedantes, emolientes, dulcificantes. Además, ¿no le parece que convendría estimular la imaginación?

—¿En qué? ¿Cómo? —dijo Bovary.

—¡Ah, ahí radica el quid de la cuestión. *That is the question!*, como leía yo recientemente en el periódico.

Pero Emma, recobrando el conocimiento en ese preciso instante, exclamó:

—¿Y la carta?, ¿y la carta?

Creyeron que deliraba, y así ocurrió, en efecto, a partir de la medianoche: se le había declarado una fiebre cerebral.

Durante cuarenta y tres días, Charles permaneció sin moverse de su lado. Abandonó a todos sus pacientes; ni siquiera se acostaba, y se pasaba el día tomándole el pulso, aplicándole sinapismos y compresas de agua fría. Mandaba a Justin a Neufchâtel a buscar hielo, y como se le derretía por el camino, le volvía a mandar. Llamó a monsieur Canivet para consultarle el caso; hizo venir de Rouen al doctor Larivière, antiguo profesor suyo; estaba desesperado. Lo que más les trastornaba era el abatimiento de Emma, porque ni hablaba ni oía nada y hasta daba la impresión de que ni siquiera sufría, como si su alma y su cuerpo se hubiesen puesto de acuerdo para descansar juntos de tantas agitaciones.

Hacia mediados de octubre pudo por fin sentarse en la cama con unos almohadones en la espalda. A Charles se le saltaron las lágrimas cuando la vio comer su primera rebanada de pan con mermelada. Poco a poco fue recobrando las fuerzas; se levantaba unas horas por la tarde, y un día que se sentía mejor, Charles la cogió del brazo y trató de hacerle dar una vuelta por el jardín. La arena de los senderos desaparecía bajo las hojas muertas. Emma caminaba pasito a paso, arrastrando las zapatillas, apoyándose en el hombro de su marido, sin dejar de sonreír.

Siguieron así hasta el fondo, cerca de la terraza. Emma se irguió lentamente y se puso la mano sobre los ojos para otear. Miró a lo lejos, muy a lo lejos, pero en el horizonte sólo se veían grandes fogatas que humeaban sobre las colinas.

—Vas a cansarte, amor mío —dijo su marido.

Y la empujó suavemente para hacerla entrar en el cenador.

—Siéntate en este banco —añadió—; aquí estarás bien.

—¡Oh, no, ahí no! —repuso ella con voz desfallecida.

Tuvo un mareo y aquella misma noche recayó, si bien es cierto que la enfermedad presentaba ahora un aspecto más indefinido y características más complejas. Unas

veces era el corazón lo que le dolía, otras el pecho, o el cerebro, o las extremidades. Le sobrevinieron una serie de vómitos, en los que Charles creyó percibir los primeros síntomas de un cáncer.

Y, por si fuera poco, el pobre hombre también se hallaba apurado de dinero.

XIV

En primer lugar, no sabía cómo arreglárselas para resarcir a monsieur Homais de todos los medicamentos que había adquirido en su casa, y aunque, como médico, podía no pagarlos, se avergonzaba un poco de tener que acogerse a semejante privilegio. Por otro lado, el gasto de la casa, ahora que la cocinera se había convertido en el ama, había ascendido a límites insospechados. Llovían las facturas; murmuraban los proveedores; monsieur Lheureux, sobre todo, no le dejaba vivir. En efecto, en el momento en que la enfermedad de Emma alcanzaba su punto culminante, éste, aprovechándose de las circunstancias para exagerar el importe de su cuenta, se había apresurado a traer el abrigo, el bolso de viaje, dos baúles en vez de uno, y otras muchas cosas más. En vano protestó Charles que no necesitaba nada de aquello; Lheureux replicó con arrogancia que a él le habían encargado todos esos artículos y que no estaba dispuesto a llevárselos otra vez; además, con ese gesto no haría sino contrariar a la señora en su convalecencia; ya reflexionaría el señor al respecto; en suma, que estaba resuelto a llevarle a los tribunales antes que renunciar a sus derechos y retirar la mercancía. Charles ordenó poco después que lo devolvieran todo al almacén, pero Félicité se olvidó, y él, con tantas preocupaciones como tenía, no volvió a pensar más en ello. Pero monsieur Lheureux volvió a la carga, y alternando las súplicas con las amenazas, se las ingenió de tal manera que Bovary, a la postre, accedió a firmar un pagaré a seis meses vista. Apenas firmado el pagaré, se le ocurrió sin embargo una idea un tanto arriesgada: pedirle al propio Lheureux un préstamo de mil francos. Le preguntó, pues, con aire cohibido, si no habría medio de conseguirlos, añadiendo que sería por un año y al interés que él fijara. Lheureux corrió a su tienda, volvió inmediatamente con los escudos y redactó otro pagaré, por el cual Bovary se comprometía a abonarle el día 1 de septiembre siguiente la cantidad de mil setenta francos, lo que, con los ciento ochenta ya estipulados, sumaban mil doscientos cincuenta. De ese modo, prestando al 6 por 100, aumentando con un cuarto en concepto de comisión, más un tercio largo por lo menos que le producirían las mercancías vendidas, Lheureux, en un año, podría embolsarse ciento treinta

francos de beneficio. E incluso esperaba que la cosa no se quedara en eso, teniendo en cuenta que probablemente al médico no le sería posible abonar los pagarés al vencimiento del plazo, que tendría que renovarlos, y que, de ese modo, su pobre dinero, alimentado en casa del médico como en un sanatorio, volvería un día a sus manos cebado y gordo a más no poder.

Todo, por lo demás, le iba viento en popa. Era adjudicatario de un suministro de sidra para el hospital de Neufchâtel; monsieur Guillaumin le había prometido acciones en las turberas de Grumesnil, e incluso abrigaba el proyecto de establecer un nuevo servicio de diligencias entre Argueil y Rouen, que no tardaría, sin duda alguna, en arruinar al carretón aquel del *Lion d'or*, y siendo además sus coches, como era de prever, más rápidos, más baratos y con mayor capacidad para llevar equipajes, todo el comercio de Yonville acabaría finalmente en sus manos^[115].

Charles se preguntaba a menudo cómo se las arreglaría para devolver tal suma de dinero al año siguiente, y no paraba de darle vueltas a la cabeza imaginando expedientes tales como acudir a su padre o vender algo. Pero su padre haría oídos sordos, y él no tenía nada que vender. Veía el asunto tan negro que hacía todo lo posible para apartarlo de su conciencia. Además, se reprochaba que, por culpa de aquellos líos financieros, había empezado a olvidarse de Emma, como si, siendo como era el centro de todos sus pensamientos, le robara algo por el simple hecho de no pensar continuamente en ella.

El invierno fue duro y la convalecencia de Emma se prolongaba. Cuando hacía buen tiempo la llevaban en su sillón hasta la ventana que daba a la plaza, pues la otra, la que daba al jardín, tenía constantemente la persiana cerrada, ya que a Emma le resultaba ahora intolerable contemplarlo. También quiso que vendieran el caballo; lo que antes amaba, ahora le desagradaba. Todas sus ideas parecían limitarse al cuidado de su persona. Se pasaba las horas muertas en el lecho, se tomaba allí mismo sus ligeros refrigerios, y de vez en cuando llamaba a la criada para preguntarle por sus tisanas o simplemente para charlar con ella. Entre tanto, la nieve caía sobre la techumbre del mercado proyectaba en la estancia un níveo e inmóvil resplandor. Luego vinieron las lluvias. Y Emma esperaba todos los días, presa de una especie de ansiedad, el infalible retorno de los más nimios acontecimientos, aun cuando apenas significaran nada para ella. La llegada, al anochecer, de *La Golondrina* era el más destacado de todos. Entonces la hostelera comenzaba a gritar y otras voces le respondían, mientras que el farol de Hippolyte, buscando infatigablemente toda clase de bultos por la baca, era como una estrella en la penumbra. A mediodía Charles regresaba y luego volvía a salir. Después Emma tomaba un caldo, y a eso de las cinco, a la caída de la tarde, los niños que salían de clase arrastrando sus zuecos sobre la acera, golpeaban con sus reglas, unos detrás de otros, las tejoletas de los saledizos.

A aquella hora solía ir a visitarla el padre Bournisien. Se interesaba por su salud, le traía noticias del pueblo y la exhortaba a la devoción, manteniendo con ella una plática melosa no exenta de atractivos. La simple presencia de la sotana ya la

reconfortaba.

Un día, en el momento más crítico de su enfermedad, se creyó agonizante y pidió la comunión; pero a medida que hacían en su cuarto los preparativos para el sacramento, que disponían a modo de altar la cómoda atestada de frascos de medicina y que Félicité sembraba el suelo de flores de dalia, Emma comenzó a sentirse invadida por algo muy intenso que la liberaba de sus dolores, de toda percepción, de todo sentimiento. Era como si su carne, aliviada, no obedeciese a las leyes de la gravedad, como si comenzara para ella una vida diferente, y tuvo la sensación de que su ser, elevándose hacia Dios, iba a fundirse en su amor, como un incienso encendido que se disipa en vapores. Rociaron las sábanas con agua bendita; el sacerdote sacó del copón la nivea hostia, y Emma, transida de gozo celestial, adelantó los labios para recibir el cuerpo del Salvador que se le ofrecía. En torno a ella, las cortinas de su alcoba se hinchaban suavemente como nubes, y las llamas de los dos cirios que ardían sobre la cómoda le parecieron glorias deslumbrantes. Entonces dejó caer la cabeza, creyendo percibir en los espacios la música de las arpas seráficas y vislumbrar en el azul del cielo, sobre un trono de oro, rodeado de santos con palmas verdes en las manos, a Dios Padre, resplandeciente de majestad, que con una señal hacía descender sobre la tierra a un grupo de ángeles de flamígeras alas para llevársela en sus brazos.

Aquella estremecedora visión quedó grabada en su memoria como lo más hermoso que cupiera imaginar; de tal modo que, desde entonces, se esforzaba por evocar esa sensación, que persistía, a pesar del discurrir del tiempo, con idéntica dulzura, pero de una manera menos nítida. Su alma, herida por el orgullo, descansaba por fin en la humildad cristiana, y saboreando el goce de ser débil, contemplaba en sí misma la destrucción de su voluntad, que debía de dejar expeditas las puertas a la irrupción de la gracia. Existían, pues, deleites más intensos que los que proporcionaba la pobre dicha terrena, un amor por encima de todos los demás amores, sin intermitencias ni fin, y que se acrecentaba eternamente. Y entre las ilusiones de su esperanza, vislumbró un estado de pureza que sobrevolaba la tierra, confundiéndose con el cielo, y al que aspiraba llegar. Quiso volverse una santa. Compró rosarios, se colgó amuletos; suspiraba por tener en su cuarto, a la cabecera de su cama, un relicario con incrustaciones de esmeraldas para besarlo todas las noches.

Al cura le maravillaban aquellas nuevas disposiciones de Emma, aunque de vez en cuando le asaltaba el temor de que su devoción, a fuerza de fervor, pudiera acabar rayando en la herejía y hasta en la extravagancia. Pero como no estaba muy versado en tales materias, a poco que sobrepasaran un cierto límite, le escribió a monsieur Boulard, librero de Su Ilustrísima, pidiéndole que le enviara algo muy selecto para una persona del sexo femenino dotada de un gran talento. El librero, con la misma indiferencia con la que habría expedido baratijas a los negros, le remitió un paquete en el que figuraba una especie de batiburrillo con todo lo que por aquel entonces circulaba en el mercado de los libros piadosos: pequeños manuales con preguntas y

respuestas, panfletos de tono altisonante redactados en el estilo de monsieur de Maistre^[116], y unas cuantas novelas en cartoné rosa y de estilo dulzón, escritas por seminaristas que se las daban de poetas o por marisabidillas arrepentidas. Entre ellas estaban las tituladas *Piénselo usted bien*; *El hombre mundano a los pies de María*, por M. de^{***}, *condecorado con diversas cruces*; *Los errores de Voltaire, para uso de los jóvenes*, etc.

Madame Bovary no tenía aún la mente lo bastante lúcida para aplicarse en serio a cosa alguna, y además emprendió aquellas lecturas con excesiva precipitación. Las prescripciones del culto le irritaron; la arrogancia de los escritos polémicos le desagradó por su saña en perseguir a gentes que ella no conocía, y los cuentos profanos de tendencia religiosa le parecieron redactados con un desconocimiento tal de las cosas mundanas, que la fueron apartando insensiblemente de las verdades cuya demostración anhelaba. Perseveró no obstante en su empeño, y cuando el libro se le caía de las manos, se sentía presa de la más sutil melancolía católica que alma etérea alguna imaginar pudiera.

En cuanto al recuerdo de Rodolphe, lo había sepultado en lo más hondo de su corazón, y allí permanecía, más solemne y más inmóvil que una momia real en una cripta. De aquel gran amor embalsamado se escapaba no obstante un aroma que, atravesándolo todo, perfumaba de ternura el ambiente immaculado en que ahora deseaba vivir. Y así, cuando se arrodillaba en su reclinatorio gótico, dirigía al Señor las mismas suaves palabras que tiempo atrás murmuraba a su amante en las efusiones del adulterio. Y lo hacía así para reavivar la fe, pero como ningún deleite descendía del cielo, se levantaba con todos sus miembros doloridos y con el vago presentimiento de ser víctima de un inmenso engaño. Pensaba, sin embargo, que semejante búsqueda suya no era sino un mérito más, y en el orgullo de su devoción, Emma se comparaba a aquellas grandes damas de antaño cuya gloria anhelara ella al contemplar un día un retrato de La Vallière, las cuales, arrastrando con tanta majestad la suntuosa cola de sus largos vestidos, se retiraban a lugares solitarios para verter a los pies de Cristo todas las lágrimas de su corazón herido por la vida.

Se entregó entonces a obras de caridad desmedidas. Cosía ropa para los pobres; mandaba leña a las parturientas, y un día, Charles, al volver del trabajo, se encontró en la cocina con tres golfillos sentados a la mesa y tomándose una sopa. Hizo que le trajeran de nuevo a casa a Berthe, a quien su marido, durante su enfermedad, había vuelto a enviar al cuidado de la nodriza. Emma intentó ahora enseñarle a leer, y nunca perdía los estribos por muchas llantinas que le dieran a la pequeña. Había adoptado una actitud de resignación, una indulgencia universal. Su lenguaje, hablara de lo que hablara, rebosaba afabilidad. Dirigiéndose a su hija, le decía:

—¿Se te ha pasado ya el cólico, ángel mío?

La madre de Charles no hallaba ya nada que objetar a su conducta, salvo quizá aquella manía de tejer blusitas para los huérfanos cuando había en la casa tanto trapo que remendar. Pero, harta ya de tantas trifulcas domésticas, la pobre mujer se sentía a

gusto en aquel hogar tranquilo, e incluso se quedó allí hasta después de Pascua, a fin de evitar los sarcasmos de su marido, que se ufanaba de encargar todos los años unos buenos embutidos para comérselos precisamente el día de Viernes Santo.

Además de la compañía de su suegra, cuya rectitud de juicio y sus modales graves la reconfortaban bastante, Emma recibía casi a diario otras visitas, concretamente la de madame Langlois, madame Caron, madame Dubreuil, madame Tuvache, y de dos a cinco, como un reloj, la de la excelente madame Homais, que jamás había querido prestar oídos a ninguno de los chismes que corrían sobre su vecina. También acudían a verla los pequeños Homais, acompañados por Justin. Subía éste con ellos a la habitación y se quedaba de pie junto a la puerta, inmóvil y sin decir ni pío. Muchas veces, incluso, madame Bovary, sin preocuparse de su presencia, se ponía a arreglarse delante de él. Después de quitarse la peineta, sacudía la cabeza con un movimiento brusco. La primera vez que Justin vio aquella cabellera suelta que le caía hasta las corvas desplegando sus negros rizos, fue para el muchacho algo así como adentrarse en un mundo nuevo y extraordinario cuyo esplendor le asustó.

Emma no reparaba nunca, sin duda, en su muda solicitud ni en la timidez de que hacía gala. No podía ni tan siquiera imaginar que el amor, recién desaparecido de su vida, palpataba allí, junto a ella, bajo aquella tosca camisa, en aquel corazón de adolescente abierto a las emanaciones de su belleza. Por lo demás, era tal la indiferencia con que consideraba ahora cuanto había a su alrededor, y tenía a un mismo tiempo palabras tan afectuosas, miradas tan altivas y modales tan variados, que ya no era posible distinguir el egoísmo de la caridad, ni la corrupción de la virtud. Una tarde, por ejemplo, montó en cólera contra su criada, que le pedía permiso para salir y balbucía alegando pretextos:

—¿Estás enamorada, verdad? —le preguntó, sin más.

Y sin esperar la respuesta de Félicité, que se había sonrojado, añadió con un deje de tristeza:

—¡Anda, corre!, ¡diviértete!

A comienzos de primavera hizo escarbar el huerto de arriba abajo, haciendo caso omiso de las observaciones de su marido, que se alegró en el fondo de verla manifestar por fin sus deseos, cualesquiera que fuesen. A medida que se restablecía fue, no obstante, exteriorizando otros. En primer lugar, halló la manera de despedir a madame Rolet, la nodriza, que, durante la convalecencia de madame Bovary, había tomado la costumbre de presentarse con harta frecuencia en la cocina con sus dos niños de pecho y un huésped con más hambre que un caníbal. Luego se fue desembarazando de la familia Homais y progresivamente de todas las demás visitas, e incluso empezó a frecuentar la iglesia con menos asiduidad, con gran contento por parte del boticario, que se permitió decirle un día amistosamente:

—Se estaba usted volviendo un tanto beata.

Monsieur Bournisien seguía visitándola, como antes, todos los días al acabar sus clases de catecismo. Prefería, no obstante, quedarse fuera, tomando el fresco «en

medio del bosque», como llamaba al cenador. A aquella hora solía volver Charles. Hacía calor. Les traían sidra dulce y bebían juntos, brindando por el completo restablecimiento de Emma.

Binet también andaba por allí, un poco más abajo, cerca del muro de la terraza, pescando cangrejos. Bovary le invitaba a tomar un refresco, y él se las arreglaba a la perfección para descorchar botellas.

—Es preciso mantenerla así —decía, paseando en torno a él y hasta los confines del horizonte una mirada satisfecha—, apoyada verticalmente sobre la mesa, y una vez cortados los alambres, tirar del corcho, haciéndole girar muy suavemente, muy suavemente, como hacen en los restaurantes con el agua de Seltz.

Pero a veces, durante su demostración, la sidra surgía de improviso y les salpicaba en pleno rostro; entonces el cura, con una risita velada, soltaba indefectiblemente el mismo chiste:

—¡La eficacia del procedimiento salta a la vista!

El cura sí que era un buen hombre, y ni siquiera se escandalizó un día en que el farmacéutico aconsejó a Charles que, para que su señora se distrajera un poco, la llevara al teatro de Rouen a oír al ilustre tenor Lagardy. Homais, extrañado de aquel silencio, quiso conocer su opinión, y el sacerdote declaró que consideraba la música menos peligrosa para las buenas costumbres que la literatura.

Pero el boticario salió en defensa de las letras. El teatro —tal era su punto de vista— servía para combatir los prejuicios y, bajo la máscara del placer, enseñaba la virtud.

—¡*Castigat ridendo mores*^[117], monsieur Bournisien! Y si no, fíjese usted cómo la mayoría de las tragedias de Voltaire están hábilmente sembradas de reflexiones filosóficas hasta el punto de constituir una verdadera escuela de moral y de diplomacia para el pueblo.

—Yo vi una vez —dijo Binet— una obra titulada *Le Gamin de Paris* en la que llama la atención la presencia de un anciano general que está completamente chalado. Le echa una filípica a un hijo de familia bien que había seducido a una obrera y que a la postre...

—Desde luego —proseguía Homais—, existe la mala literatura, como existe la mala farmacia. Pero condenar en bloque a la más importante de las bellas artes me parece una majadería, una idea trasnochada, digna de aquellos tiempos ominosos en que se metía en la cárcel a gentes como Galileo.

—Ya sé —objetó el cura— que existen obras buenas y autores buenos; sin embargo, el mero hecho de que personas de distinto sexo se reúnan en un sitio encantador, rebosante de pompas mundanas, con todos esos disfraces paganos, esos afeites, esos candelabros, esas voces afeminadas, todo eso, necesariamente, tiene que terminar por engendrar un cierto libertinaje de espíritu, además de provocar pensamientos deshonestos y tentaciones impuras. Por lo menos esa es la opinión de los Santos Padres. En fin —añadió, adoptando súbitamente un tono de voz místico y

deshaciendo al mismo tiempo entre sus dedos una toma de rapé—, si la Iglesia condena los espectáculos, su razón tendrá. Nuestra obligación es someternos a sus decretos.

—¿Pero por qué excomulga a los cómicos? —preguntó el boticario—. ¿Acaso no concurrían éstos abiertamente a las ceremonias del culto en otras épocas? Usted sabe que se representaban en medio del coro una serie de farsas, llamadas misterios, en las que a menudo las leyes de decencia se veían vulneradas.

El sacerdote se limitó a exhalar un suspiro y el farmacéutico prosiguió:

—Es como en la Biblia. Hay en ella..., y usted bien lo sabe..., más de un pasaje... picante, cosas... digamos... francamente procaces.

Y al notar el gesto de enojo del cura:

—¡Ah!, reconocerá usted que no es un libro como para ponerlo en manos de un joven. Por lo que a mí respecta, me enojaría mucho si Athalie...

—¡Pero usted debería saber que son los protestantes, y no nosotros, quienes recomiendan la Biblia! —exclamó el otro, un tanto molesto.

—¡Es igual! —dijo Homais—. Me asombra que, en nuestros días, en el siglo de las luces, haya gentes que aún se obstinen en proscribir un solaz intelectual que no sólo es inofensivo, sino también, en muchos casos, moralizador e incluso higiénico, ¿verdad, doctor?

—Sin duda —respondió el médico sin acaloramientos, ya fuese porque, aun compartiendo sus ideas, no quisiera ofender a nadie, o bien porque no tuviera nada que decir al respecto.

La conversación parecía ya acabada, cuando el farmacéutico juzgó oportuno insinuar una última pulla.

—He conocido a algunos curas —dijo— que se vestían de paisano para ir a ver pernear a las bailarinas.

—¡Por favor! —exclamó el párroco.

—¡Le digo que los he conocido!

Y deteniéndose en cada sílaba, Homais repitió:

—Los-he-co-no-ci-do.

—¡Bueno, pues hacían mal! —repuso el cura, resignado a oír cualquier disparate.

—¡Y aún hacen otras muchas cosas peores, para que lo sepa! —exclamó el boticario.

—¡Señor mío!... —replicó el sacerdote con una mirada tan terrible que el boticario se sintió intimidado.

—Lo único que he pretendido decir —puntualizó entonces Homais en un tono menos cerril— es que la tolerancia es el medio más seguro de atraer las almas a la religión.

—En eso sí que tiene usted razón —concedió el bueno del cura, acomodándose de nuevo en su silla.

Pero sólo permaneció allí un par de minutos más. Apenas salió, Homais le dijo al

médico:

—¡Esto es lo que se llama un rifirrafe! ¡Ya ha visto usted el revolcón que le he dado!... En fin, hágame caso, lleve usted a su señora al teatro, aunque sólo sea para hacer rabiar una vez en la vida a uno de estos grajos, ¡qué diablo! Si tuviera a alguien que me sustituyera, yo mismo les acompañaría con mucho gusto. Pero apresúrese. Lagardy sólo dará una función; tiene un contrato en Inglaterra con unos emolumentos considerables. Es, según dicen, un pájaro de cuenta. Nada en oro y viaja con tres amantes y un cocinero. Eso es lo que pasa con todos estos grandes artistas, que tiran la casa por la ventana; necesitan llevar una vida escandalosa que excite un poco la imaginación. Pero luego acaban muriendo en el hospital, porque de jóvenes no tuvieron el suficiente sentido común para ahorrar un poco. En fin, que aproveche y hasta mañana.

Aquella idea del espectáculo en seguida tomó cuerpo en la cabeza de Bovary, e inmediatamente se la comunicó a su mujer, que en principio rehusó, alegando su cansancio, el trastorno que ello suponía y el consiguiente gasto, pero, aunque parezca increíble, Charles por una vez no cedió, tan seguro estaba de que aquel esparcimiento iba a serle provechoso. No veía en ello impedimento alguno; su madre les acababa de enviar trescientos francos con los que no contaba, las deudas pendientes no eran excesivas, y el vencimiento de los pagarés de monsieur Lheureux estaba aún tan lejano que no había por qué pensar en ello. Además, como Charles imaginaba que la resistencia de Emma era sobre todo cuestión de delicadeza, insistió más, hasta que al fin Emma, en vista de su tozudez, acabó por decidirse, y al día siguiente, a las ocho, montaron en *La Golondrina*.

El boticario, a quien nada de particular retenía en Yonville, pero que se creía obligado a no moverse de allí, suspiró al verlos partir.

—¡Adiós y buen viaje! —les dijo—. ¡Dichosos mortales!

Y luego, dirigiéndose a Emma, que llevaba un traje de seda azul^[118] con cuatro faraloes, añadió:

—¡Está usted bonita como un sol! Causará usted sensación en Rouen.

La diligencia paraba en el hotel de *La Croix Rouge*, en la plaza Beauvoisine. Era una de esas fondas que suele haber en todos los arrabales de provincias, con grandes caballerizas y pequeñas habitaciones para dormir, por cuyos patios se ven gallinas picoteando la avena bajo los cabriolés llenos de barro de los viajeros de comercio; viejos albergues con balcones de madera carcomida que el viento hace crujir en las noches de invierno, siempre rebosantes de gente, de algaraza y de condumio, con sus mesas negras pegajosas de «carajillo», con gruesos cristales amarillentos de tanta mosca, con sus servilletas húmedas manchadas de vino tinto, y que, oliendo siempre a aldea, como gañanes vestidos de domingo, tienen un café que da a la calle, y un huerto de hortalizas por la parte que da al campo. Charles se puso inmediatamente en movimiento. Confundió el proscenio con el paraíso, el patio de butacas con los palcos; pidió explicaciones, pero siguió sin enterarse; anduvo del taquillero al

director; volvió a la posada; regresó otra vez a la taquilla, y así varias veces recorrió la ciudad de punta a punta, desde el teatro hasta el bulevar.

Madame Bovary se compró un sombrero, unos guantes y un ramo de flores. Charles tenía miedo de llegar tarde y perderse el comienzo, de ahí que, sin apenas probar la sopa, se presentaran en el teatro cuando las puertas aún estaban cerradas.

XV

Pegada a la pared y simétricamente estacionada entre unas barandillas, esperaba la muchedumbre. En las esquinas de las calles adyacentes, gigantescos carteles anunciaban en caracteres barrocos: «*Lucía de Lammermoor*^[119]... Lagardy... Ópera..., etc.». El tiempo era bueno y la gente tenía calor; el sudor corría por entre los rizos, los pañuelos enjugaban las enrojecidas frentes, y a veces un viento tibio que venía del río agitaba suavemente el borde de los toldos de cutí que resguardaban la puerta de los cafetines. Un poco más abajo, sin embargo, se notaba el frescor de una corriente de aire glacial que olía a sebo, a cuero y a aceite. Eran las emanaciones de la rue des Charrettes, llena de grandes y sombríos almacenes por cuyos suelos los obreros hacen rodar a todas horas barricadas.

Por miedo a parecer ridícula, Emma, antes de entrar, quiso dar un paseo por el puerto, y su marido, por prudencia, se metió las entradas en el bolsillo del pantalón, sin sacar ni un momento de allí la mano, bien pegada contra el vientre.

Nada más entrar en el vestíbulo, Emma sintió latir aceleradamente su corazón. Sonrió involuntariamente, por vanidad, al ver el gentío que se precipitaba a la derecha por el otro corredor, mientras que ella subía por la escalera de los palcos principales. Disfrutó como una criatura empujando con el dedo las amplias puertas tapizadas; aspiró a pleno pulmón el olor a polvo de los pasillos, y una vez acomodada en su palco, irguió el pecho con la desenvoltura de una duquesa.

La sala iba llenándose; hacían acto de presencia los gemelos, y los abonados se saludaban al verse de lejos. Venían a evadirse, con el solaz de las bellas artes, de las habituales preocupaciones del comercio, pero, incapaces de olvidarse ni por un momento de los negocios, seguían hablando de algodones, de alcoholes o de añiles. Se veían allí cabezas de ancianos, inexpresivas y pacíficas, de cabellos y tez blanquecinos, semejantes a medallones de plata velados por un baño de plomo. Los jóvenes elegantes se pavoneaban en el patio de butacas, luciendo en la abertura del chaleco sus corbatas de color rosa o verde manzana; y madame Bovary los admiraba

desde arriba mientras ellos apoyaban la palma de sus manos enguantadas de amarillo en la empuñadura de oro de sus delgados bastones.

Poco después encendieron las luces de la orquesta; la araña de cristal descendió del techo inundando de un súbito alborozo la sala con sus destellos; luego, uno tras otro, fueron saliendo los músicos, y por un momento se produjo un prolongado guirigay de bajos que zumbaban, de violines que rechinaban, de cornetines que sonaban, de flautas y flautines que gorjeaban. De repente se oyeron tres golpes en el escenario: redoblaron los timbales, subrayaron sus acordes los instrumentos de metal, y el telón, levantándose, dejó al descubierto un paisaje.

Era el claro de un bosque, con una fuente, a la izquierda, a la sombra de un roble. Campesinos y señores, con la manta terciada al hombro, entonaban todos juntos una canción de caza; luego se presentó un capitán que invocaba al ángel del mal elevando los brazos al cielo; apareció otro después; y al final salieron juntos mientras los cazadores reanudaban su canción.

Emma, rememorando las lecturas de su juventud, se vio de repente sumida de lleno en Walter Scott. Se le antojaba oír, a través de la niebla, el sonido de las gaitas escocesas propagando su eco por entre los brezales. Además, como el recuerdo de la novela facilitaba la comprensión del libreto, podía seguir la intriga frase a frase, mientras que los vagos pensamientos que le venían a la mente se diluían acto seguido bajo las ráfagas de música. Emma se dejaba mecer por el vaivén de las melodías y se sentía vibrar de la cabeza a los pies, como si los arcos de los violines sacudieran sus nervios. Le faltaban ojos para contemplar los trajes, los decorados, los personajes, los árboles pintados que se estremecían cuando andaban los actores, y las tocas de terciopelo, los mantos, las espadas, todas las fantasías que se agitaban de modo armónico como en la atmósfera de otro mundo. De pronto avanzó una joven y le arrojó una bolsa a un escudero vestido de verde. Se quedó sola, y entonces se oyó el sonido de una flauta que imitaba el murmullo de una fuente o los gorjeos de un pájaro. Lucía, con aire decidido, atacó su cavatina^[120] en sol mayor, quejándose de amores y pidiendo alas para volar. Emma, lo mismo que ella, hubiese querido huir de la vida, esfumarse en un abrazo. De repente apareció en escena Edgar Lagardy.

Tenía una de esas espléndidas palideces que confieren algo de la majestad de los mármoles a las ardientes razas del Mediodía. Su vigoroso busto estaba ceñido por un jubón de color pardo; un pequeño puñal cincelado le golpeaba el muslo izquierdo, y lanzaba miradas lánguidas a su alrededor, al tiempo que dejaba al descubierto sus blancos dientes. Contaban que una princesa polaca, escuchándole cantar una noche en la playa de Biarritz, donde calafateaba chalupas, se había enamorado de él, y por él se había arruinado más tarde. Lagardy la había abandonado para irse con otras mujeres, y semejante celebridad sentimental no hacía sino contribuir a su reputación artística. El astuto comediante tenía buen cuidado de insertar siempre en los anuncios alguna frase poética alusiva a la fascinación de su persona y a la sensibilidad de su alma. Una hermosa voz, un imperturbable aplomo, más temperamento que inteligencia y

más énfasis que lirismo, acababan de realzar aquella admirable naturaleza de charlatán nato, con una cierta facha de barbero y de matador de toros.

Provocó el entusiasmo desde la primera escena. Estrechaba a Lucía entre sus brazos, la dejaba, volvía, parecía desesperado: tenía estallidos de cólera, seguidos de estertores elegiacos de una dulzura infinita, y las notas surgían de su desnuda garganta entre sollozos y besos. Emma se inclinaba para verle, arañando con sus uñas el terciopelo del palco. Su corazón se henchía con aquellos melodiosos lamentos que se propagaban al ritmo marcado por los contrabajos como gritos de náufragos en medio del tumulto de una tempestad. Reconocía en todo aquello cuantas embriagueces y angustias la habían puesto poco tiempo atrás al borde de la muerte. La voz de la cantante no le parecía sino el eco de su conciencia, y aquella ilusión que la hechizaba era algo como de su propia vida. Pero a ella nadie en el mundo la había amado con un cariño así. Él no lloraba como Edgar aquella última noche, cuando, a la luz de la luna, se despedían diciéndose: «¡Hasta mañana, hasta mañana...!»». La sala se venía abajo bajo las salvas de aplausos; hubo que repetir la *strette*^[121] entera; los enamorados hablaban de las flores de su tumba, de juramentos, de destierro, de fatalidad, de esperanzas, y cuando pronunciaron el adiós final, a Emma se le escapó un grito agudo que fue a confundirse con la vibración de los últimos acordes.

—¿Por qué se obstina ese señor en perseguirla? —preguntó Charles.

—No la persigue —respondió ella—, es que es su amante.

—Entonces, ¿cómo es que jura vengarse de su familia, mientras que el otro, el que salió antes, dijo: «Amo a Lucía y creo que me corresponde»? Además se ha ido con su padre, cogido del brazo. Porque ese feucho y bajito que lleva en el sombrero una pluma de gallo es su padre, ¿verdad?

A pesar de las explicaciones de Emma en el momento del dúo recitado en que Gilbert expone sus abominables maniobras a su amo Asthon, Charles, al ver el falso anillo de esponsales que ha de engañar a Lucía, creyó que se trataba de un recuerdo de amor enviado por Edgar. Reconocía, además, que no se estaba enterando ni pizca de toda aquella historia, por culpa especialmente de la música, que no dejaba oír las palabras.

—¿Qué más da? —dijo Emma—. ¡Cállate!

—Es que a mí me gusta enterarme de qué va el argumento —replicó él, inclinándose sobre el hombro de Emma—, compréndelo.

—¡Cállate! ¡Cállate de una vez! —exclamó ella un poco harta.

Lucía avanzaba, medio sostenida por sus doncellas, con una corona de azahar en el pelo y más pálida que el raso blanco de su vestido. Emma se acordó del día de su boda, y se veía de nuevo allá, entre los trigales, por la estrecha vereda, cuando se dirigían a la iglesia. ¿Por qué, por qué no se había resistido e implorado como ésta? Al contrario, iba tan contenta, sin percatarse del abismo en que se precipitaba... ¡Ah!, si en el esplendor de su belleza, antes de las mancillas del matrimonio y de la desilusión del adulterio, hubiera podido consagrar su vida a un corazón firme y

generoso, entonces sí que habría podido conjugar el deber, la virtud, la ternura y la voluptuosidad, sin jamás tener que verse obligada a descender de tan alto grado de felicidad. Pero aquella dicha sin duda era una mentira forjada para desesperación de todo deseo. Ahora sí que conocía la mezquindad de las pasiones que el arte exageraba. Y así, esforzándose por desviar su pensamiento, Emma sólo aspiraba a ver en aquella representación de sus propios tormentos una fantasía plástica buena únicamente para el esparcimiento de la vista, y hasta sonreía en su fuero interno con una piedad desdeñosa cuando, por el fondo del escenario, apareció, bajo el cortinón de terciopelo, un hombre envuelto en una negra capa.

El gran chambergo español con el que se cubría se le cayó a un gesto que hizo, e inmediatamente los instrumentos y los cantantes atacaron el sexteto^[122]. Edgar, centelleante de furia, dominaba las demás voces con la suya, mucho más clara. Asthon le lanzaba, en notas graves, provocaciones homicidas; Lucía exhalaba su aguda queja; Arthur modulaba aparte sonidos a media voz, y la voz de bajo del ministro retumbaba, en tanto que las voces de las mujeres, repitiendo sus palabras, formaban un delicioso coro. Todos gesticulaban con idéntico ardor, y la cólera, la venganza, los celos, el terror, la compasión o la sorpresa brotaban al unísono de sus bocas entreabiertas. El ultrajado amante blandía su desnuda espada; su gorguera de encaje subía y bajaba bruscamente según las oscilaciones de su pecho, y cruzaba el escenario de un lado a otro, a grandes zancadas, haciendo sonar contra las tablas las espuelas doradas de sus flexibles botas, que se ensanchaban por el tobillo. Tenía que sentir, pensaba Emma, un inagotable amor para poder derramarlo sobre el público con tan generosos efluvios. Todos sus veleidosos impulsos por denigrarle se desvanecían bajo la poesía del papel que encarnaba, y atraída hacia el hombre por la ilusión del personaje, trató de imaginarse su vida, esa vida trepidante, extraordinaria, espléndida, la misma que ella hubiera podido llevar si el azar no lo hubiera impedido. Se habrían conocido, se habrían amado. Con él habría viajado de ciudad en ciudad por todos los reinos de Europa, compartiendo sus fatigas y su orgullo, recogiendo las flores que le arrojasen, bordando con sus propias manos los trajes que él luciera. Luego, cada noche, en el fondo de un palco, tras la reja de barrotes dorados, habría recogido, boquiabierto, las expansiones de aquella alma que sólo habría cantado para ella; desde la escena, mientras actuaba, él la habría mirado. De repente se apoderó de ella una especie de locura: ¡la miraba, no cabía duda! Le entraron ganas de correr a sus brazos para refugiarse en su fuerza, como en la encarnación del amor mismo, y de decirle, y de gritarle: «¡Ráptame, llévame contigo, huyamos! ¡Tuyos son, tuyos son todos mis ardores y todos mis sueños!».

Cayó el telón^[123].

El olor del gas se mezclaba con el de los alientos; el aire de los abanicos tornaba aún más asfixiante la atmósfera. Emma quiso salir, pero como la muchedumbre atestaba los pasillos, se volvió a sentar en su butaca, presa de sofocantes palpitaciones. Charles, temiendo que le diera un síncope, corrió a la cantina a

buscarle un vaso de horchata.

Le costó mucho trabajo volver de nuevo a su sitio, ya que, como llevaba el vaso en la mano, por todas partes recibía codazos, y hasta derramó las tres cuartas partes del contenido sobre los hombros de una ruanesa que iba de manga corta, la cual, al sentir deslizarse el frío líquido por su espalda, empezó a gritar despavorida como si la estuvieran asesinando. El marido, que era dueño de una hilatura, se enfureció ante semejante gesto de torpeza, y mientras ella limpiaba con su pañuelo las manchas de su hermoso vestido de tafetán color cereza, él hablaba con tono desabrido de indemnización, de gastos, de reembolso. Charles, al fin, logró llegar junto a su mujer, y le dijo:

—La verdad es que creí que no llegaba. ¡Qué gentío...! ¡Qué gentío!

Y añadió:

—Adivina con quién me he encontrado arriba. ¡Con monsieur Léon!

—¿Con Léon?

—¡En persona! Va a venir dentro de un momento a saludarte.

Y no bien acababa de decir estas palabras, cuando entró en el palco el antiguo pasante de Yonville.

Le tendió la mano con una desenvoltura de hombre de mundo, y madame Bovary alargó maquinalmente la suya, sin duda obedeciendo a la atracción de una voluntad más fuerte. Emma no había vuelto a sentir el tacto de esa mano desde aquella lejana tarde de primavera en que llovía sobre las hojas verdes, cuando, de pie al borde de la ventana, se dijeron adiós. Pero, en seguida, tomando conciencia de la situación, hizo un gran esfuerzo por desechar el arrobo de tales recuerdos y empezó a balbucear rápidas y entrecortadas frases.

—¡Ah, buenas noches!... ¡Cómo! ¿Usted por aquí?

—¡Silencio! —gritó una voz desde el patio de butacas, porque en ese momento empezaba el tercer acto.

—¿Pero es que vive usted ahora en Rouen?

—Sí.

—¿Y desde cuándo?

—¡Fuera! ¡Fuera!

Y como la gente se volvía hacia ellos, no tuvieron más remedio que callarse.

Pero a partir de ese momento, Emma dejó de prestar atención a la obra, y el coro de los invitados, la escena que tiene lugar entre Ashton y su criado, gran dúo en re mayor, todo transcurrió para ella como en la lejanía, como si los instrumentos hubiesen perdido sonoridad y los personajes se hubieran alejado. Recordaba las partidas de cartas en casa del boticario, y el paseo a la cabaña de la nodriza, las lecturas en el cenador, las charlas a solas junto a la lumbre, todo aquel pobre amor tan sosegado y tan largo, tan discreto y tan tierno, y que, sin embargo, había olvidado. ¿Por qué volvía ahora? ¿Qué cúmulo de azares le colocaba de nuevo en su vida? Léon permanecía detrás de ella, apoyado el hombro contra el tabique, y ella, de vez

en cuando, se sentía estremecer bajo el tibio hálito de su respiración que descendía manso hasta sus cabellos.

—¿Le divierte mucho esto? —dijo Léon, inclinándose tanto sobre ella que la punta de su bigote le rozó la mejilla.

Emma respondió adoptando un cierto aire de desdén:

—La verdad, no mucho.

Entonces Léon les propuso que salieran del teatro y fueran a tomar unos helados en cualquier parte.

—¡Todavía no! ¡Quedémonos un poco más! —dijo Charles—. Lucía se ha soltado la cabellera: presiento que esto va acabar en tragedia.

Pero la escena de la locura no interesaba nada a Emma, y la actuación de la cantante le pareció exagerada.

—Grita demasiado —dijo Emma volviéndose hacia Charles, que no se perdía detalle.

—Sí..., quizá..., es posible —replicó éste, vacilando entre la franqueza de su gusto y el respeto que le inspiraban las opiniones de su mujer.

Poco después, Léon dijo suspirando:

—¡Qué calor!

—¡Insoportable! Es cierto.

—¿No te encuentras a gusto? —preguntó Charles.

—No, me ahogo. Vámonos.

Léon puso delicadamente sobre los hombros de Emma su largo chal de encaje, y los tres fueron a sentarse al puerto, al aire libre, delante de las cristaleras de un café.

Hablaron primero de la enfermedad de Emma, aunque ella interrumpía de vez en cuando a Charles, por miedo, decía, de aburrir a Léon; éste, a su vez, les contó que había venido a Rouen con el propósito de pasar dos años en el bufete de un abogado de gran prestigio, para adiestrarse con él en las peculiaridades de los pleitos normandos, tan diferentes de los que se entablaban en París. Luego preguntó por Berthe, por la familia Homais y por madame Lefrançois; y, como en presencia del marido no tenían nada más que decirse, la conversación languideció muy pronto.

Gente que salía del teatro pasó por la acera tarareando o cantando a voz en grito: *O bel ange, ma Lucie!* Entonces Léon, dándose las de entendido, se puso a hablar de música. Había oído cantar a Tamburini, a Rubini, a Persiani, a Grisi^[124]; y al lado de ellos, Lagardy, pese a sus momentos mágicos, no valía nada.

—Sin embargo —interrumpió Charles, que degustaba premiosamente su sorbete de ron—, aseguran que en el último acto está realmente admirable. Lamento haber salido antes del final, porque debo reconocer que estaba empezando a pasarlo muy bien.

—De todos modos —advirtió el pasante—, creo que tienen intención de dar otra representación.

Pero Charles respondió que se tenían que ir al día siguiente.

—A menos —añadió, volviéndose hacia su esposa— que quieras quedarte tú sola aquí, cariño.

Y cambiando de táctica ante aquella coyuntura inesperada que de repente se le presentaba, Léon se deshizo en elogios con la actuación de Lagardy en el trozo final. ¡Era algo soberbio, sublime! Charles entonces insistió:

—De ese modo regresarías el domingo. ¡Vamos, decídete! Haces mal en negarte si en el fondo de ti algo te dice que sería de tu agrado.

Mientras tanto, las mesas a su alrededor se iban quedando vacías. Un camarero se acercó discretamente a ellos y Charles, al darse cuenta, sacó su cartera, pero el pasante le sujetó el brazo y se empeñó en pagar, sin olvidarse de dejar, además, de propina dos monedas de plata que hizo sonar contra el mármol.

—Me contraría, verdaderamente —murmuró Bovary—, que sea usted quien pague...

El otro hizo un gesto desdeñoso pero rebotante de cordialidad, y luego, cogiendo su sombrero, dijo:

—Bueno, entonces estamos de acuerdo, ¿no es cierto? ¿Les parece bien mañana a las seis?

Charles volvió a repetir que a él le era del todo punto imposible prolongar por más tiempo su ausencia, pero que no había ningún inconveniente para que Emma...

—Es que... —balbuceó ella con singular sonrisa—, no sé si...

—Pues ya lo pensarás. Consúltalo con la almohada...

Y dirigiéndose a Léon que los acompañaba, añadió:

—Ahora que está usted de nuevo por aquí, espero que acuda de vez en cuando a comer en casa.

El pasante afirmó que no dejaría de hacerlo, puesto que además le urgía ir a Yonville para resolver un asunto de su despacho. Y por fin se separaron delante del pasaje de Saint-Herbland justo en el momento en que daban las once y media en el reloj de la catedral.

TERCERA PARTE

I

Léon, mientras estudiaba la carrera de Derecho, había frecuentado con cierta asiduidad *La Chaumière*, donde incluso llegó a obtener sonados éxitos con las modistillas, que le encontraban un cierto aire distinguido. Era un estudiante ejemplar: no llevaba el pelo ni demasiado largo ni demasiado corto; no dilapidaba en un solo día el dinero de todo el trimestre, y mantenía buenas relaciones con sus profesores. En cuanto a los excesos, siempre se había abstenido de cometerlos, tanto por timidez como por delicadeza.

Muchas veces, cuando permanecía leyendo en su cuarto o bien sentado por la tarde bajo los tilos del Luxembourg, el Código se le caía de las manos y el recuerdo de Emma le acudía de súbito a la mente. Pero poco a poco aquel sentimiento se fue apagando y otras apetencias vinieron a superponerse a él, lo que no fue óbice para que, a pesar de todo, siguiera persistiendo en estado latente; porque lo cierto es que Léon no perdía del todo la esperanza y acariciaba en lo íntimo de su ser algo así como una vaga promesa que, cual fruto de oro suspendido de un fantástico ramaje, fluctuaba en el porvenir.

Luego, al verla de nuevo tras tres años de ausencia, su pasión se despertó. Había que decidirse, por fin, a intentar poseerla. Además, su timidez se había ido desvaneciendo con el trato de tantas compañías disipadas, y ahora volvía a la provincia despreciando a todo aquel que no estuviera habituado a pisar con pie acharolado el asfalto del bulevar. Ante una parisina vestida de encajes, en el salón de cualquier doctor ilustre cargado de condecoraciones y con carruaje en la puerta, el pobre pasante hubiese temblado como un niño; pero aquí, en Rouen, en el puerto, ante la mujer de aquel mediquillo, se sentía a sus anchas y seguro de que la podría deslumbrar. El aplomo depende de los ambientes en que se manifiesta: no se habla de la misma manera en el entresuelo que en el cuarto piso, y para preservar su virtud, las mujeres ricas parece como si llevaran a su alrededor, a modo de coraza, todos sus billetes de banco cosidos en el forro del corpiño.

Al separarse la noche anterior de Charles y Emma, Léon los siguió de lejos por la calle, y luego, una vez que los vio entrar en *La Croix Rouge*, giró sobre sus talones y se pasó toda la noche meditando un plan.

Al día siguiente, a eso de las cinco, se presentó en la cocina de la hospedería, con un nudo en la garganta, muy pálido y con esa resolución que suelen tener los cobardes cuando deciden no detenerse ante nada.

—El señor no está —le dijo un criado.

Aquello se le antojó de buen augurio y subió.

Emma, al verle entrar, no pareció inmutarse lo más mínimo; al contrario, se disculpó por haber olvidado decirle dónde se hospedaban.

—No importa, lo he adivinado —repuso León.

—¿Cómo?

Pretendió hacerle creer que había llegado hasta ella guiado por su propio instinto. Emma se echó a reír, y él, acto seguido, para remediar su torpeza, le contó que se había pasado la mañana recorriendo todos los hoteles de la ciudad hasta dar con ella.

—¿De modo que ha decidido usted quedarse? —añadió.

—Sí —dijo ella—, pero tengo la impresión de que no he obrado bien. No es bueno acostumbrarse a placeres que uno no puede permitirse, sobre todo cuando hay mil exigencias que atender...

—¡Oh!, ya me lo figuro...

—No creo que pueda figurárselo, no siendo usted una mujer.

Pero también los hombres tenían sus quebraderos de cabeza, y poco a poco la conversación adquirió un sesgo muy particular, plagado de reflexiones filosóficas. Emma se desahogó hablando de la vanidad de los afectos terrestres y del eterno aislamiento en que el corazón permanece aherrojado.

Para hacerse el interesante o por imitar aquella ingenua melancolía que provocaba la suya, el joven declaró que se había aburrido soberanamente durante todo el tiempo que había estado estudiando en París. Las leyes le irritaban; otras vocaciones le atraían, pero su madre no dejaba de atormentarle en cada una de las cartas que le escribía. Y a medida que se sumían en los detalles minuciosos que originaban sus respectivas amarguras, cada uno de ellos se exaltaba más y más en su progresiva confianza. A veces, empero, ante la imposibilidad de hacer una completa exposición de su idea, trataban de imaginar una frase que de alguna manera pudiera traducirla. Emma no confesó, sin embargo, su pasión por otro, ni tampoco León le dijo que la había olvidado.

Quizá en aquel momento él ya no se acordaba de aquellas cenas suyas seguidas de prolongadas francachelas con compañías poco recomendables, ni ella de las citas de antaño, cuando salía al campo al amanecer y corría por entre la maleza hacia la mansión de su amante. Los ruidos de la ciudad apenas llegaban hasta ellos, y la habitación parecía más pequeña, como hecha adrede para acentuar su intimidad. Emma, vestida con una bata de bombasí, apoyaba su moño en el respaldo de una vieja butaca; el papel amarillo de la pared, detrás de ella, era como un espléndido fondo dorado, y su cabeza descubierta se reflejaba en el espejo, con aquella raya blanca en medio y el lóbulo de las orejas asomando por debajo de sus crenchas.

—Pero perdóneme —dijo ella—; hago mal. Me temo que le estoy aburriendo a usted con tanta queja.

—¡Oh, no, de ninguna manera!

—¡Si usted supiera —prosiguió Emma, levantando hacia el techo aquellos hermosos ojos suyos, de los que emergía una lágrima— cuántos sueños he acariciado!

—¡Y yo! ¡Oh! ¡He sufrido tanto...! Muchas veces salía, me iba, deambulaba por los muelles, me aturdía con el barullo de la gente sin poder jamás librarme de la obsesión que me perseguía. Hay en una tienda del bulevar un grabado italiano que representa una musa. Viste una túnica y tiene la mirada fija en la luna, con miosotis en su cabellera suelta. Algo que no sé cómo explicar me atraía incesantemente hacia aquel lugar, y allí permanecía horas enteras.

Después, con voz trémula, añadió:

—Se parecía un poco a usted.

Madame Bovary volvió la cabeza para que él no viese dibujada en sus labios la irresistible sonrisa que sentía ascender hacia ellos.

—A menudo —continuó Léon— le escribía cartas que luego rompía.

Emma no contestaba y él prosiguió:

—Me imaginaba algunas veces que algún azar la volvería a traer junto a mí. Más de una vez creí reconocerla en la esquina de una calle, o eché a correr detrás de un coche por el simple hecho de ver salir flotando de su portezuela un chal o un velo parecido a los que usted solía llevar...

Emma parecía decidida a dejarle hablar sin interrumpirle. Con los brazos cruzados e inclinada la cara, contemplaba el borlón de sus zapatillas, imprimiendo de cuando en cuando con los dedos del pie pequeños movimientos al raso de las mismas.

No obstante, suspiró:

—Lo más lamentable, de todos modos, es arrastrar como yo una existencia inútil. Si nuestros dolores pudieran al menos servir de provecho a alguien, podríamos consolarnos con la idea del sacrificio.

Léon entonces se puso a alabar la virtud, el deber y las silenciosas inmolaciones, afirmando que él mismo experimentaba una increíble necesidad de entrega que jamás había podido satisfacer.

—A mí me gustaría mucho —dijo Emma— ser hermana de la caridad y poder trabajar en un hospital.

—Desgraciadamente —replicó el joven—, para nosotros, los hombres, no existen ese tipo de misiones santas, y no veo que pueda haber ninguna profesión..., salvo quizá la de médico...

Encogiéndose ligeramente de hombros, Emma le interrumpió para quejarse de aquella enfermedad que la había tenido a dos pasos de la muerte. De haber ocurrido así, ahora ya no sufriría. Léon, acto seguido, habló de la envidia que le producía *la paz del sepulcro*, e incluso le confesó que una noche había redactado un testamento

recomendando que le enterraran con aquel precioso cubrepiés con franjas de terciopelo que ella le había regalado un día. Y así es como les hubiera gustado estar siempre a ambos, forjándose un ideal en función del cual adaptaban ahora su vida pasada. Y es que la palabra es como un laminador que prolonga siempre los sentimientos.

—¿Y por qué? —preguntó ella al oír aquella ocurrencia del cubrepiés.

—¿Por qué?

Léon vacilaba.

—¡Porque estoy enamorado de usted desde hace mucho tiempo!

Y felicitándose en su fuero interno por haber superado tan arduo escollo, Léon observó de reojo la fisonomía de Emma.

Fue como el cielo, cuando una fuerte ráfaga de viento barre las nubes. El cúmulo de pensamientos tristes que los ensombrecía pareció retirarse de sus ojos zarcos, y su semblante resplandeció de dicha.

Léon esperaba, y ella por fin respondió:

—Siempre lo había sospechado...

Se pusieron entonces a contarse los menudos detalles de aquella lejana existencia, cuyos goces y melancolía acababan de resumir con una sola palabra. Léon recordaba la glorieta de clemátides, los vestidos que solía llevar ella, los muebles de su cuarto, toda su casa.

—Y nuestros pobres cactus, ¿qué fue de ellos?

—El frío los arrasó este último invierno.

—¡Ah, la de veces que he pensado en ellos, si usted supiera! A menudo me parecía verlos como antaño, cuando, en las mañanas de verano, el sol daba en las celosías... y alcanzaba a vislumbrar sus dos brazos desnudos entre las flores.

—¡Pobre amigo mío! —exclamó Emma tendiéndole la mano.

Léon, sin pensárselo dos veces, la cogió y puso sus labios sobre ella. Luego, después de respirar profundamente, prosiguió:

—En aquel tiempo usted era para mí una especie de fuerza incomprensible que cautivaba mi vida. Una vez, por ejemplo, me presenté en su casa... pero usted lo más seguro es que ya ni siquiera se acuerde...

—Sí —dijo Emma—. Siga.

—Usted estaba abajo, en el vestíbulo, dispuesta a salir, con el pie en el último escalón. Hasta me acuerdo que llevaba un sombrero de florecitas azules. Pues bien, sin ninguna invitación por su parte, y a pesar mío, la seguí. A cada momento que pasaba, me daba más cuenta de mi torpeza, pero seguía caminando muy cerca de usted, sin atreverme a seguirla del todo y sin decidirme a abandonarla. Cuando usted entraba en una tienda, yo permanecía en la calle, y a través de los cristales la contemplaba mientras se quitaba los guantes y contaba el dinero en el mostrador. Luego se dirigió usted a casa de madame Tuvache, llamó, le abrieron, y yo me quedé como un pasmarote delante del recio portalón que se volvió a cerrar al pasar usted.

Madame Bovary, conforme le escuchaba hablar, se asombraba de sentirse tan vieja. Todas aquellas circunstancias a las que Léon aludía le parecían dilatar su existencia, como inmensos ecos que volvieran desde el fondo de los tiempos, y de vez en cuando decía en voz baja y con los párpados entornados:

—¡Sí, es cierto!... ¡Es cierto!... ¡Es cierto!

Oyeron dar las ocho en los diferentes relojes del barrio Beauvoisine, donde abundan los pensionados, las iglesias y los grandes palacetes abandonados. Ya no se hablaban, pero sentían, al mirarse, un zumbido en sus cabezas, como si algo sonoro se escapara de sus pupilas fijas. Acababan de entrelazarse sus manos, y el pasado, el porvenir, las reminiscencias y los sueños, todo se había confundido en la suavidad de aquel éxtasis^[125]. La noche iba cayendo sobre las paredes, en las que no obstante aún podían percibirse, medio sumidos en la penumbra, los vivos colores de cuatro grabados que representaban otras tantas escenas de *La Tour de Nesle*^[126], con una inscripción al pie de cada una en español y en francés. Por la ventana de guillotina se vislumbraba un jirón de cielo negro entre tejados puntiagudos.

Emma se levantó y fue a encender dos velas que había sobre la cómoda. Después volvió a sentarse.

—Y bien... —dijo Léon.

—¿Y bien?... —respondió ella.

Léon buscaba la manera de reanudar el diálogo interrumpido, cuando ella le dijo:

—¿Cómo es posible que nadie hasta ahora me haya abierto su corazón como lo está usted haciendo esta tarde?

El pasante alegó que las naturalezas idealistas eran difíciles de comprender. Él la había amado nada más conocerla, y se desesperaba pensando en la felicidad de la que habrían podido gozar si, por uno de esos caprichos del azar, se hubieran encontrado antes y hubieran tenido así la posibilidad de unirse de manera indisoluble.

—No es la primera vez que pienso en ello —repuso ella.

—¡Qué hermoso sueño! —murmuró Léon.

Y jugueteando delicadamente con los flecos azules de su largo cinturón blanco, añadió:

—¿Quién nos impide empezar de nuevo?

—No, amigo mío —respondió ella—. Yo ya soy demasiado vieja, y usted demasiado joven... ¡Olvídeme! Encontrará a otras mujeres que le amen..., y usted también las amará.

—¡Nunca como a usted! —exclamó Léon.

—¡Es usted un niño! ¡Vamos, hemos de ser sensatos! ¡Lo exijo!

Y le hizo ver los obstáculos que se oponían a su amor y la necesidad de mantenerse, como antes, en los estrictos límites de una amistad fraternal.

¿Hablabo sinceramente? Seguramente ni siquiera ella misma lo sabía, absorbida como estaba por el hechizo de la seducción y la necesidad imperiosa de defenderse; y contemplando con enternecida mirada al joven, rechazaba suavemente las tímidas

caricias que sus trémulas manos insinuaban.

—¡Ah, perdóneme! —dijo Léon, retrocediendo un poco.

Y Emma se sintió presa de un vago espanto ante este gesto de timidez, mucho más peligroso para ella que la audacia de Rodolphe cuando avanzaba hacia ella con los brazos abiertos. Nunca hombre alguno le había parecido tan bello. Un exquisito candor emanaba de sus modales. Léon permanecía allí con sus largas pestañas curvas abatidas. La suave epidermis de sus mejillas enrojecía —pensaba Emma— del irresistible deseo de poseerla, y Emma apenas podía dominar la invencible tentación de posar sus labios en ellas. Entonces, inclinándose hacia el reloj para ver la hora, dijo:

—¡Qué tarde se ha hecho, Dios mío! ¡Cuánto tiempo llevamos charlando!

Léon, comprendiendo la insinuación, se levantó a coger el sombrero.

—¡Hasta me he olvidado del teatro! ¡Y el pobre Charles que me dejó aquí expresamente para eso...! Había quedado en ir con monsieur Lormeaux, de la rue Grand-Pont, y su señora.

Y había perdido la ocasión, porque tenía que irse al día siguiente.

—¿De veras? —preguntó él.

—Sí.

—Pero es preciso que la vuelva a ver —replicó él—. Tengo una cosa importante que decirle...

—¿Qué?

—Una cosa... grave, seria. ¡Pero no, no se puede usted marchar todavía! Si supiera... Escúcheme... ¿Es posible que no me haya comprendido? ¿No me ha adivinado?...

—Sin embargo, usted se explica bien —dijo Emma.

—¡Ah, no me venga ahora con bromas! ¡Basta, basta! Permítame, por piedad, que vuelva a verla... una vez... tan sólo una vez.

—Bien...

Y se detuvo; acto seguido, como cambiando de parecer, añadió:

—Pero no aquí.

—Donde usted quiera.

—¿Le parece bien...?

Emma pareció reflexionar, y luego añadió en tono imperativo:

—Mañana, a las once, en la catedral.

—¡Allí estaré! —exclamó Léon cogiéndole las manos, que ella se apresuró a retirar.

Y como ambos estaban ya de pie, él detrás de ella, y Emma que en ese momento tenía la cabeza gacha, Léon se inclinó sobre su cuello y la besó largamente en la nuca.

—¡Oh! ¡Está usted loco! ¡Está usted loco! —decía ella entre risitas sonoras, mientras los besos se intensificaban.

Entonces, adelantando la cabeza por encima del hombro de ella, Léon pareció buscar el consentimiento en sus ojos, pero lo único que encontró fue una mirada desbordante de majestad glacial.

Léon retrocedió tres pasos como para salir, pero se detuvo en el umbral de la puerta, y desde allí musitó con voz trémula:

—Hasta mañana.

Emma respondió con una inclinación de cabeza y desapareció como un pájaro en la habitación contigua.

Por la noche escribió al pasante una interminable carta por medio de la cual daba por cancelada la cita; todo había terminado entre ellos, y por el propio bien de ambos no debían volver a verse nunca más. Pero cuando acabó de escribirla y la cerró, se dio cuenta de que ignoraba las señas del joven. Por un momento vaciló sin saber qué hacer.

«Se la daré yo misma —se dijo tomando por fin una resolución—, porque seguro que acude a la cita».

Al día siguiente, Léon, con la ventana abierta y canturreando en el balcón, se lustró pacientemente los zapatos. Después se puso un pantalón blanco, calcetines finos y una levita verde; vertió sobre su pañuelo todos los perfumes de que disponía, y se fue a la peluquería a que le rizaran el pelo, alisándose después para darle a su melena una elegancia más natural.

«Aún es demasiado temprano», se dijo, mirando el reloj de cuco del peluquero, que marcaba las nueve.

Hojeó una revista de modas atrasada, salió, se fumó un cigarrillo, remontó tres calles, y calculando que ya sería la hora, se dirigió lentamente hacia el atrio de Notre-Dame.

Era una hermosa mañana de verano. En las tiendas de los orfebres relucían los objetos de plata, y la luz que caía sesgadamente sobre la catedral, ponía reflejos en las aristas de las piedras grises; una bandada de pájaros revoloteaba en el cielo azul, por entre los campaniles en forma de trébol; la plaza, desbordante de bullicio, olía a flores que por todas partes bordeaban el pavimento: rosas, jazmines, claveles, narcisos y nardos, desigualmente dispuestos entre hortalizas frescas, hierba de gato y álsine para los pájaros; en medio borboteaba la fuente, y bajo amplias sombrillas, entre pilas de melones en forma de pirámide, los vendedores, con la cabeza cubierta, envolvían ramilletes de violetas.

Léon escogió uno. Era la primera vez que compraba flores para una mujer, y al aspirar su aroma, el pecho se le inundó de orgullo, como si aquel homenaje que él destinaba a otra persona, revirtiera sobre él mismo.

Y como tenía miedo de que alguien pudiera verle, entró resueltamente en la iglesia.

El guía suizo se hallaba en ese momento en el umbral, en medio del pórtico de la izquierda, debajo de *la Marianne dansant*^[127], con su emplumado sombrero, su

espadín al cinto y su bastón en la mano, más majestuoso que un cardenal y reluciente como un copón.

Avanzó hacia León, y con esa sonrisa de zalamera benevolencia que adoptan los eclesiásticos cuando interrogan a los niños, le dijo:

—El señor sin duda es forastero, ¿verdad? ¿Desearía ver las curiosidades que se conservan en la iglesia?

—No —dijo el pasante.

Y se fue a dar una vuelta por las naves laterales. Luego volvió a la plaza impaciente por ver si llegaba Emma, pero como no la vio aparecer, entró otra vez y subió al coro.

La nave se reflejaba en las pilas rebosantes de agua bendita, y también el arranque de las ojivas y algún fragmento de vidriera. Pero el reflejo de las pinturas, al quebrarse en el borde del mármol, se prolongaba más lejos, sobre las losas, como una alfombra policroma. La clara luz del exterior, introduciéndose por los tres pórticos abiertos, se proyectaba en el interior de la iglesia en tres franjas deslumbrantes. De vez en cuando, allá por el fondo, pasaba un sacristán haciendo ante el altar ese amago de genuflexión de los devotos que tienen prisa. Las arañas de cristal pendían inmóviles del techo. En el coro lucía una lámpara de plata, y de las capillas laterales, de los rincones más sombríos del templo, emergían a veces inesperados suspiros que, unidos al esporádico chirrido de una reja al cerrarse, propagaban su eco bajo las altas bóvedas.

León caminaba con paso lento junto a los muros. Nunca le había parecido la vida tan hermosa. Emma no tardaría en llegar, encantadora, sofocada, recelosa de las miradas de quien pudiera seguirla, con su vestido de volantes, sus impertinentes de oro, sus delicados botines, luciendo todas esas elegancias de las que él todavía no había gozado, y presa de la inefable seducción de la virtud a punto de sucumbir. La iglesia, como un camarín gigantesco, se abría a sus plantas para recibirla; las bóvedas se inclinaban para recoger en la penumbra la confesión de su amor; las vidrieras resplandecían para iluminar su rostro, y los incensarios iban a arder para que ella apareciese como un ángel, envuelta en una humareda perfumada.

Sin embargo, Emma no acababa de llegar. León se acomodó en una silla, y sus ojos se fijaron en una vidriera azul donde se veían unos bateleros cargados de cestas. Permaneció largo tiempo sumido en aquella contemplación, contando las escamas de los peces y los ojales de los jubones, mientras su pensamiento erraba en busca de Emma.

El suizo, a cierta distancia, estaba indignado interiormente contra aquel individuo que se permitía el lujo de admirar por su cuenta la catedral. Su conducta le parecía monstruosa, como si en cierto modo le robara algo, y casi como si cometiera un sacrilegio.

Pero de repente se oyó un frufrú de seda sobre las losas, y de las tinieblas surgió la orla de un sombrero, una esclavina negra... ¡Era ella! León se levantó y corrió a su

encuentro.

Emma estaba pálida y caminaba de prisa.

—¡Lea esto! —le dijo tendiéndole un papel—. Pero no, mejor no.

Y retirando la mano bruscamente, entró en la capilla de la Virgen; allí, arrodillándose ante una silla, se puso a rezar.

Aquella súbita fantasía mojigata irritó al joven; sin embargo, al verla embebida de aquel modo en sus oraciones en medio de una cita galante, como una marquesa andaluza, se sintió presa de su hechizo, hasta que al fin, como aquello se prolongaba demasiado, perdió de nuevo la paciencia.

Emma rezaba, o más bien hacía esfuerzos para rezar, como esperando que le bajara del cielo alguna súbita resolución; y para impetrar el auxilio divino, hundía los ojos en los esplendores del tabernáculo, aspiraba el perfume de las julianas blancas que desplegaban su fragancia en grandes floreros y se dejaba invadir por el silencio de la iglesia, que no hacía sino acrecentar el tumulto de su corazón.

Ya se levantaba e iban a salir juntos, cuando el suizo se acercó apresuradamente y dijo:

—Sin duda la señora no es de aquí, ¿verdad? ¿Desearía ver las cosas de interés que se conservan en el templo?

—¡No, por favor! —exclamó el pasante.

—¿Por qué no? —replicó ella.

Pues sintiendo su virtud a punto de naufragar, se aferraba a la Virgen, a las esculturas, a los sepulcros, a cualquier cosa.

Entonces, el suizo, para proceder *con orden*, los condujo a la entrada cerca de la plaza, y allí, señalándoles con el bastón un gran círculo de losas negras, sin inscripciones ni labrados, dijo majestuosamente:

—Vean los señores la circunferencia de la hermosa campana de Amboise. Pesaba cuarenta mil libras. No había otra igual en toda Europa. El obrero que la fundió murió de gozo...

—Vámonos —dijo Léon.

El buen hombre siguió caminando; luego, nuevamente en la capilla de la Virgen, extendió los brazos con sintético ademán demostrativo, y, más ufano que un propietario rural enseñando sus espaldas, dijo:

—Esta sencilla losa cubre los restos de Pierre de Brézé, señor de la Varenne y de Brissac, gran mariscal de Poitou y gobernador de Normandía, muerto en la batalla de Montlhéry el 16 de julio de 1465.

Léon, impaciente, se mordía los labios y golpeaba el suelo con el pie.

—Y ese hidalgo que ven ustedes a la derecha, cubierto con armadura de hierro y a lomos de ese corcel que se encabrita, es su nieto, Louis de Brézé, señor de Breval y de Montchauvet, conde de Maulevrier, barón de Mauny, chambelán del rey, caballero de la Orden y también gobernador de Normandía, muerto el 23 de julio de 1531, un domingo, como reza la inscripción; y por debajo, ese hombre que se dispone a

descender al sepulcro no es otro que él mismo. Reconozcan conmigo que resulta imposible concebirse una más perfecta representación de la nada.

Madame Bovary se caló los impertinentes. Léon la contemplaba inmóvil, sin intentar siquiera despegar los labios o hacer el menor gesto: hasta ese punto se sentía descorazonado ante aquella obstinada proclividad hacia la charlatanería rutinaria del guía.

El sempiterno cicerone proseguía su perorata:

—Esa mujer arrodillada que llora junto a él es su esposa, Diana de Poitiers, condesa de Brézé, duquesa de Valentinois, nacida en 1499 y muerta en 1566; y a la izquierda, aquella figura que lleva un niño en brazos, es la Santísima Virgen. Ahora miren a este lado: vean ustedes las tumbas de los Amboises. Ambos fueron cardenales y arzobispos de Rouen. Aquél incluso fue ministro del rey Luis XII e hizo mucho por esta catedral. En su testamento legó treinta mil escudos de oro a los pobres.

Y sin detenerse ni dejar de hablar un momento, los condujo a una capilla repleta de balaustradas; apartó algunas y descubrió una especie de bloque que muy bien podía haberse tomado por una estatua mal esculpida.

—Antaño —dijo emitiendo un hondo suspiro— decoraba la tumba de Ricardo Corazón de León, rey de Inglaterra y duque de Normandía. Fueron los calvinistas, señor, los que la redujeron al estado en que ahora la ven. La enterraron, por pura maldad, en el suelo, bajo la silla episcopal de monseñor. Veán precisamente la puerta por donde se accede a los aposentos de monseñor. Pasemos ahora a ver las vidrieras de la Gargouille.

Pero Léon, exasperado, sacó una moneda de plata del bolsillo y cogió a Emma por el brazo. El suizo se quedó estupefacto, sin comprender ni siquiera remotamente aquella generosidad intempestiva, cuando todavía le quedaban al forastero tantas cosas por ver.

—¡Eh, caballero, que aún no han visto la torre! —les gritó de lejos.

—No, no, gracias —dijo Léon.

—¡Hace mal el señor! Tiene cuatrocientos cuarenta pies^[128], tan sólo nueve menos que la gran pirámide de Egipto. Está toda ella construida en hierro colado, y...

Léon huía, porque tenía la impresión de que su amor, que llevaba casi dos horas prisionero en la iglesia como las piedras, iba ahora a evaporarse lo mismo que una humareda por aquella especie de tubo truncado, de jaula oblonga, de chimenea calada, que tan atrevida y grotescamente se yergue sobre la catedral, como extravagante tentativa de un fumista caprichoso.

—¿A dónde vamos? —preguntaba Emma.

Léon, sin contestar, seguía andando con paso rápido, y justo en el momento en que madame Bovary mojaba sus dedos en la pila de agua bendita, oyeron tras ellos un fuerte resuello jadeante, interrumpido a intervalos regulares por el resonar de un bastón. Léon volvió la vista atrás.

—¡Caballero!

—¿Qué ocurre?

Y reconoció al suizo, que traía bajo el brazo, apoyándolos contra el vientre, una veintena de gruesos volúmenes. Eran todos ellos obras que trataban de la catedral.

—¡Imbécil! —gruñó León, saliendo precipitadamente de la iglesia.

Había un niño jugueteando en el atrio.

—¡Ve a buscarme un coche!

El muchacho partió como una exhalación por la calle de Quatre-Vents. Emma y León se quedaron entonces a solas unos instantes, frente a frente, y un poco cohibidos.

—¡Oh, León...! Verdaderamente..., no sé... si debo... —balbuceaba Emma en tono melindroso.

Luego, adoptando un aire más serio, añadió:

—Lo que me propone no es nada decoroso, ¿sabe usted?

—¿Por qué? —replicó el pasante—. En París es algo habitual.

Semejante respuesta, cual argumento irrefutable, acabó por decidirla.

A todo esto el coche no llegaba y León temía que ella volviera a entrar en la iglesia. Pero por fin apareció.

—¡Al menos podían haber salido por el pórtico del norte! —les gritó el guía, que se había quedado solo en el umbral—. Así habrían visto la *Resurrección*, el *Juicio Final*, el *Paraíso*, el *Rey David* y los *Réprobos* en las llamas del infierno.

—¿Adónde, señor? —preguntó el cochero.

—¡A donde le parezca! —dijo León, empujando a Emma dentro del coche.

Y el pesado vehículo se puso en marcha.

Bajó por la calle Grand-Pont, atravesó la plaza des Arts, el muelle Napoléon, el Pont Neuf y se paró en seco ante la estatua de Pierre Corneille.

—¡Siga! —dijo una voz desde dentro del coche.

El coche reemprendió la marcha, y tan pronto como llegó al cruce Lafayette, siguió cuesta abajo y entró a galope en la estación de ferrocarril.

—¡No, siga recto! —gritó la misma voz.

El coche traspuso las verjas, y una vez en el paseo continuó el trote tranquilamente bajo los grandes olmos. El cochero se enjugó la frente, se puso el sombrero de cuero sobre las rodillas, y después de dejar atrás varias bocacalles, fue a salir a la orilla del río, cerca del prado.

Siguió a lo largo del río, por un camino de sirga pavimentado de guijarros, y durante mucho rato por la parte de Oyssel, más allá de las islas.

Y de repente se lanzó al galope a través de Quatremares, Sotteville, la Grande-Chaussée, la calle d'Elbeuf, y se detuvo por tercera vez ante el Jardin des Plantes.

—¡No se pare! —gritó la misma voz aún más furiosamente.

Y reanudando inmediatamente la marcha, pasó por Saint-Sever, por el muelle des Curandiers, por el de Meules, otra vez por el puente, por la plaza del Champ-de-Mars

y por detrás de los jardines del hospicio, donde unos ancianos con levita negra se paseaban al sol por una terraza cubierta de yedra. Subió por el bulevar Bouvreuil, recorrió el bulevar Cauchoise, y luego todo el MontRiboudet, hasta el alto de Delville.

Dio la vuelta, y sin una dirección fija, vagó al azar. Lo vieron en Saint-Pol, en Lescure, en el monte Gargan, en Rouge-Mare y en la plaza del Gaillard-Bois; en la calle Maladrerie, en la calle Dinanderie, delante de Saint-Roman, de Saint-Vivien, de SaintMaclou, de Saint-Nicaise, en la Aduana, y también en la BasseVieille-Tour, en Trois-Pipes y en el cementerio Monumental. De vez en cuando, el cochero lanzaba desde el pescante miradas desesperadas a las tabernas. No comprendía qué furioso deseo de locomoción había acometido a aquella pareja para no querer pararse ni un momento. Cada vez que intentaba hacerlo estallaban inmediatamente exclamaciones de ira detrás de él. Entonces fustigaba con más fuerza a sus jamelgos sudorosos y seguía la marcha, indiferente a los traqueteos y a los baches, desmoralizado, sin importarle nada, y a punto de echarse a llorar a causa de la sed, el cansancio y la tristeza^[129].

Y en el puerto, entre carretas y barriles, y en las calles y en las esquinas, las gentes se quedaban atónitas ante la visión, tan insólita en provincias, de un coche con las cortinillas echadas que aparecía y desaparecía constantemente, más cerrado que una tumba y dando bandazos como un navío.

En un determinado momento, a eso de mediodía y en pleno campo, cuando el sol centelleaba con más fuerza contra los viejos faros plateados, asomó una mano desnuda por entre las cortinillas de tela amarillenta y arrojó unos cuantos trozos de papel que se esparcieron al viento y fueron a caer a lo lejos, como mariposas blancas, en un campo de tréboles rojos completamente en flor.

Por fin, hacia las seis, el coche se detuvo en un callejón del barrio de Beauvoisine, y se apeó de él una mujer que echó a andar, cubierto el rostro con un velo y sin volver la cabeza.

II

Al llegar a la hospedería, madame Bovary se extrañó de no ver la diligencia. Hivert, tras una larga espera de cincuenta y tres minutos, había optado por irse sin ella.

Nada la obligaba a marcharse, pero había dado a Charles su palabra de que

regresaría aquella misma noche, y él estaría esperándola; de ahí que sintiera en su corazón esa cobarde docilidad que, para muchas mujeres, es a un mismo tiempo castigo y tributo del adulterio.

Hizo de prisa el equipaje, pagó la cuenta, tomó en el patio un cabriolé, y acuciando al cochero, animándole, preguntándole a cada momento la hora y los kilómetros recorridos, logró dar alcance a *La Golondrina* en las primeras casas de Quincampoix.

Apenas sentada en su rincón, cerró los ojos y no los volvió a abrir hasta llegar al pie del repecho de Yonville, donde reconoció de lejos a Félicité, que permanecía al acecho delante de la casa del herrador. Hivert frenó a los caballos y la cocinera, empinándose hasta la portezuela, dijo con aire misterioso:

—Señora, tiene usted que pasarse en seguida por casa de monsieur Homais. Es para un asunto urgente.

El pueblo permanecía silencioso, como de costumbre. En las esquinas de las calles se veían montoncitos de color rosa que humeaban débilmente, pues era la época de las mermeladas y todo el mundo en Yonville se dedicaba a prepararlas el mismo día. Pero había un montón delante de la botica que sobrepasaba con mucho todos los demás, con la superioridad que un laboratorio de farmacia debe tener sobre los hornos caseros y el interés general sobre los meros caprichos individuales.

Emma entró en la farmacia. La butaca grande estaba volcada y hasta el *Fanal de Rouen* yacía en el suelo, desplegado entre dos morteros. Empujó la puerta del pasillo, y en medio de la cocina, entre jarros oscuros llenos de grosellas desgranadas, azúcar en polvo y en terrones, balanzas sobre la mesa y pucheros en el fuego, encontró a toda la familia Homais, a los mayores y a los pequeños, con unos delantales que les llegaban a la barbilla y cada cual con su tenedor en la mano. Justin, de pie, con la cabeza gacha, recibía un severo rapapolvo por parte del boticario:

—¿Quién te dijo que fueras a buscarlo al *capharnaüm*?

—¿Qué ocurre? ¿Qué pasa? —preguntó Emma.

—¿Que qué pasa? —respondió el boticario—. Estamos haciendo mermeladas; estaban cociéndose, comenzaban a hervir, y como iban a salirse, le pido que me traiga otro caldero. Entonces él, por pereza, por pura holgazanería, va y coge la llave del *capharnaüm*^[130], que está siempre colgada en su clavo en mi laboratorio.

El boticario había bautizado con aquel nombre de *capharnaüm* una especie de cuchitril en el desván, lleno de utensilios y de artículos relacionados con su profesión. Allí solía pasarse él solo largas horas poniendo etiquetas, trasvasando líquidos, empaquetando, y lo consideraba no como un simple almacén, sino como un verdadero santuario, del que salían después, elaborados por sus manos, toda clase de píldoras, mejunjes, tisanas, lociones y pócimas que continuamente propagaban su celebridad por todos los contornos. Nadie en el mundo ponía allí los pies, y era tal el respeto que le inspiraba, que hasta lo barría él personalmente. Y si la farmacia, abierta al primero que llegaba, era el lugar donde desplegaba su orgullo, el

capharnaüm, en cambio, era el refugio donde, concentrándose egoístamente, Homais se deleitaba en el ejercicio de sus predilecciones; por eso la ligereza de Justin le parecía un gesto de monstruosa irreverencia, que, una y otra vez, le hacía repetir fuera de sí, más colorado que las grosellas:

—¡Sí, del *capharnaüm*! ¡La llave con que encierro los ácidos y los álcalis cáusticos! ¡Haber ido a coger un barreño que tengo yo allí de reserva, un barreño con su tapadera, y que es más que probable que no vuelva a utilizar! ¡En las delicadas manipulaciones de nuestro arte todo tiene su importancia! Pero ¡demonios!, hay que saber distinguir y no emplear para usos domésticos lo que está destinado a los menesteres de la ciencia farmacéutica. Es como si se trinchara un capón con un escalpelo, como si un magistrado...

—Pero, hombre, ¡cálmate de una vez! —decía madame Homais.

Y Athalie, tirándole de la levita, repetía:

—¡Papá! ¡Papá!

—¡No, dejadme! —replicaba el boticario—. ¡Dejadme, caramba! ¡Para eso igual daría poner una tienda de ultramarinos, palabra de honor! ¡Vamos, hombre! ¿Para qué respetar nada? Rompe, haz trizas, deja escapar las sanguijuelas, quema el malvavisco, escabecha los pepinillos en los tarros, destroza las vendas, ¡qué más da!

—Tenía usted, me parece... —dijo Emma.

—¡En seguida estoy con usted! ¿Sabes a lo que te exponías...? ¿No has visto nada en el rincón de la izquierda, en el tercer estante? ¡Habla, contesta, di algo!

—No..., no sé —balbuceó el aprendiz.

—¡Ah, conque no sabes! ¡Pues yo sí sé! Forzosamente has tenido que ver un frasco de cristal azul, lacrado con cera amarilla, que contiene un polvo blanco, y en cuya etiqueta yo mismo escribí: ¡*Peligroso*! ¿Y sabes lo que hay dentro? ¡Arsénico! ¡Y tú vas, así sin más, a hurgar allí dentro, y coges un barreño que está justo al lado!

—¡Al lado! —exclamó madame Homais juntando las manos—. ¿Arsénico? ¡Podías envenenarnos a todos!

Y los niños se pusieron a berrear, como si hubiesen ya empezado a sentir en sus entrañas atroces dolores.

—¡O envenenar a un enfermo! —continuó el boticario—. ¿Te gustaría que fuera a parar al banquillo de los acusados? ¿O ver cómo me conducen al patíbulo? Tú no te puedes imaginar el esmero que pongo en todas las manipulaciones que llevo a cabo, a pesar de mi más que dilatada práctica. ¡Cuántas veces incluso yo mismo me espanto pensando en mi responsabilidad! Es cosa sabida que el gobierno nos persigue, y la absurda legislación que padecemos es como una verdadera espada de Damocles suspendida sobre nuestras cabezas.

A Emma ya ni se le ocurría preguntar para qué le habían mandado recado, y el boticario proseguía su filípica con jadeante acento:

—¡Así me agradeces el trato que aquí se te dispensa! ¡Así me pagas los cuidados paternales que te prodigo! Pues, si no fuera por mí, ¿dónde estarías?, ¿qué harías?

¿Quién te mantiene, quién te proporciona el vestido, la educación y todos los medios necesarios para que el día de mañana puedas figurar honrosamente, como uno más, en la sociedad? Pero para eso hay que sudar tinta y encallecerse las manos. *Fabricando fit faber, age quod agis*^[131].

Estaba tan exasperado que hasta le salían citas en latín. Y le hubieran podido salir en chino o en groenlandés de haber conocido estas dos lenguas, pues se encontraba en una de esas crisis en que el alma entera deja translucir indistintamente cuanto lleva dentro, como el océano que, durante las tempestades, se entreabre, dejando al descubierto desde las algas de sus orillas hasta las arenas de sus abismos.

Y prosiguió:

—¡Empiezo a arrepentirme más de lo que te puedes imaginar de haberme hecho cargo de ti! ¡Cuánto mejor hubiese sido dejar que te pudieras en la miseria y la mugre donde naciste! ¡Nunca servirás más que para guardar vacas! ¡Careces de toda aptitud para la ciencia! ¡Apenas si sabes pegar una etiqueta! ¡Y vives aquí, en mi casa, como un canónigo, a cuerpo de rey, regodeándote a tus anchas!

En ese momento, Emma, volviéndose a madame Homais, le dijo:

—Me indicaron que me pasara urgentemente por aquí...

—¡Ay, Dios mío! —interrumpió con aire afligido la buena señora—. ¿Cómo se lo diría yo?... ¡Es una desgracia!

Pero no tuvo tiempo de acabar. El boticario bramaba:

—¡Vacíala! ¡Friégala! ¡Vuelve a ponerla en su sitio! ¡Date prisa!

Y sacudía con tanto ímpetu al aprendiz sujetándole por el cuello de su blusón, que de pronto de uno de los bolsillos de este se le cayó un libro.

El muchacho se agachó, pero Homais anduvo más listo, cogió el volumen y se quedó contemplándolo boquiabierto y con los ojos desorbitados.

—¡*El amor... conyugal*^[132]! —exclamó separando lentamente estas dos palabras—. ¡Ah, muy bien! ¡Muy bien! ¡Muy bonito! ¡Y además con grabados!... ¡Esto pasa de castaño oscuro!

Madame Homais se acercó.

—¡No, ni se te ocurra tocarlo!

Los niños querían ver las ilustraciones del libro.

—¡Fuera de aquí! —gritó imperiosamente.

Y salieron.

Entonces Homais se puso a andar de un lado a otro de la estancia a grandes zancadas, con el libro abierto entre las manos y los ojos fuera de sus órbitas, sofocado, encendido, al borde de la apoplejía. Después se fue derecho a su discípulo, y plantándose delante de él con los brazos cruzados, le dijo:

—¿Pero hay algún vicio que no tengas, pequeño desgraciado?... ¡Te lo advierto, estás al borde del abismo!... ¿No se te ha ocurrido pensar que este libro infame podía caer en manos de mis hijos, prender la chispa en sus mentes, empañar la pureza de *Athalie* y corromper a Napoleón, que ya está hecho un hombre? ¿Estás seguro, al

menos, de que no lo han leído? ¿Me lo puedes garantizar...?

—Pero, bueno, monsieur Homais —le interrumpió Emma—, ¿qué tenía usted que decirme?

—¡Ay, es cierto señora!... Ocurre que su suegro ha muerto.

En efecto, monsieur Bovary padre había fallecido la antevíspera, de repente, víctima de un ataque de apoplejía, cuando se levantaba de la mesa. Charles, para evitarle lo que suponía iba a ser una fuerte impresión para la sensibilidad de Emma, le había rogado al boticario que le diera con las naturales precauciones tan terrible noticia.

Homais había meditado concienzudamente cómo anunciárselo, había redondeado sus frases, pulido y hasta calculado su ritmo, hasta hacer de su discurso una obra maestra de prudencia y de tacto, de giros exquisitos y de delicadeza; pero la ira había vencido a la retórica.

Emma, sin querer conocer ningún detalle, abandonó la farmacia, porque, para colmo, monsieur Homais había reanudado su sarta de vituperios. Poco a poco, sin embargo, se iba calmando, y ahora refunfuñaba con paternal acento, sin dejar de abanicarse con su gorro griego:

—Y no es que yo desapruébe enteramente la obra. El autor, al fin y al cabo, era médico. Hay en ella ciertos aspectos científicos que no está de más que un hombre conozca, e incluso me atrevería a afirmar que a todo hombre le vendría bien conocer. Pero más adelante, a su debido tiempo. Aguarda por lo menos hasta que seas un hombre y que tu carácter esté formado.

Al oír el aldabonazo de Emma, Charles, que la esperaba, salió a su encuentro con los brazos abiertos y le dijo con voz llorosa:

—¡Ay, querida mía!...

Y se inclinó suavemente para besarla. Pero, al sentir el contacto de sus labios, Emma recordó al otro, y sin poder reprimir un estremecimiento se pasó la mano por la cara.

No obstante, contestó:

—Sí, ya sé..., ya sé...

Charles le mostró la carta en la que su madre contaba lo acaecido sin vestigio alguno de hipocresía sentimental. Lo único que lamentaba es que su marido no hubiera recibido los auxilios de la religión, puesto que había muerto en Doudeville, en plena calle, a la puerta de un café, después de un almuerzo patriótico con unos cuantos oficiales veteranos.

Emma le devolvió la carta. Luego, durante la cena, para guardar las apariencias fingió cierta inapetencia; pero como él insistía, Emma se puso decididamente a comer, mientras que Charles, frente a ella, permanecía inmóvil y como atribulado.

De vez en cuando levantaba la cabeza y le dirigía una insistente mirada rebosante de angustia. Hubo un momento en que suspiró:

—¡Cuánto me hubiera gustado verle por última vez!

Emma permanecía callada. Por fin, comprendiendo que había que decir algo, preguntó:

—¿Qué edad tenía tu padre?

—Cincuenta y ocho años.

—¡Ah!

Y ya no se le ocurrió nada más.

Un cuarto de hora después, Charles añadió:

—¿Y mi pobre madre?... ¿Qué va a ser de ella ahora?

Emma hizo un gesto dubitativo.

Viéndola tan taciturna, Charles supuso que estaba afligida y prefirió no decir nada para no avivar aquel dolor que le conmovía. Sin embargo, olvidándose por un momento del suyo propio, le preguntó:

—¿Lo pasaste bien ayer?

—Sí.

Cuando quitaron el mantel, Charles no se levantó, ni Emma tampoco; y a medida que contemplaba a su marido, la monotonía de la escena iba barriendo poco a poco todo rastro de piedad de su corazón. Charles le parecía un ser mezquino, endeble, inútil, un pobre hombre, por donde quiera que se le mirase. ¿Cómo deshacerse de él? ¡Qué interminable velada! Algo soporífero, como un vapor de opio, la iba aletargando.

Oyeron en el vestíbulo el seco golpear de un palo contra el entarimado. Era Hippolyte, que traía el equipaje de la señora. Para descargarlo tuvo que describir penosamente un cuarto de círculo con su pata de palo.

«¡Ya ni siquiera se acuerda de eso!», se decía Emma mirando al pobre diablo, de cuya rojiza y abundante pelambreira chorreaba el sudor.

Bovary buscaba una moneda en el fondo de su bolsa, ajeno a cuanto de humillante tenía para él la mera presencia de aquel hombre que permanecía allí delante de él como el reproche personificado de su irremediable ineptitud.

—¡Vaya! ¡Qué ramo más bonito! —dijo al ver sobre la chimenea las violetas de Léon.

—Sí —repuso ella con indiferencia—; se lo he comprado hace un rato... a una mendiga.

Charles cogió las violetas y se puso a aspirarlas delicadamente, refrescando sus ojos enrojecidos de tanto llorar, pero Emma, al darse cuenta, se las arrebató de las manos y fue a ponerlas en un vaso de agua.

Al día siguiente llegó la suegra. Madre e hijo lloraron mucho. Emma, con la excusa de que tenía que dar órdenes a los criados, desapareció. Pasado ese día, como urgía ocuparse de todo lo referente al luto, ambas cogieron sus respectivos costureros y fueron a sentarse a orillas del agua, bajo el cenador.

Charles pensaba en su padre y se extrañaba de sentir tanto afecto por un ser a quien hasta entonces había creído amar muy tibiamente. La viuda también pensaba en

su marido. Los peores días de antaño le parecían ahora envidiables. Todo se difuminaba bajo el instintivo pesar de una tan prolongada convivencia; y de vez en cuando, mientras hacía correr la aguja, una gruesa lágrima se deslizaba por su nariz y se le quedaba un momento suspendida. Emma pensaba en que no hacía ni cuarenta y ocho horas estaba con su amante, lejos del mundo, embriagados y absortos en la mutua contemplación. Y trataba de recordar los más imperceptibles detalles de aquella jornada vivida. Pero la presencia de la suegra y del marido la contrariaba. Hubiera querido no oír nada, no ver nada, para no perturbar el recogimiento de su amor, que se diluía sin remedio, a pesar suyo, bajo el cúmulo de sensaciones externas.

Estaba descosiendo el forro de un vestido y las hilachas se esparcían a su alrededor; la viuda, sin levantar los ojos de su labor, hacía chirriar las tijeras, y Charles, con sus zapatillas de orillo y su vieja levita parda que le servía de batín, permanecía con ambas manos en los bolsillos, y tampoco decía nada; cerca de ellos, Berthe, con un mandilito blanco, rastrillaba con su pala la arena de los senderos.

De repente vieron entrar por la verja a monsieur Lheureux, el comerciante de telas.

Venía a ofrecer sus servicios *habida cuenta del fatal acontecimiento*. Emma repuso que creía no necesitarlos por el momento. Pero él no se dio por vencido.

—Ustedes perdonen —dijo—, pero desearía tener una conversación privada.

Y luego, en voz baja:

—Es algo relativo a aquel asunto..., ya sabe.

Charles se puso colorado hasta las orejas.

—¡Ah, sí!..., efectivamente.

Y en su turbación, volviéndose hacia su mujer, dijo:

—¿No podrías tú..., querida?

Emma pareció entenderle, porque en seguida se levantó, y Charles le dijo a su madre:

—No es nada. Alguna menudencia doméstica seguramente.

Charles, temiendo las posibles censuras de su madre, no quería que en modo alguno se enterase de la historia del pagaré.

En cuanto estuvieron a solas, monsieur Lheureux, sin ningún tipo de preámbulos, felicitó a Emma por la herencia, y luego siguió hablando de cosas indiferentes, de los frutales, de la cosecha, de su propia salud, que seguía *así así*. Lheureux aseguraba trabajar como un negro, y total para no ganar, a pesar de las habladurías de la gente, ni para mantequilla con la que untar el pan.

Emma le dejaba hablar. ¡Llevaba dos días aburriéndose tanto!

—¿Y usted, se encuentra ya totalmente restablecida? —continuó el comerciante—. No se puede imaginar lo apurado que tuvo a su marido. Es una excelente persona, aunque hayamos tenido nuestras diferencias.

Emma quiso saber cuáles eran esas diferencias, pues Charles le había ocultado la disputa que habían tenido a propósito de las mercancías devueltas.

—¡Pero usted debe saber bien a qué me refiero! —exclamó Lheureux—. Fue a raíz de aquel antojo de usted, los baúles aquellos que me pidió.

Se había bajado el sombrero sobre los ojos, y, con las dos manos a la espalda, sonriendo y silbando por lo bajo, la miraba de frente, con un descaro intolerable. ¿Sospechaba algo acaso? Emma permanecía sumida en un mar de conjeturas. Finalmente, sin embargo, Lheureux prosiguió:

—Por suerte después hicimos las paces, y ahora venía a proponerle precisamente un arreglo.

Se trataba de renovar el pagaré firmado por Bovary. De todos modos, el señor podría proceder como considerara más oportuno; lo importante es que no se atormentase, sobre todo ahora que se le venían encima tantos quebraderos de cabeza.

—E incluso haría mejor descargando sus preocupaciones en alguien, en usted, por ejemplo; con un simple poder que le hiciera se arreglaría la cosa, y de ese modo usted y yo podríamos realizar juntos algún que otro negocio...

Emma no alcanzaba a comprenderle. Lheureux optó por cambiar de tema, y, volviendo a lo suyo, le hizo ver a la señora que, dadas las circunstancias, no podía por menos de comprarle alguna cosilla. Le enviaría, por ejemplo, doce metros de tela de Barège negra para hacerse un vestido.

—El que lleva usted ahora está bien para andar por casa, pero necesita otro para las visitas. Es en lo primero que me he fijado nada más entrar. Tengo una vista de lince.

No le envió la tela, sino que se la llevó él en persona. Luego volvió otra vez para tomar las medidas, y posteriormente lo hizo varias veces más con diferentes pretextos, tratando en todas sus visitas de mostrarse afable, servicial, enfeudándose —como hubiera dicho Homais— e insinuando sutilmente a Emma, cada vez que podía, algunos consejos sobre el poder. En cuanto al pagaré, Lheureux no decía ni una palabra y Emma había dejado de pensar en ese asunto. Charles, al principio de su convalecencia, le había dicho algo a ese respecto, pero habían sido tantos los trastornos de los últimos tiempos, que ya no se acordaba de nada. Además, se guardó muy bien de provocar discusión alguna de intereses, cosa que sorprendió mucho a su suegra, la cual atribuyó aquel cambio de humor a los sentimientos religiosos que había contraído a raíz de su enfermedad.

Pero cuando se marchó la suegra, Emma no tardó en maravillarse a su marido por su buen sentido práctico. Sería menester informarse, comprobar las hipotecas, ver si procedía una subasta o una liquidación. Y citaba al buen tuntún términos técnicos, aludía con una cierta grandilocuencia al orden, al porvenir, a la previsión, y continuamente exageraba los quebraderos de cabeza que conlleva una herencia, hasta que un buen día le presentó el borrador de una autorización general a su nombre para «regir y administrar sus asuntos, hacer todo tipo de empréstitos, firmar y endosar pagarés, pagar toda clase de cuentas, etcétera». Había asimilado las lecciones de Lheureux.

Charles, ingenuamente, le preguntó de dónde procedía aquel papel.

—De monsieur Guillaumin.

Y con la mayor sangre fría del mundo, añadió:

—No me fío demasiado de él. ¡Tienen tan mala fama los notarios! Lo mejor sería probablemente consultar... Aunque lo cierto es que, conocer, lo que se dice conocer... no conocemos a nadie.

—A no ser que Léon... —replicó Charles, que se había quedado pensativo.

Pero no era nada fácil entenderse por carta. Emma entonces se brindó a hacer ese viaje. Charles le agradeció sus buenas intenciones. Ella insistió. Fue aquello un forcejeo de amabilidades mutuas. Finalmente, Emma, en un tono de fingido enfado, exclamó:

—No, basta, iré yo en persona.

—¡Qué buena eres! —dijo Charles, besándola en la frente.

Al día siguiente, Emma tomó *La Golondrina* para ir a Rouen a consultar con monsieur Léon; y allí permaneció tres días.

III

Fueron tres días intensos, exquisitos, espléndidos, una verdadera luna de miel.

Se alojaban en el *Hotel de Boulogne*, junto al puerto, y allí vivían, con los postigos cerrados, las puertas clausuradas, con flores por el suelo y nutriéndose a base de almíbares helados que les llevaban por la mañana.

Al atardecer tomaban una barca cubierta y se iban a cenar a una isla.

Era la hora en que por todo el astillero se suele oír resonar el mazo de los calafateadores contra el casco de los buques. El humo del alquitrán surgía de entre los árboles, y se veían en el río grandes goterones de grasa que flotaban ondulando desigualmente bajo los purpúreos reflejos del sol, como placas de bronce florentino.

Descendía río abajo por entre las amarradas barcas, cuyos largos cables oblicuos rozaban ligeramente la techumbre de la suya.

Poco a poco se apagaban los ruidos de la ciudad, el rodar de los carros, el tumulto de las voces, los ladridos de los perros en el puente de algún navío. Emma se desataba el sombrero e inmediatamente desembarcaban en su isla.

Se instalaban en el reservado de un merendero, de cuya puerta pendían unas redes negras. Comían fritura de eperlanos, crema y cerezas. Se tendían sobre la hierba; se besaban a escondidas bajo los álamos, y hubieran querido, como dos robinsones,

vivir siempre así, refugiados en aquel reducido rincón que, en su plácida dicha, les parecía el enclave más hermoso de la tierra. No era la primera vez, desde luego, que contemplaban árboles, el cielo azul o el césped, ni la primera vez, por supuesto, que oían correr el agua o soplar la brisa por entre las frondas, pero lo cierto es que jamás se habían parado a admirar todo aquello, como si la naturaleza no hubiera existido antes, o como si no hubiera empezado a desplegar sus encantos hasta la total saciedad de sus deseos.

Regresaban ya de noche. La barca bordeaba las islas, mientras ellos permanecían en su fondo, ocultos en la sombra y sin hablar. Los remos cuadrados chirriaban entre los escálamos de hierro, como si hubieran ido llevando en el silencio el compás con un metrónomo, en tanto que en la popa no cesaba el leve e incesante chapoteo del cordaje que arrastraban.

Una de aquellas veces salió la luna, y ellos, con ese motivo, no olvidaron hacer frases, inspiradas en aquel astro melancólico y lleno de poesía; Emma incluso se atrevió a cantar:

Un soir, t'en souvient-il? nous voguions^[133], etc.

Su suave y armoniosa voz se perdía entre las olas, y el viento se llevaba aquellos trinos que Léon oía pasar, como un batir de alas, a su alrededor.

Emma estaba sentada frente a él, apoyada en el tabique de la chalupa, iluminada ésta por el claro de luna que se colaba por una de las ventanas abiertas. Su vestido negro, cuyos pliegues se desplegaban en forma de abanico, le hacía parecer más delgada y más alta. Tenía la cabeza erguida, las manos juntas y los ojos fijos en el cielo. A veces la sombra de los sauces la ocultaba por completo, pero luego volvía a surgir de pronto, como una aparición, en medio del resplandor de la luna.

Léon, reclinado a sus pies, halló bajo su mano una cinta de seda color rojo amapola.

El barquero la examinó largamente y acabó por decir:

—¡Ah!, puede que se le cayera a alguien de ese grupo que traje de paseo el otro día. Se trataba, creo, de una caterva de gente de teatro, hombres y mujeres, y venían bien provistos de pasteles, champán, cornetines y toda la pesca. Había uno, sobre todo, un mozo alto y bien parecido, con bigotito, que era la mar de divertido, y al que le decían: «Vamos, cuéntanos algo... Adolphe..., Rodolphe...», o algo por el estilo, me parece.

Emma no pudo evitar estremecerse.

—¿Te encuentras mal? —le preguntó Léon, acercándose a ella.

—¡Oh, no es nada! El relente de la noche, seguramente.

—A ése tampoco le deben faltar mujeres —añadió bajito el viejo marinero, creyendo halagar de ese modo a su cliente.

Luego se escupió en las manos y volvió a empuñar los remos.

Al final, sin embargo, no hubo más remedio que separarse. La despedida fue triste. Acordaron que él enviaría sus cartas a casa de madame Rolet, la nodriza de Berthe, y Emma le hizo unas recomendaciones tan precisas acerca del sobre doble en que debía introducirlas, que Léon no pudo por menos de sentirse admirado ante semejante astucia amorosa.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo en todo? —le preguntó ella al darle el último beso.

—¡Desde luego que sí!

«Pero ¿por qué —pensó después, cuando volvía solo por las calles— tendrá tanto empeño en tener ese poder?».

IV

Desde entonces, Léon adoptó ante sus compañeros un cierto aire de superioridad, prescindió de su compañía y se desentendió por completo de sus legajos.

Esperaba las cartas de Emma. Las leía una y otra vez. Le contestaba. La evocaba con toda la fuerza de su deseo y de sus recuerdos. En vez de disminuir con su ausencia, aquel ansia de volver a verla se le exacerbó tanto, que un sábado por la mañana se escapó del despacho.

Cuando, desde lo alto de la colina, divisó en el valle el campanario de la iglesia con su veleta girando al viento, experimentó ese deleite, mezcla de vanidad triunfante y de enternecimiento egoísta, que deben sentir los millonarios cuando vuelven a visitar su pueblo natal.

Lo primero que hizo fue rondar en torno a su casa. En la cocina, brillaba una luz. Acechó su sombra detrás de los visillos, pero nadie apareció.

La viuda Lefrançois, al verle, prorrumpió en grandes exclamaciones, y le encontró «más alto y más delgado»; a Artémise, en cambio, le pareció que estaba «más recio y más moreno».

Cenó en el saloncito, como antaño, pero a solas, sin el recaudador, porque Binet, harto ya de aguardar la llegada de *La Golondrina*, había acabado por adelantar una hora su cena, y ahora lo hacía a las cinco en punto, y aun así no era raro oírle comentar que el viejo armatoste aquel se retrasaba.

Léon, por fin, se decidió y fue a llamar a la puerta del médico. La señora estaba en su aposento y tardó un buen cuarto de hora en bajar. Charles pareció encantado de volver a verle, pero no se movió de casa en toda la noche ni en todo el día siguiente.

Logró, no obstante, verla a solas, por la noche, ya muy tarde, detrás del huerto, en la callejuela —¡en la callejuela, como con el otro!—. Había tormenta y conversaban bajo un paraguas, a la luz de los relámpagos.

La idea de tener que separarse se les hacía intolerable.

—¡Mejor morir! —decía Emma.

Y se retorció en sus brazos, bañada en lágrimas.

—¡Adiós!... ¡Adiós!... ¿Cuándo te veré de nuevo?

Volvieron sobre sus pasos para besarse una vez más, y entonces Emma le prometió hallar muy pronto, fuese como fuese, la forma de verse a sus anchas por lo menos una vez por semana. Emma no dudaba que podría conseguirlo. Se sentía, por lo demás, muy esperanzada. Muy pronto iba a recibir una buena suma de dinero.

De ahí que comprara para su cuarto unas cortinas amarillas de rayas anchas que monsieur Lheureux le había recomendado como muy baratas; también se encaprichó de una alfombra, y Lheureux, tras de afirmar que «aquello no era pedir la luna», se comprometió amablemente a proporcionársela. Emma había llegado a un punto en que ya no sabía prescindir de sus servicios. Veinte veces al día enviaba a buscarle, y él se presentaba en el acto con sus géneros, sin tan siquiera rechistar. Tampoco acertaba nadie a comprender por qué motivo la ex nodriza Rolet venía a comer ahora todos los días a su casa y hasta le hacía visitas privadas.

Fue por esa misma época, es decir, a principios de invierno, cuando a Emma le entró una insólita fiebre musical.

Una tarde que Charles la escuchaba tocar el piano, Emma inició cuatro veces seguida el mismo fragmento, y otras tantas lo abandonó con manifiesto enojo, en tanto que Charles, sin apreciar la diferencia, exclamaba:

—¡Bravo!... ¡Muy bien!... ¿Por qué te enfadas?... ¡Adelante!

—¡No, no, me sale de pena! Tengo los dedos entumecidos.

Al día siguiente, su marido le rogó que volviera a tocar algo para él.

—Bueno, lo haré por complacerte.

Y el propio Charles reconoció que había perdido un poco de destreza. Se equivocaba de pentagrama, se embarullaba. Hasta que, parándose en seco, exclamó:

—¡Ea, se acabó! Tendría que tomar algunas lecciones, claro que...

Se mordió los labios y añadió:

—Veinte francos por lección es demasiado caro.

—Sí, en efecto..., un poco... —dijo Charles con una risita boba—. Sin embargo, creo que se podría conseguir por menos dinero. Hay artistas sin renombre que muchas veces valen más que las celebridades.

—Pues búscame uno —dijo Emma.

Al día siguiente, al regresar a casa, Charles se quedó mirándola con ojos taimados, hasta que al final, incapaz de contenerse, le dijo:

—¡Hay que ver lo terca que eres a veces! Hoy he estado en Barfeuchères, y madame Liégeard me ha asegurado que sus tres hijas, que están en la Misericordia,

recibían lecciones de piano de una prestigiosa profesora por sólo cincuenta sueldos la sesión.

Emma se encogió de hombros y no volvió a abrir más el piano.

Pero, cada vez que pasaba junto a él, si Charles estaba allí presente, suspiraba:

—¡Pobre piano mío!

Y a los que venían a verla, nunca dejaba de explicarles que había abandonado la música y que ahora no podía dedicarse de nuevo a ella por razones de fuerza mayor. Entonces la compadecían. ¡Qué lástima, con su talento! Y hasta se lo decían a Bovary, y se lo echaban en cara, sobre todo el farmacéutico:

—¡Hace usted mal! Las facultades innatas nunca deben dejarse en barbecho. Además, dese cuenta, mi buen amigo, que animando a su señora a estudiar, economiza usted para cuando el día de mañana llegue el momento de emprender la educación musical de su hija. Soy de los que opinan que las madres deben encargarse personalmente de la instrucción de sus hijos. Es una idea de Rousseau, quizá un poco novedosa, pero que acabará por imponerse, no me cabe la menor duda, lo mismo que la lactancia materna y la vacunación.

Charles volvió, pues, a insistir una vez más sobre aquella cuestión del piano, pero Emma respondió con acritud que lo mejor que podían hacer era venderlo. Sin embargo, para Bovary, ver salir de su casa aquel piano que tantas vanidosas satisfacciones le había reportado, era como contribuir al indefinible suicidio de una parte de su propia mujer.

—Si tú quisieras... —le decía—, una lección de vez en cuando no resultaría, después de todo, excesivamente gravoso.

—Pero es que las lecciones —replicaba ella— sólo resultan provechosas cuando se siguen con regularidad.

Y así fue como se las arregló para conseguir que su marido le permitiera ir a la ciudad una vez por semana a ver a su amante. Y al cabo de un mes, hubo quien incluso creyó que había hecho progresos considerables.

V

Los viajes los hacía los jueves. Emma se levantaba y se vestía sin hacer ruido para no despertar a Charles, porque lo más seguro es que él la hubiera reprendido cariñosamente por levantarse tan temprano. Después se ponía a dar vueltas de un lado para otro, se asomaba a la ventana, miraba la plaza. Las primeras luces del amanecer

circulaban por entre los pilares del mercado, y sobre la fachada de la casa del boticario, cuyos postigos permanecían cerrados, se vislumbraban, en el fulgor desvaído de la aurora, las mayúsculas de su rótulo.

Cuando el reloj marcaba las siete y cuarto, se dirigía al *Lion d'or*. Artémise, bostezando, le abría la puerta, y luego, para que la señora se calentara, removía las brasas enterradas bajo las cenizas. Emma se quedaba sola en la cocina, pero de vez en cuando se asomaba a la calle. Hivert enganchaba los caballos sin apresurarse lo más mínimo y sin dejar de oír los reiterados encargos que le hacía y las explicaciones que le daba la viuda Lefrançois asomando por un ventanillo la cabeza tocada con un gorro de dormir, encargos y explicaciones como para sacar de quicio a cualquier otro que no fuera Hivert. Emma se calentaba los pies golpeando con las suelas de sus botines las losas del patio.

Por fin, Hivert, después de tomarse tranquilamente su plato de sopa, y ya protegido con su capote, encendida la pipa y látigo en mano, se instalaba con toda parsimonia en el pescante.

La Golondrina partía a trote corto, y se iba parando de trecho en trecho, durante los tres primeros cuartos de legua, para recoger a los viajeros que la aguardaban de pie, a la orilla del camino, delante de las vallas de los corrales. Los que habían avisado la víspera se hacían esperar; algunos incluso estaban todavía durmiendo en sus casas. Hivert los llamaba a gritos, renegaba, luego se apeaba de su asiento y se ponía a aporrear las puertas. El viento silbaba por las rendijas de las ventanillas.

Las cuatro banquetas, a todo esto, se llenaban, el coche rodaba, las hileras de manzanos se sucedían, y la carretera, entre dos largas cunetas rebosantes de agua amarillenta, se estrechaba más y más en el horizonte.

Emma la conocía como la palma de su mano; sabía si después de un prado había un poste, o si luego venía un olmo, una granja o una casilla de peón caminero. Algunas veces incluso cerraba los ojos para ver si al volver a abrirlos se sorprendía, pero nunca perdía el sentido exacto de la distancia que le faltaba por recorrer.

Por fin comenzaban a menudear las casas de ladrillos, la tierra resonaba bajo las ruedas y *La Golondrina* se deslizaba por entre jardines, a través de cuyas verjas se percibían estatuas, una pérgola, tejos recortados y un columpio. Poco después surgía como por ensalmo la gran ciudad.

Descendiendo en anfiteatro y envuelta en la niebla, se extendía confusamente hasta más allá de los puentes. Luego, la campiña ascendía en monótona ondulación, hasta confundirse en la lejanía con la línea indecisa del cielo pálido. Visto así, desde lo alto, el paisaje tenía la súbita inmovilidad de un cuadro. Los barcos anclados se amontonaban en un rincón; el río desplegaba su amplia curva al pie de las verdes colinas, y las islas, de forma oblonga, parecían grandes peces negros flotando en el agua. Las chimeneas de las fábricas despedían inmensos penachos oscuros que se expandían por el cielo. Se oía el estertor de las fundiciones mezclado con el sonoro repicar de las campanas de las iglesias que se erguían entre la bruma. Los árboles de

los bulevares, desprovistos por aquel entonces de hojas, formaban como una maraña de color violeta entre las casas, y los tejados, relucientes de lluvia, fulguraban con desigual intensidad, según la altura de las barriadas. A veces una ráfaga de viento arrastraba las nubes hacia la cuesta de Sainte-Catherine, como olas aéreas que se rompieran silenciosamente contra un acantilado^[134].

Todas aquellas existencias acumuladas allí suscitaban en Emma una impresión de vértigo, y su corazón se henchía profundamente, como si las ciento veinte mil almas que palpitaban cerca de ella le hubiesen transmitido, todas al unísono, el hálito de las pasiones que ella les suponía. Su amor se dilataba ante el espacio y se enardecía con los confusos murmullos que ascendían hacia ella, y este amor, al mismo tiempo, lo proyectaba hacia fuera, hacia las plazas, los paseos, las calles, y todo ello hacía que la vieja ciudad normanda apareciera ante sus ojos como una capital desmesurada, como una Babilonia en la que de repente irrumpía. Se asomaba por la ventanilla para aspirar la brisa. Los tres caballos galopaban; rechinaban las piedras en el barro; se traqueteaba la diligencia, e Hivert, de lejos, daba voces avisando a los carros con los que se cruzaba en la carretera, mientras los vecinos que habían pasado la noche en Bois-Guillaume bajaban tranquilamente la cuesta en sus cochecitos familiares.

Se detenían al llegar a la barrera. Emma se quitaba los zuecos, se cambiaba de guantes, se arreglaba el chal, y veinte pasos más lejos se apeaba de *La Golondrina*.

La ciudad empieza a despertar. Los dependientes, tocados con gorro griego, frotaban los escaparates de las tiendas, y en las esquinas de las calles, mujeres con cestos apoyados en las caderas pregonaban a intervalos sus mercancías. Emma caminaba con los ojos fijos en el suelo, rozando las fachadas y sonriendo de placer bajo el velo negro que le cubría la cara.

Por miedo a que la vieran, no solía generalmente tomar el camino más corto, sino que, por el contrario, se adentraba por callejuelas oscuras hasta llegar, toda sudorosa, al pie de la calle Nationale, cerca de la fuente que hay allí. Es el barrio del teatro, de los cafetines y de las prostitutas. De vez en cuando le pasaba rozando un carretón cargado con algún decorado tembloteante. Mozos con delantal vertían arena sobre los adoquines, entre los arbustos verdes. Olía a ajeno, a cigarro y a ostras.

Emma torcía por una calle, e inmediatamente le reconocía por su abundante cabellera rizada, que le asomaba por debajo del sombrero.

Léon continuaba caminando por la acera. Emma le seguía hasta el hotel; subía él delante, abría la puerta, entraba... ¡Qué modo de abrazarse!

Y atropelladamente, después de los besos, se sucedían las palabras. Se contaban las contrariedades de la semana, sus presentimientos, sus desazones originadas por las cartas; pero en ese momento se olvidaban de todo y se miraban a los ojos con risas voluptuosas y apelativos tiernos.

La cama era de caoba, muy grande, en forma de barquilla. Las cortinas de seda roja lisa, que descendían del dosel, se recogían muy abajo, cerca de la holgada cabecera; y nada en el mundo era tan bello como su cabeza morena y su blanca tez

destacándose sobre aquel color púrpura cuando, con un gesto de pudor, cruzaba los desnudos brazos y se tapaba la cara con las manos.

El tibio aposento, con su alfombra discreta, su ornamentación alegre y su tamizada luz, parecía hecho expresamente para dar rienda suelta a las intimidades de la pasión. Los barrotes terminados en punta de flechas, las perchas de cobre y las gruesas bolas de los morillos relucían súbitamente cuando entraba el sol. Sobre la chimenea, entre los candelabros, había dos de esas grandes caracolas rosadas en cuyo interior, cuando se les aplica el oído, se percibe el rumor del mar.

¡Cómo les gustaba aquella acogedora estancia tan desbordante de alegría, a pesar de su esplendor un tanto ajado! Siempre encontraban cada mueble en su sitio, e incluso a veces seguían allí, justo bajo el pedestal del reloj donde las había dejado, las horquillas que Emma olvidara el jueves anterior. Comían junto al fuego, en un pequeño velador con incrustaciones de palisandro. Emma trinchaba los manjares, le servía los trozos a Léon en su plato entre mimos y arrumacos, y rompía a reír, con carcajadas sonoras y libertinas, cuando la espuma del champán, derramándose de su copa, le caía sobre las sortijas de sus dedos. Tan embebidos estaban en la posesión de sí mismos, que hasta les parecía hallarse en su propia casa, en la que habrían de vivir hasta la hora de la muerte, como dos eternos recién casados. Decían «nuestra habitación», «nuestra alfombra», «nuestras butacas», y Emma incluso decía «mis zapatillas» aludiendo a las que Léon le había regalado a raíz de uno de sus múltiples caprichos. Eran unas zapatillas de raso color rosa, ribeteadas de plumas de cisne. Cuando se sentaba en las rodillas de Léon, su pierna, que resultaba entonces demasiado corta, se quedaba colgando en el aire, y aquel primoroso calzado, que carecía de talón, se sostenía tan sólo de los dedos del pie desnudo.

Léon, por primera vez, saboreaba la inefable delicadeza de las elegancias femeninas. Nunca le había sido dado conocer aquella gracia de lenguaje, aquel pudor en el vestido, aquellas posturas de paloma adormecida. Admiraba la exaltación de su alma y los encajes de su falda. En fin, ¿no era acaso una mujer de mundo, y, además, casada, una verdadera amante, en una palabra?

Gracias a la diversidad de su humor, tan pronto místico como jocundo, parlanchín o taciturno, exaltado o indolente, Emma iba despertando en él mil deseos, evocando instintos o reminiscencias. Era la enamorada de todas las novelas, la heroína de todos los dramas, esa indefinible *ella* de todos los libros de versos. Léon descubría en sus hombros el color ámbar de *La odalisca en el baño*^[135] comparaba su largo corpiño con el de las castellanas feudales; se parecía también a *La mujer pálida de Barcelona*^[136], pero, por encima de todo eso, era un ángel.

Muchas veces, al mirarla, Léon sentía que su alma, atraída por ella, se expandía como una onda sobre el contorno de su cabeza y descendía arrastrada hacia la blancura de su seno.

Se sentaba en el suelo, delante de ella, y la contemplaba sonriendo, con los codos apoyados en las rodillas y distendida la frente.

Emma se inclinaba hacia él y musitaba, como sofocada de embriaguez:

—¡Oh, no te muevas! ¡No digas nada! ¡Mírame! ¡Emana de tus ojos algo tan dulce y que me hace tanto bien!

Y le llamaba niño:

—¿Me amas, niño mío?

Pero ni siquiera oía su respuesta, con la precipitación con que sus labios se abalanzaban sobre su boca.

El reloj de péndulo estaba rematado por un pequeño cupido de bronce que hacía visajes arqueando los brazos bajo una guirlanda dorada. Les solía hacer mucha gracia, excepto cuando llegaba la hora de la separación y todo les parecía serio.

Inmóviles el uno frente al otro, se repetían:

—¡Hasta el jueves!... ¡Hasta el jueves!

De repente, Emma, en un arrebato, le cogía la cabeza entre las manos, le besaba fugazmente la frente y exclamaba: «¡Adiós!», precipitándose acto seguido escaleras abajo.

Se dirigía a una peluquería de la calle de la Comédie para que le acicalaran el pelo. Caía la noche y empezaban a encender las lámparas de gas en el establecimiento.

Oía la campanilla del teatro que avisaba a los actores de que la representación iba a empezar, y veía pasar, por la acera de enfrente, a hombres de tez blanca y mujeres con vestidos ajados, que entraban por la puerta que conducía entre bastidores.

Hacía calor en aquella exigua peluquería, muy baja de techo, donde crepitaba la estufa entre pelucas y pomadas. El olor de las tenacillas, unido al de aquellas grasientas manos que operaban sobre su cabellera, no tardaba en aturdira y se quedaba traspuesta un rato bajo el peinador. De vez en cuando, el peluquero, mientras la peinaba, le ofrecía entradas para el baile de máscaras.

Y luego se iba. Volvía a subir las calles, llegaba a *La Croix Rouge*, se calzaba otra vez los zuecos que había dejado escondidos por la mañana bajo una banqueta, y se acomodaba en su sitio, apretujada entre los viajeros impacientes. Algunos se apeaban al pie de la cuesta y ella se quedaba sola en el coche.

Desde cada recodo del camino se divisaban con absoluta nitidez las luces de la ciudad formando un ancho vaho luminoso por encima de las casas indiferenciadas. Emma se ponía de rodillas sobre los cojines y dejaba que sus ojos se extraviaran en aquella visión deslumbrante. Entonces sollozaba, llamaba a Léon y le enviaba palabras tiernas y besos que se perdían en el viento.

En la cuesta solían encontrar a un pobre diablo que vagabundeaba con su bastón por entre las diligencias. Iba cubierto de andrajos, y un viejo sombrero de castor chafado, que con el tiempo había adquirido la forma redonda de una palangana, le tapaba la cara; pero cuando se lo quitaba, podía apreciarse que, en lugar de párpados, tenía dos órbitas abiertas y ensangrentadas. La carne se le desflecaba en jirones rojos de los que supuraban humores que se iban coagulando hasta formar regueros de sarna

verdusca a todo lo largo de la nariz, cuyas negras aletas sorbían convulsivamente. Para hablar echaba la cabeza hacia atrás con una risa de idiota, y entonces sus azuladas pupilas, girando sin cesar, se deslizaban hacia las sienes e iban a ocultarse en el borde mismo de la llaga en carne viva.

Mientras iba detrás de los carruajes tarareaba cierta cancioncilla:

*Souvent la chaleur d'un beau jour
Fait rêver fillette à l'amour*^[137].

Y luego proseguía aludiendo a los pájaros, al sol, al follaje y cosas por el estilo.

A veces, el vagabundo aparecía, de súbito, detrás de Emma, con la cabeza cubierta, y ella se retiraba sin poder reprimir un grito. Hivert se acercaba a él y empezaba a tomarle el pelo, diciéndole que pusiera una barraca en la feria de Saint-Roman, o preguntándole, entre risas, qué tal estaba su amiguita.

A menudo, estaba ya el coche en marcha, cuando de repente surgía el sombrero del vagabundo por el ventanillo, mientras que con el otro brazo se encaramaba en el estribo, entre las salpicaduras de las ruedas. Su voz, en un principio débil y gemebunda, se iba haciendo cada vez más aguda, restallando en la noche como el confuso lamento de una vaga angustia, y, a través del cascabeleo de las colleras, del murmullo de los árboles y del zumbido del vehículo vacío, tenía algo de lejano que trastornaba a Emma. Aquella voz le descendía hasta el fondo del alma como un torbellino que se adentra en un abismo y la arrastraba por los espacios de una melancolía sin límites. Pero Hivert, que se daba cuenta del súbito contrapeso, empezaba a soltar latigazos a diestro y siniestro contra el ciego, y la tralla, al golpearle las llagas, le hacía perder el equilibrio y el infeliz se desplomaba en el barro lanzando un alarido.

Luego, los viajeros de *La Golondrina* acababan por dormirse, unos con la boca abierta, otros con el brazo sujeto en la correa y dejándose mecer suavemente al compás de los vaivenes del coche; y el reflejo del farol que se balanceaba en la parte de fuera, sobre la grupa de los caballos de tiro, al infiltrarse en el interior por entre las cortinas de calicó color chocolate, proyectaba sombras sanguinolentas sobre todos aquellos individuos inmóviles. Emma, transida de tristeza, tiritaba bajo sus ropas y sentía un frío cada vez más intenso en los pies y la muerte en el alma.

Charles la esperaba en casa, porque *La Golondrina* siempre solía llegar con retraso los jueves. Por fin llegaba la señora, pero apenas si acariciaba a la pequeña. Si la cena no estaba lista, no sólo no parecía concederle importancia, sino que incluso disculpaba a la cocinera. Era como si ahora le estuviera todo permitido a aquella muchacha.

Algunas veces, su marido, observando su palidez, le preguntaba si se encontraba enferma.

—No —respondía Emma.

—Pues te encuentro muy rara esta noche —replicaba él.

—¡Bah, no es nada, no es nada!

Incluso había días en que, nada más llegar, subía a su cuarto, y Justin, que andaba por allí, se ponía a trajinar sigilosamente, haciendo gala de una mayor eficacia a la hora de servirla que una consumada doncella. Le colocaba en su sitio las cerillas, la palmatoria, un libro, le preparaba el camisón, le entreabría las sábanas.

—¡Bueno, está bien, vete! —decía ella.

Y es que el chico se quedaba de pie, con los brazos caídos y los ojos muy abiertos, como prendido entre los innumerables hilos de una repentina ensoñación.

El día siguiente se le hacía espantoso, y los sucesivos todavía más intolerables, debido a la impaciencia en que se consumía por recobrar su felicidad —ávido deseo, inflamado de imágenes conocidas, que el séptimo día estallaba a sus anchas bajo las caricias que le prodigaba León—. Éste, por su parte, ocultaba sus ardores bajo arrebatos de asombro y de reconocimiento. Emma saboreaba aquel amor de una forma discreta y absorta, lo mantenía con todos los ardides de su ternura y temblaba un poco de miedo ante la idea de que un día pudiera perderlo.

A menudo le decía con voz mimosa y melancólica:

—¡Algún día me abandonarás!... ¡Te casarás!... Harás como los otros.

Y él preguntaba:

—¿Qué otros?

—Los hombres en general —respondía ella.

Y luego, apartándole de sí con gesto lánguido, añadía:

—¡Sois todos unos infames!

Un día que filosofaban acerca de las desilusiones terrenas, a Emma se le ocurrió decir —ya fuera para suscitar los celos de su amante, o cediendo quizá a una imperiosa exigencia de desahogo— que en otro tiempo, antes que a él, había amado a alguien, «¡claro que no como a ti!», agregó vivamente, jurando por la salud de su hija *que no había pasado nada*.

El joven la creyó, pero a pesar de todo insistió en saber qué hacía aquel hombre.

—Era capitán de navío^[138].

¿No era ese un buen modo de precaverse de cualquier ulterior pesquisa, al tiempo que se enaltecía atribuyéndose un poder de fascinación sobre un hombre que debía de ser de temple belicoso y acostumbrado a hacerse obedecer?

El pasante sintió entonces la miseria de su condición y envidió las charreteras, las cruces y los títulos. Eso es lo que a ella sin duda le atraía: sus costumbres dispendiosas así se lo hacían sospechar.

Y eso que Emma callaba muchas de sus extravagancias, tales como el deseo de poseer, para venir a verle a Rouen, un tálburi azul, tirado por un caballo inglés y conducido por un *groom* que calzara botas altas. Era Justin quien le había inspirado semejante capricho, suplicándole una vez que le admitiera como criado; y si bien esta privación no atenuaba en cada cita el placer de la llegada, sí aumentaba ciertamente la

amargura del regreso.

Muchas veces, cuando se ponía a hablar de París, ella acababa siempre susurrando:

—¡Con lo bien que podríamos vivir allí los dos juntos!

—¿Acaso no somos aquí felices? —replicaba dulcemente el joven, acariciándole el pelo.

—¡Sí, es cierto! ¡Qué loca estoy! ¡Bésame!

Estaba con su marido más encantadora que nunca, le hacía natillas de pistachos y tocaba vales para él después de cenar. De ahí que él se considerara el más afortunado de los mortales y Emma viviera despreocupadamente hasta que, de pronto, una noche Charles le preguntó:

—Oye, ¿es mademoiselle Lempereur quien te da lecciones de piano, verdad?

—Sí, claro.

—Es que la he visto hoy en casa de madame Liégeard. Le he hablado de ti y dice que no te conoce.

Aquello fue como un rayo. Sin embargo, Emma replicó con la mayor naturalidad del mundo:

—¡Qué le vamos a hacer! Se le habrá olvidado mi nombre.

—Pero también cabe la posibilidad —dijo él— de que haya en Rouen varias profesoras de piano que se apelliden Lempereur.

—Es posible.

Y acto seguido añadió con viveza:

—Precisamente tengo aquí los recibos, espera un momento y los verás.

Y se dirigió al secreter, registró todos los cajones, revolvió los papeles y al final acabó tan aturdida, que Charles insistió para que no se tomara tantas molestias por unos miserables recibos.

—Bueno, ya los encontraré —dijo ella.

Y en efecto, el viernes siguiente, cuando Charles iba a ponerse una de sus botas en el cuarto donde guardaban las ropas, notó que había un papel entre el cuero y el calcetín. Lo cogió y leyó:

«He recibido, por tres meses de lecciones y material diverso, la cantidad de sesenta y cinco francos. *FÉLICE LEMPEREUR*, profesora de música».

—¿Cómo diablos ha ido esto a parar dentro de mis botas?

—Se habrá caído probablemente —contestó ella— de la vieja caja de las facturas, que está al borde del estante.

A partir de aquel momento, su existencia se convirtió en un rosario de mentiras, en las que envolvía su amor, como entre velos, para ocultarlo.

Llegó un momento en que aquello fue como una necesidad, una manía, un placer, hasta el punto de que si decía que había pasado por la acera derecha de tal calle el día anterior, lo más probable es que lo hubiera hecho por la izquierda.

Una mañana que acababa de partir, según su costumbre, bastante ligera de ropa,

empezó de pronto a nevar. Charles, que observaba el tiempo desde la ventana, vio al padre Bournisien que salía en ese momento hacia Rouen en el cochecillo de monsieur Tuvache. Sin dudarlo un momento, bajó a darle al sacerdote un chal de abrigo para que se lo entregara a Emma nada más llegar a *La Croix Rouge*. En cuanto se apeó en la hospedería, Bournisien preguntó por la esposa del médico de Yonville, pero la hostelera le contestó que aquella señora no solía frecuentar mucho su establecimiento. Por la noche, al encontrar a madame Bovary en *La Golondrina*, el cura le contó lo ocurrido, sin concederle, al parecer, excesiva importancia, pues acto seguido se puso a cantar las alabanzas de un predicador que por aquel entonces hacía maravillas en la catedral y al que todas las señoras de la ciudad acudían a oír.

Ahora bien, si el cura no había pedido explicaciones, otros podrían mostrarse, llegado el caso, menos discretos. Por ello, Emma consideró oportuno aparecerse en *La Croix Rouge* cada vez que llegaba a Rouen, de manera que los viajeros que venían del pueblo, al verla en la escalera, no pudieran sospechar nada.

Un día, sin embargo, monsieur Lheureux la vio salir del Hotel de Boulogne cogida del brazo de Léon, y Emma se atemorizó, pensando que el comerciante se iría de la lengua. Pero Lheureux no era tan tonto.

Ahora bien, tres días más tarde, se presentó en su cuarto, cerró la puerta y dijo:

—Me hace falta dinero.

Emma le confesó que le resultaba imposible complacerle. Lheureux entonces se deshizo en lamentaciones, recordándole las múltiples complacencias que había tenido con ella.

En efecto, de los dos pagarés firmados por Charles, Emma, hasta ese momento, tan sólo había pagado uno. En cuanto al segundo, el comerciante, a instancias de ella, había accedido a sustituirlo por otros dos, los cuales a su vez fueron renovados prolongando considerablemente la fecha de vencimiento. Después sacó de su bolsillo una lista de géneros que aún estaban sin liquidar, a saber: las cortinas, la alfombra, la tapicería de los sillones, varios vestidos y diversos artículos de tocador, cuyo valor total ascendía a unos dos mil francos.

Emma agachó la cabeza; Lheureux prosiguió:

—De acuerdo, de acuerdo, no tiene usted dinero en efectivo, pero no me va a negar que cuenta usted con otro tipo de bienes.

Y le recordó una propiedad de poca monta sita en Barneville, cerca de Aumale, que no rentaba gran cosa, y que había pertenecido tiempo atrás a una pequeña granja vendida por el padre de Charles. Lheureux conocía todos los pormenores, incluso la extensión total en hectáreas y el nombre de los vecinos colindantes.

—Yo, en su lugar, puede usted creerme —le decía—, me desprendería de ella, y de ese modo aún podría disponer de un sobrante en metálico.

Emma señaló la dificultad de encontrar un comprador; Lheureux se comprometió a buscarle uno, pero entonces Emma le preguntó que cómo se las iba a arreglar para vender lo que no era suyo, sino de su marido.

—¿No tiene usted ya el poder? —le replicó él.

Aquella frase le hizo el efecto de una ráfaga de aire fresco.

—Déjeme la cuenta —dijo Emma.

—¡Oh, no vale la pena! —replicó Lheureux.

Volvió a la semana siguiente, jactándose de haber dado, después de múltiples pesquisas, con un tal Langlois, que andaba desde hacía tiempo detrás de la finca, aunque de precio no se había hablado nada.

—¡El precio es lo de menos! —exclamó ella.

Pero en opinión de Lheureux había que esperar, tantear a aquel hombre. El asunto bien merecía un viaje, y como Emma no podía hacerlo, él mismo se ofreció a desplazarse con el fin de ponerse al habla con Langlois. Cuando volvió, le dijo que el comprador ofrecía cuatro mil francos.

Emma se alegró al oír la noticia.

—Francamente —añadió él—, está muy bien pagado.

Emma cobró la mitad del importe inmediatamente, y cuando se disponía a liquidarle su cuenta, el comerciante le dijo:

—Me apena, palabra de honor, verla deshacerse así, de golpe y porrazo, de una suma tan considerable como ésa.

Ella entonces se quedó mirando los billetes y de repente se le pasó por la imaginación el ilimitado número de citas que se podría permitir con aquellos dos mil francos.

—¡Cómo! ¿Qué quiere usted decir? —balbuceó ella.

—En fin —replicó Lheureux riendo con aire bonachón—, ya sabe usted que en las facturas se pone lo que se quiere. ¿Cree usted que yo no sé lo que significa llevar una casa?

Y la miraba fijamente, tentándola con dos largos papeles que dejaba resbalar entre sus dedos. Por fin, abriendo la cartera, extendió sobre la mesa cuatro nuevos pagarés de mil francos cada uno.

—Firme aquí —dijo— y guárdese todo.

Emma se resistió, escandalizada.

—¿Acaso no le hago a usted un favor —alegó Lheureux con toda desfachatez— dejándole disponer del sobrante?

Y tomando una pluma, escribió al pie de la factura: «He recibido de madame Bovary la suma de cuatro mil francos».

—¿Por qué inquietarse, si va a cobrar dentro de seis meses lo que queda pendiente de la propiedad vendida y yo le aplazo la fecha de vencimiento del último pagaré para después del cobro?

Emma empezaba a hacerse un lío con todos esos cálculos, y le tintineaban los oídos como si a su alrededor resonaran sobre el suelo innumerables monedas de oro cayendo de un saco roto. Finalmente Lheureux le explicó que tenía un amigo, Vinçart, banquero en Rouen, que se encargaría de realizar el correspondiente

descuento sobre aquellos cuatro pagarés y que más tarde pondría personalmente en manos de la señora el sobrante de la deuda efectiva.

Pero, en vez de los dos mil francos de marras, tan sólo le trajo mil ochocientos, porque el amigo Vinçart, como es lógico, había deducido doscientos por gastos de comisión y de descuento.

Luego, como sin darle importancia, le reclamó un recibo.

—Ya sabe..., en el comercio..., a veces... Y con la fecha, por favor, no se olvide de la fecha.

Un horizonte de fantasías hechas realidad se abrió ante los ojos de Emma. Tuvo la suficiente prudencia como para reservar mil escudos, con los cuales fue pagando en el momento de su vencimiento los tres primeros pagarés; pero el cuarto quiso el azar que lo presentaran a cobro en casa un jueves, y Charles, trastornado, aguardó pacientemente el regreso de su mujer para que le esclareciera aquel asunto.

Si no le había mencionado aquel pagaré era con el fin de ahorrarle los quebraderos de cabeza consiguientes. Dicho esto se sentó en sus rodillas, le acarició, le arrulló y se puso a enumerarle con todo detalle la larga lista de cosas indispensables compradas a crédito.

—En fin, reconocerás que no se trata de un despilfarro, ni mucho menos.

Charles, sin saber ya por dónde salir, no tuvo más remedio que recurrir otra vez al eterno Lheureux, el cual le prometió resolver el conflicto siempre y cuando le firmara dos pagarés, uno de ellos de setecientos francos, con vencimiento a los tres meses. Para hacer frente a la situación, escribió a su madre una carta patética, y la madre, en vez de contestar, se presentó en persona. Cuando Emma quiso saber si había conseguido alguna ayuda de ella, Charles le respondió:

—Sí, pero antes quiere ver las cuentas.

Al día siguiente, nada más amanecer, Emma corrió a casa de Lheureux para rogarle que le hiciera otra factura que no sobrepasara los mil francos, porque si presentaba la de cuatro mil, no tendría más remedio que confesar que había pagado los dos tercios, lo que equivalía a revelar la venta del inmueble que tan cautelosamente había llevado a cabo el comerciante, tanto que hubo que esperar mucho tiempo para que se supiera.

La madre de Charles, a pesar de lo barato que resultaba cada uno de los artículos incluidos en la lista, no dejó de encontrar el gasto exagerado.

—¿Es que no podíais pasar sin una alfombra? ¿Qué falta hacía tapizar de nuevo los sillones? En mis tiempos sólo había en las casas un sillón para que se sentaran las personas de edad —al menos así ocurría en casa de mi madre, que era una mujer honrada, y de eso puedo dar yo fe—. ¡No todo el mundo puede ser rico! ¡No hay fortuna que resista tales despilfarros! ¡A mí me daría vergüenza vivir en medio de tanto lujo! Y eso que ya soy vieja y necesito todo tipo de cuidados... ¡Hay que ver! ¡Hay que ver!, ¡y venga perifollos, y venga ostentación! ¡Y luego, fíjate, seda para forros a dos francos, qué barbaridad, cuando por cuatro perras se puede encontrar una

muselina que queda pero que muy requetebién!

Emma, arrellanada en su butaca, replicaba intentando no perder los estribos:

—¡Ea, señora, ya está bien, ya está bien!...

Pero la otra no cesaba de sermonearla, prediciéndoles que acabarían en el asilo. Claro que la culpa la tenía su hijo. Menos mal que le había prometido anular aquel poder...

—¿Cómo?...

—Sí, me lo ha jurado —replicó la suegra.

Emma abrió la ventana, llamó a Charles y el pobre infeliz se vio obligado a confesar la promesa que le había arrancado su madre.

Emma desapareció, regresando en seguida con un largo pliego de papel que le tendió altivamente.

—Muchas gracias —le dijo la suegra.

Y arrojó el poder a la lumbre.

Emma prorrumpió en una carcajada estridente, escandalosa, ininterrumpida: era otro de sus ataques de nervios.

—¡Válgame Dios! —exclamó Charles—. ¡Tú también la has hecho buena! ¡Venir así, de ese modo, y armarle el escándalo!

Su madre, encogiéndose de hombros, aseguraba que todo aquello era un vulgar paripé.

Pero Charles, rebelándose por primera vez abiertamente, salió en defensa de su mujer, hasta el punto de que la viuda decidió marcharse de aquella casa. En efecto, al día siguiente mismo se fue, y ya en el umbral de la puerta, como su hijo trataba de retenerla, le replicó con rabia:

—¡No, no! La quieres más que a mí, y tienes toda la razón del mundo, es lo natural. Pero ¡peor para ti! ¡Ya lo verás!... ¡Cuídate mucho, hijo mío!... porque, por lo que a mí respecta, voy a tardar bastante en venir a armar escándalos, como tú dices.

La partida de la madre en modo alguno zanjó la penosa situación entre Charles y su esposa, ya que ésta no disimulaba en ningún momento el rencor que le guardaba por su falta de confianza, y tuvo que rogarle encarecidamente para que aceptase un nuevo poder, llegando incluso a acompañarla a la notaría de monsieur Guillaumin, donde éste le extendió otro igual que el primero.

—Me hago cargo —dijo el notario—; un hombre de ciencia no puede andar perdiendo su precioso tiempo en los detalles prácticos de la vida cotidiana.

Y Charles se sintió aliviado por aquel comentario lisonjero, en virtud del cual su debilidad adquiriría las halagüeñas apariencias de una preocupación de índole superior.

Ahora bien, ¡qué desenfreno el suyo, el jueves siguiente, al verse a solas en el hotel con León! Emma rió, lloró, cantó, bailó, mandó que le subieran sorbetes, quiso fumar cigarrillos, y a León, aunque extravagante, le pareció adorable, soberbia.

El joven no acertaba a comprender a qué era debido que así, de repente, todo su

ser la impulsara más y más a precipitarse con tal vehemencia sobre los goces de la vida. Emma se iba haciendo cada vez más irritable, glotona y voluptuosa. Se paseaba con él por las calles, con la cabeza muy alta, sin miedo —decía— a comprometerse. A veces, sin embargo, se estremecía ante la súbita idea de encontrarse con Rodolphe, porque, aunque se hubieran separado para siempre, tenía la impresión de que aún no se había liberado totalmente de su dependencia.

Una noche no volvió a Yonville. Charles estaba que se subía por las paredes, y la pequeña Berthe, que no quería irse a la cama sin su mamá, se desgañitaba llorando. Justin había salido, sin rumbo fijo, por la carretera. Monsieur Homais había dejado la farmacia.

Por fin, a eso de las once, Charles, sin poder aguantar ya más, enganchó su coche, saltó al pescante, fustigó al caballo y llegó a *La Croix Rouge* hacia las dos de la madrugada. Pero tampoco estaba allí. Pensó que quizá la hubiera visto el pasante, pero ¿dónde vivía? Por fortuna se acordaba de la dirección de su jefe y se encaminó hacia allí sin pérdida de tiempo.

Comenzaba a apuntar el día. Distinguió el rótulo del notario encima de una puerta y llamó. Alguien, desde dentro, sin dignarse abrir, le dio la información que pedía, añadiendo de paso una lluvia de improperios contra los que no tenían otra cosa que hacer más que turbar el reposo ajeno durante la noche.

La casa donde vivía el pasante carecía de campanilla, de aldabón y de portero. Charles, sin dudarle un momento, se puso a aporrear los postigos. En ese momento, sin embargo, pasaba por allí un guardia, y Bovary, amedrentado, se alejó.

—Estoy loco —se decía—; lo más probable es que le hayan hecho quedarse a cenar en casa de monsieur Lormeaux.

Pero la familia Lormeaux ya no vivía en Rouen.

—Se habrá quedado a cuidar a madame Dubreuil. Pero ¡cómo puedo pensar eso, si hace diez meses que murió madame Dubreuil!... ¿Dónde estará entonces, Dios mío?

De repente se le ocurrió una idea. Pidió en un café el *Anuario* y buscó apresuradamente el nombre de mademoiselle Lempereur, que vivía en la calle Ranelle-des-Marquiniers, número 74.

Pero justo cuando enfilaba esta calle, Emma apareció en persona por el otro extremo. Charles, más que abrazarla, se arrojó sobre ella, exclamando:

—Pero ¿por qué no regresaste anoche a casa?

—Me puse enferma.

—¿Y de qué?... ¿Dónde?... ¿Cómo?

Emma se pasó la mano por la frente y respondió:

—En casa de mademoiselle Lempereur.

—¡Me lo estaba imaginando! Ahora precisamente iba allí.

—¡Oh, no vale la pena! —dijo Emma—. Acabo de salir hace un momento. Pero en lo sucesivo tómate estas cosas con más calma. Comprende que ya no obraría con

libertad sabiendo que el más mínimo retraso mío te va a trastornar de ese modo.

Era como una especie de permiso que se concedía a sí misma para sentirse más a sus anchas en sus escapadas. Y bien que se aprovechó de él. Cada vez que ardía en deseos de ver a Léon, partía hacia Rouen con cualquier pretexto, y como él no la esperaba aquel día, ella misma iba a buscarle a su bufete.

Las primeras veces aquello constituyó para él un motivo de gran alegría, pero al poco tiempo no tuvo más remedio que confesarle la verdad, es decir, que su jefe se quejaba mucho de sus frecuentes ausencias en el trabajo.

—¡Bah! ¿Qué importancia puede tener eso? Anda, vente —decía ella.

Y terminaba convenciéndole.

Emma se empeñó en que Léon se vistiera completamente de negro y que se dejara perilla para parecerse de ese modo a los retratos de Luis XIII. Quiso también conocer su alojamiento y lo encontró chabacano. Léon se sonrojó, pero ella, sin tan siquiera parar mientes en ello, le aconsejó que se comprara unas cortinas parecidas a las que ella tenía en casa. Como él, sin embargo, arguyó que sería mucho gasto, le replicó riendo:

—¡Hay que ver qué apego tienes a tus dineritos!

Cada vez que se veían, Léon tenía que contarle todo lo que había hecho desde la última cita. Le pidió que compusiera versos, unos versos para ella, un poema de amor en honor suyo, pero él, por más que se esforzó, fue incapaz de dar con la rima del segundo verso, y acabó por copiar un soneto de un álbum.

Y lo hizo menos por vanidad que por complacerla. Nunca discutía sus ideas y se sometía pacientemente a todos sus gustos, hasta tal punto que llegó un momento en que más que parecer ella su querida, se habría podido pensar que era al revés. Emma le prodigaba palabras mimosas y besos que le extasiaban. ¿Dónde habría aprendido aquella corrupción, casi inmaterial a fuer de profunda y ladina?

VI

En los viajes que hacía para verla, Léon a menudo cenaba en casa del boticario, y se había creído en la obligación de corresponderle, invitándole a su vez.

—¡Será un placer! —había respondido monsieur Homais—. Además, no me vendrá mal remozarme un poco, pues reconozco que me estoy anquilosando de no moverme de aquí. ¡Iremos al teatro, al restaurante y hasta puede que hagamos alguna que otra calaverada!

—¡Ay, hijo mío! —murmuró tiernamente madame Homais, asustada de los vagos peligros que su marido se disponía a afrontar.

—Bueno, ¿y qué? ¿Te parece que no arruino bastante mi salud viviendo entre las constantes emanaciones de la farmacia? Así son las mujeres: tienen celos de la Ciencia, y luego, para colmo, se oponen a que uno disfrute de las más legítimas distracciones. Pero es igual, cuenta conmigo. Un día de estos me dejo caer por Rouen y echamos la casa por la ventana.

En otro tiempo, el boticario se hubiera guardado muy bien de emplear semejante lenguaje; pero ahora le había dado por expresarse en una jerga atolondrada y parisina que le parecía de muy buen gusto, y lo mismo que su vecina madame Bovary, interrogaba con curiosidad al pasante acerca de las costumbres de la capital, y hasta le hablaba en argot para deslumbrar... a sus convecinos, usando palabras como *turne*, *bazar*, *chicard*, *chicandard*, *Breda-street*^[139], y *Je me la casse* por: me voy.

Y así, un jueves, Emma, con gran sorpresa por su parte, se encontró en la cocina del *Lion d'or* a monsieur Homais vestido con atuendo de viaje, es decir, con un viejo abrigo que era la primera vez que se lo veía puesto, y llevando en una mano una maleta y en la otra el folgo con el que solía abrigarse los pies en su establecimiento. No le había hablado de su proyecto a nadie, por miedo de que la clientela se preocupara por su ausencia.

La idea de volver a visitar los lugares donde había transcurrido su juventud le exaltaba sobremanera, porque no paró de charlar durante todo el trayecto. Luego, nada más llegar, saltó con presteza del vehículo para ir en busca de Léon. En vano se resistió el pasante; monsieur Homais, al final, se lo llevó al gran *Café de Normandie*, donde entró con aire majestuoso, sin quitarse el sombrero, pues le parecía muy provinciano descubrirse en lugar público.

Emma esperó a Léon tres cuartos de hora. Por fin, sin poder aguantar más, se dirigió a su despacho, y, perdida en toda clase de conjeturas, acusándole de indiferencia y reprochándose a sí misma su debilidad, se pasó la tarde con la frente pegada a los cristales.

A las dos, pasante y boticario seguían sentados a la mesa el uno frente al otro. El salón se iba quedando vacío; el tubo de la estufa, en forma de palmera, arqueaba hacia el blanco techo su penacho dorado; y cerca de ellos, detrás de la cristalera, a pleno sol, un pequeño surtidor gorgoteaba en una fuente de mármol donde, entre berros y espárragos, tres langostas permanecían aletargadas junto a un lote de codornices apiladas en el borde del estanque.

Homais estaba exultante, y aunque el lujo del entorno le embriagaba aún más que los placeres de la buena mesa, el vino de Pomard, no obstante, le iba excitando poco a poco las facultades, y cuando les sirvieron la tortilla al ron, no dudó en exponer ciertas teorías inmorales sobre las mujeres. Lo que por encima de todo le seducía era el *chic*. Le encantaban los atuendos elegantes que tuvieran como fondo un apartamento bien amueblado, y en cuanto a los atractivos corporales, jamás

despreciaba «un buen bocado».

Léon miraba desolado el reloj. El boticario bebía, comía, charlaba por los codos.

—Por aquí, por Rouen, debe usted estar un tanto falto de esas cosas —le dijo de pronto—. Pero reconozca que sus amores no quedan lejos.

Y como el pasante se sonrojaba, añadió:

—¡Vamos, sea usted franco! No me va a negar que en Yonville...

El joven balbuceó.

—En casa de madame Bovary, ¿no cortejaba usted a...?

—¿A quién?

—¡A la criada, claro está!

No lo decía Homais en broma, pero pudiendo más en él la vanidad que la prudencia, Léon lo desmintió a pesar suyo. Además, a él sólo le gustaban las morenas.

—Le alabo el gusto —dijo el boticario—. Sin duda son más ardientes.

Y acercándose al oído de su amigo, le indicó los síntomas por los que se reconocía si una mujer era ardiente. Incluso se lanzó a una digresión etnográfica: las alemanas eran vaporosas, las francesas libertinas, las italianas apasionadas.

—¿Y qué me dice de las negras? —preguntó el pasante.

—Ésas son las predilectas de los artistas —dijo Homais—. ¡Camarero, dos cafés!

—¿Nos vamos? —insistió Léon, impaciente.

—Yes.

Pero, antes de salir, quiso ver al dueño del establecimiento y felicitarle.

Entonces el joven, para quedarse solo, alegó que tenía trabajo.

—¡Ah, muy bien, pues le acompaño! —dijo Homais.

Y mientras iban calle abajo, le hablaba de su mujer, de sus hijos, del porvenir de éstos y de su farmacia, poniendo especial énfasis en la total decadencia en que la había encontrado y el grado de esplendor que con él había adquirido.

Al llegar ante el *Hotel de Boulogne*, Léon se despidió de él bruscamente, subió las escaleras de cuatro en cuatro y encontró a su amante sumida en una gran agitación.

Nada más oír el nombre del farmacéutico, se puso fuera de sí a pesar de las buenas razones con las que él trataba de disculparse. Él no tenía la culpa. ¿Acaso no conocía ella de sobra a monsieur Homais? ¿Cómo podía pensar que prefiriera su compañía? Pero Emma seguía mostrándose esquiva, hasta que finalmente consiguió retenerla, y, cayendo de rodillas, la abrazó por la cintura en actitud lánguida, a la vez suplicante y lasciva.

Emma estaba de pie; sus grandes y encendidos ojos le miraban seriamente, con una expresión casi terrible. Luego se le nublaron de lágrimas, entornó sus sonrosados párpados, le abandonó las manos, y en el momento en que Léon se las llevaba a los labios apareció un criado avisando al señor de que había alguien que preguntaba por él.

—¿Vas a volver? —preguntó ella.

—Sí.

—Pero ¿cuándo?

—En seguida.

—¿Qué le parece mi estratagema? —dijo el farmacéutico nada más ver a Léon—. Como intuí que esa visita le contrariaba, he optado por interrumpirla. Venga, vamos a casa de Bridoux a tomar una copa de *garus*^[140].

Léon le juró que no tenía más remedio que volver a su despacho, pero el boticario, haciendo caso omiso de lo que él decía, se puso a bromear acerca de los autos y los papeleos.

—¡Olvídese por un momento de Cujas y Barthole^[141], qué diablo! ¿Quién se lo impide? Decídase, sea valiente. Vamos a casa de Bridoux; verá qué perro tan raro tiene.

Pero como el pasante porfiaba en su negativa, añadió:

—Bueno, iré con usted al bufete. Le esperaré leyendo un periódico u hojeando el Código.

Léon, aturdido por el enfado de Emma, la facundia de Homais y tal vez también por la pesadez de la digestión, permanecía indeciso y como fascinado por el boticario, que seguía insistiendo:

—¡Vamos a casa de Bridoux! Está tan sólo a dos pasos de aquí, en la calle Malpalu.

Entonces, por cobardía, por pura necedad, por ese indescriptible sentimiento que nos arrastra a veces a las acciones más enojosas, Léon se dejó llevar a casa de Bridoux. Encontraron a éste en su pequeño patio, vigilando a tres camareros que jadeaban haciendo girar la gran rueda de un aparato para fabricar agua de Seltz. Homais les dio los oportunos consejos, abrazó a Bridoux y tomaron el *garus*. Cada vez que Léon hacía ademán de marcharse, Homais le retenía por el brazo, diciéndole:

—¡En seguida nos vamos! Ahora le voy a llevar al *Fanal de Rouen* a ver cómo van por allí esos amigos, y de paso le presentaré a Tomassin.

Léon, no obstante, pudo por fin desembarazarse del boticario y llegó de una carrera al hotel, pero Emma ya no estaba allí.

Acababa de marcharse, exasperada. Ahora le detestaba. Semejante falta de palabra cuando se había comprometido a volver le parecía un ultraje, y aún buscaba otros argumentos para desligarse de él: era incapaz de todo gesto de heroísmo, débil, superficial, más blando que una mujer, y además avaro y pusilánime.

Luego, conforme se fue calmando, acabó por reconocer que seguramente le había calumniado. Pero no se puede denigrar lo que se ama sin que ese gesto nos aparte un poco del objeto amado. A los ídolos es mejor no tocarlos: algo de su dorada capa se queda inexorablemente entre los dedos.

A partir de entonces empezaron a hablar con harta frecuencia de temas no relacionados con su amor. En las cartas que Emma le remitía, hablaba de flores, de

versos, de la luna y de las estrellas, recursos ingenuos de una pasión anémica que intentaba reavivarse recurriendo a toda clase de subterfugios externos. Emma se prometía continuamente, para su próximo viaje, una felicidad intensa, pero llegado el momento le era forzoso reconocer que aquella dicha no era nada del otro mundo. Semejante decepción en seguida se borraba ante la perspectiva de una nueva esperanza, y volvía a él más inflamada, más ávida. Se desnudaba brutalmente, arrancando el delgado cordón de su corpiño, que silbaba en torno a sus caderas con el zigzagueante desliz de una culebra^[142]. Iba de puntillas, descalza, a comprobar una vez más si la puerta estaba bien cerrada, y luego, con ademán decidido, dejaba caer toda su ropa al suelo, y pálida, silenciosa y grave se abatía sobre el pecho de su amante con un estremecimiento que le recorría todo el cuerpo.

Había, sin embargo, en aquella frente cubierta de frías gotas de sudor, en aquellos labios balbucientes, en aquellas pupilas extraviadas y en el calor de aquellos abrazos, un no sé qué de extremado, de vago y de lúgubre que a Léon le parecía que se infiltraba entre ellos, sutilmente, como para separarlos.

Léon no se atrevía a preguntarle nada, pero al verla tan experimentada, pensaba que había debido de vivir toda clase de experiencias de sufrimiento y de placer. Todo lo que antes le encantaba, ahora le asustaba un poco. Comenzaba, además, a rebelarse contra la absorción, cada vez más palpable, de su personalidad, y esta victoria permanente de Emma sobre él engendraba un creciente resentimiento en su alma. Incluso se esforzaba por no amarla; pero luego, nada más oír el crujir de sus botinas, se sentía cobarde, como los borrachos a la vista de los licores fuertes.

Bien es verdad que Emma, por su parte, en ningún momento dejaba de prodigarle toda clase de atenciones, desde primores gastronómicos hasta coqueterías de atuendo y miradas voluptuosas. Ocultas en el escote, traía de Yonville rosas, y al llegar se las lanzaba a la cara; se preocupaba por su salud; le daba consejos acerca de cómo comportarse; y, a fin de retenerle más y más, esperando que el cielo tal vez intercediera, le colgó al cuello una medalla de la Virgen. Se informaba, como una madre virtuosa, de las compañías que frecuentaba, y le decía:

—¡No te relaciones con esa gente! ¡No salgas con ellos! ¡Piensa sólo en nosotros! ¡Quiéreme!

Hubiera querido poder controlar toda su vida y hasta se le ocurrió la idea de hacer que le siguieran por las calles. Había siempre cerca del hotel un individuo con traza de vagabundo que abordaba a los viajeros y que seguramente no rehusaría... Pero su orgullo se rebeló ante semejante idea.

«¡Bueno, que me engañe, peor para él! ¿Qué puede importarme? ¿Acaso no puedo pasar sin él?».

Un día que se habían separado más temprano de lo habitual y ella volvía sola por el bulevar, de repente reconoció los muros de su convento y se sentó en un banco, a la sombra de los olmos. ¡Qué paz la de aquellos tiempos! ¡Cómo añoraba los inefables sentimientos de amor que por aquel entonces trataba de imaginarse por medio de los

libros!

Los primeros meses de su matrimonio, sus paseos a caballo por el bosque, su baile con el vizconde y el canto sublime de Lagardy, todo volvió a pasar por delante de sus ojos... Y hasta el mismo Léon le pareció, de pronto, tan sumido como los otros en la lejanía del recuerdo.

«Y, sin embargo, le quiero», se decía.

De todos modos no era feliz, ni tampoco lo había sido nunca. ¿A qué se debía aquella inconsistencia de la vida, aquella instantánea corrupción de las cosas en que se apoyaba?... Ahora bien, de existir en alguna parte un ser varonil y hermoso, una naturaleza valerosa, desbordante de exaltación y de refinamiento, un corazón de poeta bajo las formas de un ángel, cual lira de aceradas cuerdas que entonara hacia el cielo epitalamios elegiacos, ¿por qué no le permitiría a ella el azar encontrarlo? ¡Oh!, ¡qué sensación de impotencia! Nada, por lo demás, era lo bastante digno como para consagrarle sus afanes: ¡todo era mentira! Cada sonrisa ocultaba un bostezo de hastío, cada alegría una maldición, todo placer su saciedad, y los mejores besos no dejaban en los labios más que el irrealizable anhelo de una más sofisticada voluptuosidad.

Un estertor metálico desgarró el aire, y la campana del convento dejó oír cuatro toques. ¡Las cuatro! Y tuvo la impresión de hallarse allí, sentada en aquel banco, desde la eternidad. Pero de la misma manera que una muchedumbre puede caber en un reducido espacio, un cúmulo de pasiones puede aflorar en un solo minuto.

Emma vivía totalmente absorta en las suyas, hasta el punto de no dedicar a las cuestiones pecuniarias más tiempo del que pudiera consagrarle una archiduquesa.

Un día, sin embargo, se presentó en su casa un individuo de traza enclenque, rubicundo y calvo, que venía, según dijo, de parte de monsieur Vinçart, de Rouen. Quitó los imperdibles que cerraban el bolsillo lateral de su larga levita verde, se los prendió en la manga y le alargó cortésmente un papel.

Era un pagaré de setecientos francos firmado por ella, y que Lheureux, a pesar de todas sus promesas, había endosado a Vinçart.

Emma envió a su criada a casa de Lheureux rogándole que acudiera, pero éste se excusó.

Entonces, el forastero, que había permanecido de pie, lanzando a derecha e izquierda miradas indiscretas apenas disimuladas por sus espesas cejas rubias, preguntó con fingida candidez:

—¿Qué respuesta debo, pues, transmitirle a monsieur Vinçart?

—Pues bien —respondió Emma—, dígame... que en este momento... me resulta imposible... La semana que viene, sí... Que espere... hasta la semana que viene.

Y el buen hombre se marchó sin decir palabra.

Pero al día siguiente, a mediodía, Emma recibió un protesto, y nada más ver el papel timbrado donde se podía leer varias veces y en gruesos caracteres: «Licenciado Hareng, ujier de Buchy», se asustó tanto, que salió corriendo a toda prisa en dirección a la casa de Lheureux.

Le encontró en la tienda, atando tranquilamente un paquete.

—Servidor de usted, señora —dijo—. En seguida la atiendo.

Y siguió haciendo su tarea, ayudado por una jovencita de unos trece años, un poco jorobada, que le servía a la vez de dependienta y de cocinera.

Después, pisando fuerte con los zuecos el entarimado de la tienda, subió al primer piso seguido de madame Bovary, y la introdujo en un angosto gabinete donde, en una enorme mesa de escritorio de madera de pino, había algunos libros de registro protegidos transversalmente por una barra de hierro cerrada con un candado. Pegada a la pared, debajo de unas cortinillas de indiana, se entreveía una caja fuerte de tales proporciones que debía contener algo más que pagarés y dinero. Efectivamente, monsieur Lheureux prestaba dinero tomando alhajas en prenda, y era allí donde había guardado la cadena de oro de Emma, junto con los pendientes del pobre Tellier, el cual, viéndose al final obligado a vender, había puesto en Quincampoix una mísera tienda de ultramarinos, donde languidecía lentamente víctima de un catarro crónico, en medio de sus velas de sebo, no tan amarillas como su tez.

Lheureux se sentó en su amplio sillón de paja y dijo:

—¿Qué hay de nuevo?

—Mire usted.

Y le mostró el papel.

—Sí, sí, ya veo, pero ¿qué quiere usted que yo le haga?

Entonces Emma se enfureció y le recordó la palabra que él le había dado de no endosar sus pagarés. Él no lo negaba.

—Lo que ocurre es que yo mismo me he visto obligado a hacerlo; estaba con el agua al cuello.

—¿Y ahora qué va a pasar?

—¡Oh!, algo muy sencillo: primero el juicio ejecutivo, y luego el embargo..., ¡para qué nos vamos a engañar!

Emma tenía que hacer grandes esfuerzos para no abofetearle. Dominándose, no obstante, le preguntó lo más suavemente que pudo si no habría algún medio de calmar a monsieur Vinçart.

—¡Sí, sí, calmar a Vinçart! No le conoce usted bien. Es más feroz que un moro.

Pero algo tenía que hacer, no obstante, Lheureux; de alguna manera tenía que intervenir.

—Escuche, señora, reconocerá que hasta ahora me he portado con usted de una manera intachable.

Y abriendo uno de sus libros de registro, añadió:

—¡Mire usted!

Y acto seguido, recorriendo la página con el dedo:

—Vamos a ver..., vamos a ver..., el 3 de agosto, doscientos francos..., el 17 de junio, ciento cincuenta..., el 23 de marzo, cuarenta y seis..., en el mes de abril...

Y se detuvo, como temiendo cometer algún disparate.

—¡Y eso por no hablar de los pagarés firmados por su esposo! Uno de setecientos francos y otro de trescientos. Por lo que se refiere a las pequeñas sumas que le he ido dando y a los intereses, es el acabose, uno ahí se pierde sin remedio. ¡No me pida, pues, que me meta en más líos!

Emma lloraba, e incluso se atrevió a llamarle «su buen monsieur Lheureux». Pero él, inexorable, se escudaba responsabilizando a aquel «bribón de Vinçart». Además, él no tenía un céntimo, nadie le pagaba ahora, entre unos y otros le traían a mal traer, en una palabra, que un pobre tendero como él no podía permitirse el lujo de fiar a nadie.

Emma se quedó callada, y a Lheureux, que mordisqueaba las barbas de una pluma, debió de inquietarle aquel silencio, pues añadió:

—Si al menos un día de estos tuviera algunos ingresos... no digo yo que no pudiera...

—Además —dijo ella—, en cuanto cobre el dinero pendiente de Barneville...

—¿Cómo?...

Y al enterarse de que Langlois todavía no había pagado, pareció muy sorprendido.

—¿Qué es lo que acordamos, entonces? —añadió con voz melosa.

—¡Oh, lo que usted quiera!

Lheureux entornó los ojos como reflexionando, escribió algunas cifras, y, después de asegurar que aquello no sería nada fácil, que el asunto era en extremo escabroso y, por lo que a él se refería, una sangría en toda la regla, extendió cuatro pagarés de doscientos cincuenta francos cada uno, a pagar en cuatro meses consecutivos.

—¡Eso siempre que Vinçart se digne a escucharme! Pero en fin, a lo hecho pecho, yo no hablo por hablar y soy claro como el agua.

Acto seguido, y como quien no quiere la cosa, le mostró varias novedades, todas ellas, desde luego, dignas de una señora de su rango.

—¡Y pensar que esta tela se vende a setenta céntimos el metro y hasta tiene el buen tinte garantizado! ¡La de cosas que se traga la gente! Claro que a todo el mundo no se le puede ir diciendo la verdad —y con esa confesión de la granjería de sus colegas intentaba convencerla de su absoluta probidad.

Y aún se empeñó en enseñarle tres varas de guipur que había conseguido últimamente «en una almoneda».

—¡No me diga que no es precioso! —decía Lheureux—. Se utiliza ahora mucho para el respaldo de las butacas, es la moda.

Y, más rápido que un prestidigitador, envolvió el encaje en un papel azul y puso el envoltorio en las manos de Emma.

—Bueno, pero dígame usted, al menos, cuánto es...

—¡Oh, no corre prisa! —replicó el tendero, volviéndole la espalda.

Aquella misma noche Emma instó a su marido a que escribiera a su madre pidiéndole que le mandara en seguida todo lo atrasado de la herencia. La suegra contestó diciendo que ya no tenía nada: la liquidación estaba saldada y tan sólo les

quedaba, además de Barneville, seiscientas libras de renta, que les enviaría puntualmente.

Emma entonces expidió facturas a dos o tres clientes morosos, y en vista del buen resultado, se sirvió ampliamente de aquel medio, cuidándose muy bien de añadir como postdata: «Le ruego que no mencione nada de esto a mi marido; ya sabe lo orgulloso que es... Dispéñeme... Servidora de usted...». Hubo algunas reclamaciones, pero ella misma las interceptó.

Para hacerse con más dinero, decidió vender sus guantes y sus sombreros usados, la vieja chatarra. Regateaba con rapacidad, poniendo así de manifiesto sus orígenes de campesina codiciosa. Asimismo, cuando viajaba a la ciudad, chaloneaba todo tipo de baratijas, con la esperanza de que Lheureux, a falta de otras cosas de más consistencia, se las comprara. Adquirió plumas de avestruz, porcelana china y bargueños; pedía dinero prestado a Félicité, a madame Lefrançois, a la dueña de *La Croix Rouge*, a todo el mundo y donde quiera que fuese. Con el dinero que por fin recibió de la venta de la propiedad de Barneville saldó dos pagarés, en cambio los mil quinientos francos restantes se le esfumaron. Se empeñó de nuevo, y así sucesivamente.

Bien es cierto que a veces intentaba hacer sus cálculos, pero le salían unas cifras tan exorbitantes, que no podía dar crédito a sus ojos. Volvía a empezar entonces, se embarullaba en seguida y finalmente optaba por dejarlo todo sin pensar más en ello.

Ahora daba pena entrar en aquella casa. A los proveedores se les veía salir día tras día de mal talante. Había pañuelos puestos a secar de cualquier forma sobre los fogones, y la pequeña Berthe, con gran escándalo por parte de madame Homais, llevaba las medias agujereadas. Cada vez que a Charles se le ocurría hacer, tímidamente, alguna observación, Emma le respondía con acritud que ella no tenía la culpa.

¿Por qué semejantes arrebatos? Charles lo achacaba todo a su antigua enfermedad nerviosa, y, reprochándose haber tomado por defectos sus dolencias, se acusaba de egoísmo y le daban ganas de correr a besarla.

«¡Oh, no! —se decía—, la importunaría».

Y no se acercaba.

Después de cenar solía dar un paseo a solas por el jardín, o bien sentaba a la pequeña Berthe sobre sus rodillas y, desdoblado una revista de medicina, trataba de enseñarle a leer. La niña, que no estaba habituada al estudio, no tardaba en poner ojos tristes y a menudo se echaba a llorar. Entonces él la consolaba; iba a buscarle agua en la regadera para hacer riachuelos en la arena, o le cortaba ramitas de aligustre para plantarlas en los arriates a modo de árboles, sin que por ello sufriera desdoro el jardín, a la sazón totalmente invadido de malezas; ¡le debían tantos jornales a Lestiboudois! Luego, la niña empezaba a tener frío y quería irse con su madre.

—Llama a la muchacha —le decía Charles—. Ya sabes, hijita, que a mamá no le gusta que la molesten.

Comenzaba el otoño y las hojas volvían a caer —¡como dos años antes, cuando ella estaba enferma!—. ¿Cuándo acabaría todo aquello? Y Charles seguía paseando con las manos a la espalda.

La señora permanecía en su cuarto. Nadie subía allí. Se pasaba el día aletargada, medio desnuda, quemando de vez en cuando pastillas de esencias orientales que había comprado en Rouen, en el bazar de un argelino. Para no tener que soportar de noche a aquel hombre dormido a su lado, a fuerza de ponerle caras largas, acabó por relegarle al segundo piso, y así, ella se quedaba a sus anchas leyendo hasta la madrugada libros extravagantes en los que alternaban las escenas orgiásticas con las situaciones sangrientas. A menudo la asaltaba el terror y lanzaba un grito. Charles se presentaba inmediatamente.

—¡No es nada, vete, vete! —le decía ella.

Otras veces, abrasada intensamente por aquella llama íntima que el adulterio avivaba, jadeante, ansiosa, acuciada por el deseo, abría la ventana, aspiraba el aire frío, esparcía al viento su espesa cabellera y, mirando las estrellas, se ponía a soñar con amores principescos. Pensaba sobre todo en él, en Léon. En tales momentos hubiera dado cualquier cosa por una sola de aquellas citas que saciaban sus apetitos.

Aquellos eran sus días de gala. Emma quería que fuesen espléndidos, y cuando él no alcanzaba a pagar por sí solo todos los gastos, ella completaba el resto con toda liberalidad, cosa que casi siempre ocurría. Léon trató de hacerle comprender que estarían igual de cómodos en cualquier otra parte, en un hotel más modesto, pero ella siempre ponía objeciones a semejante sugerencia.

Un día sacó del bolso seis cucharillas de plata sobredorada —era el regalo de boda de su propio padre— y le rogó que fuera inmediatamente a empeñarlas a nombre de ella al Monte de Piedad. Léon obedeció, aunque era evidente que tal diligencia no era en absoluto de su agrado: tenía miedo de comprometerse.

Luego, reflexionando, advirtió que su amante iba adoptando cada vez más unos modales inconvenientes, y que es probable que no les faltara razón a los que pretendían separarle de ella.

En efecto, alguien había enviado a su madre una larga carta anónima advirtiéndole que su hijo «se estaba echando a perder con una mujer casada», y la buena señora, ni corta ni perezosa, entreviendo el eterno fantasma que acecha a las familias, es decir, la vaga criatura perniciosa, la sirena, el monstruo que anida de una forma fantástica en las profundidades del amor, escribió al jefe de su hijo, el notario Dubocage, que afrontó el asunto a las mil maravillas. Se pasó tres cuartos de hora tratando de abrirle los ojos para que se percatara del abismo en que estaba a punto de precipitarse. Semejante enredo acabaría por afectar más tarde o más temprano a su futuro profesional. Le rogó, por tanto, que rompiera aquellas relaciones, y si no hacía ese sacrificio por su propio interés, que lo hiciera al menos por él, por Dubocage.

Léon había jurado finalmente no volver a ver a Emma, y ahora se reprochaba el haber faltado a su palabra, y más aún teniendo en cuenta los trastornos y habladurías

que iba a tener que soportar por aquella mujer, sin contar las pullas de sus compañeros, que se despachaban a su gusto por las mañanas cuando se reunían alrededor de la estufa. Además, estaba a punto de ascender a primer oficial de notarías: era el momento de convertirse en un individuo formal. Renunciaría, pues, a la flauta, a los sentimientos exaltados, a la imaginación —pues no ha habido burgués que, en el ardor de su primera juventud, no se haya creído, aunque sólo sea por un día o por unos cuantos minutos, capaz de albergar inmensas pasiones o de afrontar las más altas empresas. El más mediocre libertino ha soñado alguna vez con sultanas, y no hay notario que no lleve dentro de sí los despojos de un poeta.

Ahora se sentía contrariado cada vez que Emma, de repente, se ponía a sollozar sobre su pecho, y su corazón, como les ocurre a las personas que sólo pueden resistir una determinada dosis de música, se aletargaba indiferente ante los arrebatos de un amor cuyas delicadezas era ya incapaz de apreciar.

Se conocían demasiado el uno al otro para experimentar esa efervescencia de la posesión que centuplica el goce. Ella, además, estaba tan hastiada de él como fatigado él de ella, y volvía a encontrar en el adulterio la misma vacuidad del matrimonio.

Pero ¿cómo poner punto final a todo aquello? Además, por muy humillada que se sintiera al constatar la bajeza de semejante ventura, lo cierto es que seguía aferrándose a ella por costumbre o por corrupción, y cada día se depravaba aún más, agostando toda dicha en su afán de hacerla más intensa. Acusaba a Léon de su propio desencanto, como si la hubiera traicionado, e incluso deseaba que acaeciese una catástrofe que provocara su separación, ya que no tenía suficiente valor para llevarla a cabo.

Mas no por eso dejaba de enviarle cartas de amor, convencida de que una mujer debe escribirle siempre a su amante.

Pero al hacerlo le parecía percibir a otro hombre, a un fantasma forjado con sus más ardientes recuerdos, con sus más selectas lecturas, con sus más profundos anhelos; e incluso acababa viéndole tan verdadero y accesible, que palpitaba maravillada, sin que por ello pudiera, no obstante, imaginárselo con claridad, hasta tal punto se escondía, como un dios, bajo la abundancia de sus atributos. Vivía en una región celeste donde las escalas de seda se balancean en los balcones a la luz de la luna y bajo el hálito de las flores. Ella le sentía muy cerca, como si de un momento a otro fuera a venir para llevársela consigo en un beso. Luego, tras esa magnífica ensoñación, Emma se derrumbaba hasta quedar abatida y deshecha, porque aquellos impulsos de amor imaginarios la agotaban más que las grandes orgías.

Vivía ahora sumida en una pereza incesante y total. De vez en cuando recibía citaciones judiciales y requerimientos en papel timbrado que apenas se dignaba mirar. Hubiera querido no vivir ya o dormir para siempre.

El día de la *mi-carême*^[143] no volvió a Yonville y se fue por la noche al baile de máscaras. Se puso un pantalón de terciopelo, unas medias rojas, una peluca con

coleta y un tricornio terciado. Se pasó toda la noche dando brincos al furioso son de los trombones; las gentes hacían corro a su alrededor, y de madrugada se encontró en el peristilo del teatro entre cinco o seis máscaras —con disfraces de estibador de muelle o de marinero—, compañeros de Léon, que hablaban de ir a cenar.

Los cafés próximos estaban abarrotados. Descubrieron en el puerto un restaurante de lo más vulgar, cuyo dueño puso a su disposición una salita en el cuarto piso.

Los hombres se pusieron a cuchichear en un rincón, seguramente haciendo las cuentas del posible gasto. Había entre ellos un pasante de notario, dos estudiantillos de medicina y un dependiente: ¡bonita compañía para ella! En cuanto a las mujeres, Emma, por el timbre de sus voces, no tardó en percatarse de que casi todas debían de ser de la más baja extracción. Sintió miedo entonces, echó hacia atrás la silla y bajó los ojos.

Los demás se pusieron a comer, pero ella no probó bocado; le ardía la frente, le picaban los párpados y sentía en el cuerpo un frío glacial. Notaba aún dentro de su cabeza el retemblar del piso del baile bajo el acompasado taconeo de los mil pies que danzaban. Después, el olor del ponche y el humo de los cigarros acabaron por marearla. Estaba a punto de desvanecerse y tuvieron que llevarla a la ventana.

Empezaba a clarear y una gran mancha de color púrpura se extendía en el desvaído cielo por la parte de Sainte-Catherine. La lívida superficie del río se estremecía con el viento; no había nadie en los puentes; los faroles de gas se iban apagando.

Emma, no obstante, se reanimó y empezó a pensar en Berthe, que a esas horas estaría durmiendo allá en el pueblo, en la habitación de la criada. Pero en ese instante cruzó un carromato cargado de largas barras de hierro, produciendo a su paso una vibración metálica y ensordecedora.

Emma se apartó bruscamente, se quitó el disfraz, le dijo a Léon que tenía que volver a casa, y por fin se quedó sola en su cuarto del Hotel de Boulogne. Todo le resultaba insoportable, empezando por ella misma. Hubiera querido escapar como un pajarillo e ir a rejuvenecerse en alguna parte, muy lejos, en los espacios immaculados.

Salió, atravesó el bulevar, la plaza Cauchoise y el arrabal, hasta llegar a una calle de las afueras desde la que se dominaban unos jardines. Caminaba deprisa y el aire de la mañana sosegaba sus nervios. Poco a poco las caras de la muchedumbre, las máscaras, las parejas de baile, las lámparas, la cena, las mujeres aquellas, todo desaparecía como bruma arrastrada por el viento. Luego, de vuelta a *La Croix Rouge*, subió a su modesta habitación del segundo piso, decorada con aquellos grabados de la *Tour de Nesle*, y se metió en la cama. A las cuatro de la tarde la despertó Hivert.

Cuando llegó a casa, Félicité le enseñó un papel gris que estaba detrás del reloj. Emma leyó:

«En virtud de sentencia recaída en juicio ejecutivo...».

¿Qué juicio era aquél? Y es que, en efecto, la víspera habían traído otro papel que ella, por supuesto, no conocía. Por eso se quedó más muerta que viva al leer estas

palabras:

«En nombre del Rey, de la Ley y de la Justicia, se requiere a madame Bovary...».

Y saltándose unas cuantas líneas, vio que decía:

«En el plazo máximo de veinticuatro horas». Pero ¿de qué se trataba? «Pagar la suma total de ocho mil francos». E incluso más abajo decía: «Será apremiada por toda vía a que en derecho haya lugar, y especialmente por la vía ejecutiva mediante el embargo de sus muebles y efectos».

¿Qué hacer?... ¡Tan sólo veinticuatro horas, es decir, mañana! Lheureux —pensó por un momento— pretendía sin duda darle un nuevo susto; y de repente comprendió todas sus martingalas y el objetivo que perseguía con tantas complacencias. Lo único que la tranquilizaba un poco era lo exagerado de la suma exigida.

Lo que ella no entendía es que, a fuerza de comprar, de no pagar, de pedir dinero prestado, de firmar pagarés y de renovar esos mismos pagarés, que iban inflándose a cada nuevo vencimiento, lo que había conseguido es que el tal Lheureux, al final, se hiciera a costa suya con un capitalito que ansiaba recuperar para seguir con sus especulaciones.

Emma se presentó, pues, en casa del tendero con aire desenvuelto.

—Debe estar usted al tanto de lo que me ocurre. Imagino que será una broma.

—De ninguna manera.

—¿Cómo que de ninguna manera?

Lheureux se apartó un poco y le dijo, cruzándose de brazos:

—¿Pensaba usted acaso, señora mía, que me iba a tener como proveedor y banquero hasta la consumación de los siglos? ¡Por el amor de Dios! Alguna vez me tenía que llegar la hora de resarcirme de mis continuos desembolsos, ¡seamos justos!

Emma protestó por la cuantía de la deuda.

—¡Bueno, y qué quiere usted que le haga! ¿No lo ha reconocido el tribunal? ¿No hay acaso una sentencia? ¿No se lo han notificado de ese modo? Además, no se trata de mí, sino de Vinçart.

—Pero espere un momento, ¿es que usted no podría...?

—Le aseguro que no puedo hacer absolutamente nada.

—Pero, vamos a ver, pongámonos en razón.

Y empezó a divagar; no se había enterado de nada... todo aquello la había pillado por sorpresa...

—¿Y de eso quién tiene la culpa? —repuso Lheureux con una irónica reverencia—. Mientras yo estoy aquí bregando como un negro, usted se lo pasa a lo grande.

—¡Ah, no me venga ahora con sermones!

—Nunca están de más —respondió él.

Emma se acobardó, le suplicó, y hasta llegó a apoyar su linda mano, tan blanca y alargada, en las rodillas del comerciante.

—¡Déjeme en paz, por favor! ¡Cualquiera diría que quiere usted seducirme!

—¡Es usted un miserable! —exclamó ella.

—¡Oh, oh, vaya unos modales! —replicó Lheureux riendo.

—Pregónaré a los cuatro vientos quién es usted. Le diré a mi marido...

—Me parece muy bien, pero yo también le enseñaré algo a su marido...

Y Lheureux sacó de su caja fuerte el recibo de mil ochocientos francos que ella le había firmado con ocasión del descuento de Vinçart.

—¿Cree usted —añadió— que no va a percatarse de su pequeño robo ese pobre hombre a quien aprecio?

Emma se desplomó, como derribada por un mazazo. Lheureux iba y venía de la ventana al escritorio sin dejar de repetir:

—¡Se lo enseñaré! ¡Ya lo creo que se lo enseñaré!

Luego se acercó a ella y le dijo con voz tierna:

—No es nada agradable, lo sé; pero después de todo, nadie se ha muerto por una cosa así, y puesto que es el único medio que le queda de devolverme mi dinero...

—Sí, pero ¿de dónde lo voy a sacar? —dijo Emma, retorciéndose los brazos.

—¡Bah, eso no es difícil teniendo como usted tiene amigos!

Y la miraba con unos ojos tan penetrantes y terribles, que Emma se estremeció hasta las entrañas.

—Firmaré cuanto sea preciso, se lo prometo —le dijo.

—Firmas tuyas me sobran.

—Seguiré vendiendo...

—¡Vamos, vamos, qué va a vender! —la interrumpió, encogiéndose de hombros—. Si ya no le queda nada...

Y gritó por el ventanillo que comunicaba con la tienda:

—¡Annette!, ¡no te olvides de los tres retales del número 14!

Apareció la sirvienta, y Emma, comprendiendo que con aquel gesto quería poner fin a la conversación, le preguntó «cuánto dinero en efectivo haría falta para detener las diligencias».

—Ya es demasiado tarde para eso.

—Pero ¿y si le trajera unos miles de francos, la cuarta parte de la suma total, la tercera, o casi todo?

—No insista, por favor, es inútil.

Y la empujaba suavemente hacia la escalera.

—¡Se lo suplico, monsieur Lheureux, concédame tan sólo unos días más!

Emma había empezado a sollozar.

—¡Vamos, vamos, no me venga ahora con lloros!

—¡Me está empujando usted a la desesperación!

—¡Eso me trae sin cuidado! —replicó Lheureux, cerrándole la puerta.

VII

Emma se mostró estoica al día siguiente, cuando el licenciado Hareng, el alguacil, se presentó en su casa para levantar el acta del embargo.

Empezaron por el despacho de Bovary, y dejaron fuera del inventario la cabeza frenológica, por ser considerada «instrumento de trabajo», pero no ocurrió lo mismo en la cocina, ya que allí tomaron nota minuciosamente de los platos, de las ollas, de las sillas, de los candelabros, y en la alcoba, incluso de todas las baratijas de la estantería. Examinaron asimismo sus vestidos, su ropa interior, el tocador; y su existencia, hasta en sus más íntimos recovecos, quedó expuesta ante la mirada de aquellos tres hombres como un cadáver al que se le practica la autopsia.

El licenciado Hareng, embutido en una levita negra abrochada hasta arriba, con su corbata blanca y sus trabillas muy tirantes, repetía de vez en cuando:

—¿Me permite usted, señora?, ¿me permite?

A menudo incluso se le escapaban exclamaciones como estas:

—¡Precioso!... ¡Muy bonito!

Y reanudaba, afanoso, su inventario, mojando la pluma en el tintero de asta que sostenía con la mano izquierda.

Cuando acabaron con las habitaciones, subieron al desván.

Había allí un pupitre en el que Emma guardaba las cartas de Rodolphe y no tuvo más remedio que abrirlo.

—¡Vaya, son cartas! —dijo Hareng con una sonrisa discreta—. Pero permítame, tengo la obligación de comprobar si hay algo más en el cajón.

Y sacudió ligeramente los sobres, como esperando encontrar allí alguna que otra moneda oculta. Pero entonces Emma, al ver aquella manaza de dedos enrojecidos y blandos como babosas posarse sobre aquellas páginas que tantas y tantas veces habían hecho palpar su corazón, ya no pudo soportar su rabia.

¡Por fin se fueron! Félicité, que durante todo el tiempo había estado vigilando en la puerta por si venía Bovary, volvió a entrar, y entre ambas, sin pérdida de tiempo, instalaron en la buhardilla al guardián del embargo, que juró no moverse de allí.

Aquella noche Charles le pareció más preocupado que de costumbre. Emma le espiaba con una mirada rebotante de angustia, creyendo percibir acusaciones en cada una de las arrugas de su rostro. Luego, cuando se ponía a recorrer con sus ojos la chimenea realzada con mamparas chinescas, los cortinajes, los sillones, todas aquellas cosas, en fin, que habían contribuido a endulzar las amarguras de su vida, le asaltaba una especie de remordimiento, o más bien una inmensa pesadumbre que, lejos de atenuar su pasión, la exacerbaba. Charles, con los pies sobre los morillos, atizaba plácidamente el fuego.

Hubo un momento en que el guardián del embargo, aburrido sin duda de permanecer en su escondrijo, hizo un poco de ruido.

—Alguien anda por ahí arriba —dijo Charles.

—No —replicó ella—; debe de ser alguna claraboya que se ha quedado abierta y que agita el viento.

Al día siguiente, que era domingo, Emma viajó a Rouen con el fin de visitar a todos los banqueros que conocía de oídas. Unos estaban en el campo, otros de viaje, pero ella no se dio por vencida, y a los que logró encontrar les pidió dinero, asegurándoles que lo necesitaba con urgencia y que lo devolvería puntualmente. Todos se negaron en redondo y algunos, incluso, se rieron abiertamente en su cara.

A las dos corrió a casa de Léon y llamó a la puerta. No abrían. Por fin apareció.

—¿Qué te trae por aquí?

—¿Te molesta mi presencia?

—No es eso..., es que...

Y le confesó que al dueño de la casa no le gustaba que sus inquilinos recibieran «visitas de mujeres».

—Tengo que hablar contigo —prosiguió ella.

Léon, entonces, hizo ademán de coger la llave, pero ella le detuvo.

—¡Oh, no, aquí no!, allá, en nuestro cuarto.

Y se fueron los dos a su habitación del Hotel de Boulogne.

Nada más llegar, Emma, que estaba lívida, se bebió un gran vaso de agua, y acto seguido le dijo:

—Léon, me tienes que hacer un favor.

Le cogió ambas manos, y estrechándolas fuertemente y sacudiéndoselas, añadió:

—¡Escucha, necesito ocho mil francos!

—¡Pero es que te has vuelto loca!

—¡Todavía no!

Y se puso a contarle la historia del embargo, sin ocultarle en modo alguno lo desesperado de su situación. Charles lo ignoraba todo, su suegra la detestaba y su padre no podía hacer nada por ella; pero en cambio él, Léon, seguro que iba a remover cielo y tierra para reunir aquella suma indispensable.

—Pero ¿cómo quieres que yo...?

—¡Qué cobarde estás hecho! —exclamó ella.

Léon, entonces, dijo estúpidamente:

—Me parece que estás desorbitando las cosas. Es muy posible que con un millar de escudos lograras aplacar a ese tipo.

Razón de más para intentar alguna gestión.

¿Cómo no iban a hallar el modo de obtener tres mil francos? Y eso sin contar con que Léon podía pedir dinero prestado en su lugar.

—¡Anda, inténtalo! ¡Lo necesito ya! ¡Date prisa!... ¡Oh, haz lo posible, haz lo posible! ¡Te querré como nunca si lo haces!

Léon salió. Una hora más tarde volvió y le dijo con ademán solemne:

—He ido a ver a tres personas..., pero todo ha sido en balde.

Se quedaron sentados uno frente al otro, a ambos lados de la chimenea, inmóviles

y sin decir nada. Emma se encogía de hombros y pataleaba. León la oyó murmurar:

—Si yo estuviera en tu lugar, ya lo creo que daría con ese dinero.

—¿Dónde?

—¡En tu despacho!

Y se quedó mirándole fijamente.

Una audacia diabólica trascendía de sus llameantes pupilas, y sus párpados se entornaban de una manera lasciva e incitante; tanto que el joven sintió flaquear su voluntad bajo el mudo imperio de aquella mujer que le aconsejaba cometer un delito. Tuvo miedo entonces, y para no entrar en más detalles, se dio una palmada en la frente, exclamando:

—¡Morel tiene que regresar esta noche! —Se trataba de un amigo suyo, hijo de un acaudalado negociante—. Él, seguro que no me niega este favor, al menos es lo que yo creo —y luego añadió—: Si todo va bien, mañana mismo te llevaré el dinero.

Emma no pareció acoger aquella esperanza con tanto júbilo como él había supuesto. ¿Sospechaba acaso el engaño? León prosiguió, sin poder evitar ruborizarse:

—De todos modos, si no he llegado a las tres, no me esperes más, querida. Y ahora perdona, pero tengo que irme sin falta. ¡Adiós!

Le estrechó la mano, pero la notó totalmente inerte. Emma ya ni siquiera tenía fuerzas para experimentar sentimiento alguno.

Dieron las cuatro y, Emma, obedeciendo como un autómata al impulso de los viejos hábitos, se levantó para regresar a Yonville.

Hacía buen tiempo; era uno de esos días del mes de marzo diáfanos y crudos, en que el sol brilla en un cielo totalmente blanco. Algunos rouaneses se paseaban, endomingados, con aire radiante. Emma llegó a la plaza de la catedral. Salían de las vísperas. La muchedumbre discurría por los tres pórticos como un río por los arcos de un puente, y en el centro, más inmóvil que una roca, se erguía el suizo.

Entonces Emma se acordó de aquel día en que entró anhelante e ilusionada por aquella gran nave, que se desplegaba ante ella menos profunda que su amor, y prosiguió su marcha, aturdida, tambaleante, vertiendo lágrimas bajo su velo y a punto de desfallecer.

—¡Cuidado! —gritó una voz desde una puerta cochera que se abría.

Emma se detuvo para dejar pasar a un caballo negro que piafaba entre los varales de un tílburí conducido por un caballero con abrigo de marta cibelina. ¿Quién era aquel hombre? Porque su cara le resultaba muy familiar... El coche partió al galope y desapareció.

Pero, cómo no le había reconocido antes, ¡era él, el vizconde! Emma se volvió: la calle estaba desierta, y se sintió tan abrumada, tan abatida, que tuvo que apoyarse en una pared para no caer.

Después pensó que tal vez se hubiera equivocado. Además, ¿qué sabía ella del vizconde? Nada. Todo en sí misma y fuera de ella la abandonaba. Se sentía perdida, rodando al azar por abismos indefinibles, hasta tal punto que casi se alegró, al llegar a

La Croix Rouge, de encontrar al bueno de monsieur Homais que en ese instante permanecía atento viendo cargar en *La Golondrina* una caja grande llena de productos farmacéuticos. En su mano llevaba, envueltos en un pañuelo, seis *cheminots* para su esposa.

A madame Homais le encantaban aquellos panecillos compactos en forma de turbante, que se suelen comer por cuaresma untados con mantequilla salada: último vestigio de los alimentos góticos, que es probable que se remonte al siglo de las Cruzadas, y de los que se atracaban antaño los robustos normandos, creyendo ver sobre la mesa, a la luz de las antorchas amarillas, entre jarros de hipocrás^[144] y colosales embutidos, cabezas de sarracenos puestas allí a su disposición. La mujer del boticario las masticaba como ellos, heroicamente, a pesar de su lamentable dentadura; por eso, cada vez que monsieur Homais hacía un viaje a la ciudad, nunca se olvidaba de comprarle unos cuantos, que adquiría siempre en una tienda de la calle *Massacre*, especializada en este producto.

—¡Encantado de verla! —dijo Homais, ofreciéndole la mano para ayudarla a subir a *La Golondrina*.

Luego, ya en el coche, puso los *cheminots* en la rejilla, se quitó el sombrero y permaneció con la cabeza descubierta y los brazos cruzados, en actitud pensativa y napoleónica.

Pero cuando surgió el ciego, como de costumbre, al pie de la cuesta, Homais exclamó:

—No comprendo cómo la autoridad sigue tolerando cosas tan perniciosas. Deberían encerrar a estos desdichados en algún sitio donde se les obligara a trabajar. ¡Palabra de honor que el progreso avanza a paso de tortuga! Nos empeñamos en vivir en la barbarie.

El ciego tendía su sombrero, que se bamboleaba junto a la portezuela como si fuera una bolsa que se hubiese desclavado de la tapicería.

—Lo que tiene en la cara —dijo el boticario— es una afección escrofulosa.

Y aunque conocía de sobra a aquel pobre diablo, fingió que lo veía por primera vez y se puso a murmurar palabras como «córnea», «córnea opaca», «esclerótica», «facies», para acabar preguntándole con paternal acento:

—¿Hace mucho, buen hombre, que padeces esa espantosa enfermedad? En vez de emborracharte en la taberna, más te valdría someterte a un buen régimen.

Y le aconsejó que tomara buen vino, buena cerveza y buenos asados de carne. El viejo, no obstante, seguía canturreando, con ese aspecto de idiota que le caracterizaba. Al fin monsieur Homais se decidió a abrir la bolsa.

—Toma, ahí tienes un sueldo; devuélveme dos ochavos, y no eches mis consejos en saco roto; ya verás cómo te encuentras mejor.

Hivert se permitió manifestar en voz alta sus dudas acerca de la eficacia del procedimiento; pero el boticario aseguró que le curaría personalmente con una pomada antiflogística^[145] elaborada por él mismo, y le dijo su dirección.

—Monsieur Homais, junto al mercado. De sobra conocido.

—¡Venga, como pago —intervino Hivert—, haz uno de tus numeritos!

El ciego se puso en cuclillas, echó hacia atrás la cabeza, y empezó a hacer girar sus verdosos ojos, a sacar la lengua y a frotarse el estómago con ambas manos, al tiempo que emitía una especie de aullido sordo, como un perro famélico. Emma, sin poder dominar su repugnancia, le lanzó por encima del hombro una moneda de cinco francos. Era toda su fortuna. Le pareció un gesto hermoso tirarla de ese modo.

Ya se había puesto el coche de nuevo en marcha cuando de pronto monsieur Homais, asomándose a la ventanilla, gritó:

—¡Nada de farináceas ni de productos lácteos! Utiliza ropa interior de lana y toma vaho de bayas de enebro en las partes enfermas.

La contemplación de las cosas conocidas que desfilaban ante sus ojos poco a poco fue distrayendo a Emma de la aflicción que en ese momento sentía. La abrumaba una insoportable fatiga, y llegó a su casa aturdida, desalentada y casi adormecida.

—¡Que sea lo que Dios quiera! —se decía.

Y además, ¿quién sabe? ¿Por qué no se habría de producir en el momento más inesperado un acontecimiento extraordinario? Lheureux, por ejemplo, podía morir.

A las nueve de la mañana la despertó un rumor de voces en la plaza. Se había concentrado un tropel de gente alrededor del mercado para leer un bando de gran tamaño adherido a uno de los postes, y vio a Justin que se subía a un mojón y arrancaba el cartel. Pero justo en aquel momento, el guarda rural le agarró por el cuello. Monsieur Homais salió de la farmacia y madame Lefrançois parecía estar perorando en medio de la muchedumbre.

—¡Señora! ¡Señora! —exclamó Félicité irrumpiendo en su alcoba—. ¡Qué infamia!

Y la pobre chica, trastornada, le tendió un papel amarillo que acababa de arrancar de la puerta. Le bastó una ojeada para comprender que todo su mobiliario estaba en venta.

Ama y criada se miraron en silencio. Entre ellas no había secretos. Por fin, Félicité murmuró:

—Si yo estuviera en su lugar, señora, iría a ver a monsieur Guillaumin.

—¿Tú crees?

Interrogación que equivalía a decir: «Tú que conoces esa casa por el criado, ¿acaso el dueño se ha dignado alguna vez a hablar de mí?».

—Sí, vaya, vaya sin falta, es lo más conveniente.

Se vistió, se puso su vestido negro y su capota bordada con cuentas de azabache, y para que no la vieran —seguía habiendo mucha gente en la plaza— se dirigió hacia las afueras del pueblo y tomó el sendero que bordeaba el río.

Llegó sofocada ante la verja del notario. El cielo estaba encapotado y nevaba ligeramente.

Al sonido de la campanilla, Théodore, con chaleco rojo, apareció en la escalinata

y bajó a abrirle casi familiarmente, como a una conocida, haciéndola pasar inmediatamente al comedor.

Una estufa grande de porcelana crepitaba bajo un cactus colocado en una hornacina, y enmarcados en negro, resaltando sobre una pared empapelada a imitación de madera de roble, aparecían colgados la *Esmeralda* de Steuben y la *Putifar* de Schopin^[146]. La mesa recién servida, dos escalfadores de plata, el pomo de cristal de las puertas, el suelo y los muebles, todo relucía como si acabaran de limpiarlos con una meticulosidad británica; los cristales de las ventanas estaban decorados en cada uno de sus ángulos con vidrios de color.

«Un comedor como éste es lo que a mí me hubiese gustado tener», pensó Emma.

Entró el notario, sujetándose con el brazo izquierdo su batín con bordados en forma de palma, mientras que con la otra mano se quitaba y se volvía a poner en un santiamén un gorro de terciopelo marrón, pretenciosamente inclinado hacia el lado derecho, por donde sobresalían las puntas de tres mechones rubios que, arrancando del occipucio, contorneaban el mondo cráneo.

Le ofreció un asiento y se sentó tranquilamente a almorzar, no sin antes excusarse por su falta de cortesía.

—Caballero —dijo ella—, he venido a rogarle...

—Diga, diga, señora. La escucho.

Emma empezó a exponerle su caso. Pero lo que ella menos se podía imaginar era que el notario lo conocía de sobra por hallarse secretamente conchabado con el comerciante de telas, en cuya casa encontraba siempre el capital para los préstamos hipotecarios que se realizaban en su notaría.

Guillaumin estaba, pues, al tanto —y mejor que ella misma— de la larga historia de aquellos pagarés, insignificantes al principio, endosados a nombre de diferentes personas, con vencimientos a largo plazo y renovados una y otra vez, hasta el día en que Lheureux, reuniendo todos los protestos, encargó a su amigo Vinçart que llevara a cabo en su propio nombre las diligencias judiciales necesarias, ya que a él no le interesaba lo más mínimo pasar por una hiena entre sus conciudadanos.

Emma salpicó su relato con una serie de recriminaciones contra Lheureux, y el notario al oírlas respondía de vez en cuando con algún que otro comentario irrelevante, mientras proseguía impassible comiéndose su chuleta y bebiéndose su té, con la barbilla apoyada en la corbata azul cielo, realzada con dos alfileres de diamantes unidos por una cadenita de oro, y sonriendo de una manera singular, dulzona y ambigua. Pero al percatarse de que Emma tenía los pies mojados, le dijo:

—Acerque los pies a la estufa... un poco más arriba..., contra la porcelana.

Emma tenía miedo de ensuciarla, pero el notario añadió en un tono galante:

—Las cosas hermosas no pueden estropear nada.

Entonces Emma trató de conmoverle, y, emocionándose ella misma, llegó incluso a contarle las estrecheces que se pasaban en su casa, sus apuros, sus necesidades. El notario comprendía muy bien todo aquello: ¡una mujer tan elegante!, y, sin dejar de

comer, se había vuelto completamente hacia ella, de tal modo que con la rodilla le rozaba la botina, cuya suela se curvaba humeando, de tan próxima que estaba a la estufa.

Pero cuando Emma le pidió mil escudos, Guillaumin apretó los labios y acto seguido se declaró muy apenado por no haberse hecho cargo a su debido tiempo de la dirección de su fortuna, pues él sabía de mil medios muy cómodos, incluso para una dama, de sacarle buena renta a su dinero. Hubieran podido realizar, casi con absolutas garantías, excelentes operaciones especulativas sobre las turberas de Grumesnil o en los terrenos del Havre; y la dejó reconcomerse de rabia ante la idea de las fantásticas sumas que sin duda podría haber ganado.

—¿Cómo es posible que nunca se le haya ocurrido acudir a mí?

—La verdad, no sé qué decirle —dijo ella.

—¿Por qué, dígame? ¿Me tenía usted miedo acaso? ¡Soy yo, por el contrario, quien debiera estar dolido! Apenas si nos conocemos, y, sin embargo, le puedo asegurar que siempre le he profesado un especial afecto. Espero que a partir de ahora ya no lo ponga en duda.

Y alargó la mano, cogió la de Emma y la besó con avidez; después la retuvo sobre su rodilla y se puso a jugar delicadamente con sus dedos, mientras le decía mil ternezas.

Su voz insulsa susurraba como un arroyo que corre; de sus pupilas, a través del cabrilleo de sus lentes, surgían chispas, y sus manos se adentraban por la manga de Emma con la intención insana de palparle el brazo. Emma sentía contra su mejilla el aliento de aquella respiración jadeante. Aquel hombre la hastiaba horriblemente.

Se levantó de un salto y le dijo:

—¡Estoy esperando, caballero!

—¿Y qué es lo que espera? —preguntó el notario, poniéndose de repente lívido.

—Ese dinero.

—Pero es que...

Y como cediendo a la irrupción de un irresistible deseo, añadió:

—¡Está bien, sí!

Y se arrastraba de rodillas hacia ella, sin preocuparse lo más mínimo de su batín.

—¡Por favor, no se vaya! ¡La amo!

Y la cogió por el talle.

Madame Bovary sintió en ese momento una oleada de púrpura ascendiéndole vertiginosamente hacia el rostro, y no pudo por menos de retroceder con una expresión terrible al tiempo que gritaba:

—Está usted abusando de manera indecente de mi angustiada situación, caballero. ¡Soy una mujer digna de lástima, pero no estoy en venta!

Y salió.

El notario se quedó estupefacto, con los ojos fijos en sus preciosas zapatillas bordadas. Eran un regalo de amor. Mirándolas acabó por consolarse. Por otra parte,

pensaba que una aventura semejante le hubiera llevado demasiado lejos.

«¡Qué miserable! ¡Qué granuja!... ¡Qué infamia!», se decía Emma, mientras huía con nervioso paso bajo los álamos del camino.

La decepción del fiasco tornaba aún más intensa la indignación de su pudor ultrajado; le parecía como si la providencia se encarnizara en perseguirla, pero ella, fortificando su orgullo, jamás sintió tanta estima por sí misma ni tanto desprecio por los demás. Una especie de sentimiento belicoso la agujoneaba. Le hubiera gustado emprenderla a puñetazos con los hombres, escupirles a la cara, triturarlos a todos... Y seguía caminando a toda prisa, pálida, temblorosa, furibunda, escudriñando con sus ojos empañados de lágrimas el horizonte vacío, y como deleitándose en el odio que la ahogaba.

Cuando divisó su casa, se quedó como paralizada. No podía seguir avanzando, pero no le quedaba otra alternativa, porque, además, ¿adónde huir?

Félicité la esperaba en la puerta.

—¿Y bien?

—¡Nada! —dijo Emma.

Y durante un cuarto de hora ambas mujeres estuvieron pasando revista a las diferentes personas de Yonville que acaso pudieran estar dispuestas a acudir en su auxilio. Pero cada vez que Félicité pronunciaba un nombre nuevo, Emma replicaba con desánimo:

—No merece la pena. Seguro que no querrán.

—¡Y el señor a punto de regresar!

—Lo sé... Anda, déjame sola.

Lo había intentado todo. Ya no le quedaba nada más por hacer, y cuando Charles volviera, ella no tendría más remedio que decirle:

«Apártate. Esa alfombra que pisas ya no es nuestra. De tu casa, no te queda ni un mueble, ni un alfiler, ni una brizna de paja. Y soy yo, infeliz, quien te ha arruinado».

Se produciría entonces un prolongado sollozo. Charles daría rienda suelta a su llanto, y por fin, después de asimilar el golpe, la perdonaría.

«Sí —murmuraba Emma rechinando los dientes—, me perdonará, él, que ni con un millón que me ofreciera podría conseguir que yo le perdonara por haberme conocido... ¡Jamás! ¡Jamás!».

Aquella idea de la superioridad de Bovary sobre ella la sacaba de quicio. Además, tanto si se lo confesaba como si no —igual daba que fuera inmediatamente, algo más tarde o al día siguiente—, lo cierto es que Charles, de una forma o de otra, terminaría enterándose de la catástrofe; por eso no había más remedio que esperar a que estallara aquella horrible escena y soportar todo el peso de su magnanimidad. Sintió deseos de volver a la tienda de Lheureux, aunque ¿para qué?, de escribir a su padre, pero demasiado sabía que ya no había tiempo. Estaba incluso empezando a arrepentirse de no haber cedido a los deseos obscenos de Guillaumin, cuando oyó el trote de un caballo por la alameda. Era él, Charles, estaba abriendo la portilla y parecía más

pálido que la cal de la pared. Bajando a saltos la escalera, Emma escapó de prisa por la plaza, y la mujer del alcalde, que en ese momento charlaba delante de la iglesia con Lestiboudois, la vio entrar en casa del recaudador.

Corrió a decírselo a madame Caron. Las dos señoras subieron al desván y se apostaron cómodamente, ocultas tras la ropa tendida en unas varas, para poder ver a sus anchas lo que pasaba en casa de Binet.

El recaudador se hallaba solo en su buhardilla, reproduciendo en madera una de esas indescriptibles tallas de marfil compuestas de medias lunas y de esferas huecas metidas unas dentro de otras, formando todo el conjunto una especie de obelisco sin utilidad alguna. En aquel preciso momento se aprestaba a colocar la última pieza, ¡estaba a punto de acabar! En la penumbra del taller, una dorada polvareda salía despedida del torno cual penacho de chispas bajo los cascos de un caballo al galope. Las dos ruedas giraban, zumbaban; Binet sonreía con la cabeza gacha, las aletas de la nariz dilatadas, y cualquiera hubiera podido decir que se hallaba sumido en uno de esos estados de completa beatitud que seguramente sólo las ocupaciones vulgares pueden proporcionar, ocupaciones que entretienen la inteligencia mediante dificultades fáciles de resolver y la colman, una vez vencidas éstas, de tal modo que ya no le queda nada más que anhelar.

—¡Ah, ahí la tiene! —dijo madame Tuvache.

Pero no resultaba nada fácil, a causa del torno, oír lo que Emma decía.

Por fin, aquellas señoras creyeron distinguir la palabra «francos», y madame Tuvache musitó entonces:

—Seguro que está rogándole que le retrase el pago de las contribuciones.

—¡Eso debe de ser! —repuso la otra.

Y la vieron ir de un lado para otro examinando los servilleteros, las palmatorias, los remates de barandas que se veían alineados en las paredes, mientras Binet se mesaba la barba con satisfacción.

—¿No habrá ido a encargarle algo? —dijo madame Tuvache.

—¡Pero si él no vende nada! —objetó su vecina.

El recaudador parecía escuchar con los ojos muy abiertos, como si no alcanzara a comprender. Emma seguía hablándole en una actitud tierna y suplicante. Se le acercó; su seno palpitaba; habían dejado de hablar.

—¿Le estará haciendo proposiciones? —dijo madame Tuvache.

Binet se había puesto colorado como una amapola. Emma le cogió las manos.

—¡Bueno, esto pasa ya de castaño oscuro!

Y desde luego que le debía de estar proponiendo algo abominable, porque el recaudador, a pesar de su más que probada valentía —había combatido en Bautzen y en Lutzen^[147], había hecho la campaña de Francia y hasta había sido propuesto para la cruz—, de pronto retrocedió cuanto pudo como si hubiera visto una serpiente y se le oyó exclamar:

—¡Señora!, ¿por quién me toma?

—A las mujeres así —dijo madame Tuvache— habría que azotarlas.

—Pero ¿dónde se ha metido? —replicó madame Caron.

Porque mientras intercambiaban estas últimas palabras, Emma, efectivamente, había desaparecido; luego, viéndola enfilear la calle mayor y torcer a la derecha, como para dirigirse al cementerio, ambas comadres se perdieron en un mar de conjeturas.

—¡Madame Rolet! —dijo al entrar en casa de la nodriza—. ¡Me ahogo! Aflójeme el corsé, por favor.

Se echó en la cama sollozando. Madame Rolet la tapó con unas enaguas y permaneció de pie a su lado, pero como no respondía a sus preguntas, la buena mujer se alejó, cogió su rueca y se puso a hilar lino.

—¡Oh, basta, basta! —murmuró Emma, creyendo oír aún el torno de Binet.

«Pero ¿qué le pasará? —se preguntaba la nodriza—. ¿Por qué habrá venido aquí?».

Había acudido allí precipitadamente, impulsada por una especie de espanto que le impedía acercarse a su casa.

Tendida boca arriba, inmóvil y con los ojos fijos, apenas si era capaz de distinguir los objetos de su entorno, a pesar de la persistencia idiota con que parecía mirarlos. Contemplaba los desconchados de la pared, dos tizones humeantes y una larga araña que evolucionaba por encima de su cabeza en la hendidura de una de las vigas. Por fin logró coordinar sus ideas. Se acordaba... de un día, con León... ¡Dios mío, qué lejos estaba todo aquello!... El sol brillaba sobre el río y las clemátides embalsamaban el aire con su aroma... Y así, arrastrada por sus recuerdos como por un impetuoso torrente, no tardó en venirle a la conciencia lo ocurrido durante la jornada de la víspera.

—¿Qué hora es? —preguntó.

Madame Rolet salió, levantó los dedos de la mano derecha hacia la parte por donde más claro estaba el cielo y volvió a entrar despacio, diciendo:

—Pronto serán las tres.

—¡Ah, gracias, muchas gracias!

Porque León estaría a punto de llegar. ¡Estaba segura! Habría reunido el dinero. Pero lo más normal es que hubiera ido derecho a su casa, sin sospechar que ella estaba aquí; y mandó a la nodriza que fuera corriendo en su busca y se lo trajera.

—¡Ande, dese prisa!

—¡Ya voy, ya voy, señora!

Se extrañaba ahora de no haber pensado en él desde un principio; la víspera le había dado su palabra y no faltaría a ella; y se veía ya en casa de Lheureux poniendo encima de su escritorio los tres billetes de banco. Luego habría que inventar una historia con la que explicar de modo convincente a Bovary todo aquel lío. Pero ¿cuál?

A todo esto pasaba el tiempo y la nodriza seguía sin volver. Sin embargo como no había reloj en la choza, Emma pensaba que quizá estuviera exagerando la tardanza. Impaciente, se puso a dar vueltas por el huerto, pasito a pasito; siguió el sendero a lo

largo de la cerca, pero se volvió en seguida, presintiendo que tal vez la buena mujer hubiera regresado por otro camino. Hasta que por fin, cansada de esperar, asaltada por un cúmulo de sospechas que procuraba desechar a toda costa, incapaz de saber con certeza si llevaba allí un siglo o un minuto, se sentó en un rincón, cerró los ojos y se tapó los oídos. De repente, la portilla rechinó y Emma se levantó de un salto; pero antes de que pudiera preguntarle nada, la nodriza le dijo:

—A su casa no ha ido nadie.

—¿Cómo que no ha ido nadie?

—Como se lo estoy diciendo. Y el señor está llorando y no hace más que preguntar por usted. La están buscando.

Emma no respondió nada. Jadeaba sin cesar, mirando en torno suyo con sus inquietas pupilas, mientras que la campesina, asustada por la expresión de su rostro, retrocedía instintivamente creyendo que se había vuelto loca. De pronto se dio una palmada en la frente y profirió un grito, porque el pensamiento de Rodolphe, como un relámpago en la noche oscura, había cruzado por su alma. ¡Era tan bueno, tan delicado, tan generoso! Y además, si vacilaba en hacerle este favor, ya se encargaría ella de obligarle volviendo a despertar en él, en un instante, su antiguo amor. Empezó, pues, el camino de La Huchette, sin darse cuenta de que corría a exponerse a lo mismo que un rato antes la había exasperado tanto, y sin reparar lo más mínimo en esta otra modalidad de prostitución.

VIII

Por el camino no hacía más que preguntarse: «¿Qué voy a decirle? ¿Por dónde empezar?». Y a medida que avanzaba, iba reconociendo los matorrales, los árboles, los juncos marinos en la colina, y, a lo lejos, la silueta de la mansión. Volvía a revivir las sensaciones de su primer cariño y su pobre corazón agobiado se enternecía amorosamente al reconocerlas. Un viento tibio le acariciaba el rostro. La nieve, al fundirse, caía gota a gota de las yemas sobre la hierba.

Entró, como antaño, por la puertecita del parque; luego llegó al patio principal, flanqueado por una doble hilera de frondosos tilos que balanceaban con suave murmullo sus largas ramas. Todos los perros se pusieron a ladrar al unísono en la perrera, y sus ladridos resonaban sin que apareciese nadie.

Subió la ancha escalinata recta, con balaustradas de madera, que conducía al corredor aquel de losas polvorientas al que daban varios aposentos en fila, como en

los monasterios o en las hospederías. El suyo era el del fondo, a mano izquierda. Al poner las manos en el pestillo, sus fuerzas la abandonaron de repente. Tenía miedo de que no estuviese allí, casi lo deseaba, aun a sabiendas de que Rodolphe era su única esperanza, su última posibilidad de salvación. Se concentró un momento y, armándose de valor ante lo apremiante de su necesidad, entró en el cuarto.

Rodolphe estaba sentado junto a la lumbre con los pies apoyados en la chambrana de la chimenea, fumándose una pipa.

—¡Ah, es usted! —exclamó, levantándose bruscamente.

—¡Sí, soy yo!... Quisiera, Rodolphe, pedirle un consejo.

Pero, a pesar de los esfuerzos que hacía, le era imposible articular palabra.

—¡No ha cambiado usted! ¡Siempre tan encantadora!

—¡Oh! —replicó ella amargamente—, muy pobres deben de ser esos encantos para que usted los desdeñara de ese modo.

Trató entonces Rodolphe de explicar su proceder, pero se perdía en vaguedades, incapaz de inventar una disculpa válida.

Emma, no obstante, se dejó seducir por sus palabras, y más aún por su voz y por la simple contemplación de su persona, hasta tal punto que fingió creer, o creyó quizá verdaderamente, el pretexto que él alegó para justificar su ruptura: se trataba de un secreto del que dependían la honra e incluso la vida de una tercera persona.

—Ya poco importa —dijo ella mirándole con tristeza—, lo único cierto es lo mucho que he sufrido.

—¡Así es la vida! —respondió él en un tono filosófico.

—¿Se ha portado, al menos, bien con usted desde que me dejó? —preguntó ella.

—Pues la verdad, ni bien ni mal.

—Acaso hubiera sido mejor no separarnos nunca.

—Sí... probablemente.

—¿Lo crees de veras? —dijo ella acercándose.

Y suspiró.

—¡Ay, Rodolphe, si supieras!... ¡Te quise tanto!

Entonces ella le cogió la mano y permanecieron algún tiempo con los dedos entrelazados, como aquel primer día en los comicios. Él, presa de su orgullo, intentaba sobreponerse al paulatino enternecimiento. Pero Emma, reclinándose sobre su pecho, añadió:

—¿Cómo querías que viviera sin ti? La felicidad crea hábito y luego ya no se puede vivir sin ella. ¡Estaba desesperada! ¡Creí morir! Te lo contaré todo, ya verás. ¡Y tú, mientras tanto, huyendo de mí!...

En efecto, Rodolphe llevaba tres años evitando por todos los medios encontrarse con ella, debido a esa cobardía natural que caracteriza al sexo fuerte. Y Emma seguía prodigándole palabras tiernas entre graciosos mohínes, más mimosa que una gata en celo:

—Reconoce que amas a otras. Pero no te preocupes, yo las comprendo y las

disculpo. ¡Seguro que las has seducido como a mí! Y no me extraña porque eres un hombre de verdad, con todo lo que hay que tener para hacerse querer. Pero vamos a empezar de nuevo, ¿no es verdad? ¡Y nos amaremos aún más que antes! ¿Ves qué feliz soy? ¡Y hasta me río!... ¡Pero di algo!

Estaba seductora, con aquella mirada en la que se estremecía una lágrima como gota de lluvia tras la tormenta en el cáliz azul de una flor.

Rodolphe la atrajo sobre sus rodillas y empezó a acariciarle con el revés de la mano aquellas crenchas de pelo liso, en las que, a la claridad del crepúsculo, se reflejaba, cual flecha de oro, un último rayo de sol. Emma inclinaba la frente y él no pudo resistir la tentación de besarla en los párpados, muy suavemente, rozándolos apenas con los labios.

—Pero ¡tú has estado llorando! —le dijo—. ¿Por qué?

Emma prorrumpió en sollozos. Rodolphe lo atribuyó a una explosión de cariño; pero como callaba, él interpretó aquel silencio como un último vestigio de pudor, y entonces exclamó:

—¡Perdóname! ¡No hay ninguna otra mujer que me haya gustado como tú! ¡He sido un imbécil y un infame! Pero créeme si te digo que te amo y te amaré siempre... ¿Qué te pasa? ¡Dímelo!

Y se puso de rodillas.

—¡Estoy en la ruina, Rodolphe!, eso es lo que me pasa, y necesito que me prestes tres mil francos.

—Pero... pero... —dijo él, incorporándose poco a poco, mientras su fisonomía adquiría una expresión grave.

—Verás —se apresuró Emma a decir—, mi marido había puesto toda su fortuna en manos de un notario, y éste se fugó llevándose todo. Los clientes no pagaban y no tuvimos más remedio que pedir dinero prestado. Nos quedan, eso sí, varias liquidaciones pendientes, pero hasta más adelante no vamos a poder disponer del dinero en efectivo. El caso es que hoy, por no tener esos tres mil francos, nos van a embargar. Es cosa inminente, por eso, confiando en tu amistad, he venido a verte.

«¡Ah! —pensó Rodolphe, poniéndose muy pálido de repente—. ¡Conque es por eso por lo que has venido!».

Luego dijo con toda tranquilidad:

—Lo siento, pero no los tengo, mi querida señora.

Y no era mentira. De haberlos tenido, probablemente se los habría dado, aunque, por lo general, no resulte demasiado agradable hacer este tipo de buenas obras: las exigencias monetarias son, de cuantas borrascas se desatan sobre el amor, las más frías y devastadoras.

Emma se quedó mirándole fijamente.

—¡Que no los tienes!

Y repitió varias veces:

—¡No los tienes!... Podía haberme ahorrado esta última vergüenza. ¡Nunca me

has querido! ¡No vales más que los otros!

Emma, hablando así, se traicionaba, se perdía sin remedio.

Rodolphe la interrumpió, asegurándole que también él se encontraba apurado de dinero.

—¡Ah, te compadezco! —dijo Emma—. ¡No sabes cómo te compadezco!...

Y posando los ojos en una carabina damasquinada que brillaba en la panoplia, añadió:

—Pero cuando se es tan pobre no se tienen escopetas guarnecidas de plata, ni se compran relojes con incrustaciones de concha —y señalaba el reloj de Boule^[148]—, ni se les pone silbatos de esmalte a las fustas —y los tocaba—, ni dijese al reloj de bolsillo. ¡Nada, nada le falta, hasta una licorera en su habitación! Porque, reconócelo, no te privas de nada, vives a cuerpo de rey, tienes una espléndida mansión, granjas, bosques; organizas monterías, haces viajes a París... ¡Y aun cuando no fuera más que con esto —exclamó, cogiendo de la repisa de la chimenea unos gemelos de camisa—, con la más insignificante de estas fruslerías, buen dinero que se podría obtener! Pero no, ¡no los quiero!, ¡guárdatelos, no me hacen ninguna falta!

Y arrojó lejos los dos gemelos, cuya cadenilla de oro se rompió al pegar contra la pared.

—Si hubiera sido al revés, yo te habría dado todo, lo habría vendido todo, me habría puesto a trabajar con mis propias manos, habría mendigado por los caminos, sólo por una sonrisa tuya, por una mirada, por el simple placer de oírte decir: «¡Gracias!». Y en cambio, tú te quedas ahí tan tranquilo en tu sillón, como si no me hubieras hecho ya sufrir bastante. Sin ti, y tú bien lo sabes, habría podido vivir dichosa. ¿Quién te obligaba? ¿O se trataba acaso de una apuesta? Sin embargo, tú me amabas, o al menos eso era lo que decías... Y todavía hace un momento... ¡Ay, cuán preferible hubiera sido que me echaras de aquí! Aún conservo en mis manos el calor de tus besos, y justo en ese sitio, sobre la alfombra, me jurabas de rodillas un amor eterno. ¡Y bien que te creí! Durante dos años me hiciste vivir el más dulce y magnífico de los sueños... Y todos aquellos proyectos de viaje, ¿te acuerdas? Pero, ay, tu carta, tu carta, ¡cómo me destrozó el corazón!... ¡Y ahora, cuando acudo a él, a él, que es rico, libre y dichoso, para implorarle una ayuda que el primer desconocido con el que me tropezase se brindaría gustoso a prestar, cuando acudo a él suplicante y ofreciéndole toda mi ternura, él me rechaza porque eso le costaría tres mil francos!

—¡No los tengo! —replicó Rodolphe con esa absoluta calma con que se escudan ciertas rabias contenidas.

Emma salió. Las paredes se estremecían, el techo parecía que iba a aplastarla. Volvió a recorrer la larga avenida, tropezando en los montones de hojas muertas que dispersaba el viento. Por fin llegó al foso que había ante la verja, y tanta prisa se dio en abrirla, que se rompió las uñas contra el cerrojo. Luego, cien pasos más allá, se detuvo jadeante y a punto de desfallecer. Entonces, mirando hacia atrás, contempló una vez más la impasible mansión, con su parque, sus jardines, sus tres patios y todas

las ventanas de la fachada.

Permanecía sumida en un completo estupor^[149] y sin más conciencia de sí misma que el latido de sus arterias, latido que era como si se le escapara —o al menos así se lo parecía— propagándose por el campo como una música ensordecedora. La tierra, bajo sus pies, era más blanda que las aguas del mar, y los surcos se le antojaban un tropel de inmensas olas pardas sucediéndose hasta el infinito. Todos los recuerdos y pensamientos agolpados en su mente salían proyectados al unísono como las mil piezas de un castillo de fuegos artificiales. Vio a su padre, el despacho de Lheureux, el aposento que tenía allá en aquella casa, otro paisaje. La locura se estaba apoderando de ella; sintió miedo y consiguió recobrase, aunque tan sólo de una forma confusa, porque lo cierto es que ni siquiera recordaba la causa del terrible estado en que se hallaba, es decir, su necesidad perentoria de dinero. Sólo su amor le hacía padecer, y sentía que el alma se le escapaba por este recuerdo, de la misma manera que los heridos agonizantes sienten que se les escapa la vida por su sangrante llaga.

Caía la noche y las cornejas revoloteaban.

Le pareció de pronto como si unos globos color de fuego estallasen en el aire a manera de balas fulminantes que se aplastaran, y se ponían a girar y girar para acabar fundiéndose en la nieve, entre el ramaje de los árboles. En medio de cada uno de ellos se veía la cara de Rodolphe. Los globos se multiplicaban, se acercaban a ella, penetraban en su interior, hasta que, en un determinado momento, todo desapareció. A lo lejos, resplandeciendo entre la niebla, reconoció al fin las luces de las casas.

Justo entonces volvió a tomar conciencia de su situación, como un abismo que de repente se abriera ante ella. Jadeaba tan fuerte que temía que le estallara el pecho. Luego, en un arrebato de heroísmo que casi la llenó de gozo, echó a correr cuesta abajo, cruzó la pasarela de las vacas, el sendero, la calle, el mercado y llegó ante la puerta de la botica.

No había nadie. Se disponía a entrar, pero como podía acudir alguien al oír la campanilla, optó por deslizarse por debajo de la valla, y, conteniendo la respiración, tanteando las paredes, avanzó hasta el umbral de la cocina, en la que ardía una vela colocada sobre el fogón. Justin, en mangas de camisa, salía en aquel instante con una fuente en las manos.

«¡Ah!, están cenando. Esperaremos».

Volvió a entrar Justin. Ella dio un golpecito en el cristal y el muchacho se asomó.

—¡La llave!, la de arriba, donde están los...

—¿Cómo?

Y la miraba, asombrado de la lividez de su rostro, que se destacaba como una pincelada en blanco sobre el fondo negro de la noche. Le pareció extraordinariamente bella y majestuosa como un fantasma, y aunque era incapaz de comprender lo que pretendía, presintió algo terrible.

Pero Emma le repitió con vehemencia, en voz baja, con una voz dulce e

insinuante:

—¡La quiero! Dámela.

Como el tabique era delgado, se oía el ruido de los tenedores contra los platos en el comedor.

Dijo que tenía en casa un montón de ratas que no le dejaban dormir y le urgía acabar con ellas.

—Tendría que avisar al señor.

—¡No, quédate aquí!

Y luego, con aire indiferente, añadió:

—¡Bah, no vale la pena! Ya se lo diré yo luego. ¡Anda, alúmbrame!

Se adentró en el pasillo adonde daba la puerta del laboratorio. Colgada en la pared había una llave con un rótulo en el que se leía: *Capharnaüm*.

—¡Justin! —gritó el boticario, impaciente por la espera.

—¡Subamos!

Y Justin la siguió.

Giró la llave en la cerradura, y Emma fue derecha al tercer estante, guiada de forma infalible por su memoria, cogió el tarro azul, le arrancó el tapón, hundió en él la mano, y sacándola llena de un polvo blanco, se puso a comérselo allí mismo, sin pensárselo dos veces.

—¡No haga eso! —exclamó el muchacho abalanzándose sobre ella.

—¡Cállate! Puede venir alguien...

Justin se desesperaba, quería llamar.

—¡No digas ni una palabra de esto, o toda la culpa recaerá sobre tu amo!

Dicho esto, súbitamente apaciguada, con esa serenidad del que acaba de cumplir con su deber, se marchó.

Cuando Charles, trastornado por la noticia del embargo, volvió a casa, Emma acababa de salir. Gritó, lloró, sufrió un desvanecimiento, pero ella no venía. ¿Dónde podría estar? Mandó a Félicité a casa de Homais, a la de monsieur Tuvache, a la de Lheureux, al *Lion d'or*, a todas partes; y en los intervalos de su angustia veía arruinado su prestigio, perdida su fortuna y malogrado el porvenir de Berthe. ¿Y todo ello por qué causa? Lo ignoraba. Aguardó hasta las seis de la tarde. Por fin, incapaz de contenerse por más tiempo e imaginando que tal vez hubiera partido hacia Rouen, salió a la carretera, anduvo como una media legua, no encontró a nadie, esperó aún otro poco y regresó.

Emma acababa de llegar.

—¿Qué significa todo esto?... ¿A qué se debe?... ¡Explícamelo!

Emma se sentó ante su escritorio y escribió una carta que cerró despacio, no sin antes añadir la fecha del día y la hora. Tras lo cual, le dijo en un tono solemne:

—La leerás mañana. Mientras tanto, te lo suplico, no me hagas ni una sola pregunta.

—Pero...

—¡Oh, déjame!

Y se tendió cuan larga era en la cama.

La despertó un sabor acre que se le venía a la boca. Entrevió a Charles y volvió a cerrar los ojos.

Se espiaba atentamente para comprobar si sufría o no. ¡Pero no!, nada todavía. Oía el tictac del reloj, el crepitar de la lumbre y la respiración de Charles, que permanecía de pie, junto a su cama.

«¡Ah, qué insignificante cosa es la muerte! —pensaba—. Voy a dormirme y asunto terminado».

Bebió un sorbo de agua y se volvió hacia la pared.

Pero aquel horrible sabor a tinta persistía.

—¡Tengo sed!... ¡Oh, qué sed tengo! —suspiró.

—¿Pero qué te ocurre? —le preguntó Charles, al tiempo que le ofrecía un vaso.

—¡No es nada!... Abre la ventana... ¡Me ahogo!

Y le sobrevino una náusea tan repentina, que apenas si tuvo tiempo de sacar el pañuelo de debajo de la almohada.

—¡Llévatelo! —dijo con vehemencia—. ¡Tíralo!

Charles le hizo algunas preguntas, pero ella no respondió nada. Permanecía inmóvil, por miedo a que la más mínima alteración la hiciera vomitar. A todo esto, un frío glacial había empezado a recorrerle todo el cuerpo.

—¡Ah, ya empieza! —murmuró.

—Pero ¿qué dices?

Emma movía la cabeza con gesto suave, lleno de angustia, y sin parar de abrir al mismo tiempo las mandíbulas, como si sobre su lengua gravitase algo muy pesado. A las ocho reaparecieron los vómitos.

Charles observó que en el fondo de la palangana había una especie de arenilla blanca adherida a las paredes de la porcelana.

—¡Increíble! ¡Qué cosa más extraña! —repitió.

Pero Emma, con voz fuerte, dijo:

—¡No, te equivocas!

Entonces, delicadamente y casi acariciándola, le pasó la mano por el estómago, pero ella profirió un grito tan agudo, que Charles retrocedió espantado.

Luego Emma empezó a gemir, al principio débilmente. Grandes escalofríos le recorrían los hombros y se iba poniendo más pálida que la sábana en la que se hundían sus crispados dedos. Su pulso, desigual, se había hecho casi imperceptible en ese momento.

De su azulado rostro, que parecía como yerto por la emanación de un vaho metálico, brotaban abundantes gotas de sudor. Le castañeteaban los dientes; sus desorbitados ojos miraban vagamente a su alrededor, y a cuantas preguntas le hacían se limitaba a responder moviendo la cabeza; dos o tres veces incluso sonrió. Poco a poco sus gemidos se fueron intensificando. Se le escapó un alarido sordo. Insinuó que

se sentía mejor y que se levantaría en seguida. Sin embargo, las convulsiones sobrevinieron, y entonces, sin poder aguantar más, exclamó:

—¡Dios mío! ¡Esto es atroz!

Charles cayó de hinojos junto a su cama.

—¡Habla! ¿Qué has tomado? ¡Contesta, por amor de Dios!

Y la miraba con infinita ternura, como jamás la habían mirado.

—Allí..., allí... —contestó con voz desfallecida.

Charles se abalanzó sobre el escritorio, abrió la carta y leyó en voz alta: *Que no se culpe a nadie...* Se detuvo, se pasó la mano por los ojos y siguió leyendo.

—Pero ¿cómo es posible? ¡Socorro! ¡A mí!

Y no podía hacer otra cosa que repetir aquella palabra: «¡Envenenada! ¡Envenenada!». Félicité corrió a casa de Homais, que propaló aquella misma exclamación por la plaza; madame Lefrançois la oyó en el *Lion d'or*; algunos se levantaron para ir con la noticia a sus vecinos, y el pueblo entero permaneció aquella noche en vela.

Enajenado, balbuceante, a punto de derrumbarse, Charles daba vueltas por la habitación, tropezando con los muebles, mesándose los cabellos, y nunca hubiera creído el farmacéutico que pudiera existir espectáculo tan espantoso.

Regresó a su casa para escribir a monsieur Canivet y al doctor Larivière. Se le iba la cabeza, hasta el punto que tuvo que hacer más de quince borradores. Hippolyte partió para Neufchâtel, y Justin espoléó tan brutalmente al caballo de Bovary que no tuvo más remedio que dejarlo, exhausto y medio reventado, en la cuesta del Bois-Guillaume.

Charles trató de hojear su diccionario de medicina, pero los renglones le bailaban y no le era posible leer.

—¡Calma! —dijo el boticario—. Lo esencial ahora es administrarle algún poderoso antídoto. ¿Qué tipo de veneno ha ingerido?

Charles le enseñó la carta. Se trataba de arsénico.

—Bien —repuso el boticario—, convendría analizarlo.

Pues sabía que, en toda clase de envenenamiento, lo primero que se hace es practicar un análisis; y Bovary, que era incapaz de coordinar sus ideas, respondió:

—¡De acuerdo, hágalo, haga lo que sea!... ¡sálvela!

Acto seguido volvió junto a ella, cayó abatido sobre la alfombra y se echó a llorar con la cabeza apoyada en el borde del lecho.

—¡No llores! —le dijo ella—. ¡Muy pronto dejaré de atormentarte!

—Pero ¿por qué lo has hecho? ¿Quién te ha empujado a esto? Emma replicó:

—No había otra salida, amigo mío.

—¿No eras feliz? ¿Tengo yo la culpa? Tú sabes que he hecho cuanto he podido.

—Sí..., es verdad..., ¡tú sí que eres bueno!

Y le pasaba lentamente la mano por el pelo. La dulzura de aquella sensación hacía más hondo su pesar; sentía desmoronarse todo su ser de pura desesperación ante la

idea de que estaba a punto de perderla, precisamente cuando mostraba por él más amor que nunca. Y era tal el trastorno que producía en él la urgencia de una resolución inmediata, que ni se le ocurría nada, ni sabía nada, ni se atrevía a nada.

Emma pensaba que por fin había puesto punto final a todas las traiciones, las bajezas y las innumerables concupiscencias que la torturaban. Ya no odiaba a nadie ahora; una confusión como de crepúsculo se abatía sobre su pensamiento, y de todos los ruidos de la tierra no oía más que el intermitente lamento de aquel pobre corazón, un lamento dulce e indistinto, como el postrer eco de una sinfonía que se aleja y se aleja.

—Que me traigan a la niña —dijo, incorporándose sobre el codo.

—No te encuentras peor, ¿verdad? —preguntó Charles.

—No, no.

Llegó la criatura en brazos de la criada, con su largo camisoncito, por cuyo borde asomaban sus menudos pies desnudos. Con su carita seria y casi soñando aún, miraba asombrada el desorden de la habitación y entornaba los ojos, deslumbrada por la luz de los candelabros que ardían sobre los muebles. Aquello le recordaba sin duda las mañanas de Año Nuevo o de la *mi-carême*, cuando la despertaban muy temprano como ahora, a la luz de las velas, y la llevaban a la cama de su madre para recibir allí sus regalos, porque de repente empezó a decir:

—Pero ¿dónde está, mamá?

Y como todos permanecían callados, añadió:

—¡No veo mi zapatito!

Félicité la inclinaba hacia el lecho, pero ella seguía mirando a la chimenea.

—¿No se lo habrá llevado la nodriza? —preguntó.

Y al oír aquel nombre, que la retrotraía en el recuerdo a sus adulterios y calamidades, madame Bovary volvió la cabeza como si de repente el sabor de otro veneno aún más fuerte le subiese a la boca produciéndole un asco insoportable. Mientras, Félicité había dejado un instante a la niña en la cama.

—¡Oh, qué ojos tan grandes tienes, mamá! ¡Qué blanca estás! ¡Cómo sudas!...

Su madre la miraba.

—¡Tengo miedo! —dijo la pequeña, retrocediendo.

Emma le cogió la mano para besársela, pero la niña se resistía.

—¡Basta! ¡Que se la lleven! —gritó Charles, sin poder reprimir los sollozos.

Luego los síntomas remitieron un momento. Emma parecía menos agitada, y a cada palabra suya por insignificante que fuera, a cada hálito un poco más tranquilo que se escapaba de su pecho, Charles recobraba la esperanza. Por fin llegó Canivet, y Bovary se echó en sus brazos llorando.

—¡Ah, es usted! ¡Gracias, gracias por su bondad! Pero ahora está mejor, mírela...

Su colega no fue, ni mucho menos, de la misma opinión, y yendo, como él solía decir, directamente al grano, recetó un emético, a fin de practicarle un vaciado completo de estómago.

No tardó en sobrevenir un vómito de sangre. Sus labios se apretaron más y más. Tenía los miembros crispados, el cuerpo cubierto de manchas oscuras, y el pulso se le contraía como un hilo tenso, como una cuerda de arpa a punto de romperse.

Luego se puso a gritar horriblemente. Maldecía el veneno, lo injuriaba, le suplicaba que se diese prisa y rechazaba con sus brazos rígidos todo cuanto Charles, más agonizante aún que ella, se esforzaba por hacerle beber. De pie, con el pañuelo en los labios, el pobre marido permanecía más muerto que vivo, gimiendo, llorando, ahogado por los sollozos, que le sacudían de pies a cabeza. Félicité corría de un lado a otro de la habitación; Homais, inmóvil, exhalaba hondos suspiros, y monsieur Canivet, sin perder en ningún momento su aplomo, comenzaba, sin embargo, a sentirse preocupado.

—Ya está purgada, ¡qué demonio!, y desde el momento en que cesa la causa...

—Debe cesar el efecto —concluyó Homais—; ¡esto es evidente!

—¡Tiene que salvarla! —exclamaba Bovary.

Y ya se disponía Canivet a administrarle la triaca^[150], haciendo caso omiso del farmacéutico, que aventuraba aún la hipótesis de que quizá se tratara de «un paroxismo salutífero», cuando se oyó el chasquido de una fusta; todos los cristales retemblaron, y de pronto una berlina de posta, tirada por tres caballos salpicados de barro hasta las orejas, irrumpió rauda por una esquina del mercado. Era el doctor Larivière.

La aparición de un dios no hubiera causado mayor conmoción. Bovary levantó las manos, Canivet se detuvo en seco y Homais se quitó el gorro griego mucho antes de que el doctor entrara.

Pertenecía Larivière a la gran escuela quirúrgica nacida a la sombra de Bichat^[151], a aquella generación, hoy desaparecida, de médicos filósofos que, enamorados de su arte con un ardor fanático, lo ejercían con exaltación y sagacidad. Todo el mundo se echaba a temblar en el hospital cuando él montaba en cólera, y sus discípulos sentían por él tal veneración que, apenas establecidos por su cuenta, se esforzaban por imitarle en todo; de suerte que era fácil reconocerlos, cuando iban por las ciudades del entorno, por su atuendo copiado del suyo —un largo abrigo enguatado de merino y una ancha levita negra, cuyas desabrochadas bocamangas le cubrían en parte las carnosas y recias manos, unas manos muy bellas que nunca llevaban guantes, como para estar más prontas a hundirse en las miserias—. Desdeñoso en todo lo referente a cruces, títulos y academias, hospitalario, liberal, paternal con los pobres y habituado a la práctica de la virtud aun sin creer en ella, casi habría pasado por un santo si su penetrante agudeza no le hubiera hecho temible como un demonio. Su mirada, más punzante que sus bisturíes, iba derecha al fondo del alma, desarticulando cualquier mentira a través de alegatos y pudores. Y así iba por el mundo, imbuido de esa indulgente majestad que otorgan la conciencia de un gran talento, la fortuna y cuarenta años de una existencia laboriosa e irreprochable^[152].

Nada más asomar a la puerta, frunció el ceño al ver la faz cadavérica de Emma, tendida de espaldas en el lecho y con la boca abierta. Después, haciendo como que escuchaba a Canivet, se iba pasando el dedo índice por debajo de la nariz y repetía:

—Ya, ya...

E hizo un gesto lento con los hombros. Bovary estaba observándole; ambos se miraron, y aquel hombre, tan habituado a verle la cara al dolor, no pudo, sin embargo, contener una lágrima que cayó sobre la chorrera de su camisa.

Pidió a Canivet que le acompañara a la estancia contigua y Charles los siguió.

—Está muy grave, ¿verdad? ¿Y si le aplicáramos sinapismos? ¡O cualquier otra cosa, lo que sea! ¡Encuentre algo, usted que ha salvado a tanta gente!

Charles le rodeaba el cuerpo con los dos brazos y le contemplaba con gesto aterrado, suplicante, medio derrumbado sobre su pecho.

—¡Vamos, valor, hijo mío! Ya no se puede hacer nada por ella.

Y el doctor Larivière hizo ademán de salir.

—¿Se marcha usted?

—Sí, pero vuelvo en seguida.

Y salió como para dar alguna orden a su postillón, seguido de monsieur Canivet, que tampoco tenía el menor interés en ver morir a Emma entre sus manos.

El boticario se les unió en la plaza —su manera de ser hacía que se sintiese atraído como por un imán por las celebridades—, y con su obsequiosidad habitual rogó encarecidamente al doctor Larivière que le hiciera el insigne honor de almorzar en su casa.

A toda prisa mandaron a buscar pichones al *Lion d'or*, todo el surtido de chuletas que en aquel momento tuvieran disponibles en la carnicería, nata a casa de Tuvache, huevos a la de Lestiboudois, y el propio Homais ayudó personalmente a hacer los preparativos, mientras su mujer, atándose los cordones de su camisola, decía:

—Tendrá que dispensarnos, doctor, pero en estos pueblos pobres, si no se avisa la víspera...

—¡Las copas! —le susurró en voz baja su marido.

—Si estuviéramos en la ciudad, por lo menos tendríamos el recurso de las manos de cerdo rellenas.

—¡Vamos, cállate!... ¡A la mesa, doctor!

Homais, después de los primeros bocados, juzgó oportuno sacar a colación algunos detalles acerca de la catástrofe.

—El primer síntoma con que nos encontramos fue una sensación de sequedad en la faringe, seguida de unos dolores insoportables en el epigastrio, intensos vómitos, coma...

—¿Y cómo se envenenó?

—Lo ignoro, doctor, y hasta me resulta difícil adivinar dónde pudo procurarse ese ácido arsenioso.

Justin, que aparecía en aquel momento con una pila de platos, se puso a temblar.

—¿Qué te pasa? —le preguntó el boticario.

El muchacho, al oír aquella pregunta, dejó caer los platos al suelo con gran estrépito.

—¡Imbécil!, ¡zopenco!, ¡bárbaro!, ¡pedazo de animal! —exclamó Homais.

Y acto seguido, procurando dominarse, continuó:

—Traté, doctor, de hacer un análisis, y *primo*, introduje delicadamente en un tubo...

—Más le hubiera valido meterle los dedos en la garganta —dijo el cirujano.

Su colega Canivet permanecía silencioso, pues acababa de recibir un momento antes confidencialmente un fuerte rapapolvo a propósito de su emético, de suerte que aquel bueno de Canivet, tan arrogante y locuaz cuando lo del pie zopo, se mostraba ahora muy modoso, sonriendo sin cesar, como aprobando cuanto Larivière decía.

Homais no cabía en sí de gozo en su papel de anfitrión, y hasta el penoso recuerdo del duelo de Bovary contribuía vagamente a su júbilo al comparar de una manera egoísta su situación con la de Charles. Además, la presencia del doctor Larivière en su casa le tenía exultante, y en un alarde de erudición, citaba al buen tuntún las cantáridas^[153], el upas^[154], el manzanillo, la víbora.

—Y hasta he leído, doctor, que ciertas personas han llegado a intoxicarse de modo fulminante por haber ingerido embutidos demasiado ahumados. Así al menos se hace constar en un excelente informe elaborado por una de nuestras eminencias farmacéuticas, uno de nuestros maestros, el ilustre Cadet de Gassicourt^[155].

Madame Homais reapareció trayendo uno de esos vacilantes artefactos que se calientan con espíritu de vino, pues su marido tenía a gala hacer el café en la mesa, después de tostarlo, molerlo y mezclarlo personalmente.

—*Saccharum*, doctor —le dijo, ofreciéndole azúcar.

Luego mandó bajar a todos sus hijos, deseoso de conocer la opinión del cirujano acerca de la contextura de su prole.

Y ya se disponía a marcharse monsieur Larivière, cuando madame Homais le consultó sobre la salud de su marido. La sangre, según ella, se le iba espesando hasta el punto de quedarse todas las noches dormido con el último bocado.

—¡Oh! ¡No es precisamente le *sens*^[156] lo que más le perjudica!

Y, sonriendo solapadamente de aquel juego de palabras que los demás fueron incapaces de advertir, Larivière abrió la puerta. La farmacia, no obstante, se hallaba atestada de gente y le fue muy difícil quitarse de encima al señor Tuvache, el cual temía que su esposa padeciera una pleuresía debido a su inveterada costumbre de escupir en la ceniza; a monsieur Binet, que decía sufrir a veces unas hambres atroces; a madame Caron, que sentía picores por todo el cuerpo; a Lheureux, que padecía vértigos; a Lestiboudois, que tenía reuma, y a madame Lefrançois, que era propensa a la acidez. Por fin arrancaron los tres caballos, y todo el mundo coincidió en que el doctor no se había mostrado nada complaciente.

La aparición del padre Bournisien, que cruzaba en ese instante el mercado con los

santos óleos, distrajo la atención de la gente.

Homais, como correspondía a sus principios, comparó a los curas con los cuervos, siempre atraídos por el olor a muerto. Ver a un eclesiástico le resultaba particularmente desagradable, ya que la sotana le recordaba el sudario, y execraba aquella un poco por el espanto que le producía éste.

No obstante, sin retroceder ante lo que él llamaba *su misión*, volvió a casa de Bovary en compañía de Canivet, a quien monsieur Larivière, antes de marcharse, le había encargado con encarecimiento esta diligencia; e incluso, de no haber sido por la oposición de su mujer, se habría llevado consigo a sus dos hijos con el fin de habituarlos a las circunstancias penosas, y para que ello les sirviera de lección y de ejemplo, como un cuadro solemne que habría de quedárseles para siempre grabado en la memoria.

La habitación, cuando entraron en ella, se hallaba inmersa en una lúgubre solemnidad. Sobre la mesa de costura, cubierta con una toalla blanca, había cinco o seis bolitas de algodón en una bandeja de plata, junto a un gran crucifijo, entre dos candelabros encendidos. Emma, con la barbilla hundida en el pecho, abría desmesuradamente los párpados, y sus pobres manos yacían inermes sobre las sábanas con ese ademán dulce y al mismo tiempo horrible de los agonizantes, que parece como si quisieran verse ya envueltos en el sudario. Pálido como una estatua y con los ojos enrojecidos como brasas, Charles permanecía al pie de la cama, frente a ella, sin llorar, mientras que el sacerdote, apoyado en una rodilla, susurraba palabras en voz baja.

Emma volvió lentamente la cara y pareció transida de gozo al ver de pronto la estola color malva, recobrando seguramente, en medio de un insólito apaciguamiento, la perdida voluptuosidad de sus primeros arrebatos místicos mezclada con las visiones de eterna beatitud en las que ya se hallaba inmersa.

El sacerdote se incorporó para tomar el crucifijo, y ella, entonces, alargó el cuello como quien tiene sed y, posando sus labios sobre el cuerpo del Hombre Dios, depositó en él con toda su fuerza agónica el más ardoroso beso de amor que jamás diera. Acto seguido el cura recitó el *Misereatur* y el *Indulgentiam*^[157], humedeció su pulgar derecho en el óleo y comenzó las unciones: primero en los ojos, que tanto habían codiciado todas las pompas terrenas; luego en las aletas de la nariz, ávidas de tibias brisas y de amorosos aromas; después en la boca, que tantas veces se había abierto para mentir, que había gemido de orgullo y gritado a impulsos de la lujuria; a continuación en las manos, que tanto se habían deleitado al contacto de las cosas suaves, y por último en la planta de los pies, tan raudos antaño cuando corría a saciar sus deseos, y que ahora ya no volverían a andar nunca más.

El sacerdote se enjugó los dedos, echó al fuego los restos del algodón empapados en aceite, se sentó de nuevo junto a la moribunda y le pidió que uniera sus sufrimientos a los de Jesucristo y se entregara a la misericordia divina.

Acabadas sus exhortaciones, intentó ponerle en la mano un cirio bendito, símbolo

de las glorias celestiales de las que muy pronto se iba a ver rodeada. Emma, demasiado débil ya, ni siquiera pudo cerrar los dedos, y de no haber sido por monsieur Bournisien, el cirio hubiera caído al suelo.

Sin embargo, ya no estaba tan pálida y su rostro había adquirido una cierta expresión de serenidad, como si el sacramento la hubiera curado.

El sacerdote no dejó de observarlo e incluso explicó a Bovary que el Señor, a veces, prolongaba la existencia de las criaturas cuando lo consideraba conveniente para su salvación; y Charles entonces se acordó de un día en que, también próxima a morir, Emma había recibido la comunión.

«Lo mejor es no perder del todo la esperanza», pensó.

En efecto, de pronto Emma paseó la mirada a su alrededor, lentamente, como quien se despierta de un sueño; luego, con voz clara, pidió un espejo y permaneció un buen rato inclinada sobre él, hasta que empezaron a brotarle gruesos lagrimones de los ojos. Echó entonces la cabeza hacia atrás y, exhalando un suspiro, la dejó caer sobre la almohada.

En seguida su pecho empezó a jadear en un estertor acelerado. La lengua entera se le salió de la boca, y sus ojos, girando sin cesar, palidecían como dos globos de luz a punto de extinguirse, hasta el extremo de que se la hubiera creído muerta, de no haber sido por la espantosa convulsión de sus costados, sacudidos por furiosos espasmos, como si su alma estuviera dando brincos por liberarse. Félicité se arrodilló ante el crucifijo y hasta el propio boticario dobló las rodillas, en tanto que monsieur Canivet mantenía la mirada perdida en la plaza. Bournisien había reanudado sus rezos, con el rostro inclinado sobre el borde de la cama y su larga sotana negra arrastrando por el suelo tras él. Charles se hallaba al otro lado, de rodillas, con los brazos extendidos hacia Emma. Le tenía cogidas las manos y se las apretaba, estremeciéndose a cada latido de su corazón como ante las sacudidas de una ruina que inevitablemente se derrumba. A medida que los estertores de la moribunda se hacían más violentos, el eclesiástico rezaba más deprisa; sus oraciones se mezclaban con los sollozos ahogados de Bovary, y a veces todo parecía fundirse en un sordo murmullo de sílabas latinas que repicaban como el tañido fúnebre de una campana.

De repente se oyó en la acera el ruido acompasado de unos pesados zuecos unido al golpeteo de un bastón, y llegó hasta ellos una voz, una voz ronca, que cantaba:

*Souvent la chaleur d'un beau jour
Fait rêver fillette à l'amour.*

Emma se incorporó como un cadáver galvanizado, desatada la cabellera, inmóvil la pupila y boquiabierta:

Pour amasser diligemment

*Les épis que la faux moissonne,
Ma Nanette va s'inclinant
Vers le sillon qui nous le donne.*

—¡El ciego! —exclamó Emma.

Y se echó a reír con una risa atroz, frenética, desesperada, creyendo ver surgir de entre las tinieblas eternas, como un espantajo, la horrible faz del desdichado.

*Il souffla bien fort ce jour-là,
Et le jupon court s'envola^[158]!*

Y, sacudida por una nueva convulsión, Emma cayó hacia atrás y quedó exánime sobre el lecho. Se acercaron todos. Había dejado de existir.

IX

Cuando alguien muere, siempre, inevitablemente, se produce una especie de estupor debido a lo difícil que se hace comprender esta irrupción en la nada y resignarse a admitirlo como un hecho consumado. Charles, no obstante, nada más percatarse de la inmovilidad de Emma, se abalanzó sobre ella gritando:

—¡Adiós! ¡Adiós!

Homais y Canivet se lo llevaron como pudieron del cuarto.

—¡Vamos, cálmese usted!

—Sí —decía debatiéndose—, seré razonable, me comportaré como es debido. Pero ¡déjenme! ¡Quiero verla! ¡Es mi mujer!

Y lloraba desconsolado.

—Llore cuanto quiera —le dijo el boticario—, desahóguese, eso le aliviará.

Al final, Charles, con la docilidad de un niño, se dejó conducir a la sala de la planta baja, y al poco rato monsieur Homais regresó a su casa.

En la plaza le abordó el ciego, que había llegado a Yonville con la esperanza de obtener aquella pomada antiflogística y andaba por allí preguntando por el domicilio del farmacéutico a cuantos transeúntes se encontraba.

—¡Vamos, hombre! ¡Como si no tuviera ahora mismo otras cosas en qué pensar! ¡Vuelve más tarde y veremos qué se puede hacer!

Y entró precipitadamente en la farmacia.

Tenía que escribir dos cartas, preparar una poción calmante para Charles, urdir un embuste con el que ocultar lo del envenenamiento y redactarlo en forma de artículo para el *Fanal*; todo eso sin contar con que eran muchas las personas que le esperaban ansiosas de noticias. Y así, después de informar a todos los vecinos de Yonville de su versión, según la cual Emma, al hacer una crema de vainilla, había puesto, por confusión, arsénico en vez de azúcar, Homais volvió de nuevo a casa de Bovary.

Le encontró solo —monsieur Canivet acababa de irse—, sentado en un sillón, junto a la ventana, contemplando las baldosas del aposento con una mirada idiota.

—Ahora —dijo el farmacéutico— debería usted mismo fijar la hora de la ceremonia.

—¿Qué? ¿A qué ceremonia se refiere...?

Y acto seguido, con voz balbuciente y asustada, añadió:

—¡Oh, no! ¿Verdad que no se la van a llevar? Quiero que se quede aquí conmigo.

Homais, aparentando no oír, tomó un jarro de agua del aparador y se puso a regar los geranios.

—¡Ah, gracias! —dijo Charles—. ¡Qué bueno es usted!

Pero no pudo acabar la frase, agobiado bajo el aluvión de recuerdos que aquel gesto del boticario le traía a la memoria.

Comprendiendo esto, y para distraerle, Homais juzgó conveniente abordar, aunque sólo fuera de pasada, el tema de la horticultura: las plantas necesitaban humedad. Charles asintió con la cabeza.

—Y más ahora que tenemos ya el buen tiempo encima.

—Sí... —exclamó Bovary.

El boticario, no sabiendo ya qué más decir, se acercó a la ventana y descorrió suavemente los visillos.

—Mire, por ahí va monsieur Tuvache.

Charles repitió como un máquina:

—Sí, por ahí va monsieur Tuvache.

Homais no se atrevió a hablarle de nuevo de las disposiciones fúnebres; tuvo que ser el cura quien finalmente lograra convencerle de que era preciso hacerlo.

Charles se encerró en su gabinete, cogió una pluma y, tras seguir sollozando un buen rato, escribió:

Dispongo que se la entierre vestida de novia, con zapatos blancos y corona. Le dejarán el cabello suelto sobre los hombros. Será inhumada dentro de tres ataúdes, uno de roble, otro de caoba y otro de plomo. Que nadie me diga nada, tendré valor. La cubrirán con un gran paño de terciopelo verde. Ésta es mi voluntad. Cúmplase.

Tanto Homais como el cura se quedaron asombrados ante tan novelescas disposiciones, y al boticario le faltó tiempo para decirle:

—Lo del terciopelo se me antoja superfluo. Y además, el gasto...

¿Y a usted eso qué le importa? —exclamó Charles—. ¡Déjeme en paz! ¡Usted no

la quería como yo! ¡Márchese de aquí!

El cura le cogió del brazo para llevarle a dar un paseo por el huerto, y allí se puso a hablarle de la vanidad de las cosas terrenas. Dios era muy grande y misericordioso; había que someterse, por tanto, sin rechistar a sus designios, dándole incluso las gracias.

Charles prorrumpió en blasfemias.

—¡Yo detesto a ese Dios suyo! ¡Entérese!

—Todavía habita en usted el espíritu de rebeldía propio de la desesperación — suspiró el cura.

Bovary se había alejado. Caminaba a grandes zancadas, siguiendo la tapia, junto al espaldar, le rechinaban los dientes y levantaba hacia el cielo sus exasperados ojos, pero ni una sola hoja se movió.

Había empezado a caer una llovizna ligera. Charles, que iba con el pecho al aire, comenzó a tiritar y buscó refugio en la cocina.

A las seis se oyó un ruido de chatarra en la plaza: era *La Golondrina* que llegaba. Charles permaneció con la frente pegada a los cristales viendo apearse, uno tras otro, a todos los viajeros. Poco después, Félicité le extendió un colchón en el suelo, y él, echándose encima, se quedó dormido.

A pesar de sus tendencias filosóficas, monsieur Homais sentía respeto por los muertos. Por eso, sin guardar el menor rencor al pobre Charles, volvió por la noche a velar el cadáver, llevando consigo tres volúmenes y un portafolios para tomar notas.

Monsieur Bournisien ya estaba allí, y a la cabecera del lecho, que habían sacado fuera de la alcoba, ardían dos grandes cirios.

El boticario, agobiado por aquel silencio, no tardó en mostrar su conmiseración por la muerte de aquella «desventurada mujer». El cura, por su parte, le respondió que ya nada se podía hacer por ella, excepto rezar.

—Sin embargo —replicó Homais—, una de dos: o ha muerto en estado de gracia, como dice la Iglesia, en cuyo caso para nada necesita de nuestros rezos, o bien ha fallecido impenitente (tal es, me parece, el término correcto), y entonces...

Bournisien le interrumpió, replicando en un tono desabrido que eso no era óbice para no rezar.

—Pero —objetó el farmacéutico—, puesto que Dios está al tanto de todas nuestras necesidades, ¿qué falta hace la oración?

—¡Cómo! —protestó el cura—, ¡la oración! ¿Acaso no es usted cristiano?

—¡Dispense usted! —repuso el farmacéutico—. Yo admiro el cristianismo. Empezó por abolir la esclavitud, luego introdujo en el mundo una moral...

—¡No se trata ahora de eso! Todos los textos...

—¡Los textos, los textos! Lea usted la historia; demasiado sabemos que los textos los han falsificado los jesuitas.

Entró Charles y, acercándose a la cama, apartó ligeramente las cortinas.

Emma tenía la cabeza inclinada sobre el hombro derecho. La comisura de la boca,

que permanecía abierta, era un agujero negro en la parte inferior del rostro. Los dos pulgares se le hundían en la palma de las manos. Una especie de polvillo blanco le salpicaba las pestañas, y sus ojos comenzaban a diluirse en medio de una palidez viscosa cual telilla sutil tejida encima mismo de ellos por una araña. La sábana se hundía desde los senos hasta las rodillas, elevándose luego en la punta de los pies; y a Charles le parecía como si un enorme lastre formado por masas infinitas gravitara sobre ella.

El reloj de la iglesia dio las dos. Se oía el intenso murmullo del río, que fluía en las tinieblas, al pie de la terraza. Monsieur Bournisien, de vez en cuando, se sonaba ruidosamente, y Homais hacía chirriar la pluma sobre su cuaderno.

—Vamos, querido amigo —le dijo a Bovary—, retírese, ese espectáculo le desgarrará el corazón.

Charles finalmente salió, y entonces el boticario y el cura reanudaron su interrumpida discusión.

—¡Lea usted a Voltaire! —decía uno—; ¡lea a D’Holbach^[159]!, ¡lea la Enciclopedia!

—¡Lea usted las *Cartas de algunos judíos portugueses!* —decía el otro—; ¡lea la *Razón del cristianismo* del ex magistrado Nicolás!

Y se acaloraban, se ponían encendidos y hablaban los dos a la vez, sin escucharse; Bournisien se escandalizaba de semejante atrevimiento; Homais se maravillaba ante tamaña estupidez; y ya estaban a punto de llegar al insulto cuando de repente volvió a aparecer Charles. Una especie de fascinación le impulsaba a subir a cada momento la escalera y a ponerse frente a ella para verla mejor, hasta quedarse allí sumido en una contemplación que, a fuerza de profunda, ya ni siquiera resultaba dolorosa.

Se acordaba de las historias de catalepsia, de los milagros del magnetismo, y le daba por pensar que tal vez, si lo intentaba con la fuerza de su voluntad, fuera capaz de resucitarla. Hubo un momento en que incluso se inclinó hacia ella y susurró en voz baja: «¡Emma! ¡Emma!», y su aliento, exhalado con fuerza, hizo temblar la llama de los cirios contra la pared.

Al amanecer llegó la madre de Charles, y éste, al abrazarla, se deshizo de nuevo en lágrimas. La viuda trató de hacerle, como antes el farmacéutico, algunas observaciones sobre los gastos del entierro, pero Charles se encolerizó de tal modo, que la madre optó por callarse, e incluso se comprometió, a instancias de su hijo, a ir inmediatamente a la ciudad para comprar todo lo necesario.

Charles se quedó solo toda la tarde; a Berthe la habían llevado con madame Homais y Félicité estaba arriba, en el cuarto, con madame Lefrançois.

Al anochecer empezaron a acudir visitas. Charles se levantaba, daba apretones de manos sin poder articular palabra alguna, luego los recién llegados iba a sentarse junto a otros formando un gran semicírculo alrededor de la chimenea. Con la cabeza gacha y una pierna cruzada sobre la rodilla de la otra, balanceando sin cesar la estirada, lanzaban de vez en cuando hondos suspiros. Y todos se aburrían

ostensiblemente, aunque nadie se decidía a marcharse.

Cuando volvió Homais a las nueve —desde hacía cuarenta y ocho horas no se veía a nadie más que a él en la plaza—, venía cargado con una provisión considerable de alcanfor, de benjuí^[160] y de hierbas aromáticas. Traía también un recipiente lleno de cloro para neutralizar los miasmas. En aquel momento, la criada, madame Lefrançois y la madre de Charles daban vueltas en torno a la difunta, terminando de vestirla. Al final, le bajaron el largo y rígido velo, que le recubrió todo el cuerpo hasta los zapatos de raso.

Félicité sollozaba, diciendo:

—¡Pobre señora mía! ¡Pobre señora mía!

—¡Mírenla, qué guapa está aún! —decía suspirando la hostelera—. Si hasta se diría que va a levantarse de un momento a otro.

Luego se inclinaron para ponerle la corona.

Hubo que incorporarle ligeramente la cabeza, y al hacerlo le salió de la boca un borbotón de oscuros líquidos, como si fuera un vómito.

—¡Ay, Dios mío! ¡El vestido, tengan cuidado! —exclamó madame Lefrançois—. ¡Ayúdenos! —añadió luego, volviéndose hacia el farmacéutico—. ¿Acaso tiene usted miedo?

—¿Miedo yo? —replicó, encogiéndose de hombros—. ¡Estaría bueno! ¡Con la de cadáveres que vi en el hospital, cuando cursaba mis estudios! ¡Hasta hacíamos ponche en el anfiteatro de las disecciones! La nada no espanta a un filósofo. Es más, y no es la primera vez que lo digo, tengo la intención de legar mi cuerpo a los hospitales por si puede servir de algo a la ciencia.

El cura, nada más llegar, se interesó por el estado de Bovary, y al oír la respuesta del boticario, comentó:

—Es lógico, el golpe, como usted comprenderá, está todavía demasiado reciente.

Homais entonces le felicitó por no verse expuesto, como el resto de los mortales, a sufrir la pérdida de una compañera querida, lo que dio pie a una discusión sobre el celibato de los sacerdotes.

—Porque no me dirá que es natural —decía el boticario— que un hombre viva sin conocer cuerpo de mujer. Se han llegado a dar incluso crímenes...

—¡Pero caray qué ocurrencias las tuyas! —exclamó el cura—, ¿cómo quiere que un individuo casado pueda guardar debidamente el secreto de confesión?

Homais aprovechó el momento para arremeter contra la confesión. Bournisien, como es natural, la defendió, aludiendo a las rehabilitaciones que de ella se derivaban. Citó diferentes casos de ladrones que de repente se habían convertido en personas honradas. Militares hubo que bastó que se acercaran al tribunal de la penitencia, para que sintieran caérseles la venda de los ojos. Había en Friburgo un ministro...

Pero su compañero, a tales alturas, se había quedado dormido. Luego, como se ahogaba un poco en aquella atmósfera tan sofocante de la habitación, abrió la ventana

y entonces el boticario se despertó.

—Tome un poquito de rapé —le dijo—. Verá cómo eso le despabila.

En algún lugar, a lo lejos, se oían incesantes ladridos.

—¿Oye usted aullar a ese perro? —preguntó el farmacéutico.

—Hay quien dice que olfatean a los muertos —repuso el sacerdote—. Algo parecido ocurre con las abejas: en cuanto alguien fallece, escapan de la colmena.

Homais no objetó nada a semejante prejuicio por la sencilla razón de que se había vuelto a dormir.

Monsieur Bournisien, gracias a su mayor aguante, prosiguió durante algún tiempo musitando algo entre dientes, hasta que, insensiblemente, inclinó la barbilla, dejó caer su grueso breviario negro y se puso a roncar.

Se hallaban el uno frente al otro, con sus prominentes barrigas, sus caras abotargadas y enfurruñado el gesto, avenidos al fin, después de tantos desacuerdos, en idéntica flaqueza humana, tan inmóviles como el cadáver de Emma, que parecía dormir al mismo tiempo que ellos.

Charles, al entrar, no los despertó. Venía a decirle su adiós definitivo a la difunta.

Todavía humeaban las hierbas aromáticas y los remolinos de vapor azulado se confundían, en el borde de la ventana, con la neblina que se infiltraba de fuera. Había algunas estrellas y la noche era apacible.

La cera de los cirios caía en gruesos goterones sobre las sábanas de la cama. Charles los miraba arder y sus ojos se fatigaban con el resplandor de la amarillenta llama.

Sobre el raso del vestido, blanco como el claro de luna, reverberaba la luz. Emma parecía como sepultada debajo, y Charles, por un instante, tuvo la sensación de que, esparciéndose fuera de sí misma, empezaba a disgregarse en las cosas que la rodeaban, en el silencio, en la noche, en el viento que pasaba, en los olores húmedos que ascendían.

Luego, de repente, la veía en el jardín de Tostes, sentada en el banco, junto al seto de espinos, o en Rouen, por las calles, en el umbral de su casa, en el patio de Les Bertaux, y le parecía seguir oyendo la risa de los muchachos jubilosos que bailaban bajo los manzanos; la habitación estaba impregnada del perfume de su cabellera y su vestido trepidaba entre sus brazos con suave chisporroteo. ¡Y ese mismo vestido era precisamente el que ella llevaba puesto ahora!

Se pasó largo rato reviviendo de ese modo el recuerdo de todas las aventuras desvanecidas, sus actitudes, sus gestos, el timbre de su voz. Los instantes de desesperación se sucedían sin cesar, como las desbordadas olas de una fuerte marea.

Sintió una terrible curiosidad: lentamente, con la punta de los dedos, palpitando, le levantó el velo..., pero inmediatamente profirió un grito de horror que despertó a los dos que dormían, y de nuevo tuvieron que bajarle a rastras a la sala.

Poco después subió Félicité y les dijo que el señor deseaba un mechón de cabellos de la difunta.

—¡Pues córteselo! —repuso el boticario.

Y como la joven no se atrevía, él mismo se adelantó hacia el lecho mortuario con las tijeras en la mano. Temblaba tanto que le hizo algunos rasguños en las sienes. Por fin, sobreponiéndose a su emoción, Homais dio dos o tres tijeretazos al azar, dejando otros tantos claros blancos en aquella hermosa cabellera negra.

El boticario y el cura tornaron a sus respectivas ocupaciones, no sin dar una cabezada de vez en cuando, de lo que se acusaban recíprocamente a cada nuevo despertar. Entonces Bournisien rociaba la habitación con agua bendita y Homais echaba por el suelo un poco de cloro.

Félicité había tenido la precaución de poner para ellos, encima de la cómoda, una botella de aguardiente, un queso y un gran bizcocho. Serían las cuatro de la mañana cuando el boticario, incapaz de aguantar más, dijo suspirando:

—¡La verdad es que no me vendría nada mal tomar algo!

El sacerdote no se hizo de rogar; se fue a decir misa y a la vuelta comieron y bebieron bromeando un poco, sin saber por qué, excitados probablemente por ese vago alborozo que nos invade después de una larga sesión de tristeza. El cura, al apurar la última copa, le dijo a Homais, dándole unos golpecitos en el hombro:

—¡Usted y yo acabaremos por entendernos!

Abajo, en el vestíbulo, se encontraron con los carpinteros, que llegaban en aquel momento. Charles entonces tuvo que soportar durante dos larguísimas horas el suplicio de los martillazos resonando sobre las tablas. Luego la depositaron en su ataúd de roble y éste, a su vez, lo embutieron en los otros dos; pero, como el féretro era demasiado holgado, hubo que rellenar los intersticios con la lana de un colchón. Por último, una vez cepilladas, clavadas y soldadas las tres tapas, la expusieron ante la puerta, abrieron ésta de par en par y empezó el desfile de los vecinos de Yonville.

Llegó el padre de Emma, y nada más vislumbrar el paño negro, se desvaneció en medio de la plaza.

X

Monsieur Rouault había tardado treinta y seis horas en recibir la carta que le había escrito el farmacéutico notificándole lo sucedido, pero ésta, para no herir su sensibilidad, estaba redactada en términos tan cautelosos que era imposible saber a qué atenerse.

En un principio, el pobre hombre cayó como fulminado por la apoplejía. Luego

creyó comprender que su hija no estaba muerta, pero que podía estarlo... Hasta que finalmente se puso el blusón, se caló el sombrero, ciñó unas espuelas a sus botas y partió a galope tendido hacia Yonville, jadeando y devorado por la angustia durante todo el trayecto. Hubo un instante en que incluso se vio obligado a detenerse. No veía ya, oía voces extrañas a su alrededor y tenía la sensación de que estaba a punto de enloquecer.

Apuntaba ya el día, cuando vio tres gallinas negras durmiendo en un árbol y se estremeció, espantado por aquel presagio funesto. Le prometió entonces a la Santísima Virgen tres casullas para la iglesia y que iría descalzo desde el cementerio de Les Bertaux hasta la capilla de Vassonville.

Entró en la posada de Maromme dando gritos desaforados para que saliera alguien, derribó de un empujón la puerta, se abalanzó sobre el saco de avena, vertió una botella de sidra dulce en el pesebre y volvió a montar en su jaco, que partió de nuevo arrancando chispas del camino con sus cuatro herraduras.

Se decía a sí mismo que sin duda la salvarían; los médicos encontrarían algún remedio, estaba seguro. Recordó todas las curaciones milagrosas de las que había oído hablar.

Luego se le aparecía muerta. Estaba allí, ante él, boca arriba, justo en medio del camino. Tiraba entonces de las riendas y la alucinación se esfumaba.

En Quincampoix, para darse ánimo, se bebió tres cafés, uno detrás de otro.

En un determinado momento pensó que tal vez se hubieran equivocado de nombre al escribirle. Buscó en su bolsillo la carta, la palpó, pero no se atrevió a abrirla.

Incluso llegó a suponer que pudiera tratarse de una broma pesada, de una especie de venganza de alguien, de la humorada de algún tarambana. Además, si su hija hubiera muerto, ¿acaso no se intuiría? ¡Pero no!, en el campo no se apreciaba nada de extraordinario: el cielo estaba azul, los árboles se mecían al viento y en ese instante pasaba un rebaño de ovejas. Divisó el pueblo; le vieron galopar hacia allí muy deprisa, totalmente inclinado sobre su cabalgadura, espoleándola con todas sus fuerzas y con las cinchas goteando sangre.

Cuando recobró el conocimiento, cayó sollozando en brazos de Charles.

—¡Hija mía! ¡Emma, niña mía! Explíqueme cómo ha ocurrido.

Y el otro, también entre sollozos, le respondió:

—¡No lo sé, no sé qué decirle! ¡Es una maldición!

El boticario acudió a separarlos.

—Esos horribles detalles están de más —dijo—. Ya le informaré yo de todo al señor. Pero ahora repórtense; comienza a llegar gente. ¡Un poco de dignidad, caramba! ¡Resignación, señores!

El pobre de Charles quiso aparentar fortaleza y repitió varias veces:

—Sí..., tengamos ánimo.

—¡De acuerdo! —exclamó el buen hombre—, lo tendré, ¡rayo de Dios! ¡La

acompañaré hasta el fin!

Comenzaron a doblar las campanas. Todo se hallaba ya dispuesto y no había más remedio que ponerse en marcha.

Suegro y yerno, sentados en un sitial del coro, uno junto al otro, vieron desfilar varias veces ante sí a los tres chantres salmodiando. El serpentón^[161] resoplaba a todo gas. El padre Bournisien, revestido de pontifical, cantaba con voz aguda, se inclinaba ante el sagrario, elevaba las manos, extendía los brazos. Lestiboudois iba y venía por toda la iglesia con su varilla de ballena. Junto al facistol reposaba el ataúd entre cuatro hileras de cirios. Charles estaba tentado de levantarse e ir a apagarlos.

Trataba no obstante de dejarse invadir por la devoción, de acariciar la esperanza de una vida futura en la que pudiera volver a encontrarse con ella. Imaginaba también que Emma se había ido de viaje, muy lejos, hacía mucho tiempo. Pero cuando pensaba que yacía allí, dentro de aquel ataúd, que todo había concluido y que iban a devolverla a la tierra, se sentía presa de una rabia feroz, negra, desesperada. A veces tenía la impresión de ser ya insensible al dolor, y saboreaba esta atenuación de su angustia, al tiempo que se acusaba de ser un miserable.

De pronto se oyó el seco y acompasado golpear de un palo con contera de hierro sobre las losas. El ruido provenía del fondo y cesó súbitamente en una de las naves laterales de la iglesia. Un hombre vestido con una tosca chaqueta parda se arrodilló penosamente. Era Hippolyte, el mozo del *Lion d'or*, que se había puesto su pierna nueva.

Uno de los chantres recorrió la nave haciendo la colecta, y las monedas, al caer, se oían resonar en la bandeja de plata.

—¡Dense prisa, por favor! ¡No puedo seguir soportando todo esto! —exclamó Charles, a la vez que echaba, encolerizado, una moneda de cinco francos.

El eclesiástico de la bandeja le dio las gracias con una larga reverencia.

Cantaban, se arrodillaban, se volvían a levantar... ¡Aquello no terminaba nunca! Charles recordó que una vez, recién casados, Emma y él habían oído misa juntos, y se habían colocado en la otra parte, a la derecha, junto al muro. La campana comenzó a doblar de nuevo. Se produjo un barullo de sillas. Los encargados de llevar el féretro introdujeron las tres andas por debajo y salieron todos de la iglesia.

En esto apareció Justin en el umbral de la farmacia, pero no tardó en buscar refugio de nuevo en el establecimiento, pálido a más no poder y tambaleándose.

La gente se asomaba a las ventanas para ver pasar el entierro. Charles, al frente de la comitiva, avanzaba muy erguido, afectando cierta serenidad y saludando con un gesto a los que, según iban pasando por puertas y callejuelas, se incorporaban al cortejo.

Los seis hombres que llevaban el féretro —tres a cada lado— marchaban pasito a paso y jadeando un poco. Los sacerdotes, los chantres y los dos monaguillos recitaban el *De profundis*^[162], y sus voces se perdían por el campo, subiendo y bajando según la intensidad de sus inflexiones. A veces desaparecían en los recodos

del sendero, pero la gran cruz de plata se mantenía siempre erguida sobresaliendo por entre los árboles.

Les seguían las mujeres, envueltas en negros mantos y con la capucha bajada; cada una de ellas llevaba en la mano su respectivo cirio encendido, y Charles se sentía desfallecer ante aquella incesante sucesión de rezos y de velas, bajo aquellas sofocantes vaharadas de cera quemada y de sotanas. Soplaba una brisa fresca; verdeaban las colzas y el centeno, y las gotas de rocío se estremecían en los espinosos setos que bordeaban el camino. Del horizonte provenían rumores de toda índole: el traqueteo lejano de una carreta rodando por los relejes del camino, el insistente cacareo de un gallo o la galopada de un potro que se veía trotar bajo los manzanos. El cielo aparecía salpicado de sonrosadas nubes; ligeras volutas de humo fluctuaban sobre las chozas cubiertas de lirios. Charles, al pasar por ellas, iba reconociendo cada uno de los corrales, y recordaba otras mañanas como ésta en que, después de visitar a algún enfermo, salía de alguna de esas casas y volvía a su hogar con Emma.

El negro paño, sembrado de lentejuelas blancas, se levantaba de vez en cuando, dejando parcialmente al descubierto el ataúd. Los que portaban las andas acortaban cada vez más el paso y el féretro parecía cabecear como una chalupa a merced de las olas.

Por fin llegaron al cementerio.

Los portadores prosiguieron hasta el fondo, deteniéndose en un espacio determinado del césped, donde habían abierto una fosa.

Todos los presentes formaron círculo en torno a ella, y mientras el sacerdote formulaba sus últimos rezos, la tierra rojiza, amontonada sobre los bordes, caía por las esquinas, sin ruido, incesantemente.

Luego, dispuestas ya las cuerdas, colocaron encima el ataúd. Charles lo vio descender y descender, lentamente.

Por fin se oyó el golpe seco contra la tierra; las cuerdas, chirriando, volvieron a subir. Entonces el padre Bournisien cogió con la mano izquierda la pala que le tendía Lestiboudois, y al tiempo que con la derecha asperjaba el agua bendita, arrojó vigorosamente una gran paletada de tierra dentro de la sepultura. La madera del féretro, con el impacto de los guijarros, produjo ese ruido escalofriante que no parece sino el retumbo de la eternidad.

El sacerdote le pasó el hisopo a su vecino más inmediato, que era precisamente Homais. Éste lo sacudió gravemente y acto seguido se lo ofreció a Charles, que se hundió hasta las rodillas en la tierra y empezó a echarla a puñados mientras exclamaba: «¡Adiós! ¡Adiós!», y le enviaba besos y se arrastraba hacia la fosa como pretendiendo sepultarse con ella.

Se lo llevaron y no tardó en calmarse, sintiendo quizá, como todos los demás, algo así como un vago alivio de que todo aquello hubiera concluido por fin.

Cuando volvían, monsieur Rouault se puso tranquilamente a fumar una pipa, gesto que Homais, en su fuero interno, juzgó poco oportuno. También observó que

Binet se había abstenido de comparecer, que Tuvache «se había escabullido» en cuanto acabó la misa, y que Théodore, el criado del notario, iba de azul, «como si fuera tan difícil encontrar un traje negro, como mandan los cánones, ¡qué demonio!». Y para dar a conocer sus observaciones, iba de un grupo a otro comentándolas. Todos deploraban la muerte de Emma, y especialmente Lheureux, que no había faltado al entierro.

—¡Pobre señora! ¡Qué pena para su marido!

El boticario se explayaba:

—Sepan ustedes que, de no ser por mí, monsieur Bovary posiblemente hubiera cometido algún disparate.

—¡Una persona tan buena! ¡Y pensar que el sábado pasado, sin ir más lejos, la vi en mi establecimiento!

—Ni siquiera he tenido tiempo —dijo Homais— de preparar unas cuantas palabras para pronunciarlas, como hubiera sido mi deseo, sobre su tumba.

Una vez en casa, Charles se cambió de ropa y su suegro volvió a ponerse el blusón azul. Era nuevo, pero como durante el camino se había enjugado varias veces los ojos con las mangas, el tejido se había desteñido, ensuciándole el rostro, y las huellas de las lágrimas habían formado surcos en la capa de polvo que lo cubría.

También se hallaba con ellos la madre de Charles, y los tres permanecían callados, hasta que al fin el pobre hombre suspiró:

—Se acordará usted, hijo mío, de cuando fui a Tostes aquella vez; su pobre difunta acababa de expirar. Entonces yo aún pude consolarle y encontrar algo que decir; pero ahora...

Y añadió, con un hondo sollozo que le sacudió todo el pecho:

—¡Ah!, esto es el fin para mí. ¡Ya ve usted! He visto morir a mi mujer..., después a mi hijo..., y ahora a mi pobre hija.

Manifestó su deseo de regresar en seguida a Les Bertaux, porque estaba seguro de que le sería imposible pegar ojo en aquella casa. Hasta rehusó ver a su nieta.

—¡No, no! Me causaría una enorme pena. Dele muchos besos de mi parte. ¡Adiós! ¡Es usted un excelente muchacho! Además, jamás me olvidaré de esto —dijo, golpeándose el muslo—; no se preocupe, seguirá recibiendo puntualmente su pavo, como todos los años.

Pero cuando llegó a lo alto de la cuesta, volvió la mirada, como hiciera antaño en el camino de Saint-Victor, al separarse de ella. Las ventanas del pueblo resplandecían bajo los sesgados rayos del sol, que en aquel momento se ocultaba en la pradera. Se puso la mano sobre los ojos y vislumbró en el horizonte un cercado de tapias del que emergían, acá y allá, grupos de árboles que ponían oscuras manchas entre las piedras blancas, tras lo cual reemprendió su camino, a trote corto, puesto que su jaco cojeaba.

Charles y su madre, a pesar del cansancio, se quedaron hasta altas horas de la noche evocando los días de antaño y haciendo planes para el porvenir. La viuda se vendría a vivir a Yonville, se haría cargo de la casa y ya no se separarían nunca. Se

mostró hábil y cariñosa, regocijándose en su fuero interno de recuperar un afecto que durante tantos años le habían sustraído. Dieron las doce. El pueblo, como de costumbre, permanecía silencioso, y Charles, incapaz de conciliar el sueño, seguía pensando en ella.

Rodolphe, que para distraerse se había pasado todo el día cazando por el bosque, dormía apaciblemente en su mansión; y Léon, allá en la ciudad, dormía del mismo modo.

Pero a aquellas horas, además de Charles, había otra persona que estaba en vela.

Junto a la tumba de Emma, entre los abetos, un muchacho lloraba de rodillas, y su pecho, sacudido por los sollozos, jadeaba en la oscuridad bajo el agobio de un inmenso pesar, más dulce que la luna y más insondable que la misma noche. La verja rechinó de pronto. Era Lestiboudois; venía a recoger el azadón que se había dejado olvidado poco antes. Reconoció a Justin en el momento en que escalaba la tapia, y supo entonces a qué atenerse con respecto al merodeador que le robaba las patatas.

XI

Al día siguiente Charles mandó que le trajeran a la pequeña Berthe. La niña preguntó por su madre. Le respondieron que estaba de viaje y que le traería juguetes. Volvió a preguntar por ella varias veces más, pero con el tiempo la fue olvidando. La alegría de la criatura afligía a Bovary, que para colmo se veía obligado a aguantar los insoportables consuelos del farmacéutico.

Muy pronto tuvo que hacer frente de nuevo a los problemas de dinero. Monsieur Lheureux volvió a presionar a su amigo Vinçart, y Charles se empeñó hasta límites insospechados, ya que en ningún momento consintió que se vendiera el más insignificante de los objetos que hubiera pertenecido a *ella*. Semejante terquedad exasperó a su madre. Pero él, que ya no era el mismo de antes, se indignó aún más, y al final madame Bovary madre no tuvo más remedio que abandonar definitivamente la casa.

Entonces todos quisieron aprovecharse. Mademoiselle Lempereur reclamó seis meses de lecciones, aunque Emma no había recibido ni una sola (a pesar de aquella factura pagada que había enseñado a Charles y que había conseguido gracias a un acuerdo con ella). El que le prestaba los libros le exigió tres años de suscripción; madame Rolet, la remuneración correspondiente a la veintena de cartas que había llevado, y comoquiera que Charles le pidió explicaciones, ella tuvo la delicadeza de

responder:

—¡Ah, yo no sé nada! Cosas tuyas, supongo.

Cada vez que saldaba una deuda, creía que sería la última, pero continuamente surgían otras nuevas.

Reclamó a algunos de sus pacientes el pago de las visitas atrasadas, pero éstos le enseñaron las cartas que su mujer les había enviado tiempo atrás, y no tuvo más remedio que pedir excusas.

Félicité llevaba ahora los vestidos de la señora, aunque no todos, pues Charles había guardado celosamente algunos y muchas veces se encerraba en el tocador y se deleitaba contemplándolos. La sirvienta tenía aproximadamente la talla de Emma; de ahí que muchas veces Charles, al verla de espaldas, exclamara fascinado:

—¡Oh! ¡Quédate, quédate como estás un momento!

Pero por Pentecostés, Félicité desapareció de Yonville en compañía de Théodore, no sin antes expoliar todo lo que quedaba del guardarropa de Emma.

Fue por entonces cuando la viuda de Dupuis tuvo el honor de participarle «el casamiento de su hijo Léon Dupuis, notario de Yvetot, con mademoiselle Léocadie Leboeuf, de Bondeville». Charles, al felicitarlo, escribió, entre otras, esta frase:

«¡Cuánto se hubiera alegrado mi pobre mujer!».

Un día que andaba deambulando sin rumbo por la casa, Charles subió al desván y de pronto notó bajo su pantufla una bolita de papel fino. La desplegó y leyó: «Ánimo, Emma, ánimo. No estoy dispuesto a ser el causante de tu desgracia». Era la carta de Rodolphe, que había caído al suelo entre unas cajas y que el viento que entraba por la claraboya acababa de arrastrar hacia la puerta. Charles se quedó inmóvil y boquiabierto justo en el mismo lugar en que antaño Emma, desesperada y aún más pálida que él, había querido ya morir una vez. Por último, al pie de la segunda página descubrió una R pequeña. ¿A quién correspondería aquella inicial? Recordó entonces las asiduidades de Rodolphe, su repentina desaparición y su forzado ademán cuando, posteriormente, se lo encontró en dos o tres ocasiones. Sin embargo, el tono respetuoso de la carta le permitió seguir haciéndose ilusiones.

«Se debieron amar platónicamente», se dijo.

De todos modos, Charles no era de los que acostumbran a llegar al fondo de las cosas. Hizo caso omiso de las pruebas y sus incipientes celos se diluyeron en la inmensidad de su pesar.

Era natural que la adorase, pensaba. Seguro que todos los hombres la habían deseado. Y le pareció por eso aún más bella, concibiendo así un furioso y permanente deseo que inflamaba su desesperación, un deseo que no tenía ya límites por cuanto que era absolutamente irrealizable.

Para agradarla, como si Emma viviera aún, adoptó sus predilecciones, sus ideas; se compró unas botas de charol, empezó a usar corbatas blancas, se untaba el bigote con cosméticos, y hasta suscribió como ella un pagaré detrás de otro. Emma le corrompía desde su tumba.

Se vio obligado a vender pieza por pieza toda la vajilla de plata y luego los muebles del salón. Todos los aposentos se fueron quedando desmantelados, salvo el de Emma, que permanecía intacto, igual que siempre. Después de cenar, Charles subía allí, empujaba la mesa redonda junto al fuego, acercaba su butaca y se sentaba enfrente. En uno de los candelabros dorados ardía una vela. Berthe, allí mismo junto a su padre, se entretenía coloreando grabados.

El pobre hombre sufría lo indecible viendo a su hija tan mal vestida con sus borceguíes sin cordones y con sus blusitas rotas de la sisa a las caderas, pues la nueva criada apenas si se ocupaba de ella. Pero la niña era tan cariñosa, tan gentil, y ladeaba su cabecita con tanta gracia dejando caer su hermosa y rubia cabellera sobre sus sonrojadas mejillas, que con sólo verla se sentía invadido por un infinito deleite, un placer con un íntimo regusto de amargura, como esos vinos mal elaborados que saben a resina. Charles le arreglaba los juguetes, le fabricaba muñecos de cartón o bien le recosía el vientre desgarrado de sus muñecas de trapo. Y si sus ojos se tropezaban con el costurero de Emma, con una cinta tirada por el suelo o incluso con un alfiler olvidado en una ranura de la mesa, se quedaba como ensimismado y ponía una cara tan triste, que acababa por contagiar a la criatura.

Ahora ya nadie venía a visitarlos; Justin había huido a Rouen, donde trabajaba como dependiente en una tienda de comestibles, y los hijos del boticario se relacionaban cada vez menos con la pequeña, ya que monsieur Homais, en vista de la diferencia de sus respectivas posiciones sociales, no tenía interés alguno en prolongar aquella amistad.

El ciego, a quien Homais no había podido curar con su pomada, se había vuelto a la colina del Bois-Guillaume y se vengaba contando a los viajeros la vana tentativa del boticario, a tal punto que éste, cuando iba a la ciudad, se ocultaba detrás de las cortinillas de *La Golondrina* para evitar que le viese. Le detestaba, y como, en interés de su propia reputación, quería quitárselo de encima a toda costa, tomó una serie de medidas sibilinas contra él, que ponían plenamente de manifiesto lo tortuoso de su inteligencia y la perfidia de su vanidad. Durante seis meses seguidos pudieron leerse en el *Fanal de Rouen* sueltos que más o menos decían así:

«Todos los viajeros que se dirigen hacia las fértiles comarcas de la Picardie habrán podido ver sin duda, en la colina del BoisGuillaume, a un miserable afectado de una horrible llaga facial. Importuna, acosa y hasta hace pagar una verdadera gabela a los viajeros. ¿Acaso vivimos aún en aquellos monstruosos tiempos de la Edad Media en que se permitía a los vagabundos exhibir en las plazas públicas la lepra y las escrófulas que habían traído de las cruzadas?».

O bien:

«A pesar de las leyes contra el vagabundeo, los alrededores de nuestras grandes ciudades continúan infestados de bandas de pordioseros. Los hay que circulan aisladamente, pero acaso no sean éstos los menos peligrosos. ¿En qué piensan nuestros ediles?».

Otras veces Homais urdía patrañas:

«Ayer, en la colina del Bois-Guillaume, un caballo espantadizo...».

Y tras esto proseguía el relato de un accidente ocasionado por la presencia del ciego.

Insistió tanto y tan habilidosamente Homais, que acabaron por meter en la cárcel al mendigo. No tardó éste, sin embargo, en recobrar la libertad y en volver de nuevo a sus andanzas, por lo que Homais reanudó sus ataques. Aquello se convirtió en una encarnizada lucha de la que finalmente salió victorioso el boticario, ya que su enemigo fue condenado a reclusión perpetua en un hospicio.

Aquel éxito le enardeció, y desde entonces no hubo perro despanzurrado, granero incendiado o mujer apaleada en el distrito, de los que Homais no diera puntualmente parte al público, guiado siempre por su amor al progreso y por su odio a los curas. Establecía comparaciones entre las escuelas primarias y los «hermanos ignorantinos^[163]», en detrimento de estos últimos; sacaba a colación la Saint-Barthélemy^[164], a propósito de una asignación de cien francos concedida a la iglesia: denunciaba abusos y zahería con sus *boutades*. Tal era la palabra que él solía utilizar. Homais realizaba una labor de zapa e iba resultando un individuo peligroso.

Se ahogaba, sin embargo, en los angostos lindes del periodismo, y pronto sintió necesidad de recurrir al libro, ¡la obra! Redactó entonces una *Estadística general del distrito de Yonville, seguida de algunas observaciones climatológicas*, y la estadística le llevó a la filosofía. Se preocupó cada vez más de las cuestiones palpitantes: el problema social, la instrucción de las clases humildes, la piscicultura, el caucho, los ferrocarriles, etc. Llegó incluso a avergonzarse de ser un burgués. Empezó a darse aires de artista, le dio por fumar y se compró dos estatuillas muy *chic* de estilo Pompadour para decorar su salón.

No por eso desatendía la farmacia, ¡al contrario!, se mantenía al corriente de los descubrimientos. Seguía, por ejemplo, el proceso evolutivo de la elaboración del chocolate, siendo el primero en introducir en el departamento del Sena Inferior el *cho-ca* y la *revalentia*^[165]. Se entusiasmó con las cadenas hidroeléctricas Pulvermacher; él mismo llevaba una, y por las noches, al quitarse el chaleco de franela, madame Homais se quedaba boquiabierta al contemplar aquella espiral dorada bajo la cual desaparecía su marido, y sentía incrementarse su pasión por aquel hombre más tieso que un escita^[166] y deslumbrante como un mago.

Se le ocurrieron también grandes ideas con respecto a la tumba de Emma. En un principio propuso una columna truncada cubierta con unos ropajes, después una pirámide, más tarde un templo de Vesta, una especie de rotonda..., o bien «un conjunto de ruinas». Y en todos sus proyectos jamás prescindía del sauce llorón, que consideraba como obligado símbolo de tristeza.

Charles y él, acompañados por un pintor —un tal Vaufray lard^[167]— amigo de Bridoux, que se pasó todo el tiempo contando chascarrillos, hicieron juntos un viaje a Rouen para ver monumentos funerarios en el taller de un marmolista. Por fin, después

de examinar un centenar de diseños, pedir un presupuesto y hacer un segundo viaje a la ciudad, Charles se decidió por un mausoleo que debía llevar en sus dos frentes principales «un genio sosteniendo una antorcha apagada en la mano».

En cuanto a la inscripción, para Homais nada tan hermoso como *Sta viator*^[168], pero de ahí no pasaba. Se devanaba los sesos, pero no encontraba nada mejor y repetía sin cesar: *Sta viator...* Hasta que por fin se le ocurrió otra leyenda: *Amabilem conjugem calcas*^[169]!, que fue la que a la postre adoptaron.

Lo extraño era que Bovary, aunque pensaba continuamente en Emma, sentía que la iba olvidando, desesperándose al darse cuenta de que, a pesar de los esfuerzos que hacía para retenerla, se le escapaba inexorablemente aquella imagen de la memoria. Todas las noches, sin embargo, soñaba con ella, y el sueño siempre era el mismo: se acercaba a ella, pero cuando se disponía a estrecharla, se le caía al suelo convertida en un montón de podredumbre.

Durante una semana entera le vieron entrar en la iglesia todas las tardes. El padre Bournisien incluso le hizo dos o tres visitas, pero luego las interrumpió. Por lo demás, el buen clérigo se volvía cada vez más intolerante, más fanático —así al menos lo aseguraba Homais—; lanzaba constantemente anatemas contra el espíritu del siglo y no pasaban quince días sin que sacara a relucir, en su sermón, la agonía de Voltaire, que, como es bien sabido, murió devorando sus propios excrementos.

A pesar de lo modestamente que vivía, Charles estaba lejos de poder amortizar sus antiguas deudas. Lheureux se negó en redondo a renovar ni un pagaré más, y el embargo se hizo inminente. Tuvo que recurrir de nuevo a su madre, que consintió en que hipotecaran sus bienes, recriminando de pasada duramente a Emma y pidiendo, en correspondencia a su sacrificio, un chal que había escapado a la rapacidad de Félicité. El hijo se lo negó y riñeron de nuevo.

La madre fue la primera en intentar la reconciliación, proponiéndole llevarse consigo a la pequeña, que de ese modo le ayudaría en los trabajos caseros. Charles aceptó, pero llegado el momento de la partida no se sintió con fuerzas para separarse de su hijita. Aquello significó la completa y definitiva ruptura entre madre e hijo.

A medida que le iban fallando sus afectos, Charles se aferraba cada vez más estrechamente al cariño de Berthe. La niña, no obstante, también era para él un continuo motivo de inquietud, pues tosía con cierta frecuencia y tenía unas plaquitas rojas en los pómulos.

Frente a él, floreciente y exultante, vivía en plena pujanza la familia Homais, para quien todo eran satisfacciones. Napoleón le ayudaba ahora en el laboratorio; Athalie le bordaba los gorros; Irma recortaba redondeles de papel para tapar los tarros de mermeladas, y Franklin recitaba de un tirón la tabla de Pitágoras. El boticario tenía, pues, motivos para sentirse el más dichoso de los padres, el más afortunado de los mortales.

Sin embargo no era así; una sorda ambición le reconcomía: Homais anhelaba la cruz^[170]. Méritos para optar a ella no le faltaban:

Primero, haberse distinguido, cuando el cólera, por su abnegación sin límites. Segundo, haber publicado y a mi costa diferentes obras de utilidad pública, tales como... (y aquí incluía esa memoria suya que llevaba por título *De la sidra, de su fabricación y de sus efectos*, algunas observaciones sobre el pulgón lanífero, enviadas a la Academia, su volumen de estadística y hasta su tesis universitaria). Todo eso sin contar con que soy miembro de diversas sociedades científicas (aunque lo cierto es que tan sólo lo era de una).

—En fin —exclamaba con una de sus típicas piruetas—, ¡aun cuando sólo fuera por mis notables actuaciones en los incendios^[171]!

Homais, en vista de esto, se fue inclinando hacia el Poder. Prestó secretamente grandes favores al señor prefecto durante las elecciones. En una palabra, que acabó vendiéndose y prostituyéndose. Llegó en su atrevimiento a dirigir al soberano una instancia en la que le suplicaba que *se le hiciera justicia*, llamándole *nuestro buen rey* y comparándole con Enrique IV.

Y todas las mañanas se precipitaba sobre el periódico con la esperanza de hallar su nombramiento, pero jamás venía. Por último, incapaz de aguantar más tiempo, mandó dibujar en el césped del jardín la cruz honorífica, con dos pequeños rodetes de hierba que arrancaban de la parte superior para imitar la cinta. Y se paseaba a su alrededor con los brazos cruzados, meditando sobre la ineptitud del gobierno y la ingratitud de los hombres.

Por respeto, o por una especie de placer sensual que le inducía a proceder con lentitud en sus pesquisas, Charles no había abierto aún el compartimento secreto del escritorio de palisandro en el que Emma acostumbraba a guardar sus cosas. Hasta que por fin un día se sentó ante él, hizo girar la llave y empujó el resorte. Todas las cartas de León estaban allí. ¡Ya no había duda esta vez! Devoró hasta la última, hurgó por todos los rincones, en todos los muebles, por todos los cajones, en las paredes, sollozando, rugiendo, desesperado, fuera de sí. Descubrió una caja y la desfondó de un puntapié. El retrato de Rodolphe le saltó a la cara entre numerosas misivas de amor desordenadas.

Su abatimiento empezó a extrañar a todo el mundo. Ya no salía ni recibía a nadie, negándose incluso a visitar a sus enfermos. Entonces corrió el rumor de que se encerraba para beber.

A veces, no obstante, algún curioso se encaramaba sobre la cerca del jardín y no podía menos de asombrarse al ver a aquel hombre de larga barba, sórdidamente vestido y de gesto huraño que se paseaba llorando ruidosamente^[172].

Por las tardes, en verano, cogía a Berthe y se la llevaba con él al cementerio. Volvían bien entrada la noche, cuando no quedaba más luz en la plaza que la de la buhardilla de Binet.

La voluptuosidad de su dolor no era, sin embargo, completa, al no tener junto a él a nadie con quien compartirla; y con la esperanza de poder hablar de *ella*, iba a visitar de cuando en cuando a madame Lefrançois, pero la hostelera no le prestaba

demasiada atención, ya que ella también tenía sus propios quebraderos de cabeza: Lheureux acababa de fundar *Les Favorites du commerce*, e Hivert, que gozaba de una excelente reputación en su oficio de recadero, exigía un aumento de salario y amenazaba con pasarse «a la competencia».

Un día, Charles acudió a la feria de Argueil para vender su caballo —era su último recurso— y allí se encontró con Rodolphe.

Ambos palidieron al verse. Rodolphe, que se había limitado a enviar su tarjeta a modo de pésame, tan sólo fue capaz de balbucir algunas excusas al principio, pero luego se fue envalentonando y llevó su aplomo —sucedió esto en agosto y hacía mucho calor— al extremo de invitarle a tomar una botella de cerveza en la taberna.

Acodado frente al médico, Rodolphe mordisqueaba su puro sin dejar de hablar, en tanto que Charles se perdía en ensoñaciones ante aquel rostro que ella había amado. Mirándolo se le antojaba descubrir en él algo de Emma. Era algo realmente fascinante. Hubiera querido ser aquel hombre.

El otro seguía hablando de agricultura, de ganado, de abonos, rellenando con frases banales todos los intersticios por donde pudiera infiltrarse cualquier alusión al pasado. Charles, sin embargo, apenas si le escuchaba; Rodolphe se daba cuenta de ello y seguía en la movilidad de su faz el tránsito de los recuerdos evocados. Paulatinamente el médico iba enrojeciendo, las aletas de la nariz le palpitaban raudas, le temblaban los labios; hubo incluso un instante en que Charles, presa de un sombrío furor, clavó sus ojos de tal manera en Rodolphe, que éste, interrumpiéndose de pronto, se sintió invadido por una especie de espanto. Pero no tardó en reaparecer en su rostro la misma fúnebre lasitud de antes.

—No le guardo rencor —dijo.

Rodolphe había enmudecido, y Charles, con la cabeza entre las manos, repitió con voz apagada y con el acento resignado de los dolores infinitos:

—No, de verdad, no le guardo rencor.

E incluso añadió una frase sublime, la única que pronunciara en toda su vida:

—¡Fue culpa de la fatalidad!

Rodolphe, que había conducido esa fatalidad, encontró aquel comentario excesivamente benigno para un hombre en su situación, incluso cómico y un tanto vil.

Al día siguiente, Charles fue a sentarse en el banco del cenador. A través del emparrado se filtraban los rayos del sol; las hojas de la parra dibujaban su sombra sobre la arena. Los jazmines embalsamaban el aire, el cielo estaba azul y las cantáridas zumbaban en torno a los lirios en flor. Charles se sentía sofocado como un adolescente bajo los vagos efluvios amorosos que inflamaban su apesadumbrado corazón.

A las siete, la pequeña Berthe, que llevaba sin verle toda la tarde, acudió en su busca para que fuera a cenar.

Lo halló con la cabeza echada hacia atrás y apoyada en la pared, los ojos

cerrados, abierta la boca, y con un largo mechón de cabellos negros en las manos.

—¡Papá, ven! —dijo la niña.

Y creyendo que pretendía gastarle una broma, fue y le empujó suavemente. Charles cayó al suelo. Estaba muerto.

Treinta y seis horas después, a instancias del boticario, se presentó monsieur Canivet. Le hizo la autopsia y no halló nada de particular.

Una vez vendido todo, quedaron doce francos con setenta y cinco céntimos que sirvieron para pagar el viaje de mademoiselle Bovary a casa de su abuela. La buena mujer, sin embargo, murió aquel mismo año, y como el abuelo Rouault se había quedado paralítico, tuvo que ser una tía lejana quien se hiciera cargo de la niña. Esta mujer carece de recursos y no tiene más remedio que mandarla a trabajar a una fábrica de hilaturas de algodón para ganarse la vida.

Desde la muerte de Bovary han pasado ya tres médicos por Yonville, pero Homais se ha encargado de hacerles la vida tan imposible, que ninguno de ellos ha logrado echar raíces allí. El farmacéutico, por el contrario, goza en la actualidad de una gran clientela; las autoridades le consideran y la opinión pública le protege.

Acaban de condecorarle con la cruz de honor.



GUSTAVE FLAUBERT (1821-1880) está considerado como el introductor del realismo francés del siglo XIX. Su obsesión por el estilo, por la búsqueda del *mot juste* (la palabra justa), hizo que sus obras, consideradas como escandalosas por la sociedad de su tiempo, lograran un reconocimiento unánime por parte de la crítica y de sus compañeros de letras. Tímido hasta lo patológico y en ocasiones arrogante, Flaubert no se granjeó demasiadas amistades a lo largo de su vida. Su carácter, que podríamos calificar de inestable, le llevó a padecer crisis nerviosas que derivaron en una salud frágil. Flaubert, prematuramente anciano, murió de una apoplejía a los 58 años. Contemporáneo del otro gran genio de la literatura francesa, Charles Baudelaire, Flaubert nos legó una obra deslumbrante que arranca con *Madame Bovary* (1857), sigue con *Salambó* (1862), *La educación sentimental* (1869), *La tentación de San Antonio* (1874), *Tres cuentos* (1877) y se cierra, póstumamente, con *Bouvard y Pécuchet* (1881).

Notas

[1] Flaubert envió el manuscrito de *Madame Bovary* a su amigo Maxime du Camp el 31 de mayo de 1856 para su publicación en la *Revue de Paris*, de la que éste era codirector. La publicación se llevó a cabo escalonadamente en seis números a partir de octubre no sin diversos avatares, ya que Du Camp, temeroso de la reacción que la novela pudiera ocasionar, exigió diversas supresiones a Flaubert, entre ellas la de la escena del coche (III, 1) en la que Léon seduce a Emma. Flaubert, que en todo momento insistió en que lo esencial era la visión de conjunto de la obra, que en nada podía ofender a la moral, se resistió a estas mutilaciones, aunque no tuvo más remedio que ceder. A pesar de todo, la indignación de cierta crítica filistea terminó dando sus frutos, y Flaubert y los dos responsables de la publicación fueron a parar al banquillo de los acusados. Paradójicamente el fiscal de aquel proceso, M. Pinard, era autor de numerosos poemas licenciosos —nuevo indicio de la doble moral burguesa de aquella época—. De la defensa se encargó M. Senard, que reprochó a los acusadores el hecho de tergiversar el sentido global del libro aislando ciertos fragmentos y alterando de ese modo su mensaje. Al final se impuso la cordura y los tres inculpados fueron declarados inocentes. Este proceso se desarrolló en los primeros días de febrero de 1857 y fue tal su resonancia, que no hizo —como ocurriría con *Las flores del mal* de Baudelaire, que también tuvo que soportar un pleito semejante en agosto de ese mismo año— sino acrecentar su éxito, cosa que no gustó nada a Flaubert, ya que, con su habitual perspicacia, pensó, como así fue, que muchos lectores acudirían a su obra movidos por el deseo de hallar en sus páginas los fragmentos lascivos a los que aludía M. Pinard en su acusación. <<

[2] En realidad, bajo ese sobrenombre, se ocultaba la verdadera identidad de Eugène Delamare, cuya historia sirve a Flaubert de esquema narrativo y de cuadro de la novela. En efecto, Delamare, antiguo alumno del padre de Flaubert, como Charles tan sólo logró alcanzar el grado de oficial de sanidad, y como él, primero se casó con una mujer mucho mayor que él; posteriormente, al quedarse viudo, se casó en segundas nupcias con Alice-Delphine Couturier, joven no demasiado agraciada y afectada de ninfomanía. Instalados en Ry, los recién casados apenas gozaron de instantes de dicha, ya que la joven esposa cayó muy pronto en las garras de un donjuán de aldea, Louis Campion, para entregarse posteriormente a un pasante que acabaría de notario en Oise. Delphine, como Emma, contrajo numerosas deudas para mantener a su amante, y murió en 1848, con apenas veintisiete años, dejando una niña. Se habló de suicidio, pero tal dato nunca fue probado. Eugène Delamare moriría al año siguiente. Por lo demás, al igual que en el texto de Flaubert, los esposos entraron en contacto en Ry con un farmacéutico llamado Jouanne, prototipo de Homais. <<

[3] Durante décadas, la crítica historicista de carácter genético indagó hasta la saciedad en los orígenes de *Madame Bovary*, olvidándose a menudo del texto en sí. Mario Vargas Llosa, en *La Orgía perpetua* (Bruguera, 1975, págs. 78-97), realiza una vasta síntesis de la documentación exhaustiva en la que se basa Flaubert, así como de los innumerables datos personales sobre los que se articula la novela. En ese análisis genético, la historia de Eugène y Delphine Delamare, como es lógico, ocupa un lugar de privilegio, pero no debemos olvidar que, junto a ese drama real, Flaubert extrae asimismo datos valiosos para su novela de otras historias acaecidas por aquel entonces, como el asunto Lafarge —célebre suceso de envenenamiento que tuvo lugar a primeros de siglo—, o de las *Memorias de madame Ludovica*, redactadas por Louise d’Arcet, mujer extravagante y fácil que tuvo múltiples amantes y llevó a la ruina a su marido, el escultor James Pradier, en cuya casa Flaubert conoció a Louise Colet. En 1845, James se separaría definitivamente de su esposa. <<

[4] Michel Raimond, *Le roman depuis la Révolution*, París, Armand Colin, pág. 83.

<<

[5] Jean Rousset, «Positions, distances, perspectives dans *Salammbô*», *Poétique*, 6, 1971, pág. 123. <<

[6] Michel Raimond, *op. cit.*, pág. 82. <<

[7] Michel Raimond, *op. cit.*, pág. 84. <<

[8] Jean-Pierre Richard, *Stendhal et Flaubert. Littérature et sensation*, París, Seuil, 1954, pág. 180. <<

[9] Mario Vargas Llosa, *op. cit.*, pág. 196. <<

[10] Mario Vargas Llosa, *op. cit.*, pág. 200. <<

[11] Vladimir Nabokov, *Curso de literatura europea*, Barcelona, Bruguera, Narradores de Hoy, 1983, pág. 222. <<

[12] Vladimir Nabokov, *op. cit.*, pág. 222. <<

[1] *Chapska* (o *schpska*): tocado militar de origen polaco característico de los lanceros durante los años del Segundo Imperio. <<

[2] Así empieza la amenaza que Neptuno, irritado, lanza a los vientos en *La Eneida* de Virgilio (I, 135). <<

[3] Región situada en la alta Normandía, en el valle inferior del Sena. <<

[4] Existe una ironía implícita por parte de Flaubert en esta alusión a las ideas rousseauianas —tomadas del *Emilio*— en boca de un personaje particularmente degradado como es el padre de Charles, del mismo modo que la encontraremos más tarde, en el capítulo xv de la Segunda Parte, cuando encomiende a Homais la defensa —volteriana en ese caso— del teatro como espectáculo moralizador e higiénico, frente a la condena de la Iglesia. <<

[5] Se trata del *Voyage du jeune Anarchasis en Grèce au IV^e siècle de l'ère vulgaire*, obra del abate Barthélemy (1761-1795), aparecida en 1788, novela didáctica que se apoya en una sólida documentación para contar el descubrimiento, en un principio deslumbrante, de una cultura que, a la postre, resulta insuficiente para un joven escita, representante del hombre natural, venido del norte. <<

[6] Este arroyo recorría al aire libre una calle de Rouen y servía de desagüe a las tintorerías de la ciudad. <<

[7] Juego que se practicaba con una raqueta y que consistía en lanzar y devolver una pelota ligera de corcho o de madera provista de unas plumas en forma de corona. <<

[8] *Pierre Jean de Béranger* (1780-1857), parisino, republicano, autor de numerosísimas canciones de inspiración patriótica y política que le valieron una inmensa popularidad y que, cantadas en la época de la Restauración, contribuyeron a consolidar la leyenda napoleónica, al tiempo que vehiculaban los temas antiborbónicos, antiabsolutistas y liberales. Entre las más conocidas figuran *le Roid d'Yvetot*, *le Dieu des bonnes gens* y *la Grand-Mère*. <<

[9] El grado de Oficial de Sanidad confería la potestad de ejercer la medicina tras la obtención de un diploma expedido por las facultades o escuelas de Medicina. Para ello era requisito indispensable que los estudiantes estuvieran en posesión del *baccalauréat*. Dicho grado tan sólo facultaba para ejercer la medicina en un departamento determinado y a condición de que no se practicaran intervenciones quirúrgicas importantes en ausencia de un doctor. Esta figura desaparece en 1892. <<

[10] El sueldo era una moneda que equivalía a una veinteava parte del franco. La moneda de cuarenta sueldos valía, por tanto, dos francos. <<

[11] *Jouer au bouchon* (en el texto francés): juego que consiste en derribar con un chito —pieza de madera o de cualquier otro material— un tapón sobre el que se apilan las monedas. <<

[12] *Passer sous son pouce* (en el texto francés): broma de dudoso gusto que consistía en levantar horizontalmente el pulgar y hacer ademán de pasar por debajo. <<

[13] Bebida preparada con agua caliente azucarada, aguardiente y ron. <<

[14] Tal y como pone de relieve Vladimir Nabokov (*Curso de literatura europea*. Gustave Flaubert, *Madame Bovary*, Bruguera, 1983, pág. 262), el tema equino desempeña un papel esencialmente relevante en toda la vertiente amorosa del relato, y no precisamente por cuanto de símbolo sexual freudiano entraña. <<

[15] *Le Dictionnaire des sciences médicales, par une société de médecins et de chirurgiens*, obra monumental, en 60 volúmenes, de Chauneton y Mérat, aparecida entre 1812 y 1822. <<

[16] A menudo se ha establecido el parentesco entre Emma Bovary y Don Quijote. Mario Vargas Llosa, por ejemplo, indica al respecto: «El manchego fue un inadaptado a la vida por culpa de su imaginación y de ciertas lecturas, y, al igual que la muchacha normanda, su tragedia consistió en querer insertar sus sueños en la realidad» (*La Orgía perpetua*, Bruguera, 1978, pág. 109). Flaubert, por su parte, escribía a Louise Colet el 22 de noviembre de 1852: «Lo que realmente resulta prodigioso en Don Quijote es la ausencia de arte y esa perpetua fusión de la ilusión con la realidad que hace de esa obra un libro tan cómico como poético». <<

[17] Novela de Bernardin de Saint-Pierre (1734-1814), aparecida en 1787, que narra el despertar al amor de dos adolescentes criados en el medio natural y exótico de la isla de France (actualmente isla Maurice). El edulcorado moralizante del relato acabó por hacer de él un libro casi piadoso, pero su faceta más apasionante sigue siendo la imposibilidad de compaginar naturaleza y cultura; en el libro, la opresión social se nos presenta como algo alienante y mortal. <<

[18] *Louise de la Vallière* (1644-1710) fue una de las favoritas de Luis XIV, relegada más tarde por Madame de Montespan, y que acabó sus días en un convento de Carmelitas. <<

[19] Autor de la *Défense du christianisme* y apóstol de la reacción religiosa, Frayssinous (1765-1841) fue capellán del rey en 1821, gran maestro de la Universidad y ministro de Asuntos eclesiásticos de 1824 a 1828. La *Défense du christianisme* es un conjunto de conferencias pronunciadas durante los años del Imperio y la Restauración, con lo que se inauguraba un género que alcanzaría su apogeo con Lacordaire. <<

[20] Obra célebre de François René de Chateaubriand (1768-1848), aparecida en 1802, que renovó la apologética católica insistiendo esencialmente en el lado sentimental de la religión. <<

[21] Al lector español pudieran resultarle desconocidos algunos de estos nombres. Veamos, pues, algunos de ellos: *Eloísa* (1101-1164), célebre por su pasión por el filósofo Abelardo. *Inés Sorel* (1422-1450), favorita de Carlos VII, fallecida súbitamente, probablemente envenenada por el futuro Luis XI. *La bella Ferronnière*, esposa del abogado Ferron, amante del rey Francisco I. *Clemencia Isaura*, tolosana, legendaria fundadora, al parecer —aunque la crítica moderna lo desmiente—, de los juegos florales en el siglo XIV. <<

[22] Término que, en inglés, significa literalmente «conservar en recuerdo de mi afecto» —*to keep for my sake*—. En el texto designa una especie de álbum que contiene poemas, fragmentos en prosa, todo ello ilustrado con exquisitos grabados.

<<

[23] *Djiaour* (o *giaour*): significa «incrédulo» en turco, y se aplica de modo peyorativo a los cristianos. Lord Byron escribió en 1813 *el Giaour*, poema con el que se inicia el filohelenismo —Grecia formaba por aquel entonces parte del Imperio Turco— y que sirvió de motivo de inspiración al pintor Delacroix. <<

[24] La tentación de lo lejano será una de las constantes existenciales de Emma. Aquí concretamente subyace el tópico de una Italia, menos como un espacio preciso que como un conjunto de lugares comunes. El sueño italiano como espacio de evasión intentará compartirlo inútilmente Emma con Léon Dupuis, frente al inmovilismo tedioso de Charles. <<

[25] La ensoñación provocada —o favorecida— por el irracional discurrir manso o retozón de un animal o un ave, es motivo frecuente en la literatura decimonónica. Véase, por ejemplo, la prefiguración del destino heroico de Julián Sorel a partir de los majestuosos círculos trazados en el cielo por el gavián (*Rojo y Negro*, I, 10); o el soliloquio articulado en la mente de Ana Ozores cuando se encuentra sentada junto a la fuente de Mari-Pepa, a partir del vivaracho correteo de la nevatilla (*La Regenta*, IX). <<

[26] Así se llama, curiosamente, la cabrita de Esmeralda en la popular novela *Nuestra Señora de París* (1831) de Victor Hugo. ¿Homenaje al maestro? <<

[27] Victoria de Enrique de Navarra (futuro Enrique IV) sobre el duque de Joyeuse (1587). <<

[28] Orden de caballería que data de Luis XI. <<

[29] Combate naval del que salió derrotado Tourville ante las flotas inglesa y holandesa en 1692. <<

[30] Con ese gesto, las damas indicaban su intención de no beber vino. Semejante costumbre, que estuvo vigente hacia 1830, había quedado ya en desuso en la época en que Flaubert escribe su novela. El narrador, de ese modo, pone de manifiesto, en uno de sus típicos guiños, el provincialismo de una parte de la concurrencia. <<

[31] Hermano de Luis XVI y futuro Carlos X, el conde de Artois (1757-1836) fue célebre por sus dispendios y excesos. <<

[32] El manuscrito original precisa que tales frascos contenían un vinagre de tocador especialmente preparado para reanimar y estimular. <<

[33] Encontramos aquí, como en la descripción de los invitados que llegan a la boda (I, 4), un ejemplo altamente significativo de lo que Mario Vargas Llosa (*La Orgía perpetua*, *op. cit.*, págs. 121-124) denomina la «cosificación de los seres». «Mientras en *Madame Bovary* las cosas se espiritualizan y animan —escribe Vargas Llosa, aludiendo a casos concretos como la famosa gorra de Charles (I, 1)—, se acentúa la materialidad de los hombres y, en muchos momentos, la descripción, al ceñirse a sus rasgos exteriores, hace de ellos una forma física, una presencia quieta y muda. Pero la mera apariencia carnal y el disimulo de la intimidad no son suficientes; la cosificación resulta sobre todo de un procedimiento complementario, que consiste en desmembrar a la figura y describir sólo una o algunas de sus partes omitiendo las otras: esas piezas sueltas —por lo general caras, cabezas, pero también manos, troncos—, desgajadas de la arquitectura humana por la cirugía descriptiva del narrador y expuestas como unidades de dominante o exclusivo valor físico, dejan de vivir, se convierten en seres inanimados, rozan lo inerte». <<

[34] Allí donde, en buena lógica, se esperaría encontrar «esa tez blanca que realza la palidez de las porcelanas», nos tropezamos con una hipálage que opera una transmutación de epítetos. El efecto estilístico se apoya en una motivación sutil: el ocio y el lujo permiten ignorar las contingencias materiales de la vida. Esta imagen podríamos equipararla a aquella otra que vimos (I, 6) con la que Flaubert aludía a «ese raro ideal de las pálidas existencias». <<

[35] El italianismo, en la época en que Flaubert escribe *Madame Bovary*, permanece vigente, hasta el punto de que Italia sigue siendo un recorrido obligado para las gentes de mundo. Los lugares aquí aludidos constituyen los puntos de referencia habituales: la basílica de San Pedro de Roma; el antiguo Tibur, lugar de veraneo de los magnates de la antigua Roma, y donde se construyó en el siglo XVI la villa de Este, célebre por sus jardines y fuentes; el volcán próximo a Nápoles; una estación termal de la región napolitana; un paseo de Florencia a orillas del Arno; las rosas de la capital de la Riviera, y las ruinas del gran anfiteatro de la antigua Roma. Todo un rosario de lugares comunes. <<

[36] Las *steeple-chases* o carreras de obstáculos, que por aquel entonces se practicaban mucho más en Inglaterra que en Francia, son uno de los rasgos de la anglomanía de la aristocracia francesa de la época. <<

[37] *Crescendo*, palpitaciones, aturdimientos... todo contribuye a erotizar fuertemente el vals, que, en este siglo XIX puritano, desempeña el mismo papel que tendrá el tango a principios del siglo XX. El propio Flaubert escribe en la primera versión de *La educación sentimental*: «¡Ah, qué placer valsear a esta hora, cuando las damas de edad ya se han retirado, cuando uno se desliza libremente por el resbaladizo *parquet* conduciendo en sus brazos a su fatigada pareja, rozando sus encajes, oliendo su cabellera, girando sin cesar en medio de los espejos, bajo el fulgor de las arañas, hasta que un dulce desasosiego se apodera de uno de tanto mirar esos deslumbrantes ojos sin cesar pendientes de los vuestros, de tanto sentir ese mismo movimiento regular que le hace a uno palpar al unísono, en esa atmósfera cálida, impregnada de emanaciones femeninas y de ajadas flores! Es entonces cuando a menudo el amor empieza». <<

[38] Juego de cartas muy extendido en Francia durante el siglo XIX, y que posteriormente sería reemplazado por el *bridge*. <<

[39] En el castillo de la Vaubyessard, Emma descubre la riqueza, el mundo del dinero, experiencia que va a tener para ella un carácter decisivo e irreversible. A partir de este momento, como se podrá comprobar, Emma asocia íntimamente el deseo amoroso al de la opulencia, hasta tal punto que, en adelante, uno irá continuamente asociado al otro, configurando los dos polos de la tragedia en torno a los cuales progresa la acción. <<

[40] Esta petaca —otro de los muchos objetos significativos del libro— reúne todo un entramado simbólico que toma cuerpo en la imaginación de Emma, la cual acaba por construir, tal y como veremos, toda una novela a partir de ese soporte privilegiado, fragmento perdido de un aristócrata. A través de este prisma, podríamos considerar la petaca como elemento desencadenante de una puesta en abismo: la imaginación de Emma inventando los episodios de una posible pasión, reflejo de Flaubert construyendo pacientemente el entramado de su texto. <<

[41] Se trata probablemente de una canción antigua, *Les compagnons de la Marjolaine*. *La marjolaine* (o mejorana) es una planta aromática tradicionalmente relacionada con el juego amoroso. <<

[42] Alude, lógicamente, a los días en que se celebraban carreras de caballos en el Bois de Boulogne, o funciones en la Ópera. <<

[43] Novelista célebre (1804-1857) especialmente por una de las más populares novelas-folletines de su siglo, *Los misterios de París* (1842-1843). Es más que probable, no obstante, que, dada la cronología de la obra, las novelas que suele leer Emma sean otras menos conocidas: relatos mundanos como *Arthur, el diario de un desconocido* (1837-1838), *El arte de seducir* (o *El marqués de Létorièrre*) (1839), *Mathilde, memorias de una joven* (1841), o incluso su gran novela histórica, *Lautréamont* (1837), título que inspiraría al famoso Isidore Ducasse, que adoptó el nombre de conde de Lautréamont. <<

[44] París, como Italia (nota 24), y lo lejano en general, desempeñan un papel fundamental en la imaginación de Emma. Ahora bien, en tanto que los mundos exóticos y lejanos son un ideal ensoñado, París —tal y como nos lo revela toda la literatura francesa del siglo XIX— es la eterna tentación del joven de provincias, un espacio plagado de tópicos, como queda de manifiesto en las palabras de Homais tras la salida de Léon de Yonville (II, 6). Curiosamente, Emma colmará sus «sueños» en un pobre hotel de Rouen y jamás visitará París. Resulta muy significativo al respecto que Flaubert suprimiera un viaje de Emma a la capital que había previsto en sus esbozos iniciales. <<

[45] También se llamará Félicité la heroína de *Un corazón sencillo* —el primero de los *Tres cuentos*—. Semejante nombre, además de ser recurrente en Flaubert, desempeña aquí, aplicado a este personaje secundario, un papel simbólico importante. Por su nombre, la criada remite cotidianamente a Emma, a lo que constituye su búsqueda fundamental: «Emma pretendía saber lo que se entendía exactamente en la vida por las palabras *dicha*, *pasión* y *embriaguez* que le habían parecido tan bellas en los libros» (I, 5). Ahora bien, mientras que por un lado Emma intenta dar un contenido a las palabras que sólo tienen valor en el universo de la ficción, por otro —y paradójicamente— trata de transformar a Félicité en una auténtica sirvienta —en el sentido en que ella entiende tal concepto—, estableciendo así una compensación a su rutinaria y vulgar vida. Al final, curiosamente, Félicité no solamente se revestirá con los despojos de su ama, sino que también llevará a cabo el sueño de ésta, huyendo con Théodore para iniciar una nueva vida lejos de Yonville. <<

[46] Resulta interesante recordar que, según Taine, el propio Flaubert se estremecía al oír el chirrido que se produce al cortar con un cuchillo un tapón de corcho. <<

[47] Una constante de la descripción en Flaubert es la focalización: vemos a Emma a través de los ojos de Charles o de Rodolphe; a Charles y a Léon a través de los ojos de Emma, etc. La descripción, de ese modo, adquiere valor narrativo no solamente porque detecta cualquier posible modificación del personaje descrito, sino también porque explica o hace presentir una modificación del personaje a través de cuya mirada se describe, tal y como se puede percibir perfectamente aquí. <<

[48] *Érard*: célebre fabricante de pianos (1752-1831) que perfeccionó este instrumento en 1821, imprimiéndole su forma moderna. <<

[49] De todos los objetos significativos que van apareciendo a lo largo del libro (el ramo de novia, la petaca, etc.), el cura de yeso es sin duda uno de los más simbólicos. En este caso concreto simboliza la línea descendente del devenir de Emma. Recordemos que la primera vez que aparece es en el capítulo v de la Primera Parte, nada más llegar los dos esposos a Tostes. Ahora, la mutilación y el deterioro al que alude el narrador se corresponden con las sucesivas decepciones y con la decadencia de Emma. En el capítulo III de la Segunda Parte, cuando Charles y Emma lleguen a Yonville, la ruina definitiva de la estatua prefigurará el destino inminente de Emma.

<<

[50] Carlos X reinó en Francia de 1824 a 1830. <<

[51] La monarquía de Luis Felipe de Orleans, instaurada en Francia tras la Revolución de 1830, se apoyaba constitucionalmente en *La Carta* de 1830, sobre la que juró el rey. El gallo y la carta figuran como símbolos en el remate de los edificios públicos franceses. <<

[52] François Raspail (1794-1878) fue un químico de renombre que vulgarizó en Francia una modalidad de medicina popular que se hizo famosa. Sus ideas políticas de izquierda le llevaron a participar en las jornadas de 1830. Fue condenado en 1832 junto con los demás jefes de la Sociedad de Amigos del Pueblo, y pasó gran parte de sus restantes días detenido o en el exilio. Fundó el conocido periódico republicano *L'Ami du Peuple* (1848). <<

[53] Alimento hecho a base de féculas y harinas diversas, utilizado habitualmente por los turcos y árabes, y que estuvo bastante en boga durante el siglo XIX. Todos los demás preparados que aquí se mencionan pertenecen a la farmacopea de la época. <<

[54] Alusión probable a la epidemia que tuvo lugar en 1832. <<

[55] La insurrección de Polonia se produjo en noviembre de 1830 y fue aplastada por el Imperio Ruso, del que Polonia formaba parte tras las famosas particiones del siglo XVIII. Durante los años de la Monarquía de Julio se organizaron en Francia cuestaciones de todo tipo para apoyar a los polacos, víctimas de la represión. La inundación de Lyon a la que aquí alude Flaubert tuvo lugar en 1840. <<

[56] Numerosos críticos —Thibaudet, Moreau, Gothot-Mersch, Vargas Llosa— han puesto de relieve el principio de dualidad que rige la estructura de *Madame Bovary*. Todo aquí se repite: situaciones, lugares, hechos, imágenes, formas, objetos, gestos, planos —realidad/ilusión— en que se desarrolla la novela. Dos bodas, dos pueblos, dos amantes, dos escenas de seducción, dos cortejos, dos cafés —como escribe Vargas Llosa, *op. cit.*, pág. 133— «uno es dos, es decir, todo es uno y su réplica, a veces idéntica, a veces deformada». <<

[57] El Ser Supremo era el Dios ordenador del Universo de los filósofos del siglo XVIII. Robespierre, para conmemorar esta efeméride, instauró en 1794 la fiesta que lleva dicho nombre. <<

[58] Véase nota 8. <<

[59] Célebre texto de Jean-Jacques Rousseau (1712-1778) incluido en el libro IV de *Emilio* (1762), escrito probablemente en 1758. *La profesión de fe del vicario saboyano* es un diálogo entre un sacerdote y el futuro preceptor de Emilio, y en él Rousseau expone los principios de la religión natural, basada en el culto del corazón. Para Rousseau la existencia de Dios se deriva del orden sensible del Universo y de los imperativos de la conciencia, lo que él denomina el «sentimiento interior». <<

[60] La escala de Réaumur fue ideada por el sabio del que toma su nombre (1683-1757) y abarcaba de 0 a 80. La de Fahrenheit —obra del físico alemán del mismo nombre (1686-1736)— fue la primera escala termométrica, y aún se utiliza en los países anglosajones. Su gradación va de 0 grados a 96, que es la temperatura habitual del cuerpo humano en esa escala. En dicho sistema el agua se hiela a una temperatura de 32 grados. Lo más curioso de la perorata de Homais es su flagrante error al pasar de un sistema a otro, ya que 30 grados centígrados equivalen a 86 grados Fahrenheit. <<

[61] Romanza de Pauline Duchambge (1778-1858). <<

[62] Alusión a los cantores del Teatro Italiano. La Comedia Italiana se había fusionado en 1762 con la Ópera Cómica. A tal efecto se construyó entre 1782 y 1783 la Sala de los Italianos (de ahí el nombre del bulevar vecino) y que actualmente es la Ópera Cómica de la plaza Boieldieu. En 1838 dicha sala fue destruida por un incendio, pero dos años más tarde abrió de nuevo sus puertas. <<

[63] Bastante menos conocido hoy día que Voltaire y Rousseau, Jacques Delille (1738-1813) fue el poeta lírico de la naturaleza durante la segunda mitad del siglo XVIII. Su fama fue grande en su época entre los neoclásicos y los primeros poetas románticos franceses. <<

[64] Flaubert, inicialmente, había previsto que Homais fuera el corresponsal del *Journal de Rouen* —diario que existía realmente—, pero la dirección de dicho periódico le rogó al autor de *Madame Bovary* que modificara ese nombre. Flaubert accedió y para no romper el ritmo de esa frase, se decidió por «Fanal», conservando de ese modo las dos sílabas y la final. <<

[65] El calendario revolucionario había sido abolido el 1 de enero de 1806. La fecha de esta ley corresponde, en el calendario gregoriano, al 10 de marzo de 1803. Con la citada ley consular se pretendía reorganizar los estudios de medicina y el doctorado.

<<

[66] *Athalie* fue la última gran tragedia de Racine. Su argumento, al igual que el de *Esther*, lo extrajo de la Biblia, y tanto una como otra fueron escritas, tras once años de retiro, con miras edificantes, concretamente para instruir a las señoritas de Saint-Cyr. <<

[67] Canción de Béranger, anteriormente citado (notas 8 y 58), que empieza así:

«Existe un Dios, ante el que me inclino,

pobre y contento, sin nada exigirle.

Del universo observando la máquina,

el mal veo, mas yo solamente amo el bien.

El placer no obstante a mi filosofía

numerosos cielos inteligentes revela.

Con el vaso de vino en la mano, jovialmente me confío

al Dios de las buenas gentes... (etc.)». <<

[68] Gran poema de Evariste de Parny (1753-1814) compuesto entre 1795 y 1799, que parodia, al mismo tiempo, la epopeya miltoniana —*El Paraíso perdido* (1667) y *El Paraíso reconquistado* (1671)— y *La Mesiada* (1748-1777) de Klopstock. En dicho poema, De Parny pone en escena el combate entre los dioses del Olimpo y las nuevas deidades cristianas —el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo y la Virgen María—, todo ello salpicado de pullas antirreligiosas. Como es de suponer, esta obra fue elogiada en múltiples ocasiones por los volterrianos y racionalistas, tanto más cuanto que su forma era de un absoluto clasicismo. <<

[69] Alusión a las seis semanas que separan la Navidad de la Purificación (2 de febrero). La tradición exigía que toda mujer que hubiera dado a luz permaneciera en su casa, absteniéndose de realizar cualquier esfuerzo físico, durante un período de seis semanas, al cabo del cual tenía lugar la ceremonia religiosa de la purificación consiguiente al parto. <<

[70] Almanaque lejano que aún es posible encontrar hoy día, y que los buhoneros y vendedores ambulantes se encargaban de difundir. <<

[71] *Osmazomo*: materia extraída de la carne y de la sangre, a la que se atribuía el aroma y las propiedades nutritivas de la carne cocida. <<

[72] Juego que se practica, por lo general, entre dos, con 32 cartas. <<

[73] Semanario ilustrado fundado en 1843, que hizo del dibujo y del grabado un sólido medio de conservación histórica y de vulgarización científica. Por él pasaron los mejores dibujantes y caricaturistas, como Gavarni, Cham, Bertall, etc. <<

[74] La frenología fue una «ciencia» ideada por Franz-Joseph Gall (1758-1820), que se basaba en la supuesta correspondencia entre las protuberancias del cráneo y las facultades del individuo. <<

[75] Flaubert acostumbra a rematar muchos de sus capítulos —véanse además de éste, el III de la Primera Parte, el X y el XIII de la Segunda, y el II de la Tercera— con una prolepsis anunciativa (Gérard Genette define este término como toda maniobra narrativa consistente en contar o evocar de antemano un término ulterior) que, a la vez que despierta el interés de la lectura, abre nuevas perspectivas a la acción. <<

[76] La referencia exacta sería más bien Paquette-la-Chantefleurie (VI, 3), personaje de la novela *Nuestra Señora de París*, de Victor Hugo. <<

[77] Ventanas y balcones desempeñan un papel fundamental en *Madame Bovary* —el mismo narrador lo reconoce en el capítulo VII de la Segunda Parte, cuando escribe: «La ventana en provincias reemplaza a los teatros y al paseo». La ventana, como apertura al infinito de un ser condenado al sedentarismo, está asociada a los paréntesis, consiguientes a las fases activas, en que la acción momentáneamente languidece y se impone la espera y la introspección. Son los instantes propicios a la visión subjetiva en que el autor se identifica al máximo con su heroína, se sitúa detrás de ella y mira a través de sus ojos. Fundamental será asimismo el tema de la ventana en la escena de los comicios (II, 8) o en el momento de la tentación del suicidio (II, 13). <<

[78] Ungüento con que se hacen emplastos para ablandar tumores. <<

[79] Los caribes eran los indios autóctonos de las Antillas y los botocudos una tribu de Brasil actualmente en vías de extinción. <<

[80] Aparato ideado por Daguerre (1787-1851) con el que se fijan en chapas metálicas, convenientemente preparadas, las imágenes recogidas en la cámara oscura. <<

[81] Alusión a la moda inglesa del *shakehand* (más exactamente del *handshake*). <<

[82] El realismo de Flaubert resulta aquí, al igual que en el capítulo de la fiesta en la Vaubyessard (I, 8), claramente perceptible. Su obsesión por el dato verídico hizo que, antes de ponerse a redactar este capítulo, Flaubert se documentara *in situ* acudiendo personalmente a los comicios celebrados en Darnétal, de donde extrajo muchos de los detalles que aquí plasma. A este respecto, el 18 de julio de 1852, le escribe a Louise Colet: «Estuve esta mañana en un comicio agrícola, de donde vine muerto de cansancio y de hastío. Me urgía ver una de esas ineptas ceremonias rústicas para mi Bovary, en su segunda parte». <<

[83] La guardia nacional era una milicia burguesa creada en tiempos de la Revolución y que, posteriormente, la Monarquía de Julio apoyó decididamente. <<

[84] Tela de algodón lisa, por lo general de color amarillo, que originalmente se fabricaba en Nankín (China). <<

[85] Alusión a *La rata que se retiró del mundo*, fábula (VII, 3) de La Fontaine. <<

[86] Observemos de nuevo el dualismo omnipresente al que aludíamos en la nota 56.

<<

[87] Todo indica que Flaubert eligió cuidadosamente los nombres de sus personajes, estableciendo en casi todos una especie de correspondencia más o menos velada, más o menos irónica, con el ser al que representan. Y no sólo en los casos de los personajes principales —el «charbovary» y sus connotaciones bovinas; el trasfondo amatorio de «aimer» en Emma, la vulgaridad de «Boulangier»: panadero, o la banalidad de Dupuis y la ironía explícita de Lheureux: el feliz—, sino también y de forma aún más acentuada, en los personajes secundarios: Hippolyte (eco trágico de Fedra), Justin (el único ser justo probablemente de esta siniestra galería), Bournisien (el cura «borné»: limitado, carente de comprensión), Tuvache (que no precisa comentario), Bizet (un «biset» es una paloma zurita), Leherissé, Lieuvain (lugar vano, de vanidades y vacuidad), Cullembourg (de calembour: retruécano). Y finalmente Homais (de homo, el hombre). <<

[88] Como se puede observar, todo el discurso de Rodolphe con miras a seducir a Emma está sembrado de tópicos —tópicos que incluso lo son para la época en que se sitúa la novela—. De irónico podemos calificar, concretamente, el empleo por parte de Rodolphe de la teoría del alma gemela, o hermana, tan utilizada durante la época romántica, y que tan fuertemente contrasta con la ruda personalidad de este donjuán de aldea. <<

[89] Lo más sobresaliente de toda esta escena, que tanto esfuerzo le costó ejecutar a Flaubert, es la constante utilización del contrapunto. Clichés y tópicos de Rodolphe, alternando con los del consejero Lieuvain —«lugar vano», «lugar de vacuidad»—. Montaje sutil por medio del cual el narrador consigue denunciar los efectos de una retórica hueca que no obstante seduce y logra sus efectos persuasivos tanto entre los campesinos deslumbrados —en el caso de Lieuvain—, como en el alma de la pobre Emma, fascinada por el lenguaje de Rodolphe. Y eso es lo trágico. Frase tras frase, a pesar de sus distintos destinatarios, se establece una correspondencia, una complementariedad irónica, y a pesar de sus diferentes registros, el lector advierte fácilmente que son las dos caras de una misma moneda igualmente falsa. <<

[90] Patricio romano que por dos veces fue dictador durante el siglo v a. C. Parece ser que el día en que los lictores le llevaron las insignias de su cargo lo hallaron conduciendo un arado. Su nombre simboliza la virtud y la simplicidad. <<

[91] Emperador romano desde el 285 hasta el 305 d. C., fecha en que abdicó. Cuenta la tradición que rehusó volver al poder para de ese modo dedicarse plenamente al cultivo de sus lechugas, que Derozerays, en el texto, confunde con las coles. <<

[92] Aun cuando Flaubert preconiza la impassibilidad en la narración por encima de todo, hay en el texto comentarios narratoriales como el aquí reseñado que, contradiciendo su método, ponen claramente de manifiesto la ideología del autor. Ninguna figura más conmovedora que esta Catherine Nicaise Elisabeth Leroux, símbolo —junto con Hippolyte y el ciego— de los oprimidos en una sociedad sin alma. <<

[93] Alusión evidente a los jesuitas, blanco predilecto de un volteriano como pretende serlo Homais. <<

[94] Binet, que aparentemente queda muy relegado como actante en la novela, desempeña sin embargo un papel digno de resaltar, no sólo como prefiguración del artista «que tornea infatigablemente» hasta poner a punto la obra de arte, sino también como alegoría de la crueldad fatídica que se cierne sobre Emma y como símbolo de la «mala conciencia» del escritor —a este respecto merece la pena incidir en su nombre, que remite al binarismo. <<

[95] Ácido que se extrae de las acederas y otras sustancias, y que forma los oxalatos.

<<

[96] Curioso resulta al respecto, como escribe Nabokov (*Curso de literatura europea*, *op. cit.*, pág. 222), que en una novela que se suele calificar de *realista*, «un marido joven y sano no se despierte jamás, noche tras noche, para encontrar vacía la mejor mitad de su cama, ni oiga nunca la arena y los guijarros que el amante arroja a la contraventana...». <<

[97] El desfase en el amor es uno de los temas recurrentes de Flaubert. En su primera *Educación sentimental* —la versión de 1845— escribe: «En el desarrollo comparado de una pasión, de un sentimiento, e incluso en la comprensión de una idea, siempre uno se adelanta al otro, y en el momento en que el segundo llega al punto culminante, el primero ya lo ha sobrepasado o ha vuelto hacia atrás. Las almas jamás avanzan como caballos de carroza, enganchados en el mismo tiro, sino más bien una detrás de otra, entrecruzándose en su camino, atropellándose, alejándose sin cesar, corriendo frenéticas como bolas de billar. Adoramos a una mujer que comienza a amarnos, que nos adorará en el momento en que ya no la amemos, y que estará hastiada para cuando deseemos volver a ella. Es extremadamente difícil establecer una armonía en la vida, y podríamos contar con los dedos de una mano el número de minutos en que dos corazones que se aman han cantado al unísono». <<

[98] Del griego *strophôs*: torsión, término científico correspondiente al vulgar «patizambo». <<

[99] *Ambroise Paré* (1509-1590): cirujano de Enrique II, Francisco II, Carlos IX y Enrique III, que sustituyó el tradicional procedimiento de cauterizar las arterias en las amputaciones, por la ligadura de las mismas. <<

[100] *Celso*: médico romano del siglo de Augusto, conocido como el «Cicerón de la medicina» y autor del tratado *De arte medica*. <<

[101] *Dupuytren* (1777-1835): cirujano de Luis XVIII y de Carlos X. Fue uno de los fundadores de la anatomía patológica y se hizo famoso por algunas de sus operaciones especialmente delicadas. <<

[102] *Gensoul* (1797-1858): cirujano francés que ejerció en Lyon y se hizo célebre por la audacia de sus intervenciones quirúrgicas. Es conocido especialmente por su *Lettre chirurgicale sur quelques maladies graves du sinus maxillaire et de l'os maxillaire inférieur*. <<

[103] La cursiva subraya en el texto irónicamente el término técnico, al que tan aficionado se muestra Homais. Se trata de un instrumento con el que se practica la sección de un tendón (o tenotomía). <<

[104] Pústulas o ampollas debidas a una serosidad que se acumula bajo la epidermis.

<<

[105] Canivet arremete aquí contra el progreso en nombre de su «sentido común» provinciano. En la época en que Flaubert escribe su novela empezaban a practicarse, en efecto, operaciones de estrabismo —con resultados no siempre satisfactorios—; hacía algunos años —desde 1824— que se venía utilizando el cloroformo para la anestesia; y las primeras publicaciones relativas a la litotricia —es decir, la pulverización de los cálculos en la vejiga de la orina— datan de 1824. <<

[106] Perfume extraído del pachulí, planta labiada, perenne y muy olorosa, semejante al almizcle y originaria de la India. <<

[107] Mario Vargas Llosa, en su *Orgía perpetua* (*op. cit.*, págs. 29-32), alude al fetichismo del botín en Flaubert como una de sus perennes obsesiones. Los botines de Emma ejercen una íntima fascinación no sólo en Justin, sino también en su marido, en sus dos amantes y aun en el notario Guillaumin (III, 7). Esta obsesión reflejada en la novela tiene su origen, lógicamente, en el propio Flaubert que, como apunta Albert Thibaudet —*Gustave Flaubert*, París, Gallimard, 1968, pág. 115—, solía quedarse extasiado contemplando los botines de mujer. Se cuenta, incluso, que conservaba en su escritorio como una reliquia, entre cartas y diversas prendas y objetos de su amante, las chinelas que Louise Colet había llevado en su primera noche de amor, y que a menudo, como le cuenta a ella en sus cartas, las sacaba para acariciarlas y besarlas. <<

[108] Antigua moneda de oro con la efigie de Napoleón, equivalente a 20 francos. <<

[109] Louise Colet no le perdonó a Flaubert la ruptura brutal y altiva que éste le impuso. Tras la publicación de *Madame Bovary*, publicó un poema vengativo y mordaz bajo el título de *Amor nel cor* (*Le Monde Illustré*, 19 de enero de 1859), en el que una mujer pone su corazón y su dinero en la adquisición de un sello grabado con esa divisa para regalárselo al hombre al que ama. El cuarteto final reza así:

«Pues bien, en una novela de viajante de comercio
que como un aire malsano nos revuelve el estómago,
él se mofó de ese obsequio con vulgar frase,
pero sigue conservando empero el bello sello de ágata».

Lo real y el uso que el novelista hace de él, eminente paradoja. Y no es éste el único detalle: se han detectado semejanzas entre las cartas de ruptura de Rodolphe y las que Flaubert dirige a Louise. Y se sabe asimismo que nuestro escritor tenía la costumbre, como Rodolphe, de poner encima de la mesita de noche una pipa y un vaso de agua.

<<

[110] Jorge, duque de Clarence (1449-1478), acusado de complot bajo el reinado de Eduardo IV de Inglaterra, fue condenado a muerte, y pidió, según cuentan las crónicas, ser ahogado en un tonel de su vino favorito, la malvasía, vino dulce y azucarado, de origen griego. Shakespeare utiliza y transpone este episodio en su tragedia *Ricardo III* (1592). <<

[111] Fue gracias a esta fecha central —la única precisión temporal aportada por Flaubert— como Jacques Seebacher («Chiffres, dates, écritures, inscriptions dans *Madame Bovary*», en *Production du sens chez Flaubert*, colloque de Cerisy, 10/18, 1975, pág. 219) logró establecer la cronología completa de la novela. El lunes 4 de septiembre sería, por simple deducción, el de 1843. La acción se iniciaría en octubre de 1828 con la entrada de Charles en 5.º. En mayo de 1838 tendría lugar la boda de Charles y Emma... Homais recibiría la cruz de la Legión de Honor en 1856, poco antes de la publicación de la novela. Sería excesivamente prolijo apuntar todos los datos; sirva, pues, de ejemplo esclarecedor la labor de este crítico desentrañando con absoluta coherencia el esquema temporal de toda la obra a partir de un eje o polo central. <<

[112] Árbol de las Antillas de flores blanquecinas y fruto semejante al de una manzana, con pulpa lechosa y un hueso muy duro. El jugo y el fruto de este árbol son venenosos, y también lo es su sombra, según creencia popular. <<

[113] Es probable que Flaubert tomara este detalle del *Père Goriot* de Balzac (1835), detalle que aparece asimismo en la novela *Las almas del purgatorio* de Prosper Mérimée (1834). <<

[114] Flaubert lleva aquí su famosa fórmula «Madame Bovary soy yo» al punto de utilizar, aplicadas a Emma, sus propias experiencias de epilepsia para representar los estados paroxísticos de su protagonista en la intensidad del deseo colmado o frustrado. <<

[115] Tal y como a menudo se ha puesto de relieve, el auténtico seductor de Emma no es Charles, ni Rodolphe, ni Léon, sino Lheureux. De todas las pruebas que Emma se ve obligada a afrontar en ese designio de felicidad, pasión y embriaguez que persigue, la fundamental —y la que ocasionará su ruina definitiva— es la de Lheureux, detentor del dinero, fuerza motriz de esa sociedad. Se puede realizar una lectura de *Madame Bovary* como una educación sentimental progresiva que halla su culminación en este decisivo encuentro con un personaje que poco a poco irá invadiendo el tejido de la ficción desde el momento en que madame Lefrançois nos lo presenta como un reptil y un embaucador (II, 8), hasta que envuelve por completo a Emma en su tela de araña. <<

[116] *Joseph de Maistre* (1753-1821), teórico contrarrevolucionario, defensor de una concepción teocrática de la monarquía y de los principios ultramontanos en religión. Entre sus obras más relevantes figuran las *Consideraciones sobre Francia* (1796), su famoso tratado *Del Papa* (1818) y las *Veladas de San Petersburgo* (1821). <<

[117] Divisa de la Comedia —«Corrige las costumbres riendo»— que ideó el poeta Santeul (1639-1697) y que posteriormente hizo suya Molière. <<

[118] La importancia del azul en *Madame Bovary* es irrefutable y constituye la marca más característica de la protagonista de la novela. Azul es, por lo general, su atuendo; azul infinidad de objetos; azul el largo velo que lleva el día en que cae en brazos de Rodolphe; azul sus sueños, los mundos de su imaginación; azul el tálburi en el que huye Rodolphe, y azul el tarro que contiene el arsénico. Un mismo color, pues, para sus sueños, para sus gustos y para sus pesadillas; un mismo color en el que se complace Flaubert, dejándonos una puerta abierta a la posible interpretación. <<

[119] Ópera de Donizetti (1797-1848), estrenada en 1835. <<

[120] Arias, por lo general, breves, y que a veces constan de dos tiempos o partes. Una de las más célebres es sin duda la de *Don Giovanni* en la ópera del mismo nombre de Mozart (1787). <<

[121] Parte de una fuga que precede a la conclusión y en la que el tema y la respuesta se suceden con entradas cada vez más próximas entre sí. <<

[122] Composición vocal o instrumental que consta de seis partes. El de *Lucía de Lammermoor* es particularmente célebre. <<

[123] La representación de *Lucía de Lammermoor* en el teatro de las Artes de Rouen es un acontecimiento fundamental en la existencia de Emma, y dentro del juego de espejos y correspondencia ficción/realidad, ocupa en la novela exactamente el mismo lugar que el famoso sexteto en la partitura: final del segundo acto y final de la segunda parte de la novela, respectivamente. En ambos casos, asimismo, se produce un «lance imprevisto» que va a hacer coincidir la ficción (ópera) con la «realidad» (novela): al regreso imprevisto de Edgar en el momento en que Lucía acaba de unirse a Arthur, corresponde la inesperada reaparición de León. <<

[124] Todos estos cantantes italianos interpretaron en su día los principales papeles de *Lucía de Lammermoor* y pertenecieron asimismo a la compañía de Los Italianos: el bajo Tamburini (1800-1876) desde 1831, el tenor Rubini (1795-1854) en 1832, y las sopranos Persiani (Fanny Tachinardi, esposa del compositor Persiani, 1818-1867) y Grisi (hubo con ese apellido dos hermanas: la famosa Giuditta, 1805-1840, y Giulia, 1812-1861, que permaneció mucho más tiempo en el Teatro Italiano) respectivamente en 1837 y 1832. <<

[125] Pasado, porvenir, reminiscencias y ensueños: he aquí, en síntesis, los cuatro tiempos a los que alude Mario Vargas Llosa en su *Orgía perpetua*, *op. cit.*, páginas 152-165. El tiempo singular y específico, el tiempo circular o la repetición, el tiempo inmóvil o la eternidad plástica, y el tiempo imaginario, el de la imaginación y la quimera, el de los deseos insatisfechos. <<

[126] Título de un célebre melodrama de Alejandro Dumas (1802-1870) escrito en 1832, cuya protagonista es Margarita de Borgoña, tristemente famosa por sus crímenes. <<

[127] Se trata en realidad de una escultura de Salomé, figura bíblica que, años más tarde, habría de inspirar a Flaubert su relato *Herodías* (1877), incluido en sus *Tres cuentos*. La descripción «turística» de la catedral de Rouen es, por lo demás, de una fidelidad casi absoluta, excepción hecha de las pilas de agua bendita, que, tal y como aquí se describen, no son las del citado templo, sino las de otra iglesia ruanesa, la de Saint-Ouen. <<

[128] La torre se hallaba por aquel entonces en obras desde 1827, ya que la precedente había quedado destruida por un rayo en 1822. <<

[129] Aun cuando todos los lugares citados pertenezcan al espacio ruanés, el trayecto es absolutamente ficticio; Flaubert sacrifica aquí la realidad en pro de los criterios estilísticos que en todo momento rigen el orden de los nombres. <<

[130] Originalmente, ciudad de Galilea adonde Jesús atrajo a una cuantiosa muchedumbre. Por analogía, en el texto, lugar atestado de objetos en desorden. <<

[131] Máximas latinas que significan respectivamente: «Trabajando se aprende el oficio» y «Atiende a lo que haces». <<

[132] Este libro, que Flaubert calificaba de «producción inepta», lleva por título realmente *Tableau de l'amour conjugal* y lo publicó en 1688 Nicolas Venette, doctor en medicina y profesor en La Rochelle. Fue reimprimido en múltiples ocasiones, pero su altura científica era escasa, y, más que nada, resultaba una obra vulgar e inmoral.

<<

[133] *Una tarde, ¿recuerdas?, remábamos*, etc. Verso que pertenece al célebre poema *El lago*, de Alphonse de Lamartine (1790-1869), incluido en su famoso poemario *Meditaciones* (1820). <<

[134] También esta descripción paisajística global de Rouen participa plenamente de la focalización a la que aludíamos en la nota 47. En efecto, basta leer detenidamente el texto para apreciar que el panorama aparece filtrado a través de la mirada exaltada de Emma, que ve lo que quiere y lo que puede ver, hasta el punto de que son sus deseos los que fundamentalmente determinan las formas, el movimiento y el color del conjunto. Una ciudad ensoñada y transformada por el deseo, que en el alma de Emma se alza como una nueva Babilonia plagada de promesas y de peligros. <<

[135] La boga del orientalismo en los años 1820 había puesto de moda las representaciones pictóricas de odaliscas, esclavas al servicio de las mujeres de un harem, e, impropriamente, tales mujeres. Semejante fascinación europea por ese tema voluptuoso de las mujeres reclusas y evidentemente lascivas degeneró muy pronto en una serie de estereotipos y de imágenes, grabados, litografías, estampas, etcétera. El tema incluso alcanzó una gran fortuna pictórica con obras como *La gran Odalisca* (1813) de Ingres, o *La Odalisca* (1847) de Delacroix. Esta *Odalisca del baño* a la que alude el texto es asimismo obra de Ingres. <<

[136] El Romanticismo puso de moda España y la belleza española, aunque, como en el caso del orientalismo, pronto se impusieron una serie de estereotipos —como es el caso de «la hermosa andaluza»— que han perdurado hasta hoy. *La mujer pálida de Barcelona* —denominado asimismo *Retrato de una española*— es un cuadro del famoso pintor Courbet (1819-1877), que data de 1854. <<

[137]

El calor de un bello día

suele hacer a la moza soñar con el amor.

Canción de Restif de la Bretonne (1734-1806) extraída de *L'Année des dames nationales* (1791-1794). <<

[138] Rodolphe Boulanger, en los primeros esbozos de la novela, aparece bajo el nombre de «el capitán», detalle que se deriva probablemente del hecho de que Louise Pradier —cuyo drama íntimo, junto con la historia de Eugène Delamare, como ya quedó dicho, sirven de cañamazo a esta obra— tuviera por amante a un capitán de marina. <<

[139] Estas palabras de argot denotan la progresiva pedantería de Homais. *Bazar*, al igual que *turne*, significa «casa», «apartamento», o más específicamente, «casa descuidada». *Chicard* designa a alguien que tiene chic, porte, distinción, un asiduo de los bailes y de los carnavales —*chicandard* es su aumentativo—. *Bredastreet* es la forma esnob —según la moda anglófila— de la calle de Bréda, eje norte-sur del barrio de Notre-Dame de Lorette, especialmente frecuentado por las muchachas «fáciles», que con el tiempo pasaron a denominarse «lorettes». <<

[140] Elixir estomacal a base de canela, nuez moscada y azafrán, cuyo nombre lo toma de su inventor. <<

[141] Famosos juristas y tratadistas de Derecho. Barthole, italiano, de finales del siglo XIV; Cujas (1522-1590), francés, conocido, sobre todo, por haber rehabilitado el Código Justiniano. <<

[142] La serpiente, tal y como podemos apreciar aquí, se erige en símbolo erótico en el universo imaginario flaubertiano. <<

[143] *Mi-carême*: jueves de la tercera semana de Cuaresma, día en que se celebran bailes populares y desfiles de máscaras. <<

[144] Bebida hecha con vino, azúcar, canela, almizcle y ámbar. <<

[145] Antiinflamatoria. <<

[146] Steuben (1788-1856): pintor alemán de la escuela francesa, autor de los lienzos *Esmeralda* y *Quasimodo* (inspirado en *Nuestra Señora de París* de Victor Hugo), realizado en 1839, y *Esmeralda dando una lección de danza a su cabrita Bjali*, pintado en 1841. Schopin (1804-1880), hermano del músico del mismo nombre — afrancesado. <<

[147] Localidades de Sajonia en las que Napoleón venció a los rusos y a los prusianos en 1813. <<

[148] *Boulle*: célèbre ebanista francés (1642-1732). <<

[149] Todos estos intervalos marcados por el desconcierto, el letargo, la somnolencia o la enajenación, tan frecuentes a lo largo de la novela, suponen una transición y entrañan una función doble consistente en delimitar, o bien el paso de un universo real a un universo fantasmático, o bien el retorno a la realidad con el consiguiente rechazo de ésta. <<

[150] Preparado farmacéutico compuesto de diversos ingredientes, siendo el principal el opio. <<

[151] *Bichat*: médico anatomista y fisiologista francés (1771-1802), autor de un tratado de *Anatomie générale* y de una interesante obra, *Recherches physiologiques sur la vie et la mort*. <<

[152] Esta prolija y apasionada descripción del doctor Larivière nos permite una vez más —como ocurriera en la nota 92— poner en cuestión la tan cacareada impasibilidad flaubertina, que, como es evidente aquí, resulta imposible de mantener a lo largo de tantas y tantas páginas. Lo autobiográfico ha de surgir necesariamente, de una forma más o menos velada, a lo largo de la narración; e incluso a veces con una transparencia que no deja lugar a dudas, porque ¿cómo no advertir en esta vehemente tirada que Flaubert nos está haciendo el retrato sublimado de su propio padre? <<

[153] Mosca de color verde oscuro brillante, que vive en las ramas de los tilos y, sobre todo, de los fresnos. El polvo de este insecto se emplea en medicina como vejigatorio y también como afrodisiaco. <<

[154] Sustancia venenosa con la que los habitantes de las islas de la Sonde recubrían las puntas de sus flechas. <<

[155] *Cadet de Gassicourt*: apellido ilustre de toda una dinastía de farmacéuticos y químicos prestigiosos: Louis-Claude (1731-1799), Charles-Louis, hijo del anterior (1769-1821) y primer farmacéutico de Napoleón en 1809, y CharlesLouis Félix, nieto del primero (1789-1861), notario liberal. <<

[156] Juego de palabras intraducible, dado que, en francés, *sang* (sangre) y *sens* (sentido, juicio) tienen casi la misma pronunciación —excepción hecha de la «s» final que se pronuncia en *sens*. <<

[157] Oraciones que siguen al *Confiteor* en el rito católico de la extremaunción. <<

[158]

*El calor de un bello día
suele hacer a la moza soñar con el amor (...)
Para recoger con presteza
las espigas que siega la hoz
mi Nanette se va agachando
hacia el surco que nos las da (...)
El viento sopló con fuerza aquel día
y las cortas enaguas le levantó.*

Canción de Restif de la Bretonne (véase nota 137). <<

[159] *Paul-Henri d'Holbach* (1723-1789): filósofo francés de la Ilustración, autor del famoso tratado *Sistema de la naturaleza* (1770), en el que exponía los principios del materialismo mecanicista y ateo. Fue uno de los colaboradores asiduos de la Enciclopedia. <<

[160] Bálsamo aromático utilizado en perfumería y en farmacia, que se extrae de un árbol de las Indias Orientales. <<

[161] Instrumento músico de viento, de gran tamaño, con pabellón en forma de cabeza de serpiente, que antiguamente se utilizaba en las iglesias. <<

[162] Sexto de los siete salmos de la Penitencia, que comienza con estas palabras. <<

[163] Expresión burlesca con la que se motejaba en aquella época a los hermanos de las escuelas cristianas. <<

[164] Alusión a la tristemente célebre matanza de la noche de San Bartolomé de 1572 en que, por orden del rey Carlos IX —instigado por su madre Catalina de Médici—, fueron ejecutados unos 3000 protestantes en París. <<

[165] Tales productos existieron realmente. Se puede encontrar, incluso, en el manuscrito un prospecto bajo cuya forma se anunciaban en aquella época. <<

[166] Pulvermacher ideó, efectivamente, una cadena de cobre y cinc, cuyo principio era la utilización de la pila de Volta para fines médicos. Los escitas eran un pueblo de la antigüedad enclavado en el sur de la actual Rusia. <<

[167] A Flaubert, curiosamente, se le conocía por «monsieur de Vaufray lard» en los salones de madame Sabatier. <<

[168] *Sta viator*: «Deténte viajero» en latín. El término «viator» aparece a menudo en las inscripciones que figuran sobre las tumbas. Por ejemplo: *Rogo te viator monumento huic nil male feceris*: «Te ruego, viajero, que no causes daño alguno a este monumento fúnebre», o *Heus tu viator lasse qui me praeteris*: «Oh, tú, viajero cansado, que pasas delante de mí (sin detenerte)», etc. <<

[169] *Amabilem conjugem calcas*: continuación de «Deténte, viajero», frase que significa: «Estás pisando la tierra de una esposa digna de ser amada (o adorable)». <<

[170] La cruz de la Legión de Honor, Orden nacional creada por Napoleón en 1802 en reconocimiento de los servicios civiles y militares prestados a Francia. <<

[171] Fragmentos como éste nos demuestran que Flaubert, por lo que al estilo se refiere, fue un adelantado en su tiempo. El traductor ha querido ser fiel en este párrafo —aunque pueda resultar una ruptura respecto a lo hasta aquí leído— a esta espontánea mezcla de estilos directo, indirecto, indirecto libre e intervenciones narratorias, digna de un Cortázar, por ejemplo. <<

[172] Como se puede observar, a lo largo de este último capítulo se produce un doble movimiento contrapuesto: por un lado, Charles, aceptando finalmente el mundo ideal que Emma perseguía, accede poco a poco al estatus de héroe trágico; por otro lado, Homais, con su triunfo social —que marcará la definitiva ruptura con el médico—, logra su perseguida promoción en el plano histórico, con lo que se demuestra lo que ya avanzábamos en nuestro prólogo: que sólo los que admiten y asumen con todas sus consecuencias las leyes impuestas por la sociedad triunfan, contrariamente a los que se empeñan en vivir en el mundo de las abstracciones y las quimeras; vieja idea «quijotesca» que con el realismo adquiere su más tiránica expresión. <<